



# LADRONES DE TINTA

*Por el mundo de México de los criminales*

ALFONSO MATEO-SAGASTA

**ZETA**

## Annotation

Mateo-Sagasta en esta novela realiza un relato a la vez culto y entretenido en el que nos traslada con naturalidad y rigor al Madrid del siglo de Oro en el que los grandes nombres clásicos de nuestra literatura convivían en amor y compañía con vividores, pícaros, nobles y políticos, al tiempo que escribían un día sí y otro también obras inmortales. La historia se inicia diez años después de la publicación por el impresor Francisco Robles de la primera parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. En este lapso de tiempo, el éxito de la obra ha sido enorme y se espera con expectación que Cervantes publique la anunciada segunda parte, sin embargo, Robles ve mermar sus sueños de riqueza ante la publicación de la apócrifa segunda parte de la obra por un tal Alonso Fernández de Avellaneda. Rabioso, le encarga la investigación de la identidad del tal Avellaneda a Isidoro Montemayor, un pícaro aficionado a la literatura y las cantinas que trabaja en su imprenta y aspira a la hidalguía

---

- [Alfonso Mateo Sagasta](#)

- 

- [Al ocioso lector](#)

- [I](#)

- [2](#)

- [3](#)

- [4](#)

- [5](#)

- [6](#)

- [7](#)

- [8](#)

- [9](#)

- [10](#)

- [11](#)

- [12](#)

- [13](#)

- [14](#)

- [15](#)

- [16](#)

- [17](#)

- [18](#)

- [19](#)

- [20](#)

- [21](#)
- [II](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [III](#)
- [48](#)
- [49](#)
- [50](#)
- [51](#)
- [52](#)
- [53](#)
- [54](#)
- [55](#)
- [56](#)
- [57](#)
- [58](#)
- [59](#)
- [60](#)
- [61](#)
- [62](#)

- [63](#)
  - [64](#)
  - [65](#)
  - [66](#)
  - [67](#)
  - [68](#)
  - [69](#)
  - [70](#)
  - [71](#)
  - [72](#)
  - [73](#)
  - [74](#)
  - [IV](#)
  - [76](#)
  - [77](#)
  - [78](#)
  - [79](#)
  - [80](#)
  - [81](#)
  - [82](#)
  - [83](#)
  - [84](#)
  - [85](#)
  - [86](#)
  - [87](#)
  - [88](#)
  - [89](#)
  - [90](#)
  - [91](#)
  - [92](#)
  - [93](#)
  - [94](#)
  - [95](#)
  - [96](#)
  - [97](#)
  - [98](#)
  - [99](#)
-

**Alfonso Mateo Sagasta**

**Ladrones De Tinta**

*A mis padres*

## Al ocioso lector

El mismo día que acabé de transcribir el manuscrito de Isidoro Montemayor encontrado por azar entre los documentos del archivo de la Casa de Cameros, decidí darme una vuelta por el estudio de Fernando Marañón. Por una de esas casualidades del destino, daba él la última pincelada a un magnífico retrato de un grupo de escritores hispanohablantes ataviados con mallas negras. Alabé la obra, Fernando preparó café y se interesó a su vez por mi trabajo. Al rato le pregunté si ya había pensado en cómo llamar al cuadro, y me contestó sin dudar: *Ladrones de tinta*. Bonito título, le dije. Caímos entonces en la cuenta de que ambos habíamos dedicado los últimos meses a trabajar sobre sendos grupos de escritores. ¿Y cómo se titula el manuscrito?, preguntó interesado. Me temo que Montemayor nunca esperó que sus memorias llegaran a ver la luz, contesté yo, y a mí en este tiempo no se me ha ocurrido nada.

Pasamos el resto de la tarde dando vueltas al asunto, pero descartamos todos los títulos que se nos pasaban por la cabeza, ninguno sonaba tan bien como el del cuadro. Cuando estábamos ya con la mente en blanco y a punto de separarnos, Fernando hizo una última propuesta: ¿Y por qué no lo llamas igual? ¿Igual a qué?, pregunté yo. Al cuadro, respondió; *Ladrones de tinta*.

Así que ya saben, si la historia les gusta, agradézcanselo a Montemayor por haber registrado los sucesos de aquel mes, si el título les parece acertado, feliciten a Fernando Marañón, y si encuentran alguna falta culpenme a mí por no haber sabido subsanarla.

Alfonso Mateo-Sagasta

## Arte bene moriendi

No había cumplido aún seis años, qué digo, cinco, cuando degollé mi primer pollo. Madaleno, creo que se llamaba, era rojo, tenía la cabeza pelada, una uña negra y le faltaba el espolón de la pata derecha. Recuerdo bien que el cuchillo estaba tan romo que el pellejo de su cuello se movía en la dirección de la hoja sin acabar de rasgarse. El animal forcejeaba con desespero, pero mi tío Evelino, que en paz descansa, tenía manos como cepos y paciencia de mercedario. Cuando al fin logré cortar la carne, un chorro de sangre tibia me salpicó la cara. Ésa fue mi primera muerte. Su recuerdo pobló mis pesadillas durante años, aunque puede que fueran sólo semanas, qué sé yo, pero en ese tiempo no hallé el modo de escapar de ningún sueño sin que Madaleno, gritando con voz de mochuelo, me retorciera la tripa con sus garras.

Desde entonces he sido testigo de sucesos atroces —figúrese, casi dos años en Flandes a las órdenes de Spínola y el hedor de Ostende entre los ojos, que es mal sitio y de peor memoria—, pero hasta hace unos días no había vuelto a soñar con nada de forma tan obsesiva como con aquel pollo. Los estertores de Madaleno, que tanto me impresionaron de niño, se ven empequeñecidos ante los de la muchacha que imagino colgando del pelo en el cadalso junto a dos ajusticiados, una niña de ojos grandes y expresión asustada que me reprocha con la mirada el haberla dejado morir. ¡A mí, que ni siquiera presencié su suplicio! ¡Qué le parece! Hay cosas que no necesito ver para que su eco me atormente. Y lo peor es que me sorprende aceptando su reproche con los ojos bajos, con la opresiva sensación de que el mundo es otro sin ella y aún no sé si me gusta.

Cada mañana intento tranquilizarme pensando que no fue culpa mía, que no estaba en mi mano salvarla, que los milagros quedan fuera de mi alcance, pero ni así consigo sacármela de la cabeza. Tampoco me consuela el que digan que tuvo un buen morir, qué quiere que le diga, no creo que ella suscribiera eso de que *un bel morir tutta la vita onora*, que decía Petrarca, porque a ver: ¿qué es un *bel morir*? ¿Puede alguien decírmelo? ¿Acaso hay un arte en eso de estirar la pata, de quedarse frío, inerte...? ¿Se podría decir que es «bello» ser desollado vivo por los turcos, llegar a ver cómo rellenan tu piel de paja y pasean el fante por la isla de Chipre? ¿Es «bello» dar la cara por una tapada junto al callejón de San Ginés y acabar con un palmo de acero enterrado entre los

riñones? ¿Lo es morir descuartizado por cuatro galeras venecianas ante el Palazzo della Señoría mientras la chusma apuesta cuál de ellas se quedará con el trozo más grande? Hay quien diría que sí, sin duda, pero me da la impresión de que el cisne de Arezzo sólo concibe el *bel morir* si va acompañado de profusión de sangre. La muerte en el lecho y a avanzada edad parece vulgar, prosaica, y a pesar de contar con numerosos adeptos, faltan poetas que troven sus excelencias. No hay quien se atreva a ensalzar la modorra y la aerofagia, no imagino a nadie recitando versos de ese cariz en una academia si no es bajo una lluvia de berzas y alcancías rellenas de huevos podridos.

Pero no me haga caso. Ya conoce usted mi tendencia a desvariar, pruebas de ello ha tenido a través de las cartas o gacetas que le he escrito a lo largo de estos últimos años. Sé que lo del *bel morir* no alude a ninguna cualidad estética de la muerte, nada tocante a su belleza o espectacularidad, sino al hecho de entregar el alma cumpliendo los preceptos de la Iglesia. Y en eso es cierto que los ajusticiados llevan ventaja, porque el óbito les llega recién confesados y comulgados y estando en gracia de Dios. Muchos firmarían por una suerte así, y si no que se lo pregunten a los jesuitas, para quienes el bien morir pasa por que el sujeto haga testamento, recibida la extremaunción, confiese y comulgue y los amigos, nunca los familiares, rodeen su lecho para que pueda dejar en paz esta vida.

Con semejantes ideas rondándome la cabeza comprenderá que últimamente Madrid me huele a incienso, a cera, a crisantemos. A veces me despierto pensando que vivo en un enorme camposanto, una ciudad de conventos donde la muerte es la principal industria y los enormes cipreses que emergen tras sus tapias, altos y robustos como chimeneas de una fábrica de vidrio, la enseña de la prosperidad del negocio.

Me repugna estar tan sombrío. Encaro los albores de una vida nueva, pero me noto con las botas hundidas en el cieno. Por desgracia, no puedo seguir adelante sin echar un detenido vistazo a lo que dejo atrás, aun a riesgo de quedarme para siempre atrapado, convertido en estatua de sal.



Cuentan que el primero en traer una baraja a España fue un tal Pierre Papín, un jorobado gascón de quien se llegó a decir que había puesto negocio entre las putas portuguesas de la calle de la Sierpe de Sevilla. No puedo asegurarlo, nunca he estado al sur de Despeñaperros, pero el hecho de que el vulgo culpe de sus pecados a un francés me parece, cuando menos, tendencioso. Es cierto que son muchos los mendigos gascones que invaden nuestros caminos y ciudades en busca de una vida mejor, o de comida al menos, y que tal vez no sean inocentes de todos los males que se les imputan, pero no se puede negar que en estos tiempos sirven demasiado a menudo de chivo expiatorio. Yo creo que hay que ser justos; bastante tienen ya que purgar esos desgraciados por haber propagado la sífilis.

Antes me quedo con la versión de que el inventor de semejante arte fue un vecino de Madrid al que llamaban Vilhán. Tipo curioso, Vilhán, si es verdad la mitad de lo que cuentan. Versiones hay para todos los gustos. Según quién dirá que fue tahúr, comerciante, mozo de posada, albañil, espadero y qué sé yo. Puede que nada de eso sea cierto, pero hay algo de lo que sí estoy seguro: si inventó los naipes, el tal Vilhán debía de ser el mismo diablo.

Cuarenta cartoncillos pintados, eso es una baraja.

Pero no se deje engañar. Bajo su aspecto inofensivo se esconde un arma de uso extendido entre ladrones. Se podría decir que tanto vale espada al pecho como baraja sobre un tapete, aunque es peor la segunda, si me apura, porque el asalto en descampado no admite el crédito. Ante mis ojos he visto fortunas cambiar de mano, hombres de posición abocados al suicidio, mujeres dignas prostituirse en un envite; he sido testigo del desespero, la angustia, el miedo, la avaricia, el odio y la venganza, a veces en el curso de una misma noche. Pero qué les voy a decir yo si, mal que bien, vivía de ello. Hasta hace poco regentaba el garito propiedad de don Francisco de Robles, librero del rey y hombre de muchos y variados negocios, y puedo asegurar que entre velas, barajas y las propinas de los ganadores, eso que llaman el barato, no hacía mala finca.

Sepa, aunque de esto creo que ya hablamos en otra ocasión, que nací montañés e hidalgo. De lo primero da prueba la casa solariega que heredé de mis padres, aún en pie, anclada en la montaña por cuatro buganvillas que lamen sus muros como cuatro lenguas de fuego. En cuanto a lo segundo, no dispongo aún de ejecutoria que lo demuestre, pero es sólo cuestión de tiempo. Tan pronto la consiga me pondré a leer los *Annales* de Cornelio Tácito (qué mejor maestro para aprender a moverse en la Corte), a cultivar la paciencia para aprender a disimular lo que sé y quién soy y el ingenio para simular todo lo contrario. Mi vida entonces dará un giro definitivo. Podré solicitar el ingreso en una

Orden, un destino en Palacio, América quizás. Y el amor. ¡Ah, el amor! Aunque no sé si para eso bastará una ejecutoria.

Mientras tanto, procuro ser cauto, ya me entiende, pasar desapercibido. Podría decirse que en el instante al que me remonto para empezar mi historia me conformaba con mi situación: tenía el asuntillo del garito y además me sacaba irnos extras corrigiendo pruebas de imprenta y redactando gacetillas. Todos los viernes escribía una pequeña crónica de lo sucedido durante la semana en la Corte y la enviaba con ligeros retoques a tres clientes, uno de Zaragoza, otro de Ciudad Real y a usted mismo, y las cobraba mensualmente y por adelantado mediante sendas letras a cargo de uno de los cambistas de la plaza del Salvador. Lo suficiente para ir tirando. Eso sin contar con el *censo* que había heredado de mis padres y que destinaba casi en su totalidad a obtener la ejecutoria de la que antes he hablado. No es que me sobrara nada, al contrario, a veces pasaba estrecheces, pero convendrá conmigo en que para un hidalgo es preferible morir de hambre en una habitación oscura que llevar a cabo un trabajo manual. Y no porque la sangre azul no sea buena ni para morcillas, como dice mi amigo Chete, sino porque las cosas no están como para renunciar a ningún privilegio.

Pero dejando a un lado mi abolengo, quiero dejar claro que tenía aptitudes para las actividades que desempeñaba. Estudié en la muy ilustre Universidad de Alcalá, donde obtuve el grado de bachiller en Artes con todos los honores tras superar las pruebas de Súmulas, Lógica Magna y Filosofía Natural y Moral. Me hubiera gustado seguir estudiando hasta obtener el título de Teología, o Medicina o qué sé yo, pero las circunstancias no me fueron propicias. Un desafortunado accidente en una taberna me lanzó al exilio y a los brazos de la milicia, y luego la peste acabó con mis padres. Con ellos murieron mis sueños, mi sustento y mi futuro de estudiante.

Por otra parte, aunque reconozco que no domino la espada, herramienta tan principal en el garito como la propia baraja, me arreglo con la vizcaína y contaba con el respaldo de Rafael y Manfred, dos mercenarios cuya soldada dependía de mi bienestar. Pero es que además, pese a no ser jugador, huelo a los fulleros, conozco las flores y no se me da mal cubrir sus celadas si el reparto beneficia a la casa.

Como puede suponer, carecía de sueldo fijo, aunque tampoco cobraba a mercedes. En un sitio me pagaban por errata marcada, y en el otro me aviaban con un porcentaje del barato.

Del personal, algo he dicho. Manfred y Rafael se turnaban junto a la puerta, en el zaguán y dentro de la sala. El primero era un veterano de Flandes, tosco pero de fiar. Rafael era otra cosa. No era un soldado de verdad, nunca había entrado en combate. Cuando decidió probar suerte en la carrera de las armas lo hizo enrolándose en una de las compañías privadas a las que dio licencia el marqués de Santacruz para expulsar a los moriscos. Recordará que el Estado no contaba con naves suficientes para llevar a cabo la deportación masiva que ordenó el duque de Lerma, así que se tuvieron que alquilar barcos privados a los que se pagaba por viaje cumplido y número de pasajeros. Los puertos de Levante se llenaron de todo tipo de gentuza. Cualquiera que tuviese algo

que flotara, piratas incluidos, se puso al servicio de la Corona, y no fueron pocos los desalmados que, cegados por las primas, arrojaban su carga en mitad del mar para volver a por más. Rafael cumplió su servicio en uno de esos barcos malditos, y fue uno de los que multiplicaron su soldada haciendo saltar por la borda a golpes de alabarda a hombres, mujeres y niños aterrorizados. Eso aún lo lleva escrito en la cara y en ese mirar de abajo arriba que eriza el vello de la nuca y que fue determinante para que el jefe lo considerara idóneo para el puesto.

Aparte de los jaques, estaba Pascualín, un mozo de unos trece o catorce años que atendía los caprichos de los clientes y vaciaba orinales, y don Ricardo, aunque éste era más bien socio que empleado de don Francisco de Robles. Don Ricardo es un prestamista con banco en la plaza del Salvador, que cuando cierra la oficina de día, se deja caer por el garito a la caza de perdedores con ganas de recuperarse. Ya conocerá el dicho: «Coimero sin prestador es galera sin remos.»

El garito ocupa la planta sótano del edificio que Robles posee en la calle Santiago, cerca de la Puerta de Guadalajara. En la principal, con puerta a la calle, está la librería, una de las más reputadas de la Corte. En ella se ofrecen volúmenes de ciencia, poesía, obras de entretenimiento, algunos editados por el mismo Robles. En la planta de arriba se encuentra su vivienda y oficina. El garito carece por completo de ventilación, las paredes amarillean de humedad y el techo bajo está ennegrecido por el humo de velas y candiles. El local es diáfano y en él se pueden montar ocho mesas de juego con comodidad, doce si los jugadores soportan rozarse los codos. Adosado a un muro hay un aparador con el material necesario: velas, candiles, naipes y un par de orinales para aliviarse sin tener que moverse del sitio. Frente a él, en un incensario de hierro, suelen humear pebetes de sicómoro, que disimulan, en lo posible, el tufo agrio de sudor seco.

Pero a pesar de sus carencias, el garito cuenta con una nutrida clientela. La mayoría son comerciantes y escribanos que prefieren su relativa modestia, por no decir miseria, a la opulencia de la casa de la calle de Milanese, frecuentada por altos funcionarios y aristócratas y que, por el hecho de ser legal y pagar unas cuotas al regimiento de la ciudad, cobra entrada. Esto no quiere decir que la de Robles sea totalmente ilegal, al fin y al cabo mi jefe abona una cantidad periódica a don Salvador Remedo, alcalde de Villa y Corte y jefe del distrito, a cambio de su tolerancia y protección.

Hago tanto hincapié en todo lo relacionado con el garito porque es el punto de partida de mi historia. Aquella noche el local estaba medio vacío, lo normal en el mes de agosto, dos mesas jugando a *cientos* y una tercera con dos clientes que mataban el tiempo apostando a la carta más alta hasta que una mujer tomó plaza y propuso una partida de *hombre*. No hace falta que le diga que en Madrid no hay más losas que las de palacio, todo es tierra y torrenteras, y en los áridos veranos manchegos la ciudad se convierte en un horno saturado del polvo que levanta el continuo tráfago de gente. Los que pueden, se alejan. El rey baja al Buen Retiro, o se va al Escorial, o a Aranjuez, y los aristócratas van y vienen de sus residencias de campo. Además, en verano se recrudecen las epidemias, a pesar de toda la basura que se vierte en la calle y que se deja pudrir para

atenuar en lo posible la excesiva pureza del aire del Guadarrama. Yo mismo acababa de sobreponerme a unas tercianas y aún arrastraba algo de fiebre cuando la necesidad me puso de nuevo en mi puesto. Por eso la entrada de aquella mujer, tan fuera de tiempo y lugar, llamó tanto mi atención.

Llegó pasadas las diez de la noche, cubierta con un mantón oscuro pinzado con la mano sobre el rostro. En cuanto entró acudí solícito a hacerle los honores. La saludé con una profunda reverencia y ella correspondió con una distraída inclinación de cabeza. No dijo su nombre, ni falta que hacía. De lejos olía a dama principal y era mi trabajo, si así ella lo requería, garantizar su anonimato. Dudó unos segundos más, y por fin decidió descubrirse. Pascualín recogió el manto y se lo entregó al lacayo que la acompañaba. Era una mujer mayor, de unos cincuenta diría yo, aunque conservaba la mayoría de los dientes, morena, algo gordita, con el cutis terso y las manos suaves y blancas, como las de esas que duermen con guantes rellenos de sebo de perro. Al sentarse a la mesa colocó frente a ella una cajita de pastillas aromatizadas de alcorza.

El lacayo se sentó en una banqueta y se apoyó en la pared. A pesar del calor permaneció embozado con la capa y ni siquiera tuvo a bien quitarse el sombrero. Sus mejillas mostraban cicatrices. Recuerdo que pensé que serían de la viruela, por el modo en que se cubría la cara.

La dama pagó velas, pidió baraja nueva, rasgó el precinto del fabricante y empezó a repartir con soltura. Venía bien provista de escudos, y ésa es noticia que se propaga más rápido que el fuego. Por eso, pasados tres cuartos de hora en que la suerte fue cambiando de mano sin grandes sobresaltos, no me sorprendió ver asomar al irlandés. Imaginé que alguno de los que habían salido en el último rato sería un entretenido o un enganchador de los que pululan localizando mirlos blancos con que cebar a sus gavilanes.

En los últimos tiempos los irlandeses se han convertido en una pesadilla. Son muchos los nobles de ese país, enemigos de Inglaterra y de los protestantes, que reconocen como rey a nuestro Felipe III y nos envían a sus jóvenes a formar como sacerdotes en las filas de la verdadera Iglesia o como soldados en los tercios viejos que combaten en Europa manteniendo a raya a la herejía. Es con fuego como mejor se combate el fuego, y los irlandeses, gente brava y vehemente, rindieron un buen servicio a la corona mientras Isabel reinaba en las islas. Pero al morir la bruja, las cosas cambiaron. Su sucesor, Jacobo I, inició una política de acercamiento con la Corte de Madrid que culminó en la Paz de Londres de 1604, una de las tantas que firmó el duque de Lerma en esas fechas en nombre de su católica majestad.

Aún no sé si para bien o para mal, pero lo cierto es que llevamos casi diez años de paz, en parte por voluntad del valido y en parte por un increíble cúmulo de buena suerte, porque no sé de qué otro modo llamar al oportuno asesinato de Enrique IV de Francia. Oportuno para nuestros intereses, claro. Imagínese lo que podía haber sido esto. El Borbón estaba dispuesto a invadir gran parte de Flandes mientras sus aliados, el duque de Saboya y la república de Venecia, se hacían con Milán, y todo ello orquestado con una revuelta general de moriscos en la costa levantina para garantizar que España no pudiera repeler las agresiones. Además, en esa época, hablo de hace unos cuatro años, nuestros mandatarios estaban tan ocupados saqueando las arcas del Estado que hubieran sido incapaces de reaccionar. Pero ya digo que hubo suerte. Y no es que desde entonces hayan cambiado mucho las cosas, pero la detención del secretario Franqueza parece haber enfriado un poco el afán de rapiña de nuestros próceres. Tampoco hay ya moriscos en las costas, de ellos se encargó el conde de Salazar, y muerto el francés, saboyanos y venecianos perdieron su lazarillo. Algo es algo, aunque a veces ni siquiera todo es suficiente.

Hablaba de los irlandeses y me he ido por las ramas. Es lo malo de haber dedicado tantos años a las gacetas, uno tiende a acumular datos que acaban sirviendo sólo para liar la madeja y aparentar que se poseen unos conocimientos, y está mal que yo lo diga, de los que se carece. Entiéndame. Digo que está mal porque nadie valora al mago que desvela el truco, y no quisiera yo ahora que usted, que tan religiosa y generosamente ha pagado mis envíos de noticias y sueltos y que tantas veces me los ha alabado, pueda pensar que le engañaba. Pero a lo que iba. Durante todos estos años en que hemos dejado de abonar los suelos de Flandes con despojos de irlandés, se han ido amontonando en nuestras ciudades hasta el punto de empezar a crear problemas. Ellos dicen añorar la bruma de su isla, y yo quiero creerles, que parece que se les saltan las lágrimas cuando la mentan, pero lo único cierto es que no hay quien los saque de los figones de nuestros pueblos. Hay tantos irlandeses ociosos en la Corte que hace tres

años se decretó su expulsión, pero lo único que se consiguió fue que se dispersaran durante un tiempo. Intentar echarlos de aquí es como pretender espantar un bando de zorzales de un huerto lleno de cerezas maduras.

El irlandés al que yo me refiero se llama Peter Donahue. Nació en Irlanda, en Thirsty, creo, un pequeño caserío al sur de Omagh, y llegó a Madrid para estudiar en el Colegio de los jesuitas con vistas a ingresar en el seminario. Era el tercer hijo de una familia empobrecida, de los que saben que su única esperanza de medro pasa por la promoción eclesiástica, pero al joven Donahue la vida de seminario se le hizo demasiado triste en una ciudad tan vital. Le quedaba, pues, el ejército, pero desoía la vocación religiosa, ignoró también la militar. Tenía el muchacho sed de libertad, el ingenio despierto, las manos hábiles y un enorme caudal de simpatía. En el mundo del juego se le conoce por dos apodos diferentes: *Drake*, como el corsario inglés, porque odia a los ingleses más que a nada en el mundo; y *Barbanegra*, porque es pelirrojo.

Peter Donahue *Drake Barbanegra* suele vestir con elegancia, incluida la capa larga —no cree que el herreruelo haga honor a su talle—, sombrero emplumado con cinta de plata y jubón negro. Lleva la barba redondeada y peinada hacia arriba y los bigotes con la guía retorcida apuntando hacia las orejas. Aquella noche apareció acompañado de un *doble* y un rufián, que también conocía de vista. Uno de los de la mesa de la señora le cedió el puesto diligentemente después de haber perdido una pequeña cantidad.

—Confío en que la señora no tenga inconveniente —dijo Peter, galante, barriendo el suelo con las plumas del sombrero.

—En absoluto, por favor —respondió ella señalando con la mano el sitio vacío.

El irlandés reclamó la presencia del mozo y le entregó la capa, el sombrero y el tahalí con la espada. La daga prefirió conservarla al alcance de la mano.

—A ver, muchacho —dijo luego—. Tráenos unas tablas de quesos, embutidos y dos frascas de vino. Y mércate un jarro de aloja helada de la Mirasola para la señora. Hace un calor de mil demonios.

Pascualín cogió el dinero que le tendió el irlandés y salió corriendo a cumplir los encargos. Allí no teníamos comida ni bebida a disposición de los clientes, la ley no lo permitía, y era una pena. El jefe lo había intentado esgrimiendo un argumento de peso: ya que el local es ilegal, decía, ¿a quién le puede importar si se come en él?, pero don Salvador Remedo, nuestro alcalde y protector, no estaba de acuerdo. A mi modo de ver, el problema era que los mesones y figones le pagaban más porque no permitiera la comida en los garitos que lo que éstos le ofrecían por autorizarla, pero, en fin, no quiero yo entrar a pelear una guerra que no me corresponde.

Al poco de sentarse Donahue, dejó la mesa otro de los jugadores y su sitio fue ocupado por un *cierto* de la camarilla del irlandés. Yo ya había visto antes el proceso. Donahue solía perder las primeras manos, y en cada ocasión felicitaba al afortunado ganador, la dama en un par de ocasiones. Luego procuraba alternar pérdidas y ganancias mientras el gancho que le acompañaba empezaba a ganar sistemáticamente pero sin grandes aspavientos hasta que pelaban al cándido. El sistema era lento, meticuloso y

poco ofensivo para el perdedor. Estaba pensado para desplumar a todo un caballero.

—Es increíble —solía decir, estableciendo con el primo una suerte de complicidad entre desfavorecidos—, pero no podemos dejarlo ahora, la buena fortuna de este hombre no puede durar siempre. La próxima mano debe ser nuestra.

Me daba pena la señora, pero el juego no es negocio de afectos. Mi obligación se limitaba a controlar las ganancias del fallero para ajustar luego el porcentaje de la casa. De todos modos, considerando que parecía una dama de calidad, las pérdidas eran razonables.

Hora y media más tarde, a la mujer no le quedaba ni un escudo en la bolsa y el irlandés también «perdía» una jugosa cantidad, pero animaba al resto a seguir jugando. Pensé que la señora, escarmentada, cambiaría discretamente de aires, pero en vez de despedirse me hizo una señal para que me aproximara.

—Supongo que puedo contar con crédito en su casa —dijo cubriéndose la boca con el abanico, y al ver que yo dudaba, añadió—. Por supuesto, puedo identificarme.

Donahue barajaba como si la cosa no fuera con él. Los demás jugadores, incluyendo los de las otras mesas, quedaron un momento en suspenso pendientes de mi respuesta. El prestamista sabía perfectamente de qué iba la cosa, así que se puso en pie dispuesto a extender un pagaré. Mi obligación era requerirlo, servirle al perdedor en bandeja, pero no lo hice. Había algo sobrecogedor en la mirada de esa mujer.

—Señora, no dudo de su crédito, créame, pero el banquero con el que solemos trabajar está enfermo y yo carezco de poder. Lo siento, pero estos días sólo se puede jugar al contado.

La mujer me miró contrariada, no menos que el irlandés y ni que decir tiene que don Ricardo, pero, bien por mantener oculta la flor, bien por suponer que alguna razón tendría yo para dejar escapar a semejante pera en dulce, ninguno me contradijo hasta ver la reacción de la dama.

—¡Cómo es posible! —protestó ella—. Le aseguro que...

Sentí su aliento tibio con aroma a azúcar y almidón y me reafirmé en mi propósito.

—No es falta de confianza. Hágame caso.

Hice seña entonces a su criado para que acudiera en ayuda de su ama y la sacara de allí cuanto antes, pero el tipo o no se enteraba de nada o llevaba parte de Barbanegra, cosa que también era posible. El caso es que dormía o se hacía el dormido, pero no se movió de su banqueta. Di unos pasos hacia él para hacerle reaccionar, y entonces oí a mis espaldas a la señora dirigirse al *cierto* que ganaba en aquel momento:

—Tal vez usted me acepte un pagaré.

—Desde luego, señora, faltaría más —respondió el otro.

—Señora —intervino el irlandés— permita que sea yo su fiador. Para mí sería muy doloroso que se retirara en este momento. Tengo la horrible sensación de haber sido yo el causante de su mala racha.

—En absoluto, caballero, no diga usted esas cosas —respondió ella.

—No sabe qué enorme peso me quita de encima, aunque lamento que... ¡Hombre!

Qué casualidad... Si está don Ricardo —dijo haciendo una seña al prestamista para que se aproximara a la mesa—, no le había visto.

Supongo que don Ricardo dudaría un momento antes de acudir a la llamada, al menos eso quiero pensar para salvar un resto de autoestima, pero el caso es que acudió y el irlandés, saltándose mi decisión, se despojó de una venera de diamantes que llevaba prendida al pecho y se la tendió al prestamista.

—¿Sabe usted algo de la enfermedad del banquero de don Francisco? —preguntó echándome una mirada de reojo.

—No. Es la primera noticia que tengo.

—Confiemos en que se restablezca pronto. Es una suerte que esté usted por aquí. ¿Cuánto me daría por esta venera? Necesito liquidez con urgencia.

—Sabe que cuenta con todo mi crédito. ¿Cuánto necesita?

—Déme quinientos reales, y entregue la mitad a la señora —dijo en tono galante.

—No puedo aceptarlo —protestó ella.

—Por favor, es una nadería, pero debe usted prometerme que hará morder el polvo aquí a nuestro matador.

—Caballero, señora —se defendió el otro—, les ruego que no unan sus armas contra mí.

—¿Acaso su venera tiene más crédito que mi collar? —preguntó la dama señalando el que llevaba al cuello y que era de perlas como garbanzos.

—Aguarde un momento —dijo Donahue al prestamista—. Tiempo habrá para eso. Conservémoslo como reserva —le susurró a la dama guiñándole un ojo.

La mujer sonrió. Parecía aliviada, Donahue se la había ganado por completo. En aquel momento debería haberme callado para que siguiera el expolio. Aquella mujer no abandonaría el ara hasta la última gota de su sangre. Sin embargo, me molestaba que el irlandés y el prestamista hubieran decidido saquear a alguien sin mi consentimiento. Al fin y al cabo yo era allí el jefe del cotarro y quien tenía que decidir esas cosas, así que volví hacia la mesa con el soñoliento criado arrastrando los pies detrás de mí y dispuesto a poner a la señora en la calle por cualquier medio, cuando la manaza de Manfred se posó en mi hombro.

—Jefe rápido arriba —dijo con su particular brusquedad.

—Dile que ahora voy —respondí.

—Ahora, ahora. ¡Jefe rápido arriba! —insistió apremiante.

Manfred era el último fichaje del negocio, y sospecho que el factor determinante de su elección fue su escaso conocimiento del castellano. Desde que nuestro magnánimo monarca Felipe III y su ínclito valido el duque de Lerma firmaran la paz con los Países Bajos, Francia, Inglaterra y qué sé yo cuanta gente más, la mayoría de los veteranos de los Tercios vagabundean por Europa a la espera de mejores tiempos en que la rapiña y el saqueo sean otra vez legales. La gran mayoría de ellos acaban recalando en Madrid en busca de recompensas o destinos, lo que a menudo se traduce en putas y una buena esquina en el barrio de Lavapiés donde cobrar peaje. Otros se inclinan por la



mendicidad sinfónica, curioso invento de los alemanes, pero Manfred es de los que en vez de ganarse unas meajas cantando a coro en la puerta de alguna iglesia optaron por alquilar el hierro. Lo cierto es que tiene buena estampa para el empleo; es grande, rubicundo, zambo y un poco agobiado de espaldas, perilla en gancho y bigotes de guardamano. Apenas habla castellano, pero se hace entender con señas perentorias y el habla de germanía con que se manejan en el ejército. En cualquier caso es hombre de pocas palabras. Ahorra las amenazas. Es de los que te metería una cuarta de hierro en los riñones antes de que tú te calentaras lo suficiente como para empezar a insultarlo. En su ambiente, eso marca la diferencia. Pero también ha tenido suerte, como atestiguan los despachos que siempre lleva consigo en su cañón de lata. No es un vulgar rufián. Sus documentos aseguran que participó en la toma de Ostende, sitio al que yo también asistí, y luego en los asaltos de Oldessel y Rheinberg, donde cayó herido de arcabuz en la pierna derecha. De resultas le quedó sólo una leve cojera que hace su andar más chulesco.

—Ahora, ahora, jefe rápido arriba —insistió mascando las palabras.

Hice una señal a Rafael para que estuviera atento a lo que ocurría y, de camino a la escalera, empujé al criado de la señora en dirección a su banqueta.

Cayó a mi espalda el cortinón que ocultaba la escalera de servicio. Aunque apagadas, seguí oyendo las risas y las voces de la sala de juego. Calculé que, a ese ritmo, en poco más de una hora don Ricardo anotaría la filiación del marido para abanicarle con unos cuantos pagarés.

Pero ése ya no era mi problema.

El ambiente en el zaguán era más fresco. Una ventana alta, la puerta interior de la librería y las portadas del patio trasero estaban abiertas favoreciendo una ligera corriente de aire. Delante del tramo de escalera que subía al piso alto estaba la banqueta que solía ocupar Manfred. Junto a ella había un tomate aplastado, unas raspas de sardinas y un par de mondas de melón. Dos gatos salieron disparados en cuanto irrumpieron nuestras sombras proyectadas por la vacilante luz del candil. Me detuve un instante para ahuecarme el jubón y sentir la caricia de la brisa lamiéndome la espalda y el pecho. Sentí un alivio instantáneo, que desapareció tan pronto la camisa húmeda volvió a pegarse a mi piel.

El último tramo de escalera lo subí solo. ¿Cómo podía el jefe haberse enterado de mi pequeña traición? Espías. Escuchas. Agujeros en el muro. ¿Dónde? Si me echa no podré pagar el cuarto. Pero tengo mis motivos, me dije, mire, don Francisco, no es que conozca a la señora, pero lo que están haciendo con ella no es bueno para el negocio. ¿Qué por qué no? Pues porque es evidente que se trata de una dama principal y el irlandés es demasiado conocido; si se llega a saber que hemos dejado que la seque se nos echarán encima y don Salvador se verá obligado a cerrar el garito.

La puerta estaba entornada. Llamé un par de veces. Acudió Damián, el encargado de la librería de la planta baja, y me apremió a entrar con un gesto. Su presencia allí me desconcertó, era muy tarde para que estuviera todavía trabajando. Se le veía nervioso, lívido a pesar del fino sudor que reflejaba en su piel la luz del candelabro con que me precedió por el pasillo. Se diría que tenía la cara recién barnizada. ¿Habría sido él el espía? ¿Era yo el que lo ponía tan nervioso? Mire, don Francisco —empecé a ensayar de nuevo—, puedo explicar lo de abajo... Damián golpeó suavemente la puerta entreabierta del despacho, la empujó y me cedió el paso. El chirrido de los goznes se superpuso a mi saludo.

El despacho era una habitación pequeña sin ventanas con una puerta gruesa de madera y alma de acero montada después de haber metido un arcón de hierro con refuerzos y dos cerraduras. Una caja fuerte que contenía otra caja fuerte. Además del arcón había una gran mesa de nogal de patas estriadas y fiadores de hierro con una gaveta en un lado y un recado de escribir en el centro; dos sillones fraileros tapizados de terciopelo rojo, uno a cada lado de la mesa, y un bargueño veneciano taraceado con maderas nobles simulando paisajes urbanos. En una esquina se quemaba sándalo en un

pebetero de pie de bronce para disimular el hedor de aire corrupto de una habitación que no se ventilaba nunca. Sobre el arcón, centrado en el muro, colgaba un cuadro de Juan van der Hamen representando un enorme jarrón de flores, y en el muro de enfrente un bodegón de Sánchez Cotán, ambos recibidos como pago de la deuda de un carnicero de la plaza de la Cebada.

—Adelante, Isidoro, siéntate —dijo don Francisco señalando la silla que estaba frente a la mesa.

Él se levantó y se dirigió al arcón. Después de hurgar entre unos papeles sacó una bolsa de monedas y volvió a ocupar su silla. Me miró sorprendido de que yo aún siguiera de pie y me apremió a ocupar la otra silla con un gesto brusco del mentón. Yo obedecí. Damián entornó la puerta y se quedó a mi espalda, inseguro en mi opinión, sin saber bien si era eso lo que se esperaba de él o si debía marcharse.

Físicamente don Francisco de Robles es un tipo vulgar, algo cabezón, quizá, con las orejas muy pequeñas, el pelo ondulado, el mentón rasurado y el bigote recortado por la línea del labio. Yo diría que lo único que llama la atención es su tripa, grande y tersa como cuero de atabal.

—Supongo que sabrás por qué te he hecho subir —dijo con voz profunda.

—Puedo explicarlo. Creo que es un error permitir que el irlandés...

Me callé. El jefe frunció ligeramente el ceño y yo me callé. No sabría explicar por qué, pero sentí que no iban por ahí los tiros. Me fijé en que esa noche vestía ropas caras; jubón y valones de terciopelo y calzas de seda, cuello grande de lechuguilla, cinturón tachonado con filigranas de plata. Nada que ver con la ropilla ajada y con manchas de tinta que solía vestir en el despacho, así que supuse que acababa de llegar de una cita importante o de una de sus reuniones en las covachuelas de palacio en donde ultimaba sus cambalaches.

—¿Lo conoces? —me preguntó tendiéndome un papel con un nombre escrito.

—Also Hernández de Avellanera —leí. Me costó descifrar la letra. Estaba escrito a vuelapluma, y no precisamente con una bien afilada.

—Alonso Fernández de Avellaneda —me corrigió—. ¿Lo conoces?

—¿Debería?

—¿Es que no tienes amigos escritores? —preguntó inclinando un poco la cabeza.

Su mirada no presagiaba nada bueno. Los ojos se le almendraron y sentí que Damián se agitaba inquieto detrás de mí.

—Alguno —respondí sin mucha convicción—, pero no. No he oído hablar nunca de Avellaneda. De todos modos, usted conoce a más escritores que yo. De hecho, la mayoría de los que conozco ha sido a través suyo.

Don Francisco me miró con cara de cansancio, parapetado detrás de sus negras cejas. Después de dudarlo un poco, continuó.

—Éste no es un autor famoso, ni siquiera con futuro. Es basura.

—Entonces... ¿Qué interés tiene en él?

—Me la ha jugado. Ese hijo de perra me la ha jugado. Me ha jodido, ¿entiendes?

Jodido.

Volvió a quedarse en silencio. Dos perlitas blancas de saliva asomaban en las comisuras de los labios. Su mirada hacía daño. En ese momento no encontré nada apropiado que decir. Decidí que lo mejor era esperar a que soltara él todo lo que quisiera y a su ritmo. Entretanto, procuré relajarme. Me fijé en la línea de polvo en los extremos de la mesa, en los papeles rotos y arrugados del suelo, en el estilete con que el jefe afilaba las plumas, en el bodegón de Sánchez Cotán: dos perdices ahorcadas, tres manzanas, una caña con una ristra de zorzales ensartados y las pencas pilosas de un enorme cardo. No estaba mal. Quedaba bonito. Hacía poco que había visto uno parecido, supongo que del mismo pintor, o de su taller, que parece que ahora todo se hace en serie. Nadie le saca más partido a la bolsa de la compra. ¿Dónde había sido? ¿Dónde? ¡Ah! En casa de Andrés de Almansa. En la salita. Frente al repostero. Almansa, Almansilla, Almansete. Yo diría que era el mismo cardo. Faltaban las zanahorias.

—¿Seguro que no lo conoces? —insistió.

—Seguro. Pero, ¿cuál es el problema?

Por un instante temí que volviera a guardar silencio, pero no fue así.

—¿Recuerdas cuando edité el *Quijote*? —me preguntó.

—Claro que me acuerdo, fue mi primer trabajo. Acababa de regresar de Flandes, hará siete u ocho años.

—Diez.

—¿Ya?

Robles cambió el peso de un brazo de la silla al otro, juntó las manos y entrecruzó los dedos sobre la tripa. Eran manos grandes y fuertes, con los nudillos llamativamente peludos. En el pulgar de la mano derecha destellaba un anillo rematado con un sello de oro.

—Mira, en el negocio de los libros he tenido mis más y mis menos, pero siempre me he preciado de olfato —dijo llevándose el índice a la nariz—. Cuando leí el *Guzmán de Alfarache* me dije: esto va a ser negocio, se va a vender, ¿es verdad o no?

—Es verdad, don Francisco, es verdad —asintió Damián servicial.

—Y no me equivoqué.

—No, don Francisco. Y se sigue vendiendo muy bien todavía.

Robles alzó las cejas.

—Por eso, cuando Agustín de Rojas me propuso editar su *Viaje entretenido* me dije: adelante. Porque estas obritas de evasión gustan a la gente, se venden bien y no hace falta ser erudito para pasar un buen rato riéndose de unas cuantas simplezas.

Robles se quedó mirándonos para ver si le seguíamos.

—Y acerté, ¿o no?

Damián y yo asentimos solícitos. A esas alturas ya tenía bastante claro cuál era el papel de Damián en aquella reunión, aunque el mío todavía era un misterio.

—Y luego vino Cervantes con su *Quijote*. Lo vi, lo leí y me dije: éste puede ser un

buen negocio. ¿Y qué pasó?

—Que volvió a acertar, don Francisco —se apresuró a contestar Damián. Robles agitó una mano como un músico ante su orquesta.

—En efecto. Hombre, no es el *Guzmán*, pero no hay que ser siempre el número uno. Mateo Alemán es un genio, yo no le pido tanto a don Miguel. Pero aunque no fuera una maravilla fue mi primer buen negocio de verdad con esto de la literatura desde que heredé la librería. Y eso que tenía mis dudas, lo reconozco, pero el olfato, ¡ay, amigo!, el olfato. Ya sabes que las noveletas son un género en el que nunca había invertido, lo nuestro son tratados científicos y obras clásicas, qué te voy a contar, llevas diez años corrigiendo pruebas para mí, pero el público... ya se sabe. Por aquel entonces me la jugué y acerté. En dos meses dos ediciones, más de tres mil libros. Claro que luego lo editaron en Lisboa y en Valencia y bajaron las ventas, normal. Desde entonces no hago más que decirle a don Miguel que escriba una segunda parte, que continúe las aventuras de ese par de locos, que a la gente le divierte esas cosas.

—Pero hace poco que don Miguel editó sus *Novelas ejemplares* y acaba de entregar el *Viaje al Parnaso*.

—Las *Novelas* están bien —reconoció de mala gana—, pero algunas tienen más de diez años y ya circulaban por ahí en copias manuscritas antes de editarlas. Con eso a duras penas ha pagado su deuda. Cervantes lleva años viviendo a mi costa con la promesa de un segundo *Quijote*, pero no hay manera de que se siente a escribir. Abusa de mi buena voluntad.

—Está mayor... —intenté defenderle, pero Robles me fulminó con la mirada.

—Mayor... —dijo con desprecio—. Loco, más bien. Todavía pretende hacer teatro, fíjate tú, a estas alturas y con todo lo que le ha caído encima y no se da por vencido. Tonterías. Lo que yo quiero es otro *Quijote*, una segunda parte, la continuación, maldita sea. ¿Y qué me da? Un montón de novelitas y un poema extenso que parece un catálogo de poetas.

—¿Pero no dice en el prólogo de las *Novelas* que está a punto de entregar a la imprenta la segunda parte del *Quijote*?

—También anunció durante años que pronto sacaría la segunda parte de *La Galatea*, y nadie la ha visto.

—Pero el *Quijote* se sigue vendiendo, ¿no?

—¿Vendiendo?

Robles se levantó y dio la vuelta trabajosamente a su mesa.

—Ven, ven conmigo. Sígueme —me dijo cogiendo una vela.

Le obedecí. Debía haberse soltado los machos, porque anduve tras él con la sensación de que los valones amenazaban a cada paso con escurrírsele hasta las rodillas. Me llevó a la habitación donde almacena los ejemplares de todos los títulos que ha editado. En una esquina había un montón enorme de volúmenes en cuarta, de papel malo. Robles cogió uno de aquellos libros y me lo tendió. En su parte superior había una densa capa de polvo.

—*El ingenioso hidalgo...* —leí.

—Con cuentagotas —dijo él—. Se vende con cuentagotas. Hace seis años que ordené tirar esta tercera edición, casi cuatro mil ejemplares, de la que he vendido no sé si llega al centenar. Ya ves, se me está pudriendo en el almacén. Se vende mejor *Las guerras civiles de Granada*, o el *Guzmán*, bueno, ése se venderá bien siempre. A este paso nunca lograré amortizar la tirada. Dinero perdido.

—Pero, ¿por qué sacó tantos?

Robles me condujo de nuevo al despacho mientras rumiaba la respuesta. Damián, que se había quedado esperando, se echó a un lado para dejarlo pasar.

—Fui un ingenuo —dijo al fin—. Confié en que Cervantes me entregaría pronto la segunda parte, y con ese reclamo, pensaba vender juntos los dos volúmenes. No sé por qué me fié.

Robles tomó asiento ruidosamente, suspiró fuerte un par de veces, y señalando el papelito que me había enseñado antes, dijo en tono dramático.

—Y ahora esto.

Yo miré el papel sin acabar de comprender.

—Ese tal Avellaneda, un hijo de mala madre, acaba de publicar un libro que se titula... adivina.

—Ni idea —respondí alzando los hombros con desgana. Si esperaba a que lo adivinase podíamos pasar allí toda la noche.

—La *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* —dijo casi escupiendo las palabras.

—¿En serio?

—¿Acaso ves que me ría?

—¿Lo ha visto?

—Claro que lo he visto. Felipe Roberto, el editor, me ha enviado un ejemplar. Mira.

Robles rescató un papel de entre un montón y me lo tendió. Resultó ser una carta en la que el tal Felipe Roberto se complacía en participar la salida al mercado de la segunda parte del *Quijote* y le preguntaba a Robles si estaba interesado en disponer de ejemplares para ponerlos a la venta en su librería de Madrid.

—Muy correcto —comenté.

—¡Es una burla, por amor de Dios! —exclamó don Francisco iracundo—. Una provocación.

Pues por lo que se ve ha dado en el blanco, pensé, pero me guardé muy mucho de decirlo.

—Se negará entonces —apunté con prudencia.

Robles me miró con cara de incredulidad.

—Le diré que sí. Seguro que se vende bien. No estaría donde estoy si me dejara cegar por la ira. Los negocios no deben verse afectados por la pasión.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —pregunté incómodo.

Robles pareció reflexionar. Por fin, dijo:

—Quiero conocer a ese Avellaneda.

—¿Quiere hablar con él?

—Quiero que lo encuentres y me lo traigas —dijo recalcando las palabras. Sentí un escalofrío. Su mirada permaneció fija en la mesa. Algo me dijo que no era conversación lo que buscaba el jefe.

—¿Sabes cuánto me puede costar esta cabronada? —preguntó entonces encarándome directamente—. Encuéntrame a Avellaneda, esté donde esté.

—¿No puede dar con él a través del editor?

—¡Yo qué sé! La casa de Felipe Roberto está en Tarragona. Ése será tu trabajo.

—¿Me está pidiendo que vaya a Tarragona?

—Si fuera necesario... Remueve cielo y tierra, ve a donde tengas que ir, rebusca en mesones y mentideros, lo que sea, pero da con él.

Robles mascaba las palabras. Las bolitas de saliva de las comisuras de sus labios habían alcanzado el tamaño de dos granos de arroz.

—¡De mí no se ríe nadie! —añadió—. Necesito que lo encuentres. Quiero que te enteres de dónde vive, con quién duerme, qué come y cuándo caga. Lo quiero saber todo de ese desgraciado. Todo.

Una bolsa de monedas cayó en mi lado de la mesa. La cogí, la sopesé, me dije que al diablo la cortesía, la abrí y le eché un vistazo. Eran doblones, cosa seria, mucho dinero.

—Es un adelanto —dijo Robles satisfecho al ver cómo la avaricia transformaba mi rostro y me predisponía a unas cuantas bajezas—. Deja todo lo que tengas entre manos y dedícate sólo a esto. Mientras dure, Rafael ocupará tu puesto en la sala de juego y al final recibirás una bolsa con el doble de lo que sueles ingresar cada noche.

—¿Y la imprenta?

—¿Qué ocurre?

—Estamos empezando a corregir las pruebas del *Viaje al Parnaso*. No creo que a Salazar le haga gracia que deje de ir...

—Yo hablaré con él. No te preocupes por eso.

Creo que se me escapó una mirada de desconfianza, porque insistió.

—Te digo que yo me encargo. Tú encuéntrame a ese Avellaneda. Y hazlo pronto. Toma.

Me tendió un trozo de papel en el que había copiado el nombre y la dirección en Tarragona del editor del nuevo *Quijote*. Yo lo metí en el tubo de lata que llevaba cosido al tahalí, un recuerdo de mis años en el ejército.

—¿Y el libro? —pregunté pasados unos segundos incómodos.

—Yo no lo tengo —respondió don Francisco arrugando la nariz—. Se lo he enviado a don Miguel, a ver si así despierta de una vez. ¿Para qué lo quieres?

—Para echarle un vistazo. Qué sé yo. Tal vez encuentre alguna pista sobre el autor.

—Haz lo que quieras. Ve a su casa y pídeselo de mi parte. ¿Sabes dónde vive?

—Claro —contesté—. He estado allí un par de veces. Yo fui el que le llevó las pruebas de las *Novelas ejemplares*.

—Pues hala. Cuando salgas dile a Manfred que suba. Espera. ¿Qué decías antes del irlandés?

Di un respingo. Me sorprendió el brusco cambio de tema (ya casi había olvidado a la señora), pero don Francisco es de los capaces de oír misa y repicar al mismo tiempo.

—Que está abajo cubriendo una mesa con un par de sus hombres —comenté procurando sonar natural.

—¿Y?

—Nada importante. Rafael sabrá manejarlo. Por cierto, ¿mis ganancias de hoy?

—Yo me encargo. Ya haré cuentas y te daré tu parte. Ahora vete, y a ver cómo aprovechas el tiempo.



Crucé una mirada con Manfred en cuanto bajé al zaguán. El alemán estaba sentado en la banqueta con un gato en el regazo. Su manaza casi le cubría el lomo. Con un dedo le rascaba el cogote. El animal tenía los ojos cerrados y daba la sensación de que sonreía.

—El jefe te espera —le dije resistiendo la tentación de gritarle: ¡jefe arriba ahora!

Creo que se dio cuenta. Me miró con sorna, depositó el animal en el suelo y se incorporó con un tintineo metálico. A pesar de la suave corriente de aire, se apreciaba un olor agrio.

—Si bajas luego, dile a Pascualín que vacíe los orinales un poco más abajo.

Manfred se giró en el segundo escalón para decirme: «Tú dile chico.» Me callé. Por segunda, tercera o no sé cuantas veces en la noche, me callé. Hace tiempo que descubrí que ése es el secreto de la noche. El silencio. Nunca sabes con quién te las estás viendo, y hay tanto acero... Creo que gracias a eso sigo vivo.

Por mí como si se te encharcan los pulmones de orina, pensé. Dudé si pasar por el garito para ver cómo iba el asunto del irlandés, pero decidí que ya había hecho cuanto estaba en mi mano. Escondí mi recién adquirido tesoro en el jubón junto al pecho, donde pudiera sentirlo continuamente, y luego, aparentando indiferencia, salí a la calle. Junto a la puerta estaba la silla de mano de la señora. Tres hombres, dos con librea y otro cubierto con una capa larga, hablaban mortecinamente sentados en el suelo. Era evidente que pertenecían a una buena casa, aunque la silla no llevaba escudo pintado en la caja. En cuanto me vieron se callaron, me echaron un vistazo y siguieron a lo suyo sin responder siquiera a mi saludo. Aquello confirmó mis sospechas en torno a la calidad de su ama. La petulancia de los criados suele ser reflejo de la de sus amos, y aquéllos eran de los que se hacían pagar por facilitar una entrevista con su superior. En estos tiempos, para poder sobornar a un funcionario hay que empezar por dar tajada a sus cocheros.

La noche estaba templada, el aire limpio, libre de la polvareda que de día levantan los coches al circular por el suelo calcinado. Miré con prevención a uno y otro lado antes de aventurarme en las sombras. Todas las noches hacía el mismo recorrido sin temor, pero el hecho de llevar encima una bolsa con dinero hacía que todo fuera distinto. Las casas de juego siempre están vigiladas. Buscavidas, ladrones y asesinos suelen acechar a los ganadores, ¡demasiados he visto vaciarse en la calle como pellejos de vino! La calle de Santiago es estrecha y oscura, pero al menos no tiene soportales ni entrantes que faciliten la emboscada. Por un lado se veía la plazuela de Santiago, silenciosa. Por el otro se sentía cierto bullicio. Unas luces rompían las tinieblas proyectando sombras descomunales contra los muros de ladrillo. Por la esquina de Milanese entraron tres, cinco, ocho hombres con faroles. La ronda era asidua de aquella encrucijada, frente a la casa de juego de los caballeros, dónde cada noche se

ganaban un extra escoltando a algún ganador afortunado. Ocho alguaciles armados dirigidos por un alcalde de Corte son una fuerza bastante disuasoria, aunque insuficiente para atravesar Lavapiés. De todos modos, ya he dicho que los clientes de ese garito son de calidad y suelen vivir en torno a la plaza del Salvador, junto a las losas de Palacio o cerca de la calle Mayor.

La ronda se detuvo. Aproveché para andar hacia ellos por el centro de la calle, por donde se hace más fácil esquivar aceros y aguas sucias. Cuando llegué a su altura, alzaron los faroles para verme la cara. Saludé con una inclinación de cabeza. Los conocía a todos. Faltaba el alcalde, don Salvador Remedo, a quien supuse dentro echando cuentas. Por un momento estuve tentado de preguntarles qué dirección llevaban para ver de ir con ellos, pero decidí pasar de largo como si nada. Algo así les hubiese sonado raro, habrían descubierto mi inquietud, olido mi desconfianza. Era mejor ser precavido porque la connivencia de los alguaciles con las bandas de merodeadores es algo que no se le escapa a nadie, aquí todos esperan sacar un sobresueldo de un sitio u otro.

—Qué temprano te vas hoy. ¿Habéis cerrado ya? —preguntó Fadrique. Era uno de los corchetes con los que tenía más trato, el que solía pasar por el tugurio a recoger el sobre de su jefe y la parte de los ayudantes.

—¿Eh? —exclamé tenso, pero reaccioné a tiempo—. No, allí siguen. Es que no me encuentro bien. Aún tengo un poco de fiebre.

—Cuídate.

Seguí a paso lento hasta la Puerta de Guadalajara. Los bancos de los soportales estaban vacíos, las puertas y escaparates atrancadas y los toldos recogidos. Aquella era una de las zonas más bulliciosas de la ciudad, y el silencio parecía encarnizarse especialmente allí durante la noche. Eché a andar por la calle Mayor hacia la Puerta del Sol. De las casas asomaban albañales de los que aún goteaban aguas sucias que corrían en hilillos siguiendo la caída de la calle. Las heces se remansaban en sus bocas a la espera de un poco de agua que las arrastrara. El Palacio de Oñate, casa de don Juan de Tassis, conde de Villamediana, brillaba como un faro al fondo de la calle, junto a la plaza. No escatimaba aceite don Juan. Sus portadas estaban encuadradas por tres hornacinas en las que destellaban sendas lámparas protegidas por rejillas de hierro. Frente a las gradas de San Felipe un perro devoraba algo que había en el suelo y gruñía amenazador. Seguramente se trataba de desperdicios arrojados por uno de los covachuelistas que servían comidas, y el animal se daba prisa en ingerir cuanto pudiera antes de que amaneciera y los vecinos de la zona soltaran a sus cerdos.

Crucé la Puerta del Sol. El tintineo del agua de la fuente del Buen Suceso ahogó en mi cabeza el hambre del perro. Estaban los cuatro caños vacíos, rebosando agua la pileta de bordes lamidos. Aquella sí que era buena hora para coger agua, pero la ciudad entera esperaba al amanecer, cuando los aguadores acapararan los caños con sus albardas de cuatro cántaros y las mujeres ardieran en ganas de sacarles los ojos. Junto a la fuente se sentía la humedad y se hacía más patente el aroma de fermento dulzón de la plaza. El

suelo estaba plagado de deshechos del mercado, sobre todo verduras pasadas y melones apestados. En la penumbra se adivinaban las sombras de las ratas saltando de un montón de basura a otro. Bebí un poco de agua, me refresqué el cuello y la cara y me adentré en la calle de la Montera.

Yo vivo en la calle de la Flor, detrás de la Red de San Luis, al lado de las Tres Cruces, no sé si se hace idea. Es una callecita pequeña de casas bajas, la mayoría de una planta, aunque las hay de dos, como la mía, con fachadas de ladrillo visto o enjalbegadas de blanco. He dicho como la mía, pero la casa no es mía. Sus dos plantas, tres en realidad si contamos el sótano, y creo que debemos hacerlo considerando que hay quien vive en él, están divididas en habitaciones más o menos independientes. Yo tengo alquiladas dos del último piso. En total creo que por ahora ocupamos la casa cuatro familias, tiempo habrá de hablar de ellas, aunque lo que se dice familias, sólo hay dos: la del gallinejero y la del cerero. Digo por ahora porque el propietario ha empezado obras en la buhardilla a fin de sacar unos huecos donde meter unos camastros y llamarlos viviendas. Ni que decir tiene que se los quitarán de las manos.

El camino más corto para llegar a mi casa desde el garito es subiendo la calle Montera hasta la Red de San Luis, luego a la izquierda y después la primera a la derecha. También es el más animado. Aunque por la noche el despacho del pan tras la verja, o la red como gustan en llamarla, esté cerrado y los cajones de los puestos del mercadillo de San Luis parezcan abandonados, las luces del mesón de la Herradura, las de la mancebía de Lucas y los faroles del bodegón de puntapié de Lazcano mantienen el bullicio en la calle casi como si fuera de día.

El hecho de estar cerca de casa me tranquilizó un poco. Sentía el bulto de monedas junto al pecho, pero logré controlar el deseo de ponerlo a salvo repitiéndome mil veces que nadie más que yo sabía una palabra de esa bolsa. Además, por allí tenía amigos, no sería tan fácil que un desconocido me apiolara contra un muro. Por otra parte, como para mí era más temprano que nunca, decidí sentarme un rato a tomar el fresco y comer algo antes de irme a la cama.

—Buenas noches —dije acodándome en la barra del tinglado.

El bodegón de Lazcano no es más que un casetón de madera con el mostrador alto y dos medios portones que se abren hacia arriba formando un tejadillo. En él se pueden encontrar frutos secos, arenques salados, garrapiñas de chocolate, panecillos y, sobre todo, empanadas de carne adobada, la especialidad de la casa.

—Buenas noches —contestó Lazcano—. ¿Qué va a ser?

En contra de lo que cabía esperar de alguien capaz de sobrevivir manteniendo un local como ése abierto toda la noche, el tal Lazcano era un tipo jovial, más bien pequeño, calvo y con hebras de pelo lacio y aceitoso que le caían sobre los hombros.

—Empanada y aguardiente. ¡Ah! Y prepárame una botella para llevar.

El bodegón estaba muy tranquilo. Sólo había una mujer borracha, que gesticulaba hablando sola sentada en el suelo, y dos soldados ahitos de hembra, a juzgar por el tono reposado de su charla. Ella era puta vieja, no había más que verla, pasaba con creces de los cuarenta y se rascaba sin cesar las espinillas. En las comisuras de los labios tenía sendas boqueras que exudaban una agüilla opalina.

Cogí mis cosas y me fui a sentar en una de las banquetas. La mujer se incorporó y se me acercó trastabillando con la mano tendida, una mano asquerosa de uñas desiguales, rotas la mayoría, incrustadas de suciedad y restos de costras. Dijo algo de una morionda, que si iba despeinada y estaba morionda, o algo así, y esperó mi respuesta con la boca abierta, enseñando unos dientes oscuros dibujados con una baba rojiza. Daba pena verla. Podría haberle dicho que en su estado lo del celo estaba fuera de lugar y que por lo de despeinada no hacía falta ni gastar saliva, pero me limité a soltarle una meaja y un golpecito en el hombro antes de unirme a los soldados. Ésos tenían un aspecto más animado, ya sabe usted cómo visten: calzas verdes, jubones rojos y leonados, coletos oscuros, capas pardas y sombreros de ala ancha con más plumas que un gallinero después de la visita del zorro. A su lado me sentí como una sombra de esos cuadros tenebristas que gustan ahora tanto. Debo aclarar que yo, en cuanto obtuve la licencia, eliminé de mi vestimenta todo vestigio castrense. De hecho suelo ir de negro, con cuello sencillo a la valona, la loba y el manteo de la Universidad. Tal vez lo haga porque añoro aquella época en que todo me parecía posible y más fácil, antes del destierro, antes de Ostende, antes de la peste.

—Tú dirás entonces qué hacemos —oí decir a uno de ellos.

—Subirá la soldada, te lo digo yo —respondió el otro.

—¿Pero a ti quién te ha dicho eso de que no hay hombres?

—Mi primo, el arbitrista. Ayer comí con él y me lo explicó todo. Entre los que murieron en la peste de principios de siglo, los que cayeron en Flandes hasta que se firmaron las paces, los expulsados por moriscos y los que parten a hacer las Américas,

apenas quedan jóvenes dispuestos a servir al rey. La Corona posee un Imperio inmenso, pero tenemos que comprarle el trigo a Francia. Y no es por falta de campos, sino de manos.

—Puede que tu primo tenga razón. Es verdad que cada vez hay menos soldados.

—Y los que quedan, como están inactivos, se demoran en los burdeles para acabar purgando sus penas entre vapores sulfurosos en el hospital de Antón Martín. Pobres Tercios. Lo que no lograron los protestantes lo van a conseguir las putas. Malditos franceses.

—Pues cuídense, señores —dijo Lazcano mientras trajinaba el aguardiente de una garrafa.

—Lucas cuida de sus clientes, no hay cuidado, ¿verdad tú? —dijo el primero soltando una carcajada y palmeando la espalda de su compañero.

—No hay putas más limpias en Madrid —sentenció el otro.

—De todos modos, esta paz no puede durar mucho. ¿No han oído las noticias? —preguntó Lazcano.

—¿Lo de la Mamora? —pregunté yo entrando en la conversación.

Me refería a la toma de la plaza de la Mamora, un puerto de la costa de África, en la desembocadura del río Sebú, que los piratas berberiscos habían convertido en su base después de que los echáramos de Larache. Se sabía, además, que, como está a unas cuarenta leguas de Cádiz, los holandeses le tenían echado el ojo como punto de apoyo desde el que acosar y atacar la flota de Indias, así que no es de extrañar que su conquista fuera la noticia más celebrada en un verano particularmente seco en novedades. La audacia de don Luis Fajardo, comandante de la flota expedicionaria, había corrido de boca en boca, y su gesta empezaba a ser glorificada por los poetas.

—Ésa es otra —respondió el soldado—. Ahora llegan nuevas de que están sitiados y piden que se les envíen auxilios.

—¡Sitiada la Mamora! ¿Pero no partieron más de un centenar de barcos con cerca de seis mil hombres? —preguntó el otro.

—Al parecer, el rey de Marruecos ha levantado una muchedumbre en contra nuestra y amenaza con recuperar la plaza. He oído que ya han abierto mesas de enganche para acudir al socorro.

—No me refiero a eso —aclaró Lazcano—, sino a las noticias de Flandes.

—Creía que Flandes estaba tranquilo ¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Ha muerto el duque de Cleves-Juliers y se ha puesto en juego su sucesión. Según he oído, Spínola ha dejado a un lado las negociaciones y ha entrado a tomar posesión del territorio en nombre de la Corona con un ejército de veinte mil hombres.

—¿Qué han hecho los protestantes?

—Aún no se sabe, pero no creo que se estén quietos. No se dejarán arrebatar el pastel.

—¿A quién le extraña? Conozco bien a los herejes, se ve que el demonio los ha taquinado a modo. No se estarán quietos, no.

—¿Y qué me dicen de Italia? —preguntó el otro soldado—. He oído que Carlos Manuel de Saboya ha invadido Montferrato y amenaza con atacar Milán.

—¿Quién está de gobernador en Milán?

—El marqués de Hinojosa.

—¡Menudo petimetre! —exclamó uno de los soldados y lo rubricó con un sonoro gargajo.

—Señor soldado —intervino Lazcano—, embrídense la lengua que la ronda tiene afición a pasar por aquí todas las noches y no es cosa de ofender a los hombres del rey.

—Aquí todos somos hombres del rey.

—Yo me entiendo —remató Lazcano con voz neutra.

—El duque de Osuna es quien debería estar en Milán, o de virrey en Nápoles —dijo entonces el soldado para cambiar de tema—. Es el único que sabe lo que se trae entre manos y cómo manejar a esa gente.

—Baje la voz, señor soldado —avisó Lazcano una vez más—, no vayamos a tenerla.

—Pero si es que está desaprovechado como virrey de Sicilia. Desde tan lejos no puede poner freno al Dux de Venecia y a Carlos Manuel de Saboya, y con éstos sueltos, a ver quién controla a los franceses. Todos ellos no hacen más que mirar a Milán como un pastelillo. Yo creo que habrá guerra, todos los que hemos estado allí lo sabemos, pero como Lerma no ha ido más allá de Valladolid... Se lo digo yo, nuestra única esperanza es que nombren a Osuna virrey de Nápoles.

—¡No lo repito más! —exclamó Lazcano dando un puñetazo en la barra—. Señores, pueden pensar lo que quieran, pero guárdense de decirlo en mi local. Además, si tanto echan de menos la acción, ¿por qué no se embarcan para el auxilio de la Mamora? —preguntó al dejar la botella llena hasta el gollete sobre mi mesa.

—Un nido de piratas berberiscos —dijo el soldado con desdén—. No suena eso a negocio serio.

—Puede que la empresa sea más difícil de lo que parece. Los berberiscos son aliados de los turcos.

Otros dos hombres salieron entonces del burdel y se acercaron al bodegón entre risas. La borracha se agitaba inquieta en su esquina. El prurito debía ser fortísimo, pues a veces se alzaba la falda y se podía ver que tenía las espinillas llagadas de tanto rascar. Uno de los recién llegados la empezó a insultar, la llamó guarra bubosa y amagó una patada que no pudo descargar porque la mujer se escabulló murmurando que se fuera él a un lazareto, y cosas por el estilo. Debían de conocerse de antes, quizás hasta habían sudado juntos, él mismo traía una costra en la nariz y lo que parecía una calentura en el labio inferior.

—Con Dios, señores, ¿qué hay de nuevo? —preguntó el costroso con una sonrisa complaciente.

—Hablábamos de turcos y berberiscos.

—¿Es que acaso bajan otra vez? ¿Han oído algo?

—Más vale que no lo hagan. Apenas tenemos barcos que oponerles.

—Si Osuna mandara... —murmuró el soldado de antes mirando de reojo a Lazcano.

—Al menos ahora los turcos y los berberiscos no lo tendrán fácil en nuestras costas, sin esos moriscos para auxiliarlos y dirigir sus incursiones.

—Lerma hizo bien expulsando a esa chusma —dijo el de la pupa en la boca.

El labio estaba ligeramente hinchado y le espejeaba la herida, aunque no parecía que fuera de humedad. Debía de estar siguiendo un tratamiento con mercuriales y la llaga supuraba el veneno.

—Debería aprovechar la paz que tenemos preparándose para la guerra.

—Eso es indigno.

—¿Pero qué cree que hacen los franceses, ingleses, flamencos, venecianos, turcos, saboyanos y alemanes? Hace años que firmamos la paz, pero los corsarios ingleses no se han detenido ni un instante, ni por un día han aflojado su acoso a nuestras vías comerciales, y nosotros, sin embargo, aún no hemos construido ningún barco de guerra para reemplazar los perdidos en la campaña de Inglaterra. El valido prefiere acompañar a su majestad a hacer rogativas a la virgen de Atocha para ver si llega indemne la flota de Indias, y antes se gasta el dinero en velas que en clavos para los astilleros.

Me levanté. Esa conversación la tenía ya muy oída, así que me despedí, cogí la botella, dejé el vaso sobre el mostrador junto a tres cuartos, hice una seña al señor Lazcano y me fui a mi casa. El bodegonero dio un pase al vaso por un lebrillo de agua turbia y lo puso a secar boca abajo sobre un paño.

No tengo ni idea de qué hora sería, cerca de las dos, más o menos, antes de mi hora habitual de recogida, en cualquier caso, porque Lazcano no parecía aún dispuesto a cerrar y lo normal era que lo pillara bajando los postigos. Tal vez por eso aquélla fue la primera vez que me encontré a Rosita apostada al doblar la esquina de mi calle. Rosita era mi vecina de la puerta de al lado. Vivía con sus hermanos, o eso creía yo; ellos andarían sobre la veintena y a ella yo le echaba doce o trece años. Imagino que se sorprendió de verme tanto como yo, aunque pasada la primera impresión procuró actuar con naturalidad.

—¿Quiere que lo acompañe? Puedo hacerle lo que desee.

—Pero Rosita...

—Quiere que lo acompañe sí o no.

Había resolución y desfachatez en su mirada, como si supiera que en ese juego podía más que yo, y sin poder evitarlo me vi calibrándola como mujer. Puedo asegurar que no estaba mal a pesar de sus carencias. Los miembros parecían demasiado largos respecto al tronco, el pecho incipiente —aunque eso no era un problema dado que la última moda en la corte era vendárselo— casi totalmente al descubierto bajo la basquiña desatada, los labios rojos, demasiado rojos, y el rostro blanqueado con solimán. Personalmente las prefiero más formadas y con menos mejunje en la cara, pero reconozco que estaba graciosa la chiquilla.

—Si es esto a lo que te quieres dedicar, ¿por qué no vas a un burdel? Aquí te puede pasar cualquier cosa.

—No, si no es cuestión de gusto —respondió ella con un mohín—. Es que no tengo la edad. Hasta que no cumpla doce el juez no me autoriza a ejercer, y para entonces ya seré muy vieja.

¿Muy vieja?, me dije. ¿Qué pensará de mí esta muchacha? Muy vieja con doce años...

—¿Pero cuántos años tienes?

—Once.

—¿Lo saben tus hermanos?

—No son mis hermanos.

—Vaya, ésta es una noche de sorpresas. Pero vives con ellos.

—Sí. ¿Quiere que le acompañe o no?

—Es que a mí me gustan más viejas —me disculpé.

—Entonces déme un trago y lárguese —dijo ella echando mano a la botella de aguardiente.

No tuve fuerzas para negarme.

—Venga, déjeme y no se vaya del pico —me dijo agitando el índice ante mi cara.



Eché a andar hacia mi casa confundido por la mezcla de respeto y desfachatez con la que acababa de ser tratado.

«Si no quieres que te descubran, mejor cámbiate de calle», acerté a decir, aunque en realidad no tenía ni idea de con quién me pedía que fuera discreto, si con sus compañeros de habitación, quienes evidentemente debían estar al tanto de todo, o con el reato de los vecinos.

Como ya he dicho, vivo en el piso alto de un edificio antiguo, antiguo no por construido hace mucho tiempo, sino por afecto a la Regalía de Aposentos. Es ésta una ley nacida como consecuencia de la enorme carencia de habitaciones aptas para albergar la avalancha de nuevos habitantes que trajo consigo el traslado de la Corte. En ella se obliga a todo propietario de casas de más de una planta a poner la susodicha a disposición de los aposentadores reales o, en su defecto, a pagar a la Corona una cantidad anual en concepto de indemnización. Ahora ya sabe por qué en Madrid sólo los curas construyen en altura. La Iglesia está exenta de todo. Mi casero, el señor Cañamares, viejo vecino de la villa, tampoco se adaptó mal. Construyó una casa nueva en las afueras, por Santa Bárbara, cerca de los pozos de la nieve, un edificio grande pero de una sola planta, exento de impuestos, y compartimentó en pequeños habitáculos su vieja casa de la calle de la Flor.

Cuando llegué, la escalera estaba silenciosa. En la planta baja, la única con sólo una vivienda, vive la señora Venancia con Pitu, su marido, y un hijo de tres partos. Pitu es gallinejero y tiene puesto en el mercado de San Luis, aunque es su mujer la que se ocupa de todo, del negocio y de la familia. En realidad, la influencia de Venancia va más allá de su propia familia. Ella es el factótum del casero, la encargada de cobrar las rentas, tarea por la que se lleva una comisión y el uso exclusivo del patio trasero de la casa que tienen dividido en jaulones. Yo es lo que peor llevaba, o llevo, mejor dicho (aún no debo hablar en pasado ya que todavía sigo aquí y no me acabo de creer que de verdad vaya a dejar este agujero). Aunque mis ventanas dan a la calle, al amanecer esto es un auténtico guirigay.

En el sótano vivía Santiago, el cerero, con su mujer Casilda y dos pequeños que la mala suerte había hecho que nacieran ciegos. Casilda estaba de nuevo embarazada, a punto de parir ya, en realidad, y se movía recelosa y taciturna, a lo que yo pienso, temiendo lo peor del nuevo parto. Santiago, sin embargo, figuraba la alegría personificada, el buen humor, la ilusión por la vida. Tenía dos hijos ciegos pero la desgracia no lograba herirlo. Nada lo amedrentaba, tiraba para adelante con una vitalidad, una resignación y unas ganas de aprovechar el tiempo envidiables. El segundo piso lo ocupábamos Rosita y sus hermanos, o amigos, o queridos, o vaya usted a saber, otros que se han ido para siempre y que Dios me perdone, y un servidor, corrector, garitero y gacetillero. Ya se sabe, las letras siempre por encima de otros oficios más prosaicos, y siempre lejos de cualquier actividad manual que ponga bajo sospecha mi inquebrantable declaración de hidalguía. Como decía, la escalera estaba silenciosa. Todo el mundo parecía dormir en paz o no estar en casa, que de todo había. Cuando

cerré mi puerta sentí un gran alivio. Colgué de la percha el manteo, el sombrero y el tahalí con las armas y me di cuenta de que las ventanas del balconcillo estaban abiertas. Di un par de pasos en la penumbra hasta el centro de la habitación donde estaba la mesa, dejé la botella, busqué en un cajón un cabo de vela y lo prendí con el pedernal y una pajuela. Aunque procuré apagarla rápido, el olor a azufre quemado quedó flotando durante un rato. Todo parecía ordenado y limpio. La sartén y los platos fregados y colgados a escurrir, el lebrillo vacío, la cocina de carbón sin ceniza... Ningún ladrón deja una casa mejor que la encuentra. Corrí la cortina que cubre el paso del dormitorio y percibí un bulto en la cama. Alguien dormía. No hizo falta que me acercara más. Sabía quién era y quién la había dejado entrar. Venancia no acababa de conformarse con gobernar el principal, era mujer de junta, de barrio, con su marido no tenía ni para empezar. Lo último que había decidido era que Isabelita Cienfuegos me convenía, y como guardaba una copia de la llave de mi casa que un día le confié y que nunca me atreví a reclamar, se divertía preparándome fiestecitas sorpresa como ésta, a las que debo confesar que yo no era del todo insensible.

Isabel Cienfuegos estaba en la veintena, tenía un cuerpo opulento, con cien fuegos en el coño y alguno más en su preciosa cabecita; una mujer de armas tomar, vamos, aunque a mí, ahora que estoy siendo sincero, ya entonces no me acababa de gustar. Había algo en ella que me desagradaba, su aliento, tal vez, un poco agrio en ocasiones, o su piel que, incluso recién bañada, escondía un tenue aroma a salmón cocido. Hacía poco que la conocía, apenas dos meses, día de San Juan, noche mejor dicho, en el río, ya se puede imaginar. La luna lo gobernaba todo, el cielo estaba cuajado de estrellas y el Manzanares concurrido como nunca. Yo creo que todo Madrid estaba allí. Por el puente de Segovia no pasaba un alfiler, y la ribera parecía tapizada de coches y literas, de reposteros labrados y cubiertos de cenas y bebidas, de hogueras enormes y música, mucha música y gente bailando. De madrugada hubo mozas que corrieron a quitarse el polvo y el sudor a las pozas del río, como Evas a la luz de la luna. Un paraíso, aunque de barro. El río no llevaba agua para tanta gente, pero en fin, vaya noche, todo se movía al ritmo del amor, los arbustos, los coches. San Juan no se había visto en otra. De las que acudieron al río a mirar en su superficie el reflejo del rostro de su futuro marido, muchas sólo encontraron el de un fauno, pero se entregaron a él con igual voracidad. Así conocí a Isabel Cienfuegos. Amanecimos en mi casa, en mi cama. Nuestras ropas tiradas por el suelo aún con restos de fango. No fui muy amable aquella primera mañana, tenía un lacerante dolor de cabeza y quería estar solo. Cuatro días más tarde me hizo una visita. En ella se mostró mucho más recatada, se molestó incluso cuando intenté besarla y se fue pronto. Desde entonces la he visto una docena de veces, y aquélla era la tercera noche que me regalaba.

Estuve tentado de meterme inmediatamente en la cama y despertarla, pero antes me impuse hacer lo que tenía previsto. El ventanuco del dormitorio estaba también abierto, aunque no servía para otra cosa que recoger los olores del patio. No soplaba nada de aire, ni una triste corriente, así que en vez de dejar la cortina corrida la ajusté bien al

vano de la puerta para que la luz no molestara a la durmiente. Antes eché un vistazo al orinal que había a los pies de la cama y vi que estaba vacío. Lo saqué de todas formas. Me quité los zapatos, las calzas y el jubón y me quedé en camisa. Deposité el tubo con el papel de la dirección de Felipe Roberto sobre la mesa junto a la bolsa de dinero. Del estante superior de la rinconera bajé el recado de escribir. Rellené de aceite los cuatro cuerpos de la lámpara, espabilé las mechas y las prendí todas. Me sentía rico. ¡Hala! ¡La casa por la ventana! Si alguien me viera... ¿Pero qué haces desgraciado?, me diría, ¡si hace años que no enciendes más que una! También hace años que no entra en esta casa una bolsa repleta de escudos, contestaría yo. Me miré la camisa, con sendos remiendos en los codos, el jubón, las calzas, los zapatos. Necesitaba un vestuario nuevo. Rebusqué unos trozos de papel. Siempre guardo los que puedo pillar de aquí y de allá, restos de la imprenta, el papel es caro y del nuevo uso estrictamente el necesario para redactar las gacetas. Lo demás, los apuntes, los borradores, los anoto en trozos inservibles. Aquel día saqué una cuartilla que en el anverso tenía una prueba mal entintada de la imprenta, aquí la tengo ahora delante, pertenecía a un libro de poemas, o a un romancero, algo así, apenas se entienden palabras sueltas. En el reverso escribí:

*16 de agosto de 1614*

Vuelve a haber rumores de la bajada del turco. Madrid bulle de soldados ociosos de todas las nacionalidades, menos mal que unos cuantos partieron a tomar la Mamora, que si no no sé qué sería de nosotros. Al parecer una nao ha traído la noticia de que dicha plaza está asediada por el rey de Marruecos y piden refuerzos. Dicen que el duque de Osuna pretende el virreinato de Nápoles y que se la tiene jurada a los venecianos, saboyanos y turcos. Mucha gente me parece a mí, aunque por lo que se cuenta, el de Osuna se basta y se sobra. Por aquí se dice también que Spínola ha entrado con un ejército de 20.000 hombres en el ducado de Cleves-Juliers, y que Carlos Manuel de Saboya sigue ocupando el Montferrato y amenaza con atacar Milán. Veremos a ver en qué acaba todo esto. Un tal Alonso Fernández de Avellaneda ha publicado la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, del que fuera primer autor don Miguel de Cervantes Saavedra. El tal Avellaneda se ha metido en un buen lío. Me han encargado que lo encuentre y me han pagado bien por ello, demasiado bien para buscar a un hombre, si he de ser sincero, pero necesito todo lo que me quieran dar.

Aquel día no había más noticias. En otros papeles tenía anotados unos cuantos sucesos y anécdotas para poner sal a la gaceta, unos cuantos hurtos, tres peleas a cuchilladas, la detención de dos pañeros sorprendidos por la mujer de uno de ellos realizando el acto nefando y que ya olían a chicharrones, y los consabidos bulos que corren por las losas de palacio sobre si llega o no la flota de las Indias, un tópico fácil al que recurrir en época de sequía. Y luego los chascarrillos de Osuna, el movimiento en Flandes y Saboya, la campaña de la Mamora y la segunda parte del *Quijote*. Aunque no estuviera escrita por el mismo autor, gustaría saber de su existencia. No estaba mal.

Guardé el papel, cerré con cuidado el tintero, eché un par de cazos de agua limpia de la tina al lebrillo de fregar, me enjuagué los dedos manchados de tinta y me sequé en un paño de la cocina. Luego abrí la bolsa de dinero y lo extendí sobre la mesa. Daba gusto mirarlo. Con aquello tendría para vivir un par de meses, amén de pagar algunas deudas y engrasar convenientemente los ejes de mi recurso en el asunto de la hidalguía. Y habría más. Si encontraba a Avellaneda habría más. Lo importante entonces era trazar un plan de acción. En aquel momento sólo tenía claro el primer paso: visitar a Cervantes, y en otro orden de cosas, cobrar la última noche del garito y las correcciones pendientes en la imprenta. A este respecto, debía asegurarme de que Robles había hablado con Salazar y que éste estaba de acuerdo en guardarme el puesto el tiempo que hiciera falta.

—¿No pensabas despertarme? —dijo Isabel corriendo la cortina, y al ver tanto dinero sobre la mesa añadió—: hay que ver, hijo, pareces un banquero.

Isabel se quedó en el umbral, con la camisa medio abierta y pegada al cuerpo por el sudor.

—Ya he terminado —le dije simulando naturalidad.

—¿De dónde sale esa fortuna? —preguntó ella viniendo a abrazarme por la espalda.

Sentí sus pechos contra mi nuca a punto de deslizarse sobre mis hombros, casi rozándome las orejas. Al mismo tiempo, su mano desapareció a la rebusca bajo mi camisa. Me sorprendió gratamente que aquella noche no oliera a salmón hervido sino a aceite con un suave aroma de sándalo.

—Un trabajo —contesté quitándole importancia—. Un adelanto.

—¿A quién tienes que matar?

Sonreí, aunque confieso que me sobresalté. La verdad es que me habían pagado más por encontrar a un hombre que lo que solían cobrar los rufianes por hacerlo desaparecer, pero así es la vida, pensé, por una vez se valora más el cerebro que el músculo.

—No digas tonterías —me defendí—. No es tan fácil como eso —añadí poniéndome en pie y palmeando su trasero en dirección a la cama.

Me despertaron los mazazos. ¿Es que no iban a acabar nunca? Un mes era más que suficiente para cambiar tres muros de sitio, pero aquello parecía no tener fin. Y eso que la buhardilla era un espacio diminuto bajo cubierta pensado para orear la matanza y poco más. Apenas cabía en él una persona de pie. Cañamares debía de haber enloquecido. Además, la de entonces era la tercera cuadrilla que contrataba, lo que me hacía suponer que, aunque los alarifes fueran un gremio de cuidado, algo andaba mal en el proyecto para que ninguno consiguiera rematar la faena.

Escondí la cabeza bajo la almohada. A los golpes siguieron las voces, y luego un tanguillo se coló por el balcón entreabierto. Cualquier otro día habría insultado con saña a los ruidosos, pero aquella mañana me vino bien el jaleo para despejarme. Isabel se había ido, ni idea de cuándo. Habíamos estado festejando hasta más de las cuatro, y luego me dormí. A decir verdad, me alegré, no me apetecía verla en aquel momento, aún guardaba un regusto amargo por el modo en que me había arrancado el compromiso de cenar en su casa al día siguiente con sus tíos. Odio el protocolo, aunque sea en torno a un plato de tajadas y morcillas.

Me levanté diligentemente, dadas las circunstancias. Me puse la camisa y oriné de pie en el orinal. Confieso que me salí bastante, más de lo normal, suelo tener buen pulso pero me traicionó la premura, así que en cuanto acabé pasé un rato extendiendo los salpicones con el pie como si tal cosa. A esas horas el orinal estaba ya terciado, porque había olvidado vaciarlo antes de echarme a dormir. Eso es algo que me pasa a menudo, incluso lo olvido durante días en las ocasiones en que no duermo en casa, y entonces el olor parece que cala las paredes. Aquel día pensé vaciarlo en el patio trasero antes de irme, a través del ventanuco del descansillo. A las gallinas no les importaba, ya lo había hecho otras veces, pero antes de salir me asomé al balcón y como vi la calle vacía, lo vacié allí mismo sin aviso de «agua va» que, por otra parte, habría sonado raro por la mañana.

—Jefe, no son horas —dijo una voz sobre mi cabeza.

Miré hacia arriba. El tipo estaba a contraluz, con medio cuerpo asomando por entre las tejas. Parecía estar levantando un poco el alero para encajar un ventanuco.

—¿Y a usted qué más le da? —pregunté poniéndome de visera la mano que no sostenía el orinal.

—Hombre, si paso por debajo...

—Pero usted está arriba.

—Pero si paso por debajo... Eso se hace por la noche. ¿No oye los pregones?

La conversación no tenía ningún viso de mejorar, así que le di la razón y me encomendé a su benevolencia. Suelo hacerlo cuando veo a alguien manejar con soltura una alcotana, y siempre cuando de ese alguien depende que no entre agua en mi casa.

—Es que me encuentro un poco enfermo —me disculpé—. Fiebre, ya sabe. Por cierto, volverá a poner esas tejas donde estaban ¿verdad?

—Sí que tiene mala cara —dijo él sin responder a mi pregunta.

Aunque no tengo espejo, sabía que aquel tipo también tenía razón en lo de la mala cara. Me sentía un poco caliente, me faltaba sueño y no tenía ganas de hablar, así que asentí, me metí en casa y cerré la ventana dispuesto a olvidar el incidente y a concentrarme en lo que tenía que hacer.

Me planté en el vano que separaba mis dos habitaciones y me quedé un momento contemplando el dormitorio. Todas mis posesiones se abarcaban de un vistazo. La cama, un viejo catafalco con un dosel de techo de madera, era la misma en la que habían muerto mis padres. El colchón era nuevo, claro, y las colgaduras. El fuego acabó con todos los objetos de uso diario de los apestados, pero la cama se salvó, cosa tan absurda, y en cuanto pude entrar de nuevo en la casa la lavé con cal viva y me la traje a Madrid. Lo demás eran restos de lo que en su día fue mi ajuar de estudiante: una estera de esparto, una jofaina con su jarra, un pebetero, un brasero de bronce y el arcón repujado donde guardaba la muda. En el fondo, entre saquitos de espliego y romero, almacenaba las colgaduras de la cama y las mantas hasta la llegada del invierno. En la pared había clavado un grabado defectuoso de una serie que sacó Cuesta con motivos mitológicos. Se trataba de una reproducción del cuadro de Tiziano en el que aparece Dánae toda lánguida recostada en unos almohadones dispuesta a recibir a su amante, con la salvedad de que en vez de una lluvia de oro, lo que Cupido ve caer sobre la mujer parece un cubo de tinta.

Vamos allá, me dije para darme ánimos. Lo primero que hice fue poner a buen recaudo el dinero. Lo saqué de debajo del colchón y me fui al otro cuarto. Tras comprobar que estaba echado el cerrojo, y siempre con un ojo en la ventana, corrí la mesa, levanté el ladrillo que tenía preparado, metí en el hueco la bolsa y lo volví a colocar tal como estaba sujetándolo con la pata de la mesa. Hecho esto me volví a quitar la camisa, llené el jarro de agua, metí la cabeza en la jofaina y me vertí el agua por la nuca. Aquello me despejó en el acto. Me sequé torpemente con un paño que olía a pimientos, y luego mojé dos dedos en el vasito que guardo con agua de azúcar y me los pasé por los bigotes afinando la punta. Saqué mi camisa limpia y me la puse con un suspiro de placer. Llevaba bastante tiempo sin usarla y había cogido el aroma de las hierbas del baúl. Luego me puse también mi par de calzas limpias, los valones y el jubón. Les quité el polvo a los zapatos con el mismo paño con el que me acababa de secar y luego repasé sus grietas y rozaduras con un poco de aceite y carbonilla de la cocina.

Ya a medio vestir me serví un vaso de aguardiente y rebusqué en uno de los estantes de la rinconera hasta que encontré un par de frutas escarchadas. Eran las últimas, así que tendría que comprar una caja de letuario, como le llamaban los confiteros, si no quería que me faltara desayuno. Con la tripa caliente me puse la ropilla, me ceñí el tahalí con la espada y la vizcaína y guardé en mi tubo de plomo la nota con la

dirección de Felipe Roberto. Eché un último vistazo a la habitación, hice un petate con la camisa y las calzas sucias y salí a la escalera dispuesto a comerme el mundo.

—Buenos días, don Isidoro. Mucho madrugamos hoy —me saludó Venancia maliciosa.

La mujer barría el zaguán con una escoba de mimbres para desincrustar la gallinaza de la piedra. Llevaba un paño en la cabeza, las mangas recogidas por encima de los codos y un mandilón de faena con bolsillos enormes de los que asomaban un trozo de cuerda y una rama de laurel.

—Buenos días —contesté yo complaciente—. Venancia, hágame el favor de lavar esta ropa, y piense lo que le debo que hoy es día de cobro.

—Da gusto verlo contento —dijo ella cogiendo el hatillo. Sin cambiar la expresión socarrona, se lo echó bajo la axila, apoyó el codo sobre la tripa y se puso la mano en la mejilla. Los pelos de sus patillas asomaron crespos entre los dedos gordezuelos—. ¿Y qué? ¿Cómo hemos pasado la noche?

Por la escalera subieron voces procedentes del sótano, pasos, y al momento apareció Santiago con su hija mayor. La pequeña tenía siete u ocho años y andaba pegada a su padre con la barbilla hundida en el pecho y el brazo derecho extendido. Iba recién peinada con una cola de caballo y su padre la guiaba cogiéndola del cogote.

—Buenos días —dijo Santiago en cuanto nos vio.

—Buenos días —contestamos nosotros al unísono.

—Hoy vamos a conocer a un hombre muy importante —dijo el cerero más para la niña que para nosotros—. Del gremio de los «ciegos oracioneros», un señor muy bueno que va a acoger a Mariquilla bajo su protección. A partir de hoy irá con él todos los días para que le enseñe el oficio, ya verás como lo vas a querer mucho —añadió para la niña al tiempo que nos guiñaba un ojo a nosotros.

La pequeña sonrió con orgullo y enseñó el hueco de sus cuatro dientes de leche. Uno de los paletos definitivos blanqueaba bajo la encía y amenazaba con empezar a romperla.

—Pues claro que sí, qué suerte —dije yo, colaborador, acariciándole la mejilla.

La niña se estremeció como un gato al contacto de mi mano.

Aquella era la mejor solución para la pequeña. Hacía poco que los ciegos se habían organizado en gremio, e incluso habían conseguido un privilegio real para vender gacetas, romances, relaciones y otros sueltos. También los contrataban para rezar, de ahí su nombre de «ciegos oracioneros», y su participación estaba muy bien vista en bodas, entierros y funerales. La estructura del gremio era similar a la de cualquier otro, con la salvedad de que para ingresar el único requisito era ser ciego.

—Venga, don Isidoro, dígame alguna cosa de gacetilla a la niña, para que vean que está bien informada.

—Algo de gaceta... ¿eh? Cuéntales que la Mamora está sitiada.



—¡Válgame Dios! —exclamó Venancia.

—...y que Spínola ha entrado en Juliers. Hay tambores de guerra en Flandes.

—¿Y del turco? ¿Qué se sabe del turco? —preguntó la niña con gracia.

—Rumores —dije yo muy serio—, nada seguro.

—Ya sabes, guapina —dijo su padre dándole unas palmaditas en la coronilla—. A ver qué tal lo haces.

La niña no dijo nada. Se abrazó a la pierna de su padre y esperó inmóvil hasta que éste reemprendió la marcha. Entonces se agarró con fuerza a sus calzas con la mano izquierda y extendió la derecha. Yo aproveché la ocasión, me excusé con Venancia prometiéndole un rato de charla por la noche y me fui con ellos. Doblamos juntos la esquina, pero antes de salir a la plaza palmeé la espalda de Santiago, acaricié a la pequeña su manita extendida y aceleré el paso.

De día el barrio era distinto. Ya a esas horas el mercado bullía de actividad. Los aguadores llegaban a pares arreando a sus asnos para rellenar los cubos con que los tratantes mataban el polvo aún incipiente. Los esportilleros acosaban a los clientes madrugadores para que les permitieran llevarles la compra. Los restos del día anterior se extendían pisoteados como una pulpa en descomposición. Olía a sangre, a pescado, a tomate. Un grupo de mujeres metía los brazos entre los hierros de la red para hacerse con el pan del día. Los gritos se fundían en un barullo incomprensible. Verduras, sardinas saladas, menudo, aloja, especias, dulces, todo se voceaba. Dos novicios empujaban el pulpito ambulante de San Luis para ponerlo en el centro del ensanche frente a la mancebía de Lucas. Tocaba sermón, admonición y reconvención. El bodegón de Lazcano parecía una tortuga dormida. Su dueño descansaba en un jergón bajo la barra, hasta medio día no levantaría los postigos. Acurrucados contra uno de sus tablazones, tres viejos libertos negros revisaban la comida rescatada del suelo. Conocía a uno de ellos, Isaías, que durante casi veinte años había sido esclavo precisamente de Francisco de Robles, mi jefe, el cual, siguiendo la tradición de las grandes casas, le otorgó la libertad cuando ya no podía rendir más. No es raro ver esclavos liberados como éstos, viejos y enfermos, abandonados a su suerte cuando dejan de producir y se convierten en una carga para sus amos. En eso dicen que el conde de Villamediana es un ejemplo de generosidad; quiere tanto a sus caballos que nunca ha abandonado a ninguno, y a los que se hacen viejos los deja morir tranquilamente en sus dehesas.

Tiré Montero abajo hasta la Puerta del Sol. En la esquina aguardaban los mendigos de siempre, los que ahí siguen todavía, supongo, si no los ha matado un rayo. Hay uno sin piernas que anda con dos tacos de madera en las manos y el tronco enfundado en una especie de delantal de cuero, y otro con un lobanillo enorme en la sien derecha que está medio loco y te insulta y te acusa de soberbio y judío si no le das una moneda. Ambos son veteranos de Flandes, o dicen serlo, y si tullidos dan miedo, no los quiero imaginar enteros y sueltos por una de esas ciudades del norte. Siempre que me los cruzo me alegro de no ser hugonote. Pasé a su lado con prisa y crucé la plaza para subir por Carretas, pero antes de lograrlo me atajó otro mendigo alemán con la consabida cantinela.

—*Amico, amico, spagnolo e tedeschi tutto uno, misma cosa, buon compagno.*

—Vamos quita —le dije soltándome de un manotazo—, vete con tus hermanos a cantar algo a la Puerta del Buen Suceso —añadí señalando el templo en el otro extremo de la plaza.

Apreté el paso. Al llegar a la plazuela del Ángel me metí por la calle de Huertas hasta la casa de don Miguel. A esas horas ambas calles estaban medio vacías, parecían de otra ciudad, de una ciudad muerta, pero no se engañe. Ese barrio hay que andarlo al

atardecer y por la noche, cuando los bodegones abren sus puertas, se despiertan los cómicos y las putas levantan sus persianas y entornan los balcones.

Era una hora más que razonable cuando llamé a la casa de Cervantes. Un poco temprano, quizá, pero no para alguien habituado a trabajar. Sin embargo, temí ser inoportuno porque tardaron mucho en abrir y, cuando al fin lo hicieron, me recibieron entre susurros.

—¿Qué desea? —me preguntó la criada de don Miguel.

Yo la conocía de antes, era una mujer mayor con la espalda cargada, que olía a meado de gato y que llevaba el moño más tirante del barrio de las comedias. Seguro que le tenía que doler.

—Me envía Robles, el librero, para hablar con el maestro —dije en tono discreto.

—Imposible —dijo contundente. Luego me miró despacio, recordó haberme visto más veces por allí y añadió—: Si tiene algo que entregar puede dármelo a mí.

—Es muy importante. Debo hablar con él personalmente —insistí.

—Le digo que no puede ser.

—¿Le importaría avisarle? Estoy seguro de que don Miguel querrá recibirme. Es más, apuesto a que se alegrará cuando sepa cuál es mi cometido.

La vieja rezongó de forma ininteligible. Pensé que me daría con la puerta en las narices, pero me dejó entrar en el zaguán y me dijo que esperara. El suelo era de cantos y estaba fresco y recién baldeado. Al fondo se vislumbraba un pequeño patio con un casetón de muros agujereados. Un par de palomas se arrullaban en uno de sus huecos. El tiempo transcurría despacio. Me esforcé inútilmente en escuchar voces del interior, temeroso de que se hubieran olvidado de mí.

—Haga usted el favor —oí decir a la mujer desde el primer rellano de la escalera. Inmediatamente me reuní con ella y la seguí hasta un recibidor desnudo en el que sólo había una banca de madera. La vieja señaló el mueble y desapareció. Me desembaracé de la capa y el sombrero y me desaté el tahalí con las armas para sentarme. No tuve que esperar demasiado. Apenas había empezado a contar los rayones del muro cuando se presentó la mujer de don Miguel, doña Catalina de Salazar. Me puse en pie rápidamente.

—Discúlpeme, pero es que estoy un poco preocupada —dijo con energía.

Doña Catalina es bastante más joven que don Miguel, yo creo que ni siquiera llega a los cincuenta. Es corta de talle aunque robusta, de manos gordezuelas y papada tersa y vibrante. Sus ojos son oscuros y muy vivos.

—Siento molestar. Sólo he venido a hacer una visita rápida a don Miguel.

—Lo de ver a mi marido... Me temo que no va a ser posible —dijo doña Catalina con la espalda rígida.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Le ocurre algo?

—Mi marido está un poco indispuesto.

—¿Está enfermo?

—¡Qué sé yo! —dijo la mujer dando una palmada y dejando las manos entrelazadas—. Lleva unos días... Hoy ha pasado mala noche. Se ha levantado lo menos diez o doce veces a orinar, eso que yo le haya sentido, y en una me ha llamado porque le ha entrado un mareo que por poco se cae. Y yo le digo: si quieres dejar de orinar, deja de beber, porque no hace otra cosa, tiene una sed tremenda, dice que le arde la boca, pero cosa rara, todo dulce, parece un crío, sed de agua con azúcar, y aloja, así que está el pobre arrastradito, da pena verlo, comprenderá que ahora que por fin está descansando no lo voy a molestar.

—Cuánto lo siento. Pero eso es nuevo, ¿no?

—Quia. Él no se queja, pero lleva así por lo menos quince días.

—¿Tanto?

—Ea, desde lo del raigón. El dice que no, y que no valga lo que yo digo, pero para mí que todo viene desde que le sacaron el raigón ese que le hinchó la cara. Porque mire, desde entonces no levanta cabeza, el pobre. Pero dígame, ¿qué es lo que desea? Si es algún recado de la imprenta puede dármelo a mí.

—No, no. Tengo que hablar con él —dudé si callar el motivo de mi visita, pero estaba claro que sin una razón poderosísima no lograría franquear esa barrera—. Verá, no sé si usted sabe que han editado una segunda parte de su *Quijote*.

—¡Que si lo sé! ¡Vamos! Esa es otra. No hay quien se lo quite de la cabeza. Desde que Robles le mandó ese condenado librito encima es que no hay quien razone con él. Vivimos todos en un ay.

—Pues por eso debo verlo. Robles me ha encomendado encontrar al autor.

—¿Para qué?

Me encogí de hombros. Doña Catalina pareció dudar, por un momento creí que iba a ablandarse, pero no.

—Pues no va a poder ser. A lo mejor se enfada conmigo, pero yo no lo despierto. Si se enfada ya veremos, pero yo no lo despierto, no, no, no.

—Tal vez podría adelantar algo en mi búsqueda si usted me entregara el libro.

—¿El *Quijotillo*? ¡Ja! Pues no me faltaba más que eso. Usted quiere buscarme a mí una desgracia.

—Pero si don Miguel está durmiendo.

—Sí, pero duerme agarrado al maldito libro, entiéndame, es una forma de hablar, pero en cuanto abre los ojos se pone a leerlo y releerlo. Yo creo que ya se lo debe saber de memoria.

—No le ha gustado, ¿verdad? —pregunté bajando la voz.

—Mucho peor —respondió ella imitándome—. Está descompuesto. Indignado. Si le hurgaran con una daga en las entrañas no le dolería tanto como el que hayan violado a sus criaturas. Así llama él a sus invenciones. Dios nos ayude.

—¿No podría dejarme echarle un vistazo al menos? Siquiera para ver a quién está dedicado, y esas cosas.

—¿Aquí mismo?

—Claro.

Me miró con recelo. Suspiró un par de veces y jugó unos segundos con el anillo de su mano derecha.

—Espere —dijo al fin.

La mujer desapareció. Esta vez no me senté e hice bien, porque volvió casi en el acto con un libro en la mano. Me lo tendió sin poder evitar miradas recelosas por encima del hombro. Yo miré indeciso alrededor.

—¿Podría sentarme en algún sitio donde pudiera tomar notas? —pregunté temiendo excederme en mis demandas.

Ella asintió. Me hizo gesto de que la siguiera y obedecí. En el banco quedaron abandonados la capa, el sombrero y el tahalí. Unos pasos más allá empujó una puerta y me invitó a entrar. En la habitación había una mesa de castaño, una silla frailer y una estantería que ocupaba toda una pared. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra en tonos tierra y motivos vegetales y geométricos. Ella entró detrás de mí. Sin decir palabra corrió la cortina de una pequeña ventana y el cuarto se llenó de claridad. Aquél debía de ser el estudio de don Miguel.

—Cuando termine me avisa y me devuelve el libro en propia mano —dijo extendiendo claramente la derecha para que no hubiese dudas—. Mire, que me busca un disgusto.

La tranquilicé. Reiteré mi eterno agradecimiento por el favor que me hacía y me instalé cómodamente en el escritorio. A pesar de haber intentado expresarme con la mayor franqueza, doña Catalina no se quedó del todo tranquila. Debo decir en mi contra que no cuento con una mirada límpida ni con una sonrisa embaucadora, así que no puedo decir con exactitud qué pensó de mí, pero le orientará saber que la vieja criada estuvo barriendo el trozo de pasillo frente a la puerta todo el tiempo que yo permanecí en la casa.

En el estudio no había mucha luz. En un cubilete sobre la mesa se hacinaban las plumas como un ramillete irregular de flores silvestres; plumas grandes, blancas, pardas y grises, y un par de ellas irisadas de cola de faisán. A su lado, en una bandeja, había dos tinteros de cristal con embocadura y tapa de plata y una salvadera llena de arenilla secante. La silla tenía cuarteado el cuero del respaldo, el cojín algo gastado y uno de los brazos, el izquierdo, estaba descolado, pero resultaba muy cómoda.

Apoyé los codos sobre la mesa y observé el librito. Se trata de un volumen modesto en octavo de unas doscientas ochenta y tantas páginas. Tal vez lo conozca. En la portada aparece dibujado un caballero blandiendo una lanza como si se dispusiera a justar con ella. Recuerdo que pensé que de eso se trataba al fin y al cabo, de un reto, de un juego.

Empecé a leer el prólogo y no pude reprimir una sonrisa. Por si no lo ha leído, le diré que el tal Avellaneda se despacha a gusto con don Miguel. Califica su *Quijote* de obra ofensiva ya desde las primeras líneas, y se duele de que el autor le haya atacado a él y a quien tan justamente celebran hasta las naciones extranjeras por haber hecho tantas y tan estupendas comedias «con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar» y que además hace poco que se ha metido a cura. Acusa también a Cervantes de manco, como si ése hubiera sido su gusto, y de falto de amigos, y se alegra de la ganancia que espera quitarle de su segunda parte. Además, le echa en cara lo poco humilde que dice que se muestra en el reciente prólogo de sus *Novelas ejemplares*.

Aquello no aclaraba mucho. Alonso Fernández de Avellaneda se había sentido atacado por el *Quijote*, o en el *Quijote*, y decía actuar como paladín de alguien al que Cervantes había maltratado, alguien que escribía mucho y buen teatro y era además familiar de la Inquisición y cura. No podía haber muchas personas que reunieran tantos atributos. El primero en que pensé fue Lope de Vega, era inevitable hablando de teatro, pero no era sacerdote. Luego se me ocurrieron más nombres, Remón, Argensola, pero

ninguno recordaba yo que reuniera todos los requisitos.

La alusión a las *Novelas ejemplares* tampoco estaba nada clara. Confieso que no había leído el prólogo, y ya puestos a ser sinceros diré que tampoco las *Novelas*. Bueno, al menos no todas, aunque sí *Rinconete*, el *Coloquio* y el *Vidriera*. Pero de la primera casi ni me acordaba, la había leído hacía años en una copia manuscrita que me dejó el propio Cervantes en una de las ocasiones en que tuve que esperar mientras él acababa de corregir algunas pruebas de imprenta.

Estando donde estaba, supuse que no sería difícil dar con un ejemplar de las *Novelas*, así que lo busqué por la estantería. Daba gusto ojear aquellos anaqueles. Allí se amontonaban novelas de caballerías como el *Palmerín de Oliva*, el *Palmerín de Inglaterra*, el *Amadís de Gaula*, la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, el *Orlando furioso* de Ariosto y *El Orlando Innamorato* de Boiardo, pero también había obras de Dante, de Petrarca, de Ravisio Textor, de Levinio Lemnio, de Ovidio, de Fernando de Rojas, de Mateo Bandello, de Gribaldi, de Lope de Vega, de Ariosto, de Enrique de Villena, de Mateo Alemán, de Mateo Boyardo, la *Philosophía antigua poética* de Alonso López Pinciano, *La Diana* de Jorge de Montemayor, los *Diez libros de fortuna de amor* de Antonio de Lofrasso, *El pastor de Fílida* de Luis Gálvez de Montalvo, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *La Austríada* de Juan Rufo, *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto, *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, qué sé yo, había de todo, más de trescientos volúmenes, no siete como guardaba yo en mi rinconera, hasta vi un *Libro de Horas de Nuestra Señora* y un ejemplar de las obras de Garcilaso de la Vega anotado por Fernando de Herrera igual al mío, lo que me hizo recordar que había dejado mi ejemplar en la imprenta el día anterior y que tenía que acordarme de recogerlo. Como era de esperar, en un estante se amontonaban las obras propias; un volumen de *La Galatea*, media docena de Quijotes y un par de las *Novelas ejemplares*. Cogí uno de éstos y leí ávidamente el prólogo. No tardé en encontrar a lo que supuse que se refería Avellaneda con eso de la falta de modestia, porque don Miguel asegura que él es el primero que ha novelado en lengua castellana. No sé si eso será cierto o no. Si no recuerdo mal me parece que hay novelas anteriores a las suyas, no es ése un tema que me interese, pero comprendo que a alguien le haya podido molestar.

Estaba entretenido en esta lectura cuando me interrumpió doña Catalina para preguntarme si ya había terminado. Su marido acababa de levantarse otra vez a orinar, y aunque le había convencido de que se volviera a acostar, estaba el hombre inquieto. Insiné que, ya que estaba despierto, tal vez fuera posible tener con él un breve cambio de impresiones, pero a ella le seguía pareciendo inconveniente. Sentí cierta envidia de Cervantes. Debe de ser agradable que alguien te vele así cuando estás enfermo. La mujer me pidió que le devolviera el libro y me aconsejó volver otro día. Le rogué que me diera cinco minutos más para anotar los datos de que disponía, y me volvió a dejar solo con la condición de que no apurara el plazo. Empecé a buscar un papel, pero no había ninguno a la vista, así que abrí la gaveta de la mesa y me encontré dos cartapacios



cerrados. Los saqué, y al hacerlo descubrí debajo un taco de hojas en blanco. Aunque sé que no debí hacerlo, la curiosidad me pudo y abrí los cartapacios. En el primero había un montón de obras de teatro cosidas: *El gallardo español*, *La casa de los celos*, *La gran sultana*, *El rufián dichoso*, y entremeses como el de *El vizcaíno fingido*, o *El retablo de las maravillas*. Lo cerré y eché un vistazo al otro. Lo encabezaba una hoja con un título en letras grandes que rezaba: *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Sobre él, estaba tachada la palabra «hidalgo» y sobrescrita la palabra «caballero». Miré a la puerta de soslayo. Ni un ruido. Pasé la primera página y me encontré con otro título: «De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.» No seguí leyendo. Hojeé el resto rápidamente, con miedo de que el solo ruido de las hojas atrajera a mis guardianas. Aquél debía de ser el manuscrito de la segunda parte del *Quijote* que el de Avellaneda había venido a desplazar. Y parecía muy atrasado. A ojo calculé que no habría más de doscientas hojas llenas de tachaduras y enmiendas.

Cerré el cartapacio con aprensión. Saqué una hoja en blanco y luego lo coloqué en la gaveta como el que entrega un féretro a la tierra. Me invadió una cierta sensación de duelo. Aquel manuscrito no pasaba de borrador, y don Miguel no contaba ni con salud ni con voluntad suficiente para acabarlo. Una lástima. De todas formas me pareció curioso el que Avellaneda hubiera aludido a él en su prólogo jactándose de la ganancia que le iba a robar, como si supiera que esta segunda parte estaba ya en marcha. Pensé que no era probable que mucha gente conociera la existencia de ese manuscrito, aunque lo anunciara en el prólogo de las *Novelas ejemplares*. No sabía qué pensar. Tal vez ésa fuera una buena pista.

Releí de nuevo el prólogo para comprobar que no se me olvidaba nada y luego apunté los nombres de Felipe Roberto, el editor, Rafael Orthoneda, que es el doctor en teología que otorgó la licencia de impresión, y el doctor Francisco de Torme, canónigo de Tarragona, que la confirma en nombre del Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Juan de Moneada, arzobispo de Tarragona y del Consejo de su Majestad.

En realidad, el único que seguro que conocía a Avellaneda era Felipe Roberto, con quien tendría que haber negociado para llegar a un acuerdo sobre los derechos de edición. Los demás no pasaban de jugar un papel meramente burocrático, y el conocer a los autores no formaba parte de sus atribuciones. De todas formas no estaba dispuesto a irme hasta Tarragona, con lo inseguros que están los caminos, y más por Cataluña, donde ya se sabe que si porque dicen que simpatizas con los Nyerros o porque eres amigo de los Cadells, es fácil acabar sirviendo de badajo a un roble.

Saqué del tubo de lata el papelito con la dirección de Felipe Roberto, doblé la hoja con el resto de los datos, metí el uno dentro de la otra y los volví a guardar.

Con casi diez minutos de retraso salí de la habitación con el brazo tendido y el libro por delante. La vieja criada dejó de barrer y se me quedó mirando con gesto de desconfianza. Al momento apareció la señora. Me deshice en agradecimientos, le rogué que informara a don Miguel de mi visita, recogí mis cosas al paso por el recibidor y me

largué, no sin antes anunciar que volvería.

Me gusta el olor del papel y de la tinta, ácido y dulce, el aroma que expelle un libro nuevo al hojearlo. Por eso no deja de asombrarme que proceda de una cueva como son la mayoría de las imprentas. La de Cuesta no es una excepción. Está situada en un sótano próximo a la calle de Atocha, al que se accede por una puerta digna de un gobernador otomano. Me refiero a lo que hay que agachar la cabeza al franquearla. No tiene ningún otro vano, ni ventana, nada. En tres habitaciones se distribuyen dos prensas y cuatro bancos de cajistas en torno a los que se mueven una veintena de hombres envueltos en mandiles cuajados de lamparones negros. En el mismo centro, encaramado a su banco, encuadrado por los densos hilos de humo negro que asciende desde los candiles cebados con sebo, Salazar controla los movimientos de todos ellos.

A pesar de que su nombre había desplazado al de su dueño original, la imprenta no era propiedad de Cuesta. El negocio pertenecía a María Rodríguez de Rivalde, viuda de Pedro Madrigal, mujer obesa e hipocondríaca y madre de una niña apocada y melancólica. Juan de la Cuesta era su yerno. El hombre había cumplido como gerente y componedor durante ocho años, periodo en el que habían impreso un montón de obras, entre las que estaba *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Pero sus dedos eran tan ágiles entre los cajetines de los tipos de la imprenta como torpes con los naipes. Perdió, jugó de fiado, se entrampó más de lo que podía responder y al final tuvo que hacerse humo para no aparecer una mañana degollado junto a la tapia de los Recoletos. Desde entonces, Salazar se había convertido en la cabeza visible del taller.

El nuevo gerente, o testaferro del anterior, de eso no estoy seguro, es pequeño de talla, delgado, de ojos saltones y orejas diminutas. Tiene el bocio muy abultado, de forma que parece apoyar en él la barbilla cuando trabaja, y respira con dificultad. Si se le escucha en silencio, da la sensación de tener un flautín en la nariz. Nacido en Segovia, fue el propio Cuesta el que lo trajo a Madrid con puesto de maestro, y él le está muy agradecido.

Yo solía pasar las tardes corrigiendo pruebas en aquel ambiente cargado. Éramos tres. Ocupábamos un atril macizo con forma de pirámide truncada que tiene un banco circular corrido a sus pies. En la cara libre del mueble íbamos dejando los pliegos ya revisados para que los retiraran los componedores. Ésa era una parte del trabajo que hacían sin mucho entusiasmo, y no era raro ver editados libros con los mismos errores que en las galeras. Cuando esto ocurría, el culpable se encargaba de hacer desaparecer las pruebas y de echarnos la culpa a nosotros. Como es lógico, cajistas y correctores nos teníamos un odio a veces no tan larvado como sería de desear, pero he observado que lo mismo pasa en todas partes. Las personas que trabajan juntas tienden a amargarse mutuamente la vida todo lo que pueden.

Aquella mañana, después de dejar la casa de Cervantes, me di un paseo hasta la

imprensa con dos ideas en la cabeza: cobrar y recuperar el volumen de Garcilaso que había dejado olvidado. Que Salazar pudiera ayudarme en mis pesquisas era algo que no se me había ocurrido hasta el mismo momento de hablar con él.

—¿Ha hablado ya con Robles?

Salazar me miró, cabeceó ligeramente de arriba abajo y siguió a lo suyo. Ante él, sobre un atril de madera había un manuscrito. Sus dedos se movían por los cajetines de tipos sin apartar la vista ni un momento del texto. Junto a una de las máquinas, tres hombres se afanaban en cuadrar una plancha con ligeros golpecitos de sus mazos de madera.

—No voy a poder venir en unos días —dije haciendo una señal con la barbilla hacia el montón de pliegos de las galeradas que tenía que revisar—. Debo encontrar a un tal Alonso Fernández de Avellaneda. ¿Lo conoce? —pregunté más por cortesía que por otra cosa.

—No.

—¿Y a Felipe Roberto?

—¿Quién?

—Felipe Roberto.

—¿Debería? —preguntó, y antes de que yo pudiera responder, gritó—: ¡Jacinto! Ve a donde la Ignacia y tráete un rollo de tarlatana.

—Es editor —aclaré—. De Tarragona.

Salazar alzó los hombros de forma casi imperceptible. Había que estar atento para darse cuenta, pero yo ya me conocía el gesto.

—Estaré de vuelta en unos días. Me guardará el puesto, ¿verdad?

—Psi.

—Tal vez si usted escribiera una carta a Felipe Roberto preguntándole por el tal Avellaneda... —aventuré.

—Te he dicho que no lo conozco —respondió molesto.

—Ya. Pero entre colegas, tampoco sería tan raro.

—No tengo nada que ver con eso.

—Podría escribirla yo de su parte —propuse.

—No quiero saber nada de tus líos ni de los de Robles. Bastantes problemas tengo ya.

—¿Y mi dinero?

Por primera vez Salazar levantó la vista de la hoja del atril.

—Aún no he revisado las correcciones. Pásate por aquí dentro de un par de días.

Asentí con desgana. Soy de la opinión de que las deudas hay que cobrarlas cuanto antes porque la memoria de un deudor es más frágil que el cristal pero, en fin, allí no había nada que hacer. Fui hasta mi banco. De entre unos papeles rescaté el libro de Garcilaso; «seréis vos sólo eterno y sin segundo, y por vos inmortal quien tanto os ama». Disimuladamente, deslicé en su interior un par de hojas nuevas de papel y me lo guardé en el jubón.



Al salir, me sorprendió el toque del Ángelus. «El ángel del señor anunció a María...» Me detuve, me descubrí y esperé a pie firme a que cediera el estruendo de las campanas. Terminó de gemir el bronce y mis tripas tomaron el relevo. Era la hora del almuerzo. Seguí Atocha arriba hasta la plazuela de Antón Martín, donde me llamó la atención el revuelo que había entorno a un tabladillo en la puerta del bodegón de Gaspar Torres, frente al hospital de sífilíticos. De lejos se veía que se trataba de una mesa de enganche. Varios tipos con vestidos chillones y sombreros emplumados jaleaban a los mozos y aldeanos que pasaban por allí invitándolos a firmar, y un escribano flanqueado por dos veteranos anotaba los nombres de los que aceptaban. A su lado, como no, se había instalado también un monje del hospital de San Juan de Dios con su capacha para pedir para los enfermos. Se diría que estos frailes huelen las aglomeraciones y corren a abrir la talega para ver qué cae. Si son soldados los que se reúnen, mejor que mejor, porque todos saben que el mal francés ocasiona más bajas que el turco y Lutero juntos, y en mente de todos está que antes o después sudarán sus pecados en alguno de los hospitales de San Juan. A su espalda, dentro ya del bodegón pero a la vista de todos, estaba sentado el capitán que organizaba la recluta con su alférez y un par de tipos más. Pregunté a uno de aquellos valentones de arco iris, y me dijo que se trataba de don Alonso de Contreras, veterano de Malta y de Sicilia y qué sé yo cuantos sitios más, que levantaba bandera para acudir en auxilio de la Mamora. Aquello era una noticia interesante para mi gacetilla, así que repetí para mis adentros el nombre del capitán para que no se me olvidara: Alonso de Contreras, Alonso de Contreras. Me fijé en su aspecto altivo, su rostro fino y de apariencia delicada. No era un hombre corpulento, al contrario, pero tenía unos ojos rasgados y oscuros que infundían respeto, una mirada de esas que no se aprenden.

En cuanto trazaban su rúbrica junto al nombre inscrito por el escribano, los nuevos reclutas recibían un adelanto de la soldada, echaban una moneda al capacho del monje y entraban en el bodegón a beberse el resto. El estruendo era grandioso.

Decidí echar un trago para observar el revuelo con más detenimiento. Los de la mesa me tendieron la pluma para que firmara, pero yo la rechacé educadamente. Un par de bravucones se acodaron junto a mí en cuanto me acerqué a la barra. Eran veteranos, hombres de confianza del capitán, de los que se aseguraban de que los novatos bebieran en abundancia antes de llevárselos a sus cuarteles. De ese modo no oponían resistencia ni podían arrepentirse de la tontería que acababan de hacer.

—¿Es que no piensa firmar?

—Ya me gustaría —mentí—, pero debo partir hacia Nápoles en dos días. Asunto oficial.

No dije una palabra más. Dejé que pensaran lo que quisieran. Me miraron con

recelo, pero el tubo de plomo que colgaba de mi tahalí pareció convencerlos. Me relajé un poco, aunque no bajé la guardia, sé bien de qué son capaces los reclutadores cuando faltan voluntarios para llenar las listas de enganche. Pedí un azumbre de vino, lo repartí en tres jarras y ofrecí una a cada uno de los bravos.

—Por la victoria —dije alzando la mía.

—¡Por la victoria! —respondieron ellos a su vez.

Juntos empinamos el codo. Fui el último en bajarlo, un gesto de buen tono entre soldados. Sorbí los restos de vino extraviado entre los pelos del bigote y, señalando al capitán, comenté a mis acompañantes:

—Es la primera vez que veo levantar una compañía en Madrid.

—Don Alonso cuenta con el permiso del rey —respondió alerta el jaque.

—No digo que no. ¿Hace mucho que sirven a las órdenes del capitán Contreras?

—Mucho —respondieron ambos asintiendo pesadamente con la cabeza.

—¿Es un buen capitán? —pregunté.

—El mejor —respondió rápidamente el de mi derecha.

—¿Es que no ha oído hablar de él? —preguntó el otro mirándome con recelo.

—He estado fuera demasiado tiempo —me disculpé.

El soldado me miró comprensivo.

—Lo hemos seguido por muchos frentes, sí. ¿Sabe?, cobró su primer muerto siendo niño. Un compañerito se metió con él en clase y él lo esperó a la puerta y lo despachó con el cuchillejo de afilar las plumas. Dicen que el crío tenía tantos agujeros que se vació entero en la arena antes de que el maestro pudiera oírlo en confesión.

—Pero donde obtuvo más fama fue en la marina de Malta. Se conoce esos mares al dedillo.

—Lo van a hacer caballero de la Orden de Malta. Es cosa hecha.

—Entonces sabe bien dónde se mete acudiendo al rescate de la Mamora —comenté.

—¡Y tanto que lo sabe!

Me hizo gracia ver la admiración sin fisuras que demostraban aquel par de pasmarotes hacia su jefe, claro que aún estaban haciendo la recluta y todo quedaba en charla de bodegón. Habría que verlos en faena. En todas las compañías hay elementos que alaban a su capitán con la misma devoción con que piden su cabeza si se retrasaba un día la soldada. Una razón más para dejar el ejército. Arrojé unas monedas sobre el mostrador, me despedí de los camaradas con manotazos de bravo y seguí mi camino hacia el bodegón de Chete en la plaza de Matute. Allí podría escribir mis cartas sin que nadie me molestara.

Chete era un viejo amigo. Me llevaba diez o quince años, pero habíamos crecido en el mismo pueblo de la montaña y la casualidad había hecho que nos volviéramos a encontrar en Madrid. Se portaba conmigo casi como un padre. Una lástima que perteneciéramos a mundos tan diferentes. Yo era hidalgo y él procedía de una familia de labradores, lo que quería decir que mientras yo no tenía dónde caerme muerto, él regentaba un local con el que mantenía con desahogo a su familia y aún le sobraba para dar de comer a crédito a un tipo como yo.

Nada más llegar me fijé en unos soldados que ocupaban una mesa y charlaban tranquilamente, nada parecido a la excitación que reinaba en el local de Torres.

—¡Qué! ¿A la Mamora? —dije sin pensar.

Me ocurre a veces, las palabras brotan de mi boca sin que me dé tiempo a impedirlo.

Me miraron con mal disimulado desprecio. De no ser inteligente les habría retado por dirigirme una mirada tan insultante, y así mientras me midiera con uno el otro podría apuñalarme por la espalda. En vez de morir de forma tan estúpida me retracté.

—Disculpen. Pensé que eran de la compañía de Contreras. Entonces, ¿no piensan ir?

—¿Hay algo que ganar en la Mamora? —preguntó uno al que le caían los bigotes espesos hasta el mentón. Parecían dos matojos de boj con forma de horquilla.

—Defender el puerto —dije yo—, limpiar el mar de piratas. ¿Salvar el honor de la patria? —aventuré al no obtener respuesta.

—Tercianas, cuartanas, mosquitos como golondrinas. No es bueno África —respondió el mismo.

—La soldada es basura —remachó el otro.

Asentí en silencio. El mundo estaba cambiando. Puede que aquellos tipos no manejaran un vocabulario muy fluido, pero tenían los conceptos muy claros. Eran los mejores mercaderes de sus habilidades y no parecían dispuestos a invertir en empresas de hipotético beneficio común a largo plazo.

Chete me miraba socarrón desde la barra. Tenía en la mano una rebanada de pan sobre la que hacía equilibrio un tomate con irisaciones violetas. En la otra balanceaba una perica de una cuarta de acero.

—¿Haciendo amigos? —preguntó mientras cortaba un trozo de tomate.

El jugo del tomate empapó el pan. Pinchó la sal de un platillo con la navaja y la untó en el trozo antes de llevárselo a la boca. Del suelo se elevaba un aroma agrio de vino estropeado con mezcla de madera mojada y viruta de corcho. Sobre la barra había un par de lebrillos con encurtidos, berenjenas y aceitunas, y otro con queso en aceite. A su espalda se amontonaban tumbados los toneles de madera con el contenido escrito con



tiza en la tapa. Había vino de Toro, de San Martín de Valdeiglesias, de Alaejos, de la Membrilla, de Málaga, de Yepes.

—Ponme un Pedro Ximénez —dije para ponerlo a prueba.

Chete abrió con naturalidad el grifo del de Málaga y me sirvió un cuartillo.

—Esto no es un Pedro Ximénez —protesté.

—¿Y tú qué sabes?

La pregunta era oportuna, así que me ahorré las protestas.

—Eso es llevar bien un negocio —reconocí.

—Con clientes como tú es fácil. Si te vendara los ojos no distinguirías un vaso de hipocrás de uno de carraspada.

En eso Chete tenía razón, pero es que a mí nunca me han gustado los brebajes invernales preparados a base de vino y especias.

—Me basta distinguir el vino del aguardiente —dije airoso.

—Ya. ¿Comerás algo?

—Por supuesto. Además, hoy traigo con qué pagar.

—¡Aleluya! ¿Piensas ponerte al día?

—Tampoco exageremos. ¿Cuánto te debo?

—¡Ana! —gritó Chete encogiéndose de hombros.

Por la puerta que daba a la cocina asomó una joven de ojos melados con cara de cansancio. Llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo del que escapaban mechones de pelo enmarañado. Agarrado a su saya arrastraba a un pequeñajo de carita redonda y orejas de soplillo.

—¡Saca una olla para nuestro amigo!

—Veinte minutos —contestó ella.

—Mejor —dije yo—. Antes de comer tengo algo que hacer. ¿Puedo pedirte un favor?

—Adelante. No puedo negar nada a tan buen cliente.

—Necesito que me prestes tinta y pluma. Tengo que escribir una carta urgente. He traído papel.

—Claro, hombre. Espera.

Chete se metió en la cocina. Al poco se oyeron pasos en el techo. Ellos vivían en el piso de arriba, así que supuse que sería Chete buscando su recado de escribir. No tardó mucho en reaparecer. Yo ya me había sentado en una mesa bien iluminada, próxima a la ventana que daba a la calle, y había sacado todos los papeles que guardaba en el tubo de lata y las hojas de dentro del libro de Garcilaso.

—¿En qué estás ahora? —me preguntó mi amigo poniendo su pequeño bufete sobre la mesa.

Era una caja de madera taraceada con dos tapas, una redondeada y otra rectangular. Al abrir la segunda quedaba una superficie cubierta con una fina lámina de cordobán. La primera ocultaba un tintero, una hendidura con un par de plumas, un estilete y hasta una salvadera.

Chete es un bodegonero peculiar, raro en su especie, porque no sólo sabe leer y escribir, sino que ama las letras y las cultiva dentro de sus posibilidades. Su última composición, en la que lleva trabajando casi dos años, es un romance extenso inspirado en una *noveletta* del piemontés Mateo Bandello sobre el desventurado amor de unos jóvenes pertenecientes a dos familias enemistadas de Verona, los Montecchi y los Capuletti. Personalmente no le veo ningún interés a ese tipo de tragedias italianas, pero hay gustos para todo.

—Me han encargado encontrar a un hombre —confesé.

—¿A quién?

—Un escritor. ¿Recuerdas el *Quijote*?

—Claro. Ahí lo tengo. Aún lo piden para leer en alto algunos episodios.

Seguí la mirada de Chete hacia un anaquel entre dos toneles de vino en el que se veían varios volúmenes muy usados. Es verdad que no faltan estudiantes bajos de fondos dispuestos a leer para entretener a la clientela a cambio de unos vasos, igual que los bululúes que hacen pantomimas y recitan letrillas y romances acompañándose a veces con una zampoña.

—Pues un tal Alonso Fernández de Avellaneda ha escrito la segunda parte.

—Eso es una buena noticia. ¿Lo has leído?

—No, aún no. No sé qué tal será, pero mi jefe está que trina.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Dice que le han robado. Que él se la jugó editando la primera parte cuando nadie creía en ella, y ahora que tiene un público esperando la segunda, un listo se adelanta y le pisa el negocio.

—¿Pero es que Cervantes tiene ya preparada otra segunda parte?

—La tiene empezada, poco más —dije bajando la voz.

—Ya. ¿Y qué quiere Robles de ti?

—Que encuentre a Avellaneda.

—¿Para qué?

—Qué sé yo. Mejor no saberlo.

Entró un nuevo grupo de soldados, éstos sí excitados por la perspectiva de la acción, y pidieron a gritos de beber. Chete fue a atenderlos, momento en que yo aproveché para escribir la carta a Felipe Roberto. Había pensado presentarme como empleado de la imprenta de Juan de la Cuesta, pero recordé la irónica nota que el tarraconense había adjuntado al ejemplar que le había regalado a Robles. Decidí que lo mejor era que no me relacionara con él de ninguna manera, así que cambié el tono que tenía previsto y escribí como haría un apasionado lector que deseara conocer a un autor al que admira y, lo más importante, le anuncié una cantidad sustanciosa como adelanto de las obras por venir. Ninguno de los autores que yo conocía rechazaría una oferta así. Doblé la carta, la sellé y la guardé entre las páginas de mi Garcilaso justo a tiempo. Ana salió de la cocina con un humeante plato de sopa y una generosa rodaja de pan. Lo dejó todo sobre la mesa y salió corriendo al percatarse de que el pequeñajo no la había

seguido. Desmigué el pan en la sopa y empecé a comer con ganas, entretenido con hilachas de la conversación de los soldados. Chete volvió pronto trayéndome un nuevo vaso de vino, esta vez de Yepes, y un gran plato repleto de garbanzos, con un nabo, dos zanahorias, un oscuro trozo de carne y un taco de tocino. Luego me puso a un lado un trozo de queso y una rodaja de melón. Cuando terminé de comer acercó un par de pipas de barro y un tarro con tabaco. Los soldados se habían ido. El local estaba extrañamente tranquilo. Cargamos las pipas y las encendimos poniendo en ello toda nuestra atención. No soy muy aficionado a esa nueva moda de consumir el tabaco en humo, pero estoy empezando a cogerle el gusto. Al fin, entre densas bocanadas, Chete me preguntó si tenía alguna pista.

—Pse. Uno que dice que Cervantes le atacó en su primera parte y que además se proclama defensor de otro que escribe comedias, es familiar de la Inquisición y sacerdote.

—Verde y con asas.

—¿Lo conoces? —pregunté sorprendido.

—Lope de Vega.

—Eso había pensado yo, pero Lope no es sacerdote —dije sacudiendo la cabeza. Mis dientes arañaron la boquilla de la pipa.

—Claro que sí —afirmó él—. Se ordenó en Toledo hace un par de meses.

—¿En serio? ¿Entonces, es a Lope de Vega a quien dice defender Avellaneda?

—Por lo que cuentas... ¿Tienes planes para esta noche?

—No, nada especial. He quedado a cenar con Isabel —respondí. Por pudor no comenté nada de sus tíos, no me apetecía que empezaran las habladurías—. ¿Por qué?

—He oído que hay academia en casa de Jerónima de Burgos. Allí podrías aclarar el asunto.

—¿La Gerarda? No es sitio para mí. Estarán todos los grandes, será imposible colarse.

—También creo que montan otra en el salón de trucos de Cristóbal Sigüenza.

—Eso puede estar bien. ¿Sabes quiénes irán?

—Todos a los que no dejen entrar en casa de Jerónima. Lo malo es que no harán otra cosa que calumniar a los ausentes, pero seguro que alguien sabrá algo.

—¿Piensas ir tú?

—Me gustaría, pero no creo. Depende de cómo se presente la noche. No quiero dejar sola a Ana con tanto soldado borracho rondando la calle. El que no creo que falte es Ximenet.

Me alegré de saberlo. Ximenet es primo lejano mío por parte de madre. Me había ayudado a instalarme en la Corte cuando llegué huérfano y con los papeles de la licencia por toda fortuna. Además es cirujano-barbero. Gracias a él conocí a Robles, al que afeitaba los lunes, miércoles y viernes, y por su mediación obtuve el trabajo en el garito y luego en la imprenta. Tiene su local en un ángulo de la plaza del Ángel, casi enfrente del corral de comedias de la calle de la Cruz. Es sobre todo un gran aficionado al teatro,

aunque, al igual que Chete, compra cuantos libros de entretenimiento caen en sus manos y busca a quien los lea para distraer a los clientes de los gritos de los que los preceden en el sillón.

—De todos modos, también puedes preguntarle a Almansa. Decías que era amigo tuyo, ¿no?

Asentí. Andrés de Almansa es una fuente de información de primera, pero de eso a considerarlo amigo... Además, llevaba varios días desaparecido, lo que podía significar dos cosas: que había sido asesinado y yacía semioculto en un ribazo; o que había hecho de maestro de ceremonias en alguna fiesta desbocada de la que aún no se había recuperado, y es que Almansa es un tipo del que todos quieren ser amigos y al que todos desean la más dolorosa de las muertes. Aristócratas, escribanos, sastres, cómicos, todos mantienen con él una relación inestable y tempestuosa cuyo más firme sostén es el miedo, porque si alguien sabe quién es quién, dónde está cada cual y qué desea cada uno en la Corte, ése es Almansa.

Seguimos charlando un poco más. El local quedó vacío. Al rato Chete se disculpó y se fue arriba, supongo que a echarse la siesta. Yo me quedé adormilado sobre la mesa. Llegaban ruidos lejanos de la cocina. Afuera se cocía la tierra. Todo Madrid era una pella de barro metida en un horno. Creo que hasta descabecé un sueño. Por un momento pensé acercarme a casa y dormir en condiciones, pero el cuerpo no me obedeció. Luego me dije que era mejor así, porque a lo peor seguían los albañiles en el tejado con sus golpes, aunque nadie en su sano juicio trabajaría al sol con ese calor. Entretanto, sentí que se me movían las tripas. Últimamente el melón me jugaba malas pasadas, así que me saqué el tahalí, cogí la caña que estaba junto a la puerta y salí al patio aflojándome los valones. Lo dos cerdos alzaron la cabeza con curiosidad y las gallinas corrieron a esconderse entre cacareos. Me acuclillé sobre el lecho de paja y enarbolé la caña para mantener a raya a los animales que, pasada la primera sorpresa, empezaron a estrechar el cerco atraídos por el premio.

Llegué a la oficina de postas saltando de sombra en sombra. Al entrar fui recibido por un frescor repentino y un denso olor a orina y bosta de caballo. La oficina, situada en la calle a la que ha dado el nombre, se abre a un lado de un amplio zaguán, al fondo del cual, en completa penumbra, se adivinan las cuadras. El encargado de todo aquello, por no decir el dueño, el que percibe la renta del servicio, es don Juan de Tassis, conde de Villamediana, correo mayor del rey. A su alrededor se mueve todo un verdadero ejército que intenta servir de nexo al menos entre las ciudades más importantes del reino. A pesar de las evidentes dificultades que comporta, el servicio no es malo, lo cual no es óbice para que la mayoría de las grandes casas mantenga un cuerpo particular de mensajeros, sobre todo en estos tiempos en que Villamediana está en Nápoles sirviendo como mariscal de campo al actual virrey, el conde de Lemos.

Tras el alto mostrador de madera, dos tipos con aspecto cansado charlaban con un cliente al que acababan de atender. En cuanto me acerqué, el hombre se dio la vuelta para irse.

—¡Fadrique! —dije echándome a un lado para no chocar.

El aludido dio un respingo.

—¡Isidoro!, me alegra verte... ¿Te encuentras mejor?

La pregunta me sorprendió, pero recordé que la noche anterior había rehuido el trato con la ronda con la historia de las tercianas.

—Sí, mucho mejor, gracias. Esta mañana me he levantado sin fiebre. ¿Carta de la familia? —pregunté para cambiar de tema.

—No, sí —se corrigió—. De Nápoles. Mi primo, que está allí en la Corte.

—¿Qué se cuenta?

—Están los ánimos encendidos. Dice que se ha corrido el rumor de que el duque de Osuna podría ser el próximo virrey, y que el conde de Lemos está irritadísimo porque confiaba dejar el puesto a su hermano el conde de Castro.

—Y así todo quedaba en familia, claro. Osuna suena en todas partes cada vez con más fuerza —comenté pensativo—. Hay quien dice que va a venir a Madrid a ocuparse personalmente de su designación.

—¿Qué crees que hará Lerma?

—Al valido le horrorizan los enfrentamientos —afirmé rotundo—. Por suerte no es sanguinario, pero a todo el que amenaza con hacerle sombra lo manda lejos. Seguro que antes que ver a Osuna en la Corte prefiere concederle el título que desea.

—Pues el embajador de Venecia no hace más que presionar para impedirlo —susurró como si temiera ser descubierto revelando un gran secreto—. Tengo entendido que los venecianos ven en el duque mayor enemigo que la armada turca.

—No te extrañe. Osuna les ha declarado personalmente la guerra. Dice que los

venecianos conspiran en secreto con los turcos para controlar el comercio del Mediterráneo occidental.

—En eso no le falta razón —reconoció Fadrique—. ¿Recuerdas lo que ocurrió después de Lepanto? Venecia se apresuró a romper la liga y a firmar la paz por separado con el turco. Incluso aumentó el antiguo tributo que entregaba a la Puerta y llegó a pagar indemnizaciones como si hubieran perdido la batalla.

—¿Y eso para qué?

—Para lograr el acceso a los puertos de Levante controlados por el sultán. A los venecianos no les importa humillarse si sus barcos son los únicos que pueden hacer esa escala.

Fadrique sacudió la cabeza como si así pudiera espantar tan grises pensamientos y dio un paso hacia la calle.

—¿Adonde vas ahora? —pregunté.

—Pensaba pasar un rato por San Felipe.

—Espera, que te acompaño. A ver si encuentro a Al-mansa.

Entregué mi carta a uno de los tipos del mostrador, quien la miró como si nunca hubiera visto otra. Insistí en que la enviaran cuanto antes, pagué el precio del porte, di casi otro tanto de propina para que no se equivocaran de saca y me reuní con mi amigo que aguardaba junto a la puerta.

Fadrique y yo solemos acudir a los centros donde se mueve la información, las noticias, los bulos, que de todo hay, cualquier cosa susceptible de ser repetida, recreada, adornada; losas de palacio, gradas de San Felipe, mentidero de los artistas. Yo lo hago para recabar información para mis gacetas, y él para sacar partido de su puesto de corchete recaudando unos maravedíes con sus historias del hampa y sus dimes y diretes nocturnos. Reconozco que a él debo la mayoría de los chascarrillos que, más o menos aderezados, dan el punto picante a mis escritos.

Llegamos a las gradas al mismo tiempo que un pregonero partía hacia la Carrera de San Jerónimo precedido por el redoble del tamboril. Una docena de hombres habían escuchado el pregón y ahora se agrupaban en corrillos para comentarlo. Entre ellos estaba Zacarías, uno de los camaradas de Fadrique en la ronda de la calle Santiago.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Fadrique señalando al pregonero.

—Lo de siempre —respondió Zacarías.

—Anuncian una nueva premática para que los señores vivan en sus tierras —comentó un hombre de mediana edad con pinta de escribano.

—Es ridículo ese empeño en hacernos campesinos —dijo un pisaverde que en aquel momento estaba casi de espaldas. El joven llevaba traje de seda con herrero a juego, zapatos cuadrados de rejilla a la moda que había impuesto Lerma para aliviar sus juanetes, y pelo largo a lo moderno recogido en tirabuzones sobre el cuello de lechuguilla. El ala derecha del sombrero le caía sobre la cara para equilibrar el peso de las plumas.

—¿Y por qué ese interés? —pregunté.

—Para que controlen mejor sus rentas —aclaró el escribano.

—Para eso están los administradores —protestó el aristócrata.

—Quizá piensen que si los propietarios permanecen cerca las fincas estarán mejor llevadas, habrá mejores cosechas y conseguirán más dinero. Así la Corona se asegura de que los pecheros dispongan de metálico para pagar sus impuestos.

—Sí, claro. Pero las cosechas también dependen del clima.

—Está comprobado que los que viven en el campo reinvierten en sus propiedades parte de sus beneficios. Tal vez sea un buen sistema de frenar el deterioro de las tierras y de controlar el despilfarro de las ciudades. En la actualidad, lo que se cae no se levanta y la producción cada vez es menor.

—Ayer escuché algo parecido —intervine—. Al parecer falta gente.

—No es que falte gente —opinó el pisaverde—, es que el pueblo se solivianta fácilmente e incumple sus deberes. Lo que se echa de menos en el campo no es a sus propietarios, sino a unos buenos censores que delaten a los infractores.

—Las cárceles ya están llenas —dijo Fadrique.

—Yo no hablo de cárceles, sino de colgar a unos cuantos. Luego, el miedo controlaría a los demás. Lo que hay que inculcar es el temor al vecino, a la delación anónima.

—¿Y quiénes serían los censores?

—Por supuesto caballeros, gente de calidad y hacienda.

—Por supuesto.

En ese punto, los ociosos de las gradas siempre estaban de acuerdo.

Las tiendas empezaban a abrir. Los chicos arrastraban cubos de zinc y regaban a manotazos las entradas para lastrar el polvo en lo posible. Pronto la calle Mayor se llenaría de carruajes con mujeres haciendo la rúa y comprando. Sobre las covachuelas de San Felipe la charla seguía su ritmo, los hombres se movían de un corrillo a otro, curioseando. Me enteré de que el pintor conocido como el Greco, que vive en Toledo, había muerto hacía un par de meses y de que a partir de aquel momento los sacerdotes tenían prohibido oír en confesión a los fieles si no estaban dentro de una especie de cajón con celosías. El Santo Padre parecía dispuesto a limitar la lascivia y aplacar la concupiscencia del clero, ya veremos si lo consigue, porque al fin y al cabo también son hombres y no es fácil resistirse a la seducción del contacto tan íntimo que favorece el secreto.

Las gradas son un gran hogar cargado de rescoldo. Uno que se había fijado en la carta de Andrés le preguntó si tenía alguna novedad de Nápoles, y éste hizo un pequeño resumen de lo que contaba su primo. Pronto se avivó la polémica en torno a la situación internacional, Céfiro agitó las capas y las lenguas se hicieron de fuego.

—¿Han oído lo de Spínola? No sé qué hay de cierto, pero ayer me contaron que ha ocupado el ducado de Cleves-Juliers —dijo un tipo completamente calvo y con unas antiparras colgando de la punta de la nariz.

—¡Qué barbaridad!

—Habrá guerra.

—Pues si empezamos otra vez con campañas, hará falta dinero.

—¿Dinero? El año pasado la flota trajo treinta millones.

—La mayoría de los cuales acabaron en Génova.

—No se puede confiar el futuro a si llega o no llega la flota. Un primo mío de Cádiz me escribe que desde la costa se pueden ver las velas de los corsarios ingleses en la bahía y rondando el estrecho.

—¿Para qué?

—Esperan a la flota de Indias.

—Son como lobos.

—Y ¿qué hacen los nuestros?

—Apenas tenemos barcos, y los que quedan prefieren quedarse en puerto, trompeteando, jugando al *monte*, al *hombre* y a los dados y hartándose de aguardiente. Además, ellos son mucho más rápidos. Cuando hacemos una salida desaparecen como por ensalmo.



—¿Y el rey no dice nada? —preguntó el escribano.

Se hizo un silencio incómodo. Yo iba a contestar que al rey lo que se le da bien es cazar, montar Dianas y salir en rogativa hasta el Monasterio de la Virgen de Atocha, pero me mordí la lengua. San Felipe está lleno de informadores de palacio y nunca se sabe en qué oídos acaba lo que uno escupe.

—Lerma sabe lo que conviene a la Corona —sentenció el joven aristócrata dando muestra de un prometedor futuro político.

—En lo de los moriscos hay que reconocer que acertó —convino el caballero calvo—. Era un riesgo tener a toda esa gente en la costa con los turcos extendiéndose de nuevo por el Mediterráneo. Y menos mal que Larache y la Mamora son nuestros.

—Tengo entendido que la Mamora está asediada y necesita refuerzos —dije yo—. En la plaza de Antón Martín hay una mesa de enganche.

—Es verdad, yo también la he visto, y he oído que el arzobispo de Toledo ha dado orden a todas las parroquias de la capital de que se rece para que Dios ayude a los defensores, y otro tanto ha hecho el de Tarragona, que por cierto está en Madrid de visita —dijo Zacarías.

—¿El arzobispo de Tarragona está en Madrid? —pregunté interesado. Si esa noticia era cierta, podría ahorrarme un viaje largo y peligroso.

—Sí, llegó hace un par de días.

—¿Y sabes dónde para?

—En casa del de Toledo, creo.

—¿A qué ha venido?

—Ni idea.

Tomé nota de aquello por si encontraba oportunidad de visitarlo.

—No permitirá don Luís Fajardo que la Mamora vuelva a caer en manos de los berberiscos —dijo el joven aristócrata—. ¿Quién dicen que ha abierto una mesa de enganche?

—Don Alonso de Contreras —respondí.

—¡Don Luís y don Alonso! —exclamó, o más bien declamó, como si citara a Castor y Pólux, Júpiter y Mercurio, san Pedro y san Pablo—. ¡No harán mal papel! Que Dios los ayude.

—Llevamos demasiado tiempo de paz —dijo apesadumbrado el caballero de las antiparras.

—No sea ridículo. Nunca es demasiado —protestó el escribano.

—Los hombres se ablandan. Miren —dijo señalando a un grupo de vagabundos alemanes que deambulaban por la plaza con una zampona y una vihuela. Entre ellos reconocí al que me había asaltado por la mañana—. Seguramente esos antes estaban enrolados, y ahora mírenlos, cantando en la calle por unas meajas. Da pena verlos.

—Para pena, la que inspira el monstruo del marqués de Hornacho —comentó el joven aristócrata.

—¿Qué monstruo? —preguntamos varios al unísono.

—¿No se han enterado? He oído decir que el marqués ha ordenado que traigan a la corte un niño recién nacido en sus tierras con dos cabezas.

—¿Para qué? —preguntó Zacarías con cara de repugnancia.

—Para que lo vea el rey.

—¿Y luego qué hará con él?

—Cuando muera, que no tardará mucho, seguramente lo guardará en su gabinete. He oído que atesora objetos increíbles.

—El gabinete es asombroso, efectivamente —confirmó el aristócrata—. Muchas de las rarezas de la naturaleza las conserva disecadas o en frascos con alcohol. Da pavor andar por según qué salas.

La conversación continuó un rato picando de aquí y de allá, luego fue languideciendo hasta que el grupo se disgregó por completo. Cuando nos quedamos solos, Fadrique me preguntó algo que le había estado rondando por la cabeza desde que nos encontramos.

—¿Para qué quieres ver a Almansa?

—Conoce a todo el mundo, y además está muy metido en el mundillo de las letras —respondí—. Estoy buscando a un hombre, un tal Alonso Fernández de Avellaneda. No lo conocerás, ¿verdad?

—No. Es la primera vez que lo oigo nombrar.

—Ya lo suponía. Yo tampoco lo conozco. Debe de ser nuevo, pero parece estar bien relacionado. Por cierto, ¿sabes si Lope de Vega se ha ordenado sacerdote?

—Ni idea. ¿No estaba de secretario del duque de Sessa?

—Sí, eso creía yo también.

La velada no daba más de sí. Había pasado muchas tardes como ésa, esperando, tomando nota mental de los acontecimientos del día, de los comentarios de unos y otros. Me gustaba hacerlo, pero aquella tarde se me hizo eterna. Aguardé hasta el Ángelus del atardecer sin que Andrés de Almansa diera señales de vida. Tal vez asista esta noche a la academia, recuerdo que pensé para animarme, en fin, quién sabe. El sol amenazaba con ponerse, así que me despedí de la concurrencia con un toque de ala y me fui andando despacito hasta la casa de Isabel.

Isabel vivía en la calle de San Pedro, una calle pequeña por debajo de la plaza de la Cebada, cruzando el desmonte de Curtidores, junto a las tenerías. No era un barrio por el que me gustara pasear. Era zona de mataderos en donde vividores, chulos y soldados se movían a sus anchas. Al atardecer los carniceros arrojaban a la calle sus desperdicios, el piso se llenaba de vísceras y cuajaronos de sangre y la atmósfera quieta y densa del verano se saturaba de un aroma dulzón. Si no fuera por la falta de humo, la vista recordaría a los arrabales de Ostende el día que Spínola quebró sus defensas.

Me adentré por esas callejuelas ahuyentando a manotazos los enjambres de moscas. Al doblar una esquina casi me arrolló un carretón cargado con pieles de vaca coronadas con tres cabezas, también de vaca, con los cuernos atados entre sí. Los ojos de los animales estaban abiertos y expresaban consternación. Crucé un saludo de compromiso con los mozos que lo empujaban y me eché a un lado para que no me mancharan de sangre la capa.

Frente a la casa de Isabel me tentó la idea de dar la vuelta y huir. Ojalá lo hubiera hecho. Era un edificio de una planta, sencillo, con la fachada de tapial enlucida y enjalbegada de blanco. Junto a la puerta había un ventanuco protegido con una reja que salía hacia la calle como una caja de hierro. A media altura colgaban un par de tiestos con las plantas marchitas. Atisé el interior. Se oía movimiento, pero no vi a nadie. La calle estaba tranquila. Me pregunté qué hacía allí y maldije mi debilidad antes de golpear un par de veces la aldaba.

Me abrió Isabel y se me echó al cuello en cuanto me vio. Estaba nerviosa. La casa olía deliciosamente a guiso, a sofrito de ajo y cebolla. Imagino que sería por estar en el barrio de los carniceros, pero supuse que estarían preparando albondiguillas. La tía de Isabel estaba de rodillas avivando el fuego, y allí continuó el tiempo que duró el saludo de la niña. Luego se incorporó dejando escapar un suspiro. Las dos mujeres se juntaron y me miraron sonrientes. Demasiado, a mi parecer. Así juntas se hacía evidente que no se parecían en nada. Ya he descrito a Isabel, carnosa, torneada, sin embargo la tía estaba seca, consumida, y tenía las manos muy grandes y los nudillos enrojecidos. Eso fue lo primero que me llamó la atención y lo que ahora recuerdo con mayor nitidez: los nudillos enrojecidos.

—Bienvenido, don Isidoro —dijo por fin la tía rompiendo el silencio.

Yo me quité el sombrero e incliné la cabeza. Isabel dejó escapar una risita.

De un rápido vistazo recorrí toda la estancia. En el hogar centelleaban un montón de brasas y ardía un pequeño tronco de encina cuyas llamas parecían envolver las patas de hierro de una trébede. En la olla bullía lentamente una salsa espesa. Una artesa de las que se usan para amasar pan cubierta con un tablero ocupaba el centro de la habitación. A ambos lados de la chimenea se abrían sendos vanos cubiertos con cortinas de

arpillera, que supuse darían acceso a los dormitorios. Cerca del ventanuco que daba a la calle, metido en una hornacina, ardía un candil de aceite. En todo lo que me rodeaba no vi rastro del tío, nada que delatara que allí vivía un hombre, ni aperos, ni ropa, ni armas, nada.

—Pero siéntese, don Isidoro —dijo la mujer señalándome una silla junto a la artesa—. Y tú, niña, ponle algo de beber al caballero.

Isabel llenó un vaso con la frasca de vino que reposaba en el frontal de la chimenea, me lo entregó y luego se retiró al poyete que había a un lado del hogar.

—Pues ya tenía yo ganas de conocerlo —dijo la tía sentándose a mi lado—. La niña nos ha contado maravillas de usted.

—Yo también tenía ganas de conocerla —mentí por cortesía.

—Es que figúrese, con lo difícil que es criar a una muchacha en estos tiempos, pero ya lo sabrá usted, su madre me la encomendó en su lecho de muerte, murió de peste, qué dolor, hace quince años ya.

—Mis padres también murieron de peste.

—¡No! —exclamó ella haciendo una rosquilla con los labios—. ¡Vaya casualidad!

—Desde luego —convine—, pero Isabel no me había contado eso —dije intentando inútilmente establecer un contacto visual con ella. Pese a estar al lado, parecía absorta removiendo el guiso.

—No le gusta hablar de ello —susurró la tía—. En realidad era muy pequeña y apenas se acuerda de sus padres, la pobre.

—¿Y su marido? ¿No está? —pregunté por cambiar de tema. No tenía cuerpo esa noche para hablar de la peste.

—¿Mi marido? No, y bien que lo va a sentir. Es recaudador de alcabalas y anda de pueblo en pueblo por esos caminos de Dios. Hasta Navidad no creo que recale por aquí.

—Ya. Lástima. Me hubiera gustado saludarlo —volví a mentir.

—Claro. Lo que le estaba diciendo, que a una le toca velar por el bienestar de Isabelita, mírela, es un ángel, ¿verdad?

Isabel me miró por primera vez desde que se había retirado a vigilar la olla, una mirada insinuante y cargada de promesas.

—Desde luego —dije atragantándome.

—Ya nos ha contado que usted siente cierta inclinación hacia ella, no podía ser de otro modo.

Me quedé frío. Llevaba esperando ese comentario desde que Isabel me invitó a cenar, pero aun así no había preparado una respuesta.

—La siente todo el que la conoce —dije con torpeza—. Es una mujer maravillosa.

—Me alegro de que así lo crea, porque en estos tiempos es difícil conjugar el amor con el matrimonio.

La palabra había sido pronunciada. Isabel siguió a lo suyo sin inmutarse. Los ojos de la tía no se apartaron de mi cara.

—No creo que Isabel tenga ningún problema en eso —comenté—, seguro que

encuentra un buen marido.

La mujer se sobresaltó, pero consiguió controlarse y dedicarme una mirada desafiante.

—Quiere decir...

—Isabel se merece a alguien con fortuna que garantice su futuro bienestar...

A la tía se le almendraron los ojos. Isabel se había olvidado de la olla y me dedicaba la mirada más dura que nunca me ha dirigido una mujer. Siguieron unos minutos tensos en los que dudé si levantarme y dar por terminada la reunión, pero la vieja se rehizo y me dio una palmadita en el brazo con una sonrisa.

—Ay, don Isidoro, mírenos, mire alrededor, no somos ricos. Considerando que mi sobrina carece de dote, tampoco podemos ser muy exigentes a ese respecto. En cualquier caso, tengo entendido que usted ha sido favorecido últimamente con una suma importante.

—No —dije alarmado—, bueno, sí, pero se trata de un adelanto sobre un encargo...

Sonaba ridículo. La mujer me miró con cara de no me cuentes historias y añadió que, según le había contado la niña, sabía que esperaba mucho más.

—Mire, señora —dije yo intentando agarrar el toro por los cuernos—, esa cantidad es excepcional, y además la mayor parte servirá para financiar el expediente de mi ejecutoria de hidalguía.

—¡Magnífico! —exclamó la vieja contra todo pronóstico—. Bien pensado, así el futuro será más seguro para vosotros.

Aquello me molestó. Estaba claro que allí no valían las indirectas, así que decidí ser muy claro.

—Señora, no sé qué le habrá dicho su sobrina, pero no he venido yo esta noche a pedir ninguna mano ni a hablar de ningún casorio. Me temo que todo esto es un desagradable malentendido.

La mujer se puso rígida en la silla, y con voz firme ordenó a Isabel que abandonara la estancia. La muchacha removié dos veces el guiso con la cuchara de madera, la dejó sobre la olla y desapareció en silencio tras la cortina.

—Mire, caballero —dijo clavando sus ojos en los míos—, lo menos que se puede esperar de un hombre que ha desgraciado a una joven es que se haga cargo de su víctima.

Me quedé mudo. No esperaba un ataque tan directo.

—Se preguntará cómo sé yo eso —continuó la vieja sin dejarme reaccionar—. Pues porque a una madre, que una madre he sido yo para la Isabelita, esas cosas no se le escapan, lo lee en los ojos de su hija. Pero si hasta el olor es distinto, que ahora la niña no huele a dulce sino a hembra, y eso los casamenteros lo notan.

Una ola de calor me subió a la cabeza. En aquel momento sólo deseaba huir.

—Señora —dije yo titubeante—, pensaré en lo que me ha dicho, pero ahora no tengo más remedio que acudir a una reunión muy importante.

Sin decir más ni dar opción a réplica, me puse en pie, me eché al hombro la capa,

me encasqueté el sombrero y salí a la calle. Había ido a cenar, y salí en ayunas y con el estómago revuelto.

En la calle la oscuridad era total. Me quedé quieto como un gato, incluso creí notar cómo se me dilataban las pupilas. En aquel barrio, si alguien colocase una lamparilla para iluminar la puerta de su casa, vería desaparecer el sebo antes de que llegara a empapar el pábilo. Me puse en guardia. No soy un hombre valiente, el valor es asunto de necios y borrachos. Incluso en la guerra procuraba evitar las peleas, y eso es porque aprecio tanto la vida que me haría muy desgraciado perderla. Pero como tampoco era cuestión de esperar allí hasta el amanecer, decidí poner en práctica una máxima que aprendí en el garito. A saber: los tipos peligrosos nunca parecen tener prisa. Repitiéndome esta premisa me envolví en la capa, ocupé el centro de la calle y eché a andar con pasos cortos hacia el palacio del duque de Alba, cuyas puertas iluminadas ejercen en el barrio la función de un faro.

En aquella ocasión lo de los pasitos cortos dio resultado, pero debo advertir que el principio en sí sólo es válido si de verdad eres un tipo capaz de llevarte por delante al que te salga al paso. Lo digo porque otra vez que intenté valerme del mismo recurso por poco no me dejan clavado contra una puerta como a una mariposa. Pero eso es otra historia.

Tenía hambre. Lo que habían preparado Isabelita y su tía olía de maravilla pero yo había cometido el error de echar a correr con la tripa vacía. Antes de ir a la casa de trucos decidí dar un rodeo por la plaza de la Cebada y tomarme un cucurucho de manjar blanco. Hay una vieja que se suele instalar junto a la esquina de la Cava Baja y que lo hace particularmente bien; deshilacha la carne de gallina poniendo todo el cuidado en que no quede ni un huesecillo, le echa leche y no agua, no escatima azúcar ni sémola y cada semana cambia el aceite. Me comí los dos primeros trozos sin salir de la plaza, y entonces se me ocurrió pasarme por el garito de Robles a cobrar mi parte de lo recaudado la noche anterior. No es bueno dejar que una deuda se enfríe.

Manfred me echó una mirada silenciosa en cuanto puse un pie en el zaguán. Estaba sentado en su banqueta de siempre, la espalda recostada contra la pared y las piernas estiradas. De una alcayata del muro colgaba su sombrero y su capa ocultándole el rostro y parte de los hombros. Sostenía las armas en el regazo mientras afilaba una daga con una piedra de agua. Entre las patas de la banqueta, agazapado, estaba el gato gris.

—Buenas noches —dije—. ¿Está don Francisco?

Manfred afirmó con la cabeza y luego señaló la escalera del garito con la barbilla.

—¿Abajo? —pregunté yo sorprendido. No era normal que Robles bajara al garito a no ser que hubiera problemas, claro que con Rafael al mando podía pasar cualquier cosa—. ¿Ocurre algo? —pregunté.

Manfred se encogió de hombros, escupió sobre la piedra y siguió haciendo sisear al acero.

Bajé las escaleras. No se oía ningún ruido especial, ninguna discusión, ninguna pelea. Todo parecía normal, quitando el que era demasiado temprano para que hubiera ya alguna mesa abierta. Pero así era. En realidad, había dos mesas ocupadas. En la primera, como si no hubieran pasado casi veinticuatro horas, seguían sentados Donahue, su doble y la señora. Sólo había cambiado el cuarto jugador, sustituido para la ocasión por un caballero mayor de pelo cano y vestido con una ropilla de ante negro al que los gariteros conocíamos como el Azulejo. De pie, Robles y don Ricardo, el prestamista, parecían seguir el juego con interés.

He dicho que había dos mesas, pero la segunda no contaba. Estaba formada por conocidos, para qué decir sus nombres. Había un *cierto* como el irlandés, aunque éste era de Valencia, el rufián que suele cubrirle las espaldas y un par de ganchos de esos que sacrificarían a su propia madre si la supieran en posesión de una buena bolsa. Todos hacían que jugaban y simulaban pasar un buen rato, pero para cualquiera un poco avisado era evidente que se trataba de una mesa montada para arropar la verdadera partida. Aquello parecía una almadraba y estaba claro quién era el atún.

Rafael, sentado al lado de la puerta, dio un respingo en cuanto entré y se relajó al reconocermé. Debía de tener instrucciones de impedir que nadie interrumpiera la partida. Robles también me miró, me indicó que me detuviera con una seña de la mano y apuntó hacia arriba como para que subiera a su despacho. Obedecí. Volví al zaguán y esperé a que subiera él. Lo hizo a los pocos minutos con cara abstraída.

—¿Por qué no están fuera los de la silla de manos? —pregunté.

—Llaman mucho la atención, y la señora pretende pasar desapercibida. ¿Qué quieres? ¿Alguna novedad?

—No, aún no. Venía a cobrar.

—¿Pero no te di ayer un adelanto?

—Me refiero a lo del garito.

—¡Ah! Lo siento, vuelve dentro de un par de días, aún no he cerrado las cuentas. Estoy muy liado.

Di por buena la excusa, así que no insistí. Le conté lo de la academia de esa noche en la casa de trucos por si quería venir conmigo, pero dijo que tenía mucho trabajo y me deseó suerte en mi búsqueda antes de despedirme con una palmadita en la espalda.



El Juego de Trucos, o de billar, como se quiera llamar, de Cristóbal Sigüenza, está en la calle del Lobo, cerca de la de San Jerónimo. El local cuenta con una sola habitación muy amplia con puerta a la calle y a un zaguán que comparte con un pequeño figón. La sala está dividida en dos partes, una con cuatro mesas de juego bastante separadas entre sí para permitir la libre circulación de los jugadores, y otra con mesas bajas y sillas donde se puede esperar turno bebiendo y comiendo tranquilamente. Dos mozas bastante desenvueltas, de reflejos rápidos y lengua mordaz, van y vienen sin cesar del figón a los billares cargadas con bandejas de vino, queso y frutos secos.

Cuando llegué sólo había una partida en juego, a pesar de que el local estaba bastante lleno. Las otras tres mesas estaban vacías, los tapetes protegidos con un paño. Se habían tomado en serio lo de la academia, aquella noche la parroquia no había ido a jugar, sino a hablar de poesía. Eché un vistazo y no vi a Almansa por ninguna parte. Todas las mesas bajas estaban ocupadas. En una distinguí a Ximenet, mi primo, charlando animadamente con un tipo que no reconocí en el momento porque me daba la espalda pero que estaba claro que era un caballero. Vestía jubón y calzas de seda, llevaba cuello de lechuguilla y el pelo, cortado a media melena, le llegaba hasta el hombro. A su lado, en una silla vacía, había una capa doblada, y sobre ella un sombrero negro adornado con banda de plata y vaporosas plumas de avestruz.

—¡Luís Vélez de Guevara! —exclamé en cuanto lo vi de perfil.

No es que me sorprendiera ver juntos a mi primo y a Luís, hacía tiempo que se trataban. De hecho los presenté yo un día en que acompañé a Luís, al que conocía de mi época militar, a que Ximenet le sacara un raigón infectado que lo estaba matando, y lo había hecho tan bien que se había ganado de inmediato el aprecio y la amistad del poeta. Desde entonces se veían a menudo, acudían juntos al teatro, incluso pasó Ximenet a hacerse cargo de apaciguar a los reventadores del patio de mosqueteros cuando era Vélez el que estrenaba. Sin embargo, se me hizo raro verlo allí porque suponía que acudiría a la academia de Jerónima de Burgos. Recuerde que Luís Vélez de Guevara es gentilhomme y secretario del conde de Saldaña, segundo hijo del duque de Lerma, además de poeta y reputado autor de comedias, sobre todo después del éxito de su *Serrana de la Vera*, así que en cuanto llegué a su altura no pude contenerme y le pregunté con ironía:

—Qué, maestro, ¿no te han dejado entrar en casa de la Gerarda?

—¿Quién te lo ha *disho*? —respondió con su peculiar gracejo andaluz, y después de estrecharme la mano y de retirar gentilmente sus cosas de la silla para cederme el sitio, añadió—: pues te han engañado. Entre nosotros, he dejado a doña Jerónima y a sus amigos de segundo plato, por si aquí no era bien recibido.

No contesté. Me limité a mirarlo con expresión socarrona.

—Nos hemos encontrado de camino y lo he convencido para que se tomara un vaso con nosotros —dijo Ximenet guiñando sus pequeños ojos negros.

Mi primo, Elpidio Ximenet, es de mofletes llenos, nariz afilada, barbilla en punta, pelo crespo, dientes grandes y sonrisa oriental. A pesar de ser más alto y de hombros más anchos que Luís Vélez, pasaba más desapercibido.

—Entonces..., ¿no has venido a estudiar a la competencia por si tu jefe decide reabrir su academia? —dije pretendiendo ser gracioso.

No sé si sabe que el conde de Saldaña, gran amante de la poesía, fundó hace un par de años una academia a imagen de las italianas, con idea de que sirviera de foro para el encuentro de nuestros más preclaros poetas y la flor y nata de la aristocracia. Por desgracia, después de un año se fue a pique como todas, lastrada por insultos, rencillas, envidias y deserciones. A Luís aquella experiencia le ocasionó muchos sinsabores. Como secretario del conde, había tenido que mediar en múltiples y ridículas disputas entre autores para conseguir que asistieran a las reuniones y para que éstas no acabaran en la tapia de los Recoletos con testigos de por medio y prácticas de algebrista. En fin, mi comentario no había sido muy afortunado, así que para hacer aún mayor el despropósito añadí:

—No se atreverá a competir con estos salones.

—Nunca se le ocurriría —respondió Luís Vélez con aplomo—. ¿Y a ti qué te pasa? —contraatacó—. Traes mala cara.

—Vengo asustado, no enfermo, aunque aún arrastro un poco de fiebre.

—¿Un mal encuentro? —inquirió.

—Algo así. Una que me ha pedido la mano de suegra.

—¿Es que te has puesto novio?

—Isabelita, la moza que conocí en San Juan.

—¿Qué has hecho para merecer ese honor?

—No sé.

—Eso es que han olido dinero.

—Tal vez. Ayer me sorprendió revisando el contenido de una bolsa que me dio Robles como adelanto de un encargo.

—Pues no me digas más.

—No era tanto como para despertar la codicia de nadie, aunque creo que estuve un poco vanidoso.

—Claro hombre, pues ahí está la cosa, eres prometedor. E hidalgo. Por ahí van los tiros, puedes estar seguro —dijo Ximenet.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Luís Vélez.

—¿Y qué?

—Cómo que ¿y qué? Pues es muy importante. ¿Era virgen?

—Sí.

—Eso te dijo.

—No. Era virgen.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Pues porque lo sé.

—Pero ¿serás simple? A que no has firmado ninguna escritura de entrega voluntaria del virgo.

Por un instante me quedé desconcertado, preguntándome si me estaría tomando el pelo.

—No —respondí sin saber aún a qué atenerme.

—¡Pero en qué mundo vives! —exclamó Luís Vélez echándose las manos a la cabeza—. Un soltero como tú sólo debe relacionarse con mujeres casadas, hombre de Dios, que las otras sólo buscan engancharte o sacarte una dote. Pero vamos a ver. Conoces a una muchacha en el río en las fiestas de San Juan, te dice que es virgen, ¿y te acuestas con ella sin que declare ante escribano la entrega voluntaria del virgo?

—Bueno, yo... ¿ante escribano?

—Muchacho, en estos tiempos nada se hace sin papeles, ya va siendo hora de que aprendas. Tengo una conocida que llegó a vender en escritura pública hasta tres veces la «segunda visita» para ayuda de la dote.

—¿La segunda visita?

—Sí, la siguiente a la primera, no hay que ser muy listo.

—¿Hay quien hace eso?

—Por supuesto. Y la que yo digo se tomó tan en serio su compromiso que lo cumplió entero la misma tarde de su boda después de que su marido la desflorara a los postres del banquete.

—¿El marido estaba de acuerdo?

—No creo que nadie le preguntara. Pero los tres firmantes éramos... quiero decir, eran conocidos suyos.

Luís se peinó hacia arriba las puntas de su bigote y ocultó una sonrisa con la mano.

—Algo no cuadra —apuntó Ximenet—. La «segunda visita», como tú dices, sólo se la podría vender a uno, los otros serían la tercera y la cuarta.

—La muy zorra se calló ese detalle y pagamos los tres como «segunda». Por eso se dio tanta prisa en cumplir, para que no nos diéramos cuenta y no hubiera reclamaciones.

—Pero os disteis cuenta.

—Claro, más tarde, aunque de todos modos no hubo reclamaciones. La cosa tenía su gracia. Pero dejemos eso.

—Sí, mejor. Por cierto, ¿a qué amigos te referías antes? —pregunté—. Tengo entendido que las academias en casa de la Gerarda se parecen más a reuniones de ex amantes que a otra cosa.

—A mí no me mires, de eso no soy sospechoso —dijo fingiendo una expresión de inocencia.

Se preguntará cómo se finge una expresión de inocencia. Pues hizo algo así como alzar las manos abriendo las palmas, arqueó un poco las cejas, entrecerró los párpados. A pesar de todo, no pudo evitar que una sonrisa torcida asomara bajo el

bigote. Si bien es cierto que no tiene fama de juerguista, Luís mantiene, como cualquier aristócrata de buen tono, manceba y enamorada, además de una esposa de la que es devoto. La esposa es doña Úrsula Bravo de Laguna, con la que tiene un hijo; para manceba le sirve cualquiera menor de dieciocho años, y para enamorada no se conforma con un título inferior al de marquesa. Es de la opinión de que un poeta, para progresar, debe mantener una apariencia digna, y de ejemplo de lo contrario pone siempre a Lope de Vega, putaño inveterado que, pese a su genio, permanece encenagado en el puesto de tercero del duque de Sessa. Por eso él tiene tanto cuidado de no meterse en terrenos resbaladizos como la cama de la Gerarda. Nunca olvida que muchos de los pretendientes de la susodicha, incluidos varios títulos, y de los más renombrados, se muestran picajosos con sus deslices y son aficionados a mandar hacer chirlos a quienes sospechan sus rivales.

—Pero déjate de circunloquios y cuéntanos —dijo Luís Vélez—. ¿Qué es eso de que Robles te ha adelantado un dinero? ¿Qué tienes que hacer?

—Me ha liberado temporalmente.

—¿Temporalmente para siempre? —preguntó Ximenet con retintín.

—Temporalmente para una temporada. Hasta que dé con don Alonso.

—¿Don Alonso?

—Fernández de Avellaneda. ¿Lo conoces?

—No tengo el gusto.

—¡Alonso Fernández de Avellaneda! —exclamó alguien de una mesa próxima, que evidentemente había seguido nuestra conversación.

En cualquier otra circunstancia, el que alguien dé señales de escuchar una conversación ajena puede acabar a cuchilladas, pero cuando los poetas se reúnen en academia se da por supuesto que cualquier conversación está abierta a todos los presentes.

Personalmente, me alegré de que se planteara tan pronto y de forma tan sencilla el asunto que me había llevado hasta allí, así que respondí:

—Sí, señor —y al identificar al individuo que había hablado, un viejo conocido, pregunté—. ¿Lo conoces?

—No tengo el placer, pero lo estoy deseando para darle mi enhorabuena.

El que hablaba era Baltasar Elisio Medinilla, poeta, a veces corrector, igual que yo, y supongo que algo más, porque decir poeta es decir pretendiente, y de eso, que yo sepa, no vive nadie. Yo lo conocía porque había coincidido con él en la imprenta de Juan de la Cuesta cuando Lope de Vega, del que era amigo y seguidor devoto, le pidió que se encargara personalmente de las pruebas de su *Jerusalén conquistada*, obra que dedicó al conde de Saldaña.

Compartía Baltasar la mesa con oíros tres tipos que yo no conocía más que de vista de otras academias y que se giraron en nuestra dirección al oler que había tema.

—¿Por qué lo dices? —pregunté inocentemente.

—¿No es ése el autor de la segunda parte del *Quijote* que acaban de publicar?

—En efecto —respondí.

Medinilla se sonrió, y al hacerlo guiñó tanto los ojos que casi desaparecieron entre los pliegues de sus párpados. Baltasar era un tipo simpático, irónico, socarrón. Tenía la boca grande, los ojos como ojales y la mandíbula de cuchara, pero era el descaro de su verbo, y no su aspecto, lo que captaba la atención.

—Pues por eso. Ya era hora que alguien le dijera cuatro cosas a Cervantes.

—¿Pero lo has leído?

—No hace falta. A poco empeño que haya puesto el autor será mejor que el original.

—¿Tan poco te gustó la primera parte?

—¡Por favor! Menuda chapuza, no conozco historia peor trabada.

—¿A qué te refieres?

—Hombre, pero si parece escrito a saltos. Lo que escribía un martes, el miércoles lo había olvidado. Por ejemplo, en una ocasión don Quijote niega saber latín, y poco después traduce un párrafo con soltura. ¿Es o no absurdo? En otra unos cabreros le arrancan de una pedrada cinco muelas de arriba y dos de abajo y luego se pone a cenar como si nada. ¿Se puede escribir mayor insensatez?

—Otra vez hace que los personajes cenén dos veces seguidas —dijo uno de sus

acompañantes.

—O lo del estudiante —dijo otro—, que se va con la pierna quebrada después de pelear con don Quijote y en la página siguiente interviene en la conversación como si no se hubiera movido del sitio.

—¿Y lo del burro? —apuntó el tercero.

—¡Eso! —exclamó Medinilla—. ¿Qué me dices de lo del robo del burro?

—No recuerdo... —dije, aunque no sé por qué, porque sí me acordaba perfectamente de aquella historia, había dado mucho que hablar y provocado una enorme bronca en la imprenta, pero dejé que Medinilla lo contara.

—Cómo no te vas a acordar. Sancho empieza el viaje en burro, de repente se queja de que se lo han robado, luego sale otra vez montado y después desaparece. Ridículo, vamos.

—Si no recuerdo mal, eso sí que lo intentó arreglar don Miguel —dije yo.

—Por desgracia. Y lo lió todavía más. ¿Os acordáis de la segunda edición que sacó Robles a los pocos meses de la primera? —preguntó a la concurrencia. Todos cabecearon asintiendo—. Pues efectivamente, en ésa Cervantes intentó corregir el error. Para ello escribió un párrafo contando cómo uno de los galeotes..., ¿cómo se llamaba?...

—Ginés de Pasamonte —respondió Luís Vélez.

—Eso es, cómo Ginés de Pasamonte había robado el burro una noche mientras dormían y otro describiendo la escena en la que Sancho reconoce a su rucio y el ladrón, al verse descubierto, se da a la fuga. En principio todo bien, pero luego va y coloca los añadidos en donde no les corresponde, creando ya el auténtico caos en la historia. Excuso decir lo que nos reímos.

Yo también recordaba aquello, recordaba la bronca y al pobre Matías, que era el cajista que al final pagó el pato y fue despedido de la imprenta.

—Eso son detalles sin importancia —dijo alguien a mi espalda. Al volverme, lo primero que vi fue una sotana y luego al dueño, el rostro quiero decir, de don José de Valdivielso—. No se puede juzgar una obra por esas minucias —añadió el sacerdote con voz grave.

—Adelante, don José, siéntese —dije yo dispuesto a cederle el sitio, pero él me retuvo poniéndome la mano en el hombro y se quedó firme de pie a mi espalda.

Aquello se ponía interesante. Don José de Valdivielso era capellán del arzobispo de Toledo. Contaba, pues, con gran influencia, vaya eso por delante, y un gusto refinado. Había estado con él hacía apenas una semana para entregarle una copia del *Viaje al Parnaso* (de su firma depende la oportuna licencia de edición), y ya entonces me había manifestado su admiración por don Miguel, a quien decía tener el honor de contar entre sus amigos...

—¿Detalles sin importancia? —se defendió Medinilla abandonando el tono burlesco que había mantenido hasta el momento.

Se notó que hacía un esfuerzo para medir sus palabras, lo cual es lógico, siempre hay que tener cuidado cuando se lleva la contraria en público a un miembro de la curia.

—Una pequeña distracción —sentenció Valdivielso—. Pienso que don Miguel cambió de sitio los capítulos que tratan de la historia de Crisóstomo y Marcela, no sé si se acuerdan ustedes, una historia bien triste, y al hacerlo alteró el hilo narrativo anterior y causó el problema del robo del rucio.

—Pues ya ve usted, me está dando la razón. Un libro escrito a trompicones.

—Un lapsus razonable que, por otra parte, a lo mejor no hay que achacar al autor.

—¿A quién entonces? —preguntó Medinilla.

—El impresor también puede tener responsabilidad en eso.

—¡Oh! ¡Vamos! Si Cervantes no hubiese tenido la manía de intercalar novelitas...

—No se le puede culpar también de eso, señor mío —replicó Valdivielso frotándose las manos—. Cualquiera autor sabe que es casi imposible mantener demasiado tiempo la atención del lector sobre una única historia. Léase a López Pinciano y ya verá cómo me da la razón. La variedad es lo que otorga calidad a una obra de estas características.

—Yo estoy de acuerdo —dijo un desconocido—. Lo mejor del *Quijote* son precisamente sus novelitas cortas, especialmente la de *El cautivo*.

—¡Sí!, ¡precisamente! —exclamó Medinilla—. Pero a mí eso de que con la misma historia escriba una novela y una obra de teatro, lo que me parece es falta de ingenio.

—¿A qué obra de teatro se refiere?

—A *Los baños de Argel* —puntualizó Medinilla—. No se extrañe, es normal que no la conozca. Ni siquiera sé si se ha estrenado.

—Por eso se decidió a escribir la novelita —apostilló uno de sus amigos—, como nadie se había enterado de la historia...

Todos soltaron unas risitas para celebrar la ocurrencia.

—Ya veo que no están ustedes dispuestos a concederle ningún mérito —dijo don José con semblante sombrío—, pero convendrán conmigo en que al menos ese juego del hallazgo del manuscrito arábigo...

—Alto, alto, alto —le interrumpió Medinilla en un tono cada vez más resuelto—, que eso ya lo he oído antes. ¿Es que no conoce usted *Las guerras civiles de Granada*? Pues ahí Ginés Pérez de Hita ya usa el truco del manuscrito arábigo. Aben Hamim se llamaba su árabe, ¡menuda novedad!

—Pérez de Hita se limita a citar a un árabe como autor de su obra —protestó Valdivielso—, pero don Miguel da vida al suyo, establece con él un diálogo...

—¿Y eso a quién le interesa? —le cortó Medinilla.

Todos contuvimos la respiración. Hasta el mismo Medinilla se dio cuenta de que había sido demasiado brusco, pero se quedó atascado, sin saber qué hacer. Por suerte llegó la camarera con un par de azumbres de vino y un plato de queso, y en el rato que le llevó identificar a los destinatarios y espantar a los aprovechados, se desdibujó el inciso.

—Lo que a mí me gustaría saber es qué hizo Sancho con los escudos que halló en la maleta —comentó uno de los acompañantes de Baltasar como si no hubiera pasado

nada.

—¿Qué maleta? —pregunté yo despistado.

—Sí hombre, la que encuentran en Sierra Morena —aclaró Medinilla.

—Buena memoria tienes.

—En el libro no se vuelve a hablar de la maleta —insistió el otro.

—Pero bueno —intervino Valdivielso—, se dice que don Quijote le da los escudos que contiene a Sancho como pago de sus servicios. ¿Qué más quiere que diga?

—Pues qué hace Sancho con el dinero, y bien lo merece porque era una buena cantidad.

—Al autor corresponde decidir qué es lo importante para su historia.

—Caballeros, creo que nos estamos yendo por las ramas —dije yo intentando reconducir la conversación—. Algo bueno tendrá el libro cuando tanta gente lo ha leído con la atención que ustedes demuestran, sin mencionar que hay quien lo ha considerado merecedor de una segunda parte. Pero volviendo al tema inicial, ¿alguien conoce a Avellaneda?

Nadie contestó.

—¿Es posible que nadie de esta sala sepa quién es Alonso Fernández de Avellaneda? —insistí.

—Es la primera vez que oigo hablar de él —dijo Luís Vélez.

—Tal vez sea un seudónimo —apuntó Valdivielso.

—Es posible.

—Puede ser cualquiera con buen gusto —insistió Medinilla.

En aquel momento el presidente de la academia reclamó la atención de los presentes con un par de salvas de martillazos sobre su mesa.

Pum, pum, pum, pum.

—¡Señores, por favor! —dijo entre cada salva.

Pum, pum, pum, pum.

Ante tales requerimientos, don José de Valdivielso inició la retirada hacia un extremo de la sala donde acomodarse discretamente para escuchar el discurso inaugural, pero yo lo retuve un momento.

—Disculpe, don José. Tengo entendido que su excelencia el arzobispo de Tarragona está alojado en el palacio de su ilustrísima, y me pregunto si le acompaña don Francisco de Torme, su secretario...

Valdivielso asintió con la cabeza y siguió mirándome con expresión tranquila.

—Verá, me gustaría ver a don Francisco por el asunto este de Avellaneda, quizás usted pueda facilitarme una entrevista...

—Venga mañana a eso de las nueve. Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

El discurso de apertura del presidente se alzaba por encima de nuestros siseos. Recordaba a la concurrencia que nos habíamos reunido para escuchar los versos que los señores académicos habían trenzado en honor a los conquistadores de la Mamora. El



tema sonaba un poco desfasado considerando que la plaza estaba de nuevo en peligro, pero en estos tiempos los poetas parecen andar huérfanos de glorias y apuran hasta las heces lo poco que alcanzan.

—¿Sabes si Lope de Vega se ha ordenado sacerdote? —pregunté a Luís Vélez en un susurro aprovechando que el presidente se tomaba su tiempo para enjuagarse la garganta.

—Sí, allá por mayo —contestó—. Ahora se hace llamar capellán del duque de Sessa.

—¿Y no lo es?

Luís Vélez soltó una risita.

—No. Es sacerdote y trabaja para el duque de Sessa, pero, por mucho que él lo desee, eso no lo convierte en capellán.

—De todos modos —reflexioné—, las alusiones de Avellaneda coinciden totalmente con Lope de Vega.

—¿Qué dice Avellaneda? —preguntó interesado.

—Que defiende de los ataques de Cervantes a un ilustre autor de comedias, familiar del Santo Oficio y sacerdote.

—Sí, todo coincide.

—Y a ti, ¿el *Quijote* te parece tan malo como dicen? —pregunté con intención.

Luís Vélez tardó en contestar, y yo sabía por qué. Hace un par de años tuvo sus más y sus menos con Lope porque sospechó que quería quitarle su puesto de secretario del conde de Saldaña. De hecho, *La Jerusalén conquistada* se editó por esas fechas y está dedicada al conde, así que esperar ecuanimidad de Vélez estando el Fénix de por medio es como comprar un gallo y esperar que ponga huevos.

—Por desgracia, nada es bueno si no es del gusto de Lope. No se aplaude comedia que no apruebe ni se conceden laureles sin su beneplácito. Tiene gracia que todos estemos a expensas de la dirección de su pulgar. Ya habrás oído en la calle que para ensalzar algo se dice que es de Lope. Lo malo es que él mismo lo cree.

Luís Vélez se echó un poco hacia delante mirando a uno y otro lado por el rabillo del ojo. Su cabeza pareció hundirse entre sus hombros.

—Sin que salga de esta mesa —murmuró—, te diré que me parece una obra original y divertida, y por supuesto disfruté con los aguijonazos al Fénix. Ya sabes que Cervantes pretendió que Lope y otros poetas le escribieran unos sonetos laudatorios para incluirlos al frente de su obra y que Lope, molesto por algunas de sus ideas y alusiones, vetó las alabanzas. Yo creo que en eso se equivocó. Cervantes se creció y le devolvió el golpe con un prólogo fantástico y unos notables versos jocosos. Desde mi punto de vista convirtió la derrota en victoria, y encima aprovechó para hacer aún más escarnio de Lope al introducir alusiones irónicas a *La Arcadia* y *El Isidro*, tan llenos de dedicatorias de sus fieles, citas célebres y erudición innecesaria. ¡Cuidado, Luís! —se dijo a sí mismo cubriéndose la boca—, estás yendo demasiado lejos.

—Lo mismo le ocurre a Góngora con sus *Soledades* —comentó Ximenet, a quien,

como no vivía de la pluma, no le dolían prendas en manifestar abiertamente su opinión —. A mí no me gusta, para qué nos vamos a engañar; me aburre, me pierdo en tantas filigranas, pero el poema emana cierta grandeza que lo hace merecedor de respeto. Sin embargo, sólo Almansa se atreve a defenderlo. Se lo ha tomado como una cruzada personal, pero fíjate el precio que tiene que pagar. Casi no sale de su casa. Una vez, en una academia, los partidarios de Lope le tiraron huevos podridos.

—Lo recuerdo —dijo Luís Vélez sonriente.

—No acabo de entender lo que me decís. ¿Me estáis contando que en el *Quijote* se esconden ironías de Cervantes contra Lope de Vega? —pregunté.

Yo estaba bastante perplejo porque había leído el *Quijote* y corregido sus pruebas de imprenta, y sin embargo no había sido consciente de nada de aquello.

—Anda éste... —dijo Luís Vélez.

—¿Tan evidentes son?

—Hay que saberlas ver —respondió Ximenet.

—Pues podrías ilustrarme.

—¡Psst! —chistó un tipo a nuestras espaldas.

El presidente había retomado la palabra. Antes de dar paso a las declamaciones comunicó que, con motivo de las festividades por la beatificación de santa Teresa de Jesús, se había convocado un certamen poético cuya fecha límite para la entrega de originales era el 25 de septiembre. Luego presentó al primer poeta y reclamó silencio.

—Ahora no es momento —susurró Ximenet—. Déjame pensarlo un poco. Pásate mañana por la barbería y hablamos.

Un joven atildado en extremo, con más puñetas que juicio, carraspeó un par de veces y empezó a recitar un soneto en el que Júpiter en forma de águila hundía sus garras a ambos lados del estrecho y con sus alas abiertas cubría paternal el Mediterráneo. El auditorio se mantuvo en respetuoso silencio. El poeta, satisfecho del efecto conseguido, atacó el segundo cuarteto haciendo notar que, al igual que Alcides condujo el carro del sol... Una carcajada interrumpió su proposición. ¿Cuándo condujo Alcides el carro del sol?, preguntó un tipo vestido de colores a la usanza de los soldados. ¿No sería Faetón?, añadió. ¡Ignorante! Y entre las risas del auditorio se oyó decir a otro: Es que Faetón no rima con helicónides, y las risas subieron dos tonos. Esto es poesía, se defendió el otro. Además, ¿quién dice que Alcides nunca condujo el carro del sol? Cuide su lengua, amigo, intervino Valdivielso, no vaya a terminar discutiendo de mitología con algún fervoroso dominico... y ante escribano.

Luís Vélez se levantó entonces, no sé si porque llegaba tarde a la academia de la Gerarda o porque no se sentía cómodo con las alusiones al Santo Oficio. Yo aguanté un par de carcajadas más y luego decidí seguir su ejemplo.

Estaba muy cansado. Me fui a casa para poder madrugar al día siguiente y acudir al palacio arzobispal con la cabeza despejada. Cené un pastel de carne al paso en el figón de Lazcano y dejé las ventanas abiertas para que me despertaran los golpes por si me quedaba dormido. Me desnudé, me tiré despatarrado en la cama y me dormí casi en el

acto.

Me desperté muy temprano, antes incluso de que llegaran los albañiles. Miré por la ventana y aún era de noche. Tenía la piel fría y en cuanto me cubrí con la sábana caí de nuevo en un placentero sopor. Duró poco, apenas unos minutos. Estaba demasiado nervioso. Me levanté, me puse la camisa, me asomé al balcón y vacié el orinal en la calle. Esta vez no hubo protestas. Luego, anoté los sucesos de los que había tenido noticia el día anterior. Supongo que entre el lío de papeles que tengo por la mesa estará el de aquel día, me gustaría copiarlo aquí literalmente pero no lo veo y no quiero perder tiempo buscándolo. En fin, hablaba de lo del sitio de la Mamora, las pretensiones del duque de Osuna de conseguir el virreinato de Nápoles y su odio declarado a los venecianos, lo del problema demográfico; la visita del arzobispo de Tarragona al de Toledo y hasta lo del niño con dos cabezas que decían que iban a traer a la Corte. Me sentí satisfecho, ya tenía unas cuantas cosas que contar; para un gacetillero no hay nada peor que una semana sin noticias, día tras día lo mismo, que si baja o no baja el turco, que si llega o no llega la flota... Siempre queda la posibilidad de inventarse alguna muerte, algún duelo, pero no conviene abusar porque la parca se basta sola y es mejor no darle ideas.

Enjuagué la pluma en un poco de agua y luego me lavé yo mismo, me froté los dientes y las encías con un lienzo y me atusé el bigote con un poco de agua azucarada. Como no había tenido tiempo de hacer la compra me tuve que conformar con un vaso de aguardiente de desayuno. Me vestí y salí de casa. Por suerte, Venancia estaba ocupada con la rasqueta en un jaulón del fondo del patio, así que no pudo entablar conversación. Yo me limité a pedirle desde la puerta que cuando pasara el aguador me cogiera una carga porque apenas me quedaba una cuarta en la tina.

Cuando visita Madrid, el arzobispo de Toledo se instala en la huerta de su propiedad llamada de la Florida. Dicha huerta está situada al noroeste de palacio, en las afueras de la villa, en el camino del Pardo. Desde mi casa era un buen paseo, pero como el sol aún no estaba en lo alto, lo hice bastante cómodo, hasta se me hizo corto. Cuando llegué, dos hombres sentados dentro de una caseta junto a la puerta me retuvieron con cierta grosería. No me esperaban. Nadie les había dicho nada, y yo, solo, a pie y con los zapatos sucios del polvo del camino no les infundí ningún respeto. Pensé mostrarme

altivo y amenazarlos con el fuego de mi ira si no dejaban franca la puerta al instante, pero me dije que provocarles la risa no me ayudaría mucho, así que opté por una actitud más acorde con mis posibilidades interpretativas. Hundí un poco la cabeza en el pecho, la dejé caer a un lado, escurrí los hombros, aflojé las rodillas y empecé a suplicar con voz lastimera. Desconozco la razón, pero eso es algo que les encanta a los covachuelistas de palacio y a todo funcionario o subalterno de poderoso. Por supuesto, dio resultado. Me hicieron pasar a un cuartucho donde aún tuve que esperar más de media hora de pie con expresión perturbada y el sombrero en la mano. Por fin vino a buscarme un fraile y me llevó a una habitación donde me esperaban Valdivielso y otro sacerdote de ojos claros y boca pequeña que me fue presentado como don Francisco de Torme y de Liori, canónigo de la Santa Iglesia de Tarragona y secretario del ilustrísimo y reverendísimo señor don Juan de Moneada, arzobispo de Tarragona y del Consejo de su Majestad.

Yo me apuré a besarles las manos como obliga el protocolo, y luego Valdivielso, satisfecho, me indicó una silla y me senté.

—Aquí don Isidoro es amigo de don Miguel de Cervantes, del que soy gran admirador —dijo don José, y añadió dirigiéndose a mí—. He dormido fatal. Pienso que ayer no estuve a la altura de las circunstancias. Ese Medinilla me ganó por la mano. Me temo que no fui capaz de defender al maestro como se merece.

—Usted hizo lo que pudo. Baltasar llevaba la lección bien aprendida, parecía haberse estudiado el *Quijote* para sacarle las faltas. Fíjese que yo fui uno de los que corrigieron las pruebas del original, y hasta que no lo oí ayer en boca de Medinilla no me había dado cuenta de todos esos errores.

—En todos los libros hay errores.

—No diga eso, don José, sería faltar a la verdad —intervino don Francisco—. Recuerden a san Juan de la Cruz, a Petrarca, a fray Luís de León... No tienen un verso que se pueda decir que no hayan meditado.

—Cierto, pero no me refiero a eso. Los que ha citado son autores... sublimes. Yo me refiero más bien a este tipo de libritos de entretenimiento, sin pretensiones pero importantes para el buen cuidado de la fe porque, en definitiva, son a los que accede el vulgo. Y me da rabia no haber estado lúcido para defender mejor mis puntos de vista.

—Medinilla estaba además muy bien arropado —le expliqué yo a don Francisco para exculpar a don José.

—No es excusa —insistió éste—. Además, prefiero el combate cuando el contrario es de talla, si no ¿qué mérito tiene la victoria?

—Pero en una discusión así nadie tiene la razón. No hay victoria.

—Ésas son palabras de consuelo. Es posible que no haya victoria, pero sí derrota. ¿Que cómo lo sé?, me dirá. —Y golpeándose el pecho añadió—: eso lo siente uno en el fondo de su corazón.

—De todos modos don Miguel se lo hubiera agradecido, ya sabe que le tiene en gran estima.

—¿Es posible? —dijo fingiendo modestia.

—Y tanto. Le cita como «maestro famoso».

—Es cierto. ¿Cómo sabe usted eso?

—He tenido el honor de corregir parte de las pruebas de imprenta de su *Viaje al Parnaso* ¿recuerda?

Valdivielso asintió con la cabeza.

—Le estoy muy agradecido por incluirme entre tantos buenos poetas —dijo—. Me emocionó, la verdad. Pero díganos, don Isidoro, ¿qué puede hacer don Francisco por usted?

—Sí, adelante —dijo don Francisco—, el padre Valdivielso me ha contado que quería usted verme en relación a la segunda parte del *Quijote*.

—En efecto. Verá, me han encargado encontrar al autor de ese libro, y como imagino que usted lo conocerá..., decía yo que..., vamos... que si pudiera indicarme dónde encontrarlo me haría un gran servicio.

Don Francisco me miró con extrañeza. Los nervios no me habían dejado expresarme con claridad, pero antes de que formulara de nuevo mi demanda en mejores términos, el sacerdote preguntó:

—¿Por qué cree que yo lo conozco?

—Como usted otorgó la oportuna licencia...

—¿Eh? ¿Qué es eso de que yo otorgué la licencia? —preguntó sorprendido don Francisco.

—En nombre del señor arzobispo —aclaré yo.

—Pero eso es absurdo —protestó él—, yo no tengo poder para tal cosa.

—En el libro figura usted —afirmé yo.

—No puede ser, yo no he otorgado ninguna licencia. ¿Tiene ahí ese libro? —preguntó visiblemente excitado.

—No, no lo he traído —me disculpé—, pero le aseguro que lo he visto.

—Pues es falso. Es mentira —dijo indignado.

—¿Y a Rafael Orthoneda, lo conoce?

—¿Al padre Rafael? Sí, pero seguro que tampoco tiene nada que ver, es imposible, tendría que habérselo encargado yo, y ya le digo que es la primera noticia que tengo de este asunto.

—Tampoco conocerá al editor, claro.

—¿Cómo se llama?

—Felipe Roberto. Su casa está en Tarragona.

El padre Francisco frunció el entrecejo durante unos segundos como si hiciera un gran esfuerzo por recordar y luego negó con la cabeza.

—Es increíble —dijo—. ¿Dónde puedo conseguir un ejemplar de ese libro?

—Creo que a Robles le han llegado o le van a llegar unos cuantos.

—¿No es él quien editó el *Quijote* de Cervantes?

—Sí, y quien que me ha encargado encontrar a Avellaneda.

—El negocio ante todo, ¿no es así?

—Tal parece.

—¿Tiene ya alguna idea?

—Ayer todo el mundo parecía coincidir en que Avellaneda no existe, que es un seudónimo, quiero decir. Seguramente alguien cercano a Lope de Vega, o el mismo Lope, si me permite decirlo.

—No quiero entrar yo en eso —dijo don José agitando la cabeza.

Yo había dudado bastante antes de soltar el último comentario, pero cuando lo hice Valdivielso pareció relajarse. Debía de estar deseando que llegara a esa conclusión aunque él no se atrevía a plantearla, al menos no de forma tan directa.

—Sí, ésa parece ser la sensación general —comentó.

Nos quedamos los tres en silencio. No había más que decir, así que me puse en pie para despedirme.

—Bueno, pues... No quiero entretenerlos más...

—Espere un momento —dijo entonces Valdivielso saltando de su silla—. Ya sabe que en esta casa don Miguel es muy querido, y no sólo por mí. El arzobispo le tiene en gran estima. Precisamente hace un par de días me encargó entregarle una cantidad para que siga adelante con su labor creativa y para que le sirva de estímulo en estos momentos que imagino difíciles para él. No es gran cosa, unos ducados, una pequeña ayuda. Hace un par de días que pienso en acercarme por su casa, pero no encuentro el momento, ahora no me viene nada bien, pero odio perjudicar al maestro, así que he pensado que como usted trabaja para él, me haría un gran favor si le entregara esta bolsa de parte de su ilustrísima.

Decidí no aclarar el equívoco. En realidad se podía decir que trabajaba para don Miguel, en cierto modo, y además tenía pensado ir luego a su casa. Aquella bolsa sería un eficaz salvoconducto en el caso de encontrarme otra vez con el muro levantado por la mujer y la criada, así que la cogí, la escondí junto con la carta que la acompañaba en el fondo de mi jubón, le di las gracias adelantadas de parte del maestro y me fui a toda prisa antes de que el sol empezara a abrasar los caminos.

Los guardianes de la puerta no me miraron cuando salí ni contestaron cuando les di otra vez las gracias, pero no me ofendí por ello. En su condición de sirvientes está el despreciar a los que pretenden acceder a sus amos, pero con esa gentuza más vale mostrarse cortés porque nunca se sabe cuándo tendrá uno que volver a franquear su dintel. Con paso firme atravesé otra vez la ciudad en dirección inversa con una sola parada en la confitería del tío Neila para tomar una jícara de chocolate, glorioso descubrimiento, con un par de buñuelos. El sol empezaba a calentar, y mientras apuraba mi tardío desayuno me entretuve observando cómo los comerciantes de la acera de enfrente descolgaban las contraventanas, sacaban los bancos a las puertas de sus negocios y tendían los toldos. Saltando de uno a otro, casi se podía recorrer entera la calle Mayor sin que te rozara un rayo de sol.

Reemprendí el camino con nuevos bríos. Alguien me chistó, me giré, descubrí a un sombrerero apostado al acecho con un sombrero en cada mano, le dije que no con la cabeza y seguí mi camino. El hombre insistió un par de veces más, pero como si nada. Luego me entró un rapaz al que casi no le dio tiempo de ofrecerse a limpiarme los zapatos porque uno mayor lo empujó a un lado para brindarme sus servicios de esportillero. Yo andaba recio, decidido, la mejor forma de atravesar la Puerta de Guadalajara, con cara de pocos amigos, mirando al suelo y agitando el brazo para ahuyentar solicitantes como si espantara moscas. Atravesé la plaza del Arrabal, la que van diciendo que piensan ampliar para convertirla en una especie de plaza Mayor, y me interné en el mercado de flores de la plaza de la Provincia. Aquella mañana, como todas durante la primavera y el verano, los paisanos habían extendido sus puestos como alegres golpes de color. Las flores se amontonaban en tinas y cubos llenos de agua, y los suelos estaban húmedos y limpios de polvo. Me encanta ese sitio. Nada más entrar en la plaza uno se siente envuelto por una sensación de frescor. Se diría que el sol da cuartel a ese reducto entre soportales para que no se eche a perder una mercancía tan de su estima. En la esquina de la calle de la Cruz destacaba el hábito morado de un demandador de las ánimas que pedía para misas. A su vera pasaban sin cesar aguadores en trasiego continuo del mercado a la fuente del Buen Suceso.

Me entretuve deleitándome con los aromas de las plantas. Una idea que no acababa de formular me rondaba la cabeza, y no descansé hasta dar con el asunto. Se trataba de lo de la falsificación de la licencia y de la firma de don Francisco. Caso de ser cierto, como parecía, el editor, el tal Felipe Roberto, podría verse envuelto en un problema grave que podía llegar a costarle el negocio. Pero se me hacía muy raro que ningún editor corriera ese riesgo. Y entonces caí en la posibilidad de que también él fuera falso, y que por tanto la carta que acababa de escribir nunca obtendría respuesta. Al fin y al cabo Salazar me había dicho que no lo conocía de nada, y Salazar estaba bastante bien



relacionado en el gremio. Pensé en quién podría echarme una mano en ese asunto, y me acordé de un antiguo compañero de Alcalá, Federico Velasco, que trabajaba de pasante con un escribano del consistorio de Tarragona. No lo había vuelto a ver desde la Universidad, pero el favor que iba a pedirle tampoco le resultaría gravoso en ningún sentido, así que me dirigí a la oficina de postas, pagué pluma y papel y le escribí una nota apelando a nuestra antigua camaradería y rogándole que indagara sobre el tal Felipe Roberto.

Acabé justo a tiempo de ver meter mi carta en la saca y desear buen viaje al jinete, que agradeció mis palabras y la propina llevándose un dedo al ala del sombrero. Luego seguí decidido la marcha hasta la barbería de Ximenet.

La barbería de Ximenet está situada en la plazuela del Ángel, en la confluencia de la calle de Carretas y la de la Cruz, frente al corral de comedias. Es bastante fácil de identificar, tiene un letrero que dice «Barbería», y para los que no saben leer, una bacía y un cartelón con una guitarra dibujada. El local es amplio y bien iluminado, de dos habitaciones, cada una con su ventana al exterior. Nada más entrar, a la derecha, hay una hornacina con una imagen de santa Polonia (patrona de los dentistas y de los desgraciados que los sufren) entre dos candeleros con los pábilos siempre prendidos, un derroche sagaz, pues a la gente le gusta esas cosas. Frente a la imagen de la santa destaca un anaquel con bragueros, dentaduras postizas con moldes de madera y un frasco grande de cristal lleno de sanguijuelas. A lo largo de las paredes desnudas se alinea un banco corrido de madera. Junto a la hornacina se abre una puerta de doble hoja que comunica con el despacho donde está la silla a la que todos tanto tememos. Allí dentro, en sendas bandejas sobre un aparador, se extienden las herramientas del oficio: navaja y brocha en una; botadores, sondas, escoplos, martillo, gatillos, pinzas, buriles y lancillas en la otra. Al fondo del despacho, un pequeño arco de medio punto da acceso a la escalera de caracol que comunica con el piso de arriba, donde Ximenet tiene su casa y un pequeño laboratorio. La puerta que une el despacho con la sala de espera suele estar abierta, salvo cuando el cliente se pone a chillar como un gorrino en San Martín. Los gritos siempre resultan enervantes y desalentadores para los que esperan turno, así que para amortiguarlos el ayudante se pone a leer algo en voz alta.

Hace años que Ximenet dejó de deambular por las ferias. El collar de dientes con que solía adornarse para atraer a la clientela lo tiene ahora colgado de una alcayata detrás del sillón en el que afeita. Pero no siempre fue así. Empezó trabajando como aprendiz con un sacamuelas de Palencia amigo de su padre, que le enseñó a leer además de los rudimentos del oficio. Cuando obtuvo la categoría de maestro se independizó y empezó a hacer sus propias giras por los pueblos. Trabajaba sobre un tabladillo con el collar de muelas al cuello, el gatillo en una mano y un frasco de triaca en la otra. La triaca es esa sustancia que se dice que inventó Andrómaco, el médico de Nerón, para librar a su amo de todos los venenos y pestilencias, y que luego fue desarrollada por Mitrídates en su búsqueda de un fármaco que curara todos los males, el alexifármaco, una especie de antídoto universal. La fórmula de Ximenet se parecía a la original tanto como cualquier otra, pero él obtenía muy buenos resultados porque procuraba cargar la mano en el opio, elemento que intuía fundamental para mitigar el dolor. Pese a no irle mal, aquella vida errante y solitaria empezó a cansarle. Se asoció entonces con un malabarista para que voceara sus habilidades y mantuviera al público entretenido mientras él intervenía, pero como era ta-ar-tamudo la ge-ente se disp-p-p-ersaba antes de que t-t-erminara el anuncio, así que un día le dijo: Lu-uís, que así se llamaba el

saltimbanqui, M-me largo, cogió sus trastos y se enroló en la compañía del capitán Mejía con destino a Nápoles. Fue en Italia, por casualidad, donde tuvo la suerte de tropezar con el *Dioscórides*. Aquel libro supuso un gran progreso en sus técnicas de tratamiento, hasta entonces limitadas a la extracción. Pero el salto cualitativo lo dio al trabar amistad, por una de esas casualidades del destino, con un sacamuelas alemán de Tubinga, enrolado también en su mismo regimiento, que le inició en el uso de la amalgama según el arte desarrollado por Johannes Stokerus. Así que ya no va de feria en feria. Ahora sólo sale para atender avisos de clientes nobles y adinerados que prefieren ser tratados en sus propios domicilios, y los martes y jueves recorre varios palacios para afeitar y repasar a sus dueños con el mondadientes. Además hace sangrías, aplica sanguijuelas, fabrica dentaduras con las piezas que arranca y cose bragueros. Un buen trabajo aunque, como todo el que supone el uso de las manos, carece de proyección social. A pesar de ello, se las arregla bastante bien.

—Hablando del rey de Roma —exclamó Ximenet al verme.

Estaba de charla con Pablo Cimorro, un amigo común que, recién afeitado y con el aliento fresco, parecía a punto de irse mascando una bolita de almáciga. Ya sabe usted que la almáciga es como llaman a la resina de los lentiscos de la isla de Quíos, pequeñas lágrimas de color opalino que se ablandan deliciosamente en la boca y cuestan una fortuna. Pero Cimorro es de los que pueden pagarse el capricho. Trabaja como agente de un banquero genovés afincado en Sevilla llamado Adán de Vivaldo, el cual, fíjese qué cosa, resulta que es amigo de don Miguel de Cervantes. Casualidades de la vida. Al final va a ser verdad eso de que el mundo es un pañuelo.

—Le comentaba a Pablo lo de la academia de ayer —dijo Ximenet.

—Entonces, ¿es cierto que buscas a ese Avellaneda? —me preguntó el banquero entornando los ojillos.

Pablo Cimorro es un tipo bastante socarrón al que en vez de sonreír le brillan los ojos cuando disfruta hurgando en alguna herida. Me habló con los labios pegados y la barbilla hundida en el pecho para impostar la voz, como si quisiera simular un interés que estaba lejos de sentir. Siempre actuaba de igual modo con las cosas que yo me traía entre manos, en el fondo ninguna le parecía seria.

—O a quien se haga llamar así —dije en tono misterioso. Ya que él no parecía dispuesto, me correspondía a mí otorgar un mínimo de interés a mi misión.

—¿Es un seudónimo? —preguntó un poco sorprendido.

—Eso dice todo el mundo, y yo empiezo a estar de acuerdo.

La barbería estaba en penumbra. La puerta del despacho estaba abierta y echadas las cortinas de ambas habitaciones. La única luz provenía de la puerta de la calle y de las lamparillas de santa Polonia. En el banco había un hombre sentado con la mirada vidriosa, los brazos cruzados y la mano derecha apretándose el moflete.

—¿Tienes para mucho? —pregunté.

—No, pasa —dijo Ximenet—. El caballero tiene que esperar un rato hasta que le haga efecto la triaca —añadió señalando al tipo con un gesto—. ¡Chuti! —gritó al

aprendiz que en ese momento barría el suelo del despacho—. Anda sube, aviva el hogar y mete las agujas. Cuando estén al rojo las traes.

Chuti, un adolescente desmadejado y algo sucio, asintió con la cabeza y desapareció escaleras arriba. Yo, por mi parte, sentí la mano de Ximenet en el codo y me dejé llevar hasta el potro. Me senté. Ximenet corrió una de las cortinas y la luz me dio de lleno en la cara. Címorro decidió quedarse un poco más y se recostó en el borde del aparador. A mi izquierda, en una esquina, colocada sobre una banqueta alta como si de una escultura se tratara, había una garrafa enorme de cristal llena de muelas y dientes extraídos a lo largo de quince años de ejercicio de la profesión, además de una surtida muestra de piezas de caballo, cerdo y mula, que daban al conjunto un cierto aire de mítica irrealidad.

—¿Qué tal los negocios? —pregunté a Pablo mientras Ximenet me echaba un paño caliente sobre la cara.

—Bien, supongo que bien.

—¿Supones?

—Mi jefe me ha pedido que vaya a Flandes a abrir una oficina. Cada vez hay allí más movimiento y quiere contar con banco y agente propio. El que tenemos trabaja en realidad de prestado, y debido a la muerte de Marcos Fúcar el mercado está un poco revuelto.

Fúcar era el modo castellano de llamar a los Fugger, rica familia de banqueros alemanes, de los más poderosos en el último siglo, aunque su imperio empezaba a dar muestras de decadencia. El ser los principales banqueros de los Augsburgo les había acarreado muchas ventajas en su momento, pero ahora sufrían las consecuencias de las devaluaciones, las suspensiones de pagos y las bancarrotas.

—Eso es una buena noticia —dije—, quiere decir que confía en ti.

—Sí, estoy contento de que me lo haya pedido... —dijo sin convicción.

Pablo se acarició el mentón y se quedó pensativo con la vista fija en sus zapatos, cuadrados y de rejilla, observé, a la última moda de la Corte. Se veía que era un hombre elegante, vestía ropas caras, seda, golilla almidonada, jubón de fino paño leonado. Tenía además aspecto de flamenco, la tez lampiña y descolorida, el pelo rubio y ensortijado. Parecía tenerlo todo, pero en aquel momento percibí que irradiaba una profunda tristeza.

—¿Pero? —pregunté para ver si daba rienda suelta a su angustia.

—No tengo ningunas ganas de irme a Flandes —respondió forzando una sonrisa.

—Niégate entonces.

—No puedo. Es una buena oportunidad y, como tú acabas de decir, una muestra de confianza.

—¿Tan importante es el puesto?

—Por Rotterdam y Amberes pasan más de la mitad de los productos que se mueven en el mundo y aportan en impuestos a la Corona una cantidad siete veces superior a la plata americana. Si me negara se lo encargaría a otro y entonces mi propio puesto en Madrid peligraría.

—Ése es el inconveniente de trabajar para un genovés —intervino Ximenet—. Pero ya le he dicho que Flandes es muy bonito, y ahora que no hay guerra es buen momento para instalarse. Y de lo tuyo, ¿qué? ¿Has averiguado algo más? —preguntó mientras me enjabonaba.

—Vengo de la Huerta de la Florida, de hablar con Valdivielso y Torme. Prepárate. Don Francisco no sólo no conoce a Avellaneda, sino que dice que él no ha concedido la licencia de ese libro.

—¿Lo han falsificado?

—Eso parece.

—¿Y qué opina Valdivielso?

—Lo que todos. Que Avellaneda es un seudónimo de alguien relacionado con Lope de Vega, si no es él mismo.

Ximenet pasó tres o cuatro veces la hoja por la badana haciendo silbar al acero. Luego me puso un dedo en la nariz y otro junto a la oreja para tensar el carrillo. La presión que ejercía sobre mi cara era sutil, pero firme. La cuchilla barrió la piel provocando un leve crujido. Cuando hizo lo mismo por el otro lado, se puso a mi espalda y me levantó delicadamente la barbilla. Noté el frío del acero en la garganta y sentí un escalofrío. Husmeé en su aliento el aroma dulzón de aguardiente y letuario, me repetí que carecía de motivos para degollarme y apreté con fuerza los brazos del sillón.

—¿Has traído el mondadientes? —preguntó cuando terminó de limpiar el jabón sobrante con un paño húmedo.

Igual que había visto hacer mil veces a mi padre, saqué de entre la costura del jubón la fina aguja de plata y se la tendí a Ximenet. Hay situaciones que van indisolublemente unidas al recuerdo de una persona, y eso me sucede a mí con mi padre y el mondadientes. Siempre me acuerdo de él cuando lo uso, y a medida que pasan los años creo que hasta me esfuerzo en repetir sus movimientos. Dentro de poco me miraré al espejo y diré: vaya, soy mi padre. En cualquier caso ésa es una de las buenas costumbres higiénicas que he heredado de él. La otra es la purga con estibio. Se hace ésta mediante la ingesta de unas píldoras metálicas que salen intactas por el ano pudiendo usarse indefinidamente. De hecho, el juego que yo tengo fue del abuelo Jonás, el padre de mi padre, y algún día será de mis hijos, si es que llego a tenerlos. Mi padre se purgaba al menos cada seis meses y decía sentirse limpio y renovado por dentro, pero yo, la verdad, hace un par de años que dejé de hacerlo. Y no porque el remedio me parezca ineficaz, sino porque llevo una vida bastante agitada y para usar las píldoras hay que cagar controladamente y en una bacinilla para poder luego recuperarlas. Pero cuando se está todo el día de aquí para allá...

—Ayer revisé lo tuyo —me dijo—. Yo también me fui pronto, no creas, se pusieron muy pesados despedazando el soneto del pobre desgraciado ese que cambió Alcides por Faetón, así que llegué a casa un poco con el gusanillo, ya me entiendes, y me cogí el *Quijote* y le eché un repaso.

—¿Y? —pregunté yo.

Lo que sigue no fue una conversación propiamente dicha, ya que yo me limité a asentir o negar con modulaciones guturales más o menos inteligibles, pero como es mi intención que quede claro lo que cuento la transcribiré tal como podía haber sido de no haber tenido a un tipo hurgándome la boca con un pincho.

—Me preguntabas ayer por las alusiones a Lope en el *Quijote*, ¿no?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que dijo ayer Luís Vélez sobre *La Arcadia* y *El Isidro*?

—Sí, más o menos.

—Se refería al prólogo, cuando Cervantes cuenta la visita de un amigo al que le confiesa que no sabe qué escribir y entonces el otro le dice que no se apure, que meta unos cuantos latines y cite lugares extraños para parecer erudito, y que si quiere unos poemas laudatorios, que los escriba él mismo y los firme como mejor le parezca.

—Me acuerdo.

—Pues precisamente ese comentario es una alusión chusca a *La Arcadia* de Lope.

—Conozco el libro —comentó Cimorro—. Es verdad que tiene un montón de poemas al frente y un amplio glosario al final.

—De Aurora a Zoylo. Y algunas de sus entradas son..., ¿como diría?; innecesarias. Bien. Hay otra alusión curiosa en el soneto del *Orlando furioso*. No sé si lo recuerdas. En uno de los versos dice que él es «único y solo», como gusta decir Lope de sí mismo. No creo que sea una casualidad. Ten en cuenta, además, que dos años antes del *Quijote*, Lope editó *La hermosura de Angélica*, obra concebida precisamente como continuación del *Orlando furioso* de Ariosto.

—Vaya, eso es interesante. Entonces, ¿Lope de Vega ya ha escrito antes una segunda parte de otro libro?

—No es exactamente una segunda parte, más bien es una continuación libre..., pero no quiere decir nada. Sin embargo, la coincidencia de temas no me parece casual.

—Hablando de Lope —intervino Cimorro—, recuerdo una anécdota curiosa relacionada con la amante que tenía en aquella época.

—¿Micaela de Lujan? —preguntó Ximenet.

—Micaela de Lujan, ¿tú también te acuerdas? Su nombre poético, con el que Lope la nombraba en sus escritos, era Camila Lucinda.

Ximenet dijo que en efecto, y yo me limité a hacer «mhjii».

—¿No resulta curioso que la dama por la que suspira don Quijote se llame Dulcinea? Bien mirado, Dulcinea es un anagrama de Lucinda.

—Lucinda... D-u-l-c-i-n-e-a. Falta algo.

—Una «e». Supongo que como se trata de una campesina Cervantes añade una «e» al nombre para que tenga un sonido más pastoril, al estilo de Galatea o Dorotea.

—Sí que es curioso —convine.

—Y eso me recuerda otra cosa —dijo Ximenet—. Lope habla de Camila como de su «serrana hermosa» porque era de un pueblecito de Sierra Morena, y en *El peregrino* hay un poema en que Lope, roto de amor, cuenta cómo se internó en la sierra por ella y

se acogió a la aspereza de un lugar pequeño... ¿te suena de algo?

—Parece el enamorado don Quijote cuando se adentra en Sierra Morena para hacer penitencia y envía a Sancho a contarle a su dama en qué triste estado queda penando por su amor —respondí yo—. Pero vamos a ver —dije intentando poner un poco de orden en mis ideas—, ¿queréis decir que Cervantes identifica a Lope de Vega con don Quijote? Yo tenía entendido que ese fragmento estaba inspirado en el retiro de Amadís en la Peña Pobre y en el vagar de Orlando por el bosque cuando descubre la traición de Angélica y Medoro. Creo que tenéis demasiada imaginación.

Ambos se encogieron de hombros.

—Es posible. Pero ten en cuenta que el mismo Lope ha moldeado su vida al estilo de los romances. Ten por seguro que el *Quijote* ridiculiza conscientemente situaciones y episodios de la vida de Lope. Todo lo que hemos dicho no puede ser casualidad.

Yo no lo veía tan claro. Al fin y al cabo las coincidencias existen, así que intenté elaborar mentalmente una lista de objeciones a sus argumentos para discutirlos uno por uno, pero Ximenet no me dejaba tiempo entre una y otra andanada.

—Fijate por ejemplo en el episodio de los rebaños de ovejas en que don Quijote cree ver a dos enormes ejércitos. Es evidente que se trata de un episodio caricaturesco inspirado en lo que Dardanio, un personaje de Lope, hace en el libro III de *La Arcadia* al mostrar a su amigo Anfriso una galería de bustos de personajes históricos. Así el famoso Rómulo (como hace decir Lope a Dardanio en un tono similar al que luego utilizará Cervantes), el gran Licurgo, el hermoso Alejandro y el fiero Aníbal, se transforman en boca de don Quijote en el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata, el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia, el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche...

—«Boliche». ¿No es así como llaman en germanías al garito de juego? —pregunté yo (aunque sabía la respuesta, es lo primero que se aprende en el Tercio).

—Sí.

—Pues Brandabarbarán suena a barbián, ¿no?

—Sí, una mezcla de *brando* y barbián.

—¿Qué significa *brando*?

—Espada, en italiano.

—O sea, que sería algo así como «espada sin vergüenza»

—Sí, golfo-espachín del garito.

—Ese no creo que sea Lope.

—No tiene pinta. A saber a quién se refiere Cervantes con esa gracia.

Como podrá suponer, el primero en el que pensé fue en Robles, aunque lo de espada le pegaba más a Rafael o a Manfred. O a mí mismo, pero en eso caí más tarde.

—Antes se me ha olvidado una cosa muy importante —dijo Ximenet—. Cuando Sancho le da a don Quijote el nombre de Caballero de la Triste Figura, éste recuerda los epítetos de otros caballeros, como el de la Ardiente Espada, el Unicornio, el de las Doncellas, el Ave Fénix...

—¿No es a Lope al que le gusta que lo llamen Fénix de los Ingenios? —preguntó Cimorro.

—Cierto. Y ya sabéis cómo firmaba sus escritos en la academia del conde de Saldaña, ¿no?: «el Ardiente.»

—Pues el Unicornio y el de las Doncellas no creo que se refieran a don Belianís ni a Florandino de Macedonia. Más bien parecen alusiones a la aireada rijosidad de quien ya sabemos.

Terminó Ximenet de repasarme la boca en ese momento, me limpió el mondadientes en la pechera y lo clavó en la costura del forro del jubón para que no lo olvidase.

—Toma —dijo tendiéndome un vaso de vino estíptico para que me enjuagara.

Di un sorbo. Era un brebaje de color oscuro hecho a base de vino, mirra, almástiga y granos de cebada cocida que sabía a cieno. Hice un buche y lo escupí por la ventana. No había cuidado, nadie pasa nunca ni bajo ni junto a la ventana de un sacamuelas.

—Es el momento en que me ofreces un vaso de aguardiente para quitarme el mal sabor de boca.

—Un momento. ¡Chuti! —gritó. Se oyeron pasos en la escalera y el ayudante asomó la cabeza en la habitación—. ¿Están las varillas?

—Sí —la voz del aprendiz sonó soñolienta.

—¿Y a qué esperabas para avisarme?

Silencio. El muchacho se encogió de hombros y se quedó mirando al suelo.

—Anda, bájalas con cuidado y deja calentándose el crisol —dijo Ximenet alzando la mano en señal de amenaza—. No sé qué voy a hacer con este chico, parece que nunca se entera de nada —farfulló—. Esperad un segundo y seguimos arriba con la charla. Aún queda algo importante.

Yo asentí, pero Pablo dijo que se le había hecho tarde y que tenía que irse. Le recordé que teníamos que quedar para hablar de negocios (Pablo es quien se encarga de gestionar los beneficios de mi *censo*), él respondió que estaba a mi disposición y yo le anuncié mi visita para el día siguiente, si encontraba la oportunidad.



Salió Pablo Cimorro por la puerta al tiempo que Ximenet conducía al otro cliente hasta la silla después de haber trastabillado por toda la sala. Chuti bajó llevando un cuenco de zinc lleno de brasas que depositó sobre un pequeño pebetero de pie. Por el borde asomaban los mangos de madera de las agujas de acero. Ximenet fijó a la silla la cabeza del paciente atándole la frente con una banda ancha, y luego le hizo una señal a Chuti para que le sujetara los brazos desde atrás. El hombre, medio inconsciente, intentó oponer resistencia intuyendo lo que se le venía encima. Cuando estuvo preparado, Ximenet se colocó a su espalda, le encajó un taco de madera entre los dientes y le sujetó fuerte por la barbilla. Luego embocó la muela dañada con un canutillo de plata con ligera forma de embudo, lo centró, apretó con fuerza para ajustarlo a los contornos de la muela y deslizó por su interior una de las varillas de acero al rojo vivo. El hombre prorrumpió en un aullido de dolor tan agudo que sentí erizarse todo el vello de mi cuerpo. Ximenet, impertérrito, ignoró el grito y siguió hurgando en busca de las raíces con una meticulosidad enervante. El sujeto alternó gritos con sollozos y suplicas hasta que, agotado, se quedó con la mirada perdida y se desmayó. Cada poco parecía despertar, gemía, lloriqueaba y volvía a desmayarse. La habitación se impregnó de olor a hueso quemado. Cuando Ximenet consideró que el trabajo estaba hecho, vertió por el canutillo un poco de mantequilla derretida y sobre ésta una bolita de lienzo que apretó con un botador de punta plana. Luego le sacó de la boca el taco de madera y le soltó la correa de la frente. La cabeza le cayó sobre el pecho. Chuti aflojó la presa de los brazos y se fue a coger una esponja húmeda para pasársela por la cara y la nuca. El hombre volvió en sí con un lloriqueo monocorde. Estaba empapado en sudor, como si hubiese tenido la cabeza metida debajo de un caño.

—Quédate con él —ordenó a su ayudante—. Voy a preparar la amalgama. Tú ven conmigo.

Se quedó el paciente balbuceando y yo seguí a mi primo al piso de arriba. La estrecha escalera acababa en un pequeño distribuidor con dos puertas, una daba al laboratorio y la otra al domicilio.

—Busca por ahí el *Quijote* —me dijo Ximenet en cuanto entramos en el laboratorio.

Supuse que el «por ahí» se refería a un mueble que ocupaba la mitad de una de las paredes, lleno de matraces, cajas y frascos de todos los tamaños, pero que reservaba un par de estantes para libros. Entre ellos vi los *Discursos medicinales* de Juan Menéndez Nieto, el *Libro de experimentos fáciles y verdaderos*, de don Jerónimo Soriano y el de Francisco Martínez, *Coloquio breve y compendioso sobre la materia de la dentadura y maravillosa obra de la boca*. También tenía un ejemplar del *Guzmán de Alfarache*, otro del *Lazarillo de Tormes*, *La picara Justina*, *El Estebanillo González*... *El ingenioso*

*hidalgo don Quijote de la Mancha...* Era una buena colección de libros para entretener a la clientela mientras esperaba turno. En realidad ésa era la única razón por la que Ximenet exigía saber leer a los aspirantes a aprendices que quisieran trabajar con él.

Cogí el *Quijote* y le eché un vistazo. Era un ejemplar muy manoseado, las esquinas estaban dobladas y le faltaba la cubierta trasera, lo normal; los otros libros de lectura tenían un aspecto similar, habían pasado por demasiadas manos, demasiados lectores, no así los que trataban de dientes. Éstos se conservaban en perfecto estado.

Mientras yo hurgaba entre sus libros, Ximenet echó un par de astillas para avivar el fuego que ardía bajo un pequeño crisol de piedra pulida. Cuando el recipiente estuvo templado, lo retiró del fuego y vertió un chorrito de vinagre fuerte y una punta de un polvo blanco al que creo que llaman vitriolo y empezó a remover muy despacio con una varilla de madera.

—Tengo ganas de orinar —dije cortando su concentración—. Bajo un momento al patio y ahora subo.

—Deja. Estás bien, ¿no? —dijo sin levantar la vista de su mejunje.

—No, tengo ganas de mear.

—Sano, quiero decir.

—Sí, te he entendido. Por eso tengo ganas de mear.

—¿No orinas sangre?

—¡No! —respondí asustado.

—Pues entonces hazlo en esa garrafa.

Tardé un poco en verla, semioculta como estaba detrás de una cómoda. Era como la que tenía abajo llena de dientes, globular, sin mimbres, de cristal incoloro. El gollete me alcanzaba la rodilla, y sobre él, puesto al revés a modo de celada, había un embudo de zinc. Un líquido de un claro tono ambarino cubría la mitad de su panza. Pensé que era bastante extravagante como orinal y que ya iba siendo hora de que lo vaciara, pero tampoco le di mayor importancia. Coloqué el embudo después de quitar el tapón de corcho y me aflojé los machos de los valones.

—No, espera, mejor mea en esta redoma —dijo Ximenet descuidando por un momento su mezcla y tendiéndome una pequeña redoma que había sobre la mesa. Yo lo miré con cara de extrañeza.

—Por si acaso —dijo él.

Obedecí. Cuando hube acabado la tomó de mis manos, la agitó y la alzó contra la luz para comprobar la turbiedad de mis desechos. Satisfecho, vertió el contenido en la garrafa. Yo no había dicho nada en todo el proceso, pero mi silencio debió de parecerle suficientemente elocuente como para verse obligado a darme una explicación.

—Es buena para los dientes.

—¿La orina?

—Ya lo decían los antiguos: para blanquear los dientes no hay nada mejor que la orina de muchacho.

—No soy ningún muchacho.

—Ni yo, pero ¿conoces a alguien con paladar como para distinguirlo?

—¿Es que hay que bebérsela?

—No, es para enjuagarse. Basta con hacer buches. La vendo en frascos pequeños.

—¿Y tiene éxito?

—Hay mujeres que hacen lo que sea para volver a blanquearse los dientes echados a perder por el solimán con que se untan las mejillas. El mercurio usado así sin ton ni son... Pero la moda manda.

—¿Llegan a hacer gárgaras con orina?

—Si fueses más leído, sabrías que Estrabón ya llamaba la atención sobre la costumbre de los pueblos ibéricos de lavarse los dientes con orina...

—Nunca había oído semejante cosa.

—...costumbre que importó Roma, en donde se puso de moda la orina española. Sí señor —añadió ante mi mirada de jocosa incredulidad—, las meadas de nuestros antepasados viajaron al corazón del Imperio embotelladas en ricas vasijas de ónix, las mismas que reservaban para las más exquisitas esencias de Oriente.

Dicho esto, acercó la nariz al crisol y aspiró el aroma de la mezcla. Luego añadió unas gotas de mercurio que extrajo de un frasco con un fino tubito de cristal y siguió dándole vueltas con el palito.

—Pues tú me dirás para qué me has hecho subir —dije yo un tanto impaciente.

Me daba la sensación de que con eso de la orina y de la amalgama se había olvidado totalmente de nuestro asunto.

—Has cogido el libro, ¿no?

—Aquí lo tengo.

—Pues échale un ojo al capítulo 48, a ver qué te parece.

Ximenet colocó el crisol sobre el anafre y siguió dando vueltas a la mezcla. Yo ojeé vorazmente el capítulo, demasiado vorazmente, quizá, no me enteré de mucho, pero en líneas generales lo recordaba de antes. Se trataba del episodio en el que el cura y el canónigo critican las comedias al uso y añoran las obras escritas a la antigua usanza.

—¿Y bien? —pregunté en cuanto terminé.

—Casi toda esa parte es una crítica al *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, y eso no es malo en sí, el propio Lope se ríe de la gente que acude a aplaudir algunas de sus obras, lo malo es la envidia que rezuma.

—¿Envidia a Lope de Vega?

—Cervantes es envidioso e hipócrita. Critica cosas que él mismo intenta luego aplicar en sus comedias pero de modo soso y descolorido, y claro, sin éxito.

—Y entonces las desprecia.

—Claro. Como él no sabe escribir así, dice que no vale y escribe cosas como ese capítulo que acabas de leer, que si ahora las obras son unos disparates que no siguen el arte, que si tal, que si cual. Por ejemplo, se burla de que se trate a un viejo de valiente, porque tradicionalmente el valor va asociado a la juventud, o a un mozo de cobarde, como si no los hubiera a espuestas. Luego recalca el absurdo de que aparezca un lacayo

retórico o una princesa fregona, o cosas como que en el primer acto el protagonista salga como niño de pecho y en el segundo hecho un hombre barbado.

—Puedes estar o no de acuerdo con sus opiniones —dije yo—, pero no creo que por eso se le pueda acusar de hipocresía.

—¿No? ¿Cómo definirías a alguien que critica la falta de verosimilitud en el teatro y después saca a escena la guerra, la sospecha, los celos, el reino de Castilla y hasta el río Duero y les hace soltar párrafos como si fueran personas? También desaprueba los milagros falsos y las apariencias, pero bien que echa mano de demonios, ángeles y ánimas del Purgatorio cuando le interesa.

No era necesario responder. Ximenet siguió hablando sin levantar la vista del crisol. La mezcla empezaba a bullir lentamente.

—Otra cosa. Cervantes critica la falta de unidad de tiempo y espacio. Bien, de acuerdo, pero lo que no puede hacer luego es escribir una obra como *El rufián dichoso* cuya acción se desarrolla en Castilla y en México.

Se me quedó mirando fijamente para ver si tenía algo que decir, pero yo me limité a asentir.

—Y luego, frente a los que defienden que la comedia debe divertir y entretener, él sostiene que debe educar y formar, y todo para justificar que las que él escribe son tristes y aburridas. Fíjate que ahí aparecen citadas como ejemplares unas comedias tituladas *La Isabela*, *La Filis* y...

—*La Alejandra* —dije yo que aún tenía el título reciente en la memoria.

—Y *La Alejandra* —confirmó él—, que nadie sabe quién cono las ha escrito. Yo por lo menos lo ignoro. Seguro que serán de alguien tan apolillado como él. ¡Chuti! —gritó de pronto—. Prepara a don Anselmo, que esto ya está listo.

Con ayuda de unas pinzas de hierro retiró el crisol del fuego y lo depositó en una especie de funda de piel rellena de lana. Con ella en una mano y el palito en la otra bajó a toda prisa los escalones. Chuti ya había vuelto a colocar al paciente en el potro. El desgraciado tenía la mirada perdida, con una vaga expresión de terror. Ximenet volvió a colocarse a su espalda, embocó el protector en la muela y comenzó a rellenar el horado con la amalgama aún caliente. Al hombre le temblaba una pierna, no sé si por efecto del opio o del dolor, pero no emitía ruido alguno. De todos modos no resultaba un espectáculo agradable, así que me inventé una cita con mi casero y, con la promesa de volver pronto, me largué.

En la calle apretaba el calor. La superficie del suelo la formaba una película de finísimo polvo que se levantaba al mínimo contacto. Era como andar sobre un lecho de ceniza. No soplaban ni la más mínima brizna de aire. Con la garganta seca, hice una parada en una esquina para tomarme un sorbete.

Desde que han abierto los pozos de nieve proliferan los fabricantes de sorbetes. La mayoría son cocineros de las grandes casas que se sacan de tapadillo un sobresueldo, aunque no faltan los que van a medias con sus amos. Pocos nobles rechazan una forma tan fácil y discreta de obtener unos ingresos extras.

Compré el sorbete de limón y me senté a paladearlo en un portal que olía a manzanas. Estaba dispuesto a no moverme de allí hasta poner en orden mis ideas y ver hacia dónde me dirigía.

Respecto a la inquina de la que había hablado Ximenet por parte de Cervantes hacia Lope y su *Arte nuevo*, recordé lo escrito en la *Adjunta al Viaje al Parnaso*, texto al que sólo yo, que revisé las pruebas de imprenta, y el cajista que lo compuso hemos tenido acceso. La *Adjunta* es una carta que escribió don Miguel para editar junto al *Viaje al Parnaso*, en la cual reconoce que tiene un montón de comedias sin representar porque ningún actor las quiere y le da pena que se pierdan. No había pensado en ello hasta ese momento, pero entonces recordé las que había visto en la gaveta de su mesa metidas en un cartapacio y supuse que era a éstas a las que se refería. Por tanto, era prioritario que me entrevistara con Cervantes. Seguramente él podría señalar a Avellaneda, o apuntar al menos a un sospechoso. Y por si no era así, no me quedaba más remedio que ir pensando en hablar con Lope de Vega. Fuera o no fuera él Avellaneda, era evidente que estaba relacionado con el libro. Lo malo era que no tenía ni idea de cómo acceder «al de la Ardiente Espada», pero pensé que ya me preocuparía de eso en su momento. Por entonces aún confiaba en que la charla con Cervantes zanjara el asunto.

Cuando llegué a la casa de don Miguel, me encontré con una mula en la puerta y un golfillo colgado de las riendas. Era un animal grande, aparejado con una ancha gualdrapa negra y una silla de altos borrenes repujados.

—¿Médico? —pregunté al muchacho, que ni me miró hasta que le puse una meaja de cobre en la mano.

—Psi —respondió entonces, como si le molestara tener que confirmar lo evidente.

—¿Su nombre?

Como es lógico, tuve que aflojar más la mosca.

—Don Gaspar Lanzueta.

Golpeé un par de veces la aldaba y no tuve que esperar mucho, se veía que la casa estaba alerta.

—¿Otra vez usted? —exclamó desilusionada la vieja sirvienta. Cualquiera diría que había estado esperando al novio—. Pues tampoco ahora es buen momento —añadió e intentó cerrar la puerta.

—¿Por qué no? —dije yo sujetándola con la mano y metiendo el pie junto al quicio por si fuera necesario.

—El médico está con él. Será mejor que vuelva otro día.

—¿Don Gaspar Lanzueta? —pregunté con el tono de un amigo íntimo de don Gaspar con el que precisamente hubiera quedado esa mañana. No coló. La mujer era más vieja que el diablo, y en eso de librarse de visitas inoportunas le daba cien vueltas.

—Psi —dijo entornando los ojos.

—Esperaré —dije yo con seguridad.

—Le digo que mejor vuelva mañana.

—Es muy importante que vea hoy a don Miguel.

—Mire que es usted chocante.

—Haga usted el favor de llamar a la señora.

—No sé si podrá. ¿Pero no le digo que está el médico?

—Dígale que traigo un mandado de parte de su ilustrísima el arzobispo.

La vieja criada se me quedó mirando dubitativa. Le debió de parecer despreciable que usara un truco tan sucio, pero no se atrevió a contradecirme.

—Espere aquí —dijo al fin, y se fue dejándome en la puerta.

No tardó en salir doña Catalina muy agitada.

—¿Qué es eso tan importante? ¿No puede esperar?

—Puedo esperar si luego me permite hablar con don Miguel.

—Dígame a mí lo que quiera, porque mi esposo no está hoy para recibir a nadie.

—Lástima, porque traigo un mandado de parte del arzobispo y debo entregárselo a don Miguel en propia mano.

—¿No se fía de mí? —dijo ella poniéndose en jarras.

—No quiero decir eso. A la bolsa —dejé caer lo de bolsa como un descuido, era el momento de dejar oír el tintineo del oro— le acompaña un mensaje personal de su ilustrísima que sólo estoy autorizado a repetir al destinatario.

—Está bien —dijo doña Catalina dándose por vencida—, de acuerdo, pero debe esperar a que acabe la visita de don Gaspar.

Me despojé de la capa y el sombrero, aflojé el tahalí y me arrellané en el banco del recibidor dispuesto a una larga espera. Empezaba a tener un poco de hambre. Del fondo de la casa llegaban voces, ruidos. Las mujeres pasaron un par de veces a mi lado, pero siempre tenían la precaución de cerrar la puerta tras de sí, de modo que no tuve ni la oportunidad ni la tentación de curiosear. Allí no se estaba nada mal, fresco y en penumbra. Apoyé el codo en el brazo de la banca y la cabeza en mi mano con indolencia. Los párpados me pesaban. Estiré las piernas.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —oí gritar de pronto a doña Catalina.

Sentí sus pasos en carrera y sus gritos sin acabar de entender lo que ocurría.

Súbitamente se abrió una de las puertas y salió la mujer muy excitada.

—¡Venga, por Dios, corra, échenos una mano! —gritó.

Me incorporé de un salto pensando que había un incendio o algo así, y la espada y la vizcaína cayeron al suelo con gran estrépito. Había olvidado que me había aflojado el tahalí y en ese momento me quedé petrificado dudando si recoger mis armas o acudir a donde me reclamaban con tanta urgencia. La señora lo decidió por mí, las apartó de una patada, me cogió del brazo y me empujó hacia el interior de la casa.

—Vamos, vamos, no se entretenga, deje eso. ¡Qué barbaridad!

Yo obedecí. Sin aflojar la presa me arrastró hasta el dormitorio de don Miguel, donde al fin comprendí cuál era la urgencia. El anciano estaba de rodillas a los pies de la cama, y a pesar de que el médico intentaba tirar de él, no se podía levantar. Rápidamente lo cogí del otro brazo y entre los dos lo pusimos en pie y lo devolvimos a la relativa seguridad de sus sábanas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aquí don Miguel, que es muy testarudo —dijo el médico como si reprendiera a un niño—. Se ha empeñado en levantarse para vaciar la vejiga, y ya ve. Muchas gracias —añadió dedicándome una sonrisa luminosa.

Me sorprendió tanta solicitud en un médico, así que en cuanto desvió la mirada le eché un detenido vistazo. Tenía la cabeza ovalada y el pelo lacio y negro, y si bien su nariz era torcida y tuberosa, los ojos eran tan azules como el Mediterráneo en verano y los dientes más blancos que una montaña de sal. Aunque el conjunto no era muy agraciado, el tipo parecía limpio y buena persona, más de lo que cabe esperar de la mayoría de los médicos.

—No es testarudez —se defendió el enfermo con la respiración alterada—, es que no sé orinar tumbado.

—Para eso le he traído el matraz.

—Ya soy viejo para ciertas cosas.

—Precisamente.

Don Miguel se retrepó en la cama con cara de mal humor y yo me apresuré a colocarle bien las almohadas. El médico, mientras tanto, se dirigió a la ventana agitando en la mano el frasco lleno de orina. Don Gaspar era de espalda ancha, canillas musculadas y pies grandes. Cuando se colocó ante la ventana, la habitación se oscureció.

—Vaya, vaya —dijo mirando el líquido a contraluz. Parecía muy concentrado.

Don Miguel y un servidor nos quedamos en suspenso. Luego lo agitó, lo olió y finalmente lo cató como si fuera aceite, un buchito y fuera. Ahora ya sabía por qué tenía los dientes tan blancos.

—Azúcar —sentenció en alta voz.

Los tres nos quedamos mirándolo en espera de una explicación.

—Bien —dijo dirigiéndose hacia nosotros. Yo estaba muy quieto para no llamar la atención y que no me echaran del cuarto—, creo que va estando claro el asunto.

—¿Sabe lo que tiene, doctor? —preguntó doña Catalina.

—Sí, creo que sí. Veamos —dijo mirando a don Miguel, que empezó a asentir cada vez que el otro describía un síntoma—, orina clara y abundante, mucha sed...

—Sobre todo líquidos dulces —puntualizó su mujer.

—Humm, hambre también, come bastante aunque pierde peso, ¿verdad?

—Sí.

—Mareos, cansancio...

—Yo creo que eso es por las sangrías —protestó don Miguel. En ese momento me di cuenta de que llevaba un apósito vendado al brazo, así que no hacía mucho que le habían practicado una—. Hasta ahora no me había caído nunca al suelo al levantarme de la cama.

—Siempre hay una primera vez, pero bueno, no mezclemos las cosas, don Miguel. En su caso la sangría está más que justificada, es evidente que uno de los problemas con los que nos encontramos es el exceso de sangre producido por el régimen de vida que lleva; comida abundante, vino, poco ejercicio y demasiado descanso. Es una suerte que le acabaran de sangrar, que si no es muy probable que todavía estuviera desmayado.

—Y cada vez ve peor —apostilló su mujer.

—Eso son los años —dijo Cervantes.

—Pero ¿qué tiene? —volvió a preguntar doña Catalina.

—Señora mía —dijo el médico subiendo el tono teatralmente—, su marido padece mal de orina.

Todos nos quedamos en silencio.

—¿Qué significa eso?

—Es un proceso bastante complejo.

—Los años —insistió don Miguel.

—No necesariamente, he visto síntomas parecidos en gente joven.

—¿Es grave? —preguntó la mujer.

—Sí, no voy a engañarles. Es grave, pero con una dieta adecuada y las precauciones que ahora les voy a recetar podremos lograr que mejore.

—¿Que mejore? ¿Quiere decir que no tiene cura?

—Me temo que no.

El médico se dirigió a su maletín, sacó un pequeño recado de escribir y se instaló en una mesita a los pies de la cama de don Miguel. Éste estaba aburrido de tanta cháchara y más que en el médico parecía concentrado en ver hasta qué punto podía mover las rodillas sin que le doliesen. El golpe debía de haber sido fuerte y ahora se resentían todos sus huesos.

—Muy bien, eso es —dijo el médico en voz alta mientras escribía. En un par de ocasiones se paró para recolocarse la enorme esmeralda que llevaba en un anillo en el pulgar—, aja..., en cuatro onzas de agua caliente..., ya está.

Le tendió el papel a doña Catalina que lo leyó en voz alta: «Dos onzas de maná y media de sal de Sedlitz disueltas en cuatro onzas de agua caliente y coladas.» Cuando



terminó de leer, el médico dijo:

—¿Entendido? El maná y la sal hacen un purgante muy suave, se aplica tibio, no caliente, dos al día, mañana y tarde. La de la mañana mejor se la pone antes de la sangría, así luego puede descansar tranquilo. Supongo que tendrá un cristel en casa.

—Claro, doctor. No es la primera vez que nos recetan lavativas —dijo doña Catalina.

—Don Guzmán —dijo Cervantes casi sin voz—, no dudo de su sabiduría, pero las lavativas... en mi estado...

—Déjese hacer, don Miguel, y no proteste tanto. La ciencia sabe lo que hace.

—Me pregunto por qué la ciencia ha de estar tan enfrentada con la dignidad. Quizá sea por eso que la Iglesia desconfía.

—No diga simplezas. Es usted un paciente muy difícil. Descanse, tome fuerzas y vuelva a su trabajo. Por cierto —dijo dirigiéndose a doña Catalina—, le conviene mucho tomar bebidas astringentes.

—¿Astin...?

—Astringentes, como el agua en la que se haya metido un hierro al rojo o un ladrillo caliente. Y además, el vino tinto muy espeso. Bueno —añadió guardando sus cosas y cerrando el maletín—, si no hay novedades me pasaré por aquí dentro de un par de días.

Salió el médico seguido por doña Catalina, que llevaba su sombrero de tafetán como una bandeja, y yo me quedé quieto esperando que nadie reparara en mí. Las voces se alejaron. Se oyó un golpe metálico, recordé mi espada y supuse que doña Catalina le había dado otra patada. No creo que nadie tenga una espada de tan poco servicio como la mía, que no me canso de dar gracias a Dios por no haberme hecho novio, hermano o padre de dama alguna que pueda costarme la vida.

Don Miguel yacía con los ojos cerrados. Se había quedado inmóvil y su respiración era profunda y tranquila. En aquel momento parecía frágil y desvalido. Sus ojos se hundían en las órbitas sellados por unos párpados de papel de arroz. Tenía la nariz aguileña y los pómulos emergían picudos sobre las guías del bigote. Los labios eran tan finos que apenas simulaban los de una herida. Su mano inútil quedaba oculta bajo las sábanas, y la otra, nervuda, reposaba abierta sobre su vientre. El sol iluminaba su rostro ceniciento. Supuse que le molestaría, así que fui hasta la ventana y corrí las cortinas.

—No —dijo don Miguel con voz firme—. Déjelas abiertas. Tengo un poco de frío.

Obedecí. El sol volvió a acariciar su rostro y él apretó los ojos para defenderse del golpe de luz. Millares de partículas de polvo flotaron sorprendidas entre la ventana y la cama. Era ésta de castaño, con cuatro mástiles labrados en espiral, cielo macizo y cabecero de barandilla. Como era verano se veía libre de colgaduras, por lo que destacaba más la bigotera de gamuza con cintas de seda blanca que pendía a un lado del cabecero. La oscuridad de la madera servía de marco para la blancura de las sábanas que cubrían el cuerpo enjuto del maestro.

Yo no sabía qué hacer, así que esperé.

—Si no abro los ojos —dijo don Miguel pasados unos segundos— no es por cansancio, que lo tengo, sino para rehuír los suyos.

—¿Qué quiere decir?

—Vergüenza. Me cuesta enfrentar la mirada de quien me ha sorprendido de rodillas y en camisón en mi propio dormitorio.

—No debería, no es el primer enfermo que trato.

Era falso, claro, pero algo tenía que decir.

Don Miguel abrió lentamente los ojos y me dedicó una larga mirada.

—Usted es Isidoro, ¿verdad?

—Sí señor.

—Me dijeron que vino ayer. A buscar el libro.

No me dio tiempo a contestar. En ese momento volvió doña Catalina muy acelerada, cerró las cortinas y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Lo siento, ya ve usted cómo está mi esposo. Muchas gracias por su ayuda pero tendrá que volver otro día.

Yo la miré desconcertado, iba a protestar pero don Miguel se me adelantó.

—Está bien, mujer, gracias. Tengo ganas de hablar un rato con don Isidoro. Anda, déjanos solos y tráenos un par de vasos de limonada.

—Pero el médico ha dicho...

—No ha dicho que no pueda hablar con un amigo.

—Está bien, como tú quieras —dijo y se fue visiblemente molesta.

En cuanto salió la mujer don Miguel me hizo una seña y yo volví a descorrer las cortinas. Las mejillas del enfermo empezaban a recuperar el color, y yo a sudar ligeramente. A doña Catalina no le debió de sentar bien que se cuestionase su autoridad, porque la que trajo las bebidas fue la criada. Don Miguel se bebió la mitad de la suya de un trago.

—¿Qué es lo que desea exactamente?

—¿Robles no le ha dicho nada?

—¿Qué tenía que decirme?

—Mi misión.

Don Miguel negó con la cabeza. Yo suspiré.

—Robles me ha encargado qué encuentre a Avellaneda.

—¿Para qué? —preguntó Cervantes sorprendido.

—Para ajustarle las cuentas, supongo. Está hecho una furia. Dice que Avellaneda es un estafador que le ha robado y está dispuesto a hacérselo pagar.

—¿A él? ¿Que le ha robado a él? Robles es insaciable. Y peligroso.

—¿Es que no le parece bien?

—¿Para qué? Hay cosas que es mejor no remover.

—Pues Robles tampoco está muy contento con usted.

—Lo sé, lo sé. Aún le debo demasiado dinero.

—¿Y la venta de las *Novelas ejemplares*? He oído que va muy bien. A la gente le gustan.

—Sí, eso creo, pero yo apenas he visto un ducado. En estos últimos años Robles me ha ido adelantando cantidades a cuenta, y ahora resulta que los beneficios apenas cubren la deuda. Además, no quiere otra cosa de mí que la segunda parte del *Quijote*. Lleva años presionándome.

—¿Y usted no se decide a acabarlo?

Me miró suspicaz. Mis palabras significaban que yo sabía que lo tenía empezado, pero eso era algo que él mismo anunciaba así que no podía culparme de nada.

—Todo se andará, si Dios quiere —dijo al fin—. Pero dígame, ¿qué le ha parecido el libro de Avellaneda?

—Aún no lo he leído.

—Tenía entendido que ayer...

—No pasé del prólogo. No me dio tiempo a más.

—¿Mi mujer? —preguntó, y cuando yo asentí él cabeceó conmigo—. Es todo un carácter.

—¿Y usted qué opina? ¿Sabe quién ha podido ser el autor?

Don Miguel arrugó el entrecejo. Daba la impresión de meditar intensamente, de ordenar sus ideas, de buscar las palabras precisas.

—¿Ha dicho maná? —preguntó de pronto.

—¿Cómo? —contesté descolocado por el súbito cambio de tema.

—Don Gaspar, en la receta de la melecina, ¿ha dicho maná?

—Sí, creo que sí.

—¿Y cómo cree que puedo pagarlo?

—Ha debido de oler el ámbar —dijo echando una mirada al pebetero que humeaba en una esquina.

—Mal asunto —dijo sonriéndose—. ¿Cree usted que si le llamo y le digo que me lo envió de regalo el marqués de Hornacho cambiará de parecer?

—Es tarde. Ya ha catado sangre humana.

—Infame profesión cuya opulencia pasa por la desgracia de los demás.

—Eso se podría extender a toda actividad comercial. Pero hablando de dinero, casi olvido el salvoconducto de que me he valido para que su esposa me franqueara la entrada. Tome. Se lo envía don José de Valdivielso por encargo de su ilustrísima el arzobispo de Toledo.

Despacio, teatralmente, saqué la bolsa, la puse en la cama al alcance de su mano y luego le entregué la carta sellada con lacre. Don Miguel levantó la bolsa con esfuerzo y sopesó su contenido.

—Dios bendiga a su ilustrísima. Este don Bernardo es una bendición del cielo. No podía llegar en mejor momento. Déjela en la mesa, por favor.

Obedecí. Mientras tanto, don Miguel hizo saltar el sello de la carta, la desplegó con habilidad e intentó leerla.

—Si no le importa... —dijo señalando los lentes que había sobre la mesilla.

Eran de cristal grueso y montura redonda, y al ponérselos los ojos parecieron aumentar de tamaño. Don Miguel se acercó la carta a la cara y leyó con esfuerzo el par de líneas garabateadas con prisa. En cuanto acabó la plegó de nuevo, la dejó sobre su tripa y se quitó los lentes.

—Mi mujer tiene razón. Cada vez veo peor —dijo frotándose los lagrimales—. Entonces, ¿le han encargado encontrar a Avellaneda? —preguntó de pronto.

—Eso me temo —respondí animado.

—¿Y? ¿Algún progreso?

—He preguntado por ahí, pero nadie lo conoce ni ha oído hablar nunca de él. La idea general es que se trata de un seudónimo.

Pensé un momento mi siguiente paso, y al final me decidí.

—Si le digo la verdad, confiaba en que usted me dijera quién es.

—¿Yo? —exclamó sorprendido—. ¿Cómo puedo saberlo?

—Todos con los que he comentado el tema opinan que usted está en mejor situación que nadie para saber quién es Avellaneda.

—Ojalá. Ya me gustaría saber quiénes son esos «todos». Le aseguro que no tengo ni idea. Y eso que me he leído el libro más de cinco veces —dijo, y de pronto se calló y pareció meditar—. Aunque pienso negarlo... —añadió guiñándome el ojo con una sonrisa picara en los labios.

—Perdone que insista, pero en el prólogo Avellaneda dice que usted le ofendió en la primera parte de su novela, a él y a Lope de Vega.

—Si no recuerdo mal, Avellaneda no da nombres.

—No, pero a nadie se le escapa quién es el famosísimo dramaturgo, familiar del Santo Oficio y sacerdote de quien habla. Reconozco que al principio no caí porque no sabía que Lope de Vega se había ordenado, pero desde junio reúne todas las condiciones.

—Tal vez había unas cuantas bromas sobre Lope —concedió.

—¿Unas cuantas? Hay quien dice que escribió el *Quijote* sólo para hacerle rabiar, y por eso salió tan chapucero.

—¿Chapucero? —exclamó indignado.

—Disculpe, no quería decir eso —me excusé, pero no me escuchó.

—¿Qué es lo que dicen en la calle?

—Mejor lo dejamos.

—No, no, me interesa mucho.

—¿Seguro?

Don Miguel asintió. Yo hice un poco de memoria de las cosas que había soltado Medinilla e intenté suavizarlas un poco.

—Pues está el asunto del robo y la recuperación del asno de Sancho, lo que pasó con las monedas que encontraron en la sierra, sobre el acierto o no de meter novelitas entremedias de la historia principal, en fin, esas cosas.

—¿Aún siguen a vueltas con todo eso? La culpa la tiene Cuesta, o el cajista que montó esas páginas. No me va a quedar más remedio que dedicar un capítulo de la segunda parte a aclarar todas esas cosas.

Decidí no llevarle la contraria a ese respecto, y me preparé a insistir en lo que más me interesaba.

—Pero ya le digo que lo más comentado son las alusiones a Lope de Vega.

No dijo nada. Se quedó quieto y callado, escuchando.

—Al parecer, van desde su vida personal hasta su concepción del teatro —insistí, dispuesto a no darme por vencido.

Don Miguel siguió en silencio. Parecía querer disimular una sonrisa y el fondo de sus ojos brillaron socarrones. Estaba claro que aquél era un tema del que no quería hablar.

—¿Sabía usted que fui yo el primero en dividir la acción en tres actos? —preguntó por toda respuesta.

No dije nada. Yo pensaba que aquello no era cierto, pero lo miré con expresión de sorpresa y admiración. Tal vez con un poco de adulación me dijera lo que había ido a escuchar.

—Para que vea. Y luego Lope de Vega escribe su pequeño manifiesto y se lleva toda la gloria, acapara salas y compañías, y a los demás se nos relega, se nos ignora, se nos olvida.

A Cervantes le empezó a temblar la voz.

—Los tiempos están cambiando —continuó—. Los genios se pierden, el arte se

manufactura, los hay que pintan en talleres donde cada lienzo lleva el sello de seis o siete manos, los hay que escriben obras en serie. Tengo yo un montón de comedias que los autores no las quieren ni regaladas, son lentas, me dicen, a la antigua usanza, eso al público ya no le gusta. ¿Desde cuando el público ha de ser juez de los poetas? Al público hay que enseñarle lo que es bueno e instruirlo para que lo aprecie, pero Lope y sus acólitos no, esos al público lo que pida, venga carnaza, lo que le satisfaga, lo que le deje ahído, no lo que le ensalce sino lo que lo atenace al banco, al fin y al cabo eso es el público, galeotes en un banco, chusma.

Don Miguel carraspeó con la boca seca. Apuró su vaso de limonada y, como aún seguía con sed, terció el mío de un trago. Le había subido el rubor a las mejillas. Lo último que yo deseaba era que nuestra conversación derivara hacia un inventario de agravios, así que aproveché el mínimo receso para volver a centrar el tema.

—¿Entonces usted cree que Avellaneda puede ser Lope de Vega?

Don Miguel se encogió de hombros.

—Es posible, pero no lo creo —dijo al fin.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Hay un detalle importante que no cuadra con su carácter.

—¿Cuál?

Cervantes dio un nuevo trago a mi vaso antes de devolvérmelo.

—Avellaneda se burla de mis heridas —dijo retrepándose un poco en la cama—, de mis cicatrices en el pecho, de mi mano muerta, y eso Lope nunca lo haría. Lo conozco bien. Si algo me envidia el Fénix son precisamente mis cicatrices, el pasado heroico del que él carece, porque yo estuve en Lepanto y luché y vencí al turco, y él se embarcó en la Invencible y volvió derrotado sin llegar a ver al enemigo. No, no es Lope, no puede ser él, aunque bien que se habrá reído. Hay alguien más, pero le aseguro que no sé quién puede ser.

—Alguien a quien molestó lo que usted dijo de él en la primera parte. Tiene que acordarse.

—Hace tanto tiempo...

—Vamos, don Miguel, haga un esfuerzo. Si no recuerdo mal, usted trabajó de comisario para la provisión de víveres destinados a la Invencible, y luego de recaudador de impuestos. Seguramente pisó más de un callo.

—Más de uno, y más de dos, pero bien que me lo hicieron pagar. No era aquella gente de pandereta, que prefería regalarme con la excomunión y adornarme con barrotes. Cosas tienen los años. Olvido lo que hice esta mañana, y sin embargo es mentarme Castro del Río y me estremezco como si aún retumbara en mis oídos el golpe metálico de la puerta de mi calabozo.

—¿Lo ve?

—¿Qué hay que ver? Le digo que no tengo cuentas pendientes.

Cervantes cerró los ojos. Daba la sensación de estar incómodo. En silencio, me tendió la carta que aún sostenía bajo su mano y me hizo una señal para que la dejara en

la mesilla de noche junto a la bolsa con el dinero. Al hacerlo, me di cuenta de que ésta estaba sobre una copia de *Las soledades* de Góngora caligrafiada por don Gaspar de Ávila, un verdadero artista con una letra maravillosa. Para relajar un poco el ambiente se lo hice notar a don Miguel.

—Es magnífico. Difícil, pero magnífico —dijo él—. Lástima que se lo haya dedicado al duque de Béjar —añadió bajando un poco la voz—, en eso creo que se ha equivocado. ¡Si lo sabré yo, que le dediqué mi *Quijote*! No hay en España nadie tan mezquino, aunque puede que la culpa no sea del todo suya. Hay capellanes ignorantes que por educar a sus discípulos en la modestia los hacen ruines. En fin...

Volvió a entrar doña Catalina, esta vez dispuesta a no retirarse hasta haber cumplido su objetivo. Yo así lo entendí, y para facilitarle la tarea me puse en pie.

—Don Miguel, ¿le importa que me lleve el libro de Avellaneda? Se lo devolveré en cuanto lo lea. Un par de días.

—De acuerdo. ¿Sabe una cosa? —preguntó sujetándome por la muñeca.

La pregunta flotó en el aire. Yo me mantuve en suspenso y él se quedó callado con los ojos cerrados y moviendo la lengua dentro de la boca reseca. Antes de continuar apuré el refresco de mi vaso. Lo hizo con ansiedad, temblando. Un hilo de limonada se le escurrió por entre la barba. Se sorbió el bigote como si secara un tamiz. Con el rostro más encajado, me hizo una seña para que me aproximara. No sé quién temía que estuviera escuchando, pero se le veía nervioso. Doña Catalina, ajena a la inquietud de su marido, colocó los vasos en la bandeja y se plantó a esperar junto a la puerta para acompañarme hasta la salida.

—No es mentira todo lo que dice Avellaneda —susurró don Miguel—. Hay algo en lo que tiene razón, y es cuando afirma que no tengo amigos. Ya ve usted. Eso no le simplifica el trabajo, ¿verdad? Siento no poder serle de más ayuda.

Me quedé observando la expresión desvalida del anciano. Aquello de la soledad le había dolido de veras. Me entristeció verlo así, y no se me ocurrió mejor modo de animarlo que enfadarlo un poco y humillarme a mí mismo.

—Una confidencia por otra, don Miguel. ¿Recuerda lo que ocurrió con la dedicatoria de su *Ingenioso hidalgo*? Yo acababa de entrar a trabajar de corrector en la imprenta de Cuesta cuando estaban componiendo su libro. Había mucha prisa, teníamos que haber entregado ya las galeras para su corrección, cosa que en algunas ni siquiera se llegó a hacer, y así salió el libro de erratas, pero el caso es que en aquel barullo se perdió la dedicatoria que usted nos había mandado. Entonces Cuesta me ordenó componer otra como fuese, porque no había tiempo de buscar la antigua ni de pedirle a usted una copia. Puede imaginar mi desconcierto. No sabía qué hacer, así que no se me ocurrió otra cosa que echar mano de mi libro de Garcilaso y copiar a grandes rasgos la dedicatoria escrita por don Fernando de Herrera al marqués de Ayamonte. Sé que también se han reído de usted por eso, porque creyeron que la chapuza era obra suya. Durante todo este tiempo he deseado disculparme, y creo que ha llegado el momento. Lo siento.

Don Miguel me miró atónito. Tardó en contestar, pero me sorprendió la generosidad que demostró cuando lo hizo. Yo ya estaba preparando la excusa de la falta de cabeza, de mi juventud (en aquel entonces andaba por los diecinueve), el temor a mi jefe y a perder mi sustento, qué sé yo.

—No fue mala elección —dijo sonriente—. Es un orgullo compartir con el maestro una dedicatoria de don Fernando.

Creo que fue en aquel momento cuando se ganó toda mi simpatía y el deseo de ayudarle en cuanto estuviese en mi mano.

Doña Catalina me acompañó a la puerta, me entregó el libro, mi capa y el tahalí con mis armas, y ya pisaba la calle cuando la criada me avisó de que don Miguel me pedía que subiera un momento, que tenía algo que decirme. Sin dejar nada de lo que llevaba volví a subir las escaleras y entré en su cuarto, en el que estaban aderezando una mesa para la comida.

—Le he mandado llamar para pedirle un enorme favor —dijo don Miguel con voz entrecortada—. Acabo de recordar que al frente del *Viaje al Parnaso* hay un soneto en el que precisamente hago un lamento de la soledad en la que vivo y la falta de amigos verdaderos. Es poesía, ya sabe, pero qué satisfacción para ese Avellaneda si viera confirmadas sus palabras por mi propia pluma. No pienso darle ese gusto, así que le ruego que vaya a la imprenta y retire el soneto del original.

—Desde luego. Quédese tranquilo. Mañana a primera hora lo retiro del manuscrito. ¿Quiere que se lo traiga o que lo destruya?

—Destruirlo, destruirlo. Yo tengo copia.

—De acuerdo, pues. Délo por hecho.



El sol de mediodía caía a plomo imponiendo el silencio. Todas las persianas se veían echadas, y todo el que tenía dónde estaba almorzando. Los muros encalados brillaban como montañas de sal. Protegí la vista bajo el ala del sombrero y me encaminé hacia el bodegón de Chete.

El local estaba sombrío y fresco. Ana acababa de fregar el suelo y la humedad concedía un alivio instantáneo a los que entrábamos huyendo de la calima. En un ángulo de la sala, un titiritero preparaba su tingladillo. Era un hombre mayor, enjuto, de barba rala y mirada distraída. Traía un ojo y medio rostro cubiertos con un parche de tafetán y un pañuelo anudado en la nuca a lo aragonés. Sobre uno de sus dos baúles había un mono enano que llevaba un gorrito de terciopelo sujeto por un barboquejo. El hombre bebía de vez en cuando un trago de una jarra de vino, y el mono mordisqueaba con desgana una zanahoria ennegrecida.

Comí un plato de menudo y un cuartillo de vino, y a los postres, como casi no había parroquianos, Chete se me unió con dos pipas cargadas de tabaco y un plato de hojaldre con miel.

—Prometo no decírselo a nadie —dijo retirándome el plato sucio de delante.

—¿El qué?

—Tu dieta. Para aspirar a caballero, bien que te pones de ajo y cebolla —dijo sonriente.

Chete sabe que el ajo y la cebolla son comida de villanos y su consumo está prohibido a los caballeros desde Alfonso X, aunque pocos lo respetan.

—No creo que los maestros huelan el aliento a los aspirantes —me defendí yo.

—Tienes razón. Ésos sólo husmean las bolsas.

—Y la sangre limpia.

—No hay sangre que no limpie un baño de oro —remató Chete—. ¿Quieres saber tu destino? —preguntó señalando al mono con la barbilla.

Eché un vistazo al animal. El mono se agitó inquieto como si notara mi interés.

—¿El mono lee el destino? —pregunté incrédulo.

—¿Es que no conoces a maese Pedro?

Negué con la cabeza.

—Es famoso, aunque raras veces viene a la ciudad. Le van más los caminos. Hace un número en el que el público le hace preguntas y el mono contesta a través suyo. Vamos, que hace como que el mono le susurra la respuesta al oído y él la dice en voz alta.

—¿Y acierta?

—¡Qué sé yo! Pero da lo mismo, el viejo es ingenioso.

Chete no hablaba en voz baja, se diría que quería que el otro oyera sus elogios,

aunque el tal maese Pedro no dio señales de darse por aludido.

El tingladillo tomaba forma poco a poco. En realidad tampoco era muy complicado: un rectángulo apoyado sobre una mesa, dos tablas laterales, un dosel de color añil para hacer de cielo y dos cortinajes a los lados para ocultar al artista.

Encendimos las pipas en silencio.

—Cuéntame cómo te va el asunto ese de Avellaneda. ¿Fuiste a la academia?

—Sí, por cierto. Se te echó de menos.

—No me pude escapar. Había demasiada gente.

—Me encontré con Ximenet y con Luís Vélez.

—Y qué, ¿sacaste algo en claro?

—Nadie sabía nada. Valdivielso y Medinilla se enfrascaron en una discusión sobre la calidad del *Quijote* original, y poco más. Nadie reconoce saber quién es Avellaneda, aunque no le faltan partidarios.

—¿Has hablado con Cervantes?

—Precisamente vengo de hacerle una visita.

—¿Te ha dado algún nombre?

—No. Todo lo contrario. Le he preguntado directamente si creía que Lope de Vega era Avellaneda, y para mi sorpresa ha dicho que no, que no era su estilo. He intentado sonsacarle, pero está enfermo. Parece tan frágil. Es evidente que le ha afectado muchísimo el libro de Avellaneda, pero da la impresión de que prefiere no remover el asunto. Creo que hasta le molesta que Robles me haya encargado encontrar al autor.

—Tonterías. Estará confundido. Si está tan enfermo...

—Yo más bien creo que teme algo.

—No lo pienses, es su forma de ser. Siempre fue bastante reservado.

—¿Es que lo conoces?

Chete inclinó ligeramente la cabeza.

—Hace mucho —respondió—. Pues mira, yo creo que hará veinte o casi treinta años. ¡Madre mía cómo pasa el tiempo! Cuando vine a Madrid no tendría yo más de trece o catorce, por ahí, por ahí. Mi padre me colocó de pinche en la taberna que Ana Franca tenía con su marido en la calle de Tudescos. Era un local bastante popular entre cómicos y escritores, allí es donde me aficioné a la poesía y donde hice mis primeras letras. Entre los habituales estaba don Miguel. Por aquel entonces acababa de regresar del cautiverio, y entre las heridas del cuerpo y las que le asomaban a los ojos, irradiaba una dolorosa melancolía. Yo era un chaval y aún lo recuerdo como si fuera ayer, sentado de medio lado, con su brazo izquierdo colgando inerte al costado y la mirada perdida, fingiendo seguir la conversación de los que lo rodeaban, pero con la mente vuelta hacia otro mundo.

—Por aquel entonces debía de estar escribiendo su *Galatea* —comenté.

—No recuerdo, pero supongo que sí. Luego trabajé una temporada de alarife, pero seguí yendo por allí a echar una mano de vez en cuando y a comer algo caliente, y en una de esas visitas me enteré de lo de Isabelita.

—¿Qué Isabelita?

—La hija de don Miguel —dijo con naturalidad.

—No sabía que tuviera una hija —dije yo sorprendido.

—Sí hombre, tuvo una hija con Ana Franca, la tabernera.

—¿No has dicho qué estaba casada?

—El marido no dijo nada, al menos no recuerdo que lo hiciera, hay hombres que cuando se casan hacen voto de silencio, como los cartujos, aunque luego bien la pían para cobrar las rentas del huerto. Pero fuera de él, estaba en boca de todos. La propia Ana Franca lo contaba como si tal cosa. Cuando murió, que murió muy joven, a los treinta y tantos, no sé de qué, Magdalena, la hermana de don Miguel, recogió a la muchacha, que a la sazón tendría unos quince años, se la llevó a casa y él la reconoció como hija.

—¿Dónde está ahora?

—Ni idea. Se casó, creo. No sé dónde vive.

—¿Será eso de lo que don Miguel no quiere hablar?

—Es algo que todo el mundo sabe, no es ningún secreto —dijo bajando poco a poco la voz hasta terminar en un susurro.

Chete dio un par de bocanadas de humo y movió la boca como si lo masticara.

—¿Es éste el famoso libro? —preguntó de golpe señalando el Avellaneda.

Yo asentí.

Él dejó la pipa a un lado con cuidado de no verter la ceniza y lo ojeó con rapidez.

—¿Lo has leído ya?

—Aún no. Me lo acaban de prestar.

—¿Qué planes tienes ahora?

—Seguir tu consejo y buscar a Almansa. Ayer no asomó la nariz por ningún sitio, me temo que tendré que ir a su cubil.

Chete me dedicó una larga mirada cargada de intención.

—Hijo —dijo al fin en tono paternal—, ¿estás seguro de que merece la pena?

Antes de llamar a la puerta de Andrés de Almansa compré unas cosas en un bodegón de puntapié. No es aconsejable presentarse ante él con las manos vacías; veneras de diamantes, collares de perlas, cajitas de pastillas de boca..., todo es bienvenido. En mi caso, que tengo un presupuesto para sobornos bastante limitado, me incliné por un par de empanadas, un melón y una botella de aguardiente. Lo importante era el detalle.

Almansa ocupa la primera planta de un piso en la plazuela de la Leña junto a la iglesia de Santa Cruz. Es un piso amplio y bien amueblado, luminoso, confortable. Me abrió la puerta Carranza, su esclavo nubio, un negro grande y fuerte que tiene la «S» y el clavo de su condición grabados en la mejilla con hierro candente. El esclavo se hizo cargo de mis presentes sin siquiera dirigirme la palabra, igual que haría el ama de un médico con el pollo de un paciente labrador. Tras hacerme esperar unos minutos en el recibidor me condujo al dormitorio de su amo que, por cierto, olía a cuadra. Abrió un poco la ventana (no fuera a entrar demasiado oxígeno en aquella burbuja de gases fermentados) y desapareció. Imaginé que iría a comerse las empanadas.

—¡Andrés! —exclamé cariñoso en cuanto vi a Almansa sentado al borde de la cama con cara macilenta. Lo de Almansilla, mamarracho y comemierda, lo dejé para cuando hablara de él con los amigos—, menos mal que te encuentro, llevo dos días buscándote. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—No quieras saberlo —respondió con cara de viuda.

—¿Pero estabas en Madrid?

—En Toledo. Una fiestecita en un cigarral. Vaya, he visto en dos días más cosas que un mameluco en dos años.

—¿Mucho movimiento?

—No te puedes ni imaginar. Hasta he tenido que guardar a Carranza bajo llave, porque corría peligro. ¡Qué nido de Cleopatras!

Sonreí ante la imagen de Almansa peleando con una arpía por la virtud de su esclavo negro, quien, por cierto, lo doblaba en tamaño. Carranza fue un regalo del marqués de Barcarrota durante un viaje que hicieron juntos a Sevilla. Según dicen las malas lenguas lo escogió en el muelle donde trabajaba de estibador por su gran «natura», aunque eso es una chanza que nadie cuenta en voz alta y que yo me atrevo a escribir en estas páginas confiando en su total discreción y a que ha estado usted en Italia, donde ya se sabe que son más permisivos con los que gustan de visitar esos barrios. En boca de todos está que español e italiano pueden compartir coima sin ser por ello cornudos, ya que cada uno atiende su gatera. Pero aquí es otra cosa, los reos de pecado nefando acaban convertidos en chicharrones, y aunque no abundan las delaciones por no ser plato de gusto tener sobre la conciencia la desgracia de nadie, no

falta quien lo disfruta.

—¿Y tú qué te traes de nuevo? —me preguntó Andrés entre medias de un bostezo.

—Poca cosa: Lemos que quiere venir a Madrid y dejar colocado a su hermano de virrey de Nápoles; Osuna que desea Nápoles para él; Uceda y Aliaga que apoyan a Osuna; que la Mamora está otra vez sitiada; que el marqués de Hornacho ha ordenado que traigan a la Corte a un niño de dos cabezas...

—El marqués de Hornacho... —dijo Andrés pensativo.

—¿Lo conoces?

—Una vez estuve en su casa. En su gabinete, mejor dicho. Es una maravilla. Nunca he visto cosa igual. Tiene intención de reunir todo lo que el mundo puede ofrecer, y yo creo que lo logrará. Hace años se le antojó poseer el enano más pequeño de la Corte, y como no había ninguno suficientemente pequeño para su gusto, decidió fabricarlo.

—No sabía que se pudiera fabricar un enano.

—No se puede. El marqués lo intentó encerrando a un niño en una especie de armadura para impedir su crecimiento, pero fracasó.

—¿Creció a pesar de todo?

—Creo que no había quien soportara los gritos y los lloros. Al final murió de asfixia.

—Joder con el marqués.

—Pero tiene una colección de arte divina. En su pinacoteca la luz entra sólo por el techo, y está orientada de tal modo que en ningún momento el sol incide directamente sobre las pinturas. Aborrece las ventanas en los muros porque dice que los cristales hacen de lentes y queman los colores. Es muy maniático. Según él, a cada cuadro le corresponden un tipo de día y una hora determinados; los hay que gustan de la claridad y los hay que mejoran bajo la luz azulada de un día de tormenta. Guarda muchas obras maestras y curiosidades, entre otras el modelo de Tiziano según el cual hicieron todos los retratos de Felipe II, y una sala dedicada sólo a desnudos, a los que es muy aficionado, y otra a cuadros de motivo mitológico. También está muy orgulloso de su colección de cerámica y de su archivo y su biblioteca. Es un verdadero erudito.

Andrés de Almansa dejó de hablar al ver que yo miraba distraído un cuadro de san Sebastián acribillado a flechazos que colgaba en el cabecero de su cama. En aquel momento recordé que tenía que echar un vistazo al bodegón de Sánchez Cotán para ver cuánto se parecía al de Robles.

—Pero nada de eso te ha traído hasta aquí, ¿verdad? —preguntó envolviéndose en la sábana.

—Busco a un hombre —dije sin más preámbulos—, un poeta. Ayer estuve en la academia del Juego de Trucos de Sigüenza y nadie supo darme razón de él. Se llama Alonso Fernández de Avellaneda.

Almansa entrecerró los ojillos y negó con la cabeza.

Tenía un aspecto desastroso. Por un lado se le veían los pelos pegados y por el otro le asomaban de punta. En el rostro se adivinaban restos de solimán, una crema a base de

mercurio de esas que usan las mujeres para blanquearse la tez, lo que hacía que resaltaran aún más las ojeras que colgaban como dos vejiguillas oscuras. Por primera vez me pareció que las sienes le blanqueaban y me dio la sensación de que era mayor de lo que yo creía. Llevaba puestos, además, unos guantes rellenos de sebo de perro con las puntas recortadas por las que asomaban unas uñas largas y cuidadas, prueba de que nunca hacía trabajos manuales.

—¿Para qué lo buscas? —preguntó al rato.

—Robles quiere verlo —contesté al tiempo que le enseñaba el libro.

Fue a cogerlo, pero yo lo retiré temiendo que lo manchara.

—Es un préstamo —me disculpé.

Almansa bostezó y se rascó la cabeza. Sus delicadas uñas crepitaron y dejaron en su coronilla una mancha de grasa.

—Da igual, ya lo conozco. Es bonita la idea del caballero empuñando una pluma —dijo señalando la ilustración de la portada.

—Es una lanza.

—No, es una pluma afilada. ¿Cuándo se ha visto una lanza con esa punta?

Miré el dibujo. En efecto, la punta estaba cortada a bisel y la verdad es que parecía una pluma, así que no insistí.

—Además, no me interesa —dijo en tono aburrido—. Tengo cosas más importantes entre manos.

Por si las circunstancias de su vida no fueran suficientemente controvertidas, en los últimos tiempos Almansa se había erigido como defensor de la nueva poesía propugnada por su amigo don Luís de Góngora, que no hacía más que cosechar detractores. A pocos lectores les es grato consultar un diccionario tres veces cada dos versos. Andrés, empeñado en ganar la guerra, se encargaba de hacer y distribuir las copias de la obra a las que añadía unas *Advertencias* de su puño para facilitar un poco la lectura y animar a los remisos a ponerse a la tarea de desentrañar unos versos tan oscuros.

—¿Aún sigues con tu empeño de defender *Las Soledades*?

—Es lo mejor que se ha escrito desde Garcilaso. Don Luís de Góngora es un genio, pero por desgracia hay un montón de poetas vacuos a los que parece que todo el mundo teme.

La respuesta era evidente, pero a pesar de todo pregunté:

—¿A quién te refieres?

—A Lope de Vega, a Quevedo y a sus camarillas —contestó sin ningún reparo—. Un montón de ignorantes. Se burlan de don Luís porque no tienen otro medio de anularlo, porque saben que es mejor que ellos, porque le temen. Pero es que además son cobardes, no se atreven a dar la cara, usan monosabios para desgastar al contrario. Fíjate el otro día, por ejemplo: saben que don Luís es mi amigo, que yo le defiendo y admiro, pues un desconocido va y me arroja un huevo, y cuando intento reaccionar otro declama: «Congratúlate hermano de recibir el beso de la malograda pro genie del canoro

sacerdote de la aurora.»

Me dieron ganas de reír, pero logré controlarme.

—*Las Soledades* son para gente inteligente, no para vulgares patanes. El uno no sabe más que entretener a labradores y mosqueteros, y el otro parece que no encuentra mejor motivo de inspiración que sacar versiones chuscas de las obras de don Luís. Unos hipócritas. Dicen que no hay quien lo entienda, pero en cuanto pueden tratan de imitarlo.

—Mira, Andrés, la verdad —dije para tomarle el pelo—, *Las Soledades* son un tema aparte. Don Luís amenazaba con escribir cuatro, pero yo agradezco que se haya parado en la segunda.

—Porque eres un impaciente y un ignorante como los demás. Tú dale tiempo a que se coloque y mueva sus influencias, ya verás como todos se tragan sus risitas.

—Creo que en este caso te equivocas. Don Luís nunca ha tenido mucha suerte en la Corte. Ya lo dejaron tirado el marqués de Ayamonte cuando fue nombrado virrey de México y el conde de Lemos cuando partió como virrey de Nápoles. Apuestas a caballo perdedor.

—En eso tuvieron mucho que ver los hermanitos Argensola y sus mezquinas envidias.

—Por si te anima, te diré que esta mañana he visto a Cervantes y me ha confesado que le gustan los versos de don Luís.

—¿Lo ves? Los Argensola no tienen gusto ni capacidad. Qué gran razón tiene Villamediana cuando dice que todo lo que hacen es emborronar papel y que sólo sirven para traducir. Pero las cosas han cambiado —dijo en tono de revancha—, don Luís cuenta con grandes valedores y contactos al más alto nivel, ahora es posible que consiga el nombramiento de capellán del rey, y entonces podrá trabajar a sus anchas.

—Pues espero que sea amigo también del confesor, porque si Aliaga se niega...

—Fray Luís estará de su parte, seguro. Según me ha contado ha obtenido audiencia por mediación de fray Félix Hortensio Paravicino, quien por cierto es admirador de su obra.

Pensé que Góngora estaba desesperado o era muy valiente, porque no hay muchos que se atrevan a entrevistarse con el confesor del rey en estos meses de calor, dicen que ha engordado muchísimo, que suda como un segador y que huele como un burro muerto, y así se lo dije a Almansa, quien me contestó entre risas que don Luís haría lo que fuera necesario, así tuviera que proclamar en catorce versos la virtud de Lope de Vega.

—¿Tú defendiendo al Fénix? —comenté irónico—. No te reconozco. Recuerda que la caridad es algo que rara vez se perdona.

—¿Yo? ¿Defender al verraco? Pero si nunca ha estado mejor que ahora. Ya sabes lo que dicen, que desde que el obispo Troya le hizo afeitarse el bigote para ordenarlo sacerdote, no hay quien lo distinga de su vieja criada, «y que cuando por cualquier motivo abre él mismo la puerta de la calle le preguntan «¿Está el señor en casa?»

—¡Tonterías! Pero calla, que hasta ayer no supe que se había ordenado sacerdote.

—¿Bromeas? Pues sí que estas tú hecho un buen cronista. Pero cuenta, ¿qué decían en la academia?

—En resumen, que Avellaneda es un seudónimo y que probablemente oculta a Lope de Vega o a uno de sus protegidos.

—Tiene sentido. Si existiera, a estas alturas ya lo conoceríamos. ¿Qué mejor propaganda para un autor novel? Es un seudónimo seguro.

—Sí, pero ¿quién se esconde detrás?

—¡Ah! Eso no lo sé. ¿Has preguntado a Cervantes?

—Claro. Está indignado, pero curiosamente no parece muy dispuesto a hablar del tema. Ni siquiera me ha confirmado lo de Lope. Peor aún, dice que no cree que haya sido él.

—Eso sí que es raro —dijo pensativo, y después de unos segundos añadió—: ¿Has oído hablar del *Entremés de los romances*?

—No.

—Te gustaría. Es una obrita bastante graciosa. Trata de un tipo llamado Bartolo que enloquece de tanto leer romances y que, días después de casarse con Teresa, el amor de su vida, parte a enrolarse en lo que parece ser la Invencible, pues habla de luchar contra los ingleses, acabar con Drake y tomar prisionera a la reina. Lo acompaña en la aventura su amigo Bandurrio quien, aunque parece cuerdo, le sigue el aire. Nada más partir no recuerdo qué sucede pero se pierden y se separan, y Bartolo se encuentra con un zagal que está teniendo una agria disputa con su novia. Enardecido por sus elucubraciones romanceriles, Bartolo decide intervenir en favor de la doncella y ataca al muchacho tratándolo de moro Tarfe y qué sé yo qué más improprios, pero éste le da de palos con su propia lanza y lo deja tirado y molido en el campo donde lo encuentran sus familiares, quienes habían salido en su busca para llevarlo de nuevo a casa. Acaba el entremés con Bartolo, todavía loco, declamando romances en la boda de su hermana. ¿Te resulta familiar?

—Otro imitador del *Quijote*. Ya he oído hablar de varias obras de teatro que se inspiran en sus personajes.

—No exactamente —dijo entrecerrando de nuevo los ojillos—. Este entremés fue escrito en los primeros años de la década de los noventa.

—¿Cuándo?

—Diez años antes que el *Quijote*.

—¿Quién es el autor?

—No se sabe. Circula en copias manuscritas, sin firma.

—Entonces, Cervantes se inspiró en él para su *Quijote*.

Almansa se encogió de hombros.

—Seguramente —dijo al fin.

—¿Y por qué no lleva firma?

—Te voy a contar una historia —dijo poniéndose en pie.



Con pasos inseguros y arrastrando la sábana, fue hasta un tocador, dejó sobre él los guantes, cogió un lienzo blanco y empezó a retirarse el sebo sobrante de las manos.

—Había una vez un buen muchacho —empezó—, y no mal poeta, a quien le gustaban tanto los romances que, cuando empezó a escribir comedias, llevo a escena las aventuras del marqués de Mantua, de Reinaldos, de Abendarráez, la rota de Roncesvalles, las mocedades de Roldan, las de Bernardo del Carpió y otras cuantas que ahora no recuerdo. Tan lejos llevó su afición que llegó a robarle a este último el apellido, relegando, por poco linajudo, su Fernández materno. Pero no sólo adoptó un apellido de romance sino que también, acorde con su desmesura, se inventó un blasón con diecinueve torres que además tuvo la desvergüenza de imprimir al frente de varias de sus obras.

—¿Lope de Vega y Carpio? ¿El «Carpio» de Lope es inventado? ¿Lo sacó de Bernardo del Carpio?

—No te extrañe tanto. Tu amigo Luís Vélez, por ejemplo, se llama De Santander pero él lo ha cambiado por De Guevara, que suena más rimbombante.

—¿Luís Vélez de Santander? —dije sonriendo.

—Espera. Aún no he acabado la historia. Nuestro poetilla se enamoró perdidamente de una joven, pero como tenía que abandonar la Corte desterrado por injuriar a una antigua amante y a su familia, decidió llevarse consigo a la muchacha sin importarle las consecuencias. Los padres lo denunciaron por raptó, pero él consiguió convencerlos de sus buenas intenciones y de la pureza de su amor, y al fin la familia consintió en el casorio. El joven estaba inundado de amor, puedes imaginarte sus poemas, la pasión desbordaba cada verso, pero cuatro días después de la boda se sintió asfixiado por el tedio matrimonial y decidió partir hacia Lisboa para alistarse en la Invencible, que a la postre no lo resultó tanto.

—¿Es cierto todo lo que me estás contando? ¿Es ésa la historia de Lope?

—En pocas palabras...

—Entonces, el que escribió el *Entremés de los romances* lo hizo para burlarse de él.

—Y el *Quijote* participa de ello, aunque, como está escrito diez años más tarde, incorpora sucesos posteriores de la vida de Lope que enriquecen aún más la sátira.

—Y ¿por qué no me ha dicho nada Cervantes?

—Tal vez por lo mismo que no firmó su obra el autor del *Entremés*. Por no buscarse líos, o porque querrá que su *Quijote* sea algo más que una broma pesada a un rival molesto.

—Según eso, seguro que Lope está detrás de Avellaneda.

—Es posible, pero pensándolo bien, contéstame a una cosa: si de verdad Lope se hubiera sentido tan ofendido por la parodia, ¿crees que habría esperado diez años para responder?

Contesté que no. Era difícil imaginar a un hombre capaz de raptar a una joven en un arrebató pasional, de casarse con ella y luego abandonarla para irse a la guerra,

tramando una venganza durante diez años. Semejante espera contradecía el carácter de Lope tanto como la inquina contra unas heridas recibidas por un soldado en circunstancias de gran relevancia histórica. Almansa y el propio Cervantes descartaban a Lope como autor a pesar de todo lo que había oído en los dos últimos días, y su opinión merecía tenerse en cuenta. Aún así persistí en mi idea de hablar con él. Que Lope no fuera Avellaneda, no quería decir que no lo conociese.

Salí de casa de Almansa avanzada la tarde, cuando el cielo ardía en ascuas hacia poniente. Me había hecho el firme propósito de comprar algo para cenar en el mercado de San Luís y encerrarme hasta acabar el libro de Avellaneda. Dudaba mucho que pudiera sacar algo en claro, considerando que el mismo Cervantes había fracasado, pero debía intentarlo. Sin embargo, reconozco que soy un hombre débil. Cuando salí a la calle Mayor y vi la hilera de coches que hacían la rúa y bajaban lentamente hacia el Prado para disfrutar de la fresca, sentí desfallecer mi voluntad y decidí retrasar mi reclusión. Dudé si ir a tomar algo al bodegón de Chete pero todavía era pronto, y entonces recordé que Robles aún me debía dinero y que no era mal momento para pasar a cobrarlo.

Al doblar por la calle Santiago me llamó la atención el coche que estaba parado delante del garito. Era un coche grande, ostentoso, de cuatro mulas y otros tantos sirvientes. El conductor estaba en el pescante, un lacayo sujetaba abierta la portezuela y un escudero parecía vigilar la calle pendiente de cualquier movimiento. Yo era un movimiento, así que lo sentí seguir atento mis pasos hasta que llegué junto a la puerta. Aunque todavía no era de noche, la calle es oscura y era raro que el candil de la puerta estuviese apagado. Además, del zaguán salía un fuerte olor a meados. Tal vez fuera un simple descuido, pero me alegré de que las cosas no marcharan tan bien como cuando yo regentaba el negocio. Quieras que no, aquella dejadez de mi sustituto facilitaría mi vuelta, si es que había pasado por la cabeza de Robles el hacer definitiva mi ausencia.

Aún no había puesto un pie en la casa cuando otro lacayo me echó a un lado para dejar paso a dos mujeres que salían del garito cogidas del brazo con los mantos echados sobre la cabeza y sujetos por delante de la nariz. La más alta parecía sostener a la otra que daba la impresión de tener problemas para andar, como si estuviera borracha o ida. En principio no pude verles las caras, pero reconocí en la pequeña y renqueante a la señora que había estado jugando las últimas noches. En un momento en que ésta trastabilló, la otra soltó su manto. El escudero que cerraba la marcha se apresuró a recogerlo y echárselo de nuevo sobre la cabeza, pero aun así tuve tiempo de sobra para contemplar su rostro. Era morena de piel, llevaba el pelo castaño recogido en un moño bajo del que escapaban dos densos bucles y una mirada... ¡Qué mirada! Tenía los ojos de una cierva entre las llamas, grandes, almendrados, enmarcados por unas cejas negras y bien dibujadas y pestañas como juncos. Sin embargo, al cruzarme con ella sentí una profunda desazón. Yo diría que me miró con odio. No, con odio no. Más bien con desprecio.

Esperé a que se alejara el coche antes de entrar. Saludé al dependiente de la librería, que estaba en la puerta observando la escena tan mudo como yo, y subí a la oficina. La puerta estaba abierta, y ya desde la escalera pude oír a Robles hablando animadamente con alguien. Dudé si esperar pero reconocí la voz de don Ricardo, el prestamista, así que me llegué hasta la puerta del despacho, la golpeé con los nudillos y asomé la cabeza. Me quedé un poco cortado porque había otro hombre además de don Ricardo, un viejo jugador con cara de covachuelista y ropa de segunda mano demasiado holgada, que en cuanto entré saltó de la silla, hizo un ademán con la cabeza y se escurrió casi diría que entre mis piernas.

—No he dicho que pudieras entrar —dijo Robles dedicándome una mirada glacial.

—Perdón —me disculpé.

Di un paso atrás un poco avergonzado y me quedé en el pasillo esperando.

—No es buen negocio —oí decir a don Ricardo.

—Vale más que la deuda. Mucho más —dijo Robles.

—Pero apostarí una mano a que no es suya.

—¿Y a nosotros qué nos importa?

—Habría que buscar un comprador.

—Déjamelos a mí. Sea quién le puede interesar —sentenció Robles.

Don Ricardo salió de la oficina intentando evitar mi mirada. Supuse que estaría enfadado conmigo por lo del otro día, pero no sabía hasta qué punto estaba en lo cierto.

—¡Isidoro! —llamó Robles—. Pasa.

Entré y dejé la puerta entornada a mis espaldas. Fui a sentarme en la silla del visitante, pero me quedé a mitad de camino con la vista fija en una preciosa caja de cerámica vidriada de color rojo sangre.

—¿Te gusta? —dijo Robles atento a la dirección de mi mirada.

—Preciosa —respondí.

—*Sangre de buey* —dijo—. Es china, de la dinastía Ming.

—Es la primera cerámica esmaltada en rojo que veo.

—No es cerámica, es porcelana. No verás otra igual. Conseguir un esmalte de color rojo es extremadamente difícil, sólo los chinos son capaces de hacer algo así.

Acaricié la caja con la yema de los dedos. Su tacto era suave y frío.

—Pero el auténtico tesoro está dentro —susurró Robles.

La abrí con sumo cuidado, dejé a un lado la tapa y contemplé el contenido con admiración. Se trataba de un libro con cubiertas de piel y pan de oro sobrepujado con caracteres cúficos. Levanté la tapa e hice correr las páginas entre mis dedos. Todas estaban profusamente decoradas y en el centro aparecían textos con caligrafía nasjí.

—¿Qué es? —pregunté con asombro.

—Un Corán. Trofeo de don Álvaro de Bazán, recuerdo de la jornada de Lepanto.

Lo miré con incredulidad. ¿Cómo había podido ir a parar semejante joya a manos de un tipo como Robles? Recordé la cara de rata del hombrecillo que acababa de salir y supuse que algo tendría que ver con aquello, pero preferí no preguntar. Robles cerró bruscamente la caja, la metió en una bolsa de terciopelo y se levantó para guardarla en la caja fuerte. Observé que sobre la mesa había un montón de pagarés. Los reconocí en el acto, y también percibí el instante de indecisión del jefe al darse cuenta de que yo los estaba mirando, pero no hizo nada. Parecía animado, así que supuse que sería una buena ocasión para cobrar. Idiota de mí. Había olvidado que nunca es buen momento para pagar.

—Aún no me has dicho para qué has venido —dijo mientras recolocaba unas carpetas en el cofre. ¿Hay novedades? ¿Has encontrado ya a nuestro hombre? —preguntó.

—No, aún no —respondí apesadumbrado.

Me sentí violento por haber ido sólo a cobrar, pero qué diablos, pensé, el dinero es mío, así que intenté que mis palabras sonaran naturales cuando dije:

—Me temo que su encargo no va a ser fácil. Llevará su tiempo. En realidad venía a por mi parte de la otra noche.

—¿Su tiempo? —preguntó él ignorando mi última frase.

—Al parecer Alonso Fernández de Avellaneda es un seudónimo, pero aún no sé quién se oculta tras él.

Robles me miró con desconfianza, midiendo la verdad de mis palabras.

—¿Es que no te he pagado bastante?

—Desde luego.

—¿Entonces?

—No se trata de eso. Usted me dijo que me pasara hoy a cobrar.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? ¿Acaso tengo cara de banquero?

—No pensé que fuera a estar ocupado, normalmente...

—Basta, basta. Déjalo —dijo recuperando la sonrisa.

Volvió a ocupar su silla y empezó a revisar muy despacio un montón de papeles que había en un extremo de la mesa. Cada poco estiraba el cuello, y cada vez que acababa de leer uno se lamía el dedo para ayudarse a pasarlo a otro montón. Por fin pareció encontrar lo que buscaba, hizo unos cálculos en un borrador, sacó la bolsa que llevaba en una faltriquera oculta bajo la ropilla, contó un montoncito de cuartos y me los tendió. Yo recogí aquella limosna desconcertado, porque según mis cálculos debían de corresponderme varios escudos y no un puñado de cuartos.

—¿Algún problema? —preguntó Robles, que debía de estar acechando mi reacción.

—Creo que hay un error.

—¿Error? —exclamó él haciéndose el sorprendido y simulando que repasaba sus notas con gestos exagerados.

—La otra noche había dos mesas ocupadas —dije sintiéndome un poco molesto—, y en el tiempo en que yo estuve abajo tan sólo en una de ellas Donahue le sacó a una señora más de sesenta escudos de oro.

—¡Ah! Luego lo recuerdas...

—¡Por supuesto!

—Entonces también recordarás que por tu culpa casi perdemos ese pequeño negocio. La suerte hizo que yo te llamara precisamente en el mismo instante en que te disponías a interrumpirlo. No me mires así, ¿creías que no me iba a enterar? Sí, don Ricardo estaba indignado. ¿Qué esperabas? El beneficio de la señora se lo han repartido los demás. Me parece lo justo, ya que tú no lo querías.

Me callé. ¿Para qué discutir? En el fondo tenía razón, cuando hice lo que hice sabía que me estaba saltando todas las reglas, así que apreté las monedas en el puño y me puse en pie.

—¿Nada más? —preguntó Robles.

Me di la vuelta sin contestar y me fui dejando abiertas todas las puertas. Una venganza infantil, me avergüenza reconocerlo, pero no se me ocurrió otra cosa.

—Avísame en cuanto sepas algo de lo nuestro —le oí decir disimulando una risita.

Llegué al mercado de San Luís con las monedas aún en el puño y un cagajón de arriero en un zapato. Había salido de tan mal humor de casa de Robles y andaba tan precipitado que no vi el montón de mierda que había al doblar la esquina de Montera y metí el pie de lleno. Llevaba intención de comprar algo para cenar, pero ya no quedaba mucho donde elegir. La plaza estaba en tinieblas y la mayoría de los puestos cerrados hasta el día siguiente. Apenas quedaban abiertos una docena, la mayoría de hortelanos cargados de repollos que no habían logrado vender. Junto al bodegón de Lazcano, que acababa de levantar sus postigos, un conejero desollaba a mano dos de sus últimas piezas para una matrona que lo veía hacer en silencio. El hombre partía el cuello a los animalitos de un golpe certero, y antes de que dejaran de agitarse cogía una oreja con cada mano y les rasgaba de un tirón el pellejo del cráneo igual que si rasgara una tela. Después hurgaba un poco para ahuecar la piel del cuello y mientras con dos dedos los sujetaba por la cabeza, con la otra mano les arrancaba la piel entera de un tirón y sin derramar una gota de sangre. Luego echaba el cuerpecillo al cesto de la señora y el pellejo a un saco para vendérselo a los sombrereros, ya sabe usted lo bueno que es el pelo de conejo para hacer fieltro. Un conejo desollado es como una rata enorme. O como un gato. Están buenas las empanadas de gato, los hay que las prefieren a las de conejo. Dudé si comprar medio para hacer un guiso pero me dio pereza encender fuego con el calor que hacía; total, para mí sólo no merecía la pena. Con cualquier cosa me apaño, me dije, así que me decidí por un par de sardinas saladas y algo de fruta. Sólo quedaba abierto un puesto de pescado, y era porque el dueño estaba enzarzado en una disputa con un cliente. El asunto no era nuevo. Es norma municipal que los platos de las balanzas de las pescaderías estén agujereados para que el agua escurra y no te la cobren a precio de trucha, pero los pescaderos procuran no limpiarlos, de modo que las escamas acaban por obturar los agujeros, y cuando un cliente se da cuenta, se monta el escándalo. Tuve que conformarme con comprar las sardinas a un vendedor de encurtidos, y luego me hice también con un cuarto de queso, pan, un par de manzanas y una caja de frutas confitadas para el desayuno.

Al llegar a casa me encontré a Rosita con la cara limpia, sin rastros de afeites, sentada en la escalera al lado de Pitu. El gallinejero sostenía un cubo de zinc entre las piernas lleno de agua caliente en el que metía de vez en cuando el pollo que estaba desplumando para que se le ablandaran los cañones. Me hizo gracia la escena. Pitu movía los dedos con destreza mientras la pequeña seguía sus evoluciones con tal mirada de orgullo que parecía que le costaba retenerse para no salir a la calle y gritar que vinieran todos a ver el espectáculo, que vinieran si querían ver a un maestro pelando un pollo.

Venancia, mientras tanto, troceaba zanahorias, nabos, cebollas y tomates y los iba

echando en la olla que tenía sobre un anafre. Sólo interrumpía su tarea para dar un palmetazo a su hijo Nicolasete cada vez que éste se acercaba demasiado al fuego. El niño jugaba a perseguir a una llueca que acababa de sacar adelante una nidada de patos. Era gracioso ver al chiquillo intentando coger a un patito a espaldas de la gallina, y los saltos que pegaba cuando ésta decidía que se había acercado demasiado y le lanzaba un tiento con el pico.

—Don Isidoro, ha venido el aguador —dijo Venancia en cuanto me vio—, le ha dejado una carga de agua.

—Muchas gracias, Venancia, no sé qué haría sin usted.

—Mmm. Hombres —dijo poniendo cara de asco.

Nicolasete aflojó un momento el asedio a la gallina y corrió junto a su padre.

—Papa, papa, ¿pego un brinco? —preguntó ilusionado.

Pitu estaba tan concentrado retirando el plumón que se le quedaba pegado entre los dedos que no se enteró de la pregunta.

—¿Pego un brinco, papa? ¿Pego un brinco?

—Venga, pega un brinco.

Nicolasete se subió al escalón en el que estaban sentados Pitu y Rosita, se puso casi en cuclillas y saltó como un muelle para caer a mis pies.

—¡Cuidado con don Isidoro, niño! —gritó Venancia.

—Papa, papa, ¿me has visto? —preguntó el pequeño ignorando a su madre.

—Sí —dijo Pitu sin levantar los ojos del pollo—, impresionante.

—Para eso sí sirve —murmuró su mujer para que lo oyéramos todos—, para meterle pájaros en la cabeza a los niños, pero para vigilar en el mercado que no nos roben, ¡ja!, para eso no.

Pitu farfulló algo, se rascó la frente con el antebrazo y siguió desplumando el pollo. Algo debía de haber pasado esa tarde en el puesto, algo que no hacía falta preguntar porque Venancia lo iba a soltar de todos modos, incluso me dio la sensación de que me había estado esperando para tener un público ante el que desahogarse; mortificar a Pitu en privado ya no debía de ser suficiente.

—No sé adonde vamos a parar, cada vez hay más robos y nadie hace nada, y mi marido el que menos.

—No creo que Pitu pueda hacer nada al respecto... —dije yo inocentemente.

—Pitu es un dejado y un confiado que se deja robar. A ver si se cree que me chupo el dedo. Me he dado una vuelta por ahí y he preguntado a unos y a otros y a nadie le roban tanto como a él, pero es que le ven con esa cara de pavisoso, que bueno.

Pitu volvió a murmurar algo, e intentó sonreír tímidamente.

—Yo estoy allí trabajando —se le entendió—, no sé si me llevan algo, pero yo estoy atento al puesto y no bebo por la mañana más que el aguardiente del desayuno, y eso ni duerme ni sienta mal a nadie.

—Vamos, sólo faltaría, ¿verdad, don Isidoro? Aunque yo no digo que esté mal que los hombres beban, pero para eso hay que ser hombre antes, y no un don nadie al que

todo el mundo le roba los pollos.

—Si hay muchos ladrones últimamente, yo qué quieres que haga.

—Pues cuando voy yo al puesto no me roban nada. Lo que hace falta es tener carácter. Ay Dios mío, no sé por qué me casé con este hombre.

Excepto Venancia, todos nos preguntamos por qué se casaría él con ella, pero nadie se atrevió a formular la pregunta.

—Por cierto, don Isidoro —dijo Venancia cambiando de tono—, hablando de otra cosa, que no ha dicho nada, ¿qué tal durmió anoche?

—Hombre...

—Calle, calle, que hay niños delante.

Rosita me dedicó una sonrisa angelical y se abrazó las rodillas con gesto infantil.

—Papa, papa, ¿pego un brinco? ¿Pego un brinco? —volvió a proponer Nicolasete.

—Venga, pega un brinco —dijo Pitu, y esta vez se quedó mirando a su hijo con cara embelesada.

Nicolasete volvió a saltar desde el mismo peldaño.

—Papa, papa, ¿me has visto?

—¡Impresionante, Nico!, ¡impresionante! —exclamó su padre.

—A lo mejor don Isidoro quiere cenar hoy con nosotros, tenemos guiso de pollo. Por dos cuartosavía la noche —propuso Venancia.

—No es mal trato —dije—. Yo había comprado un par de cosas para una cena fría, pero puedo guardarlas para mañana. Ahí van los cuartos, déme una voz cuando esté listo, que tengo mucho que hacer.

Le di a Venancia las dos monedas y me fui escaleras arriba. Imaginé que Casilda había sucumbido a la oferta del día del mercado, porque el tiro de la escalera estaba saturado de olor a col hervida.



En un lado del balconcillo de mi casa tengo un armarito cerrado con una celosía que utilizo en invierno de fresquera, pero que en verano hace mejor las veces de horno. Como hacía demasiado calor en todas partes, dejé mis provisiones directamente sobre el poyete del fogón, todo menos el letuario, que puse en la rinconera junto a la botella de aguardiente. Luego metí dentro de mi Garcilaso el palillo de dientes de plata y lo coloqué en el anaquel junto a los otros libros.

La casa estaba muy caliente y olía a cerrado. Abrí el balcón. Aunque no soplaba nada de aire, sentí un ligero alivio. La tinaja estaba llena de agua, tal y como había dicho Venancia. Como hago cada vez que un desconocido entra en mi casa, eché un vistazo alrededor para comprobar que no faltaba nada. Inconscientemente miré de reojo el escondite del dinero. La mesa no se había movido y el ladrillo seguía perfectamente encajado. Prendí entonces un pebetero con un puñadito de lavanda y romero (mis escasos ingresos no daban para incienso ni para ámbar), encendí dos de las cuatro lámparas del candil y lo coloqué sobre una silla junto al cabecero de la cama. Me descalcé, me quité el jubón y me aflojé las cintas de los valones. Bebí un trago de agua y luego me coloqué despatarrado con la cabeza sobre el lebrillo y me eché un cazo de agua por la nuca. Todavía mojado, me senté en la cama y cogí el libro de Avellaneda.

Cuanto más miraba la portada, más razón le daba a Almansa. Decididamente, no era una lanza lo que enristraba el caballero sino una pluma. Daba la impresión de que hasta eso estaba pensado para provocar a Cervantes, como si deseara retarlo a duelo, sacarlo de quicio, hacerlo saltar.

Leí otra vez el prólogo poniendo atención en cada frase, intentando ver el doble sentido de cada línea, de cada palabra. Un nuevo detalle llamó mi atención: Avellaneda decía que Cervantes al escribir el *Quijote* se había propuesto ofenderle a él y a quien tan «justamente celebran las naciones extranjeras», es decir, que consideraba que él era el primer ofendido, por delante de Lope de Vega. Tal vez no quisiera decir nada, pero me sorprendió la falta de cortesía en alguien que pretendía erigirse en paladín del Fénix. Seguí leyendo y me encontré de nuevo con la acusación que hace a don Miguel de carecer de amigos y recordé el encargo de eliminar el soneto que debía salir al frente del *Viaje al Parnaso*. Me hice el firme propósito de hacerlo al día siguiente. Sin falta.

La tripa me hacía ruidos. Empecé a leer la novela. Tenía muy presente lo que me había dicho Ximenet y la discusión de Medinilla con Valdivielso, así que me llamó la atención que el Sancho de Avellaneda hablara de su rucio y comentara que se lo había robado Ginesillo, o sea, que a pesar de lo confuso que decían la otra noche que estaba lo del robo del burro parecía que Avellaneda se había enterado bien de la trama. Seguí leyendo. Un poco después el autor alaba a Lope, esta vez con su nombre, sin eufemismos ni adivinanzas, pero tampoco en un tono encendido sino normal, nada que

no se haya oído mil veces en cualquier reunión de literatos. Fue en el capítulo cuarto cuando una referencia sesgada llamó mi atención. En ese capítulo don Quijote le cuenta a Sancho cómo quiere que un pintor le decore su adarga antes de entrar en combate, y es con dos damas de él enamoradas y un cupido lanzándole una flecha que él detiene con su adarga y una letrilla que diga: «Sus flechas saca Cupido / de las venas del Pirú / A los hombres dando el Cu / y a las damas dando el pido.» Al oírla, Sancho pregunta qué tienen ellos que ver con ese «Cu», y don Quijote le explica que el «Cu» es un plumaje que se ponen algunos sobre la cabeza, de oro a veces, o de plata, y que con esas plumas algunos llegan al signo Aries, otros al de Capricornio y otros se fortifican en el castillo de San Cervantes. La alusión no podía ser fortuita. Al tal castillo también se lo conoce como de San Servando y está situado frente a la ciudad de Toledo, al otro lado del Tajo, pero el hecho de usar el topónimo Cervantes tenía que ser un acto deliberado para llamar la atención sobre lo que se acababa de decir. Volví a leer detenidamente el párrafo, y la gracia del «Cu», lo de las plumas, la alusión a Aries y Capricornio, todo parecía colocado para acusar a Cervantes de cornudo, lo cual era grave, o de homosexual, lo que podía llegar a costarle la vida. ¿Acaso había alguna razón para acusarlo de una u otra cosa? ¿O de ambas?

Lo leí de nuevo pensando que estaba sacando las cosas de quicio, pero cuanto más lo repasaba más insultante me parecía. Aquello bien podía ser el motivo de que Cervantes estuviera tan remiso a hablar. Era una posibilidad que debía tener en cuenta. Tal vez Avellaneda conociera algo del pasado de Cervantes que él preferiría no remover. ¿Qué sabía yo de la vida de don Miguel? Muy poco, fuera de que participó en Lepanto y que estuvo varios años prisionero de los turcos en Argel.

Llamaron para cenar. De hecho subió la pequeña Rosita a avisarme, y mientras yo me atacaba los valones se demoró un poco en la puerta echando un vistazo al cuarto. A modo de broma se levantó las faldas para enseñarme su sexo rapado, me guiñó un ojo y se fue riéndose por lo bajo de mi cara de besugo.

Aquella noche no fui un buen compañero de jarana. Aunque la gallina estaba deliciosa yo había perdido el apetito. Pasé el rato con la cabeza en otro sitio y la única idea de deslizarme cuanto antes a mi habitación para seguir leyendo.

Una copla se coló por la ventana. Palmas. Risas. Luego empezaron de nuevo los mazazos. Volví a odiar a Cañamares. Mis sentimientos, al menos en aquellos días, eran poco constantes, tanto mi odio por Cañamares como mi amor por Isabel variaban con la hora del día. Me revolví en la cama, escondí la cabeza bajo la almohada y al apretarla contra mis orejas tropecé con un brazo. Me asusté, pero no tuve que mirar para saber que era ella la que yacía a mi lado. En aquel momento el odio por Cañamares se hizo extensivo a Venancia, que tan generosa se mostraba con mi llave. Como era de esperar, sus primeras palabras fueron de reproche:

—Anoche te estuve esperando.

Casi gritó ese «te estuve esperando». Después del incidente con su tía y la forma en que me había ido supuse que tardaría bastante en volver a verla, pero estaba equivocado. Allí estaba y además de mal humor. Yo me sentía aturdido, me pesaban los párpados. Había estado leyendo hasta que se acabó el aceite de los candiles. Al principio despacio, demorándome en indagar cada frase, pero luego, a medida que me fue ganando el tedio del relato, empecé a hacerlo en diagonal. A pesar de las prisas con que devoré las últimas páginas antes de quedarme sin luz, aún me quedaban un par de capítulos por leer.

—No sabía que tuviéramos una cita —me defendí.

No deseaba verla, pero confieso que estaba un poco animado, por la mañanita, en fin, no me hubiera importado arrastrarla bajo las sábanas, ya que estaba allí.

—¿Acaso necesitas una cita para ver a tu novia? —preguntó subiendo el tono.

Aquello acabó de despertarme. Un cubo de agua fría no habría sido más eficaz.

—¿No vas muy deprisa? —pregunté conciliador.

—¿A qué te refieres?

—A eso del noviazgo.

—Al final tendré que dar la razón a mi tía —dijo ella airada. Sus ojos echaban chispas.

—¿Qué dice tu tía?

Isabel se mordió los labios, apretó los puños, miró al suelo.

—Vamos, no te pongas así, sólo digo que...

—Que no me quieres.

Me mordí la lengua. Estuve tentado de darle la razón, pero me eché para atrás.

—No es que no te quiera —murmuré. Empezaba a dolerme la cabeza y tenía un poco de fiebre.

—Pues entonces dímelo. Estás tan raro...

Intenté hacerlo, pero no me salió. En cambio, improvisé una disculpa.

—Tengo problemas —dije.

—Y yo quiero ayudarte. Casémonos.

—¡Pero qué dices!

—Yo a ti sí que te quiero, y sé que me correspondes. Casémonos. Eso es lo que hacen los enamorados —dijo muy convencida.

—Eso lo harán los enamorados que puedan.

—Yo no necesito grandes fiestas. Podemos invitar a comer a unos amigos, eso no puede costar...

—Si no es por las fiestas.

—Tengo una idea. Hagámoslo al viejo estilo, unamos nuestras manos y llamemos al cielo por testigo de nuestra unión —dijo sujetando mi mano entre las suyas.

Yo la retiré de golpe, demasiado de golpe.

—Isabelita, no se pueden hacer así las cosas. La Iglesia ha prohibido esos matrimonios.

—¿Los de amor? —preguntó molesta.

—Sabes a lo que me refiero. Ya no basta con un juramento privado.

—Puede que no baste, pero la mayoría de nuestros padres están casados así, si es que están casados.

—Eran otros tiempos.

—Te niegas.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces me aceptas.

—¡Ya basta! Tengo que pensar, déjame pensar.

No dijo una palabra más, se levantó y se fue dando un portazo. Yo volví a esconder la cabeza bajo la almohada. Me sentía avergonzado y ridículo. Los mazazos caían a ritmo de martinete, no debía de quedar en la casa un ladrillo sin golpear. Me incorporé con desgana, de mal humor. Oriné junto al balcón, aliviado por una ligera corriente de aire. Algo bueno tenía la madrugada. Como ya no había manera de pegar ojo, acerqué una silla dispuesto a olvidar la última escena de Isabelita leyendo el final del libro de Avellaneda.

La noche pasada, después del hallazgo del capítulo IV, no había encontrado nada más de interés. El libro me pareció un poco reiterativo, los personajes carecían de sutileza, don Quijote era un loco desmesurado y Sancho un zafio glotón. Además, el autor tendía a extenderse al principio y al final de cada episodio con un largo discurso moral más al estilo de *El Guzmán de Alfarache*. Eso no me sorprendió, al fin y al cabo la ejemplaridad moralizante es algo que al público le gusta del *Guzmán* y que echa de menos en el primer *Quijote*. Sin embargo, me perduró el regusto amargo del descubrimiento anterior. Pensé en don Miguel y no recordé nada que hiciera sospechar las inclinaciones que insinuaba Avellaneda. Tal vez fuera sólo una maledicencia, pensé, una calumnia que podían encontrar quienes la buscaran, porque lo cierto es que si no se está atento pasa desapercibida entre los chascarrillos más o menos groseros que salpican el texto. Lo que no podía ignorar era que aquel descubrimiento abría una tercera

posibilidad a las que había contemplado hasta el momento. Además de un amigo o partidario de Lope de Vega (o el mismo Lope, a pesar de Almansa y Cervantes) en busca de satisfacción por viejas rencillas literarias, Avellaneda podía ser alguien cuya única intención fuera desprestigiar y humillar a don Miguel por encima de cualquier otra consideración.

Los mazazos me impedían pensar. Tenía que irme de allí cuanto antes, así que coloqué el lebrillo sobre la mesa, lo llené de agua y hundí en él la cabeza. Sentí un alivio instantáneo. Las sienes dejaron de latirme y un escalofrío me liberó de la sensación febril. Al erguirme el agua resbaló por todo mi cuerpo y aproveché para frotarlo con un paño. A pesar de la falta de sueño, me encontraba renovado. Recordé las indicaciones de Ximenet sobre el cuidado de los dientes y me froté con fuerza las encías con el mismo paño húmedo. Luego hice otro tanto con el pecho y las axilas. Todavía desnudo me serví un vaso de aguardiente y me comí una pieza de pera confitada y otra de albaricoque con el primer trago. Luego mordisqueé un casco de naranja mientras apuraba el resto del vaso. Los martillazos iniciaron un ritmo regular de tres fuertes-dos suaves-blanco-dos suaves-tres fuertes. Eché un vistazo al orinal. Estaba terciado. Pensé vaciarlo antes de irme pero me dije que seguro que me pillaba el alarife y me soltaba su diatriba. Como no tenía ganas de bronca, le eché un par de cazos de agua sucia para diluir un poco el contenido y lo cubrí con la tapa de madera. Lo del orinal, para un tipo que vive sólo como yo y con un horario tan imprevisible, es un engorro.

Con el estómago caliente, sacudí la ropa para quitarle el polvo del día anterior, me vestí y salí a la calle en busca de una sombra tranquila donde acabar el libro.

Venancia guardaba la entrada. Me saludó con suspicacia y un tinte de reproche. Supuse que ya le habría llegado algo de la pelea de la mañana, así que me dirigí hacia ella un poco cohibido. Me pregunté cómo se las habría arreglado Isabelita para caerle tan bien a una mujer como Venancia. No sólo le franqueaba la puerta cuando quería, sino que además le servía de tercera. En cuanto pensé en ello vi clara la respuesta. Isabel sobornaba a Venancia, y entonces me pregunté cuánto le pagaría por vigilarme y mantenerla informada de mis movimientos. Por suerte conocía el género. La única vía de escape en un pleito de ese cariz, como en cualquier otro, es ser más generoso que el contrario. Eso es algo que cualquier cortesano aprende en cuanto acude un par de veces a un tribunal de justicia, así que me mordí la lengua y le puse en la mano dos reales de plata. Supe que había acertado porque el rubor le subió a las mejillas, aunque duró poco.

—Venancia —dije mirándola a los ojos—, tengo mucho trabajo y en adelante desearía que no me molestara nadie.

Venancia me miró dubitativa, yo diría que echó cuentas y debió de decidir que yo era su vecino y una fuente de ingresos segura y que le salía más rentable como estaba que con una mujer. Aun así, no pudo evitar el gesto de mirar hacia atrás antes de hacer desaparecer las monedas en su faldriquera.

—Desde luego —dijo guiñándome un ojo—, faltaría más.

En ningún momento se me ocurrió reclamarle la llave, me interesaba que la tuviera,

¿quién si no se iba a encargar de llenarme la tina de agua, de tirar la comida que se me estropeaba en la fresquera o de meter mujeres en mi cama?

—Por cierto, Venancia —le dije. Ella entrecerró un poco los ojos y giró la cabeza para escuchar mejor, o eso quería dar a entender. En aquel momento confieso que tuve el deseo vehemente, y a menudo refrenado, de ensortijar mis dedos en sus patillas y tirar de ellas como si fueran riendas, porque no creo haberlo dicho, pero Venancia tiene patillas de mameluco. Confieso que es una imagen recurrente no falta de intensidad erótica, las cosas como son, aunque me avergüence reconocerlo. Espanté la imagen con un guiño y me centré en la idea que acababa de tener—, aprovechando su influencia sobre Cañamares, podría proponerle que ya que está metido en obras con el asunto de las buhardillas, no estaría mal que instalara una letrina sobre el corral en el pasillo del segundo piso, cosa sencilla, tan sólo un voladizo con un tablón agujereado, nada más.

—¡Anda!, y nada menos —respondió ella—, de eso nada, hombre, que me caga encima de las gallinas, ¡pues no dice tonterías! Venga y a vaciar en la calle, como debe ser.

Me molestó un poco lo de las «tonterías», creo que dos reales de plata llevan aparejado un poco de respeto, pero Venancia estaba por encima de esos detalles.

Todavía había plumas por el suelo del zaguán desde la tarde anterior, aunque apenas quedaban restos de las tripas. Las ratas del entorno, gordas como melones, habían hecho bien su trabajo.

Bajé la calle Montera hasta la Puerta del Sol, que a esa hora estaba ya muy concurrida. Bullía de curiosos y paseantes la grada de San Felipe, y de galanes rondamisas el patio del Buen Suceso. Junto a la fuente, un cura se desgañitaba sobre un pulpito móvil. Los frailes victorios suelen correrlo hasta allí para sermonear a los aguadores, un gremio compuesto en su mayoría por gallegos, asturianos y gascones y que no en vano tiene cierta fama de vicioso. Cuando esto ocurre los aguadores prefieren escurrir el bulto e irse a rellenar sus tinas a las fuentes del Prado, lo que es bienvenido por la gente del barrio que se toma el sermón como el diezmo del agua. Siempre es mejor eso que soportar las enormes colas originadas por los aguadores compinchados para cederse la vez. La atmósfera estaba cargada con el polvillo que levantan los coches de dos o cuatro mulas que hacían el circuito Palacio, calle Mayor, carrera de San Jerónimo, paseo del Prado, vuelta a la carrera de San Jerónimo, calle Mayor y de nuevo el Palacio Real. Era el momento más concurrido del paseo. Un poco más tarde el calor sería insoportable y todo el mundo correría a refugiarse a sus casas hasta el atardecer.

Eché a andar sin prisa por la carrera de San Jerónimo en dirección al paseo del Prado. Desde el primer momento me acompañaron los compases de una música suave procedente de la balconada del palacio del duque de Lerma, que daba sobre el cruce de ambas calles. Era aquél un detalle del válido para con los paseantes, una muestra de grandeza que muy bien se podía permitir quien metía la mano en las arcas de la Corona como en su propio bolsillo.

Me instalé en un banco bajo unos álamos. Desde allí se oía bien la música y se podía contemplar además a la gente que acudía al paseo a ver y dejarse ver. Tal como había supuesto, la fuente del Prado estaba atiborrada de aguadores, dos de los cuales parecían discutir antes de empezar a darse de puñadas. La causa podía ser una mujer que, de rodillas, señalaba alternativamente al cielo y a un cántaro roto. Entre los presentes había gente de toda condición; esportilleros cargados y con prisa o de vacío y acosadores, parejas de sacerdotes, viejas con la cara descubierta acompañando a otras con el mantón sobre la cabeza y pinzado sobre la cara ocultando sus rostros y exponiendo un solo ojo dispuesto a comerse el mundo, galanes, lindos, caballeros con o sin caballo, aristócratas, escribanos, rufianes, trileros, ciegos, tullidos, soldados y coches, muchos coches que doblaban justo delante de mí para adentrarse en la fresca alameda del Prado de San Jerónimo. Pensé que nadie hacía mucho caso de las nuevas ordenanzas que restringían el uso de tales catafalcos rodados, y lo más seguro es que los coches siguieran bloqueando las calles para los restos. Pero eso ocurría más bien en

primavera y otoño. En verano, ya he dicho que los que podían huían de la ciudad y el paseo se veía menos denso. Lo que el estío no había alterado eran los usos de los galanes y sus damas, así que los coches seguían apartándose del camino a la mínima excusa para que unos y otros entablaran conversación.

Leí un rato alzando la cabeza cada poco, a cada línea, casi, para no perder ojo del desfile. No buscaba nada, no esperaba a nadie, y eso me hacía estar todavía más alerta aunque no sabría decir para qué. Leí los dos últimos capítulos sin encontrar más ataques a Cervantes y cerré el libro con una cierta sensación de tristeza. En la obra de Avellaneda, don Álvaro Tarfe, uno de sus personajes principales, ingresa a don Quijote en el hospital del Nuncio, en Toledo, y lo abandona entre otros tantos demencia-dos. Es el final de un pobre loco aquejado de una locura vulgar. Me defraudó. Supongo que esperaba otra cosa. No sé por qué, pero don Quijote no se merecía ese final.

Reflexionando sobre esto, eché a andar bajo la sombra de los álamos hasta que, por casualidad, tropecé con un magnífico coche con una dama asomada a la ventana, como si de un balconcillo se tratase, un soldado a sus pies y colgando del estribo, vaya sorpresa, mi amigo Medinilla.



—¡Querido Baltasar! —grité sin mirar con quién estaba ni calibrar antes si era oportuno interrumpirlo en aquel momento—. Me alegro de verte, precisamente estaba pensando en ti...

Medinilla se volvió, balbuceó una excusa a sus acompañantes y saltó del estribo. Por entonces yo ya me había dado cuenta de lo impropio de mi conducta, y para enmendarla me descubrí, miré al suelo y esperé a que Medinilla hiciera las debidas presentaciones. Mi actitud les debió de parecer lo suficientemente sumisa como para pasar por alto el atrevimiento.

—Condesa, don Alonso, permítanme presentarles a Isidoro Montemayor. Isidoro, la condesa de Cameros y don Alonso de Contreras.

Extendí el brazo con el sombrero en la mano e hice una profunda reverencia. Reconozco que me molestó un poco el que me apeara el «don», me sonó a castigo por mi falta de tacto, y como tal lo acepté. De todos modos no tenía derecho a usarlo, aún no era caballero, aunque es un tratamiento que en los últimos tiempos se concede a cualquiera por mera cortesía. Ya no es raro ver llevar el «don» a muchos nacidos entre terrones, milagros que obra el oro.

Al alzar la vista del suelo tuve oportunidad de contemplar más detenidamente a los reunidos. Al hombre lo reconocí de inmediato, ya de reojo se veía que era soldado, las calzas verdes, las bandas rojas, las cadenas y abalorios en el pecho y el sombrero emplumado lo delataban, pero me sorprendió que se tratara de don Alonso de Contreras, el capitán que había visto en el bodegón de Gaspar de Torres supervisando el alistamiento de su compañía para acudir al auxilio de la Mamora. Y más sorprendente aún, la dama era la misma que había visto el día anterior en la puerta del garito de Robles, la de la mirada asesina y ojos de gacela. Ahora por fin tenía oportunidad de contemplarla a mis anchas, y la verdad es que no desmerecía en absoluto de mi primera impresión. Tenía el rostro afilado, la nariz recta, los labios finos pero bien dibujados y los ojos grandes y oscuros. En esta ocasión llevaba el pelo suelto hasta los hombros, enmarcado y semitrenzado por dos ristas de perlas. El traje, de seda con escote cuadrado y ribeteado de encajes, estilizaba su figura y resaltaba el tono dorado de su piel y el arranque de sus senos. Aquel detalle me hizo suponer que era italiana o que había estado en Italia hacía poco, ya que en aquellas tierras la moda no obliga a las mujeres a comer barro para parecer pálidas y macilentas ni a llevar los pechos vendados o aplastados con planchas de plomo. Ya digo que pensé que era una recién llegada, valiente y, en cualquier caso, sabia, pues parecía consciente del poder que, por encima de las modas, ejercen sobre un varón dos tetas bien puestas. Y además no era pobre. La carroza en la que iba era enorme, de cuatro mulas, de esas que las ruedas traseras son tan altas como un hombre. La acompañaban varios sirvientes; camarera, cochero, lacayo

y dos escuderos, aunque de éstos fui consciente más tarde, ya que estaban prudentemente apartados para respetar la intimidad de su ama.

—Isidoro es poeta, gacetillero y tahúr —dijo Medinilla para rematar la faena.

—No tiene tiempo para aburrirse —comentó la condesa con un deje de ironía.

—No crea —respondí con descaro—. Tal vez sea mal poeta, pero aburriéndome no he encontrado rival.

—También ha sido soldado —apuntó Contreras señalando el tubo de plomo que llevaba prendido al tahalí—. A no ser que lo ganara en el juego.

—En efecto, fui soldado.

—¿El Turco?

—Flandes.

—¿Con Spínola?

—Sí señor, mosquetero en la compañía de don Antonio de Ambite.

—¿En qué batallas ha participado?

—Ostende.

Don Alonso pareció reflexionar sobre la verdadera amplitud de mi experiencia militar. No parecía que le hubiera impresionado demasiado, tal vez porque la toma de Ostende se había demorado casi tres años.

—¿No echa de menos la pólvora?

Por un instante tuve una rápida visión del campo de batalla, los cuerpos mutilados por las minas, los perros alimentándose de las vísceras de los que hasta unas horas antes habían sido hombres.

—No —dije honestamente.

—Nuestro amigo ha dejado la espada por la pluma —comentó Medinilla.

—Gacetillero —murmuró la condesa—. ¿Está ahora a la busca de noticias?

Noté cierto desdén en su voz, lo que me hizo recordar la mirada de desprecio que me dedicó a la salida del garito de Robles. Ignoraba qué tenía contra mí esa señora pero cada vez que nos encontrábamos me tiraba una coz.

—Eso siempre, señora, aunque no es ése el motivo por el que me he alegrado tanto de ver a don Baltasar —dije yo resaltando el «don».

—¿Un asunto privado? —preguntó ella—. ¿Algo que no se deba oír?

—Todo lo contrario. Es sobre unas ideas que defendió la otra noche don Baltasar en una academia.

—¿Quieres seguir hablando del *Quijote*? —preguntó Medinilla.

—Sí.

—No retiro ni una palabra. Cervantes es un viejo chapucero y envidioso, y me alegro de que por fin alguien lo haya puesto en su sitio.

—¿Cuál es su sitio? —pregunté inocentemente—. ¿Cornudo? ¿Bujarrón?

—Yo de eso no sé nada —respondió Medinilla disimulando una sonrisa—. Pregúntale a su mujer.

—No es algo que se pueda preguntar así como así. Pero tú eres amigo de Lope,

¿verdad? ¿Lo crees capaz de dedicar esos piropos?

—¿Lope? No digas tonterías. Tiene cosas más importantes que hacer que responder a las invectivas de un poeta mediocre. No es el primero, ni será el último. Después de lo de la Osorio, Lope tiene mucho cuidado con lo que escribe.

No sabía a qué se refería con lo de la Osorio, pero tampoco quería desviar el tema, así que tomé nota mental e intenté continuar con mis preguntas, pero don Alonso me interrumpió.

—Así que es usted el que busca a Avellaneda —dijo el capitán, y algo percibí en el tono de su voz que me hizo sentir incómodo.

—Sí —reconocí—, y agradecería cualquier pista que pudieran ofrecerme —dije con prudencia.

—¿Quién es Avellaneda? —preguntó entonces la condesa.

—El autor de la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* —se apresuró a contestar don Alonso.

—Aunque me temo que es un seudónimo —dije yo.

—Me gusta el *Quijote* —comentó la mujer, y pude ver con agrado cómo Medinilla se mordía la lengua—. Hay muchos autores que han utilizado o se han inspirado en él para escribir sus propias obras, tal vez Salas Barbadillo, o Francisco de Ávila, o... ¿Cómo se llama ese que ha hecho una obra de teatro usando la novelita de *El curioso impertinente*?

—Guillen de Castro —se apresuró a contestar Medinilla.

—Eso, Guillen de Castro.

—No es lógico —dije yo—. Esos autores utilizan el *Quijote* pero lo hacen abiertamente y firman con sus nombres. ¿Por qué iban a ocultarse ahora?

—¿Para insultar a Cervantes? —insinuó la condesa—. Si como usted dice lo llama cornudo y bujarrón, no es raro que pretenda ocultarse.

—No —dije después de pensarlo unos segundos—, para eso se escribe un soneto o una décima, pero no una novela tan extensa. ¿La han leído? —dije enseñándoles el libro.

Por desgracia, la condesa extendió la mano y no tuve más remedio que entregárselo.

—¿Es tan entretenido como la primera parte? —preguntó mientras lo ojeaba.

—Me temo que no —respondí—. Quiero pensar que Lope lo habría hecho mejor. Además, hay otros aspectos que parecen exculparlo, pero digo yo que si no ha sido él, lo más seguro es que sea obra de un amigo...

—Es posible —comentó Medinilla.

—Y después de oírte la otra noche y de darle muchas vueltas, se me ha ocurrido que, de ser así, ¿quién mejor que tú para echarme una mano? Lope confía en ti, al menos lo hizo cuando te pidió que le corrigieras las pruebas de *La Jerusalén conquistada*, ¿no es cierto?

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Vamos, Baltasar... Es muy sencillo... Me pregunto si tú serías capaz de escribir por él.

No sé por qué lo dije. En ningún momento había pensado que Medinilla pudiera estar implicado, pero así salió la cosa.

—¿Cómo? —exclamó Baltasar molesto.

—Ya me entiendes, para defenderlo.

—Lope no me necesita ni a mí ni a nadie para que lo defienda.

—Antes has dicho que...

—No deberías fijar toda tu atención en Lope. Es posible que Avellaneda se defienda ante todo a sí mismo, y lo demás sea sólo para despistar y ocultarse.

Asentí con la cabeza. Aquello era posible, de hecho coincidía con lo que yo mismo pensaba sobre el tono en que estaba escrito el segundo *Quijote*, pero era un camino sin salida por el que no quería adentrarme.

—¿Acaso estás pensando en alguien?

Medinilla me miró socarrón. Parecía haber llegado a la conclusión de que sólo se libraría de mí dándome un nombre, y llevaba toda la razón.

—Deberías hablar con fray Gabriel Téllez.

—¿No es ése el autor de *La santa Juana*? —preguntó la señora.

—En efecto —respondió Baltasar.

Aunque no lo conocía en persona, había oído hablar bastante bien de fray Gabriel y ahora puedo decir que, después de haberlo tratado, he llegado a apreciarlo sinceramente. Pero ya llegaremos a eso. Por aquel entonces sólo sabía de él que era un fraile mercedario, ferviente admirador de Lope de Vega, que había estrenado con bastante éxito un par de obras acordes a las nuevas formas que propugna el maestro en su *Arte nuevo de hacer comedias*.

—¿Para qué? —pregunté—. Hace diez años, cuando se editó el *Quijote*, aún no había escrito nada. No creo que don Miguel supiera siquiera de su existencia.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez Avellaneda no haya escrito agraviado por el *Quijote*, sino por alguna obra posterior de Cervantes?

Aquello tenía sentido. Recordé mi conversación con Almansa y la pregunta con la que me despidió: ¿por qué ha esperado diez años?, y luego en el prólogo de Avellaneda y en sus comentarios sobre las *Novelas ejemplares*.

—Es una posibilidad que deberías considerar.

—Las *Novelas ejemplares* —dije convencido.

—Es posible —dijo Medinilla. Le brillaban los ojos, se diría que estaba satisfecho de haberme llevado a donde quería—. Dicen que fray Gabriel se ha visto retratado en algunas cosas y no le ha hecho mucha gracia.

Lo miré con desconfianza. Estaba claro que sabía más de lo que decía, pero parecía dispuesto a hacerme sudar cada gota de información. La sombra se reducía deprisa, casi desapareció sin que nos diéramos cuenta y el sol empezó a reflejarse en los cristales de la carroza. Tocaron las campanas. Los hombres nos descubrimos y esperamos el fin del

toque del Ángelus para retomar la conversación, pero aún perduraba el eco de la última campanada cuando la dama hizo un gesto a sus sirvientes y éstos ocuparon presto sus sitios, incluidos los dos escuderos de aspecto feroz que hasta entonces me habían pasado desapercibidos.

Señores, ha sido un placer charlar con ustedes... —Y dicho esto se recostó en su asiento y desapareció de mi vista. El conductor arreó a las bestias, la carroza se zarandeó y volvió al camino para unirse a la comitiva que se movía en dirección a la Puerta del Sol y el Palacio Real.

Allá va mi libro, pensé con pena, y acto seguido, sin apenas darme tiempo a reaccionar, Medinilla y don Alonso me palmearon la espalda a modo de despedida y echaron a andar camino de los burdeles de la calle de las Huertas.

La orquestilla del balcón del palacio del duque de Lerma había enmudecido. No volverían a tocar hasta la puesta del sol, cuando la gente saliera de nuevo a tomar el aire. Yo, por mi parte, sentí la necesidad de comentar con Chete lo de los cuernos de Cervantes, así que eché a andar por la Carrera de San Jerónimo, me metí por la calle del Pardo y doblé a la izquierda por la del León. Luego giré en la plazuela de Matute para llegar derrengado y sudoroso a mi destino.

A lo largo del camino intenté poner en orden mis ideas, aunque a duras penas conseguí pensar en otra cosa que no fuera la condesa, continuas interferencias de denso pelo negro, pechos turgentes y mirada luminosa. Aun así, logré algún momento de lucidez como para valorar la facilidad con la que Medinilla me había soltado lo de fray Gabriel. Por lo que sabía de él, Téllez era seguidor y defensor de Lope de Vega, de la misma cuerda que el propio Medinilla, por tanto, y un perfecto sospechoso de ser Avellaneda. Sin embargo, lo lógico hubiera sido que Medinilla encubriera al paladín de su maestro y no que me ofreciera su cabeza en bandeja como una Salomé cualquiera. No sabía qué pensar.

El bodegón estaba lleno. No había recuperado aún el resuello, cuando vi a Dieguito venir corriendo hacia mí con un trozo de pan en la mano. Se paró delante mío y me señaló muy serio con el dedo y el brazo extendido. Estuvo así unos segundos. Luego emitió un ruidito, guiñó los ojos, giró la cabeza y se le congestionó la cara. Su padre le alborotó el pelo cuando pasó a su lado. El niño ni se movió.

—Creo que está cagando —dije.

Chete le echó un vistazo. El chaval seguía inmóvil, aguantando la respiración y con las rodillas un poquito dobladas.

—¡Anda donde mamá! —gritó Chete.

El niño no se movió.

—¡Vamos! —dijo dando una palmada.

El pequeño echó a correr hacia la cocina con las piernas separadas.

—Acabo de conocer a una mujer increíble —dije.

Me miró como si no me hubiera oído, pero sí que lo había hecho. No sé por qué pero me sentía contento.

—¿Aún no has aprendido? —preguntó después de limpiar las migas de una mesa con un par de certeros golpes de trapo.

—Es condesa.

—No, no has aprendido. Cállate y ten cuidado —dijo—. No hay mesas libres. Ésta —dijo por la que acababa de limpiar— hace rato que me la han pedido. ¿Te quieres sentar con Vélez y Ximenet? —preguntó.

—¿Están aquí?

Chete señaló el fondo del local con la barbilla. Distinguí a los dos amigos. Ximenet me había visto, alzó un brazo e hizo señas de que me acercara.

—Estupendo —dije—. Quería hablar con ellos.

—Pues apresúrate porque andan con prisa, creo que piensan ir al teatro.

Me acerqué con decisión hasta su mesa. A pesar de que Chete mantenía la sala en una sabia penumbra, hacía mucho calor.

—¡Isidoro!, cuánto bueno por aquí —dijo Luis Vélez—. ¿Qué tal tu novia? —preguntó dispuesto a alegrar la sobremesa a mi costa.

—No es mi novia —respondí sentándome al lado de Ximenet—, y cada vez la cosa está peor. No sé qué hacer, empieza a darme miedo. Esta mañana hemos tenido una pelea. Yo estaba dispuesto a romper con ella definitivamente, pero no me he atrevido. No sé qué me pasa.

—¿Es que sigues durmiendo con ella?

—No, se ha presentado por la mañana. Tiene conquistada a mi vecina.

—Vaya, vaya. Pobre Isidoro. Estás en un buen lío. Ten mucho cuidado, porque el día menos pensado puedes encontrarte con una sorpresita.

—¿Qué sorpresita?

—Tú sabrás lo que haces.

En ese momento apareció Chete llevando un plato con un albondigón y una cebolla, una rebanada de pan blanco y un cuartillo de vino.

—¿Vosotros queréis algo más? —preguntó a los otros, que negaron con la cabeza.

Hizo ademán de irse pero lo retuve agarrándolo por el delantal. No había olvidado el motivo de mi visita, y aquélla era una buena ocasión de preguntarle si conocía alguna razón por la cual alguien pudiera llamar cornudo o bujarrón a Cervantes.

—¿Cornudo? —preguntó Chete sorprendido.

—Como ayer me hablaste de lo de su hija bastarda, tal vez supieras algo de su mujer que...

—¿Qué hija bastarda? —preguntó Luis Vélez.

—Isabel. La hija que don Miguel tuvo con Ana Franca —respondí.

—¿Cervantes? No es eso lo que cuentan —dijo él.

—Ya estamos —murmuró Chete.

—¿Pero tú qué le has dicho? —preguntó Luis.

—La verdad. Don Miguel reconoció a la muchacha, ¿no?

—La verdad, la verdad —se burló Vélez—. Aquello no fue más que un arreglo para salvaguardar el honor de una doncella que no lo era tanto.

—Ana Franca no era ninguna doncella —dije yo recordando que estaba casada.

—¿Quién habla de Ana Franca?

—¿Quieres decir que Ana Franca no era la madre de Isabel? —pregunté.

—Ni don Miguel el padre. Por aquel entonces se decía que Isabel era hija de Magdalena, su hermana pequeña, y de un tal Juan de Urbina. Como no había matrimonio de por medio los Cervantes llegaron a un acuerdo con Ana Franca, amiga

por entonces de la familia, para que declarara que la recién nacida era hija suya.

—¿Y el marido?

—La taberna no iba muy bien, necesitaban dinero.

—Vaya. Si eso es cierto, menudo baldón para la familia —dije.

—¡Qué va! —exclamó Vélez burlón—, casi es tradición familiar. Constanza, la hija de Andrea, la hermana mayor, también es bastarda. La mujer se quedó preñada de un tal... ¿Cómo se llamaba?

—Nicolás de Ovando —ayudó Chete, que pese a no gustarle el chismorreó, parecía conocer bien la historia.

—Nicolás de Ovando. Pero tampoco fue ella la primera. Su tía María tuvo también una hija de soltera, Martina. El padre fue don Martín de Mendoza, el arcediano.

—¿No era ese bastardo a su vez de don Diego Hurtado de Mendoza?

—En efecto, era hijo bastardo del duque del Infantado. Creo que Andrea le sacó seiscientos mil maravedíes para mantenimiento de la chiquilla. No fue mal negocio.

—No creo que la palabra «negocio» sea la adecuada —farfulló Chete.

—¿Has oído hablar del asunto de Gaspar de Ezpeleta? —preguntó Luís Vélez.

—No —respondí sin dudar.

—Sucedió en Valladolid, hace ocho o diez años. El tal Ezpeleta apareció muerto a las puertas de la casa de los Cervantes y una vecina consiguió que metieran en la cárcel a toda la familia.

—¿Los acusó de asesinato?

—No directamente porque no había visto nada, pero vino a decir que eran responsables de dicha muerte y que aquello era una casa de lenocinio. Figúrate que vivían juntas dos hermanas, la mujer, una criada, la sobrina y la que se suponía que era su hija con un solo hombre: don Miguel. Y todas con no muy buena reputación. La vecina dijo que había visto más veces a aquel hombre rondando la calle, y que seguro que iba a lo que iba.

—¿Cómo acabó el asunto?

—Se sobreseyó, creo que por falta de pruebas, y los soltaron a todos. Poco después los Cervantes vinieron a Madrid.

—No tenía idea de la liberalidad de las mujeres Cervantes. Tal vez lo de cornudo no le venga por su mujer, o no sólo por ella, sino por consentidor en general de los negocios de las mujeres a su cargo. Pero lo que no acabo de entender es por qué iba don Miguel a reconocer como propia a la hija de su hermana.

—Porque estaba en deuda con ella —afirmó Vélez—. Ten en cuenta que, cuando estuvo preso, tanto Andrea como Magdalena entregaron sus dotes para su redención... Y algo más que sus dotes.

—Habla claro. ¿Quieres decir que se prostituyeron?

—No exactamente, al menos que yo sepa, pero obtuvieron sumas importantes de dinero de distintos hombres a cambio de diversos y dudosos favores, e hicieron entrega de parte de esos beneficios para el fondo de redención de cautivos.



—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo contó Pablo Cimorro. A las Cervantes se les daban bien los italianos, sobre todo los genoveses. Venían a Madrid una temporada por motivos de trabajo, se instalaban en su casa, ellas los atendían bien y ellos las regalaban a gusto.

—No hagas caso, hay mucha maledicencia —protestó Chete.

—Pregúntale a Pablo si no me crees. Estos banqueros ya sabes lo legalistas que son, firman actas de donación y no sueltan un escudo si no hay delante un escribano que dé fe.

—¿Y su mujer, doña Catalina de Salazar? No sabrás tú si...

—No, de doña Catalina no sé nada. Pero salvo por Luisa, que se metió a monja casi niña y ahí sigue en Alcalá, yo no pondría la mano en el fuego por ninguna de las mujeres de la familia.

—¿A qué viene este interés? —preguntó Ximenet—. ¿Sigues con el asunto de Avellaneda?

—Me temo que sí.

—¿Aún no has logrado nada? ¿No te valió lo que hablamos?

—Sí, Lope parece un buen sospechoso, pero el mismo Cervantes duda que haya sido él. Ojalá pudiera subirme a la torre de San Ginés y levantar los tejados de la ciudad para ver sus secretos, pero me temo que las cosas no funcionan así.

—No es mala idea —dijo Luis Vélez—. La torre de San Ginés. ¿Lo has intentado? Negué con la cabeza.

—Algo habrás descubierto —insistió Ximenet.

—Tengo las cosas aún más confusas que antes. He hablado con Almansa y también él opina que no ha sido Lope, en su caso porque no cree al Fénix capaz de esperar diez años para vengarse de nadie. Por otra parte, el libro de Avellaneda emana una inquina y una voluntad de hacer daño más fuertes que la mera sátira.

—¿Lo has leído al fin?

—Lo he terminado esta mañana, justo antes de encontrarme a Medinilla, quien por cierto ha dejado caer que debía investigar a fray Gabriel Téllez, el mercedario.

—¿Y eso?

—Opina que Avellaneda no escribe por despecho de lo que dijo Cervantes en el *Quijote*, sino por algo que se insinúa en las *Novelas ejemplares*.

—Téllez cumple con lo de ser amigo o admirador de Lope, si es que se puede decir que Lope tenga amigos, pero no sé cuándo se ha podido ver atacado por Cervantes. ¿Tú estás de acuerdo?

—¡Yo qué sé! —respondí—. Es cierto que Avellaneda ha leído las *Novelas ejemplares*, de hecho las critica en su prólogo diciendo que son más satíricas que ejemplares. Sin embargo, yo fui uno de los correctores de las *Novelas* en la imprenta de Cuesta y no recuerdo ninguna alusión satírica a nadie, al menos patente. De todos modos, mañana me pasaré por el convento de los mercedarios.

—¿Para qué? —preguntó Ximenet.

—Para hablar con fray Gabriel.

—Pero si no está en Madrid. Vive en el convento de Santa Catalina, en Toledo.

—¿En Toledo? ¡Maldita sea! Seguro que por eso Medinilla ha sido tan liberal soltándome su nombre. No creerá que tenga ganas de ir a comprobar su historia.

—Y tengo entendido que se está preparando para un viaje a América —añadió Ximenet.

No lo puse en duda. Ximenet seguía de cerca la carrera del fraile, y siempre que se interesaba por un autor procuraba informarse de los avatares de su vida. Para valorar mejor su trabajo, solía decir.

—Yo opino que deberías fijarte más en el *Quijote* y dejarte de tonterías —dijo Luis Vélez.

—¿Fijarme en qué? —dije yo descorazonado.

—Más que en qué, en quién. Lope de Vega no es el único que sale mal parado, y no me refiero sólo a poetas.

—Vamos, Luis, no me vengas ahora con acertijos. Dime lo que sepas.

Luis se acarició el bigote y se afiló las puntas guiándolas hacia las orejas.

—Por ejemplo —dijo después de apurar el vino que aún le quedaba en la jarra—, hay un momento, no recuerdo exactamente a cuento de qué, en que Cervantes se chanea de un «señor muy pequeño que decían que era muy grande...», ¿os acordáis?

Luis se detuvo para darnos tiempo a recordar el episodio. Yo, desde luego, no lo recordaba en absoluto, pero asentí como si lo tuviera presente.

—No sé si conocéis personalmente a don Pedro Téllez Girón —dijo entonces Vélez.

—¿El duque de Osuna?

—El mismo. Todo lo que le falta de altura lo tiene de mala sangre. Pero no queda ahí la cosa. Recordaréis la historia de Cardenio, Dorotea, Fernando y Luscinda, que se cuenta en los últimos capítulos.

—Sí, el tal Fernando es un noble licenciado y pendenciero que no respeta a nada ni a nadie, ni siquiera a la enamorada del que dice que es su amigo —dije sin titubear. En este caso sí recordaba bien toda la historia—. En pocas páginas acumula innumerables vilezas —añadí.

—Pues si tan bien lo recuerdas, verás que al presentar a su padre, el duque Ricardo, dice de él que es un grande de España y que tiene su estado en lo mejor de Andalucía.

—¿Osuna, también?

—Podrían ser otros muchos —comentó Chete.

—Grandes de España no hay tantos. Pero da la casualidad de que la historia que cuenta la cuentan también del propio duque, aunque con otros matices y sin tantos adornos.

—¿Dices en serio que el innoble Fernando, hijo del duque Ricardo, está inspirado en don Pedro Girón, actual duque de Osuna?

—Y Cardenio en Cárdenas de Córdoba, y Dorotea en doña María de Torres, su

enamorada, seducida y abandonada por don Pedro. Y por si aún te quedan dudas, recuerda que Dorotea hace a Osuna puerto de mar. Es difícil pensar que sea casualidad tanto el que cite precisamente a Osuna como que lo haga puerto. Más parece burla que error, sobre todo viniendo de Cervantes, que conoce Osuna perfectamente.

—¿Insinúas que el duque de Osuna puede ser Avellaneda?

—No, eso no. Don Pedro sólo sabe empuñar la blanca, y no es en tinta en lo que la moja. Pero no sería raro que lo hubiese mandado escribir.

Me entró la risa. Imaginé a Robles pidiendo cuentas al duque, intentando amedrentarlo mientras él se reía en su propia cara. Luis y Ximenet me miraron sorprendidos sin saber a qué venía aquella expansión.

—Sin embargo —dije procurando controlarme—, se plantea el mismo dilema que con Lope. ¿Por qué alguien de sangre tan caliente ha esperado diez años para vengarse?

Luis Vélez sonrió para sí mismo. Debía de estar esperando la pregunta.

—Tal vez porque es ahora cuando le interesa hacerlo.

—No entiendo.

—¿Es que no estás al tanto de lo que se cuece? ¿Acaso no has oído nada de la guerra que tienen entablada las facciones de Osuna y Lemos para la sucesión del virreinato de Nápoles?

—Sí, algo he oído.

—Pues presta más atención, porque está en juego el futuro de la Corona.

—¿Por culpa de Osuna? —pregunté escéptico.

—Lerma está agotado. Sus próximos dicen, y esto lo sé de buena tinta, que cada día son mayores sus crisis melancólicas y el gobierno se le escapa de las manos. Al parecer ya ha empezado a sondear al nuncio para conseguir un puesto en la curia. Después de tantos años ejerciendo un poder absoluto, planea blindarse contra posibles revanchas tras las faldas del Papa.

—Eso ya lo hizo cuando promulgó la premática en la que decía que su firma valía tanto como la del propio rey.

—Ahora eso ya no le parece suficiente.

—¿Quiere un obispado?

—Y no cualquiera. Está esperando que muera don Bernardo, su tío, al que por cierto él mismo colocó en el puesto, para hacerse con el arzobispado de Toledo. Doscientos mil ducados anuales de renta.

—Una crisis religiosa —bromeó Ximenet.

—Con la ventaja añadida de que un cardenal no responde ante los justicias del rey.

—Y Osuna pretende estar bien colocado para cuando llegue el momento de sucederle.

—Osuna no está solo. Mantiene una estrecha alianza con el duque de Uceda, hijo primogénito de Lerma, y con fray Luis de Aliaga, confesor del rey. Entre los tres controlan todos los resortes del Estado, la política exterior, el gobierno de Madrid y al mismo rey.

—¿Uceda conspira en contra de su propio padre?

—Uceda es lo suficientemente listo como para saber que la estrella de su padre titila, y que si llega a apagarse puede arrastrar consigo a toda la familia. La de Osuna, sin embargo, parece cada vez más brillante. Estando a su lado salvará parte de la fortuna de la familia, y pase lo que pase, ellos ganan. Ten en cuenta que el que compite con Osuna en Nápoles es el conde de Lemos, que está casado con una hija de Lerma, hermana del de Uceda.

—Muchos perros con el mismo collar.

—Otros hay que se mueven en las sombras. ¿Conoces a don Baltasar de Zúñiga?

—¿El embajador? He oído hablar de él.

—También ronda la cabecera del Estado.

—¿Y por qué la lucha por el virreinato de Nápoles?

—Dinero. Nápoles recauda en impuestos una cantidad similar a la que aporta la flota de Indias. Para lograrlo, Osuna hace campaña untando a Uceda y a Aliaga y a toda la corte con lo que roba en Sicilia. Cuando Nápoles sea suyo, pondrá los ojos en el puesto del valido.

—Pues no entiendo por qué Lemos deja el cargo —comentó Ximenet.

—No le queda más remedio. Se está acabando el plazo de su mandato. Lemos quiere volver a Madrid, pero dejando a su hermano en el puesto de virrey para seguir controlando ese capital. De todos modos, presumo que el plan de Lemos para alcanzar el poder es a más largo plazo que el de Osuna. Según dicen aspira a colocarse como gentilhombre del príncipe.

—¿Pretende controlar al heredero?

—Así accedió al poder el duque de Lerma —dijo Luis Vélez—. Él era el ayo del príncipe, ahora rey, Felipe. Pero muchos aspiran a ese puesto. El mismo don Baltasar de Zúñiga postula por un sobrino suyo, el conde de Olivares. En este momento, no hay destino más apetecido que la cámara del príncipe, te lo puedo asegurar.

—No tiene sentido. Me hablas de luchas de poder en las más altas esferas y al mismo tiempo de un ridículo arreglo de cuentas con Cervantes.

—Con Cervantes no. Con el pueblo. Osuna es consciente de lo importante que es el apoyo popular y lo busca, lo educa y lo mima por si llegara a necesitarlo. La legitimidad es, en muchos casos, cuestión de propaganda, y en ese sentido el *Quijote* le interesa porque es un libro bastante conocido. Si Osuna decide que su contenido le perjudica, el camino más fácil para hundirlo es desprestigiar a su autor. No me mires así, no pienses que todo esto son locuras mías. He oído, además, que ha encargado un trabajito para el teatro.

—¿Una obra de teatro? —pregunté escéptico.

—¡Qué mejor pulpito para difundir una idea! Y si no, que se lo pregunten a Lope —dijo con toda la intención.

Como es lógico, yo la cogí al vuelo.

—¿Lope está escribiendo una obra para Osuna? —pregunté realmente interesado.

—No es «para» Osuna. El encargo lo ha hecho un actor amigo mío, pero financiado por Osuna.

—¿Y de qué trata?

—Eso no lo sé, pero puedes preguntárselo al actor.

Se llama Damián, pero lo llaman Valenzuela. Seguro que lo encuentras en la calle León, en el mentidero de artistas. Siempre anda por ahí.

Hasta los poco aficionados a la equitación sabemos que se llama «Valenzuelas» a los caballos de pura raza española criados en las cuadras del duque de Sessa. Deben su nombre a don Francisco de Valenzuela, caballero mayor, aunque algunos también los llaman «Guzmanes» por ser un caballero llamado Guzmán el artífice del encaste. Sea como fuere, imaginé que el actor en cuestión tendría cara de caballo.

—¿Pregunto por Damián?

—Tú hazme caso —insistió Luis Vélez con una risita—. En cuanto lo encuentres te lo llevas a un lupanar y le haces hablar. Da gusto ver cómo se le suelta la lengua en manos de una mujer.

—¿Y hay en el *Quijote* más alusiones de ese estilo? —pregunté antes de que decidieran cambiar de tema.

—Ayer precisamente hablaba de esto con un cliente —dijo Ximenet—, y me recordó que hay otro personaje del libro que es real: Ginés de Pasamonte.

—El condenado a galeras que robó el burro... —recordé.

—El mismo. Mi cliente me dijo que en efecto existe un tal Jerónimo de Pasamonte, que además ha escrito sus memorias como se dice en el *Quijote*. Tal vez te sirva de algo.

Yo medité unos segundos.

—Lo investigaré —dije al fin—, pero yo me refería más bien a aristócratas como Osuna.

—Pues ahora que lo preguntas —dijo Luis Vélez—, la de Osuna no es la única. Hay un par de alusiones graciosas a otro grande, aunque te aseguro que ése las encajó con resignación. ¿Recuerdas al Timonel de Carcajona?

—¿A quién?

—Hay un episodio en que don Quijote confunde dos rebaños de ovejas con sendos ejércitos...

Asentí con la cabeza. Ximenet se puso en pie y le dio a Luis un golpecito en el hombro para que abreviara. El teatro estaba a punto de abrir, y a Ximenet le gustaba llegar pronto para coger buenos asientos en el patio.

—Venga, vamos —dijo Luis Vélez poniéndose en pie a su vez—. Al frente de uno de los ejércitos cabalgaba el siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona —añadió mirándome a mí.

—¿Y?

—¿No te dice nada?

—¿Timonel de Carcajona? —pregunté despistado.

—Te daré otra pista. ¿Recuerdas que antes de liberar la cadena de presos don

Quijote entabla con ellos una conversación en la que le informan de sus delitos?

—Sí. Precisamente en la cuerda que va el dicho Pasamonte.

—Exacto. Uno de los compañeros de Pasamonte dice que va condenado por alcahuete, y entonces don Quijote comenta que por alcahuete no merecía ir a bogar a galeras sino a mandarlas, que el oficio de alcahuete es muy necesario a la república y que no lo debería ejercer sino gente bien nacida.

—Mandar galeras... Timonel... ¿El Almirante? ¿Medinasidonia?

Luís asintió cubriéndose la risa con la mano.

—Timonel de Carcajona por el timonel de la carcajada, claro, por la vergüenza de la Invencible, pero lo de alcahuete... ¿a qué viene?

—Pregunta por ahí. No se llega a ser grande descuidando los recursos que te brindan tus súbditos... o súbditas.

—¡Qué tontería!

—Sí, tontería —dijo sorteando mesas camino de la puerta—. Pero si decides buscar a Valenzuela, pásate por La Carbonera y pregunta por Oleiros. A ver qué te dice.

Esto último lo dijo casi desde la calle. Me quedé solo. De pronto sentí un enorme cansancio, una lasitud total, así que agradecí que apareciera Chete con la botella de aguardiente, dos pipas cargadas de tabaco y un tablero de chaquete. Podría pasar toda la tarde en aquella penumbra. Chete me observaba con aprensión.

—Supongo que no hace falta que te diga nada —dijo mientras colocaba las fichas.

—¿A qué te refieres? —pregunté yo distraído. Cogí los dados y me puse a jugar con ellos sobre la mesa, a voltearlos, apostando mentalmente a que en algún momento coincidirían las cifras de ambas caras.

—A que tengas cuidado. No he oído todo lo que te ha dicho don Luis, pero sí lo suficiente para saber que te puedes jugar la vida. Y no por el asunto ese de que abusara de la novia de un amigo ni por que le gusten las comediantas ni cosas de esas. Antes de ser duque de Osuna y virrey de Sicilia, don Pedro Girón fue desterrado en varias ocasiones, y en cada una de ellas medió una muerte violenta.

—Un hijo de puta —dije yo sonriente.

Chete me quitó los dados de entre los dedos y los arrojó contra uno de los laterales del juego.

—Cinco, tres —canturreó en voz baja mientras movía las fichas—. Baja la voz y no te tomes esto a broma —dijo luego—. Osuna es un hombre de Estado. Recuerda la que montó en Niza hace un año. Asesinaron a uno de sus secretarios y él, en represalia, invitó a un banquete a todos los principales del lugar y luego los mandó degollar.

—Eran franceses —dije yo en su descargo—. Hugonotes —añadí por si así la cosa resultaba más aceptable.

—Ya. Pero suena a Godo. Una nueva versión de la campana de Huesca. Te digo que no ganas nada importunándolo. Si él es Avellaneda, mejor que dejes las cosas como están.

—No es que sea él, ya has oído a Luís...

—Me has entendido. Cuentan que una vez mató en una riña a un mercader flamenco y pagó 3.000 ducados a su familia para silenciar el asunto. En otra ocasión mató a un soldado y dio orden de que se diese 300 ducados al padre del muerto. Todo se hizo según sus órdenes sin mayores complicaciones. A cada uno según su valor. Y a ti... ¿cuánto crees que le costaría hacerte matar?

Intenté pensar una suma, pero ninguna me pareció justa ni razonable.

—O mejor aún, ¿cuánto recibirá tu familia cuando se dé el gusto de matarte personalmente?

—No tengo familia.

—Lo sé. ¿Te das cuenta de lo barato que resultarías?

A pesar de haber brotado de mi garganta, sentí ese «no tengo familia» como un golpe de vergajo. No era la idea de que mi muerte pudiera salirle de balde a mi asesino, ni siquiera es cierto que no tengo familia (aunque lejano, Ximenet es mi primó, un primo que nunca entendería que nadie tuviera que indemnizarle por acabar con mi vida, pero primo al fin y al cabo), lo que me ocurrió fue que en aquel momento comprendí lo que debía de sentir don Miguel al verse acusado por Avellaneda de carecer de amigos. Recordé entonces mi promesa de hacer desaparecer su soneto del *Viaje al Parnaso* y me propuse pasar por la imprenta en cuanto saliera a la calle.

Alargué la sobremesa todo lo que pude. El comedor se fue vaciando hasta que sólo quedaron ocupadas un par de mesas con parroquianos que estiraban su cuartillo de vino en espera de que atemperara la solanera. En los ratos en que Chete los atendía se me cerraban los ojos y daba pequeñas cabezadas. A pesar del sueño ordené mis pensamientos y los pasos que debía dar a continuación. Ante todo, estaba claro que tenía que ver a Lope de Vega. Desde el primer momento, por uno u otro motivo, todo apuntaba en su dirección. Llevaba varios días demorando el encuentro, y lo peor es que no tenía ni idea de cómo acercarme a él. Quizá pudiera lograr una cita a través de Medinilla, o hablar con Almansa a ver si se le ocurría otra solución. No se extrañe, un cortesano que se precie suele conocer mejor a los enemigos que a los amigos. Pero también tenía claro que antes de abordar al Fénix debía prepararme a conciencia, informarme adecuadamente de unas cuantas cosas, como quién era la tal Osorio de la que había hablado Medinilla o de qué trataba la obra de teatro que le había encargado el duque de Osuna. Este último asunto me pareció el medio más prometedor de tender un puente entre nosotros, así que me despedí de Chete y salí a la calle dispuesto a encontrar al comediante conocido como Valenzuela.

El sol ya no estaba en lo alto, pero aun así bajé de sombra en sombra hasta la plazuela de Antón Martín. La mesa de enganche seguía instalada bajo el toldo del bodegón de Gaspar de Torres, pero los hombres se habían dado un respiro y dormitaban en el interior del local. Las cajas descansaban en el suelo con los palillos cruzados sobre los parches y la enseña de la compañía colgaba pesadamente de su vástago como un sello de plomo. El calor parecía haber consumido el aire de la plaza dejando un aroma de verduras fermentadas. El mercado estaba silencioso. La mayoría de los campesinos habían vuelto ya a sus huertas del Guadarrama, y los pocos que quedaban aguantaban inmóviles bajo la escasa protección de sus toldos. Sin embargo, aún era pronto para encontrar a nadie en el mentidero de los artistas, suele ser esa gente de la noche y la hora era más de despertar que de paseo. Tenía que hacer tiempo, así que, ya que estaba al lado de la calle Atocha, pensé en cumplir mi palabra.

En la imprenta estaban todos trabajando. Como de costumbre, Salazar ocupaba el



cajón central. Allí, inmóvil con una palmatoria a cada lado, parecía un Dios pagano en un altar secreto.

—¿Vienes a cobrar? —me dijo despectivo sin levantar la vista de sus papeles.

—Entre otras cosas —contesté.

Aunque ya estaba acostumbrado a su tono, no dejaba de molestarme el que considerara que todos los que trabajábamos allí éramos una especie de mercenarios ilustrados y que el único que de verdad amaba y respetaba la letra impresa era él. Lo que me molestaba no era que lo pensara, sino que tuviera razón. Para mí aquello no era más que una ocupación temporal —pese a carecer de perspectivas reales de dedicarme a otra cosa— y no dejaba de sentir cierta envidia por el modo en que Salazar apreciaba los libros.

Salazar tiró de una pequeña gaveta semioculta bajo el tablero de su mesa, sacó un envoltorio de papel con mi nombre y me lo tendió.

—Cuéntalo —me dijo—. Estamos en paz.

No le di el gusto y me lo metí en el jubón sin siquiera abrirlo.

—Tengo un recado de don Miguel —dejé caer. Él me miró como si no supiera de quién estaba hablando—. Me ha pedido que retire un soneto del *Viaje al Parnaso*.

Salazar siguió mirándome, aunque yo hubiera jurado que no me veía. Como no decía nada, me vi obligado a justificar mi solicitud.

—Ahora resulta que no le gusta, es por algo que dice Avellaneda, le ha molestado... no sé...

Empezaba a ponerme nervioso, pero en vez de callarme acabé liando un poco más el asunto.

—Es terrible la soledad —dije sin venir a cuento.

Entonces, cuando ni yo mismo sabía de qué estaba hablando, Salazar decidió contestarme.

—¿Traes una carta suya?

Me quedé desconcertado. Negué con la cabeza.

—Don Miguel está enfermo, no tiene fuerzas ni ganas de escribir ninguna nota. Me pidió que lo retirara y punto.

—El *Viaje* está a medio componer. No puedo retirar una página sin orden expresa de Cervantes o de Robles. Además, el trabajo está hecho y alguien tendrá que pagarlo.

—Pero él me ha pedido...

—Escribe tú la carta y que te la firme. Para firmar sí tendrá fuerzas, ¿no?

Salazar sonreía con sus dos sonrisas, con la pequeña de la boca y con la grande y lunar que dibujaba el mentón al hundirse en el bocio. Le había alegrado la mañana.

—¿Te importa que deje una nota en el original para recordar al cajista que retire el soneto en cuanto traiga la carta?

Salazar se encogió de hombros, lo que tomé por un sí. Me senté un momento a la mesa de los correctores y escribí una nota en la que expuse el deseo del autor de que se retirara el soneto en cuestión. Luego pregunté quién estaba trabajando en el *Viaje* en

aquel momento, Salazar me envió a una de las cajas, rebusqué en el cartapacio que contenía el original, localicé el soneto y le cosí mi nota con un alfiler. Por lo menos me quedé con la sensación de haber hecho algo.

Volví a la calle dispuesto a pasear pacientemente. Me entretuve ante una tienda de postizos, los pelos de muerto siempre han ejercido sobre mí una intensa atracción-repulsión que no puedo controlar, y fui atacado por las ocas que han hecho de la plazuela de San Juan su territorio. Un poco más allá, dos hombres discutían porque el mastín de uno había despedazado a una cerda del otro. El cadáver del animalito yacía a sus pies destripado y casi partido por la mitad. Al perro no se le veía por ninguna parte. Al pasar por delante de Nuestra Señora del Loreto, el hospicio para niñas abandonadas, me fijé en una escalera de madera enorme tumbada a lo largo del muro y me pregunté si las monjas irían a hacer obras en la fachada, o para qué diablos querrían esa escalera. Antes de meterme por la calle del León eché un vistazo al hospital de San Juan de Dios y me pareció ver en una ventana a una mujer que se parecía muchísimo a la tía de Isabel. Eso no puede ser, me dije perplejo, y volví a mirar con más atención, pero quien fuera se había retirado de la ventana. Bajé y subí varias veces la calle del León, desde Antón Martín hasta la calle del Prado, despacio, pensando en Isabel (tenía gracia que me agobiara tanto como para imaginar a su tía en el hospital de sifilíticos) y en el mejor modo de abordar al tal Valenzuela, si lo encontraba. Media hora más tarde empezó a aparecer gente y a juntarse en corrillos por las esquinas de la calle.; El barullo fue creciendo poco a poco. Predominaban los hombres, aunque también había mujeres, comediantas en su mayoría. Yo me iba fijando en unos y otros, y ninguno me parecía que tuviese cara de caballo. Mejor dicho, ninguno más que los otros, así que decidí preguntar. En el primer grupo nadie lo conocía. En el segundo no supieron decirme quién era Damián, pero me señalaron rápidamente a «Valenzuela».

La primera vez que lo vi estaba de espaldas charlando con otros tres tipos en la esquina de la calle de Francos, precisamente en la que vive Lope de Vega, aunque sea más conocida por su reputada mancebía. Parecía pequeño aunque ancho de espaldas, se cubría con capa larga a pesar del calor y llevaba un chambergo de alas sueltas que dejaba su rostro en sombra. «Disculpe», dije tocándole el hombro, y en mala hora porque se revolvió con una daga en el puño. Me llevé un susto de muerte, di un paso atrás y extendí mis manos para que viera que no iba armado. Bueno, sí iba armado, pero no tenía intención de pelear.

—¡Eh!, ¡eh!, ¡eh! —grité antes de que descargara el golpe.

Valenzuela retuvo la cuchillada y se quedó mirándome fijamente. Sus amigos se habían echado hacia atrás abriendo un círculo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó sin bajar la guardia.

—Isidoro Montemayor, para servirle —contesté intentando aparentar seguridad.

—¿Qué quieres?

—Soy amigo de don Luis Vélez de Guevara. Él me dijo que tal vez usted podría

ayudarme.

El que lo tratara de usted pareció hacerle gracia, porque me devolvió el tratamiento. Supongo que en su mente se empezaba a abrir la posibilidad de que no fuera un asesino contratado para liquidarlo.

—¿De qué conoce a don Luis?

—Somos viejos amigos —puntualicé—. Yo también soy poeta.

No sé por qué dije eso para dos malos versos que he escrito. Un error, porque si algo desprecian los comediantes es a los poetas desconocidos. También hay que comprenderlo, los pobres no tienen oportunidad de despreciar a mucha gente. A Lope no, desde luego, ni a Luis Vélez, ni a fray Gabriel Téllez, si me apura, pero a los demás tienden a considerarnos a la misma altura que a las prostitutas. Y razones no les faltan. Los que no hemos conseguido entrar de secretarios en ninguna casa llevamos una vida tan movida como las *maletas*, que es como llaman los soldados a las putas que siguen al ejército a la cola de los bagajes. Pero aquella salida tuvo al menos la virtud de relajarlo un poco. Forzando una media sonrisa, guardó el cuchillo en una funda que llevaba sujeta al antebrazo bajo la camisa y apoyó la mano en el pomo de su espada, que basculó en el tahalí alzando la capa por detrás.

—Disculpe —dijo—, ando un poco inquieto estos días. Cosas del viento. Yo me crié en las islas y aún no he conseguido librarme del mistral. A veces tengo la sensación de que el viento gira dentro de mi cabeza a una velocidad vertiginosa, y entonces me pitan los oídos y hago tonterías.

—Vaya, me alegra que no sea nada personal. Temía que me hubiera confundido con quien no soy y me asestara una estocada en previsión de mayores.

—También.

—¿Un marido? ¿Un acreedor? ¿Un competidor? ¿Un padre?

—Algo de eso —dijo torciendo el gesto.

No había empezado nada bien. Si quería saber cuál era su punto débil debería empezar de nuevo la lista de pretendientes a trincharlo y que fuera negando uno a uno, pero me pareció innecesario. Como me vio dudar, fue él el que preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

A estas alturas el corro de sus amigos ya se había rehecho un par de pasos más allá, así que me tomé la libertad de indicarle con una seña que me acompañara en un corto paseo. Él aceptó y se puso a mi lado. Dio los primeros pasos remiso y silencioso. Pensé que así no iba a sacar mucho y entonces recordé el comentario de Vélez. Le propuse tomarnos un par de jarras de vino en La Carbonera. Increíble cómo avivó el paso, entramos en Huertas a zancadas y no se detuvo hasta que plantó un pie en el zaguán de la mancebía.

La Carbonera es una mancebía limpia y confortable que cumple todos los reglamentos de salubridad y orden público. En ella se ganan la vida de quince a veinte pupilas, todas solteras, mayores de doce años y que han acreditado ante un juez la pérdida de la virginidad. Además, en prevención de conflictos, ninguna es natural de Madrid ni vive aquí su familia, si es que la tienen.

El edificio no es muy grande y está dividido en dos plantas. En la de abajo se encuentra la cocina y un bodegón —ilegal, claro, ya se sabe que en los burdeles, igual que en los garitos, está prohibida la venta de alimentos y alcohol— con unas cuantas mesas para el alterne. La de arriba está compartimentada en habitáculos de madera como cajones que llaman *boticas*. Cada uno está amueblado con una cama, un pebetero, una palangana y una silla bajo un perchero de pared. El propietario tiene arrendadas las *boticas* a tres *padres*, que a su vez las subarriendan a las mujeres. Los *padres* se encargan de todo lo relacionado con el buen funcionamiento del negocio; administran, mantienen la infraestructura, cuidan de sus pupilas (una de sus obligaciones es facilitarles una revisión médica cada quince días), atienden los caprichos de los clientes y colaboran en lo posible con los alguaciles de Casa y Corte, tanto en asuntos policiales como con pequeñas ayudas para que lleguen con holgura a fin de mes.

Cuando llegamos Valenzuela y yo todavía era temprano. Había pocos clientes, los músicos estaban de tertulia y las mujeres charlaban distraídas entre las mesas. No había muchas, la mayoría aún estaban durmiendo. La iluminación era muy pobre, apenas un par de candiles, la penumbra distraía del calor, pero al poco de sentarnos empezamos a sudar. La primera que se nos acercó fue una mujer talludita, pasados los cuarenta, a ver qué se nos ofrecía. Iba maquillada como las demás, el rostro y el pecho blanco de albayalde y los labios rojos como supuse que llevaría los pezones y la vulva, además de afeitada. Un cono con vello es algo reservado a mujeres decentes que no hacen uso de él para ganarse la vida, pero las furcias lo llevan rasurado como el cráneo de un galeote. Claro que hay putas que no se rasuran para parecer decentes, que a veces sacan más haciéndose las estrechas que dándoselas de anchas.

Pedí dos cuartillos de vino y pregunté por Oleiros. La mujer hizo una mueca y me dijo que esperara. Al rato trajo el vino, insistí en ver a Oleiros y me contestó que ya estaba avisado y que vendría en cuanto pudiera. Hasta aquel momento Valenzuela y yo no habíamos cruzado prácticamente más palabras que las de la presentación, así que me esforcé en entablar una conversación natural que facilitara el ir metiendo cuñas del tema que me interesaba. Hablamos de la amistad que nos unía a don Luis, de la vida del teatro, de los componentes de su compañía, de lo difícil que era conseguir una buena obra de teatro para estrenar, de si merecía la pena la mujer de cuyo marido esperaba venganza, que a eso confesó que se debía su reacción al conocerme... Curiosamente, en

ningún momento me pareció ver en él ningún gesto equivo. Al contrario, aunque le faltaban dos dientes era bien parecido y de mirada despierta.

—¿Por qué le llaman Valenzuela? —pregunté al fin lleno de curiosidad.

—Cosas de críos. Fue en Nápoles, cuando era un chaval. Formaba yo parte entonces de una gangarilla, que es una compañía formada por tres o cuatro hombres y un muchacho que hace el papel de mujer. Yo era el muchacho. No nos iba mal, representábamos entremeses en los bodegones y en las plazas de los pueblos. Un día actuábamos precisamente en un bodegón y un grupo de soldados borrachos empezaron a bromear y a meterse conmigo, no creían que fuera varón y hablaron de darme un tiento para comprobarlo. Por suerte yo ya estaba curtido en pendencias, y tan pronto el primero puso un pie en el estrado le metí mi daga por la boca hasta el puño. Cayó desplomado emitiendo un gorjeo ridículo. Su compañero lo miró atónito sin acabar de creer lo que veía, se giró para atenderlo y entonces yo salté sobre él y le apuñalé tres veces en los riñones. Los demás abandonaron el local a la carrera. Mis compañeros me felicitaron por la entereza que había demostrado. En italiano valor se dice *valenza*, así que, como era pequeño, empezaron a llamarme Valenzuela.

Tragué saliva. Valenzuela hablaba sin emoción, dando tragos cortos a su jarra de vino y sin desviar la vista de las mujeres.

Un tipo de cara grande y espalda cargada se acercó a nosotros. Caminaba despacio, con los brazos extendidos a lo largo del tronco y las palmas de las manos hacia atrás.

—¿Querían verme?

—¿Es usted Oleiros? —dije poniéndome en pie y ofreciéndole mi mano. El la estrechó sin apretar. Una mano rígida y blanda para una mole de ciento treinta kilos.

—A su *servigio* —contestó con sibilante acento portugués.

Lo cogí suavemente del codo y lo llevé a un aparte para mantener una breve charla en privado.

—Verá, señor Oleiros, soy amigo de don Luis Vélez de Guevara...

—Los amigos de don Luis son siempre bienvenidos.

—...él me ha dicho que usted podría ayudarme.

—Por supuesto, no tiene más que pedir, lo que esté en mi mano...

—Es para mi amigo... —dije señalando a Valenzuela de reojo—. ¿Qué tal esa muchacha del moñito?

Me refería a una mujer entrada en la veintena, con corpiño ajustado y las tetas blancas y sueltas bajo la camisa medio abrochada.

—La Sultana. Buena elección. Para la cama es muy briosa —dijo en tono moncorde.

—Yo había pensado prolongar los preliminares, hay algunas cosas que aún tenemos que hablar... ya me entiende —dije soltándole un real.

—Pues entonces no se la recomiendo, que esa peca a lo jabalí y en tres minutos te deja el asunto como un muslito de pollo el primer lunes después de cuaresma.

—Entonces...

—Lleve a la Tronera, la del pelo suelto —dijo señalando una moza de pelo claro que estaba sentada sola en el extremo opuesto de la sala.

—¿Es nueva?

—No, pero es que no tiene voluntad. Chupa como si sorbiera un huevo crudo —aclaró—. Una pena, porque guapa lo es un rato.

—De acuerdo.

Oleiros levantó el brazo e hizo un gesto a la Tronera para que se acercara.

—Por cierto —le dije antes de que llegara la muchacha—, quiero felicitarle, se ve que el negocio está muy bien llevado.

—Eso pretendemos —respondió con un cierto deje de aburrimiento.

—¿Quién es el propietario? Si es de alguno de mis conocidos, en cuanto lo vea alabaré su discreción al haber confiado en usted.

—No es necesario, mi señor el duque siempre se ha portado muy bien conmigo.

A juzgar por las insinuaciones de Vélez ese duque podía ser Medinasidonia, pero tenía que asegurarme.

—Me consta —dije con mucha seriedad—. Don Alonso es muy generoso, por sus venas corre la sangre de los Guzmanes.

—Y usted que lo diga.

Así que era cierto. Medinasidonia, alcahuete. ¡Qué jodido, don Miguel! De modo que por alcahuete no deberían enviar a la gente a remar a galeras sino a mandarlas. Parece que al duque almirante, el que se marea en cuanto pone un pie en la cubierta de un barco, se le meten a putas las criadas por el bien de la Casa. Al menos en eso puede que tenga futuro, porque como almirante, bien que la hizo. Aunque no todo fue culpa suya. Cuando murió Santa Cruz deberían haber replanteado la campaña de la Invencible, pero su majestad no atendió a razones pese a haber constatado poco antes, merced a la incursión de Drake en la inerte bahía de Cádiz, que la armada inglesa estaba compuesta por barcos mucho más ligeros, más maniobrables y mejor artillados que los nuestros.

Se unió a nosotros la muchacha, cogió las frascas de vino y nos precedió hasta su *botica*. En el piso de arriba reinaba la penumbra. Olía a cerrado y a sudor. En uno de los habitáculos se habían dejado la cortinilla abierta, y llegamos a ver a un tipo que gruñía a medio vestir entre los blancos muslos de una mujer sofocada más por el peso que por la excitación. Las maderas crujían bajo sus embistes, que amenazaban con echar abajo todo el tinglado. Otra joven, sentada en un taburete en la puerta de su *botica*, contemplaba la escena con indiferencia mientras se retocaba los afeites de la cara.

—¿Qué es lo que celebramos? —preguntó Valenzuela arrojando el sombrero sobre la silla.

En un momento se había despojado del tahalí y la capa y se empezó a aflojar los machos de los valones.

—Tengo entendido que has hecho un encargo a Lope de Vega —dejé caer.

—De eso no puedo hablar —dijo muy serio, y luego se dirigió a la muchacha—. Fuera todo, vamos, quiero verte desnuda.

—¡Oh!, venga —protesté interponiéndome entre ambos.

La joven se aflojó un poco las agujetas de la cintura y el vestido cayó a sus pies. Era verdaderamente hermosa. El cuerpo era algo más oscuro que el rostro —artificialmente blanqueado—, y los labios y pezones formaban tres vértices rojos de un triángulo imaginario. La vulva quedaba oculta entre las piernas y el rapado monte de Venus sobresalía carnoso como el moflete de un niño. En aquel momento me recordó una representación de la primavera surgiendo de su concha, tal y como la pintó no recuerdo qué pintor italiano.

—En serio, no puedo hablar —dijo Valenzuela ensimismado—. Es un trato que he hecho con Lope.

—Alguien pagará el encargo —insistí.

—Yo.

—¿Con tu dinero? Mujer no tienes.

Dije aquello con intención de hacerle saltar, ya se sabe que el mejor sistema para que una compañía consiga obras de Lope es que éste se encapriche de su primera actriz. Tampoco era nada deshonoroso, a esas alturas Lope se había acostado ya con la mayoría.

—Sí.

—Sí, qué. ¿Acaso tienes mujer?

—Que sí, con mi dinero.

—¡Venga ya! ¿No será dinero del duque de Osuna?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe —mentí—. Pregunta luego en la calle si no me crees.

Me aparté y dejé que la Tronera avanzara sobre él. Valenzuela se recostó hasta



apoyar la espalda en el tablero que servía de separación entre las *boticas*. Al hacerlo se le abrió la camisa y asomó el sexo señalando su garganta. La muchacha empezó a hurgarle entre los muslos mientras a él se le oía murmurar: «Vamos, vamos...»

—Pues si sabes tanto, ¿para qué me necesitas? —preguntó ansioso de que desapareciera de su vista.

—Quiero saber sobre qué escribe Lope.

—Imagínalo.

—No basta —dije sentándome a su lado y poniendo un dedo en la frente de la muchacha que en aquel momento se disponía a actuar sobre su cliente.

—Algo sobre los antepasados del duque —confesó éste irritado.

—Impreciso —dije yo retirando el dedo.

—Para eliminar un malentendido.

—Insuficiente.

La muchacha parecía tocar una flauta sin ganas. Tenía razón Oleiros, conocía bien a sus pupilas. Aquella mujer era preciosa pero resultaba enervante.

—Algo que ocurrió hace un par de siglos —dijo Valenzuela trayendo hacia sí la cabeza de la chica. La Tronera abrió mucho los ojos y se le dilataron las aletas de la nariz.

—Que es... —susurré yo volviendo a poner el dedo en su frente.

—Don Rodrigo Téllez Girón.

—¿Quién?

—¡Don Rodrigo, coño, el gran maestro! ¡Y tú a ver si te aplicas, guapa!

Me levanté dispuesto a dejar solos a los amantes, con la sangre un poco caliente, lo reconozco. Uno puede aparentar indiferencia, pero ver cómo se trajinan a otro siempre despierta ciertos apetitos. Eché un vistazo a mi bolsa, no quedaba mucho pero recordé el envoltorio que me habían dado en la imprenta, lo tanteé bajo el jubón y lo saqué con avidez. En ese momento Valenzuela aulló como si le aplastaran los pulgares. Yo aún estaba en el pasillo junto a la botica, dudé si entrar y reclamar mi turno, pero luego recordé una máxima de obligado cumplimiento: el único cómico que es inevitable que te preceda en la cama de una mujer es su marido, pero no siendo ése el caso es mejor evitarlo, que es gente de muchos caminos y pisa muchos barro. Volví pues abajo en busca de la Sultana —eso de que pecara a lo jabalí me había sonado bastante alentador—, y fue ella la que me propuso el numerito de la Sala de Ordenes. Yo hubiera preferido algo más sencillo, sobre todo porque, de haber seguido mi inclinación, quizá nos hubiera dado tiempo a acabar antes de que nos interrumpieran, pero me dejé llevar. Está claro que lo mío con las mujeres no tiene arreglo, me manejan a su antojo. Sólo me queda rezar para no caer en manos de desaprensivas. El asunto de las Órdenes consistía en que disponían de un armario con uniformes de las distintas Ordenes Militares (Alcántara, Calatrava, Santiago, San Juan), para que las putas se disfrazaran. Según me contó la Sultana (al ver mi reticencia a participar en ningún jueguecito que pudiera llevarme a la hoguera), el uso lúdico de tales enseñas no podía considerarse sacrílego

por cuanto se trataba de donaciones de los propios caballeros a quienes excita sobremanera copular con mujeres ataviadas de esa guisa. No me pregunte por qué, ni quiera saberlo. En fin, reconozco que la Sultana desnuda bajo una capa de calatravo tenía un efecto explosivo.

Para qué extenderme más. Ahora no recuerdo exactamente la secuencia de los acontecimientos, pero creo que cuando empezó el jaleo yo estaba tumbado en la cama boca arriba entre las piernas de mi dueña, que se contoneaba ataviada tan sólo con una gola enorme y un jubón desabrochado con la cruz de Santiago al pecho. De pronto se oyó un gran barullo en el piso de abajo, gritos, carreras. La Sultana saltó al suelo, descorrió la cortinilla y se asomó a ver qué pasaba.

—¡Mercurio! —dijo al pasar una joven muy excitada—. ¡Ha llegado Mercurio!

La Sultana se quitó su disfraz en un santiamén, se enfundó la saboyana con la que atendía a los clientes en el bodegón y desapareció corriendo. Yo no entendía nada. No se oía ruido de pelea, más bien eran risas y música. Al momento apareció Oleiros dando voces de que desalojáramos el local.

—¿La ronda? —pregunté por decir algo, porque una redada era impensable en un local de su excelencia que contaba con todas las bendiciones.

—Lo siento, pero tiene que largarse —insistió Oleiros.

—Es que aún no he acabado —protesté.

—Eso no es asunto mío. Tiempo ha tenido de sobra. Si no ha podido...

—Oiga, que yo no he dicho eso, pero es que no me ha dado tiempo a nada.

—Vuelva otro día.

—¡Pues no pienso pagar! —dije airado mientras me ponía la camisa.

De un manotazo Oleiros me lanzó contra la tablazón de la *botica*. El estruendo del choque resonó en toda la casa. Al final sus manos no eran tan blandas como parecían.

—Atiéndame bien, don fulano, que ya soy viejo para perro muerto.

—Isidoro.

—Don Isidoro, si así gusta que le llame, arreglémonos como gente de bien y tengamos la fiesta en paz.

Oleiros hablaba con la misma desgana con la que describía las habilidades de sus protegidas, pero su actitud contradecía su voz. Se había colocado de medio lado cubriendo la puerta de la botica con el brazo derecho oculto tras su espalda y me dedicaba una mirada zahína, de abajo arriba, buscando el camino más corto hacia mis tripas.

—Ese es mi nombre —dije dignamente—. ¿Puedo saber a qué se debe el desalojo? —pregunté dando por terminado el pleito y rebuscando la bolsa entre mi ropa.

No sé si pensará que hice mal, pero yo creo que no hay cadáver más triste que el que aparece ensangrentado a la puerta de un burdel. He visto demasiados casos. No importa la estirpe, las batallas ganadas, los países conquistados. Una muerte como ésa degrada una existencia. En una fracción de segundo pasas de prócer a chascarrillo jocoso para relleno de gacetilleros. Es el reverso del *bel morir*. *Un vil morir tutta la vita*

*disonara.*

—Don Juan de Tassis acaba de cerrar el local para una fiesta privada —decidió confiarme el jaque al ver mi buena disposición.

—¿El conde de Villamediana? ¿En Madrid?

Aquello sí que era una noticia increíble. Claro, Mercurio. Así es como gustaba llamarse a sí mismo: Mercurio el mensajero de Júpiter. Júpiter no era otro que el rey Felipe y él era su correo mayor.

—Acaba de llegar de Nápoles —aclaró Oleiros—, y al parecer viene con ganas de juerga.

La llegada a la Corte del conde de Villamediana podía añadir un poco de sal a mi búsqueda. Yo no conocía personalmente a don Juan, pero había oído y leído muchas de las composiciones poéticas que se le atribuían, de esas que circulan en billetes de mano en mano. Es divertido y aterrador. Cuenta con la pluma más fina y la lengua más afilada de cuantos poetas conozco, más que don Francisco de Quevedo, si cabe, aunque resulta menos popular porque sus dardos son más sutiles, menos procaces. A veces. Conozco a algunos que hacen ofrendas en las iglesias para no figurar en sus sonetos, y hay hasta quien dice que pasarle desapercibido es prueba de honestidad.

Aquella tarde no pude ver al conde. Tan pronto satisface mis cuentas a gusto de Oleiros fui impelido a abandonar el local por la puerta trasera para no incomodar a su excelencia. Tampoco me importó demasiado. Una vez que te echan de un sitio da igual por qué puerta sea.

Aún no era de noche. El cielo estaba en llamas, las moscas parecían haber emigrado y reinaba un extraño silencio. Un par de viejas vestidas de negro tricotaban medias con cuatro agujas sentadas en tinas sillitas de enea a la puerta de la casa de enfrente. Me miraron con curiosidad, sisearon una gracietta y se sonrieron. Yo me revisé de arriba abajo en busca del chiste pero no encontré nada llamativo aparte de mi expresión de desconcierto. Muy digno, me sujeté la capa por el borde y eché a andar calle arriba.

Al entrar en la calle del León observé una aglomeración cerca de la plazuela de Antón Martín. Nadie me esperaba en ningún sitio, así que me acerqué a curiosear. El cuerpo de guardias suizos había cerrado el acceso a la plaza para dejar paso a una procesión. El rey en persona avanzaba bajo un enorme palio camino del monasterio de Atocha, precedido por una recua de disciplinantes y flanqueado por dos filas de penitentes con hachas de luz. Algo gordo debe haber pasado, pensé en principio, aunque luego me dije que no necesariamente, que este rey sale en procesión por cualquier cosa, desde que la flota de Indias está envuelta en un temporal a que el heredero tiene aerofagia. Fuera cual fuese el motivo, el espectáculo merecía la pena. Toda la Corte, con sus mejores galas, seguía a su majestad. La calle de Atocha parecía un cauce desbordado de plata y oro, una de esas visiones que hacen concebir esperanza y fe en un futuro mejor. No puede ser de otro modo. Vivimos bajo los auspicios de un rey magnánimo capaz de expulsar los demonios de los cuerpos, y no como el francés, que al pobre no le queda más remedio que dar aire a su dudoso privilegio de curar los lamparones.

Para no estar allí parado, di marcha atrás dispuesto a dar un rodeo, y entonces se me ocurrió que era buen momento para hacer la visita que tenía pendiente a Pablo Cimorro. Me encaminé hacia su despacho, pero a los pocos pasos reparé en la hora que

era y decidí que lo más seguro es que se hubiera ido ya a casa. Dudé si dejarlo entonces para el día siguiente, pero al final reemprendí el camino en dirección a la plazuela de la Leña.

La casa de Pablo Cimorro es grande, de dos pisos, de ladrillo rojo y rejas de hierro. Tuve que llamar cuatro o cinco veces antes de conseguir que me abrieran la puerta. Al final lo hizo una de las niñas, que me echó un vistazo y salió corriendo dejándome plantado. En la casa reinaba un desorden total. Esperé unos segundos indeciso, y cuando tuve claro que nadie saldría a recibirme me aventuré por entre la maraña de cajas y baúles que había por el suelo.

—¡Hola! ¡Pablo! ¡Mariana! —grité alternativamente para avisar de mi llegada.

—Adelante, Isidoro, pasa —oí decir a Pablo desde alguna habitación indefinida de la planta baja.

Seguí su voz y me asomé a un cuarto pequeño y sin ventanas con una mesa pegada a la pared sobre la que había dos cofrecillos abiertos y llenos de papeles.

—Dichosos los ojos.

—Lo prometido es deuda. Pensaba pasar por tu despacho, pero se me hizo tarde. Ya veo que si no me llego a dar prisa os hubierais ido antes de que viniera.

—No hombre, aún quedan varios días para la partida, pero ya sabes cómo es recoger una casa con tres niños.

Afortunadamente no lo sabía, pero asentí como si fuera cosa que yo hiciera cada lunes y cada martes.

—¿Vais por tierra? —pregunté imaginando que haría falta una caravana sólo para el equipaje de esa familia.

—No, iremos por barco.

—El canal no es seguro.

—Más que los caminos de Francia. Además, estamos en paz con Inglaterra. Al menos por ahora.

—¿Crees que son de fiar los ingleses? ¿Y los corsarios?

Cimorro se encogió de hombros.

—Ningún inglés es de fiar —dijo—, pero no viajaremos en un galeón. Además, mientras Gondomar tenga la llave de la cebada...

—¿Gondomar, el embajador en Londres?

—Claro.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Todos los que pintan algo en las Islas reciben un jugoso emolumento de la Corona española. Desde la condesa de Suffolk hasta los cinco plenipotenciarios que firmaron la paz en 1604, pasando por sir Thomas Blake, secretario de Estado, y el gran almirante lord Nottingham. Gondomar es muy hábil. Y no sólo tiene comprado al gobierno, además mantiene embelesado a su rey Jacobo con la perspectiva de una boda entre el heredero y una de nuestras infantas.

—Eso nunca lo aceptarían los españoles. Nunca con un hereje.

—Ya, pero el inglés no lo sabe.

Cimorro me dedicó una sonrisa enigmática y cambió bruscamente de tema.

—Vienes a arreglar lo del *censo*, ¿no?

—Sí señor, a ver qué puedes darme.

Me acordé en aquel momento de Isabel y me pareció increíble que mi situación económica despertara interés en ninguna mujer. Mis padres sí poseían una fortuna considerable compuesta por varios *censos* (una especie de préstamos con interés sobre distintas propiedades de la comarca donde estaba nuestra casa solariega), y dos *juros*, o aportaciones a los fondos del Estado, por las que periódicamente cobraban intereses. Pero salvo la casa y uno de los *censos*, tuvieron que venderlo todo durante la epidemia. Debieron de pasarlo muy mal. Mi padre era un hombre orgulloso, pendiente de los modos y las apariencias. No cejaba en repetir que cuidara mi aspecto, mis amistades y mi comportamiento, porque tan importante es lo que se es, decía, como lo que se parece. Era un gran hombre, demasiado rígido, quizás, y muy religioso. Lo que más siento es no haber estado a su lado los últimos días, no puedo evitar el pensar que podría haber aliviado su tránsito. Mi madre al menos lo tuvo a él de consuelo, pero él... Un fraile de San Juan veló sus últimas horas. Al final debió de perder la cabeza porque, pese a haber confesado y comulgado, murió murmurando mi nombre y disculpándose por dejarme sin haber solucionado sus asuntos con Dios.

—Mañana pensaba hacer una visita al genealogista.

—¿Todavía crees que don César conseguirá algo?

—Espero que sí, porque necesito la ejecutoria con urgencia. Empiezo a sentirme acorralado, quiero cambiar de aires.

Pablo abrió su bufete y se puso a redactar un poder para cobrar el *censo* en mi nombre. Así funcionamos todos, del hidalgo más miserable, como es el caso, hasta el rey. Todos vivimos a cuenta de un dinero que aún no existe, gastándonos las rentas que no hemos generado, y mientras tanto los banqueros genoveses cobran un porcentaje cada vez más alto por los adelantos.

En el piso de arriba se oía jaleo, carreras, voces infantiles. De vez en cuando llegaba nítida la voz de Mariana, la mujer de Pablo, y la de otra con un acento gallego cerrado que supuse sería la criada, o el ama seca. Por lo que yo sabía contaban con ambas a su servicio, además de una cocinera y un morillero para los recados. Alguien bajó las escaleras, una mujer. La tela de su vestido crujía al rozar los baúles que tenía que ir sorteando.

—Isidoro, qué alegría verte por aquí —exclamó Mariana al entrar por la puerta.

Me puse en pie, sostuve la mano que me tendía, incliné la espalda y pegué la barbilla al pecho. Intenté disculparme por no ir más a menudo a visitarlos, y ella se quejó de que en el futuro aún sería más difícil que nos viéramos. Creo que lo hizo para molestar a Pablo, que le dedicó una mirada cansada y evitó entrar en discusión concentrándose en los papeles.

—Discúlpame, pero tengo que seguir empaquetando cosas —dijo saliendo tan

bruscamente como había entrado.

Ya en la puerta, se volvió de golpe.

—Supongo que te quedarás a cenar —dijo en un tono que no admitía negativas.

—Me encantaría —respondí torpemente.

Me quedé en silencio observando escribir a mi amigo. Ya había terminado el recibo del adelanto que me pensaba dar allí mismo y extendía una letra a cargo de su sucesor en la oficina de Madrid por el resto del importe menos los intereses. Sólo le quedaba redactar el poder por el cual yo le cedía el cobro del *censo*. De pronto me dio un vuelco el corazón, y eso que ya sabía que era zurdo, pero se me olvida de una vez para otra. Le supongo al tanto de lo que se dice de los zurdos, que es gente hecha al revés, incluso hay quien duda de si es gente, pero todos coinciden en que, en cualquier caso, son de mal agüero. Creo que ese sentimiento nace de lo que se cuenta en la Biblia, recuerde que en el día del Juicio los condenados se colocarán a la mano izquierda del Señor, así está escrito y será por algo. Pero a pesar de que tratar de negocios con un zurdo sea como darte de cara con un cuervo u oír a una lechuza, lo cierto es que Pablo Cimorro cuenta con una nutrida y fiel clientela. Yo creo que le salva el no ser pelirrojo, reflexioné, porque zurdo y pelirrojo no sobreviviría al miedo de sus vecinos.

En la mayoría de las casas que conozco, la cena es una comida frugal en la que se da cuenta de los restos del mediodía, pero en casa de Pablo Cimorro la cena es la comida fuerte de la jornada. Y me alegré de que así fuera. Aunque el aparador y el trinchero habían sido ya envueltos con sacos de arpillerá y paja, la vajilla de cumplido y la cubertería estaban aún accesibles. Propuse tímidamente reducir la ceremonia y compartir con ellos sus útiles de diario, pero Mariana insistió en mantener las formas. A pesar del desbarajuste del momento, ordenó a la criada armar una mesa para Pablo y para mí en una habitación casi vacía del primer piso y extender a sus pies una alfombra y unos almohadones para ella y los pequeños. Los Cimorro son bastante clásicos para esto de las comidas, y salvo en casos de gran gala y riguroso protocolo, las mujeres y los niños cenan en el suelo. Pablo y yo nos instalamos uno frente al otro, como si los demás no existieran, nos lavamos las manos en el aguamanil que nos ofreció la criada y dimos buena cuenta de todo lo que pusieron sobre la mesa: menestra bien cargada de pimienta y azafrán y salpicón de vaca con cebolla. Para postre Mariana ordenó sacar un dulce de membrillo delicioso, que nos dejó terminar en solitario mientras ella supervisaba el acostado de los niños.

Pablo me ofreció una pequeña cajita de plata con afiladas biznagas. Cogimos una por cabeza y nos dispusimos a pasar un rato charlando entre labios y con media boca cerrada.

—¿Dónde vais a vivir? —le pregunté en cuanto nos quedamos solos.

—Ámsterdam.

—Es una ciudad protestante.

—Precisamente.

—¿Lo aguantará? —pregunté refiriéndome a Mariana.

Pablo miró al techo, como si pudiera ver a su mujer a través de la tablazón.

—Seguro —afirmó con rotundidad—. Mejor que yo. Es una mujer muy fuerte.

—Estos últimos días no se oyen más que rumores de desgracias. Te habrás enterado de que Spínola ha invadido el ducado de Cleves-Juliers, ¿no?

—Hace mucho de eso —dijo como si le citara el cerco de Numancia.

—Las noticias tardan en llegar —dije a modo de disculpa.

—¿Quieres saber la última? —preguntó él. Yo asentí—. Pues que Mauricio de Nassau ha hecho otro tanto al frente de un ejército de calvinistas.

—¿Quieres decir que ahora mismo hay 40.000 hombres armados en Cleves-Juliers?

—Mirándose. Esperando una orden para degollarse unos a otros.

Me acordé de la procesión del rey. No hacía falta ser muy listo para saber por qué el rey había decidido ir a hacer unas rogativas a la Virgen de Atocha.



—¿Tú crees que habrá guerra de nuevo?

—Sin duda.

—¿Cómo es que aquí nadie dice nada? Por eso hay tantos soldados exultantes por las calles. Esos sí que parecen saber lo que se avecina.

—Los buitres detectan la carroña a gran distancia. De todos modos sí hay gente que lleva tiempo avisándolo, lo que no hay es nadie dispuesto a escuchar. La Corte entera está sorda y ciega y entregada a sus desmanes. El mismo valido ha desestimado una propuesta de traer a Castilla artilleros alemanes para poner a punto nuestro ejército, con el argumento de que para qué, si hay paz. Su inconsciencia nos costará cara.

—A Lerma le preocupa más salvar su pellejo que la política del Imperio. He oído que piensa hacerse cardenal. Pero los banqueros sí se preparan, por lo que se ve.

—¿Recuerdas la última gran inflación? Las deudas de la Corona eran tan abultadas que decidieron emitir una ingente cantidad de moneda de vellón hecha con metal devaluado, una aleación sin apenas nada de plata. Antes de que el mercado se percatara compraron rápidamente materia prima exportable, lana sobre todo, para venderla fuera por moneda de buena calidad. De ese modo lograron pagar sus deudas, pero provocaron un caos trágico en el mercado interior.

—Cierto —dije asintiendo con la cabeza—. Los precios se multiplicaron por diez.

—Y por más en muchos productos.

—¿Es que ahora se teme algo parecido?

—Las guerras siempre son causa de convulsiones. Lo importante es que no te cojan de improviso.

—Ya veo que tu jefe es previsor.

—No es el único. Los tambores de guerra suenan fuerte. En estos días el mercado monetario se está saturando, nadie quiere dinero en metálico, todo se invierte en materias primas. Pronto habrá escasez. No verás a banqueros hacer negocios que no sean en oro o plata. Las monedas pequeñas están malditas.

—¿Todo por el asunto de Flandes?

—Y la Mamora, y Montferrato. Para todo hace falta dinero.

—He oído decir que si Osuna fuera nombrado virrey de Nápoles se solucionaría todo.

—Se lo habrás oído a algún soldado en alguna taberna, me imagino.

—Más o menos.

—Lo bueno de Osuna es que tiene una idea muy clara de quién es el enemigo. Sabe que hay que neutralizar a Carlos Manuel de Saboya porque no podemos permitir que acose a Milán y que amenace con interrumpir nuestra vía de comunicación con Flandes, y sabe también que la República de Venecia está de parte del saboyano.

—Eso no lo entiendo, los venecianos no se juegan nada en Milán.

—Lo hacen para alejarnos del mar, para mantenernos ocupados en el continente y que de ese modo no podamos inmiscuirnos en los acuerdos que mantiene con la Puerta y quebrar su monopolio sobre los puertos bajo control turco de Levante.

—¿Es ése el motivo por el que Osuna quiere construir una flota?

—Sí. Su política va encaminada en tres direcciones. En primer lugar piensa financiar a los uscoques, unos piratas albaneses, para que hostiguen a las naves turcas y venecianas que surquen el Adriático. Además pretende dotar a Nápoles y Sicilia de una flota permanente de 40 galeras, 22 galeones y 2 galeazas, y por último proyecta ampliar y mejorar el puerto de Bríndisi, al sur de Nápoles, para ofrecerles a los turcos, el gran enemigo, un destino seguro para sus mercancías.

—Un modo expeditivo de echar a Venecia a un lado.

—Sí, muy de Osuna. Pero a mi modo de ver, es más una fantasía que otra cosa. Y no sólo por el coste de construir los barcos, sino de poderlos usar eficazmente. Las galeras se mueven a remo, como mínimo cada una requiere unos 200 galeotes. 40 galeras, 8.000 hombres, esclavos o reos. ¿De dónde los piensa sacar?

—De todos los penales de España, supongo.

—No creo que Osuna triunfe donde fracasó el gran Felipe.

—¿A qué te refieres?

—Después de Lepanto, Felipe II se hizo con unas 70 galeras turcas como botín de guerra, a añadir a las más del centenar suyas que sobrevivieron a la batalla. En aquel momento pudo haberse hecho dueño absoluto del Mediterráneo, pero le faltaron galeotes. En total fueron más de 150 las galeras que quedaron fondeadas, porque don Juan de Austria, en el calor de los preparativos del gran día, prometió la libertad a los penados cristianos que colaboraran en la victoria. Más de 15.000 galeotes se liberaron de sus cadenas ese día, y con ellos se fue al traste la ventaja obtenida a tan alto precio. Hizo entonces el rey un llamamiento desesperado a todos los tribunales y cancillerías para que se primara la condena a galeras sobre cualquier otra, y ni así logró más de un millar de nuevos reos, apenas suficientes para dotar cinco naves.

—Entiendo. Pero de todos modos, no será fácil hacer entrar en razón al duque de Osuna.

—Desde luego que no, y menos ahora que está en el punto crítico de su campaña. A todo el mundo le gusta oír cómo planea humillar a turcos y venecianos.

—¿Cómo sabes eso del punto crítico de su campaña?

—No hace más que hacer fluir oro hacia la Corte. Para regalos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—En los bancos uno se entera pronto de todo. El oro se mueve a través de colegas genoveses, y te puedo garantizar que grandes sumas llegan de Sicilia y se están librando a nombre de Sebastián de Aguirre, agente del duque en Madrid, y de Andrés Velázquez, espía mayor, que se encargan a su vez de repartirlo. Te hablo de decenas de miles de ducados. Osuna se está preparando para engrasar a placer los ejes de todos los funcionarios de la Corona. Hasta está logrando bloquear las protestas que llegan de sus súbditos al Consejo de Italia, y eso que al frente del Consejo está el conde de Lemos, todavía virrey de Nápoles, que no lo puede ver ni en pintura y que si estuviera en su mano lo condenaría al suplicio de Tántalo. Pero no hay problema, don Pedro Téllez

Girón está bien relacionado.

—Y tanto, con el duque de Uceda y fray Luis de Aliaga. El hijo mayor del valido y el confesor del rey.

—Veo que te has informado.

—Supongo que tienes razón en lo de la campaña de Osuna para ganarse a aristócratas y funcionarios, pero ¿qué me dices del pueblo?

—¿Qué quieres decir?

—Hoy he comido con Ximenet y con Luis Vélez. Luis ha sugerido que era posible que Osuna hubiera encargado la segunda parte del *Quijote* como desagravio a las alusiones que Cervantes le hace en la primera.

Cimorro se quedó mirándome pensativo.

—Es posible —dijo al fin.

—¿No te parece ridículo?

—No, qué va. Espera —dijo, y salió de la habitación.

Lo oí farfullar, mover cajas y maldecir el desorden que reinaba en la casa. Cuando volvió traía un folleto en la mano. Me lo tendió y yo leí el título en voz alta:

—«Relación verdadera de la presa que han hecho las galeras de Cilicia, Malta y Florencia en la Marca, donde hacía el Gran Turco una fortaleza, volviendo victoriosos a Mesina.»

Lo ojeé un poco por encima antes de preguntar:

—¿Quién es Manríquez Sarmiento?

Pablo se encogió de hombros.

—Poco importa. Alguien a quien Osuna ha pagado para escribir eso. Lo están repartiendo por palacios, bancos, tiendas y hasta bodegones. Como verás, Osuna se toma interés en airear sus victorias. Vela por su imagen, cuida la opinión del pueblo.

—No me digas que a Osuna le afecta lo que piensa el pueblo.

—Osuna es inteligente y sabe que el pueblo tiene una voz profunda, sobre todo en la Corte. El pueblo cada vez tiene menos reparo en hacerse notar y en demostrar sus inclinaciones.

—Entonces estás de acuerdo con Luis Vélez.

—Sabe bien lo que dice. Al fin y al cabo él mismo se somete a los gustos del pueblo para escribir sus obras.

—¿Es más importante la opinión que la razón?

—¿Y qué es la razón?

No contesté.

—De lo que todo el mundo está seguro es de que el vulgo tiene tripas —añadió Pablo Cimorro—. No hay más que ver la calle para ver sus heces. Ya te digo, creo que es una posibilidad que haces bien en considerar.

Bajé por la calle de la Paz hacia la Puerta del Sol dando vueltas a lo que me había dicho Pablo, en cómo encajaba con lo que yo ya sabía y en qué modo afectaba a mi investigación. Demasiados nombres sonaban con insistencia en mi mente: Lope de Vega, fray Gabriel Téllez, Ginés de Pasamonte, y cada vez con más fuerza don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, de cuya ambición se podía esperar cualquier cosa.

Justo antes de llegar a la plaza tuve una necesidad imperiosa de orinar y, como tantas otras veces, me dirigí al recoveco del lateral de San Felipe, lugar cuyo tufo deja clara su vocación de letrina. Cuál no sería mi sorpresa cuando me topé de cara con una cruz grande de madera con un letrero que rezaba: NO SE ORINA DONDE ESTÁ LA CRUZ. Por un momento miré a mis espaldas pensando que era broma, pero no había nadie para reírse de mi desconcierto, así que imaginé que se trataría de una nueva maniobra del párroco de San Felipe, harto de que todo Madrid meara contra su tapia. Recordé entonces que me habían contado que en las últimas semanas se había puesto muy pesado en las homilías clamando contra lo que él llamaba vicio mingitorio, con el sólido argumento de que el que meaba contra su muro se meaba en la casa de Dios. Tan sensible estaba con ese asunto que amenazaba con acusar de blasfemia ante la Santa Inquisición al que sorprendiera en flagrante acto de desacato. En realidad nadie lo tomaba muy en serio, y el recoveco seguía y sigue recibiendo el mismo uso de siempre, pero el detallito de la cruz de aquella noche me pareció de mal gusto.

Me fui luego al bodegón de Lazcano a tomar un vaso de aguardiente, y allí escuché a unos soldados comentar la noticia de la ocupación del ducado de Cleves-Juliers, pero la de Spínola, la de Nassau no había trascendido todavía. Yo no dije esta boca es mía, pero tomé nota de la alegría de los soldados por lo que consideraban el fin de las vacas flacas.

—Déme algo, si aún le queda —dijo de pronto una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta y me sobresalté al sentir el contacto de la bubosa de siempre. Tendía su mano derecha ante mis ojos y con la izquierda me tanteaba el jubón.

—Ande, déme algo antes de que la Despeiná le eche mano.

—¿Pero de qué habla? —dije yo agitándome para desasirme de su contacto.

La mujer soltó una carcajada, se atragantó y empezó a toser con desesperación. La boca y la nariz brillaron húmedas de babas. De pronto amagó con una arcada, pero volvió a toser y luego rompió a llorar. Yo creo que no vomitó porque hacía tiempo que no comía nada. Lazcano salió del tinglado y la empujó hasta las sombras de la calle. Los soldados volvieron a su barullo. Yo intenté concentrarme en mis asuntos, sobre todo en la entrevista con Lope de Vega, que no podía demorar más. Había demasiadas preguntas que sólo él podía responder. Hacía una noche deliciosa después del calor insoportable del día, una de esas noches que Almansa adoraba. Como aún era pronto para irme a

casa, se me ocurrió hacerle una visita y preguntarle por la historia esa de la Osorio que se le había escapado a Medinilla y de paso ver si se le ocurría el modo de conseguir un encuentro con el Fénix.

Como no tenía luces, procuré moverme por las calles más anchas y mejor iluminadas, aquellas a las que se abrían los portales de los palacios o principales monasterios de religiosos que colocaban a veces luz en sus dinteles.

Carranza me hizo pasar al gabinete. Mientras esperaba tuve tiempo de comprobar el parecido del cuadro de Sánchez Cotán con el del despacho de Robles, la misma penca de cardo, las mismas perdices. Había otros lienzos, cuatro en total, entre ellos una preciosa miniatura de Felipe de Liaño en la que se veía a Andrés joven y hermoso como un efebo griego. La sala estaba iluminada por un gran hachón con seis bocas, y ante cada cuadro ardía una lucecita que atenuaba la sombra del observador. En un extremo de la sala hay un pequeño estrado con cojines para las visitas femeninas, aunque dicen que es él mismo el que lo utiliza cuando está solo. A veces me pregunto cómo sabe la gente tantas cosas.

Vino Almansa a recibirme jugando con sus guantes sahumados con ámbar. Era evidente que estaba a punto de salir. Expelía un aroma delicioso mezcla de perfume y jabón napolitano, se adornaba con un vaporoso cuello de lechuguilla, se había teñido las sienes y engomado el bigote. Además observé que bajo las calzas lucía unas piernas bien torneadas, por lo que no tuve más remedio que dar la razón a los que decían que se ponía relleno en los gemelos.

—Siento ser inoportuno —dije al verlo tan compuesto.

—No te preocupes, es temprano. Me han invitado a una velada al palacio de Oñate —dijo recalcando lo de Oñate—. Villamediana acaba de volver de Nápoles.

—¡Villamediana en Madrid! —exclamé haciéndome el sorprendido. No sé por qué fingí, pero no me pareció oportuno contarle el episodio del burdel, y además pensé que sería de mal efecto decir que ya lo sabía.

—Nos ha citado a los amigos para una tertulia —dijo orgulloso de formar parte de un grupo tan exclusivo, así que me alegré más de no haber soltado prenda. No le habría gustado saber que antes de organizar la tertulia el conde ya había llamado a otros amigos más íntimos, entre los cuales evidentemente no estaba, para irse de putas.

—También irá don Luis de Góngora a jugar unas manos, le gusta el naípe más que las alcaparras. Según me han dicho piensa felicitar me por las apostillas que he escrito en defensa de sus *Soledades*.

—Estará encantado de contar con semejante paladín —dije, y me avergoncé. No es que me parezca mal dar coba, pero no se debe notar. Sin embargo, o no fue tan evidente o Almansa estaba crecido, porque aceptó el cumplido con naturalidad.

—Pse, anda un poco bajo, le vendrá bien animarse.

—¿Qué le sucede?

—Qué te voy a contar... Ya sabes cómo es la Corte. Ha contratado a un mediador para que le consiga una entrevista con el duque de Lerma, pero parece que lleva ya librados tres adelantos sin ningún resultado, le dice que sí, que pronto, le da largas, pero nada.

Me mordí la lengua para no soltar una inconveniencia. ¿Pues no me había dicho que Góngora era amigo del marqués de Sieteiglesias, del duque de Uceda y hasta del mismo fray Luis de Aliaga? ¿Para qué tantos contactos de altura si luego tenía que recurrir a un topo de memoriales? ¿Es que no eran ciertas tantas y tan altas amistades?

—La Corte está llena de sinvergüenzas —me limité a decir, y Andrés asintió con expresión de cuánta razón tienes.

—¿Para qué me buscabas? —preguntó luego.

—Un par de cosas. ¿Te suena de algo el nombre de Osorio?

—¿Osorio? No.

—Tuvo algo que ver con Lope de Vega.

—¡Hombre!, sí, Elena Osorio. Pero de eso hace más de veinte años.

—¿La conociste?

—No, cuando lo de la Osorio yo no había nacido —dijo coqueto.

—¿Qué pasó?

—¿No te lo conté ayer?

—No lo recuerdo. No creo.

Almansa suspiró.

—A ver cuándo me vienes tú a mí con algún cuento jugoso, que empiezo a sentirme como un limón.

—Sabes que en eso no puedo competir —dije yo agachando la cabeza.

—Bueno, es igual —dijo él satisfecho con mi declaración de humildad—. Elena Osorio fue un amor juvenil de Lope de Vega. Era hija y esposa de comediante. El joven Lope se enamoró, la hizo su amante y se convirtió en el proveedor oficial de comedias del padre. También se podría decir al revés; que Velázquez, padre de Elena, en connivencia con el marido que se pasaba la vida viajando, le puso a Lope la muchacha en bandeja a cambio de que sólo escribiera para ellos. Lope no tendría por entonces más de veinte años y estaba encantado, se representaban sus comedias y encima dormía con la hija del jefe, ¿qué más podía pedir? Pero un imprevisto iba a trastocar ese equilibrio. A Elena le surgió un admirador, un indiano llamado Francisco no sé qué, un conde, de Cantecroix creo recordar, no me hagas mucho caso, que alteró la inclinación de la familia por el poeta. Los Osorio eran ambiciosos, y aunque el arreglo con Lope no era malo, prefirieron cobrar los favores de la muchacha en metálico antes que en comedias. No les culpo. De todos modos tuvieron a Lope engañado un tiempo, y luego, cuando ya no pudieron ocultar más al rival, lo convencieron de que compartiese a su enamorada. Creo que Lope, a pesar del desespero que le producía la creciente frialdad de su amante, se avino al acuerdo. Pero cada vez resultaba más evidente que había pasado a ser un simple comparsa en la vida de la bella, que lo soportaba por el interés del padre en su trabajo. Despechado, Lope empezó a dar sus comedias a Porres, competidor de Velázquez, y escribió varios romances burlescos y otras sátiras, que circularon por toda la ciudad, aludiendo a la deshonestidad de Elena, de Ana, su sobrina, y de una amiga de ambas, una tal Juana de Ribera. Los Osorio le pusieron pleito por injurias y Lope fue condenado a ocho años de destierro. Era el peor castigo que le podían imponer. En el momento de la partida raptó a Isabel de Urbina, con la que luego se casaría y a la que abandonaría en el tálamo para alistarse en la Invencible. ¿Seguro que no te conté esto el otro día?

—Me suena eso del destierro y lo del rapto de Isabel y la Invencible.

—O sea, todo.

—No, fue en relación al *Entremés de los romances*, lo recuerdo, pero te saltaste el motivo del destierro.

—Las injurias.

—Exacto. Ahora entiendo el comentario de Medinilla.

—¿Qué te ha contado?

—Que difícilmente puede ser Lope Avellaneda porque, desde el asunto de la Osorio, tiene mucho cuidado con lo que escribe.

—Tiene cuidado con las injurias, pero Avellaneda no incurre en injurias, ¿no? —preguntó.

Depende de cómo se lea, pensé. Hay cosas que sí podían considerarse decididamente injuriosas, pero preferí no extenderme al respecto. Me limité a asentir con la cabeza y aproveché para cambiar de tema.

—Y, ¿sabes algo de don Rodrigo Téllez Girón?

Andrés se encogió de hombros. Ni siquiera me miró. Me puso una mano en el hombro y con la otra me invitó a seguirlo a la calle. Andaba delante de mí dándose tironcitos del herreruelo, golpecitos en el sombrero y ajustándose el tahalí.

—¿El primer Osuna? ¿Por qué te interesa?

—Me han dicho que Lope de Vega escribe una obra de teatro sobre algo relacionado con él.

—Pues entonces espera un par de meses y lo verás en escena.

—Creo que es un encargo de don Pedro.

Ese detalle pareció interesarle.

—¿Algo de familia?

Almansa andaba y se detenía a intervalos regulares. Daba unos pasos, se detenía, me encaraba, decía algo y arrancaba de nuevo. Su espada era larga y fina y con el pomo damasquinado en oro. En un par de ocasiones, mientras bajábamos la escalera de forma tan atropellada, me golpeó la espinilla con la puntera de acero de la funda.

—Eso creo, pero me extraña que Lope haya aceptado el encargo. ¿No es acaso secretario del duque de Sessa? —pregunté.

—¿Secretario? Psi... no, je, je, je —se burló Almansa.

—Cómo que no. ¿Cuándo lo ha dejado?

—Nunca, lo que ocurre es que no es exactamente su secretario. Eso quisiera él.

—¿Entonces?

—Digamos que es empleado de su excelencia. Le escribe cartas, hace de mensajero...

—Pues eso es un secretario.

—Sessa lo usa sólo para temas amorosos. Las cosas importantes, los asuntos de gobierno y administración de su Casa los lleva otro.

Me quedé perplejo. A pesar de haber tenido conocimiento en otras ocasiones de la tercería de Lope en favor de su señor el duque, nunca pensé que ése fuera su único cometido.

—¿Y Lope está conforme?

Almansa se encogió de hombros.

—¿Conforme? Ji, ji, ji —volvió a reír—. Dicen que por eso se ha metido cura, para



ver si así el duque lo nombra capellán de su casa, pero me parece que ni por ésas. Lo tiene difícil.

Cogí el latigazo con pinzas. Ese «dicen» en boca de Almansa era tan peligroso como una alcancía rellena de almagre. Hasta podía habérselo inventado allí mismo sobre la marcha. Almansa es de los que disfrutan soltando infundios en San Felipe para ver cuánto tardan en volver inflados y distorsionados.

—De todos modos, ¿no es raro que escriba para Osuna? —insistí.

—No será la primera vez, ya le dedicó *La Arcadia* hace unos años. A Lope nada le impide escribir para quien quiera, y así cumple dos objetivos. Por una parte se abre posibilidades para el futuro, la estrella de Osuna está en alza, y además presiona a Sessa, que ve que otros grandes se interesan por su trabajo. Ten en cuenta que su gran sueño es obtener el título de Cronista Real, y Sessa no está suficientemente bien situado en la Corte como para procurárselo.

—Sessa es uno de los grandes.

—Sí, pero políticamente está desahuciado. ¿No recuerdas que fue desterrado hace tres o cuatro años?

—Aquello fue por agredir a un alguacil, ¿no?

—¿Por agredir a un alguacil? Tendría que haberse comido sus tripas en la calle Mayor. No se destierra a un duque por abofetear a un alguacil. La verdad es que querían quitárselo de en medio porque se estaba acercando demasiado al príncipe.

—¿Quiénes querían quitárselo de en medio?

—Eso no lo sé seguro, pero dicen que fue orden de Lerma. Recuerda que él llegó a valido tras la muerte de Felipe II gracias a haber sido ayo del entonces príncipe.

—No lo entiendo, ¿no es Lerma padrino del primogénito de Sessa?

—¡Oh!, sí. Y Sessa se mantiene fiel, a pesar de todo. Que esto no salga de aquí, pero la verdad es que el duque nunca ha sido muy listo.

—Según eso, ¿debo pensar que Lope intenta colocarse para el futuro?

—Como cualquiera, busca amigos, todos necesitamos amigos.

—Ya, pero ¿por qué Osuna? Lope trabajó en otro tiempo para el conde de Lemos, el actual virrey.

—¡Que si trabajó! Y lo adoraba. Hasta se vanagloriaba de haber dormido a sus pies como un perro. Pero debes tener en cuenta al actual secretario de Lemos, Lupercio Leonardo de Argensola. Lope lo desprecia. Aún no se le ha olvidado el memorial que elevó al rey «la Lupe», como lo llama en privado, solicitando que se deshiciera de los comediantes, que eran un atajo de sabandijas, inmorales, vacuos y rufianes de los que sólo se podían esperar males.

—Es absurdo, él mismo ha escrito unas cuantas comedias.

Almansa no replicó inmediatamente. Por un momento se entregó a la contemplación de su esclavo que encendió el farol de paseo, ajustó los vidrios y lo colgó de la punta de una pértiga. Cuando todo estuvo preparado salió Carranza a la calle, luego yo y por último Andrés, que cerró la puerta con llave. El negro parecía un coloso

bajo la luz. Me dio la impresión de que llevaba puesto un colete de piel de búfalo bajo el atuendo morisco con que gustaba vestirlo su amo, y un broquel oculto bajo el capote. Aunque está prohibido, aprobé la precaución y envidié a Andrés el contar con semejante escolta.

—Mira —dijo al fin a modo de despedida—, hace años que no hay más autor de comedias que Lope de Vega, por simples que sean sus versos, y eso te lo puede confirmar el mismo Cervantes, bien que le pese. En cuanto si trabaja para uno o para otro, no te apures, que ya se las arreglará Lope para recuperar el favor de Lemos si le molesta que colabore con Osuna. Además, el secretario de Osuna es Quevedo, con quien Lope parece llevarse bastante bien, y quita que no haya partido de él la idea del encargo.

Pasé de largo ante el bodegón de Lazcano, lleno ahora de soldados, buscavidas y putas, que salían a tomar un tentempié antes de reemprender su tarea. Buen tipo ese Lazcano. Una vez me contaron que obtuvo el permiso para el bodegón jineteando gaznates en Ocaña, ya sabe, sentándose sobre los hombros de los ahorcados para ayudarles a abreviar la agonía. Pensar que hay quien llama a eso bien morir..., pero recuerde lo que dije al principio de esta historia, para los curas no es alto el precio si se garantiza la vida eterna, que al final es la que dicen que cuenta.

Antes de doblar la esquina de la calle de la Flor me encontré con mis vecinos, los hermanos de Rosita. Sé que no debería seguir llamándolos hermanos, pero me cuesta pensar en ellos de otro modo. Me saludaron joviales, como siempre, aunque parecían cansados. Entramos juntos en la calle y a media altura decidieron darse otra vuelta. Por la cara que traían dudé que pudiera apetecerles otra cosa que tumbarse en su jergón, pero se despidieron a toda prisa y volvieron hacia Montera. Los observé mientras se alejaban. Se giraron un par de veces, pero no para mirarme a mí. Me dio la sensación de que lo hacían hacia la casa, así que sin querer los imité. Al principio no vi nada fuera de lo corriente, todo estaba a oscuras salvo un pequeño resplandor que salía precisamente de su balconcillo. Supuse que Rosita estaría esperándolos, y entonces me llamó la atención un paño anudado en la barandilla. Parecía una señal, y no había que pensar mucho para saber de qué.

Entré en casa procurando no hacer ruido. El zaguán estaba recogido, las puertas del patio cerradas. Subí las escaleras casi de puntillas en total oscuridad. La única rendija de luz provenía de casa de Rosita. Me acerqué sigiloso a la puerta para ver si podía confirmar mis sospechas. No pude oír nada en concreto ni identificar ninguna voz, pero no estaba sola. Satisfecha mi curiosidad, me disponía a entrar en mi casa cuando alguien habló en la penumbra.

—¿Don Isidoro Montemayor?

Encogí el cuello esperando un golpe y empuñé la vizcaína, aunque al instante me relajé. Si hubiera venido a matarme, yacería en el suelo en medio de un charco de sangre.

—¿Quién lo pregunta? —contesté para ganar tiempo.

—Pues pensaba que podía ser otro cliente.

—¿Cómo?

—¿Pues su vecina. Parece muy solicitada.

Asentí intentando poner cara de no hay cosa en esta casa que se me escape.

—¿Y tú eres...?

—Pues Candil, para servirle, criado de don Lope de Vega y Carpio —dijo.

¡Vaya! Aquello sí que era una sorpresa. Después de tantas vueltas buscando el

modo de entrarle, era el mismo Lope el que se ponía en contacto conmigo. Mis ojos se habían hecho a la oscuridad, y ahora la pálida luz nocturna que filtraba el ventanuco del pasillo era suficiente para intuir el rostro del mensajero. Supuse que el mío también sería visible, y más para él que llevaba tiempo esperando, así que procuré que no se notara que me había hecho gracia lo del «Carpio». Lo había casi declamado con voz engolada, y al oírlo me había venido a la cabeza la historia de los romances y lo del falso escudo de las diecinueve torres.

—¿Quieres pasar? —dije todo lo serio que pude mientras empezaba a hurgar con la llave en la cerradura de casa.

—Pues no es necesario. Sólo vengo a entregarle un mensaje de parte de mi amo —dijo tendiéndome un billete sellado.

—No entres si no quieres, pero necesito luz para leer la carta. Además, supongo que tu amo esperará respuesta.

—Pues sí, en eso lleva razón. Pues voy a entrar —respondió.

Colgué en el perchero capa, sombrero y tahalí, y busqué con qué encender una luz. Candil se quedó pegado a la puerta. Mantenía el cuerpo rígido, pero sus ojillos se movían en todas direcciones inspeccionando mi casa. Casi parecía que estaba haciendo un inventario de memoria. Rasgué el sello de lacre y leí el mensaje, un par de líneas escuetas en las que Lope me invitaba a acudir a su casa para una entrevista al día siguiente a la puesta del sol. Me pareció de maravilla y así se lo hice saber al mensajero. Tal vez hubiera sido más apropiado devolverle otro billete aceptando la invitación, pero en aquel momento no tenía papel de sobra como para andarme con despilfarros. Candil pareció «pues» un poco decepcionado, pero luego lo convencí de que aquello demostraba que yo ponía en él toda mi confianza y eso pareció complacerlo. Además, el par de cuartos de propina que le solté disiparon todas sus dudas.

No era muy tarde, pero acusaba la falta de sueño y estaba cansado de dar vueltas. Tenía que poner en orden mis ideas y además escribir unas cuantas gacetas, así que en aquel momento decidí que el día siguiente lo pasaría en casa. Lamenté no tener el libro de Avellaneda para releer algún episodio y recordé las buenas manos en que lo había dejado. ¡Qué ojos! ¡Qué mirada! Hacía calor. La casa estaba recalentada. Me desnudé. Entreabrí las puertas del balcón. Me recogí el pelo en la coronilla y me pasé la mano por la nuca empapada de sudor. Unas risas ahogadas llegaron de casa de Rosita. Luego silencio. Me dejé caer en la cama. Las maderas crujieron. Eco de pasos en la calle. Dudas. Vienen a ver si Rosita ha acabado, pensé, nada, hombre, venga, venga, daos otra vuelta que se ve que ha dado con un cliente concienzudo. Tenía la sensación de que cada vez hacía más calor. El aire era una manta de la que no era posible desprenderse. Olía mal. De pronto recordé el orinal sin vaciar desde por la mañana, ¡maldita sea!, me levanté, lo vacié y oriné directamente sobre la calle.

—¿No avisa? —dijo una voz a mi izquierda.

Rosita sonreía desde el balcón contiguo. Estaba desnuda y se reía de verme a mí tal cual. Gritó ¡agua va! Y vació una bacinilla. Luego desanudó el paño y se metió en casa

con la sonrisa aún en los labios.

Me volví a la cama. Una ligera brisa entraba por el ventanuco desde el patio. El cuarto empezó a oler a gallinero. Intenté dormir. Estaba exhausto después de la noche anterior casi en vela leyendo el segundo *Quijote* y el día de aquí para allá, pero mi mente ardía como un montón de yesca, como si aún arrastrara un poco de fiebre. Me asaltaban continuos y fugaces recuerdos de la condesa, su media sonrisa, los dedos asidos al marco de la portezuela del carro, Medinilla saltando del estribo, Isabel en la cocina, las tetas de la condesa, las tetas de Isabel, las tetas de Rosita, medios limones de pezoncitos rojos, la tía de Isabel en el hospital de sifilíticos, olor a hueso quemado, Ximenet hurgándome en la boca con una varilla incandescente, las patillas de Venancia, fray Gabriel Téllez, sin cara, rodeado de indios en América, ¿cómo olerá la piel de la condesa de Cameros?, ¿cómo recuperar el Avellaneda?, tendré que comprar uno nuevo, podría aprovechar para ir mañana a casa de don César Memelosa para ver cómo va mi ejecutoria, mejor no, que mañana es cuando llega de viaje y no estará para recibir a nadie, pasado, sí, mejor pasado, ¿es Cervantes bujarrón?, acabaría antes preguntádoselo directamente, pero para qué, no creo que me contestara, Medinasidonia alcahuete, Osuna asesino, Lemos ambicioso, Uceda parricida y ladrón, Lerma compendio de todos ellos, la flor y nata de los reinos de España, Quevedo secretario de Osuna y amigo de Lope, buen sospechoso, lástima que esté en Sicilia, así no me voy a dormir nunca, hace un calor espantoso, no, mejor nieva, eso es, Madrid se cubre de blanco, las calles son un lodazal, nieva, los tejados blancos, suelos blancos... blancos...

### III

## Las sombras del hidalgo

47

Me desperté sobresaltado por el silencio. Por increíble que parezca eché de menos los martillazos, los golpes, los ruidos de todos los días. Pero nada. Ya había amanecido, y nada. Las campanas de las iglesias y los gallos del patio. Tal vez hubieran acabado la obra. ¿Sería domingo?

Me levanté y desayuné sin prisa. Hasta la cita con Lope tenía todo el día por delante y había decidido dedicarlo a escribir con calma mis gacetas. Los vecinos de al lado discutían y se movían agitadamente. Una pequeña bronca. Mientras me vestía oí arrastrar objetos, una silla, la mesa. No era la primera vez que se peleaban, tres jóvenes viviendo juntos en una habitación... La convivencia no sería fácil, pero, al menos que yo supiera, nunca habían llegado a las manos, lo que me hacía pensar que los muchachos, aunque favorecieran el trato, no debían chulear a la pequeña.

Me puse a trabajar. En primer lugar ordené mis notas en orden cronológico. Podría hacerlo por temas o lugares, pero lo cierto es que prefiero el otro sistema y tengo comprobado que mis lectores también. Da más variedad al relato y eso lo agradecen mucho. Luego escribí una primera versión con todos los datos de que disponía y a continuación la copié dos veces más. Aquel día había muchas cosas que contar. Por ahí deben de estar todavía algunas de aquellas notas. Aunque no recuerdo el texto exacto, fue algo de este estilo:

*19 de agosto de 1614*

La flota para socorrer la Mamora está casi preparada. Varias compañías han partido ya de Madrid rumbo a Cádiz. El valiente capitán don Alonso de Contreras tiene puesta mesa de alistamiento en la plazuela de Antón Martín y muchos bravos se están reuniendo bajo su bandera. Pero no sólo en África suenan tambores de guerra. El duque de Saboya mantiene su bota sobre el Montferato y amenaza con atacar Milán. A tanto se atreve por haber sido cuñado de su Majestad Católica, pero día llegará en que le paren los pies. Cada vez suena más el nombre de Osuna como futuro virrey de Nápoles, que dicen que no hay palo que aguante tantas velas como don Pedro Girón. Ha llegado a Madrid don Juan de Tassis, conde de Villamediana, procedente de Italia, digo yo que a hacerse idea de cómo se presentan las cosas para el hermano del conde de Lemos. Se

llevará una gran sorpresa al ver lo poco que cuenta. El duque de Lerma, por su parte, parece preparar su retiro. Me han contado que le ha pedido al nuncio que presione al Papa para que le conceda el capelo cardenalicio. En Flandes también se complican las cosas. Si Spínola entró con 20.000 hombres en el condado de Cleves-Juliers, ahora Mauricio de Nassau ha hecho otro tanto con un ejército similar de calvinistas. Por aquí se empieza a temer lo peor, y sólo los soldados se felicitan de tan infaustas novedades. Quiera Dios condenarlos a la pobreza y no dejarnos de su mano. Por lo pronto, el mismo rey ha salido en procesión hasta el monasterio de la Virgen de Atocha a rezar por una solución pacífica del conflicto. Si su majestad católica no logra nada con sus ruegos, nadie puede. En tierras del marqués de Hornacho ha nacido un niño de dos cabezas.

El marqués ha dado orden de que traigan al monstruo a la Corte para regocijo de curiosos. Al parecer, cuando muera tiene pensado meterlo en una redoma con alcohol para incorporarlo a su colección. Dicen que ya cuenta con un cordero de dos cabezas, pero que el niño es mejor. Los frailes no se oponen. No les parece preceptivo cubrir con tierra santa un producto del diablo. Ni se plantean que pueda tratarse de otra cosa. De Roma ha llegado orden de construir confesionarios en todas las iglesias, y que nadie se confiese si no media uno de esos artilugios. Fíjese a qué punto de escándalo ha llegado ya la rijosidad del clero. Se ha convocado para septiembre un concurso poético con motivo de la canonización de santa Teresa. Creo que el presidente del tribunal será Lope de Vega, aunque ya se lo confirmaré. Aún no sé quién es Avellaneda, pero he tenido ocasión de leer el libro y le diré que el trato que dispensa a Cervantes es muy ofensivo. No sólo lo trata de anciano y lisiado, sino que insinúa que es cornudo y bujarrón. Don Miguel está postrado en cama, víctima de mal de orina. Espero que se reponga pronto y deje de darme largas, porque sospecho que sabe más de lo que cuenta.

Al final recreé la pelea de Valenzuela en Italia como si hubiera sucedido ayer mismo en mi presencia en un figón de las Tenerías. «A esto nos ha llevado la paz de Lerma —pensé poner al final como reflexión—, los poderosos descarnan el cadáver del Estado mientras por Madrid van recalando todos los soldados de Europa dispuestos a hacer daño, porque al que lleva la guerra en el corazón poco le importan los tratados», pero no lo hice, claro, que no hay nada tan peligroso ni testigo más fiable que un papel firmado, así que me limité a un «Que Dios nos ayude en estas horas difíciles», fórmula universal de buenas intenciones que ni compromete a nada ni acusa a nadie. En cualquier caso, si usted conserva mis envíos podrá comprobar fácilmente lo que digo.

Sellé con lacre las gacetas y quedaron listas para la posta. Era casi mediodía. Se oían risas frescas en el zaguán, aunque no pude reconocer las voces. Sentí hambre. Eché un vistazo al anaquel que hacía las veces de despensa en verano y vi que aún tenía las sardinas saladas que había comprado para cenar un par de días atrás. No me pareció comida suficiente, así que salí a buscar algo para acompañarlas.

—¡Don Isidoro! —gritó Santiago en cuanto me vio. Se le veía radiante, con una sonrisa enorme en la cara y una botella de vino en cada mano—. ¡Únase a nosotros!

—¿Qué se celebra? —pregunté. Un olor delicioso a ajo, tomate y tomillo subía por la escalera desde su casa.

—La niña, don Isidoro. La han aceptado en la cofradía de ciegos oracioneros —dijo el hombre exultante de felicidad. Junto a él estaba Casilda, su mujer, y los dos ciegos, el niño junto a su madre, la mayor acurrucada a los pies del padre con una sonrisa boba dibujada en los labios. Venancia los miraba satisfecha con un brazo cruzado en la tripa y una manaza en la mejilla. El pequeño Nicolasete barría el patio amontonando el gallinazo.

—Sí, don Isidoro, quédese. La nena ya trae dinero a casa —añadió la madre como si hiciera falta justificar más su alegría—. Estoy preparando gazpachos con conejo y pichones.

Aquello me sonó a gloria. Casilda es una mujer encantadora que, pese a ser gallega, tener la cara redonda, la nariz chata y los ojos claros, no es puta. Es uno de esos extraños casos que hacen dudar de la validez de los postulados científicos. Hay tantas cosas que todavía ignoramos, que asusta pensarlo. Por aquel entonces estaba en avanzado estado de gestación y tenía los tobillos, los labios, las manos, las tetas (y cito lo más llamativo) tan hinchados que parecía imposible que se pudiera mover, y más aún que tuviera fuerzas para preparar una comida para tanta gente, pero se la veía muy animada. Supongo que fue eso lo que me decidió a aceptar la invitación, era la primera vez que la veía sonreír abiertamente, sin ese velo de tristeza que solía envolverla.

Salí a comprar algo para el postre, deambulé entre los puestos de la plaza, saludé a Pitu y compré un melón catado. Un par de cerdos pequeños iban de un lado a otro comiendo lo que tiraban los comerciantes. Me encontré al más joven de mis vecinos ofreciéndose de esportillero, lo contraté, y para aprovechar el viaje compré aceitunas, queso, un poco de leña y una hogaza de pan. Le di un cuarto de propina y le dije que lo llevara todo a casa y se lo entregara a Casilda. Todo menos la leña, que debía dejarla delante de mi puerta.

Aproveché para estirar las piernas y acercarme a la posta. No tenía a menudo ocasión de pasear sin prisa y me resultaba agradable hacerlo. Al pasar ante el bodegón de Lazcano eché un vistazo para ver si estaba por allí la sifilítica (lo que me había dicho la noche anterior me había dejado un poco incómodo), pero el casetón tenía los postigos cerrados y no había ni rastro de la mujer. El calor empezaba a apretar. Frente a la mancebía quedaba el pulpito vacío, como una torre de asalto abandonada. La verja del pan estaba despejada y a su amparo se veía trabajar a los panaderos amasando la última hornada del día. La verja parecía innecesaria, pero si volvía la carestía se haría de nuevo imprescindible para salvaguardar de la chusma a los trabajadores y a los depósitos de trigo.

Casi sin querer empecé a pensar en el encuentro de la tarde. ¿Cómo debía comportarme? ¿Era buena idea soltar a Lope lo que había averiguado, las ironías, las alusiones? ¿Podía preguntarle directamente por su acuerdo con el duque de Osuna? Seguramente sería un error, de lo primero no iba a descubrirle nada nuevo y lo segundo



podía ser hasta peligroso. Concluí que lo mejor sería dejarle hablar a él y esperar; al fin y al cabo la cita había sido idea suya.

Llegué a la posta justo a tiempo de que incluyeran mis gacetas en las sacas que salían en ese instante. Pregunté cuándo llegarían y me respondieron que era imprevisible, que de una semana a esta parte se habían recrudecido las partidas de bandoleros, que el camino era inseguro y que el último correo tuvo que estar casi dos días en Calatayud hasta que lograron empujar a las partidas hacia Huesca. Y lo mismo ocurría en el camino de Badajoz y en el de Ciudad Real, pese a que es en sus inmediaciones donde está Peralvillo, lugar preferido por la Santa Hermandad para asaetear a los bandidos y dejar sus cadáveres expuestos para escarmiento de cristianos y comida de alimañas.

Volví a casa dando un rodeo. Subí a dejar mis cosas, coloqué la leña en su sitio y cogí mi cuchara de madera. En cuanto bajé, el queso y las aceitunas ya habían volado, como era de esperar. Santiago me puso en una mano una rebanada de pan y en la otra un vaso de vino, y al poco ya estábamos todos en corro dando cucharada y paso atrás, todos salvo los ciegos, a quienes sirvieron sendas escudillas que abrazaron como si en ello les fuera la vida.

Después de comer se me empezaron a mover las tripas. Subí a mi habitación, cagué en el orinal y me limpié con la noticia del asedio de la Mamora. Olía a azufre. No recuerdo qué había comido, pero el olor irritaba la garganta. Le eché encima un par de cacillos de agua sucia y lo vacié todo por el balcón después de asegurarme de que no había nadie debajo. Luego cerré las ventanas para librarme de las moscas y corrí las cortinas. Me quedé en una oscuridad total. Sólo se oía el zumbido y los impactos contra el cristal de un par de moscones perdidos. Los aplasté con las cortinas y luego me tumbé en la cama dispuesto a echar una ligera siesta, que se prolongó durante casi tres horas. No recuerdo qué soñé, pero me desperté indignado con el cura que había escrito ese estúpido cartel de NO SE ORINA DONDE ESTÁ LA CRUZ. Decidí contestarlo. Rebusqué hasta dar con un trozo de papel limpio por una cara, revisé lo escrito por el revés para comprobar que no había nada que pudiera delatarme, y luego escribí por el otro lado: NO SE PONEN CRUCES DONDE SE ORINA. El sol empezaba a declinar.

Don Lope de Vega y Carpió vive en la calle Francos, a la izquierda según se baja desde la del León. No es una casa grande, aunque tiene dos pisos y cuatro balcones a la calle, lo que la convierte en un palacio en comparación a mi cueva. Antes de golpear la aldaba atisbé, siguiendo mis malos hábitos, a través de las ventanas del piso bajo, pero estaban cerradas. Acudió a abrirme una mujer mayor, Catalina creo que se llama (ésa con la que en broma decían confundir a Lope cuando acababa de afeitarse para la ordenación), que le sirve de criada y niñera. Me dejó esperando en el zaguán mientras anunciaba mi visita. Desde donde yo estaba se oían las voces de unos chiquillos jugando en el patio trasero. Me acerqué a echar un vistazo. Había un niño y una niña, y a la sombra de una parra, sentadito en el centro de una cuna de altos barrotes, un bebé roía un mendrugo de pan. Los mayores jugaban a saltar una cuerda que habían atado entre dos arbolitos. Supuse que serían los hijos de Lope. Su segunda esposa, doña Juana Guardo, había muerto hacía un año de sobrepardo, así que el bebé de la cuna debía de ser de ella, y los otros de Micaela Lujan, su poética Camila Lucinda, la que Pablo Cimorro decía que había inspirado a Dulcinea, porque su primera esposa, doña Isabel de Urbina, aquella a la que raptó y luego abandonó para enrolarse en la Invencible, había muerto hacía casi veinte años. Según contaban, después de morir doña Juana, Lope decidió reunir bajo un mismo techo a todos los hijos que le quedaban para hacerse cargo de su cuidado y educación. Era una decisión que formaba parte de su arrepentimiento público y era muestra de su decidida voluntad de llevar en adelante una vida ejemplar haciendo honor a sus nuevos votos. Aquél era un acto generoso y magnánimo, una buena puesta en escena en las que era especialista. Sin embargo, el sentir del vulgo era que si además dejara de dormir con Jerónima de Burgos tal vez alguien se tomara en serio su propósito de enmienda. Por otra parte, según las malas lenguas, había otros tantos niños regados por el reino que excedían el alcance de su penitencia.

—¿Le gustan los niños? —preguntó alguien con voz grave y cálida desde el primer rellano de la escalera.

—Sí, aunque no tengo mucho trato con ellos —respondí intentando penetrar las sombras. Yo debía ser totalmente visible para mi anfitrión, pero yo apenas vislumbraba el bajo de su sotana—. Un vecino mío tiene dos hijos ciegos y les tengo mucho cariño.

—¡Ciegos! Eso sí que es mala suerte.

—No sé. Si los viera, parece una familia muy feliz.

—Serán ciegos de verdad, ¿no?

—Sí, sí. Claro.

—Hay tanto sinvergüenza amparándose a la sombra de los privilegios de los ciegos... ¿Puede haber algo más irritante que un falso tullido? Deberían crear un alguacil de pobres que se encargara de comprobar que los tullidos lo son realmente, y de castigar

con dureza a los fingidores.

Su voz sonaba firme, propia de un hombre autoritario y seguro de sí mismo.

—Precisamente hoy hemos celebrado que a la hija mayor la han aceptado en la hermandad —dije yo.

—Entonces será ciega de verdad. De todos modos, no crea que me parece bien que los ciegos tengan el monopolio de la venta de pliegos de historias de santos y romances. Acaparan demasiado. Deberían conformarse con lo de los rezos. Lo de rezadores va bien con la ceguera.

—Si sólo se dedicaran a eso, no tendrían para vivir.

Poco a poco yo había rodeado la caja de la escalera y ahora miraba de frente a mi interlocutor. Lope de Vega vestía una larga loba de sacerdote que le sentaba sorprendentemente bien. Tenía más de cincuenta años y seguía siendo apuesto incluso vestido de cura. Tenía la nariz fina, la mirada inteligente, el pelo blanco, corto y peinado hacia atrás y el bigote y la mosca incipientes. Estaba claro que Lope difería del obispo Troya en lo referente a la mejor manera de salvaguardar la dignidad eclesiástica. De todos modos, el que lo compararan con su vieja criada por el hecho de afeitarse era más que exagerado.

—La procesión irá por dentro, créame. Los hijos... son lo mejor del mundo, y no hay dolor equiparable a su pérdida.

—Parece que habla con conocimiento de causa.

—He enterrado a tres —dijo con sentimiento—. Antonia, Teodora y Carlos Félix. Tendría ahora nueve años, casi un hombrecito. Lástima. —Y cambiando de tono, añadió —: Pero suba, suba, tenemos que hablar.

Me precedió hasta su despacho con pasos largos. En cuanto entramos en él apareció Candil. No dijo una palabra, me saludó con una ligera inclinación de cabeza, tomó unas cuantas cartas que le tendió su amo y desapareció.

—Siéntese —ordenó Lope señalando una silla al otro lado de la mesa—. Don Isidoro Montemayor.

Después de decir mi nombre en alto se quedó pensativo como valorando su sonoridad.

—No será familiar del autor de la *Diana*, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Lástima. ¿Y bien? —dijo una vez instalado—. Según tengo entendido me anda buscando —añadió con una sonrisa. Me sorprendió ver que conservaba todos sus dientes, blancos y fuertes, una dentadura envidiable para su edad.

—No exactamente —dije haciendo un rápido repaso de quién podía haberle ido con el cuento, pero había hablado ya con tanta gente que me fue imposible aventurar ningún nombre—. No sé qué le habrán contado —aclaré—, pero yo sólo intento cumplir con un encargo.

—Que es...

—Descubrir a quién oculta el seudónimo Alonso Fernández de Avellaneda.

—¿El autor del *Quijote*? —preguntó con naturalidad.

—Del falso *Quijote* —puntualicé.

—¿Por qué falso? ¿Acaso el otro existe de verdad?

—Es una forma de hablar. Cervantes creó el personaje.

—Eso está bien, pero ya ha dejado de pertenecerle. Y dígame —preguntó con una abierta sonrisa—, ¿sospecha de mí?

—¡Hombre...!

—La poesía no nace y muere —dijo sin inmutarse—. Está ahí para ser utilizada. La obra de los poetas es patrimonio de la humanidad.

—Pues tengo entendido que a usted le disgusta que otros editen sus obras en su nombre.

Me arrepentí del comentario. Era mal principio incomodarlo con un tema que además no era de mi incumbencia. De todos modos no pareció que le molestara, incluso mantuvo la sonrisa.

—Creo que es un asunto distinto —dijo—. En mi caso un editor sin escrúpulos edita con mi nombre obras teóricamente mías pero que han sido tan alteradas que apenas conservan cuatro versos del original. Y además niega mi derecho a cobrar por ello.

—¿No cobra nada como autor?

—Nada. En cuanto se vende una obra a un comediante pasa a ser de su propiedad, y él la puede alterar, copiar, vender o hasta quemar si ése es su gusto. Al final las venden a los libreros y éstos las editan como les viene en gana.

Lope empezaba a calentarse. A pesar de su evidente autocontrol, aquél era un tema al que era particularmente sensible, y a mí lo último que me interesaba era que se enfadara, al menos por un asunto ajeno al que me había llevado allí.

—Es cierto que Avellaneda no pretende suplantar a Cervantes —dije dándole la razón—, tan sólo hace uso de sus personajes.

—Muchas continuaciones o segundas partes no son obra del autor original, incluso de grandes obras, y hasta ahora nadie había protestado.

—¿Por ejemplo?

—¿Es necesario que se lo diga? Pues la segunda parte del *Lazarillo de Tormes*, por ejemplo, aunque de ninguna de ellas se conozca al autor está claro que no es el mismo; o *La Celestina*, cuyo principio unos atribuyen a Rodrigo de Cota y otros a Juan de Mena y la continuación a Fernando de Rojas, por no hablar de *La hija de la Celestina*, de Salas Barbadillo; o la *Diana* de Montemayor, su homónimo, y la *Diana enamorada* de Gil Polo; o la *Arcadia* de Sannazaro y la mía propia; o la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* escrita por Mateo Lujan, y que Mateo Alemán, autor de la primera, enmendó con su propia continuación...

A punto estuve de comentar que precisamente Mateo Alemán se había despachado a modo con su imitador (lo había incluido en su segunda parte haciendo el papel de ladrón y sinvergüenza), pero el tono de Lope no admitía réplica.

—Creo que es suficiente —dije con prudencia.

—... o mi *Hermosura de Angélica*, que al igual que *Las lágrimas de Angélica* de Luís Barahona es continuación del *Orlando furioso* de Luís Ariosto, a partir del cual, por cierto, escribió Boiardo su *Orlando enamorado*...

—Basta, basta. Lo he entendido, se lo aseguro.

Lope se retrepó en la silla, alzó el mentón y se alisó la pechera de la sotana.

—Mire, cuando yo hago una continuación o una segunda parte no escondo mi nombre. No me avergüenzo. Al contrario, yo siempre mejoro el original.

Aquello sonaba bastante pretencioso, pero convincente. Además, no estaba en condiciones de discutirlo, desconocía la mayoría de las obras que había citado. Pero al margen de eso, algo había llamado mi atención, un detalle que Ximenet había resaltado cuando me habló de las alusiones a Lope en el Quijote. Se trataba del hecho de que *La hermosa de Angélica* fuera la continuación de una novela de caballerías, y así se lo hice notar.

—Sí —contestó un poco molesto—, supongo que cuando Cervantes dice que desea acabar con las novelas de caballerías se refiere a mí. ¡Pero qué le vamos a hacer! Son populares y una buena fuente de inspiración, lo mismo que los romances...

—Eso es algo que también le echan a usted en cara.

—¿El qué?

—Su forma de escribir. Mejor dicho, su forma de enfocar los temas.

—¿A quién debo rendir cuentas? —Dudó un momento, y luego se decidió a continuar—: Escribo como lo hago porque es lo que la gente quiere, lo que le gusta.

—Dicen que la función del teatro debería ser formativa.

—¿Dicen? ¿Quién dice? Los que no han escrito una obra en su vida, o si lo han hecho no han logrado estrenarla, y si la han estrenado no ha acudido nadie a verla. —Lope parecía hablar en general, pero si hubiera dado nombres y apellidos no habría sido más claro—. Déjese de tonterías. Lo primero que hay que hacer es llenar un teatro. ¿Acaso se puede educar un corral vacío?

—Pero todas esas situaciones absurdas...

—¡Funcionan! —exclamó con autoridad—. El público las entiende. Más aún, las demanda. Mire, no me importa en absoluto lo que Cervantes tenga que decir sobre cómo hay que hacer teatro. En el fondo resulta hasta gracioso, casi da pena. Y lo curioso es que muchas de las cosas que critica las censuré yo mismo en mi manifiesto original sobre el *Arte nuevo de hacer comedias*. Pero lo que no soporto, ante lo que no puedo inhibirme, es ante la hipocresía.

—¿A qué se refiere? —pregunté inocentemente.

Me preparé a escuchar la retahíla de contradicciones de las que me había hablado Ximenet, pero me equivoqué.

—¡Por favor! —dijo—. Estoy cansado de rebatir las ideas de Cervantes sobre el teatro, es algo que no tiene ningún interés.

—Pero eso no lo convierte en un hipócrita —insistí a ver en qué paraba aquello.

—¡Ah!, ¿no? —exclamó Lope arqueando las cejas—. ¿Recuerda que en el *Quijote*, entre críticas hacia mi trabajo, exaltaba como ejemplares unas obras tituladas *La Filis*, *La Isabela*, y *La Alejandra*?

Asentí. Había olvidado los títulos, pero me sonaba que ésas eran las obras de las que me había hablado Ximenet en la barbería.

—¿Sabe quién es el autor?

—No.

—Conocerá a los Argensola.

—Lupercio y Bartolomé.

Lope asintió.

—Esas obritas fueron escritas por Lupercio. Son vacuas, aburridas, pretenciosas, que yo sepa no se han publicado, y si he de decirle la verdad, creo que ni se han llegado a representar. Yo las debo de tener por ahí —dijo señalando sus anaqueles atestados de libros y cartapacios rebosantes de papeles—, un amigo me envió una copia para saciar mi curiosidad, aunque conociendo al autor no me hacía falta ver la letra.

—Parece que a Cervantes le gustaron.

—¡Ja! De entre todos los autores posibles, Cervantes pone como ejemplo la obra de un mal dramaturgo y triste poeta. Pero no se engañe, no es por falta de gusto ni de criterio. Tenía una razón para alabar y ensalzar a Argensola, y es que era el secretario del conde de Lemos, quien, qué casualidad, sonaba por entonces como futuro virrey de Nápoles.

—Precisamente ahora acaba su mandato.

—En efecto. Entonces decían que el conde había encargado a su secretario que reclutara una auténtica corte de artistas dispuestos a acompañarlo durante su estancia en el extranjero.

—¿Cervantes quería ir a Italia?

—Más que nada en el mundo. Y eso no me lo ha dicho nadie, lo sé de primera mano. Él mismo es incapaz de disimular el rencor que siente por los hermanitos, tanto por Lupercio como por Bartolomé. A pesar de todas las promesas que le hicieron lo dejaron en tierra.

Y no sólo a Cervantes, me dije, a Góngora también, y me pregunté si no habrían hecho lo mismo con Lope, aunque por aquel entonces Lope ya servía al duque de Sessa. Recordé el tono poco agradable, casi rencoroso, con que Cervantes alude a los Argensola en el *Viaje al Parnaso*, y vi claro cuál era el motivo. O sea, que por medio del *Quijote* les hizo la pelota, y ahora los fustiga, pensé. De todos modos el *Viaje* todavía no había sido publicado, y por tanto los Lupercios, como los llamaban en broma, aún no se habían visto tan desfavorablemente retratados y no era posible sospechar de ellos como posibles Avellaneda.

—Le falta talento —sentenció Lope de Vega—. Si quería irse a Italia era porque ya se había dado cuenta de que aquí no tenía futuro. Resulta ridículo. Aborrece lo nuevo porque él no es capaz de escribirlo.

A pesar de la crítica feroz, recordé que en el *Quijote* había un sincero elogio para «un felicísimo ingenio» que todos identificaban con Lope de Vega, y así se lo hice notar.

—Esa es su especialidad —respondió el Fénix con desprecio—. Un judas. Te besa para condenarte.

—Pero, si no he entendido mal, usted mismo reconoce estar de acuerdo con algunas de esas críticas.

—Tal vez el teatro que yo escribo sea vulgar, pero yo no tiro la piedra y escondo la mano. Yo lo acepto como un mal menor, porque la realidad es que los teatros se llenan cada día y el público demanda más y más comedias que les digan cómo tienen que actuar. Los poderosos se han dado cuenta de su importancia y lo controlan, o lo intentan al menos. Pero los destinatarios de las obras no son ellos, sino el pueblo.

—¿Encargan obras los poderosos?

Me miró con recelo. Me dio la sensación de que meditaba una respuesta de compromiso, pero antes de dejar que se escapara con evasivas decidí atacar de plano.

—Tengo entendido que ahora usted tiene un encargo de don Pedro Téllez Girón.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó irguiendo la cabeza.

—Se sabe —respondí inocentemente.

—¿Qué más se sabe?

Decidí arriesgar.

—Que es algo relacionado con su antepasado don Rodrigo.

Lope sonrió, así que decidí continuar por ese camino.

—Supongo que debe ajustar algo al gusto e interés del duque.

—¿Conoce la historia?

—No —reconocí a regañadientes.

—Es un maldito galimatías —dijo sin prestarme atención.

—Tal vez pueda ayudarle —me ofrecí.

Lope me miró fijamente, sopesando mi oferta. Se notaba que estaba deseando compartir sus pensamientos con alguien, pero no acababa de decidirse a hacerlo conmigo. Al fin y al cabo yo había ido allí para cazarlo.

—Rescribir la historia... —murmuró pensando en voz alta—. Todos creen que soy un mago.

Yo permanecía atento, en silencio, pero unos aldabonazos en la puerta de la calle nos sobresaltaron. Lope se levantó con disgusto y se acercó al balcón a echar una mirada al impertinente. En cuanto se asomó se le demudó la cara.

—Aguarde un momento —dijo dirigiéndose con paso vivo hacia la puerta.

Oí voces a lo lejos, un revuelo general en la casa. Yo no aguanté sentado ni dos minutos, me levanté y me acerqué a la ventana. En la calle había tres caballos lujosamente enjaezados que sujetaba por la brida un palafrenero. Luego me asomé a la caja de la escalera. Para entonces ya entendía bien las voces, pero hasta que no vi a los visitantes no me hice cargo de la situación.





—Vamos, vamos, niños, Marcela, Lopito, salud a su excelencia, y usted, Catalina, traiga a la pequeña Felicianita, que la vea su padrino —oí decir a Lope.

Parecía haber encogido. La gallardía de su porte se había desvanecido, se le había hundido el cuello, encorvado la espalda y doblado las rodillas. Había dos hombres con él. Uno era evidentemente el duque de Sessa, fácilmente reconocible por las cicatrices que le cruzaban la mejilla izquierda (una vertical, desde el cuero cabelludo hasta el mentón, y la otra transversal desde la parte alta de la oreja hasta la mitad del labio inferior), recuerdo de un mal encuentro nocturno con el de Maqueda. Aquél era el descendiente lejano de don Gonzalo Fernández de Córdoba, apodado por sus hombres el Gran Capitán, el que tomó Granada, echó a los franceses de Nápoles, dominó Sicilia, liberó Roma y pacificó las Alpujarras, e hijo del que combatió en Lepanto junto a don Juan de Austria. Las cosas han cambiado. Ahora la mayoría de los aristócratas españoles no tienen otras cicatrices que las recibidas en disputas de burdel, garitos y callejones. Los campos de batalla quedaron para rellenar tapices.

Anda este duque por los treinta y cinco o treinta y seis años, casi veinte menos que Lope, y sin embargo ambos aparentaban la misma edad. Tenía aspecto avejentado, y no sólo por la enorme y anticuada gola que llevaba al cuello (es raro ver ya a los jóvenes con ellas, se imponen los cuellos de lechuguilla, mucho más flexibles, o las más modernas y simples valonas) sino por el ceño fruncido y el tono ceniciento de su piel. Su torso es ancho, macizo, casi obeso, aunque bajo las calzas me pareció adivinar unas piernas bien musculadas.

El otro caballero supuse que sería Cabrera, su paje y secretario nocturno, del que había oído hablar como la sombra de su amo.

—¿Qué tal van mis asuntos? —oí preguntar al duque mientras echaba un vistazo desganado a la pequeña que sostenía en brazos la vieja Catalina.

—Precisamente acabo de despachar a Candil con un manojo de cartas de vuestra parte.

—Veo que por fin te avienes a razones y has pensado mejor las tonterías esas que me escribiste la última vez —dijo el duque alzando la voz—. Por cierto, que doña Elena alabó el soneto que dice que le envié después de nuestro último encuentro. ¿Guardas copia de lo que escribes? Me gustaría echarle un vistazo, por hacerme una idea.

—Siempre mando copia a su excelencia, seguro que está en palacio. Pero señor —suplicó Lope cambiando de tono mientras conducía al duque hasta la sala de invitados—, no eche mis ruegos en saco roto.

Cabrera se quedó en el zaguán y se repantigó en la banca de madera como si supiera que la visita iba para largo.

—Obedezco órdenes de mi confesor —se disculpó Lope bajando aún más la voz

—. Por dos veces se ha negado a oírme en confesión si reincidía en servir a su excelencia como me pide, y mire que no es bueno que un sacerdote viva en pecado.

—¿Pero quién se atreve a decir que no puedes servirme en lo que es de mi gusto? Mira, Lope, guárdate de amenazar al duque de Sessa...

—Dios me libre, no es mi intención...

—¿Acaso no procede de mi bolsa el dinero que paga esta casa? —dijo Sessa iracundo—. ¿No me pertenecen tus ropas, tus libros, tus hijos?

—Yo...

Lope agachó aún más la cabeza, incapaz de responder.

—Por cierto, esto es para ti —dijo el duque lanzándole una bolsa llena de monedas—. Para que veas que no me olvido de quienes me sirven bien. Pero recuerda que gracias a mí entraste de familiar de la Santa Inquisición obteniendo de paso el visado de limpieza de sangre que tanto deseabas y que te permite jugar con un origen hidalgo del que es mejor no hablar.

—Señor...

Lope no conseguía articular ninguna réplica, su voz se desvanecía en un murmullo.

—Y que fui yo el que te presentó para cofrade de la Hermandad de Esclavos del Santísimo Sacramento.

—Sí, pero...

—¿Es que no recuerdas ya lo importante que era para ti esa cofradía? Excelencia, me decías, debo figurar en esa Hermandad, han ingresado Cervantes, Salas Barbadillo, Espinel, Paravicino, Quevedo... Era un asunto difícil y delicado porque es una hermandad protegida por Lerma y el propio rey, pero yo apoyé tu candidatura y logré meterte.

—Lo sé, lo sé y se lo agradezco con toda mi vida. Siempre seré un esclavo de su excelencia, pero dada mi actual dignidad comprenda que no puedo seguir escribiendo billetes para mujeres ni haciendo de tercero...

—¿Todavía insistes? ¿Es que no entiendes que es eso para lo que te quiero?

—Pero ahora soy un sacerdote, y mi confesor me prohíbe...

—¡Pues si eso te impide servirme, cuelga los hábitos o cambia de confesor!

—No hace dos meses que me he ordenado, excelencia —suplicó Lope—. Yo pensaba que, en mi nuevo estado, le serviría mejor de capellán que...

—Deja eso a los sacerdotes.

—Pero excelencia, ¡yo soy sacerdote!

Sessa lo miró socarrón.

—Olvídate de librarme de mis pecados, Lope, tengo quien se encargue de eso. Tú me sirves mejor en su procura, y que cada palo aguante su vela. Por cierto, ¿has leído ya la última de la marquesa?

Lope, vencido, agachó la cabeza y asintió.

—¿Qué te parece? ¿Va en serio?

—Señor...

Retumbó de nuevo la aldaba de la puerta. La vieja Catalina acudió a abrir con la pequeña en brazos. Se oyeron los cerrojos y luego la voz de Candil que se quejaba de algo que le había pasado en la posta. No hizo falta que la vieja dijera nada, en cuanto Candil vio a Cabrera bajó el tono drásticamente. Luego le oí murmurar un saludo e informar a Lope del estado de sus encargos antes de desaparecer por el fondo del jardincillo hacia el palomar.

—Si llego a saber que su excelencia iba a honrarme esta tarde con una visita, no me habría apresurado tanto a echar el correo —se disculpó Lope.

—Estoy deseando que se quede viuda de una vez parairme a vivir con ella —dijo Sessa sin hacer caso de las palabras del otro—. Estoy dispuesto a dejar a mi esposa —añadió en el tono confidencial de los aristócratas, es decir, a voz en grito—. Está insoportable. Además, ya sabes que físicamente me repugna, apenas le quedan tres dientes y los pechos le cuelgan como saquitos de arena.

—Señor, no me hable mal de la señora duquesa, usted sabe que la tengo en gran aprecio.

—Pues quédate tú con ella. ¡Ja, ja!, tendría gracia, pero mejor no que luego tendría que matarte.

—Antes me quitaría yo la vida.

—Eso está bien. Pero a lo que iba, la marquesa de...

—Llámela Jacinta, señor —lo interrumpió Lope—, como lo hago yo en las cartas que escribo en su nombre, y no airee su verdadera identidad no vaya a ser que sus manejos lleguen a oídos de «el Cazador»... Ya me entiende.

—No pegan en tu boca palabras tan juiciosas. Privas así a la conquista de uno de sus mayores placeres.

—¿La imprudencia?

—La divulgación, Lope, la divulgación.

—Divúlguelo su excelencia cuanto desee, pero quítese esa idea de abandonar a mi señora la duquesa. El marido de Jacinta es hombre mayor y, aunque inútil, su existencia da sal a la aventura. Hágame caso. En cuanto disponga libremente de Jacinta verá que lo mucho cansa. Y si no, al tiempo.

—¿Te das cuenta? Pareces un oráculo.

—He visto mucho...

—Pues adivina con qué antojo me he levantado de la siesta.

—No sé...

—Una amiga común, que por cierto nada tiene de *boba* —dijo con intención—. Me he despertado con ella en la cabeza y una erección de adolescente. Eso sí que es un buen presagio.

Lope sabía perfectamente de quién se trataba, y yo también. Con lo de *boba* no podía referirse más que a Jerónima de Burgos, para quien poco antes había escrito Lope la obra titulada *La dama boba*, estrenada con gran éxito.

—Sin duda —dijo Lope sopesando la bolsa de monedas que le había dado el duque

un momento antes—. Aguarde. Tal vez sus sueños puedan hacerse realidad.

Lope salió de la estancia y llamó a voces a Candil que acudió al momento. No pude oír bien lo que hablaban, pero tampoco me hizo falta. Al poco Lope volvió junto al duque y Candil subió a buscarme.

—Pues dice mi amo que lo siente mucho pero que ahora no puede atenderle, que vuelva luego.

—Sí, pero ¿cuándo?

—Pues... luego.

—¿Por la noche?

—Pues... cuando se vaya su excelencia.

Yo asentí. Aquello podía significar media hora, una, cuatro, toda la noche.

—Pues, otra cosa, también me ha pedido que salga usted discretamente por el portillo del patio, sin ser visto, ya me entiende.

—¿Y eso?

—Pues porque no sería correcto que se enterara ahora su excelencia de que había un extraño en la casa, ¿no le parece? Pero no se preocupe, yo lo acompaño.

No quise discutir. Con Cabrera apostado en el zaguán era fácil ser sorprendidos intentando salir subrepticamente de la casa, y eso sí que resultaría raro, pensé yo, pero preferí obedecer sin más. De todos modos Candil parecía tenerlo todo previsto porque en vez de usar la escalera me hizo descolgarme hasta el patio por una celosía que sujetaba un jazmín un poco mustio. No soy ducho en escalos y confieso que cuando al fin pisamos la calle me sentí revigorizado por la tensión del momento.

—Pues ya sabe, calcule tres o cuatro horas por lo menos, —dijo Candil antes de partir en busca de los medios con que su amo pudiese complacer una vez más a su excelencia.

Se había hecho de noche. Soplabla una brisa agradable que invitaba a pasear. La mayoría de las casas tenían las puertas y las ventanas abiertas y en todas se sucedían escenas familiares. La gente estaba cenando o charlaba relajadamente con los platos aún sobre la mesa. Tenía varias horas por delante, así que sin pensarlo mucho subí la calle León, crucé la de Huertas y me presenté en la taberna de Chete para hacer tiempo y de paso llenarme el estómago.

Había siete u ocho mesas ocupadas, y entre unos y otros tenían liada una buena tertulia con el último chascarrillo del día, la noticia de que una banda de unos doscientos gitanos campaban a sus anchas por la frontera de Aragón y tenían aterrorizado a todo el territorio.

—He oído en San Felipe que han llegado a tomar y saquear dos pueblos, y que para cuando llegaron los cuadrilleros ya se habían ido —dijo un tipo un poco obeso que se cubría la boca con ambas manos. Por el esfuerzo de palanca que hacía con la biznaga debía tener media mula atascada entre las muelas.

—Hay quien dice que los cuadrilleros se aseguraron de que ya no estaban antes de ir.

El obeso soltó una carcajada apagada, se le congestionó la cara y dos venas azules se hincharon en sus sienes.

—Dicen que esas bandas controlan comarcas enteras, incluso cortan las cañadas reales y se quedan con el ganado que se les antoja, comen el que quieren y venden como propio lo que les sobra.

—Para acabar con ellos habría que levantar un ejército.

—Ahora no es mal momento, con la cantidad de soldados ociosos que hay.

—¡Oh, vamos! —protestó otro—. Eso sería apagar brasas con fuego. De todos modos nadie se alistaría para una campaña así, esa chusma no mueve un dedo si no cuentan con derecho de saco.

Hubo un murmullo general de aprobación, interrumpido por el carraspeo insistente de un tipo menudo y calvo que tiene fama de reputado arbitrista.

—Yo cuento con un memorial presentado en la oficina del rey sobre este asunto —dijo ajustándose sus lentes redondos—, y en él expongo con total claridad la necesidad de expulsar a los gitanos, igual que en su día se hizo con los moriscos.

—Desde luego —aprobaron algunos.

—Y mientras se articula el modo de hacerlo a satisfacción, prohibirles que lleven armas de fuego —puntualizó.

—¿Usted qué piensa, don Fernando?

El tal don Fernando era un caballero viudo o soltero, eso no lo sé, vecino del barrio, que cenaba en el mesón de Chete casi todos los días. Era igual de calvo que el

arbitrista, pero más alto, y tenía barba blanca y afilada y bigotes con puntas de alambre. Antes de contestar se irguió, hinchó el pecho y se limpió la boca con un paño.

—A los moriscos se les acusaba de facilitar las incursiones de los piratas berberiscos y turcos y de aliarse con franceses y venecianos para llevar a cabo una gran ofensiva contra la Corona.

—Todo eso está demostrado.

—Pero no creo que se pueda acusar de lo mismo a los gitanos. Además, los moriscos constituían una comunidad descontenta de miles de hombres asentados sobre todo en las costas de Levante, y los gitanos son menos y andan más repartidos.

—Ya ha oído lo organizados que están. Una partida de más de doscientos hombres...

—Hay partidas como ésa por toda la península —dijo Chete, que llegaba con una bandeja cargada de cuartillos de vino. La apoyó en la mesa y fue poniendo uno delante de cada contertulio mientras seguía hablando—. Cataluña está minada de cuadrillas incluso más numerosas, y al sur de Despeñaperros, para qué hablar. Un vistazo a Peralvillo es como la visión del Apocalipsis, con todos esos cadáveres de ladrones colgados de postes y asaeteados como acericos. Y no son gitanos.

Remató su discurso dando la espalda a la mesa para encararme a mí. Su cuerpo hizo de pantalla y no pude entender con claridad qué le contestó el arbitrista, pero luego volvió a hablar el caballero de barba blanca para decir que en Zaragoza se montaban caravanas para ir a Barcelona, que ése era el único medio de asegurar un viaje tranquilo, aunque ni así había garantía de llegar porque si venían mal dadas los escoltas eran los primeros en desaparecer.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó Chete.

—¿Qué tienes?

—Alcachofas con jarretes de tocino.

—Venga.

Chete se sentó conmigo un rato y Ana trajo la comida.

—Por cierto —dijo la mujer en cuanto dejó el plato sobre la mesa—, ha estado aquí buscándote la chiquita esta...

—Isabel —dijo Chete.

—La morena... —aclaró Ana.

—Isabel —insistió Chete.

—Pues Isabel —aceptó su mujer—. Le habían dicho en tu casa que no estabas y decidió pasar por aquí a ver si tenía suerte. Parecía tener prisa por encontrarte. Probablemente te esperará en lo de Lazcano.

Aquello me recordó a la sifilítica del bodegón. A lo mejor por eso decía que la conocía, seguramente habrían coincidido más veces.

—Yo que tú me andaría con ojo —dijo Ana de pronto—. No me ha dado buena espina esa mujer.

Miré a Ana con respeto. Tenía la tez tersa y blanca y le brillaban los ojos de un

modo especial. No sé por qué, pero viniendo de ella esas palabras cobraban un valor añadido. Recordé entonces la última conversación con Luís Vélez y Ximenet en la que se habían burlado de mis enredos con Isabel, y volví a considerar por qué estaría tan interesada en mí de un día para otro, si sería por el dinero, por la ejecutoria de hidalguía, por la limpieza de sangre... Tal vez fuera injusto pero, en honor a la verdad, reconozco que se me pasaron por la cabeza todas las posibilidades menos que estuviera sinceramente enamorada.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó Chete devolviéndome al presente.

—Pues... no lo sé. Cada vez más confundido, si soy sincero.

—Te metes en cada lío... —opinó Ana—. En una de éstas te encuentran muerto como a la marquesa.

—¿Qué marquesa?

—Anda éste. ¡Pero en qué mundo vives! La de Hornacho.

—Hoy apenas he salido de casa —me disculpé.

—Nadie habla de otra cosa. Parece que Flandes ya no existe.

—¿No es el marqués de Hornacho el que ha ordenado que trajeran a la Corte un niño con dos cabezas? —preguntó el arbitrista que había cogido al vuelo el comentario de Ana.

—Cierto. Es propietario de un gabinete magnífico —dijo el caballero.

—Sí, yo también he oído maravillas de él.

—A ésa la han matado —dijo Ana.

—¿Qué tontería! —exclamó su marido—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—No, si nunca lo sabremos, pero la han matado, te lo digo yo.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —pregunté.

—Dicen que esta mañana su doncella la ha encontrado muerta en el baño —me explicó Chete como en un aparte.

—¿Ahogada? —pregunté yo discretamente.

—Desangrada. El baño estaba rojo de sangre. La muchacha empezó a gritar en cuanto la vio y creo que todavía sigue.

—La han matado, hacedme caso —insistió Ana alzando la voz.

—Un primo mío, caballero de Santiago, me ha contado a mediodía que precisamente esta mañana había coincidido con ella en la misa del Buen Suceso —comentó el caballero.

—¿Qué tendrá que ver? —dijo Chete.

—Pues que el marido ha querido asegurarse de que estuviera en gracia de Dios antes de matarla —dijo el arbitrista con rotundidad—. Ya saben lo que dice san Agustín, que mayor daño hay en la perdición de un alma que en la de mil cuerpos. Y no sería la primera vez que ocurre. ¿Recuerdan al escribano aquel que dio muerte a su esposa el día de Jueves Santo cuando estuvo seguro de que había confesado y comulgado? Y todo por unas sospechas de adulterio que al final quedaron en nada.

—No hay culpa en el injuriado que da muerte a los que ensucian su honra —dijo el

caballero.

—No, pero tiene que matar a los dos culpables de la afrenta. No basta con desangrar a la mujer.

—Lo más seguro es que ya esté acordada la muerte del amante.

—Hay que liquidarlos a los dos in fraganti —sentenció el arbitrista—, en caso contrario no es aplicable la exoneración del delito porque puede ocultar una intención viciosa.

—Si así fuera, el marqués estaría detenido y nos habríamos enterado.

—Pues sí que le iba a importar a él la *choneración* esa —opinó Ana—. Los que tienen dinero pueden hacer lo que les plazca. Luego compran a los jueces, que olvidan el sumario o acuerdan la sentencia y se acabó. Y en el improbable caso de que éstos no acepten el soborno, ya lo harán alguaciles y alcaides, que no hay muros en España que un grande no pueda saltar.

—Ni un chico. Habiendo oro de por medio nadie para en mientes.

—¿Pero por qué iba nadie a matar a la marquesa? —pregunté yo.

—El marido, hazme caso —respondió Ana—, ése es un asunto de cuernos. Si no, explícame, ¿a qué viene tanta sangre?

—Tal vez se haya suicidado —aventuré.

—Quita, quita, pero qué cosas se te ocurren, suicidarse una marquesa, ¡anda que no eres retorcido! Mejor que la hayan matado, hombre, y que Dios la acoja en su seno.



Tres horas más tarde me acerqué a casa de Lope. No llegué a llamar. Dentro se oían voces, música, y en la puerta volvía a estar el palafrenero con los caballos del duque. Pasé de largo y me senté en el soportal de un pequeño figón que hay en la esquina junto a la mancebía de la calle Francos. Todo lo tranquila que es la calle de día lo es de agitada por la noche. Como diría don Damián, en cuanto oscurece salen las putas a la calle como el pus cuando revienta un lamparón.

Don Damián es el capellán del convento de Trinitarias que hay un poco más abajo, un tipo rechoncho y sin cuello que ha decidido, por su cuenta y riesgo, que es impropio que haya un burdel a dos manzanas de «sus» monjas. Ya sabe usted que el obispado ha establecido, de acuerdo con los alcaldes de Casa y Corte, un horario en el que los clérigos pueden acceder a las mancebías para exhortar a las prostitutas a abandonar su oficio, pero desde hace un par de meses el tal don Damián se dedica a hacer incursiones sorpresa, con las broncas y tumultos que esto acarrea. Y lo gracioso del caso es que es una batalla perdida, porque la misma diócesis tiene parte en el negocio.

El figónapestaba a corcho triturado y a vinagre. Es uno de esos sitios en que no hacen más que trasegar el vino de los pellejos recubiertos de pez a pequeños lebrillos de barro donde se acaba por picar de tanto airearse y agitarse y queda sólo hábil para consumo de los muy borrachos. No era ése mi caso, así que pedí un vaso de aguardiente y me dispuse a esperar pacientemente a que el duque decidiera volver a casa.

Tuve que esperar cosa de una hora, hora y media. Serían casi las dos de la mañana cuando salió al fin seguido de Cabrera. Parecía satisfecho, sonriente y yo diría que un poco cargado. Cabrera y el palafrenero lo ayudaron a montar y luego se fueron los tres al paso hacia la calle del Pardo. Yo me levanté en el acto, pagué la bebida y me acerqué a la casa. La puerta se había quedado abierta. Varios hombres, dos de ellos gitanos, charlaban en voz baja en el zaguán. Una niña, también gitana, estaba en cuclillas contra el muro abrazándose las rodillas, la cabeza caída sobre uno de los brazos, los ojos cerrados. Parecía agotada. Cuando asomé el cuerpo callaron un momento, me echaron un vistazo y siguieron a lo suyo como si tal cosa. Todo estaba oscuro. Reinaba un ambiente de desolación, de cansancio, de fin de fiesta. El aire parecía tan viciado como si todo él hubiera sido respirado varias veces. En ese momento apareció Candil, les entregó la paga y los despidió afable hasta la próxima. Los hombres respondieron agradecidos con medias palabras, recogieron sus cosas —un hato de instrumentos que había junto a la puerta—, despertaron a la muchacha de una patada y se largaron.

—He vuelto —dije por si Candil no se había percatado de mi presencia.

—Pues ya lo veo. ¿Qué desea?

—¿Puedo pasar?

—Pues no sé si será buena idea. Las señoras todavía están arriba.

—Dijiste que volviese en cuanto se fuera el duque.

—Pues sí, pero ya le digo que las señoras...

—Oiga —le dije procurando controlarme—, llevo cuatro o cinco horas, ya he perdido la cuenta, dando vueltas por ahí, haciendo tiempo para volver a ver a don Lope, así que le ruego que le diga que he vuelto y que estoy esperando. Y si fuera necesario, recuérdeme que fue él quien me llamó.

Eso de que lo tratara de usted pareció gustarle, al menos a eso achaqué yo su cambio de actitud.

—Pues veré qué puedo hacer —dijo alzando un dedo en el aire como debía de haber visto hacer a tantos secretarios de las grandes casas.

Me dejó solo en el zaguán. Una luz me atrajo hacia el jardincillo trasero. Cuatro lámparas de aceite hacían posible moverse entre los arbolitos y los arriates sin pisarlos. Sin embargo, los estragos de la fiesta eran visibles; había trozos de una jarra de vino, platos con restos de comida por el suelo, un tiesto de geranios roto y un arriate de margaritas pisoteado. De arriba llegaron voces, risas. Las mujeres empezaron a bajar las escaleras y yo me oculté tras la puerta del patio. Del primer vistazo reconocí a Jerónima de Burgos. Era una mujer imponente, de pelo castaño claro y labios carnosos. Lástima que los dientes, grandes y amontonados, afearan su sonrisa, pero se adivinaban otras dotes que hacían que los hombres despreciaran ese defecto—. Al pie de la escalera las tres se echaron los mantones sobre la cabeza y salieron a la calle escoltadas por un caballero que reconocí al instante. Se trataba de don Alonso de Contreras, el capitán que estaba llevando a cabo la recluta para socorrer la Mamora y que últimamente me encontraba en todas partes. Buena escolta, pensé. Don Alonso dejó tras sí la puerta abierta. No tardará en volver, me dije al recordar que la de Burgos vivía más abajo en la misma calle y las otras dos seguramente serían pupilas de la mancebía de enfrente.

—¡Eh! ¡Psst! Suba —dijo Candil asomándose a la ventana.

De cuatro zancadas me planté en el despacho, pero estaba vacío. Miré en una y otra dirección hasta que la voz de Lope me orientó.

—Estoy aquí. Adelante.

Me asomé a una estancia amplia adornada con tapices. En una esquina había un estrado cubierto con una alfombra espesa y cojines de terciopelo, y a su lado varias sillas frailerías de respaldo alto. Lope estaba sentado en una de ellas y me indicó otra para que lo acompañara. Junto al estrado un pebetero exhalaba aroma de áloe y ámbar, pero en el ambiente estaba muy presente el del hachís y el tabaco, y como base de todo un penetrante toque de sudor fresco.

—¿Qué es lo que desea ahora? —me preguntó Lope en cuanto nuestras caras estuvieron a la misma altura—. Tenía idea de que ya lo habíamos hablado todo.

No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que estaba borracho, o ido. Tenía los ojos rojos, llorosos, la tez macilenta y el habla algo torpe y arrastrada, pero parecía mantener un total control de sí mismo. En su mano derecha todavía humeaba una pipa de hachís.

—Falta que me diga quién es Alonso Fernández de Avellaneda —dije yo resuelto.

Lope me lanzó una mirada felina y luego sonrió.

—Veo que es usted pertinaz. Creía haberle dicho ya que no lo sé.

—Me da la impresión de que hay pocas cosas que usted no sepa —dije yo lisonjero—. Seguro que al menos puede darme alguna idea.

Lope se relajó aún más en su asiento. Yo lo observé un poco incrédulo. Nunca había conocido a un hombre tan sensible al halago, ni tan seguro de merecerlo.

—Soy hombre de grandes ideas —murmuró con un deje de ironía.

Lope apoyó los codos en los brazos de su silla, unió las manos en actitud orante y se colocó los índices entre los labios.

—Entonces, ¿puede ayudarme? Comprendo que quiera proteger al autor, sé que el *Quijote* no es plato de su gusto. Además, es evidente que Avellaneda lo admira y lo más seguro es que sea alguno de sus allegados...

—Cervantes debe de estar loco para emprender una cruzada contra su imitador —dijo pensativo.

—No es él quien me ha encargado la búsqueda.

—¿Quién entonces...?

—Robles.

—Acabáramos...

—Y bien... ¿Va a ayudarme? —insistí.

Tardó en contestar. Parecía ensimismado en sus pensamientos, muy lejos de mí y de todo lo que le rodeaba.

—Señor... —insistí, pero su mirada se mantuvo perdida más allá de uno de los tapices que adornaba el estrado.

Aguanté un poco más en silencio, pero al no obtener respuesta decidí sacar de nuevo a colación el encargo del duque de Osuna, a ver si por ahí lograba algo.

—Respecto a lo que hemos hablado esta tarde de don Rodrigo Téllez Girón, he creído entender que tenía problemas...

—Osuna..., Sessa..., Lemos... —murmuró él—. Mezquinos...

—Si se trata de montar una historia, sea lo que sea, yo puedo echarle una mano. Soy bueno pensando historias, no sé hacer versos pero le aseguro que las historias no se me dan mal.

Lope me miró como si me viera por primera vez desde que había tomado asiento.

—Osuna es un mal nacido —dijo repentinamente con voz cavernosa—. Quiere limpiar el origen de su casa. Nápoles es demasiado jugoso para dejar ningún cabo suelto, pero no se puede borrar que el primer duque fue un miserable...

—No conozco la historia, pero algo se podrá hacer.

—Un miserable ambicioso...

—Le propongo un trato. Yo me estudio la vida de don Rodrigo y si se me ocurre algo se lo digo. ¿De acuerdo?

—... ambicioso...

—Y a cambio usted me echa una mano con lo de Avellaneda.

Me miró con extrañeza. Dudé de que se hubiera enterado de algo, demasiado vino, demasiado hachís.

—No le pido que delate a nadie, sólo que me dé alguna pista, ¿comprende?

Lope asintió, aunque no podía estar seguro de que lo hiciera a mi propuesta. Oí unos pasos aproximándose por el corredor, y al momento don Alonso de Contreras se asomó a la habitación.

—Creo que es hora de que se vaya —dijo de forma cortés pero firme.

Estaba en camisa y parecía sorprendido de encontrarme allí a esas horas. Yo me puse en pie.

—En cuanto se me ocurra algo vendré a contárselo —le dije a Lope en voz baja.

El maestro asintió imperceptiblemente y volvió a fijar la vista en un punto indeterminado del tapiz.

—No se encuentra muy bien —le comenté a Contreras al pasar a su lado—. Volveré otro día.

Don Alonso me acompañó hasta el zaguán. Era más bajo que yo y, despojado del sombrero emplumado, la capa, el tahalí con las armas y el colete de piel de búfalo, yo diría que menos corpulento. Sin embargo, como pude comprobar de inmediato, ambas cosas eran irrelevantes.

—Aquí esta noche no ha pasado nada, ni ha venido nadie ¿verdad? —dijo con una media sonrisa que me heló la sangre.

—¿Cómo voy a saberlo si no he estado? —respondí yo tendiéndole la mano.

Don Alonso me miró detenidamente, midiéndome. Me tuvo unos incómodos segundos con la mano tendida antes de estrecharla, y luego la retuvo más tiempo del debido. No me quedó más remedio que controlar mi aprensión y afrontar de nuevo su atrabiliaria mirada.

—Don Alonso —le dije intentando controlar mi nerviosismo—, usted ha escrito versos para encabezar obras de don Lope, ¿verdad?

Se mantuvo en silencio. Yo tragué saliva. Recordé que me estaba dirigiendo a un hombre que había cobrado su primer muerto antes de cumplir los catorce y que había servido en Malta, dentro mismo de las fauces del Gran Turco. Uno de los lados de su bigote se alzó ligeramente forzando una media sonrisa.

—Buenas noches —se limitó a contestar justo antes de cerrar la puerta.

Me fui insatisfecho, resignado a continuar mis pesquisas por otros derroteros. Las últimas horas habían sido tan intensas que no veía el momento de llegar a casa, pero había una cosa que no podía dejar de hacer esa misma noche. En vez de tirar por la calle Carretas di un pequeño rodeo para meterme por la de la Paz. En el recoveco del muro de San Felipe se alzaba firme la cruz con su advertencia a los caminantes: NO SE ORINA DONDE ESTÁ LA CRUZ. Después de mirar a uno y otro lado oriné donde siempre y luego fijé mi versión corregida del cartel sobre el del cura: NO SE PONEN CRUCES DONDE SE ORINA. Sonreí para mis adentros. A más de uno le iba a divertir.



Me desperté asustado por los martillazos, como si los oyera por primera vez. Había bastado un día para olvidar dos meses de infierno. Oriné en la bacinilla, la saqué al balcón y cerré las ventanas. Los golpes cesaron de pronto y entonces distinguí claramente las familiares voces de los albañiles y su canturreo.

Había pasado la noche soñando con Contreras. Incluso despierto no lograba librarme de su gélida sonrisa, así que mientras me tomaba un par de piezas de fruta escarchada y un vasito de aguardiente reflexioné sobre la extraña amistad que unía a Lope con don Alonso y la relación que pudiera tener con esa atracción de Lope hacia los hechos de armas que tan mal se le habían dado a él. Pensé que en cierto modo tenía razón Cervantes cuando decía que Lope le envidiaba su pasado heroico y que de él podía esperarse cualquier desprecio salvo una burla o una sátira de una herida recibida en combate.

Aunque estaba un poco atascado con el encargo de Robles, había asuntos personales que debía atender. Moví la mesa procurando no hacer ruidos que sonaran extraños o sospechosos, levanté el baldosín secreto, saqué el dinero y lo conté. Guardé una reserva, aparté un poco para mis gastos y con lo demás hice un canuto y lo metí en la caja de hojalata de mi tahalí. Ya debía de haber vuelto a la ciudad don César Memelosa, mi genealogista, y tenía mucho interés en ver qué novedades traía y en hacerle entrega de una contribución para mi causa. No es ése carro cuyos ejes puedan quedar sin sebo.

Me bañé a trozos, y al ir a cambiarme de camisa recordé que le había entregado mi muda para lavar a Venancia, así que me vestí a medias, cogí unas monedas y salí en su busca. La mujer me recibió zalamera, sopesó satisfecha su paga y me dijo que Isabelita había estado preguntando ayer por allí, y que pobre muchacha, el disgusto que se había llevado cuando le dijo que ella ya no tenía llave (cosa que recompensé sobre la marcha con las vueltas de la colada). Venancia, satisfecha, me advirtió que Isabel parecía enfadada y que tuviera cuidado que era mujer de armas tomar. Luego me dio mi ropa, subí y me vestí.

Salía ya arreglado y dispuesto para ir a casa de don César cuando me volví a cruzar a Venancia en el zaguán, y entonces le pregunté si sabía algo de las obras, de cuándo iban a acabar y si había hablado a Cañamares del asunto de la letrina. Me contestó que ni idea, ni idea y ni loca, que ya me había dicho ella claramente que nadie iba a cagar encima de sus gallinas.

—Pero entonces, ¿qué van a hacer arriba?

—Dejarán en una esquina un cuartucho con un tablón agujereado y un albañal que baje hasta la calle.

—¿Y no podrían hacer eso también en el primer piso? —pregunté yo, esperanzado.

—Ande ya, no sea guasón, don Isidoro —respondió ella frunciendo el ceño—. Pero qué cosas se le ocurren. El primer piso tiene ventanas.

Don César Memelosa, marqués de Casa de la Madera y señor de las Cocheras, es un acreditado genealogista que tiene abierto despacho en plena calle de Platerías, entre las escribanías hereditarias del Ayuntamiento de la Villa y las putas más caras de la Corte.

Hace casi dos años que abrí expediente en su oficina para que me consiguiera una carta de hidalguía que certificara mi limpieza de sangre y me abriera el acceso a puestos de mérito en la administración real. Hasta el momento todo lo que había logrado eran esperanzas y buenas palabras, pero yo confiaba que en su último viaje hubiera obtenido las pruebas que le faltaban para lograr nuestros fines. Mis fines, quiero decir. Y más me valía que así fuera, porque sus tarifas andaban parejas a las de sus vecinos y yo hacía tiempo que había tocado fondo. De hecho no contaba con poder adelantar más dinero a cuenta, y no se me ocurría otro medio para que no arrumbara mi expediente que cederle el censo del solar de mis padres hasta la total liquidación de la deuda. Por suerte, Robles había acudido en mi ayuda sin saberlo.

Creo que debo aclarar algo. He hablado de «tarifas» y «deuda», pero me temo que no son los términos adecuados. Ya se sabe que los nobles desprecian el dinero, les aburre, no está bien visto que revisen o regateen facturas, la mayoría ni se molestan en esperar las vueltas cuando hacen una compra, pero a don César le encanta recibir regalos, los regalos son otra cosa, y cuanto más generosos más facilitan las pesquisas y en mayor medida garantizan los resultados.

Físicamente don César no pasa desapercibido. Su cabeza es algo más grande de lo normal y un poco abombada a la altura de la frente, la nariz le brota recta y ancha con corte de apagavelas y lleva bigotes recios y alborotados a lo militar. En contraste con la cabeza, su cuerpo es seco y pellejudo, tiene las caderas planas y las piernas agudas como floretes.

Me abrió la puerta su criada Adoración, una enorme matrona medio negra y medio india que había sido su ama de cría y que aún le llamaba «mi niño» alargando mucho la «i» como en una almibarada cantinela portuguesa.

—Don Isidoro, precisamente iba a enviar en su busca —dijo don César en cuanto puse un pie en el despacho.

Flotaba en el aire un aroma intenso de azahar, aunque no se veían flores por ninguna parte. Don César estaba de pie entre montones de legajos que se alzaban un metro desde el suelo y muebles atestados de papeles. Vestía un albornoz de algodón color burdeos indolentemente atado a la cintura, bajo el que asomaban unas calzas medio caídas y unos altos gregüescos de terciopelo.

—Vamos, vamos, entre —dijo, pero yo no me atreví a dar un paso más por miedo a tirar alguna de aquellas pilas—. He hecho averiguaciones —añadió mientras



rebuscaba entre los papeles de la mesa—. Me temo que no tengo muy buenas noticias.

Me desinflé. En aquel momento sentí un cansancio infinito, pero no dije nada, le alargué el canuto con el dinero y él lo hizo desaparecer rápidamente en la gaveta de la mesa.

—¿Usted recuerda desde cuándo vivió su familia en Sacedillo?

—Desde siempre, supongo —respondí encogiéndome de hombros—. Allí es donde está el solar familiar, ya lo sabe.

—Ya. En efecto, allí está lo que queda de su patrimonio, pero ¿desde cuándo fue de su propiedad?

—Lo ignoro. Sólo sé que nací allí. En el padrón municipal figuran al menos cuatro generaciones, ¿no? —dije un poco molesto.

Aquello empezaba a sonarme a disculpa, a una nueva delación, a pérdida de tiempo, pero estaba equivocado.

—En el padrón sí, pero no consta inscripción alguna en la parroquia —dijo don César marcando muy bien las palabras.

—No entiendo... —dije yo—. Tal vez olvidaran...

—Tal vez, tal vez. Pero discúlpeme, don Isidoro. Aunque le parezca extraño, lo lógico es pensar que sus padres procedían de algún otro sitio... ¿A usted esto no le suena de nada?

Yo negué con la cabeza.

—Debe de haber algún error, no creo que... —balbucí.

—Mire, voy a ser franco con usted —me interrumpió—. En el asunto este de las hidalguías he tenido que ver muchas cosas. He llegado a tratar a auténticas ligas de plebeyos conjurados para testificar unos a favor de otros que son hidalgos desde siempre. Unos vecinos de Talavera incluso fundaron una caja común para financiar la modificación de los antiguos padrones municipales donde sus antepasados figuraban como pecheros, así como los libros parroquiales.

—¿Qué tienen que ver conmigo?

Don César dejó pasar unos segundos, tomó aire con solemnidad y luego dejó explotar la mina.

—Me temo que sus padres eligieron un camino parecido —susurró.

—¡Eso es ridículo!-exclamé—. Mis padres eran hidalgos.

—No sé cómo reunirían su fortuna —dijo él ignorando mi protesta—. Tal vez fueran labradores, tal vez tuvieron suerte con algún negocio, quién sabe, y una vez se vieron ricos decidieron dar el salto social. El primer requisito fue cambiar de lugar de residencia, en el suyo eran conocidos y por tanto les sería imposible medrar. Los pasos habituales suelen ser liquidar el negocio en cuestión e invertir en tierras y rentas fijas. Lo más seguro es que buscaran un lugar que tuviera problemas para recaudar los impuestos exigidos por la Corona y en el que ellos pudieran constituir un censo sobre los bienes del común. Desde ese momento su pueblo de acogida tendría una deuda permanente con ellos y estaría obligado a pagarles una pensión anual. Sacedillo es un

lugar pequeño, así que a su padre, además, no le costaría mucho comprar tierras, hacerse nombrar regidor, alcaide, familiar de la Inquisición y todos esos cargos que dice usted que ostentaba.

—Quiere decir que...

—Que compró la hidalguía —afirmó fríamente don César—. O lo intentó, al menos, porque algo le salió mal. Por algún motivo no pudo falsificar el libro parroquial como había hecho con el padrón municipal.

—Pero el que falte alguna inscripción puede deberse a un error —dije intentando pensar fríamente.

—En efecto. Por eso busqué las fechas de nacimiento y defunción de las cuatro generaciones anteriores de Montemayor de acuerdo a los datos que usted me había facilitado, y nada. No hay ni un solo Montemayor en el libro parroquial de Sacedillo. Muy raro, ¿no le parece? Sólo constan las muertes de sus padres. Eso no podía ser casualidad. Me planteé dos opciones. O había una confabulación para impedir que el último Montemayor disfrutara de los beneficios de su linaje, o todo era una pura invención de su padre, si me permite decirlo tan crudamente. Para descartar la primera revisé cuidadosamente los libros, comprobé que no había páginas arrancadas, tachaduras ni intrusiones, y una vez confirmado este último extremo no me quedó más remedio que aceptar la realidad.

—Que no soy hidalgo —dije sintiendo cómo todo mi mundo se tambaleaba.

—¡No, hombre! —exclamó don César risueño—. Que el serlo le va a salir un poco más caro de lo previsto.

—¿Qué quiere decir?

—Yo soy de los que creen que la verdadera nobleza reside en los actos más que en la sangre. O al menos se reparte por igual. Y usted, don Isidoro, ha vivido como hidalgo toda su vida. Sería una pena estropearlo ahora. Claro que habrá que acabar el trabajo iniciado por su padre.

—¿Es posible?

—Amigo mío, le seré franco: ¿cómo decía el poeta? Sí. Sólo dos linajes hay, el tener y el no tener.

Se detuvo en el «no tener» y me dedicó una mirada socarrona.

—Desde luego que es posible, y creo haber descubierto su escollo. Al parecer, el sacristán anterior tenía vocación de cartujo y carácter de perro braco, pero por suerte para nuestra causa murió de peste.

—Igual que mi padre.

—Igual que media España. Pero el sacristán actual es un hombre encantador que mantiene barragana y cuatro hijos, y se le ve proclive a llegar a acuerdos razonables.

Hizo una pausa para darme tiempo a entender su propuesta.

—Tampoco pide demasiado, un par de doblones por asiento. Entre nacimientos y muertes, contando que podemos decir que alguna de las mujeres nació en otro sitio, unos trece o catorce asientos, menos los dos de la muerte de sus padres, que esos sí

constan, los he visto, pues por unos veinte o veinticinco doblones quedaría todo arreglado. ¡Adó! —gritó alzando la cabeza—. ¡Adó! —repitió al no obtener respuesta—. Esta mujer todavía no ha vuelto, la he mandado a por unos de esos nuevos refrescos de nieve, le gustan, ¿verdad? El alcohol no me sienta nada bien, yo me he aficionado sobre todo al de canela. ¡Adó! —volvió a gritar y se asomó al pasillo para ver si llegaba de una vez su sirvienta.

Yo sonreí como un bobo, asentí con la cabeza y me quedé en silencio intentando asimilar todo lo que acababa de oír. Según don César, mis padres habían empleado la mitad de su vida en reunir un capital para luego colocarlo en tierras lejos de su lugar de origen para inventarse un linaje. Y eso lo habían mantenido en secreto incluso ante mí. De pronto, la máxima de mi padre de que tan importante es lo que eres como lo que los demás ven en ti cobró un nuevo significado. Si vives como hidalgo, los demás darán por hecho que lo eres, pensé. Pero eso no es suficiente, y tú lo sabías, padre. Si no, ¿para qué tomarse la molestia de falsificar los padrones? Entonces entendí también de otro modo la angustia que afloró en sus delirios poco antes de morir, ese miedo irrefrenable a no haber dejado arreglados sus asuntos con Dios. En realidad lo que dejaba sin liquidar no eran asuntos con Dios, sino con el sacristán, lo que supone una sutil diferencia en el escalafón. En fin, la cosa tenía su gracia. Una intensa corriente de simpatía me unió a la memoria de mi padre, al que imaginé observando mis reacciones con media sonrisa dibujada en la cara.

—Vamos, vamos, Adó —dijo don César animando a la sirvienta, que apareció cargada con una bandeja con tres vasos—. Vaya, ¿no había de canela? ¿De qué son? Agua de cebada, seguro, me encanta el agua de cebada, si no hay canela, claro, y el otro de agua de azahar, ¿verdad? Vamos, vamos, que me deshidrato.

Don César dejó caer el albornoz. Con el torso al descubierto salió al pasillo y separó los brazos. La vieja negra lo siguió con el vaso de agua de azahar con nieve. Para mi sorpresa, la mujer dio un buche del refresco y lo arrojó pulverizándolo con los labios sobre su amo que empezó a bracear como si nadara entre una bruma dulce y aromática. Comprendí entonces el porqué del olor a azahar que había notado al entrar. Paredes, muebles y papeles, todo estaba impregnado de ese olor, sobre todo el aliento de Adó y la piel de su niñiiiño.

—¡Oh!, ¡qué delicia! ¡Anímese, don Isidoro! ¡Qué frescor! ¡Esto es vida!

Reconozco que por un momento me dio un poco de envidia, pero a pesar de las noticias que acababa de recibir aún conservaba un resto de dignidad. Decliné su invitación y me dispuse a apurar mi agua de cebada mientras Adoración le rociaba a él solo el vaso entero.

El baño duró unos diez minutos. Cuando Adó terminó el vaso de agua de azahar, don César, con la piel húmeda aún, echó los bracitos hacia atrás y la sirvienta le ayudó a ponerse el albornoz. Luego, le entregó el agua de cebada y se retiró.

Don César volvió al despacho y se dejó caer en su silla.

—Este calor es infernal. Me mata. Si no fuera por estos relajos... ¿Y bien? —preguntó cambiando de tono—. ¿Ha tomado alguna decisión?

—Me temo que aún no...

—Anímese, nombre. No se arrepentirá —dijo satisfecho—. ¡Y no se avergüence! Si yo le contara... Hay familias que pagan fortunas por rectificar algún hecho turbio de su pasado, incluso llegan a borrar de su genealogía a un antepasado juzgado por la Inquisición.

—Tengo que pensarlo —dijo aún indeciso.

—Claro, no hay prisa. El sacristán no se va a ir a ninguna parte —dijo guiñándome un ojo.

Parecía de buen humor, expansivo. Me dije que algo debía de haberle salido bien últimamente y que no era mala la ocasión para sacarle una ayudita en el asunto de Avellaneda, así que, como el que no quiere la cosa, le pregunté qué sabía de don Rodrigo Téllez Girón.

—¿Desde cuándo le interesa la casa de Osuna? —me preguntó sorprendido.

—¡Bah! Mera curiosidad —respondí poco convincente.

—No estará metido en algún asunto relacionado con Nápoles —dijo él receloso.

—En absoluto —me defendí—. En mi vida he visto ni la sombra de don Pedro.

—Es venenosa... —afirmó don César cerrándose el albornoz como si de pronto tuviera frío.

Por un momento pensé olvidar el asunto. Si, como parecía, don César era contrario a Osuna, poco sacaría que fuera de utilidad a Lope. Pero luego vi las ventajas de escuchar a alguien dispuesto a hablar de los Girón de la forma más cruda posible. Para echar almíbar me bastaba yo solito.

—Me han contado que Lope de Vega está escribiendo una obra inspirada en don Rodrigo Téllez Girón, y me preguntaba sobre qué versaría —dije intentando sonar trivial—. Don Rodrigo fue el fundador de la casa, el primer duque de Osuna, ¿no?

Don César aún hizo esperar un poco su respuesta.

—No, el título ducal tardaría en llegar —contestó a regañadientes. Esperó un poco y luego añadió—: Pero fue uno de los primeros del linaje, digno heredero de su padre.

—¿De qué época hablamos?

—Segunda mitad del siglo XV, más o menos.

—Según parece don Rodrigo era un gran caballero, noble y además maestro de la

Orden de Calatrava... ¿Hay algún motivo por el que el actual duque pueda no estar del todo orgulloso de su antepasado?

Creo que fue en ese momento cuando don César sintió que me tenía cogido, porque sonrió abiertamente antes de cambiar de tema.

—Entonces, ¿seguiremos adelante con nuestro negocio? —preguntó dedicándome una mirada de soslayo.

Le devolví la sonrisa. No sé cómo se dio cuenta, pero reconozco que un momento antes había decidido en mi fuero interno llegar hasta el final en el asunto de la ejecutoria. Así de sencillo. Era lo mejor. Claro que una cosa era pensarlo y otra hacerlo. Después de la entrega que acababa de hacer, mi numerario volvía a estar por los suelos, pero ya vería el modo de pasar ese puente cuando llegara.

—De acuerdo —le dije—, adelante.

—¡Perfecto! Me alegro de que haya tomado esa decisión, a la nobleza se llega por coraje, y lo que usted está dispuesto a hacer requiere mucho coraje, se lo digo yo, tanto como ganar una batalla.

—Se lo agradezco, don César, pero no es necesario...

—Traición —dijo interrumpiéndome.

—¿Cómo?

—Traición, amigo mío, eso es lo que debe preocupar a don Pedro Girón de su pariente don Rodrigo.

—¿A qué se refiere?

—Don Rodrigo vivió una época turbulenta. Era maestro de la Orden de Calatrava a los dieciséis años, durante la guerra civil que a la muerte de Enrique IV libraron su hija doña Juana, apodada la Beltraneja, e Isabel, nuestra Isabel I la Católica, hermana del difunto. Doña Juana estaba casada con don Alfonso, rey de Portugal, e Isabel con Fernando, rey de Sicilia y príncipe de Aragón.

—Recuerdo bien todo eso.

—Pues el joven don Rodrigo, aconsejado por sus parientes el marqués de Villena y el conde de Ureña, tomó partido por la Beltraneja y encabezó el ejército que tomó a sangre y fuego la noble y fiel villa de Ciudad Real...

¡Ahí está!, pensé. ¡De eso se trata! Traición... Don Rodrigo se equivocó de bando, apostó por la Beltraneja y ahora su heredero, don Pedro Téllez Girón, el gran Osuna, teme que alguien airee el asunto para dejarle fuera de la carrera por el virreinato de Nápoles. Curioso el fluir de la sangre en los linajes, igual se heredan los honores que las vergüenzas.

—Don César —dije sintiéndome aliviado—, no descuide a nuestro amigo el sacristán, que yo me las arreglaré para conseguir su óbolo.

A pesar del tremendo varapalo que me supuso descubrir que no era hidalgo, salí a la calle animado. Eso no tiene explicación racional, a no ser que yo en el fondo supiera la verdad desde hacía tiempo, o la sospechara al menos.

Caminé errático por la calle intentando analizar mi situación. En el plano personal, acababa de comprometer la mayor parte de mi capital presente y futuro en un sueño que si llegaba a oídos de la justicia podía costarme la vida; y en el profesional, tenía la vaga sensación de haber avanzado algo, aunque no veía claro hacia dónde ni para qué. Lope no me había dicho nada, como era de esperar, pero se había dejado arrancar una promesa de ayuda a cambio de mis servicios. Tampoco es que me hiciera muchas ilusiones al respecto, lo más seguro era que a esas alturas ni siquiera recordara ya nuestra conversación.

De todas formas decidí buscar el modo de disculpar la traición de don Rodrigo Téllez Girón por si al final me servía de algo, y mientras le daba vueltas al asunto, recordé que me quedaba un sospechoso por investigar: el mercedario fray Gabriel Téllez, del que había hablado Medinilla. Lo malo era que estaba en Toledo. Tal vez tuviera que ir, después de todo, pero me dije que no estaba de más hacer antes una visita a Cervantes para preguntarle qué opinión tenía del fraile y de paso ver si me proporcionaba alguna otra pista que me sirviera de excusa para posponer el viaje.

Doña Catalina no me hizo esperar. Debía de tener instrucciones de hacerme pasar de inmediato si iba por allí. Anduve tras ella atisbando sus andares, intentando imaginar su poder de seducción y preguntándome qué habría de verdad en la acusación de cornudo que Avellaneda vertía sobre su marido. Debo decir que, viéndola, se hacía difícil de creer, pero no hay mayor simpleza que juzgar por las apariencias, beatas hay que dejan sudando a sus confesores.

Cervantes me recibió en su despacho. Trabajaba en mangas de camisa, apuntalado con cojines en su silla frailería. El brazo muerto le asomaba blanco como la cal y lleno de moratones.

—Es sorprendente que aún quede sangre en este brazo —dijo al darse cuenta de la dirección de mi mirada—. Nunca pensé que llegara a usarlo de espita, aunque, bien mirado, es para lo único que sirve —añadió bajándose la manga con pudor.

Sobre la mesa estaba abierto el cartapacio de la segunda parte de su *Don Quijote*, y a su derecha una bandeja de plata con una frasca de zumo de limón y un vaso. Antes de que se retirara, Cervantes le pidió a su mujer que trajera otro para mí. Se le veía contento por mi visita, pero enseguida me advirtió que no podía quedarme mucho tiempo porque esperaba a alguien.

—No se preocupe, don Miguel —le tranquilicé—, que me voy en un suspiro.

—Usted dirá.

—Lo primero es que fui a retirar el soneto del *Viaje al Parnaso*, y Salazar me dijo que sin una carta suya no quitaba una letra.

—Ojalá fuera tan minucioso con todo su trabajo.

—No seré yo el que le dé ese mensaje.

Ambos sonreímos. Cervantes sacó una hoja limpia de papel y empezó a rasgurar sobre ella con la pluma. Estuvimos callados un par de minutos hasta que acabó el mensaje, lo firmó y me lo tendió. Yo, sin leerlo, lo enrollé y lo metí en el canuto de mi tahalí.

—¿Me ha traído el libro? —preguntó entonces.

—No, yo...

—¿Lo ha leído?

—Sí.

Don Miguel asintió silencioso, esperó unos segundos y al fin preguntó.

—¿Qué le parece?

—Demasiado simple —respondí intentando dar con las palabras adecuadas—, y muy ofensivo.

—¿A qué se refiere? Lo de que sea viejo y manco...

—Hablo de lo de las dos plumas... —dije atento a la expresión de su rostro, pero

tan sólo creí adivinar una mueca de cansancio... y lo de los cuernos. Es indignante —añadí para dejar patente que estaba de su lado.

—No es la primera vez —murmuró él en tono cansino.

—Pero una falsa acusación como ésa —resalté lo de falsa— supone mucho odio. Cualquiera sabe que la pena por ese delito es la muerte en la hoguera. ¿Quién le puede querer tan mal?

—No ha habido grandes odios en mi vida...

—Piénselo bien, don Miguel, alguien tiene que haber.

—Tal vez..., pero hace tanto tiempo... No puede ser, aquel hombre era tan corto de miras que no lo creo capaz de haber escrito esa historia.

—¿Qué hombre? ¿A quién se refiere? ¿Alguien de hace mucho?, ¿de hace poco?, ¿de cuando fue soldado?

—De cuando fui esclavo.

—¿Su nombre?

Don Miguel no oyó la pregunta. Se había quedado colgado en sus ensoñaciones y no me atreví a insistir. De pronto había palidecido y los ojos le brillaron húmedos. Entrecerró los párpados, y al abrirlos de nuevo pareció volver a la realidad.

—¿Qué? —preguntó al ver mi expresión de espera.

—Que cuál era su nombre.

—Juan Blanco de Paz —murmuró.

—Blanco de Paz —repetí yo. El nombre no me decía nada—. ¿Qué le hizo? ¿Por qué lo odia?

—Es una larga historia.

—Vamos, don Miguel..., por favor...

Cervantes dudó un momento. Era evidente que no quería hablar de aquello, pero se daba cuenta de que yo no me daría fácilmente por vencido. No podía hacerlo. Era la primera pista interesante que se me ofrecía al margen de Lope de Vega, el duque de Osuna y el mercedario y no iba a dejarla escapar como si tal cosa.

Don Miguel bebió un largo trago de limonada.

—Estuve casi cinco años prisionero en Argel, y en ese tiempo intenté fugarme cuatro veces —dijo alzando hacia mí la mano sana con cuatro dedos extendidos—. Todas fracasaron, unas por mala suerte, otras porque alguien nos traicionó... En la última los confabulados éramos unos sesenta. Todo estaba preparado. El plan consistía en armar una fragata en Argel, embarcar en la playa por la noche y alcanzar rápidamente la costa española. Teníamos bastantes posibilidades de conseguirlo porque habíamos dado con un renegado granadino que tenía un barco y que deseaba volver a su patria, pero el tal Juan Blanco de Paz, un hijo de mala madre, nos denunció a Hasán Bajá.

—¿Entregó a sesenta hombres? Hasán Bajá sería generoso con él.

—¡Quia! Le pagó con un escudo de oro y una jarra de manteca.

—Y usted no lo volvió a ver.



—Sí, sí volví a saber de él.

Don Miguel se detuvo un instante como para tomar aire, pero yo leí en su expresión el deseo de interrumpir aquel relato.

—Casi un año después —dijo sobreponiéndose al desaliento—, cuando al fin el trinitario fray Juan Gil depositó el dinero de mi rescate, Juan Blanco de Paz me acusó ante mis libertadores de falta de moralidad.

—¿Falta de moralidad? ¿A qué se refería? —insistí al ver que don Miguel callaba.

—Eso poco importa ya —dijo clavando la barbilla en el pecho—. Fray Juan Gil y Pedro de Rivera, que era el notario apostólico en Argel, llevaron a cabo una investigación sobre el terreno entrevistando a más de una docena de testigos. Gracias a Dios concluyeron que la acusación era falsa.

—¿Todos los entrevistados testificaron a su favor?

—Todos —repitió categóricamente.

—¿Y sabe usted dónde puedo encontrar a ese Juan Blanco de Paz?

—Ni idea. La casualidad hizo que nuestros caminos se cruzaran una vez más. Creo que fue en el 94 o 95. Por aquel entonces yo me dedicaba a recolectar alcabalas en el reino de Granada. En una visita a Baza me lo encontré de racionero de la iglesia colegial. ¡Imagínese qué sorpresa! No sé si le he dicho que era fraile dominico, y por tanto había tenido que falsear sus votos y mentir al cabildo para obtener aquel cargo. De todos modos fue un encuentro fugaz. Él me reconoció, se dio cuenta de que yo lo había reconocido y huyó. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él. Y dejemos ahí ese tema. Era un ser tan ruin que no quiero dedicar ni un minuto más a su recuerdo.

Me hubiera gustado insistir, pero don Miguel recalcó sus últimas palabras empuñando la pluma de la mesa y calándose las antiparras, así que me resigné a cambiar de tema.

—¿Y qué me dice de fray Gabriel Téllez?

—¿De quién?

—Fray Gabriel Téllez. El mercedario.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió con expresión de desconcierto.

—Si lo conoce, qué opinión tiene de él..., en fin...

Cervantes frunció el ceño. Parecía hacer un esfuerzo sincero para complacerme.

—Apenas lo conozco. He visto una obra suya, ahora que recuerdo: *El vergonzoso en palacio*, se titulaba, me parece. La abuchearon. Pero aún tiene tiempo de aprender, es muy joven. Lo recuerdo porque en aquella ocasión Lope no tuvo piedad, dijo que era una obra desafortunada, creo recordar, todo un cumplido. Cuando Lope muere de esa manera es que le ha gustado el hueso... A mí me pareció un poco... pretenciosa, quizá, demasiado fantasiosa, más bien.

—¿Cree que él ha podido escribir el segundo *Quijote*?

Cervantes abrió mucho los ojos y levantó las cejas realmente sorprendido, pero no contestó en el acto. Antes bebió un buen trago de limonada y luego me dirigió una mirada cargada de ironía.

—Veo que está usted totalmente desorientado —dijo al fin.

—Hay quien dice que usted le lanza unas cuantas pullas en las *Novelas ejemplares*, y que él se ha dado por aludido —respondí intentando ocultar el daño que me había hecho su comentario. En aquel momento, el que tuviera o no razón era lo de menos.

—Tonterías.

—De acuerdo, pero no olvide que yo he leído el *Viaje al Parnaso* y allí no aparece fray Gabriel por ninguna parte, ni para bien ni para mal. Lo ignora como si no existiera.

—¿Y qué? ¿Es que tengo que pedir permiso para decidir a quién pongo y a quién no? Lo que tiene que hacer ese frailecillo es escribir y ganarse los laureles por su propia mano y no fijarse en si los demás lo consideran o no lo consideran.

Don Miguel se había acalorado. Le había vuelto el rubor a las mejillas y la mano sana le tembló un poco cuando se puso a rellenar el vaso de limonada. Pretendía que el asunto carecía de relevancia, pero a mí no se me había escapado lo del «frailecillo».

—Además —añadió—, hay tantos a los que no he incluido...

Unos golpes de aldaba interrumpieron la conversación. Don Miguel estiró el cuello pendiente del mínimo ruido, pero no hacía falta esforzarse para oír las pisadas seguras del visitante. La criada precedía correteando al recién llegado y balbucía emocionada «don Miguel», «don Miguel», como si quisiera avisarle, pero tan pronto empujó la puerta del despacho el otro se cruzó en su camino.

—¡Don Miguel! —gritó alzando los brazos don Juan de Tassis, conde de Villamediana.

Un embriagador aroma de retama, romero, ámbar y benjuí inundó la estancia. Yo salté de la silla y me eché a un lado inclinando la cabeza. Cervantes hizo amago de levantarse, pero don Juan se abalanzó sobre él y lo retuvo entre los cojines.

—Don Juan —balbuceó el maestro. Su boca se distendió en una tierna sonrisa—, cuánto honor.

—El que yo recibo de su amistad, don Miguel —replicó el conde sentándose frente al enfermo.

Era la primera ocasión en que veía al conde de Villamediana, y le puedo asegurar que se queda corto lo que dicen de él. Aunque no es mucho más alto que yo, lo parece. Tiene un porte magnífico y la desenvoltura y la actitud de alguien cargado de encanto. Vestía un jubón de seda blanca cubierto de bordados de hilo de plata, valones de terciopelo de tres altos y botas de tafilete atacadas por encima de las rodillas. El herrero, sahumado con lavanda, le caía displicente sobre el hombro izquierdo para ocultar el puño de la espada en el que apoyaba la muñeca. Dos cadenas de gruesos eslabones de oro le colgaban del cuello, y en el pecho lucía una venera incrustada de piedras preciosas. En sus dedos, haciendo cierto el rumor, distinguí al menos tres grandes diamantes engastados en plomo. Ése era su capricho, que ningún metal, por noble que fuera, desvirtuara el brillo de los solitarios. Parecía un Dios. Era la personificación de Mercurio, el Mercurio del Júpiter de España.

—Don Miguel, permita que me retire —murmuré.

—Si es por mí no lo haga, no quiero privar a don Miguel de su compañía, yo apenas estaré unos minutos —dijo don Juan encarándome resueltamente.

Aún con los ojos bajos miré de soslayo a Cervantes, a ver qué mandaba.

—Don Juan —dijo éste—, deje que le presente a un buen amigo, don Isidoro Montemayor. Don Isidoro, don Juan de Tassis, conde de Villamediana.

—Caballero —dijo concediéndome generosamente un rango que no me correspondía.

—Señor—respondí yo doblando aún más la cintura.

A partir de ese momento no moví un músculo hasta que don Miguel tuvo a bien incluirme en la conversación.

—He oído que está enfermo, confío en que no sea grave —dijo don Juan.

—No. Cosas de la edad.

—No es usted viejo, don Miguel, déjese de tonterías. El conde de Lemos le envía sus saludos desde Nápoles y me pidió que le entregara esto —dijo sacando una carta— y esto —añadió tendiéndole una letra de cambio—. El conde está sinceramente

complacido con la dedicatoria de sus *Novelas ejemplares*.

—Que Dios bendiga al conde de Lemos —dijo Cervantes estrechando ambos papeles contra su pecho—. Y ojalá cunda su ejemplo entre los grandes. Dígame usted, don Juan, que me he puesto a trabajar en la segunda parte de mi *Don Quijote* y que es mi intención dedicarla a su persona.

—Esté seguro que el conde lo sabrá agradecer —comentó sonriente Villamediana—. Hombres como él, reconozco que no abundan. Las *Novelas* han gustado mucho, al menos en Nápoles, pero no espere que entre los grandes cunda otro ejemplo que el de Lerma y Calderón. Esos tienen a todos bien enseñados a tomar y no dar.

—¡Mi señor don Juan!, calle, por Dios —exclamó Cervantes alterado—. Pronto se ve que acaba de llegar de Nápoles, qué en la Corte no hay nadie que hable en voz tan alta que no tema menguar una cabeza.

—Ahora soy yo quien lo dice, pero pronto lo cantará el pueblo. Ya verá.

—¿Escribirá usted la letra?

—Las letras se escriben solas. Pero hablando de letras, debo darle las gracias por incluirme de forma tan destacada en su *Viaje al Parnaso*: «... el más famoso de cuantos entre griegos y latinos alcanzaron el lauro venturoso...» —declamó don Juan.

—¿Cómo lo sabe? ¡Pero si aún está pendiente de licencia y no ha salido de la imprenta!

Don Miguel me echó una mirada de falsa furibundia, como si yo fuera el responsable de aquello, y yo me limité a alzar las cejas en señal de sorpresa.

—Vamos, don Miguel, no hay mejor llave que la forjada en oro —intercedió don Juan a mi favor.

Cervantes forzó una sonrisa y cabeceó como diciendo «razón tiene, razón tiene».

—Y por cierto, hay algo que me sorprendió. ¿Cómo es que el libro está dedicado al tontivano de Rodrigo de Tapia?

—¿Y por qué no? Don Rodrigo es hijo de don Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, y además es caballero de Santiago —respondió el otro muy digno.

—¡Oh! ¡Vamos! Pero si es un niño que apesta a sudor. No se puede dedicar un libro a alguien que no se baña nunca. Los caballeros de las Órdenes, igual que tienen prohibido comer cebolla deberían tener prohibido criarla en las axilas.

—Tenga cuidado, don Juan, no airee su amor al baño, que lo tildarán de morisco.

—Ya le gustaría a más de uno... Pero siguiendo con el libro, a los Argensola no les va a hacer mucha gracia que les llame los «Lupercios», ni que diga de forma tan clara que faltan a su palabra.

—Es la verdad —afirmó Cervantes molesto—. Mucho me prometieron para no cumplirme en nada.

—Vamos, don Miguel. Piense que fue por su bien. A su edad, y con su salud, un viaje como ése...

—No me juzgue como ahora me ve —respondió Cervantes molesto—, que cuando Lemos partió para Nápoles yo no estaba postrado entre almohadones.

—Que conste que no los defiendo, no me cansaré de decir que Lupercio sólo escribe bien cuando traduce. De todos modos, tantos se fueron como se quedaron. Mire a don Luís de Góngora, también le hubiera gustado ir, y ya ve, y eso que es el mejor poeta que tenemos. *Las Soledades* son una maravilla. Por cierto, ha estado valiente al incluirlo en la nómina de los grandes.

—Lo merece, pese a quien pese —afirmó don Miguel.

—A quien pesa es a Lope, y demasiado bien parado sale. Lope es vulgar, simple, populachero, facilón —afirmó Villamediana mirándose a los ojos por si yo era de su cuerda—. Hace versos como el que orina, y con la misma consistencia.

Yo asentí. Cualquiera le llevaba la contraria.

—Ya es tarde para cambiar las cosas —dijo Cervantes rascándose la barba—. Pero hábleme de usted, don Juan, que a más de correo mayor tengo oído que es maestro de campo.

Villamediana se palmeó el muslo con la mano derecha y se puso en pie como empujado por un resorte.

—No me tire de la lengua, don Miguel, que si hablamos de Nápoles habrá que hacerlo de Milán, y es mentar al marqués de Hinojosa y me empieza a hervir la sangre. Que semejante inútil sea gobernador... No hay mayor despropósito que oponer al de Saboya a su amigo más íntimo. Es como poner un salmón a vigilar el baño de un oso. Me temo que allí sólo nos espera la vergüenza. Pero dejemos eso para otra ocasión, don Miguel —dijo dando un paso hacia la puerta—, que ahora no tengo más remedio que acudir a una cita.

—Galante, supongo —comentó Cervantes recuperando el buen humor.

—En cierto modo. Voy a entregar una yegua Valenzuela de pura raza a don Pedro Vergel, alguacil de la Corte. ¿Lo conoce?

—He oído hablar de él. Dicen que es un jinete magnífico. Destaca alanceando toros. Pero entonces, ¿cómo dice que es una cita galante?

—Tiene el hombre una mujer espléndida, ancha de remos y grupa generosa. Me gusta dormir con ella mientras él lidia. Él monta mi yegua y yo monto a la suya. No es mal trato... Buen cornudo este Vergel.

—¿Pero él lo sabe?

—Don Miguel, ya sabe lo que se dice ¿no?, que no hay cornudo que no lo sepa...

—...ni traidor que no lo pague —terminó la frase don Miguel al tiempo que asentía con la cabeza—. Qué gran verdad.

—A propósito, he oído por ahí que un fulano ha sacado la segunda parte de su *Quijote*. ¿Es cierto?

—Para mi desgracia.

—Lástima que no pueda quedarme a charlar un poco más. Prometo volver pronto para que me cuente esa historia y describirle yo los detalles de eso que cree haberse perdido en Nápoles. Como adelanto le diré que estoy deseando volver a Madrid. A cuidarse, y con Dios.

Salió decidido, de cuatro zancadas alcanzó la escalera, la bajó de una carrerita y dejó la casa temblando de un portazo.

Me acerqué a la ventana a tiempo de verlo montar una yegua torda con la crin y la cola totalmente negras y largas casi hasta el suelo. Su cabeza, la frente, los belfos, las orejas, parecían talladas con cincel. Se situó en el centro de la calle y mantuvo un galope en el sitio. Los arreos, orlados de espuma blanca, emitían un tenue tintineo. Se descubrió, agitó el sombrero en dirección a nuestra ventana, hizo que el caballo se detuviera sobre sus patas posteriores, caracoleó y se largó al galope corto hacia los prados de Atocha.

No había sonado aún el Ángelus de la mañana, pero ya sentía el estómago vacío y la boca seca. El calor era insoportable. Pensé que debería entregar la carta de Cervantes en la imprenta, pero eso bien lo podía hacer por la tarde. Sólo tenía cabeza para comer algo y echarme una siesta, así que decidí irme a casa. En el mercado de la Red de San Luís compré lo necesario para una ensalada, un melón, un par de empanadas y medio queso. Al pasar junto al puesto de Pitu lo saludé afectuosamente. Me caía bien Pitu, resultaba gracioso verlo envalentonado lejos de casa soltando bravatas sobre cómo tratar a las mujeres. Los que lo conocíamos bien disfrutábamos tirándole de la lengua para traicionarlo luego ante Venancia. Pitu es tan buena persona que hasta eso nos perdonaba. En el fondo creo que le divertía.

Al entrar tropecé con Casilda, que estaba sentada en una banqueta con la tripa vencida entre las piernas. Me disculpé de inmediato y le pregunté si le había hecho daño, pero ella alzó la mano y tardó unos segundos en contestar. Una contracción, dijo al fin con el resuello entrecortado. Le pregunté si quería que hiciera algo o avisara a alguien, y me dijo que no hacía falta, que no era nueva en eso y que cuando fuera preciso Venancia llamaría a la señora Antonia, la partera. De todos modos dudé antes de irme, me parecía mal dejarla allí sola en ese trance.

—No se preocupe —insistió ella—, que esto va para largo. Si me conoceré yo. Acabo de empezar. Ni siquiera he roto aguas —dijo con resignación.

—Pero una vez que empieza irá todo seguido —dije yo.

—¡Quia! Nueve horas me costó echar fuera a la nena, y catorce al niño. Era más cabezón.

—Yo creía que...

—Las contracciones todavía no son regulares.

—¿Y su marido? ¿Y los niños?

—Santiago ha ido a buscar a la nena para traerla a comer, y el pequeño está abajo jugando.

—¿Seguro que no necesita nada?

—Nada, de verdad. Vaya tranquilo. En mi familia todas hemos parido siempre bien. Fíjese mi madre, por ejemplo, tenía a gala que cuando parió a Justinica, mi hermana pequeña, no perdió más que un hilo. La cosa ocurrió en verano, ¿sabe usted?, a las tres de la tarde, la mejor hora para segar, cuando la paja cruje reseca como si reventara en el puño de los segadores. Madre gavillaba detrás de padre atando los vencejos con medio giro de muñeca al mismo ritmo que él desmochaba un caballón. A medio hilo le empezaron las contracciones. Aguantó. Cuando llegaron al hato se apartó, se acomodó entre los serones, las albardas y las aguaderas y parió sin más ayuda que el instinto. Apaño a la criatura y, cuando la cuadrilla pasó otra vez junto al hato, se

reincorporó al tajo. Ya ve usted. Pero no se apure, yo he salido sólo a tomar un poco el aire. Ya le digo, esto va para largo.

Se la veía muy segura de sí misma, pero yo creí adivinar el temor que debía de estar corroyéndola en aquel momento.

—Todo irá bien —dije por decir algo.

Ella me miró agradecida y sonrió. Yo me dispuse a subir las escaleras, pero oí a Venancia que me llamaba desde su casa.

—¡Don Isidoro!

—¿Sí?

—Han traído una carta para usted.

Me dije que era pronto para la respuesta de Felipe Roberto, el editor de Tarragona, pero así sobre la marcha no se me ocurrió nadie más.

—La ha traído un propio muy elegante —dijo la pollera tendiéndome el sobre a través de la cortinilla de hilas de esparto con que cubría la puerta para evitar que entraran las moscas—. Y qué aroma... —añadió con sonrisa malévola.

Cogí la carta. No había nada que identificara al remitente, sólo mi nombre en la parte superior y un sello de lacre liso, pero se veía a la legua que era de alguien de calidad.

—Venancia, ¿ha visto usted a Casilda? —dije por cambiar de tema.

—Por ahí anda —respondió señalando el zaguán.

—Ya, si acabo de hablar con ella. Se lo pregunto porque creo que está de parto y no sé si deberíamos hacer algo.

—Ya estoy preparada para eso —dijo. Rebuscó en el bolsillo de su mandil y sacó una higa toscamente labrada en un trozo de madera—. ¿Qué le parece, don Isidoro?

—¿Eso la ayudará en el parto?

—¡Ande ya! Pues sí que está guasón. Esto protegerá al niño del mal de ojo. A mí no hay quien me quite de la cabeza que la ceguera de esas criaturas se debe a que alguien quiere mal a la familia.

—Los niños padecen enfermedades, no hay que echar a nadie la culpa de eso.

—Dígamelo a mí, que he perdido dos. Pero eso fue distinto, a uno se lo llevó el garrotillo, Dios de mi vida, qué lástima, daba pena oírlo respirar, y a otro un dolor, fíjese, tan joven y morir así. Pero esto de los ciegos es otra cosa. En cuanto nazca esa criatura le cuelgo la higa y ya verá como no enferma.

—Me parece bien, pero yo me refiero a si no habría que avisar a la partera.

Venancia soltó una carcajada y me dio un palmetazo en el brazo. Le había hecho muchísima gracia semejante tontería. Sentí que estaba fuera de lugar. Me disculpé por mi ignorancia, le di un cuarto de propina por la carta y me escurrí escaleras arriba. Aún pude oír a las dos mujeres intercambiar frases y compartir risas, supongo que a mi costa. No me importó, está bien eso de colaborar en el buen humor de los demás, si bien hay veces en que desearía participar más directamente en la juerga. Pero en cuanto llegué a mi rellano tuve el presentimiento de que no iba a ser esa noche. Junto a mi puerta,



agazapada, me esperaba una sorpresa.

—¿Es que no quieres volver a verme? —preguntó Isabel tan pronto asomé la cara.

—¡Isabelita! Pero qué cosas se te ocurren. Me alegro de verte —mentí. Instintivamente, guardé la carta en el puño del jubón—. Es que últimamente ando un poco liado. Pero ¿qué haces esperando ahí mera? ¿Por qué no has entrado? —pregunté fingiendo sorpresa.

—Venancia dice que no tiene llave.

—Es verdad. Perdí la mía y se la tuve que pedir. A ver si me acuerdo de hacer una copia.

Creo que no soné muy convincente, pero ella no prestó atención a mis excusas. Por suerte ya había elegido a su culpable.

—Además, no me fío. Es una mujer tan rara... Últimamente parece que no le agrada verme, así que me he colado cuando nadie miraba.

—Sí que es rara, sí. Pero baja la voz —dije abriendo la puerta— y pasa, pasa.

Isabel colgó su manto en la percha y yo arrojé la capa, el sombrero y el tahalí sobre la mesa. Dejé encima del fogón la comida y abrí el balcón y el ventanuco del dormitorio. No se produjo ninguna corriente, el calor era asfixiante y olía a cerrado. Prendí un pebetero y lo cebé con abundante tomillo. Mi presupuesto para sahumeros es bastante justo, no puedo andarme con lujos. Ella se sentó en una silla, me veía hacer en silencio. Comprobé que habían traído una carga nueva de agua y le serví un vaso. Yo me escancié uno de aguardiente. Estaba tibio y sentí que me rascaba la garganta.

—¿Has comido ya? —pregunté solícito.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo empanadas de conejo, sardinas y ensalada —dije resignándome a renunciar a la siesta—. ¿Te apetece algo?

Volvió a negar en silencio. La situación era bastante incómoda. Cogí mis cosas de la mesa y las arrojé sobre la cama. Ahora pienso que lo hice para no tapar su manto colgado de la percha y facilitarle la partida, digo, porque yo siempre cuelgo mi ropa en la percha. Luego eché dos platos sobre la mesa. En uno puse las empanadas y las sardinas y en el otro la lechuga y el tomate troceados y una cebolla partida en cuartos. Rebusqué en la tinaja del pan y saqué los restos del día anterior. Partí un par de rebanadas, le di una a ella y puse una sardina en la otra. Le tendí un cuchillo para que se sirviera y le acerqué la sal. Empezaba a ponerme francamente nervioso. Aquel obstinado silencio estaba fuera de lugar, pero si ella no se decidía a hablar yo tampoco lo haría. Me acabé la primera sardina, le pregunté si quería la suya y como no contestó la cogí. Ella se limitaba a comer de vez en cuando una bolita de miga de pan. Tenía la mirada perdida más allá de cualquier punto. De pronto le empezó a temblar la barbilla y dos lagrimones rodaron mejillas abajo.

—Si no te gusta el conejo no te apures, lo más seguro es que éste haya cazado muchos ratones —dije desconcertado, pero ella me miró aun más enfurruñada si cabe. Me temo que nuestros sentidos del humor nunca habían sido tan divergentes—. Bueno, ya está bien —dije tomando la iniciativa—. ¿Vas a decirme de una vez qué te pasa?

Silencio. Me encogí con gesto de Pilatos, me dije que había cumplido, había intentado entablar una conversación y si no había tenido éxito, pues a otra cosa. Le di un mordisco a la empanada. Estaba sabrosa, sazónada y bien cargada de especias, como cuando quieren ocultar a toda costa el sabor de la carne.

—Tengo un retraso —dijo ella de pronto.

Casi me muerdo la lengua.

—¿Qué retraso?

—Hace unos días que debería haber sangrado.

—Quieres decir...

Isabel me miró angustiada, y sin dejarme acabar la frase, se puso en pie y se fue corriendo a la calle. A su paso tiró una silla y dejó la puerta abierta. El tenue olor a col del descansillo inundó mi cuarto. Tal vez debería haberla detenido, pero me sentí totalmente aplastado por la noticia. Mi futuro pasó en aluvión ante mis ojos, y durante ese tiempo los pulmones dejaron de tomar aire y empecé a notar pinchazos en el estómago. Pero logré controlarme. Mientras colocaba la silla y cerraba la puerta me dije que no había motivo para semejante ataque de ansiedad, no era más que un retraso, eso le podía pasar a cualquiera, no quería decir nada, incluso me avergoncé de haber reaccionado con tanta torpeza y dudé si ir en busca de Isabel para disculparme, pero me dio pereza lo que imaginé que seguiría al encuentro, la discusión sobre el matrimonio, el modo en que vivo y todas esas cosas.

Me quedé bloqueado un rato más.

Al fin reaccioné gracias a la carta que me había entregado Venancia, la noté de pronto en el puño como si me buscara el pulso. La saqué y la abrí. Estaba firmada por la condesa de Cameros, quien me pedía que acudiera esa misma tarde a las seis al Juego de Pelota para tratar un asunto que a ambos nos incumbía. Me quedé un poco perplejo. Así en principio no recordaba nada que pudiéramos tener en común la condesa y yo, pero la mera perspectiva de que lo hubiera hizo que me sintiera bien. Luego recordé que tenía mi libro de Avellaneda, y que seguramente querría devolvérmelo. Sin darme cuenta me vi saboreando el aroma de ámbar que desprendía la carta y reconstruyendo en mi memoria hasta el mínimo rasgo del rostro de su dueña. Durante unos minutos Isabel desapareció de mi cabeza, y en los siguientes deseé que no hubiera entrado nunca.

Me desnudé, llené el lebrillo de agua fresca hasta la mitad y me senté dentro con la espalda pegada a la pared, los pies en el suelo, las piernas separadas, el sexo a su aire como aguja de compás. De tarde en tarde empapaba un paño limpio y me lo escurría sobre el pecho o me frotaba las axilas. Cuando me cansé de la postura, me sequé y me tumbé en la cama. Aún tenía tres horas por delante hasta las seis, así que cerré los ojos y al momento me quedé dormido.



Me desperté a las cinco y media pasadas, me vestí lo más rápido que pude y eché a correr hacia el Juego de Pelota. Desde mi casa, el camino más directo es subir por la calle del postigo de San Martín hasta la plazuela de Santo Domingo, para bajar a los caños del Peral siguiendo la tapia del convento de las dominicas. El único inconveniente es que, como la calle va de este a oeste, no hay sombra donde cobijarse, así que llegué empapado de sudor y deseando acabar pronto la entrevista para volver a sentarme en mi lebrillo.

En la explanada exterior del Juego de Pelota había varios coches y unas cuantas literas, lo que supuse que me complicaría bastante la gestión. Cuando los grandes se reúnen, aunque sea a hacer ejercicio, no les gusta verse estorbados por el pueblo, y en aquel momento yo me sentía muy pueblo, sobre todo después de mi entrevista con don César.

Tal como temía, no hice más que acercarme a la puerta cuando dos lacayos me salieron al paso y me invitaron a desaparecer. Les dije que había sido citado por la condesa de Cameros. Dudaron un instante. Uno se quedó conmigo y el otro entró a preguntar. Volvió al rato acompañado por un escudero de la condesa que tenía entradas pronunciadas y bigote cano. Aquel tipo no dijo una palabra, me echó un vistazo de arriba abajo, asintió y ordenó que me llevaran dentro.

Anduvimos por un ancho pasillo que circunvalaba las gradas hasta una sala grande y desangelada con un pequeño ventanuco en uno de sus lados. Fuera se oían los golpes de la pelota contra las palas o contra el muro, ambos secos pero distintos, uno grave y cerrado, el otro agudo y expansivo. A veces llegaban también las voces de los jugadores, caballeros todos ellos, y por el tono se adivinaba su alegría o su frustración. No me extrañó que me desarmaran, de ser noble no se habrían atrevido, pero con tantos aristócratas en camisa por los alrededores era normal que fueran precavidos. Procuré relajarme. Todo me parecía bien por disfrutar de una cita con la condesa. De pronto se abrió la puerta y me giré para recibir a mi, hasta el momento, poco delicada anfitriona. Entró primero el escudero del bigote cano que me había dado el visto bueno, luego dos lacayos con un banco y después la condesa seguida por una doncella y otro escudero.

Doña Micaela estaba radiante. Vestía un traje de seda carmesí bordado con hilo de oro, y andaba regia con la barbilla alta y la vista en el artesonado. Brillaba en el centro del cortejo como un rubí en su engarce. Deslumbrado, me incliné todo lo que soportó mi espalda y barrí las losas con las plumas del sombrero.

—Señora, a su servicio —acerté a balbucear.

Ella no respondió. Esperó a estar cómodamente instalada antes de despedir a los lacayos y a la doncella. Los escuderos se quedaron, el de las entradas y el bigote cano, a su derecha, y el del pelo rizado que llevaba una pala de madera de jugar al frontón, a mi

izquierda. Fíjese si estaba obnubilado por el brillo de la condesa, que no vi venir la tormenta.

—Montemayor, es usted un gusano despreciable —dijo doña Micaela sin mediar saludo ni perder la compostura.

—¡Señora...! —intenté defenderme sin saber aún de qué iba aquello, pero antes de que pronunciara otra palabra, el tipo del pelo rizado me hundió la pala en el estómago. Pasé un par de minutos atroces intentando tomar aire y temiendo que aquel golpe fuera el primero de una larga serie.

—Señor Cherinos —dijo entretanto la condesa—, le ruego que no sea tan entusiasta, así no acabaremos nunca. Don Isidoro —me dijo luego a mí con un timbre cálido—, piense sus respuestas y no me haga perder el tiempo. No querrá que al señor Cherinos se le rompa la pala, ¿verdad?

Le brillaron los ojos cuando dijo aquello, yo diría que contuvo una sonrisa.

—¿Pero qué quiere de mí? —pregunté con un hilo de voz.

—Quiero saber por qué ha matado a mi tía.

—¿Yo? —protesté—. ¿Matado? No sé ni de qué tía habla...

Cherinos me puso una manaza sobre el hombro y alzó la pala como para descargar otro golpe. Yo me giré y levanté los brazos, pero me equivoqué. Fue el del bigote cano el que descargó su puño sobre mi lado desguarnecido, y entonces sí, en cuanto acusé el golpe y bajé la guardia, Cherinos me dio con la pala en las costillas. Esa vez no me quedé sin resuello, pero pronto sentí la sangre tibia corriendo por mi cara. El puñetazo me había abierto una ceja y la sangre me velaba un ojo.

—¡Señora, por Dios, le aseguro que no sé de qué me está hablando!

La condesa se puso en pie y se alejó un poco. Supuse que la visión de la sangre no debía de ser del todo de su gusto, o que como sabía que la fiesta no había hecho más que empezar, temía que le acabara salpicando el vestido. Estuve a punto de disculparme por sangrar tanto, pero no me pareció que el ambiente estuviera como para sarcasmos.

—No me gusta que me tome por tonta.

—¿Pero qué le hace pensar que yo he matado a su tía?

—Usted trabaja en el garito de Robles, ¿no es cierto?

—Sí...

—Entonces es usted culpable.

Yo seguía sin entender nada, pero tenía que darme prisa en adivinar de qué iba aquello antes de que sus dos gorilas me hicieran olvidar hasta el nombre.

—Señora, no sé a qué se refiere, hace días que no voy por allí.

—Mentiroso —dijo ella con desprecio—. Señor Escalante...

El tal Escalante, el de las entradas, dio un paso hacia mí. Yo le encaré y me cubrí el rostro, pero esta vez me sacudió el de la pala en un hombro, y cuando me giré Escalante me clavó un directo en la cara que me partió el labio, abrió las mentes de mi nariz y me dejó erosiones junto al pómulo.

—Basta, señora —supliqué—, le aseguro que no miento.

—¿Aún insiste? ¿Será capaz de negar que el otro día nos cruzamos en la puerta del garito cuando fui a buscar a mi tía?

De eso sí me acordaba, conservaba la escena fresca en la memoria, las dos mujeres abrazadas, los ojos de gacela, la mirada de odio... Entonces no lo entendí, pero ya debía de culparme a mí de las desgracias de su tía.

—¿Esa dama era su tía? —murmuré tontamente, sin encajar aún de qué se me acusaba.

—Sí señor, la marquesa de Hornacho. No se haga el estúpido.

De pronto se me hizo la luz. La marquesa de Hornacho era la dama que habían encontrado desangrada en su bañera, esa de la que hablaban en el mesón de Chete, la que Ana decía que seguro que había sido asesinada por su marido. Sentí miedo. Pensé que alguien intentaba colgarme la muerte, y no sabía por dónde empezar a defenderme.

—Señora —dije a la desesperada—, el otro día sólo fui a cobrar unos atrasos, no tengo nada que ver con su tía ni con su muerte, le doy mi palabra, ¿no se acuerda de mí?, trabajo para Robles pero buscando a Alonso Fernández de Avellaneda, ¿recuerda el otro día en el Prado con Medinilla y don Alonso de Contreras?, el día que entró su tía en el garito fue el mismo que me encargaron a mí la búsqueda de Avellaneda, se lo juro, yo no he recibido ni un real de su tía, puede preguntarle a Robles, dígame que le enseñe sus cuentas.

Debí de sonar verdaderamente angustiado, porque la muy cabrona me miró divertida. Le debió de parecer graciosa la idea de que Robles le enseñara sus cuentas para exculpar a un desgraciado como yo.

—Sí, recuerdo nuestra conversación en el Prado —reconoció pensativa—. El *Quijote* de Avellaneda...

—¿Lo ha leído? —pregunté intentando distender el interrogatorio.

Yo mismo me sentí ridículo hablando de aquello mientras sorbía por la nariz intentando que dejara de gotear sangre.

—Aún no lo he acabado.

—Y ¿qué le parece?

—Desde luego ha sido escrito por un hombre.

A pesar de tener la cabeza como un bombo y encontrarme cerca del colapso nervioso, debo decir que me sorprendió el comentario. Reconozco que no se me había ocurrido que Avellaneda pudiera ser una mujer, aunque, bien mirado, no era imposible.

—¿A qué se refiere? —pregunté a mi pesar.

—El cuento del soldado que duerme con la recién parida haciéndole creer que es su marido. Ninguna mujer habría escrito semejante bobada. Pero no estamos aquí para hablar del Avellaneda, ¿verdad?

—Espero que tampoco para acusarme de asesinato —dije mirando de soslayo a los escuderos.

—Tendrá que convencerme de lo contrario, señor Montemayor —dijo doña Micaela tendiéndome un fino lienzo que se sacó de la manga para que me limpiara la

cara—. A mi modo de ver, las visitas al garito de Robles marcaron las últimas horas de mi tía, y no hay quien me saque de la cabeza que su muerte está de algún modo relacionada.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunté apretándome las heridas con el lienzo, primero la nariz, luego la ceja, después el labio, otra vez la nariz... Acabé abriéndolo entero para taparme media cara. Cada vez que respiraba sentía borbotear la sangre.

—¿No se dedica a investigar? Pues investigue. Entérese de todo. Cuánto había perdido, con quién, qué pagarés quedan pendientes... todo. No basta con ser inocente, señor Montemayor, hay que demostrarlo. Y quiero pruebas ya. No me gustaría tener que forzar otro encuentro como éste.

Su voz sonaba cálida, pero firme. Me miré en su vestido rojo como en un espejo. Mi cara debía de tener un tono muy parecido. Es curioso. Sé que parece increíble, pero al sentir que mi destino pendía de sus manos experimenté una sensación voluptuosa desconocida por mí hasta el momento. Tuve que contenerme para no suplicarle que me pisara el cuello con sus chapines.

Los dos jaques me arrojaron a la calle sin contemplaciones. El del pelo rizado me arrancó el lienzo de la mano, pero luego lo vio tan sucio que me lo volvió a tirar a la cara junto a las armas y el sombrero. De nada sirvieron las protestas, los reniegos ni mi declaración de hidalguía.

—También nosotros somos hidalgos, qué joder-dijeron ellos entre risas—, bien que lo hemos pagado.



Recogí del suelo mis cosas lanzando miradas a uno y otro lado y me sacudí el polvo a manotazos. Sorprendentemente, salvo mi autoestima nadie parecía haberse dado cuenta de nada, y eso que los caños estaban abarrotados de gente. Desde la puerta del Juego de Pelota se veían grupos de mozos y mozas timándose, aguadores charlando mientras se llenaban sus cántaras, niños que corrían y jugaban a salpicarse. Aquí el trasiego del agua era mucho más relajado que en las otras fuentes de la ciudad, tal vez porque había muchos surtidores en línea y eso acortaba la espera, aunque también se notaba una jovialidad propia de la tarde, de ese momento en los días de verano cuando el sol declina y la gente se anima a salir a dar un paseo y a tomar un poco el aire. Las puertas de las casas se empezaban a abrir a la fresca, y los dinteles de los zaguanes se iban poblando de sillas bajas de anea. Las mujeres se disponían a aprovechar las dos o tres horas de luz que aún le quedaban al día haciendo labor y observando la calle.

Anduve hasta los caños para limpiarme un poco la cara y enjuagar el lienzo, que a esas alturas parecía una pella de barro.

El agua fresca me despejó un poco. Nadie dijo nada ni se interesó por mí. La mayoría de los aguadores hablaban gallego, aunque distinguí a un par de ellos haciéndolo en francés. Los gritos de los mozos subieron de tono, empezaron a jalearse entre palmas y una muchacha amagó unos pasos de chacona arremangándose un poco la falda y enseñando los pies descalzos. Pronto se refugió riendo entre sus compañeras que la defendieron a palmetazos del acoso de los varones. Yo me sentía extrañamente fuera de lugar. Tal vez mis heridas no fueran llamativas una vez lavada la cara, pero yo notaba que se me empezaba a cerrar el ojo, y el labio superior y la nariz me hormigueaban y estaban calientes. Me tanteé las costillas y, aunque tenía todo el costado dolorido, no noté nada roto. Sumergí el paño en la pileta y lo froté con idea de quitarle la tierra más que de limpiar la sangre. Luego, me refresqué la nuca, las muñecas, me aseguré de que se habían cortado las hemorragias y partí con paso lento de vuelta a casa.

En aquel momento me hubiera gustado dar unas brazaditas en el pasillo de don César Memelosa con Adó pulverizando agua de azahar helada sobre mi cuerpo dolorido, pero me conformé con un vaso de agua de cebada con hielo junto a San Felipe y una visita rápida a Ximenet.

De camino a la barbería hice un alto en el nuevo depósito de nieve de la Puerta del Sol y discutí un rato con el empleado hasta que logré que me vendiera sólo medio vaso, un puñado, lo que cabía en el lienzo aún tizado de sangre. Fui apretándolo contra el rostro hasta casa de Ximenet para que me enfriara los humores que notaba latir bajo la piel. Gotitas ligeramente rojas me resbalaban de la cara y teñían el borde de mi cuello de lechuguilla.

La barbería estaba vacía y en penumbra.

—¿Puedes echarme una mano? —pregunté descubriéndome el ojo hinchado.

Ximenet me miró con cara somnolienta. Su siesta había sido aún más larga que la mía.

—Pero... ¿qué te ha ocurrido? —exclamó reaccionando de pronto y avanzando hacia mí con los brazos abiertos.

—El Juego de Pelota.

—No sé con qué reglas has jugado, pero lo normal es que la pala golpee la pelota, no la cara del contrario.

—Tenía mal perder.

—No es fácil dejarse ganar por un tipo como tú. Vamos, siéntate y déjame echar un vistazo.

Dejé el pañuelo con el hielo en una palangana, me senté en la silla de operaciones y cerré los ojos. Ximenet fue tocando una a una mis contusiones arrancándome gruñidos de dolor. Cuando se hizo idea de los daños, empezó a abrir y cerrar cajones del aparador hasta que reunió sobre una bandeja todo lo necesario para la cura.

—¿Se puede saber quién era ese rival tan correoso? —preguntó mientras vertía un dedo de triaca en un vaso.

—La condesa de Cameros.

—La conozco. No sabía que fuera una jugadora tan dura.

—Por delegación. Pero dime, ¿es cierto que la conoces?

—Claro, vive en el palacio de la Gandarilla. Voy a su casa todas las semanas. Es muy mirada con los dientes.

—Será con los suyos, porque con los míos no ha tenido ninguna consideración.

—A ver... —dijo metiéndome los dedos en la boca—. No te quejes, están todos. De habérselo propuesto...

—Es un consuelo. Entonces, ¿crees que le he caído bien?

—Seguro.

—¿Y tú le caes bien?

—Creo que sí.

—¿Les ha ordenado alguna vez a sus escuderos que te den una paliza?

—No.

—Será que no te aprecia tanto como crees.

Ximenet alzó al tiempo los hombros y las cejas en señal de resignación.

—Anda, bebe —dijo colocando en mi mano el vaso con la triaca—. Esto te calmará.

Obedecí. Le devolví el vaso, Ximenet comprobó que lo había tomado todo y luego

preguntó.

—¿Y tú que has hecho para ganarte su cariño?

—Me acusa de asesinar a su tía, la marquesa de Hornacho, nada menos.

—¿Por qué sospecha de ti?

—Según he entendido, porque trabajo para Robles, pero coño, no soy el único que trabaja para Robles.

—¿Te ha pedido algo?

—Que demuestre mi inocencia.

—Es decir, duda que seas tú el asesino.

—En una cosa puede que sí tenga razón —pensé en alta voz—. Tal vez Robles haya sido el detonante. Antes de morir, la marquesa perdió una buena cantidad en su garito.

—Así que la condesa ha acudido a ti en busca de ayuda.

—Bonita forma de pedir ayuda.

—Es una condesa.

—Háblame de ella. ¿Está casada?

—¿Qué esperabas? Doña Micaela es la esposa de don Carlos Montero, un indiano. La casaron muy jovencita, casi una niña. Él no está en Madrid, marchó a América cuando detuvieron a Franqueza por corrupción y aún no ha vuelto, así que ella es totalmente dueña de su vida y hacienda. Disfruta de una posición envidiable.

—Desde luego hace lo que le da la gana.

—Y no le faltan galanes.

—¿Tiene amante?

Ximenet se encogió de hombros.

—Es discreta, e inmensamente rica.

—¿De dónde procede el dinero? ¿Es grande la Casa de Cameros?

—No. La fortuna la amasó el marido. Fue uno de los consejeros que nombró el duque de Lerma para tramitar los cambios de residencia de la Corte de Madrid a Valladolid y viceversa.

—Un gestor de sobornos.

—Dicho mal y pronto. Primero se dejaron sobornar por un cabildo y luego por el otro.

—Entonces, eso de que las brumas del Pisuerga dañaban la salud del rey...

—Como excusa no era mala, y en Madrid como no hay río...

—Pero hay un puente magnífico.

—Por algo había que empezar.

—¿Pero las ofertas de los cabildos no eran para la Corona?

—Sí, e iban acompañadas de jugosos regalos para sus administradores. Lerma imprime carácter a todas sus gestiones.

—Así que fueron esos sobornos los que conformaron la fortuna de la condesa.

—No, ésas fueron las migajas. Cuando Lerma decidió llevar la Corte a Valladolid,

su camarilla compró todas las casas y solares que había disponibles en la ciudad antes de hacer oficial la noticia, y luego las vendieron en cuanto los precios se dispararon.

—Obteniendo pingües beneficios.

Ximenet asintió. Con suavidad, como un pintor que diera las últimas pinceladas a un lienzo, empezó a extender aceite de Aparicio sobre mis heridas. Pronto me embriagó un relajante aroma de bosque y tierra húmeda.

—Y ésa fue sólo la primera parte —continuó—. Durante los siete años que la Corte estuvo instalada en Valladolid, Lerma y sus amigos se dedicaron a comprar discretamente propiedades en Madrid. El traslado de la Corte había dejado a la ciudad semiarruinada, hundida en el caos y el abandono. Las oportunidades de compra eran inmensas. Los propietarios vendían edificios enteros a precios irrisorios para trasladarse a vivir a Valladolid a miserables buhardillas por las que pagaban cantidades astronómicas.

—Y llegado el momento oportuno, convencieron al rey de que era mejor volver al viejo alcázar de la orilla del Manzanares.

—El rey no pintaba nada en todo ese asunto. El iba donde le decía su valido, y si entre medias mataba algún venado y dormía con alguna marquesita, pues mejor.

—¿Pero ella es condesa de nacimiento?

—Sí, el título es suyo. El marido invirtió los beneficios de sus negocios en tierras, censos y juros, tanto en la metrópoli como en América, y como el único adorno que le faltaba era una esposa con título, eligió a la mayor de las hijas huérfanas del arruinado conde de Cameros. Doña Micaela vivió a la sombra de su marido hasta que detuvieron a su viejo socio Franqueza, momento en que, con la excusa de inspeccionar sus propiedades, decidió ponerse a cubierto en el otro extremo del mundo. Dicen que no piensa volver, que no se fía de nadie.

Ximenet se detuvo un momento y luego añadió:

—Espero que no estés pensando ninguna tontería.

—No sé a qué te refieres.

—Mejor. Ni siquiera tienes carta de hidalguía, y ya sabes lo que piensan los aristócratas de ver a sus mujeres enredadas con alguien inferior.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Cómo voy yo a...?

No acabé la frase. No era necesario.

—Estás avisado.

—Ya tengo suficientes problemas con las mujeres.

—¿Tú? ¡Ah! La morena de San Juan... ¿Qué ha pasado? ¿Has vuelto a ver a su tía?

—Peor. Dice que tiene un retraso.

Ximenet guardó un estruendoso silencio. Supongo que le costó un gran esfuerzo reprimirse para no soltarme lo de «estabas avisado», y yo se lo agradecí. Era lo último que quería oír. Con delicadeza y voz suave se interesó por mis otros asuntos. Le dije que estaba en un punto muerto y que al día siguiente pensaba ir a Toledo para entrevistarme con fray Gabriel Téllez. Me dijo que no conocía personalmente al mercedario, pero

había visto varias obras tuyas.

—¿Estuviste en el estreno de *El vergonzoso en palacio*?

—Sí, pero no me acuerdo bien, creo que me gustó. Era una buena comedia.

—Me ha dicho Cervantes que la patearon injustamente.

—Puede que alguien untara a los mosqueteros para que montasen algo de bronca, pero ya te digo, hace un par de años de aquello.

—Oye, por cierto —dije inspirado por una repentina punzada de dolor en el labio

—, ¿vendes a la condesa frasquitos de orina de efebo?

—No recuerdo.

—Dime que sí, por favor, dime que le has vendido uno esta misma mañana.

«*La verdad sospechosa*, obra genial de un ingenio de esta Corte. Representación especial», rezaba con letras de almagre el cartelón fijado con engrudo en la pared derecha del teatro de la Cruz. El anuncio era enorme y estaba colocado justo enfrente de la puerta de la barbería, imposible no verlo al salir. Intenté recordar quién era el autor de esa obra, lo sabía pero no acababa de salirme el nombre, y no por falta de memoria, sino porque la despedida de Ximenes me había trastornado. Su «ten cuidado con la morenita» resonaba en mi cráneo como en un pozo seco. Dándole vueltas decidí hacer parada en el bodegón de Lazcano para tomar un par de empanadas de salmón bien cargadas de azafrán y un cuartillo de vino, a ver si así me despejaba.

Acababa de anochecer y la temperatura era deliciosa. Soplaban una ligera brisa de la sierra y daba gusto estar en la calle. Un par de tipos fumaban a mi lado parsimoniosamente, trenzando azuladas volutas de humo. Se me antojó imitarlos. Apuré el vino, pedí un vaso de aguardiente y pregunté a Lazcano si disponía de alguna pipa libre. Respondió que no, así que me senté en una silla y estiré las piernas dispuesto a esperar hasta que alguien devolviera alguna.

La calle estaba animada. Dos luces señalaban la puerta de la mancebía. Grupos de hombres entraban y salían esquivando el pulpito portátil que el párroco había dejado justo enfrente. Vi trepar hasta arriba a no menos de tres tipos de distintos grupos para hacer la gracia de amonestar a sus amigos por su conducta licenciosa, y entre éstos siempre había alguno al que no le gustaba la burla. Entre bromas y veras, pensé que el cura estaría satisfecho de ver que su catafalco acababa polarizando todas las conversaciones.

Llegó Rosita con una frasca vacía y le pidió a Lazcano que se la llenara de aguardiente. Me vio mientras esperaba y se acercó a saludarme. No me preguntó qué me había pasado, pero me dijo que el aceite de mi rostro espejeaba la luz de los candiles, y durante un rato jugó a verse reflejada en mis mejillas.

—¿Es para ti el aguardiente? —pregunté en cuanto Lazcano le dio la frasca rellena.

—Para el señor Pitu.

—¿Te envía Venancia?

—Yo no tengo nada que ver con Venancia. Ahora está abajo, con Casilda, que se ha puesto de parto.

Vaya, me dije, tenía razón la mujer, han pasado unas cuantas horas desde mediodía.

—¿Está Santiago?

—Pitu, él y mis hermanos —dijo con retintín—, están todos en el zaguán.

—Pues venga, te acompaño.

Los gritos de Casilda se oían desde la calle. Ya había llegado la comadrona y

Venancia seguía abajo con ellas. Rosita se puso a jugar con los pequeños, los ciegos y Nicolasete. Se hacía difícil pensar que por la noche ocuparía la cantonera de la esquina. Pitu escanció el aguardiente y sostuvo su vaso con fuerza. Con un pequeño abanico avivaba las brasas del anafre en el que asaba un par de cabezas de ajos. En varias ocasiones lo sorprendí contemplando a Rosita con ternura.

Al fin cesaron los gritos. Subió Venancia las escaleras con los brazos remangados hasta el codo y limpiándose las manos de sangre como cuando hacía morcillas.

—¡Una niña! —anunció a voz en grito—. ¡Es una niña!

Todos prorrumpimos en vítores y nos abalanzamos a felicitar al padre, como si hubiera hecho algo. Santiago recibió los parabienes con naturalidad. «Sólo queda rogar a Dios —dijo—, para que no nazca con el mal de sus hermanos», y, cariñoso, abrazó a las dos criaturas que habían corrido a enredarse entre sus piernas.

Me levanté antes del amanecer. Durante la noche se me había hinchado un poco la ceja y sentía el costado dolorido, pero el labio y la nariz estaban mejor. No era el estado perfecto para pasarme el día a caballo, pero no quería retrasar el viaje.

Oriné por la ventana, vacié el orinal y lo enjuagué con el agua sucia.

A la luz del candil preparé un hatillo con lo imprescindible, saqué algo de dinero del escondite y me vestí el colete de piel de búfalo de mis tiempos de soldado, una precaución necesaria cuando se trata de rodar por esos caminos de Dios.

El lienzo ensangrentado estaba encima de la mesa, arrugado y rígido como pergamino viejo.

Tuve una gran idea. Recordé que todas las doncellas nobles, cuando las sangran, hacen llegar a sus enamorados un pañuelo teñido con unas gotas de su preciosa sangre, merced que éstos corresponden con preciosos regalos.

La verdad, después del encuentro del día anterior no sé cómo tenía aún ganas de broma, pero no pude evitarlo.

Tomé un trozo limpio de papel y escribí:

Señora, guarde mi sangre en lugar seguro y vuelva a por más si ése es su gusto, que aunque ignore mi delito, cuanto más me hace penar, menos arrepentido me siento.

Luego hice un paquetito con el pañuelo y la nota y escribí la dirección que me había dado Ximenet.

Comí un par de cáscaras de naranja y un trozo de pera escarchada, apuré un vaso de aguardiente y salí de casa. Llamé con los nudillos en la puerta de Rosita. Volví a llamar. Volví a llamar.

—¡Sí!

—Soy yo.

Se abrió la puerta. Uno de los muchachos me miró sin entender con los ojos apenas entreabiertos.

—Quiero hacerte un encargo. Que entregues esto esta mañana —dije tendiéndole el paquete.

—¿Pero qué hora es? —preguntó sin cogerlo.

—Las seis. Yo tengo que irme a Toledo. ¿Lo harás?

El muchacho asintió con la cabeza. Un bostezo leonino le desfiguró la cara. Cogió el paquete y dos cuartos por el servicio. Me miró agradecido y asintió con el rostro retorcido por un nuevo bostezo.

—¿Adonde hay que llevarlo?

Señalé la dirección escrita, pero luego me di cuenta de que el chico no sabía leer.



—Palacio de la Gandarilla. Condesa de Cameros. Es importante —insistí.

—Sí..., sí —dijo, y cerró la puerta.

La madrugada estaba fresca. Apuré el paso hasta la plaza de la Cebada, donde está el establecimiento de alquiler de carros y caballerías de Tito Reinoso. Ramón, el hijo del dueño, fue camarada mío en Flandes y aunque no mantenemos una estrecha amistad, nos vemos de vez en cuando para echar unos vinos y recordar viejos tiempos.

Aquella mañana no estaban ni mi amigo ni su padre, pero el caballerizo me conocía de verme por allí con los amos e intuyó que debía darme una buena montura. Le dije que mi intención era llegar a Toledo esa misma tarde, así que me aparejó un hermoso mulo castaño, fuerte y joven, capaz de aguantar con alegría los sesenta kilómetros.

Y lo hizo. Yo no. Al menos, no con la misma alegría.

Dejé Madrid con las primeras luces del alba. Ya desde la misma calle Toledo empecé a cruzarme con numerosas aldeanas que bajaban a lomos de sus pollinos rumbo a los mercados de la ciudad. Los había cargados de berzas, de nabos, de zanahorias, de leña, de quesos, de pollos... Yo quería adelantar lo más posible antes de que apretara el calor, así que espoleé al mulo para que mantuviera un paso vivo, cuando no un trotecillo, que resultó ser lo bastante cómodo como para soportarlo durante largos intervalos. El animal que me habían alquilado era, en efecto, magnífico. Buen carácter, buena doma, dócil y fuerte a la vez y con un tranco largo y alegre. Y por si eso no fuera suficiente, justo cuando abandonaba la cuadra relinchó un caballo y ventoseó un asno, todo señal de buenos augurios, y el primer ladrido que escuché fue casi a la altura de Illescas después de almorzar. No fue éste un ladrido a la luz de la luna, como dicen que son los más funestos, pero el cambio de fortuna ya estaba anunciado. Fue ladrar el perro y empezar a sentir una vaga molestia en el ano.

Hacía un par de años que no sufría de hemorroides. Creo que la última vez que me pasó fue al volver de Zaragoza tras entrevistarme con mi cliente. Había pasado casi cuatro días a horcajadas sobre una mula cuando empecé a sentir la familiar quemazón. El resto del viaje se me hizo insoportable, y entonces, a mitad de camino de Toledo, supe que estaba a punto de revivir aquella horrible experiencia. No sé explicar cómo es el dolor producido por unas hemorroides, ni siquiera es el momento adecuado, pero le diré que llegué a Toledo con el sieso como el agujero de una chocolatera.

Además, todos mis planes se desbarataron. Como los días son largos en verano, mi idea era llegar a Toledo a media tarde con tiempo de hablar con fray Gabriel, reponer fuerzas y volver al día siguiente, pero la Providencia había decidido otra cosa. En cuanto me empezó a doler el ano decidí caminar unos cuantos kilómetros, y el resto del viaje lo hice forzando la espalda a uno u otro lado de la silla e intentando mantenerme de pie sobre los estribos, pero todo fue inútil. La hemorroide fue a peor, y mi estado general se agravó además con un agudo dolor de espalda. Por otra parte, aminoré tanto el ritmo de marcha que, cuando llegué a Toledo, agotado e irascible, era casi de noche. El ingenio de Juanelo Turriano para subir agua a la ciudad desde el Tajo estaba parado (si he de ser sincero, nunca lo he visto funcionar), y ni siquiera se veían las habituales recuas de aguadores por la vereda del río.

De todos modos, en cuanto atravesé la Puerta de Bisagra y subí a la plazuela de Santo Domingo el Antiguo, intenté ser recibido en el convento de la Merced, pero no hubo manera de persuadir al hermano portero de la urgencia de mi viaje. Todo quedó aplazado para el día siguiente.

Decidí que lo primero que tenía que hacer era librarme del mulo, así que busqué la cuadra del socio de Tito Reinoso, hice entrega del animal hasta mi regreso y pregunté

por hospedaje. Me enviaron al otro lado de la famosa plaza de Zocodover, tan repleta de mendigos que llegas a dudar de la veracidad de los poemas que alaban al Tajo y a sus áureas arenas. No arrastrará mucho oro, me dije, cuando tanto miserable mendiga aquí un trozo de pan.

Me apresuré a llegar a los sitios que me habían recomendado porque se acercaba la hora en la que esos mismos tipos, en vez de mendigar unas meajas, te arrancan la bolsa a punta de vizcaína. Las dos primeras posadas estaban llenas, y al final tuve que conformarme con una media con limpio por dos cuartos en un establecimiento rústico con ventanas sobre el río. Pedí al casero un lebrillo de agua fresca, su mujer me dio un palo con miel y bajé al patio. Hacía rato que tenía ganas de cagar y ya no podía retrasarlo más. Afortunadamente había una letrina rematada con un cajón de madera agujereado en el que me pude sentar, porque temía que el dolor me hiciera perder el equilibrio. Me refresqué la zona antes del gran momento. El agua fría parece que ayuda a bajar la inflamación, aunque no evita el trance. Acto seguido pasé los peores minutos de mi vida. O mejor dicho, los repetí. No sé cómo pude contener los gritos. Lloré. Un rato después de acabar seguía llorando; los nervios, supongo. Me puse en cuclillas sobre el lebrillo y me limpié con sumo cuidado. Luego me sequé con un faldón de la camisa, me apliqué un poco de miel, me pasé el faldón seco entre las piernas y lo sujeté con los valones. Lo de la miel era consejo de la posadera, decía que a ella le había ido muy bien después de los partos, y por mucho que insistí en que no sería lo mismo ella defendió que una hemorroide era una hemorroide fuera cual fuese la causa, y que estaba por ver lo que no curara la miel. Su marido, sin ir más lejos: que le dolía la boca, pues se frotaba la cara con miel, y mano de santo.

Cuando pagas una media con limpio se supone que el posadero garantiza que tu compañero de cama no tiene tina, ni sarna, ni piojos, ni ladillas, y que el jergón está libre de chinches y pulgas. Pero a juzgar por el interés que prestó a mi persona (bien podía haber sido leproso que no se hubiera dado cuenta), podía encontrarme con cualquier cosa. La noche estaba abierta a las sorpresas, así que crucé los dedos. El tipo que me tocó en suerte ya estaba dormido cuando entré en la habitación. Yacía en el centro de la cama, en camisa y despatarrado. A la escasa luz del cabo de vela pude ver que se trataba de un cuarentón de rostro redondo y cuerpo macizo que sudaba copiosamente y hacía ruiditos con la lengua. Le escruté la cara, el pelo, las piernas, los pies, las manos, todo fragmento de piel expuesto, y no aprecié movimiento alguno ni vi pústula ni eritema sospechoso. El hombre dormía plácidamente a pesar de que en la habitación hacía un calor insoportable y se respiraba un penetrante olor a pies. Abrí la ventana con cuidado de no hacer ruido. Una ligera brisa húmeda refrescó el ambiente casi de inmediato, una sensación muy plácida para los que habitamos las márgenes del Manzanares, del que ya sabe lo que dicen, que padece la rabia y que no es río sino cauce con hidrofobia. Se me cerraban los ojos. No había cenado nada, pero tampoco tenía hambre. Estaba demasiado cansado y dolorido para comer. Me quedé en camisa, apagué la vela y me tumbé. Mi compañero rezongó y se agitó en cuanto lo empujé a su lado,

pero no ofreció mayor resistencia. Parecía acostumbrado a compartir la cama con desconocidos. La luz de la luna nos envolvía en una penumbra azulada, y yo estaba a punto de descubrir lo que era pasar una noche toledana. A los pocos minutos me quedé dormido. No transcurrió mucho tiempo hasta que mi vecino empezó a agitarse. Me desperté molesto y desconcertado. No entendía nada. De pronto un zumbido agudo pasó junto a mi oído y se mantuvo un rato en torno a mi cara esquivando manotazos.

—¡Cono! ¡A quién se le ocurre! —oí exclamar a mi compañero al tiempo que saltaba de la cama para cerrar la ventana.

Pero ya era tarde, todos los mosquitos del Tajo estaban en nuestro cuarto.

«Toledo, Roma segunda, sede del Primado de España y del Supremo Tribunal de la Inquisición, capital del Imperio del rey Carlos, patria de caballeros, hidalgos, escuderos y mayorazgos. Toledo, ciudad magnífica en la que nadie hace ni produce nada y donde el oro fluye sin otro manantial que el azar y los galeones de Indias.»

Amanecimos envueltos en las sábanas, empapados de sudor, deshidratados. Cuando empezó el baile de los mosquitos mi compañero, que resultó ser un leonés con muy poco sentido del humor, intentó cambiar de habitación pero todo estaba lleno y no tuvo más remedio que conformarse con lo que tenía. Yo intenté hacerme perdonar matando unos cuantos bichos de aquéllos, pero todo fije inútil. En cuanto apagábamos la luz desaparecía nuestra condición humana y nos veíamos reducidos a cebadero de insectos. Fue una noche atroz. Nuestra única defensa fue enrollarnos por completo en las sábanas, y así y todo de vez en cuando se notaba algún aguijón que lograba atravesar la tela.

Me resulta difícil describir la cara del leonés por la mañana. Tenía la mirada perdida, bolsas en los ojos y expresión de desprecio. Mascullaba palabras que no entendía, creo que en alemán (para mí que eran insultos), y en una de éstas se le escapó un comentario que tardé un poco en comprender.

—... pues no va y es doncella la Mariona —dijo.

De haberme dado cuenta en el momento de que se refería a mí, allí mismo lo habría cosido a puñaladas. Pero no lo entendí hasta un rato después, cuando me quedé solo en el cuarto y me dispuse a llenar la jofaina para echarme un agua a la cara. El faldón de la camisa se me había quedado pegado al culo con eso de la miel, y al tirar para despegarlo lo noté duro y acartonado, manchado con un gran cerco de sangre seca. Pero a pesar de lo escandaloso que parecía, lo cierto era que me encontraba mejor, no sé si por la miel o por la sangría. No podía decir lo mismo de la espalda y el torso, después de una noche tan agitada, pero sí de la cara, que estaba mejorando claramente, aunque su aspecto diera pena con todos esos tonos de malva y amarillo verdoso. Pero lo peor era mi estado de ánimo. Hacía tiempo que no me sentía tan desgraciado.

Me vestí, recogí mis cosas y me largué procurando no ver a nadie. No estaba para charlas, tenía prisa y un hambre feroz. Deambulé por las calles rascándome las picaduras y buscando un sitio abierto donde comer algo. Al final me acodé en un bodegón de la plaza de Zocodover, donde tomé un plato de menudo de cordero bien aderezado con pimentón y dos vasos de aguardiente. Según aumentaba la claridad del día, se dibujaban los detalles de los edificios circundantes. Al terminar el segundo vaso, me volvió la inspiración:

«Toledo, mortaja de Roma, sudario del Imperio del rey Carlos, mausoleo de caballeros, hidalgos, escuderos y mayorazgos...»

Aquí estoy.

La segunda vez los frailes no me hicieron esperar. El hermano portero me condujo rápidamente a una habitación próxima a la entrada por la que paseaba fray Gabriel como león enjaulado. La estancia no podía ser más austera, de piedra las paredes y el suelo, un banco corrido también de piedra en uno de los muros y un par de sillas frailerías.

—Buenos días, ya era hora de que llegará —dijo saltando hacia mí como impulsado por un resorte—. Usted dirá.

—Disculpe... —titubeé yo.

—Vamos, vamos, aligere —dijo recolocándose el ancho escapulario negro sobre la blanca cogulla.

Fray Gabriel debe de ser más o menos de mi edad, un poco mayor, quizás (o con mucho menos pelo), es pequeño de cuerpo, tiene la cara redonda, la barba corta y la tez ligeramente olivácea. Su mirada es franca y directa y su voz... redonda.

—Lo siento, pero no tenía idea de que me estuviera esperando —me disculpé inseguro.

—Hace días que lo espero. No se extrañe, las noticias vuelan, conozco a mucha gente que va y viene de la Corte, y aquí también llegan gacetillas. Lástima que haya venido en tan mal momento, me hubiera gustado charlar un poco más con usted.

—Tenemos tiempo...

En ese momento alguien golpeó la aldaba de la puerta principal. El golpe metálico llegó apagado a nuestros oídos, pero fray Gabriel se quedó en suspenso. Una voz aguda rebotó entre las losas del claustro.

—¡El coche del señor de Torreblanca para fray Gabriel!

—Lo siento, debo irme.

—Pero no puede dejarme así. He venido desde Madrid sólo para verlo a usted.

—Sé a qué ha venido. Quiere saber si yo soy Alonso Fernández de Avellaneda, ¿me equivoco?

—No.

—Pues no lo soy. Lo lamento, pero no tengo nada que ver con ese caballero, y créame, me alegro de ello. Hay cosas que resultan desagradables hasta de leer.

Se abrió la puerta y el hermano portero asomó la cabeza.

—Lo he oído, gracias. Voy ahora mismo —dijo fray Gabriel. El otro se fue dejando la puerta abierta—. Ya ve, ahora tengo que dejarle. Me esperan.

Me interpusé en su camino. Después de haber descendido hasta el séptimo infierno para llegar a aquella sala, me resistía a dar por zanjado el asunto con esas dos frases. No tenía claro de qué, pero sentía que debía seguir hablando con aquel fraile.

—Verá, fray Gabriel... —intenté razonar.

—Tengo que irme —me interrumpió nervioso.

—Pero si es sólo un momento —protesté—, necesito hablar con usted.

—Me esperan —repitió impacientándose, pero debió verme tan desvalido que añadió—: tal vez... Si quiere unirse a nosotros... No creo que don Julián tenga inconveniente...

—¿Don Julián?

—El señor de Torreblanca. El caballero que ha venido a buscarme. Van a celebrar una fiesta en un cigarral y piensan representar una obra mía, *El vergonzoso en palacio*. ¿La conoce?

—Me temo que no.

Me miró con reprobación.

—Pues es una buena oportunidad para verla, ¿no le parece?

—Desde luego. Pero no sé si voy adecuadamente vestido.

—No se preocupe por eso. Puedo meterle con los cómicos. Usted déjeme hablar a mí.

Salimos juntos a la calle. Frente a la puerta había una carroza de cuatro muías con un enano sujetando la portezuela. Fray Gabriel me presentó como un enviado del teatro del Príncipe de Madrid a quien se había permitido invitar a la representación. Al caballero le pareció bien mi compañía, me dio la bienvenida y nos instalamos en la carroza. El enano nos ayudó a subir cortésmente, luego recogió el escabel, cerró la portezuela y subió al pescante trasero.

—¿Qué se cuenta en la Corte? —preguntó indolentemente el señor de Torreblanca.

Ésa es una pregunta con veneno, de las que no traen más que disgustos, sobre todo cuando no sabes con quién te las estás viendo. Hice un rápido recuento de novedades y descarté toda referencia al conflicto de Lemos y Osuna, la salud de Lerma, el problema del Milanésado (al fin y al cabo el duque de Saboya era cuñado del rey) y todo lo que pudiera suscitar polémica.

—Han llegado correos de Flandes. Al parecer los hugonotes han invadido Cleves-Juliers —dije cebando el comedero—. El otro día su majestad encabezó una procesión al monasterio de la Virgen de Atocha para pedir por la paz.

—¡Cuánta grandeza!, y qué razón tiene fray Hortensio —exclamó Torreblanca henchido de orgullo.

—¿Quién?

—Paravicino. ¿No lee sus sermones?

—Desde luego —mentí—, pero en este momento no sé a cuál se refiere.

—Pues al que sostiene que nunca se puede representar a un rey en el infierno. Es evidente que siempre alcanza mayores méritos quien más puede dar y quien más remedia.

—En el infierno tal vez no, pero en el purgatorio... —discrepó fray Gabriel.

—No voy a discutir asuntos de fe con usted, pero no se puede negar que Dios se goza especialmente con el culto de los reyes y de las familias reales. Y de la nobleza en general, si me apura. Por cierto, ¿quién está al mando del ejército de Flandes?



—Ambrosio de Spínola.

—Eso es lo que nos hace falta, sí señor. Mano dura, la vieja nobleza, los hombres que sojuzgaron al mundo, gente con pelos en el corazón.

Pelo en pecho, imaginé que quería decir, pero resultó que no.

—¿Verdad, padre? —continuó—. ¿Cómo se llamaba el griego ese?

—Mesenio —confirmó fray Gabriel.

—Eso. Con un tercio de Mesenios se aplacaba Flandes de una vez por todas —dijo el de Torreblanca escupiendo al hablar pequeñas bolitas de saliva.

Yo estaba un poco desorientado, y se me debió notar porque fray Gabriel tuvo a bien explicarme que el tal Mesenio fue un rey que dio muerte por sus propias manos a más de 300 lacedemonios, y del que cuenta la leyenda que al morir abrieron su cadáver y descubrieron que tenía el corazón cubierto de pelos.

—No está mal —dije antes de vernos todos envueltos en un silencio embarazoso.

Por suerte no faltaba mucho para nuestro destino, y fray Gabriel tomó a su cargo el entretener el resto del viaje relatando cosas curiosas que había leído últimamente, como eso de que pasando las Azores las chinches y las pulgas dejan de molestar y se mueren.

Entramos en la finca a través de un arco de piedra. La puerta era de madera tachonada con clavos de hierro anchos como mi puño. A ambos lados del camino se alzaba un denso seto de boj hasta una plazoleta abierta frente a la casa con una fuente en medio. Desde allí se podía contemplar todo el jardín, setos, arriates y arboleda, todo ello unido por una intrincada red de senderos barridos y regados para la ocasión. Atados a las ramas bajas de los pinos había decenas de faroles esperando su momento tras la puesta del sol. El aire estaba impregnado de olor a tomillo, a lavanda y a romero. Por todas partes se veía gente paseando, charlando o sentada a la sombra en plácida tertulia. Las abejas rondaban los llamativos jubones de seda y se entretenían jugando con las plumas de colores de los sombreros. Con frecuencia, un tábano surcaba uno de esos grupos haciéndolo abrirse y agitarse entre gritos y risas como a ritmo de zarabanda.

Un atento criado abrió la portezuela del carruaje. En primer lugar se apeó el señor de Torreblanca, quien, sin siquiera despedirse, se encaminó hacia la casa seguido por su enano. Luego lo hicimos nosotros con mirada mendiga y nos demoramos un poco bajo el emparrado del porche principal. El criado nos observó indeciso unos segundos y luego se desentendió para acudir a la llamada de un joven con aspecto de caballero. Fray Gabriel y yo dispusimos de unos minutos para ver todo lo que ocurría a nuestro alrededor y hacernos una ligera composición de lugar.

El edificio era una casona maciza de tres alturas levantada con grandes sillares regulares. En el bajo había pocas ventanas y pequeñas, pero en el primer piso se abrían dos balcones orlados con una voluta y barandales de madera de castaño. Las puertas de los balcones parecían estar abiertas y los vanos ocultos tras unas tupidas esteras de cañizo. Desde la puerta principal (cuyas jambas habían sido talladas como medias columnas), a través de un amplio recibidor con salones a ambos lados, se veía una puerta acristalada que daba a un patio delimitado por dos alas adosadas a la fachada posterior, que nacían simétricas y paralelas en ambos extremos. A aquella hora de la mañana sólo estaba en sombra la zona aledaña a dicha puerta, gracias a un toldo de grueso paño sujeto por medio de anillas a unas finas varillas de hierro. Allí era donde se celebraban los banquetes durante el calcinante verano manchego.

Parte de lo que he descrito lo descubrimos más tarde, porque recién llegados no tuvimos casi tiempo de poner un pie en la casa. El criado de antes volvió un poco apurado (se olía que alguien le había echado una bronca) en busca de fray Gabriel para llevarlo junto al anfitrión, don Guzmán Marañón, ocasión que aproveché para escabullirme en busca de los cómicos. No fue difícil encontrar su rastro, no tuve más que seguir el ruido de los martillazos. Por el camino me distraje observando a los invitados y tomando nota mental de los que reconocía (el marqués de Barcarrota, el conde de Olaños, la condesa de Verja) para luego poder reflejarlo en mi gacetilla. No

sabía cuándo volvería a tener una ocasión como aquélla de observar de cerca a gente tan importante.

El tinglado de los cómicos se levantaba en un rincón del fondo del jardín, cerca del patio trasero pero oculto a su vista. La ubicación era inteligente, como pude comprobar al ver la obra. Habían dispuesto la carreta, adornada con unas cortinas, una mesa y unas sillas, de modo que hiciera las veces de palacio entre una pequeña arboleda de pinos y almendros y unos parterres de flores. De ese modo quedaban reunidos los tres escenarios principales de la comedia. Un mozo de no más de quince años ultimaba la decoración, es decir, fijaba unas colgaduras en el lateral abierto de la carreta para ocultar las ruedas y se aseguraba de paso de que éstas estuvieran bien calzadas.

—Aún no es hora, caballero —dijo un hombre alzando su mano para que me detuviera.

—Lo sé. Me manda fray Gabriel Téllez para ver si necesitan alguna cosa. Isidoro Montemayor, para servirles —dije al darme cuenta de que no me había presentado.

—Juan Granados-contestó el otro—. Soy el director de esta compañía. Agradézcale al maestro su interés, pero creo que no necesitamos nada, aparte de unos cuantos actores más, claro.

Aquello quería decir que había alterado el texto de la comedia para adaptarlo a su plantilla. No es raro que los comediantes eliminen o simplifiquen escenas, o incluso que refundan varios personajes según las circunstancias. A los autores no les queda más que rezar por que el director de la compañía sea lo suficientemente bueno como para lograr que las amputaciones pasen desapercibidas. De todos modos, y aunque éste parecía ser el caso, decidí no informar a fray Gabriel. Se le veía tan ilusionado, que si tenía que acabar enfadándose prefería que no me pillara a mí por medio.

—¡Cómo que no necesitamos nada! —protestó con retintín una guapa moza sentada descalza al pie de un almendro—. ¡El almuerzo, que ya va siendo hora!

Me fijé en ella. Era morena, aunque llevaba el pelo teñido de henna, tenía los ojos oscuros y expresivos y la boca grande. Allí sentada parecía pequeña pero bien proporcionada, de hombros fibrosos y manos fuertes. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus pies. Tenía unos pies preciosos. No es eso algo que afecte a esta historia, pero por qué no decirlo si es la verdad. Nunca he visto unos pies tan bonitos.

—Eso se arregla en un momento —dije dedicándole una sonrisa.

La muy coqueta frunció los labios y encogió un poco los hombros, la basquiña se destensó y sus pechos se juntaron tibiamente embolsados. Será cabrona, pensé complacido, ésta es de las que mantienen unida a una compañía.

—¿Su mujer? —pregunté a Granados.

Éste asintió. Los estudié a los dos un instante. El pasaba ampliamente los cuarenta, ella apenas llegaba a los dieciocho. Lo más seguro es que estuvieran juntos por imperativo legal (una mujer no puede formar parte de una compañía de comediantes si no está casada con uno de los miembros), es decir, cumpliendo una ordenanza que no sólo no impide que se prostituya si ése es su gusto, sino que condena al marido a ejercer

de consentidor. Aunque bien es cierto que para todo hay vocaciones. Unos sólo ejercen de porteros y otros administran la finca, incluso los hay que hacen uso de ese anzuelo para retener a los actores más jóvenes de la compañía, lo que constituye una modalidad poco contemplada pero eficaz de pago en especie. Al fin y al cabo, ¿no fue ése el acuerdo al que llegaron Velázquez y su yerno, padre y esposo de Elena Osorio? ¿No habían entregado la muchacha al maestro como estipendio de sus musas?

—Muy bien. ¿Seguro que nada más? —insistí.

Granados echó un vistazo alrededor para asegurarse de que todo estaba a punto. Seguí su mirada por la carreta, por los baúles de atrezo abiertos en el suelo, por el arconcillo del que asomaban pliegos de papel atados en mazos, por la silla con la jofaina y el lebrillo y el paño colgando del respaldo, por los animales atados más allá del bosquecillo y luego por los actores que parecían ensimismados en sus papeles, uno paseando, otro mordisqueando un palo, otro agitando las manos como si se ahogara. Al final se encogió de hombros.

—Hay que dar cebada a los animales —dijo de pronto—. ¡Juanín!

El muchacho dejó de dar martillazos, pero no tuvo tiempo de acudir a la llamada.

—Deja, ya lo hago yo —me ofrecí voluntarioso—. Tú ve a la cocina a reclamar el almuerzo.

El joven miró a su jefe, que asintió con un ligero movimiento de cabeza, y echó a correr hacia la casa.

Seguido por la mirada atenta de Granados, que seguramente apreciaba más a sus mulos de lo que nunca llegaría a apreciarme a mí, abrí un tonelete que iba atado en la trasera del carro y eché un cuartillo de cebada en cada bozal. Mientras se los ataba detrás de las orejas contemplé mi reflejo en el cristal oscuro de sus ojos. Creo que los mulos me miraron con tristeza. Siempre veo tristeza en la mirada de los animales. Se pusieron a comer. Sonaba como si alguien removiera con un palo un cubo de zinc lleno de arena. Yo me quedé un instante a su lado acariciándoles el cuello mientras masticaban. De pronto sólo escuché el canto de las chicharras. Juan se había ido, y la muchacha había vuelto a cerrar los ojos.

Eché un vistazo a los demás. Había en total siete hombres, tres mujeres y el muchacho. Ni por mucho llegaban a formar una verdadera compañía, pero tenían apostura y aplomo. Seguro que trabajarían bien.

—¿Y tú sabes ya tu papel? —pregunté a la muchacha.

—Pse —respondió ella abriendo los ojos con desgana.

Arranqué una ramita de un pino y me puse a mordisquear las acículas con el hombro apoyado contra el tronco del almendro. Casi pisé el vuelo de su falda.

—Pareces segura de ti misma.

—Me sé de corrido los dos. No son muy largos. Hago de Melisa, una campesina, y de doña Juana. «¡Ay Tarso, Tarso, en efeto hombre, que es decir olvido!» —comenzó a recitar.

—Basta, no sigas. No quiero saber el final —dije, y luego, señalando a tres criados

que venían de la casa, añadió—: Señora, vea sus deseos cumplidos.

El criado que iba delante traía dos borriquetas, y los otros un tablero sobre unas angarillas cubierto con un mantel y cargado de manjares. En un santiamén la mesa quedó montada a la sombra, y en menos tiempo todavía los cómicos arrimaron cajas y baúles, se sentaron alrededor y empezaron a devorar. La comida era abundante y variada. Pichones, perdices escabechadas, manjar blanco, pasteles de carne, vino, pan, queso, frutas escarchadas. Me invitaron a unirme a ellos y yo acepté, aunque renuncié a sentarme, al menos de momento. Me miraron suspicaces. No les gustó mi respuesta, así que tuve que confesar el estado de mis posaderas. Lo entendieron rápido. Fueron tan comprensivos que, tres cuartillos de vino más tarde, les enseñé el faldón de la camisa y les conté la historia de la cama compartida y el despertar del leonés. Se lo pasaron en grande a mi costa, sobrecoge ver a una jauría de cómicos despedazar a una pieza. Reconozco que yo colaboré, en mi versión fui cargando las tintas hasta que al final casi logré darles pena, y le aseguro que no es fácil enternecer a gente tan endurecida por los caminos. Luego, la conversación se relajó un poco. Hablamos de la guerra, de si sale o no a cuenta ir a Nápoles, de qué poeta tiene más tirón en la Corte, de cuál llena más corrales, de sus proyectos inmediatos, y así me enteré de que tenían pensado ir a Madrid porque les habían contratado una comedia de Ruiz de Alarcón titulada *La verdad sospechosa*, y fue decírmelo y recordar haber visto los carteles junto a la barbería de Ximenet. Les dije que procuraría asistir, claro que sí, y entonces les pregunté si podían llevarme con ellos en el carro al día siguiente, porque en el estado en que estaba era impensable que volviera a Madrid cabalgando.

—Desde luego, faltaría más.

—¿Seguro? No quiero molestar.

—No hay problema, siempre que no tengas prisa. Pararemos a dormir por Illescas, más o menos.

—Por mí estupendo. Nadie me espera, y tengo dinero para la venta. También os puedo pagar el pasaje.

—No hace falta.

En ese momento dobló corriendo la esquina de la casa el joven Juanín. Se le veía muy alterado, demudada la cara, como atento a un perseguidor imaginario.

—¡Han detenido al Vainica! —gritó en cuanto llegó junto a la mesa con el resuello aún entrecortado.

—¿Pero qué dices?

—¿A quién?

—Lo he oído en la cocina. No se habla de otra cosa. La noticia la han traído los lacayos que sirven en los jardines.

—¿Qué has oído exactamente?

—Dicen que los alcaldes de Casa y Corte detuvieron ayer a once personas acusadas de estafa. Al parecer son cómicos que se hacían pasar por escribanos, jueces y procuradores y se dedicaban a facilitar cartas de hidalguía a sus clientes.

—¿Qué tiene eso que ver con el Vainica?

—Era el que interpretaba el papel de juez y le acusan de ser el cerebro de la banda.

—Lo de juez, pase, ése era un papel que tenía bien aprendido, pero en cuanto a cerebro, no tenía más que un cordero con modorra.

—No te extrañe, por una buena cantidad el Vainica sería capaz de hacer cristiano viejo al mismo Mahoma.

—¿Qué les va a ocurrir?

—Hablan de que la mayoría irán a galeras, y no sé si colgarán a uno o dos.

—¿Colgarlos? ¡Qué barbaridad! —exclamó Granados.

—No es justo.

—Siempre pasa lo mismo —comentó una de las mujeres—, primero te obligan, y luego si algo sale mal, te atan a un madero y te cosen a saetazos.

—No seas malasangre —dijo un hombre dirigiéndole una mirada cargada de resentimiento.

—Déjala, que tiene razón —la defendió otro—. Cualquiera día acabaremos igual. ¡Galeras! ¡Dios santo! Esos desgraciados pagarán el pato, y sus jefes encontrarán a otros que les hagan el papel.

Un silencio incómodo se instaló entre el grupo.

—¿Pero de qué habláis? —pregunté yo, que hacía rato que no me enteraba de nada. Se miraron unos a otros, dudaron.

—Adelante, ¿qué más da? No es nada nuevo —dijo al fin la joven a su marido, pero como éste callaba siguió hablando ella—. Lo dicen por algo que nos ocurrió viniendo para acá. Unos cuadrilleros de la Santa Hermandad nos salieron al paso cerca de una venta próxima a los Yébenes. Iniciaron el interrogatorio de siempre, adonde íbamos, de dónde veníamos, lo habitual, pero esta vez se veía que se traían algo entre manos. Pero cuéntalo tú, Juan, que hablaste con ellos.

—No hay mucho que contar —dijo Granados animándose—. En cuanto se aseguraron de que éramos cómicos nos propusieron un arreglo, y ya está.

—¿Qué clase de arreglo?

—Pues que nos hiciéramos pasar por pesquisidores e instaláramos un puesto de recaudación por movimiento de mercancías —murmuró con precaución.

—¿Así de pronto, allí en mitad del campo?

—No, en la venta a la que nos dirigíamos.

—¿El ventero no dijo nada?

—Ése era también cuadrillero, como casi todos ellos. Pero ¡qué te extraña!, en descampado no hay más ley ni más voluntad que la suya, y son más peligrosos que las partidas esas que asolan Cataluña.

—Y vosotros aceptasteis.

—¿Podíamos no hacerlo? Sobre la marcha improvisamos todo un despacho con recaudador, pesquisidor y escribano, recibos con sellos oficiales y una partida de cuadrilleros de escolta. Los pichones eran cuatro comerciantes portugueses camino de

Barcelona que los cuadrilleros habían ojeado hacía tres días. Sabe Dios por qué habían decidido que era más seguro atravesar la península que circunnavegarla desde Lisboa.

—También habéis sacado beneficio, claro.

—Algo. Modestia aparte, somos muy buenos en nuestro trabajo. De todos modos, la tajada grande es la de la Santa Hermandad, y vete a discutir con ellos de porcentajes. Es como el asunto ese del Vainica. Seguro que detrás de esos desgraciados hay un alguacil, o un alcalde de Corte o puede que hasta un juez que a estas horas estará tan tranquilo en su casa.

—El mismo que los mande a galeras.

—¡Zas! —exclamó uno pasándose la mano por el cuello—, fuera testigos.

Volvieron los sirvientes a retirar la mesa. Yo aproveché el inciso para disculparme y partir en busca de fray Gabriel. Su sobremesa no sería tan formativa, pero seguro que era más confortable, y sobre todo que ya iba siendo hora de que intercambiáramos unas palabras.

En aquella comida había aprendido algo muy importante y de gran utilidad, y es que Lupercio Leonardo de Argensola había tenido toda la razón en elevar un informe al rey acusando a los comediantes de amorales, corruptos y vacuos. Pero al contrario que a don Lupercio, a mí, dichas cualidades, lejos de espantarme, me incitaron a establecer con ellos firmes lazos de amistad. Si vives en un pozo, nunca está de más ser amigo de un pocero.

Entré en el recibidor y tuve que esperar un par de minutos para que mis ojos se hicieran a la penumbra. Todas las ventanas estaban cerradas y cubiertas con densos cortinajes. La sensación era la de haber entrado en una cueva. No sabía por dónde empezar, así que deambulé sin timón con la esperanza de encontrar a fray Gabriel. Los suelos eran de madera, estaban recién fregados y cubiertos con finas esterillas para crear sensación de frescor. Su efecto era inmediato. Al poco noté que el sudor me corría ya frío por las arrugas del cuello y no llegaba a resbalar por la espalda. Sentí una intensa placidez y una agradable somnolencia. Todo había sido previsto para el descanso de los invitados. Las damas sesteaban en una habitación preparada al efecto, liberadas de los ropajes que las constreñían por un ejército de esclavas y sirvientas. Recordé las palabras de Almansa sobre su reciente visita a un cigarral, e imaginé a un grupo así de mujeres intentando meter a Carranza a escondidas en el cuarto para darle un tiento a su natura. Me sonreí. Tropecé con un par de caballeros que dormitaban uno en una banca, otro en una silla frailer, y supuse que los demás harían lo propio perdidos por todas las estancia». A la sombra del emparrado del patio interior, un grupo jugaba a las cartas. Yo tenía cada vez más sueño, se me cerraban los ojos y los bancos vacíos se me antojaban camastros. Al fin encontré a fray Gabriel charlando con el anfitrión. Al acercarme vi que retenía al anciano sujetándolo por una manga. El hombre aprovechó mi llegada para dejar al fraile con la palabra en la boca y despedirse hasta la hora de la representación, no sin antes prometer que retomarían la charla en ocasión más propicia. Fray Gabriel consintió de mala gana, de sobra sabía que no hay ocasión más propicia que el hoy y ahora.

—Un hombre apasionante, un pozo de sabiduría —dijo indicándome la puerta por donde se salía al jardín—. Demos un paseo.

Di un paso hacia la puerta y me detuve en el umbral. Entrecerré los ojos. El canto de las chicharras era ensordecedor. Me sentía debilitado por el frescor de la casa. Por un momento, la sangre abandonó mi cabeza dejando un rastro de titilantes lucecillas. Intenté decir a fray Gabriel que no tenía fuerzas para un paseo bajo aquel sol inclemente, pero él señaló un cenador en el otro extremo del jardín y me dio un par de empujoncitos para animarme a romper la línea de sombra.

—¿Lo conoce hace mucho? —pregunté intentando ganar tiempo.

—No, me lo acaban de presentar. El es el motivo de que me haya animado a dejar el monasterio.

—Creía que había sido por su obra.

—Ya he visto representar mi obra muchas veces, pero uno no tiene tantas oportunidades de conocer a don Guzmán Marañón.

—¿Es poeta también?



Fray Gabriel me sorprendió con una risa franca. Le faltaban dos dientes, una muela y un diente, para ser exacto, y me fijé porque percibí su aliento perfumado de perejil. Mucha gente después de las comidas masca perejil o albahaca para refrescar el aliento, sobre todo aquellos que confían más en las plantas que en la biznaga.

—Eso le gustaría. ¡Poeta!, Ja, ja, ja! No, hombre —dijo manteniendo una mirada un tanto socarrona—. Poeta... Don Guzmán es un indiano, una leyenda. Con sólo quince años participó a las órdenes de Montejó en el aplastamiento de la sublevación general de los pueblos mayas de la península de Yucatán, y luego luchó en los límites de la selva contra lacandones, mopanes y acalanes. Ayudó también a sofocar los intentos de rebelión de Campeche y Quintana Roo.

—Un superviviente. Pero ¿qué es lo que quiere usted de él?

—Dentro de poco partiré hacia América y necesito empaparme de todo lo relacionado con el viaje y mi destino. Don Guzmán es uno de los pocos que conocieron los primeros tiempos. Imagínese, nació en Lima y llegó a conocer a Almagro y a Pizarro poco antes de que se sacaran los ojos el uno al otro. Luego sus padres volvieron a Santo Domingo, donde tenían grandes propiedades, pero él allí se aburría, así que se fue a México y se enroló en la milicia. Ha estado en Perú, México, Guatemala, La Española, Cuba... Sabe más de indios y de América que todos los libros del monasterio.

—¿Cuál es su destino?

—La Española, precisamente. Santo Domingo. Voy a impartir unos cursos de teología.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Humm. No sé. Depende de mis superiores.

Salimos por fin al exterior y anduvimos en silencio y casi ciegos hasta el cenador. Un banco de piedra rodeaba el pequeño templete con muros de celosía en la que se trenzaban las ramas de cuatro grandes rosales. En el centro había una mesa de piedra redonda y sobre ésta dos bandejas, una con dulces de hojaldre y miel y otra con una jarra de agua de canela y otra de agua de azahar. Empecé a pensar que había hecho un viaje inútil, que aquel fraile no podía haber dedicado a Cervantes los insultos de que le hacía objeto Avellaneda, pero ya que estaba allí no iba a irme sin indagar un poco.

—Ya le he dicho esta mañana que no soy Avellaneda —contestó fray Gabriel, y pasados unos segundos preguntó—: ¿es eso todo lo que quería saber?

—Sí..., aunque... quizás...

—Tampoco sé quién puede ser.

Fray Gabriel se sirvió una buchada de agua de azahar, se enjuagó la boca y escupió al suelo.

—¿Quién le ha hablado de mí? —preguntó con curiosidad.

—Medinilla.

—¿Medinilla? Es amigo de Lope, ¿verdad? No lo conozco.

—Pues él habla de usted como si lo conociera de toda la vida.

—Lo puedo imaginar. La voz de su amo.

—¿Y qué hay de las alusiones que dicen que Cervantes le dedica en sus *Novelas ejemplares*?

—¿A mí? ¿Qué alusiones?

Estaba claro que cada uno leía lo que quería de los demás.

—Déjelo —respondí sin ganas—. ¿Conoce el libro?

—Entre nosotros, prefiero el de Cervantes, pero esta segunda parte tiene también ocurrencias interesantes.

—¿Como cuál?

—Hombre, en una de las novelitas que incluye hace que un hombre yazca con una mujer sin que ésta note que no es su marido.

Me sonreí.

—Debería oír la opinión de una mujer a ese respecto —dije recordando el comentario de la condesa de Cameros.

—No sé si tal cosa sería realmente posible —concedió el fraile—, ni siquiera si el encuentro fuera a oscuras y sin mediar palabra, según narra el cuento, pero como recurso dramático me parece magnífico.

—La condesa creo que dijo «ridículo».

—¿Qué condesa?

—¿Eh? No, ninguna, da igual. Pienso en voz alta. A mi madre eso la ponía nerviosísima. ¿Cree que Lope ha tenido algo que ver?

—No intente enredarme. Lo último que me interesa en este momento es verme mezclado en comidillas de poetas. Tengo cosas más importantes en que pensar.

—Como *El vergonzoso en palacio*.

—No sea absurdo. Esto no me supone más que unas horas de esparcimiento. Creo que me lo puedo permitir.

—Tengo entendido que el estreno fue un fracaso —dije recordando las palabras de Cervantes.

—¡Cómo no! El papel principal, el joven Mireno, lo interpretó Fernán Sánchez de Vargas, un viejo abotargado que ni siquiera se sabía el papel. ¿Quién iba a imaginar a semejante mastuerzo enamorando jovencitas en la corte de un duque?

—Ya, pero creo que Lope dijo que la obra era «desatinada» —comenté silabeando la palabra.

Téllez me miró con el ceño fruncido.

—Júzguela usted por sí mismo.

—Pero la opinión de Lope...

—Lope de Vega es un maestro —me interrumpió—, un genio que no suele ser muy generoso cuando se trata de juzgar la obras de otros poetas. Pero hay que perdonárselo.

—Veo que lo admira a pesar de todo.

—No a él, admiro su obra.

—Entonces no es usted de los que lo atacan sin piedad.

—Eso es cosa de los jóvenes —dijo fray Gabriel como si tal distinción le dejara a él fuera de sospecha—, les gusta probar sus colmillos con el maestro. Y la verdad, no creo que a él le importe.

—No sólo de los jóvenes —repliqué incisivo—, parece que es una afición que cuenta con adeptos desde hace mucho tiempo, incluso desde antes del *Quijote*.

Fray Gabriel sonrió y me dedicó una mirada de inteligencia.

—Lo dice por el *Entremés de los romances*, ¿verdad?

—Veo que conoce la obra.

—Siempre me han gustado los entremeses. Supongo que Góngora estaría molesto por algo que le dijera Lope, vaya usted a saber.

—¿Góngora? —pregunté sorprendido.

Fray Gabriel me miró extrañado.

—El es el autor, ¿no? —titubeó.

—No sabía que fuera obra de don Luís —dije pensativo.

El fraile me observó unos segundos antes de exclamar.

—¡Oh!, ¡vamos!, no creerá que Góngora...

No contesté.

—Ni lo piense —me reprochó fray Gabriel—. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

—Cervantes se inspiró en el *Entremés* —respondí para justificar mis dudas.

—¿Y ahora él se lo devuelve usando su *Quijote*? No lo creo, es demasiado rebuscado.

—No parece razonable, ¿verdad?

—Claro que no —afirmó rotundo.

Pero en aquel preciso instante yo no podía pensar en otra cosa. ¿Hay alguien capaz de predecir por dónde se acabará desbordando el rencor? ¿Los celos? Pero es que tenía razones de más peso que no era necesario contar al fraile. ¿Quién me había hablado en primer lugar del *Entremés*? Andrés de Almansa, el paladín de Góngora, y recuerdo bien que lo había citado como anónimo, aunque él tenía que saber que era de don Luís. ¿Por qué habría ocultado ese detalle? Por si me daba por sospechar, claro.

Nos habíamos quedado los dos callados, con la boca seca, ensordecidos por el canto de las chicharras. Por suerte, lo que amenazaba con convertirse en un incómodo silencio, quedó interrumpido por unos gritos y el barullo de una fuerte discusión.

El lío procedía de los caballeros que jugaban a las cartas. Alguien pedía auxilio. Nos pusimos en pie y nos acercamos hasta la pérgola en donde se habían congregado casi todos los invitados atraídos por las voces. El espectáculo era dantesco. Entre tres hombres sujetaban al enano de Torreblanca sobre la mesa. El hombrecillo lloraba y suplicaba mientras el marqués de Barcarrota lo señalaba con su daga. Tenía el marqués una mirada perversa y una sonrisa falsa clavada en el rostro. Don Julián estaba sentado y tenía el rostro gris.

—Venga, estamos esperando —le retó Barcarrota—. ¿Es o no cierto que se ha jugado las pelotas de su enano?

—Era una forma de hablar.

—Una forma de hablar por valor de ochenta escudos —dijo despectivo el marqués—. Por ese precio tenía que haber exigido el enano entero, pero usted ha dicho «las pelotas de Gustavín», y yo he aceptado el envite. Ahora pague.

—Le digo que respondo de la apuesta, don Alonso —dijo Torreblanca con voz temblorosa—. Acépteme un pagaré.

—¿Por qué he de hacer tal cosa si puedo cobrar ahora y en efectivo?

De un diestro tajo Barcarrota cortó los machos de los valones del enano, tiró de ellos hacia abajo y le echó los faldones de la camisa sobre la cara. El sexo del enano quedó expuesto a la vista de todos. Los espectadores prorrumpieron en risitas y cuchicheos. En contra de lo que cabía esperar, el enano estaba bastante bien dotado, lo que provocó unos cuantos comentarios y alusiones chispeantes que avivaron aún más la hilaridad general. El hombrecillo, sin embargo, perdidas las fuerzas por el forcejeo con los tres valentones que lo inmovilizaban, se ahogaba entre hipidos, sollozos y súplicas a su amo y al marqués.

—¡Por Dios, don Alonso, deténgase! —intervino vehemente fray Gabriel.

—Hombre, Gustavín, llegó tu Cirineo. Y nada menos que un mercedario, un redentorista. Qué, hermano, ¿ha venido a ofrecerse de rehén para liberar a esta acémila? Mire, que está el envite muy alto. Claro que, bien pensado, a usted las pelotas no le hacen mucho servicio.

Barcarrota hablaba sin mirar al fraile, cruzando miradas con los circunstantes, que sonreían amedrentados.

—Don Alonso, no se burle de los que han hecho voto de dar su vida por la redención de los cautivos. Quiera Dios que usted nunca necesite de su abnegación.

La gente dejó de sonreír, y eso al marqués no le sentó bien. Hizo un amago, pero dominó el impulso de abofetear al fraile. Fray Gabriel se había plantado ante él con un gesto de firmeza que contrastaba con su vacua expresión de insolencia. Yo estaba asombrado contemplando la actitud arrogante del pequeño mercedario. Con razón

decían que los redentoristas profesaban de heroísmo. Barcarrota dudó un momento, confundido.

—Échese a un lado, padre, y no se apure —dijo al fin—. No es éste asunto que concierna a la Iglesia. ¿Acaso ve aquí alguna alma en peligro?

—Cuesta creer que sea yo el único que la ve.

—Basta, padre, no vaya más lejos. Yo sólo respondo de mis actos ante el rey.

—Antes o después tendrá que hacerlo ante Dios.

—¿Ante Dios? ¡Ja! Largo me lo fia, padre.

Los amigos de Barcarrota rieron su salida de buena gana. El marqués parecía haber recuperado la iniciativa. El ambiente se relajó un poco.

—¿Qué significa esto, don Alonso? —exclamó entonces don Guzmán abriéndose paso entre los mirones.

Don Guzmán conservaba la presencia de sus años de milicia, pero su voz sonó insegura. Parecía aturdido. Traía el aspecto de haber sido sacado de la cama a toda prisa, los ojos un poco hinchados y el lado derecho del bigote ligeramente aplastado por debajo de dos líneas rojizas que le cruzaban la mejilla, marcas de almohada, fundas de Holanda. Nadie más que él, como anfitrión, podía mediar en la disputa, ningún otro habría osado entrometerse en los caprichos de alguien de tan alta cuna y tan bien relacionado como el marqués de Barcarrota.

—Hombre, don Guzmán, me alegro de verlo —dijo Barcarrota destilando autosuficiencia—. Tal vez usted pueda dirimir una pequeña cuestión de honor que nos enfrenta a don Julián y a mí. Dígame, ¿es o no sagrada una deuda de juego?

Don Guzmán intentó no mirar a Gustavín ni a Torreblanca.

—Desde luego.

—Porque el caballero que no cumple con sus obligaciones no es digno de ser tratado como tal, ¿verdad?

Esta vez don Guzmán se limitó a asentir con la cabeza.

—Pues bien —dijo apurando su vaso de vino—, he ganado limpiamente las pelotas de este enano al señor de Torreblanca y ahora él no quiere pagar. ¿Qué debo hacer?

—Don Alonso —dijo ecuánime don Guzmán—, en atención a su grandeza pienso que haría mal si se conformara con parte tan pequeña de un enano. Tal vez tenga razón en su demanda, desconozco el envite, pero siquiera por las damas...

—Sí, sería una lástima —le interrumpió Barcarrota dedicándole una amplia sonrisa—. Sé de alguien que haría buen uso de todo eso —dijo señalando con el cuchillo la entrepierna del enano.

Todos, salvo Gustavín, le rieron la gracia, sobre todo las mujeres que empezaron a cuchichear muy alteradas, pero yo no sé por qué pensé en Almansa. Bueno, sí sé por qué, al fin y al cabo Barcarrota era quien le había regalado el negro.

—Pero aun así, tomaré lo mío —dijo Barcarrota dando un paso hacia el reo.

—¡No, no, no! —empezó a gritar Gustavín intentando soltarse.

—¡Jodido enano! —exclamó entonces uno de los tres que lo sujetaban y que se

acababa de llevar un codazo, y según lo dijo le sacudió al preso un puñetazo en la cabeza.

Gustavín dejó de agitarse, aunque no de lloriquear. Don Julián, pálido, se puso en pie, y don Guzmán, pese a sus casi ochenta años, metió el puño en la cazoleta de su espada. A Barcarrota no le pasó desapercibido el gesto, y se detuvo en seco.

—Don Alonso —dijo don Guzmán, que sabía muy bien que no tendría ninguna posibilidad de éxito si el asunto llegaba hasta el final—, cuando amaneció esta mañana no sabía que iba a ser mi último cumpleaños... Pero lo doy por bueno.

Se hizo un silencio incómodo. Barcarrota se mordió el labio un tanto desencantado por el giro que estaba tomando un suceso que había empezado de forma tan hilarante. Pese a su heroico pasado, don Guzmán no suponía una verdadera amenaza, pero sería una descortesía imperdonable acuchillar a un octogenario el día de su cumpleaños y en su propia casa. Con gesto de desagrado clavó el puñal en la mesa.

—Está bien, no vamos a estar aquí toda la tarde retenidos por este asunto —dijo forzando una risita y encarándose a Torreblanca—. Adelante, corte —añadió señalando la baraja que estaba en una esquina de la mesa—. La carta más alta gana. Si la saca usted, renuncio a mis derechos sobre las pelotas del enano. Si gano yo, me quedo también con el resto, y así no hará falta trocearlo.

El señor de Torreblanca respiró hondo. Miró a don Guzmán y éste le hizo una seña casi imperceptible de que aceptara. Con mano temblorosa y sin mediar palabra descubrió un seis de bastos. Don Alonso desclavó la daga de la mesa y la envainó. Sin prisa, echó a un lado la carta de su contrincante y se entretuvo ajustando los bordes de la baraja. Estaba disfrutando del momento. De pronto, separó el mazo como si partiera una geoda y enseñó el interior al público, que empezó a aplaudir tímidamente. Leyó su victoria en la cara de los demás. Forzando una media sonrisa depositó cuidadosamente su carta boca arriba sobre la mesa. Sota de espadas. Torreblanca hizo una leve reverencia y desapareció.

Por suerte, o por orden de don Guzmán, me atrevería a decir, se extendió por los jardines una música de chirimías que anunciaba el inicio de la representación. Como por ensalmo, los invitados se olvidaron al instante del drama que acababan de presenciar y se encaminaron hacia el tablado charlando, bromeando, riendo. Poco a poco fueron ocupando los bancos dispuestos ante el escenario. Llegó Barcarrota seguido de Gustavín, su nueva adquisición, que llevaba una bandeja con una copa y una jarra de vino. El enano se sentó en el suelo junto a su nuevo amo con el rostro inexpresivo, aunque pálido. Nadie diría que hacía un momento había estado sujeto como un puerco sobre una mesa por un lance de naipes. Había sido bien enseñado a guardar sus emociones. De todos modos aún le quedaba día por delante. En el entreacto Barcarrota tuvo el detalle de regalárselo a la condesa de Verja, después de que ésta ponderara entre risas sus partes como «magníficas». La condesa intentó rehusarlo repetidas veces, pero don Alonso la obligó a aceptarlo alegando que a él no se le daban bien los animales domésticos, que todos se le acababan muriendo, lo que siempre le causaba mucha pena, y que estaba seguro de que ella, una mujer que había sido capaz de embridar a más de un grande de España, tendría mano de sobra para domar a un enano.

Acabó la obra. La gente aplaudió con ganas, yo entre ellos. Nos habíamos reído, nos habíamos emocionado, y eso que no era una obra nueva. Fray Gabriel subió al tablado y compartió los aplausos con los cómicos. Se le veía henchido de orgullo, satisfecho, agradecido. Poco después emprendimos el viaje de vuelta a Toledo con los actores, porque no encontramos a don Julián. Supusimos que se habría ido después del asunto del enano, y no lo culpo; de seguir por allí se arriesgaba a ser blanco de las bromas de Barcarrota y, lo que era peor, a acabar atravesado por su espada. Sentí que aquel hombre tan orgulloso de la gloria de la vieja nobleza española tuviera que esconderse del producto de tanta gloria, pero así es como están las cosas, y el que antes lo aprende tiene mucho ganado.

Tardamos en partir lo que los cómicos en recoger sus bártulos y recibir su estipendio.

Allí quedaron los demás invitados preparándose para el gran sarao, la cena, el baile, los fuegos artificiales, que de todo decían que había preparado don Guzmán. Tan completa se preparaba la noche que Barcarrota decidió quedarse hasta el día siguiente a pesar de haber anunciado que tenía que recoger sin falta un regalito que su amigo Osuna tenía para él en Madrid. A mí me extrañó esa excusa sabiendo que el Girón estaba en Sicilia, así que pensé que aquello olía más bien a asunto turbio, a escaló, a pleito de doncellas, a mesa de juego. Pero como no era asunto mío, lo dejé pasar.

En cualquier caso, me alegré de partir. Si esa gente era capaz de capar a un enano para entretenerse a media tarde, qué no harían ebrios y de madrugada. De creer la mitad

de las historias que circulan de Barcarrota, cualquier cosa, así que mejor poner tierra de por medio.

—No estaría mal que escribiera sobre estos encuentros tan ilustrativos de la nobleza toledana —le comenté a fray Gabriel en cuanto nos instalamos en la carreta.

El fraile y yo nos habíamos acomodado entre bagajes, cortinas y alfombras. Él iba sentado sobre un baúl, yo casi tumbado en el suelo de medio lado intentando evitar en lo posible que el traqueteo del camino irritara más mi almorrana. A lo largo del día se me había ido cargando, y ahora llevaba el culo hecho un San Lorenzo.

—¿Sobre los cigarcales? —preguntó él con la cabeza en otro sitio.

—*Estío en los cigarcales*, podría llamarse. No es mal título, aunque para obtener licencia de impresión más vale que aligere las historias. No creo que ningún arzobispo encuentre edificante la escena de un marqués capando a un enano.

—No, yo tampoco lo creo. De todos modos no están los tiempos para escribir poesía.

—¿A qué se refiere?

—¡Bah! Demasiadas voces hay ya clamando para que se me prohíba escribir. Dicen que va contra la dignidad de mi hábito andar con comediantes.

—¿Y usted qué opina?

—No sé. Tal vez tengan razón, quizá no sea apropiado que un hombre que se prepara a evangelizar las Indias se entretenga con estas frivolidades.

—Oculte su nombre. Firme con seudónimo si no quiere que se le reconozca.

—¿Como cuál? ¿Avellaneda?

—Ése me temo que está cogido, pero puede hacerse llamar Felipe Umbroso, Tomás de Molina o Tirso de la Gándara. Qué sé yo.

—Paco de Molina.

—¿Y eso?

—Yo tenía un tío que se llamaba Paco, que era molinero. Me lo ha recordado ese Molina suyo. De todos modos no sé si bastaría con ocultar el nombre.

—Tal vez deba ser más cuidadoso al elegir sus temas para no despertar polémicas.

—¿Polémicas? ¿A qué se refiere?

—A la manipulación de la realidad.

—¿Pero a quién le importa lo que yo haga con la realidad? —preguntó irónico.

—Al marqués de Barcarrota, por ejemplo. Le he oído comentar a un grupo de caballeros que era lamentable lo poco que se ajusta su obra a la realidad histórica.

—¿Barcarrota? —dijo silabeando el nombre con desdén—. Eso se lo habrá oído decir a alguien, porque él no tiene ni idea de historia. Y menos de teatro. Bueno, ni de nada que no sea domar caballos, beber aguardiente y destripar desgraciados por la espalda. Es de los que alaban a Lope porque los demás lo hacen, e injurian a Góngora por lo mismo. Si fuera amigo de Villamediana haría lo contrario, pero como lo es de Osuna y se trata con Sessa, pues ya ve. Pero dígame, ¿qué tenía en contra de mi obra?

—Decía que el duque de Coimbra murió en combate con su sobrino Alfonso, el rey



de Portugal, y que no tuvo descendencia. Le parecía ridículo que usted lo sacara años después, anciano ya, con un hijo y convertido en pastor.

—Desde luego, eso no se le ha ocurrido a él, pero da igual. Es verdad, ¿y qué? Yo escribo una comedia, no historia. En poesía vale todo. El duque de Coimbra ya no es el duque de Coimbra cuando yo escribo sobre él, sino mi personaje, me pertenece como me pertenece la vida y el destino que yo le doy en mi obra. ¿Hace eso daño a alguien?

—Supongo que no, pero la gente que escucha su comedia no sabe la diferencia entre la verdad y la poesía.

—Yo no soy responsable de la ignorancia del auditorio, ni de que no sepan diferenciar una cosa de la otra. La poesía es poesía, y es hermosa *per se*. ¿Qué importancia puede tener que el duque de Coimbra no tuviera ningún hijo, si yo logro que todos se emocionen al ver a ese muchacho crecido entre cabras sentir en sus venas la calidad de su sangre?

—Pero eso es un juego peligroso. Si cualquiera puede alterar la historia...

—No le dé tanta importancia. Al fin y al cabo de lo que se trata es de no poner trabas a la imaginación. ¿A usted le ha gustado la comedia?

—Sí.

—De verdad, sea sincero.

—Magnífica le digo, de verdad —contesté realmente convencido—. No entiendo por qué no tuvo éxito cuando la estrenaron.

—¡Ah!, ¿lo ve? —suspiró fray Gabriel—. Pues el que quiera conocer la genealogía de los reyes de Portugal que acuda al padre Mariana, que está ahí a la vuelta de la esquina —dijo casi de mal humor.

Como siempre que se menta a los jesuitas la conversación se acaba desmandando, cambié rápidamente de tema.

—¿Nunca ha pensado hacer una obra con un personaje del estilo de Barcarrota?

Fray Gabriel me miró sorprendido. Tuve la sensación de haber dado en el blanco, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Algo tengo pensado, sí —reconoció tímidamente—. Pero no sólo como Barcarrota, también con algo de Sessa y de Osuna.

—Todo un fenómeno.

—Un amoral orgulloso capaz de invitar a la misma muerte a compartir mesa con él sin que le tiemble una ceja.

—Tenga cuidado, no sea demasiado explícito.

—Y con alguna cuestión de honra de por medio. Eso lo dice Lope, por cierto, los casos de honra son muy buenos porque mueven fácilmente a todos. Ya he ensayado al personaje. Tengo varias obras en que asoma alguien de ese estilo, aunque en papeles secundarios. Sólo me falta darle un protagonista.

—¿Acaso tiene ya nombre?

—Don Juan.

—¿Y eso?

—No sé. Desde el primer momento ha querido llamarse don Juan.

—Habla de él como si estuviera vivo.

—Lo está. Es lo que le decía antes del duque de Coimbra. Los personajes viven, pero no hay que confundirlos con las personas a las que representan.

Conversar con fray Gabriel era bastante entretenido, pero las hemorroides no me dejaban parar un momento. Trabajosamente me puse al borde de la galera y me dejé caer para andar un rato a ver si así me aliviaba un poco. Fray Gabriel, al verme con la cara desencajada y el ceño fruncido me preguntó qué me ocurría. En cuanto se lo expliqué me recriminó el no habérselo contado antes y me ofreció hacer una visita al boticario de su monasterio, un genio a su parecer.

—¿Pero sabrá de almorranas? —pregunté yo un poco escéptico.

—Claro. El padre Melchor ya está mayor y ahora se entretiene con el cuidado de la botica, pero ha ejercido de médico, barbero y cirujano.

—¿De todo?

—Ha vivido cerca de doce años entre Argel, Túnez y Estambul.

—¿Prisionero?

—Rehén, sí. En tres ocasiones ofreció su vida para liberar cautivos.

Recordé la vehemencia con que había defendido a los de su orden frente a las ironías de Barcarrota, y sentí que fray Gabriel era un hombre que creía realmente en sus votos. Reconozco que ese descubrimiento me sorprendió en cierta forma, y me turbó, porque aunque los hábitos llenen nuestras ciudades pocos son los hombres que los visten que no piensen sólo en la sopa boba.

—¿Y usted? ¿Ha hecho de rehén alguna vez?

—No —dijo casi con vergüenza—. El viaje a América es el primero que hago fuera de la península.

El hablar de Argel me trajo a la memoria el comentario de Cervantes de que sólo recordaba un hombre al que podía considerar como su enemigo y era de la época en que estuvo cautivo.

—No le sonará un tal Juan Blanco de Paz, ¿verdad?

—No. A mí no. ¿Por qué?

—Tengo entendido que estuvo preso con Cervantes en Argel.

—¿Tiene algo que ver con su búsqueda?

—No lo sé. Creo que era enemigo de don Miguel.

Fray Gabriel se encogió de hombros.

—Pregúntele a fray Melchor. Es posible que él lo conozca, aunque no recuerdo haberle oído hablar de ningún Blanco de Paz.

No sé por qué, pero aquella posibilidad me animó. Lo cierto era que seguía sin tener nada, pero el que al final del camino hubiera alguien que tal vez, sólo tal vez pudiera darme alguna respuesta me ayudó a caminar con determinación en pos de la galera los últimos metros de la interminable cuesta que subía hasta Zocodover. Cuando las mulas se detuvieron en la puerta del monasterio respiré hondo y dije:

—Tirso de Molina. Ése sería un buen seudónimo. Tirso de Molina. Mejor que Paco.

Quedé con los comediantes al amanecer del día siguiente para emprender juntos el viaje de vuelta a la capital, y antes de que se fueran le di al muchacho una buena propina para que se pasase por la cuadra a recoger mi mulo. Luego seguí a fray Gabriel hasta una habitación bastante amplia en la que dominaba una mezcla de olor a mostaza y clavo. Las paredes estaban cubiertas de estantes de obra hasta el techo y revestidas de azulejos de Talavera. En éstos se hacinaban tarros de cerámica con todo tipo de hierbas y especias, minerales, animales disecados, reptiles secos. En el centro de la habitación, bajo el cadáver de un buitre que colgaba del techo con las alas extendidas y sobre una tarima cubierta con una alfombra, había una mesa de madera enorme con una escribanía rodeada de almoreces, balanzas, redomas y probetas. En un lado destacaba un denso ramo de hinojo de violentas flores amarillas. Lo habían dejado allí como al descuido, y se veía que estaba recién cortado porque entre los abigarrados tallos aún espejeaban pequeñas gotas de agua. Había dos muebles más: una silla de madera con asiento y respaldo de cuero y, en la esquina más alejada de la puerta, sobre un par de caballetes, unas tablas y un jergón de paja. Bajo él, asomaba un bacín enorme de loza blanca. En la esquina opuesta había un pequeño hogar como una fragua de joyero. La campana estaba rematada con una viga de castaño atravesada por un par de vástagos de los que colgaban varios juegos de ollas y cazos.

Fray Gabriel me dejó allí solo y desapareció en busca del boticario y del prior. La habitación quedó en semipenumbra, iluminada sólo por un candil de aceite de una boca. Con él en la mano deambulé curioseando los anaqueles y me puse a hojear un libro bellísimo titulado algo así como *Tratado de las plantas del mundo*, pero en latín, *Tractatus* no sé qué. Tenía ilustraciones minuciosas de infinidad de hierbas, y estuve tentado de buscarlas en los frascos para comprobar la fidelidad del trazo. Pasado un rato, se abrió la puerta y entró un fraile bastante viejo, con barba larga aunque rala, calvo, los pómulos picudos, las mejillas hundidas por la falta de dientes. Entró precedido del chorro de luz que emanaba de un candil de cuatro picos. Las blancas mangas del hábito casi le cubrían los dedos y arrastraba ligeramente por el suelo el negro escapulario. Cerré el libro de golpe y lo coloqué en su sitio.

—Buenas noches —dijo el fraile—. Soy fray Melchor, boticario del convento. Tengo entendido que está usted enfermo.

—Sí —contesté yo avanzando en su busca para besarle la mano.

Fray Melchor extendió sin protocolo su mano derecha, yo hice el amago de llevarla hacia mis labios y él la retiró dando por concluidas las presentaciones. Se quedó mirándome en silencio.

—Bien. Dígame qué le pasa.

—Creo que tengo almorranas —dije dirigiendo una mirada furtiva hacia la puerta

para ver si volvía fray Gabriel.

Me sentí un poco solo. Fray Melchor no me quitaba los ojos de encima, parecía absorto con mi cara. Al principio no entendía tanta atención, pero luego recordé que tenía el labio roto, una ceja hinchada y un ojo de todos los colores.

—Un malentendido... —murmuré a modo de explicación.

—Está bien. Desnúdese de cintura para abajo y tumbese ahí —dijo señalando el catre—. Fray Gabriel aún tardará un poco —añadió adivinando mi inquietud—, está informando al prior.

—Espero no haber llegado en mal momento —dije yo titubeante.

—Al contrario. Agradezco cualquier cosa que me saque de la rutina. A mi edad no es fácil, ¿sabe?

Fray Melchor empezó a remover las cosas de la mesa, parecía buscar algo, y luego siguió abriendo y cerrando gavetas. Mientras tanto, yo terminé de soltarme los valones y las calzas y las dejé en un montón en el suelo. Me tumbé boca abajo sobre el jergón. Estaba un poco nervioso. Alcé los brazos para apoyarme en los codos y noté que la camisa se me había quedado pegada. Supuse que habría sangrado de nuevo, pero luego recordé la miel que me había puesto por consejo de la mesonera. Intenté relajarme. Oí al fraile acercarse, pegué la frente al colchón y cerré los ojos.

—A estas alturas pocas cosas podrán sorprenderle —dije intentando parecer natural, todo lo natural que pude considerando que un desconocido iba a inspeccionarme el culo—, tengo entendido que ha tenido usted una vida muy agitada.

—Y tanto —respondió él.

Me dio un golpecito en los muslos para que separara las piernas.

—Me temo que está un poco pegada —me disculpé avergonzado por los manchones de sangre del faldón de la camisa.

—Aja —asintió él.

—Tal vez con un poco de ¡ahhhhhhhhhhhhhhh!

No pude acabar la frase. Fray Melchor me había levantado la camisa de un tirón. Sin contemplaciones. Se me licuaron los ojos. Unos enormes lagrimones del tamaño de avellanas me dejaron ciego durante un rato. La camisa se empapó de sudor. El fraile ni se inmutó. Ignoró mi grito por completo. Sin decir una palabra se colocó a mi lado dándome la espalda. En principio me pareció una postura incomoda, pero entendí que lo hacía por precaución. Apoyó una mano en cada nalga y las separó con los pulgares, como si abriera una naranja por la mitad. Creo que emití un gemido en el tono de ya es suficiente, o algo así, aunque puede que no dijera nada. No me acuerdo, ese momento lo tengo bastante borroso.

—En efecto —murmuró reflexivo—, tiene unas buenas almorranas. ¡Muy bien! —exclamó, cuando consideró que ya había visto bastante—. Está claro. Le ha sobrevenido una inflamación en la sangre.

—¿Me puede curar?

—Desde luego. Las he visto peores. Con una lavativa dulcificante, una cataplasma,

una pequeña sangría y unos días de reposo quedará como nuevo.

—¿Podría evitar lo de la sangría?

—No será usted francés.

—No.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—No son buenos pacientes, los franceses. Demasiado supersticiosos. Se ve que el contacto con los hugonotes les debilita el cerebro. Creen a pies puntillas que la primera sangría salva la vida, de modo que procuran reservarla para cuando están muy graves. A menudo, cuando al fin acceden a que se la practiques, es demasiado tarde.

—¿Y cuándo ha tratado usted a franceses?

—¡A ver...! Los turcos y los berberiscos no capturan sólo barcos españoles. En Estambul hay más franceses que en Marsella. No sé por qué, ni creo que ellos lo sepan, pero sí señor, allí había un buen montón de franceses.

Se quedó un momento con la mirada perdida, lejos, en Estambul, a orillas del Bósforo. En el fondo de sus pupilas parecieron restallar unas velas blancas.

—No me ha dicho por qué prefiere que no le sangre —dijo volviendo a la realidad.

—Porque mañana debo volver a Madrid, así que tampoco podré cumplir lo del reposo, y porque creo que ya he sangrado bastante, ¿no le parece? —dije haciendo una señal con la cabeza hacia los faldones de la camisa.

Noté que posaba un dedo en la almorrana y la presionaba ligeramente.

—No, no creo que sea suficiente, pero dejaremos la sangría para el final. Por ahora iremos preparando el enema.

Me quedé tumbado viendo cómo fray Melchor avivaba las ascuas, enganchaba una ollita con agua a la cadena que colgaba del tiro y bajaba un tarro de la estantería para dejarlo sobre la mesa. Las letras de la inscripción eran grandes, de color azul añil sobre un fondo marfileño. Desde mi posición pude leer con facilidad: *Malva sylvestris*. El hombre trabajaba con movimientos precisos, sin prisa.

—¿No tiene muda para la camisa? —me preguntó de pronto.

—No, aquí no. En Madrid tengo otra, pero me temo que por ahora tendré que tirar con ésta.

El fraile asintió pensativo. Después de echar un vistazo rutinario a la olla, abrió un poco las ascuas con el atizador y acercó al extremo un cacito en el que había echado unas onzas de cera blanca. Su calma contrastaba con la ansiedad que yo sentía, y el silencio se me hacía penoso.

—¿En qué año estuvo usted en Argel? —pregunté al fin.

—En el 78.

Sentí una descarga de emoción. Cervantes había estado preso del 75 al 80. Las fechas coincidían, había alguna posibilidad...

—¿Le dice algo el nombre de Juan Blanco de Paz?

Fray Melchor se detuvo. Me pareció que tenía el ceño ligeramente fruncido. Antes de contestar, retiró la cera del fuego, le añadió una cucharada de aceite y se puso a remover la mezcla despacio.

—No —dijo al fin—. No me suena.

Sentí que todas mis ilusiones se desmoronaban.

—Creo que estaba en Argel por esas fechas.

—Había cientos de prisioneros en Argel. No pude conocerlos a todos.

—Lástima. ¿Y a don Miguel de Cervantes?

—¿El poeta?

Asentí.

—¡Blanco de Paz! —exclamó el fraile de pronto—. Claro, ahora lo recuerdo.

—¿Lo conoció?

—No, no personalmente, pero recuerdo que fray Juan Gil, un hermano trinitario, me consultó acerca de un asunto en el que estaba implicado.

—¿Relacionado con Cervantes?

—En efecto.

—¿Recuerda qué sucedió?

—Pues... sí, recuerdo bien aquella época... Cuando liberaron a Cervantes se llevó a cabo una investigación sobre su conducta durante el cautiverio, y como yo había estado allí cerca de un año me llamaron por si podía testificar.

—Entonces, usted formó parte del proceso.

—No, no. Le conté a fray Juan lo que sabía, pero no pude decir nada sobre Cervantes porque no llegué a conocerlo. Aunque sí oí hablar de él. Las noticias se propagaban rápido entre los prisioneros, saltaban de baño en baño.

—¿Qué es lo que oyó?

—Que había habido un intento de fuga, que Cervantes había enviado una carta a don Martín de Córdoba, general de Oran, para solicitar su ayuda y que los guardias de Hasán Bajá habían descubierto al enlace y lo habían empalado.

—¿Y qué le sucedió a él?

—Lo condenaron a recibir dos mil palos.

—¿Dos mil? Eso es tanto como condenarlo a muerte.

Fray Gabriel asintió en silencio.

—Pero la condena no se cumplió —añadí.

—Evidentemente no.

—¿Fue ése su primer intento de fuga? Tengo entendido que hubo cuatro.

—Ése fue el tercero, me parece. No sé qué sucedió en el primero, pero en el segundo también tengo constancia de que perdió la vida su cómplice, un jardinero, creo. Cervantes salió indemne, apenas con un castigo de encierro.

—¿Y eso lo hace sospechoso?

—Dios me libre de juzgar a nadie. Además, en el proceso se le declaró inocente y volvió a España con el honor a salvo —dijo sin mucha convicción.

—¿Pero...?

Fray Melchor sonrió al ver mi insistencia.

—Usted no sabe quién era Hasán Bajá.

Se detuvo unos segundos. Sacudió la cabeza.

—Verá, Hasán Bajá no era turco ni berberisco. Era veneciano. Fue capturado por el Uchalí cuando navegaba como grumete de una galera de su armada. Al Uchalí le gustaban los muchachos, y durante un tiempo lo hizo su favorito...

—Quiere decir...

—Tal vez fuera entonces cuando se conformó su carácter violento y cruel. El joven grumete creció, renegó de su fe, abrazó la de Mahoma y ascendió de categoría. El Uchalí, satisfecho de sus servicios, lo nombró capitán y le confió uno de sus barcos. Con el tiempo, prosperó hasta llegar a ser una especie de rey de Argel. Cuando yo llegué a la ciudad, su solo nombre despertaba terror. Argel era un puerto en el que había muchos más prisioneros que guardianes, y Hasán Bajá había encontrado el modo de aniquilar voluntades y de dar rienda suelta de paso a su venganza contra la vida. A los que intentaban huir los ahorcaba o los empalaba a la vista de los demás cautivos, o les cortaba las corvas y se los entregaba a sus esclavos para que los sodomizaran y luego los remataran a bastonazos, o los hacía quemar a fuego lento, o los mandaba despedazar entre cuatro caballos. La mínima falta podía costarte las orejas y la nariz, y no era infrecuente bajar a un hombre de una galera para quebrarle brazos y piernas y dejarlo



tirado tal cual en la arena de la playa. Yo mismo vi a Hasán Bajá amputar personalmente a varios hombres y quebrarles todos los dientes con el pomo de su espada.

El anciano se estremeció.

—Vaya —murmuró—, sólo recordarlo y se me pone la carne de gallina.

Pensé que Hasán Bajá debió de ser una bestia, pero que el marqués de Barcarrota puesto a vigilar prisioneros tampoco haría un mal papel. Fray Melchor dio unas cuantas vueltas más a la mezcla del cazo y luego lo dejó en la encimera cerca pero apartado del fuego. De un arconcito de madera sacó unas cuantas hilas de algodón, las estiró, las comparó y al final eligió una de un palmo de ancho por un par de largo. Despacito la fue introduciendo en el cazo asegurándose de que quedara impregnada por todas partes de la mezcla de cera y aceite. Luego la sacó, la estiró bien y la puso a secar colgada de una cuerda con un par de pinzas.

Yo le miraba hacer en silencio. Creía haber entendido lo que había dejado entrever fray Melchor, pero no era suficiente. Necesitaba una declaración algo más explícita, algo a lo que aferrarme.

—¿De qué acusó exactamente Blanco de Paz a Cervantes?

—De falta de moralidad, creo que lo llamaron.

—¿Qué significa eso? ¿Se paseaba desnudo por las calles? ¿Se insinuaba a las mujeres desde las ventanas de los baños?

—No, no —respondió fray Melchor con una sonrisa bondadosa.

—¿De sodomía? —pregunté directamente—. ¿Lo acusaba de sodomía?

—Bueno... sí.

—Y el comité debió de tomarse en serio la acusación porque para llegar a montar una investigación in situ...

—No era tan excepcional. Además, no tuvieron más remedio.

—¿Había pruebas?

—No, no exactamente.

—Indicios, entonces.

El fraile no contestó inmediatamente. Aprovechó que el agua había roto a hervir para retirar la ollita del fuego y echar un puñado de hojas y pétalos de malva. Luego, colocó un paño en la mesa, y sobre él una redoma de cristal grueso. Metió en su cuello un embudo de latón provisto de un tamiz y vertió poco a poco la mitad del contenido de la olla. Cuando terminó, rebuscó entre los frascos y fue echando sobre un platillo un pellizco de saúco, unos pétalos de amapola, unas cuantas cabezas de manzanilla. Vacío el plato en la olla donde todavía estaban las hojas de malva y removió todo con una cuchara. Yo no dije nada. Esperé.

—Al principio parecía descabellado —dijo al fin sacudiendo la cuchara en el borde de la olla—. Don Miguel, valiente soldado herido en Lepanto, con cartas de recomendación del viejo duque de Sessa y de don Juan de Austria, con el pecho cosido y un brazo muerto, distaba mucho del tipo de mancebo que gustaba a Hasán Bajá. Pero

la vida de prisión es muy dura, los hombres flaquean, se desesperan, y no sería el primer caso de un prisionero que concede ciertos favores a cambio de mejorar un poco su situación. Por poco que fuera.

—Pero don Miguel no se dio nunca por vencido, intentó huir en cuatro ocasiones.

—Ése fue el problema. Ya le he contado cómo trataba Hasán Bajá a los que intentaban fugarse. No hay muerte, por cruel que pueda imaginar, que no se ensayara entre aquellos muros. Y sin embargo, Miguel de Cervantes escapó a su destino no una, sino cuatro veces. Sus cómplices pagaron por él. Que yo sepa empalaron a uno y ahorcaron a otro, pero él se libró con poco más de una reprimenda y unos meses de calabozo, y eso que en ningún momento intentó ocultar su liderazgo. Comparado con el final de otros presos, sus castigos suenan a pelea de enamorados.

Lo dijo sin maldad, sin segunda intención. Sus palabras sonaron a fina ironía, pero doy fe de que la alusión a la pelea de enamorados fue fortuita. Fray Melchor daba la sensación de ser un raro espécimen de hombre al que la experiencia de la vida lo había ido haciendo cada vez más tolerante. Estoy seguro de que no pasaba por su mente emitir ningún juicio sobre nadie, y menos un sarcasmo. Por eso me llamó la atención el que se le hubiera escapado el comentario. Sin embargo, había un dato importante a favor de don Miguel: los testigos que hablaron en su favor en la causa instruida por fray Juan Gil. Al menos eso me había dicho Cervantes.

—Pero sus compañeros de cautiverio declararon a su favor en el proceso —comenté.

—No se extrañe. Les salvó la vida. Cuando se vino abajo el último intento de fuga por la delación de Blanco de Paz, Cervantes se entregó a Hasán Bajá declarándose responsable de todo y exculpando a los demás. ¿Y sabe qué? No pasó nada. No hubo represalias. Hasán Bajá aceptó su palabra y lo mandó encerrar en su propio baño entre sus otros esclavos. Comprenderá que los demás, que ya se veían empalados, adquirieron ese día una gran deuda con él.

—¿Entonces, usted cree que Cervantes fue amante de Hasán Bajá?

Fray Melchor negó con la cabeza. Se veía que el hombre sufría la tensión de estar midiendo las palabras.

—Ya le he dicho que la conclusión del proceso fue que era inocente.

—¿Pero usted qué cree?

—Eso carece de importancia. Fue declarado inocente, y es inocente. Fin del asunto.

Eso era todo. Y no era poco. Sentí que por mucho que insistiera no conseguiría más de fray Melchor. El asunto estaba cerrado para la Inquisición y para él. Sin embargo, había un tal Avellaneda que debía de haber oído campanas en alguna parte y se atrevía a señalar a Cervantes con el dedo. Aquello podría explicar las reticencias del maestro a hablar de su pasado.

Pensaba sobre el alcance de todas esas revelaciones y en cómo encajarlas con lo que ya sabía cuando fray Melchor, después de comprobar la temperatura de la infusión, se acercó a mí y me dijo que me pusiera a cuatro patas sobre el jergón y separara bien

las piernas. En cuanto obedecí colocó entre ellas el bacín y me dijo que me inclinara hacia adelante. Por el rabillo del ojo le vi cargar la vejiga con el contenido de la redoma y comprobar que no estaba obstruido el canuto de madera.

—Muy bien —dijo sonriente—. Ahora, relaje el sieso.

Como comprenderá, en aquel momento podía hacer de todo menos relajarme.

Supongo que llegados a este punto agradecerá que sea parco en detalles. Al fin y al cabo todos sabemos lo que es una lavativa y hemos experimentado esa angustiosa sensación de urgencia que constituye el fundamento de su poder. Cuando terminé de evacuar la infusión de malvas, fray Melchor preparó una cataplasma con las hierbas de la olla, la cubrió con el paño encerado que acababa de preparar y luego me remeti6 de nuevo la camisa. De esa guisa me puse de lado y, sin intentar nuevas protestas, estiré el brazo derecho. Fray Melchor colocó debajo una bacía y practicó una incisión con la lanceta en la cara interna. La sangre empezó a manar densa y oscura y a caer al recipiente en grandes goterones. Yo procuré no mirar. Intenté distraerme leyendo los letreros de los tarros que llenaban los estantes de las paredes e identificando los bichos que había allí disecados. Poco a poco fue cediendo el goteo. La sangre dejó de correr y empezó a formar grumos sobre el brazo.

—Muy bien —dijo fray Melchor poniéndome una hila de algodón sobre la herida—. Mucho mejor, ¿verdad? Ahora apriete aquí y no se mueva.

Yo asentí. Me encontraba sobre todo cansado, pero era cierto que el dolor de las almorranas estaba empezando a remitir. Cerré los ojos. El día había sido muy largo y tenía demasiado sueño atrasado. Debí de quedarme dormido unos minutos, porque no me enteré de cuándo se fue fray Melchor ni del regreso de fray Gabriel.

—He hablado con el prior y me ha dicho que no hay inconveniente en que se quede aquí a pasar la noche —me dijo en un susurro.

—Gracias —contesté yo.

—Le he traído algo de cenar.

Abrí bien los ojos y me fijé en la bandeja que sostenía fray Gabriel. Vi un trozo de pan, una cebolla, queso, un cuartillo de vino y un par de palos amarillos tostados con aspecto de avisperos.

—Es maíz —dijo Fray Gabriel al ver mi cara de extrañeza—. Está delicioso. Es el trigo de América. Aquí en España estamos empezando a cultivarlo. Ya verá como le gusta. Está un poco dulce.

—Gracias —repetí incorporándome.

Cogí la bandeja de sus manos y me la apoyé en las rodillas. Probé el maíz, y me gustó. Me gustó mucho. Era distinto, suave y dulce, aunque le sentaba bien la sal. Pruébelo si tiene ocasión, merece la pena. Después de cenar, fray Gabriel se disculpó por tener que dejarme solo, pero debía reintegrarse a la marcha de la comunidad. Me preguntó si necesitaba alguna cosa más, y a mí se me ocurrió comentar si no tendrían en la biblioteca del monasterio la *Crónica de la Orden de Calatrava, Santiago y Alcántara*, de Rades y Andrada. Prometió comprobarlo, y media hora después un joven novicio se presentó en la botica con la obra en cuestión y un par de velas de cera blanca. Rogué al

muchacho que transmitiera mis agradecimientos a fray Gabriel y me instalé en la mesa como buenamente pude. Coloqué las velas en dos palmatorias vacías, las encendí y las situé a ambos lados del libro. Aunque había dado con alguien que odiaba a Cervantes tanto como para ser Avellaneda, las posibilidades de encontrarlo sin ayuda eran casi nulas. ¿Qué más tenía? Sospechas de Góngora, del duque de Osuna o de su secretario don Francisco de Quevedo, del tal Pasamonte a quien no sabía ni por dónde empezar a buscar... Por desgracia, las mayores posibilidades de éxito seguían centradas en que una persona en concreto, Lope de Vega, decidiera echarme una mano.

Desde la charla con fray Gabriel sobre lo relevante o irrelevante de respetar la veracidad histórica en el tablado de un teatro y la importancia de la poesía, le había dado varias vueltas al asunto de don Rodrigo Téllez Girón y estaba dispuesto a leer su biografía con la mayor amplitud de miras posible. Saqué una hoja de papel en blanco de la gaveta de la mesa, afilé una pluma y escribí en la parte superior: «Rodrigo Téllez Girón. Maestre de Calatrava.»

Trabajé mientras el dolor me permitió seguir sentado. Luego apagué las luces y me tumbé en el jergón donde dormí hasta que me sobresaltó la carraca anunciando maitines. Después volví a caer hasta el toque de laudes, hora en que me levanté para tener tiempo de tomar algo tranquilamente antes de partir en busca de mis nuevos compañeros de viaje.

Un cielo rojo cubría Madrid cuando topamos con sus primeras casas. Casi daba miedo. Parecía que el sol hubiera estallado al impactar con la línea de poniente, un precioso final para un viaje muy tranquilo.

Tal como estaba previsto, la primera jornada llegamos cerca de Illescas a eso del mediodía y pasamos la tarde descansando. Los cómicos aprovecharon para ensayar unas cuantas escenas de la obra de Ruiz de Alarcón. Todo fue bien, no era la primera vez que la representaban y cada uno sabía su papel. Al día siguiente nos levantamos sin prisa, desayunamos e hicieron un ensayo general conmigo, un arriero y la mesonera por únicos espectadores. Luego reemprendimos la marcha hasta Madrid. Me despedí del grupo nada más cruzar la Puerta de Toledo, ellos tiraron hacia la plaza de la Cebada y yo di un paseo con la mula del ramal hasta la cuadra. Después me fui a casa. Estaba deseando tumbarme en mi cama y dormir a gusto unas cuantas horas.

Lazcano empezaba a encender las luces del bodegón aún vacío. No era muy tarde, por eso me sorprendió no encontrar de camino a ninguno de mis vecinos. El zaguán estaba desierto, la casa, a oscuras. Me extrañó, pero por otra parte me alegré, no tenía ganas de tertulia. Sin embargo, al subir la escalera sentí claramente que algo no iba bien. Me detuve en el rellano. Tampoco se oía ningún ruido en la habitación de Rosita y sus «hermanos». Me dirigí despacio hacia mi puerta, y en cuanto fui a meter la llave me di cuenta de que había sido forzada. Di un paso atrás, pegué la espalda al muro y desenvainé la espada y la vizcaína. No pasó nada, sólo mi corazón alteró la tranquilidad del espacio. En cuanto me calmé, empujé la puerta con el pie. Dentro reinaban el silencio y la oscuridad. Crucé en diagonal repartiendo mandobles al aire hasta el ángulo del fogón, y allí me quedé quieto, agazapado y en guardia. Nada. El que me hubiera hecho la visita ya había abandonado la presa. Apoyé la espada en el fogón donde pudiera echar mano de ella con rapidez, y con la vizcaína en la derecha me acerqué a la mesa en busca del pedernal para prender una luz. Apenas quedaba aceite en el candil, pero suficiente para comprobar el desaguizado al tenue resplandor de su pabito. Todo estaba revuelto, la tapa de la tinaja del pan por el suelo, la gaveta abierta, los libros en la mesa, ésta corrida y el ladrillo del dinero levantado. No habían dejado ni un maravedí. Cogí la espada, por si acaso, y me asomé al dormitorio. Apestaba a muladar. Habían

corrido la cama, supongo que para ver si ocultaba más ladrillos secretos, así como el baúl. La ropa estaba tirada por el suelo y la bacinilla llena de heces y orina.

—¡Ah, es usted!

El grito de Venancia me sobresaltó. No la había oído llegar, y de pronto la vi en la puerta señalándome con un enorme cuchillo de cocina. No pude menos que ponerme en guardia.

—Menos mal —dijo apuntándome aún con el arma—, creía que habían vuelto esos desgraciados. La próxima vez no aviso a los alguaciles, los apiolo yo misma como si fueran palomos. No hay derecho, ¡la que han liado!

—Vamos, vamos, mujer, suelta eso que te vas a hacer daño —oí decir a Pitu tras ella.

—Tú quita para allá, medio hombre, que no sirves para nada. Roban en tus propias narices y tú tan pancho, igual que en el mercado.

Pitu asomó la cabeza y me miró con cara de hastío.

—¿También les han robado a ustedes? —pregunté.

—No, a nosotros no, pero como si lo hubieran hecho. Usted es como un hijo. Anda, ayuda a don Isidoro a poner esto un poco en orden.

Pitu dio un paso dentro de la casa, y al hacerlo rozó a la mujer que aún ocupaba gran parte del espacio disponible.

—¡Quita de ahí! —dijo ella respondiendo con un codazo que lo lanzó de nuevo al pasillo—, ya lo hago yo, que parece que tienes agua en las venas.

Venancia dejó el cuchillo en la mesa y la levantó de un extremo para ponerla de nuevo en su sitio.

—¡Mire!, los chicos robaron el escondite.

Yo asentí. No me extrañó que Venancia supiera de su existencia, algo me decía que ella y la casa habían desarrollado una curiosa simbiosis y que nada de lo que ocurría en ésta se le escapaba.

La mujer puso derecho el ladrillo con el pie, lo empujó hasta su sitio y colocó encima la pata de la mesa.

—¿A qué chicos se refiere? —pregunté más sereno.

—Los de enfrente, mosquitas muertas, ladrones, ojalá que los cuelguen pronto.

—¿A los hermanos de Rosita?

—Y a la niña. Si resulta que era una buscona, la muy puta; pobre don Isidoro, parecía buena gente, ¿verdad?, qué engañado estaba usted también. Pero hemos tenido suerte porque van a dar un escarmiento con unos cuantos manteadores y ladrones, se lo he oído decir a un alguacil, ya iba siendo hora porque esta ciudad se está volviendo inhabitable.

—¿De verdad cree que me han robado Rosita y sus hermanos?

—¡Anda! Pues sí que le cuesta entender las cosas. Sí señor, han sido ellos, pero no se preocupe que gracias a mí los pillaron anoche a los tres durmiendo como si tal cosa. A éstos los cuelgan, ya verá como sí. Hace falta desvergüenza. ¿Pero quieres pasar y

echar una mano? —le gritó de pronto a su marido que aguardaba sin atreverse a entrar.

Pitu dio un paso de medio lado, como si temiera dar la espalda a su mujer, y de dos zancadas se plantó en el dormitorio. Empezó a recoger la ropa y a meterla en el baúl. Venancia fue hasta el balcón y abrió las ventanas de par en par. Yo no sabía bien qué hacer, así que dejé las armas sobre la cama, cogí la bacinilla y la vacié por la ventana. Luego me puse a ayudar a Pitu, que me miró con una tristeza infinita.

—Don Isidoro, tiene mala cara —dijo el hombre casi en un susurro.

—El disgusto, ¿verdad usted? —apuntó Venancia—. Vamos, luego yo de viaje y me encuentro mi casa abierta, y me da un parálisis.

—No es eso, es que vengo un poco enfermo.

—En Toledo ha estado, ¿verdad? El Tajo es mal río, lleva demasiada agua. ¿Necesita algo?

—Descansar. Necesito dormir un poco.

—Por cierto —comentó Venancia—, he informado al amo Cañamares, y dice que él ahora tiene muchos gastos con las obras nuevas y que la puerta es cosa suya por haber dejado dinero en la casa.

—¿Cómo sabe Cañamares que había dinero?

—Como estaba abierto el escondite...

No tenía ganas de hablar, y menos de discutir con la mezquina mensajera de un miserable. Empujé suavemente a los dos hasta el pasillo agradeciéndoles sus desvelos, apuntalé luego la puerta con una silla, me descalcé y me tiré en la cama. En realidad no se habían llevado gran cosa, dinero no quedaba mucho, me habían limpiado el carbón, los restos de comida. Era más el desorden que las pérdidas. Lo peor era la puerta.

Cerré los ojos. Los apreté con fuerza como si de ese modo pudiera fundir los párpados y asegurarme el sueño, pero estaba demasiado cansado para dormir. Tenía tantas ideas dándome vueltas por la cabeza, que hasta que no las ordené un poco no empecé a sentir que los músculos se relajaban.

¿Qué había sacado en claro de mi viaje a Toledo? En primer lugar, que Medinilla me había jugado una mala pasada, que fray Gabriel estaba con la cabeza en otro sitio y que don Luís de Góngora tenía algo que ocultar. Pero todo eso, analizado con calma, resultaba anecdótico. Más importante era haber constatado que Avellaneda parecía conocer muy bien las sombras del pasado de Cervantes, que tanto la acusación de cornudo como la de bujarrón no eran simples exabruptos, que el tal Blanco de Paz, sobre cuya pista ya me había puesto el propio maestro, era un sospechoso perfecto. Sin embargo, considerando el odio que alimentaba y lo que aparentaba saber, sorprendía que no fuera más explícito en sus acusaciones. Daba la sensación de que amagaba sin dar, era como si le dijera a Cervantes: «Cuidado conmigo que mira todo lo que sé de ti, no me obligues a airearlo.» Más parecía un chantaje que una venganza.

Empecé a dar vueltas de un lado para otro sin acabar de calmarme. Las sábanas estaban tibias, ninguna postura aliviaba el calor que sentía nacer dentro de mis entrañas. Pensé que estaba a punto de sufrir una nueva crisis febril. Me desnudé por completo, me



retiré la cataplasma y me quedé tumbado como un san Andrés.

Cuanto más repasaba los hechos, más consciente era de que pese a todo lo que iba descubriendo sobre Cervantes, Avellaneda permanecía sumido en las sombras. Como sospechosos, aparte de Lope y el duque de Osuna, contaba con Ginés de Pasamonte y Blanco de Paz, dos quimeras y dos fantasmas de los que echar mano. No era gran cosa. La realidad era que sólo disponía de unas ideas para volver a negociar con Lope y un par de preguntas para don Luís de Góngora.

Pasado un rato caí en un duermevela poblado de alucinaciones. Recuerdo a la condesa de Cameros contonearse al trasluz del vano de mi dormitorio cubierta tan sólo con una capa de calatravo, mientras don Rodrigo Téllez Girón, gran maestre de la Orden, daba palmas sentado en mi baúl. Yo intentaba alcanzar a la condesa, acariciarla, besar sus pezones oscuros como trufas, pero me era imposible, su piel hervía en la superficie, y sin embargo, cada vez que intentaba tocarla mis dedos se convertían en carámbanos.

Abrí los ojos empapado en sudor. Me levanté, me sequé un poco con la camisa que estaba tirada a los pies de la cama, di la vuelta al colchón y me volví a tumbar. Esta vez, apenas toqué la almohada, me quedé profundamente dormido.

Al día siguiente me levanté tarde. A pesar del calor, me lié un paño en la cabeza y aguanté hasta casi las diez de la mañana. No hubo golpes, pero oía a los alarifes trajinando en las buhardillas, sus cantos, sus voces.

En cuanto me levanté, me lavé un poco la cara y me senté un buen rato en el lebrillo. Dudé si aplicarme la última cataplasma de las que me había preparado fray Melchor, pero como me encontraba francamente mejor decidí reservarla para la noche.

Los ladrones se habían comido los restos de letuario y apurado la botella de aguardiente, así que no tenía nada para desayunar. Tanteé la bolsa, sopesé las monedas que me quedaban y juzgué que serían suficientes para un par de días. Me molestaba tener que ir de nuevo a casa de Robles a pedir más dinero sin tener todavía ningún resultado. Antes de salir hice un hatillo con la ropa sucia y se la dejé a lavar a Venancia. La mujer se asustó al ver la camisa, pero le aseguré que no había de qué preocuparse, que todo estaba bien, que la sangre no era mía. No sé por qué, pero no me apeteció hablarle de mis hemorroides.

Había decidido ir a ver en primer lugar a don Luís de Góngora, quien seguramente estaría despierto por la mañana, pero el hombre hace planes y el diablo los desbarata. Digo esto porque al poco de echar a andar Montera abajo sentí que me seguían. No estaba seguro, pero en dos ocasiones en que por azar giré la cabeza, me pareció percibir al mismo tipo a mis espaldas. Se trataba de un hombre alto, delgado, con el pelo gris peinado hacia atrás al que no había visto en mi vida. Creo que fue el hecho de que llevara el sombrero en la mano lo que me hizo fijarme en él la primera vez, y disparar mi alerta la segunda. Inmediatamente me puse a especular sobre quién sería o quién lo enviaba y con qué intenciones. En primer lugar pensé en la condesa de Cameros, seguramente molesta por la broma del pañuelito, aunque visto el comportamiento de mis vecinos dudaba mucho que hubieran cumplido mi encargo. También podía ser el tío de Isabel, el señor Cienfuegos, que una vez enterado de la desgracia de su ahijada venía a exigir mis votos, o el mismo Avellaneda, que buscaba la ocasión de darme con un mazo harto de verse en boca de todos. En cualquier caso, no parecía un tipo peligroso, pero eso no quería decir que no tuviera amigos que sí lo fuesen. Aceleré el paso. Al pisar la Puerta del Sol tuve la tentación de echar a correr para confundirme entre la gente del mercado, pero opté por refugiarme en uno de los figones de San Felipe. Pedí un vaso de aguardiente y un plato de torreznos y me quedé junto a la puerta espiando la calle. No vi nada sospechoso, pero ni así me quedé tranquilo. Sobre la marcha cambié el plan de la mañana, compré una botella de vino y corrí al cuartel de Santa Cruz a hacer una visita a mi amigo Fadrique.

El cuartel de Santa Cruz es uno de los seis que hay en Madrid encargados de velar por el orden público, cada uno con su alcalde de Casa y Corte y su destacamento de alguaciles. En la actualidad son totalmente insuficientes para controlar el continuo flujo de nuevos pobladores que atrae la Corte, y más que en focos de justicia tienden a convertirse en refugios mientras que en la calle impera la ley del más fuerte.

No tuve más que enseñar la botella al vigilante para que se incorporara y me siguiera hasta el cuarto del retén, donde por suerte estaba Fadrique. Aunque conocía a todos los de la ronda era con él con quien me encontraba más cómodo, quizá porque, como yo, procedía de familia montañesa.

El cuarto del retén es el más cómodo del cuartelillo, exceptuando el despacho del alcalde, que dispone de cama y todo. Allí hay cuatro literas, un gran hogar y una enorme mesa rodeada de sillas. La puerta del sótano de los calabozos se encuentra al fondo del pasillo de la entrada, junto a la del patio trasero, de modo que teniéndola cerrada apenas molestan los gritos de los detenidos.

Cuando llegué no había más de media docena de alguaciles, y entre todos vaciamos la botella en una ronda. Luego, cada cual volvió a sus asuntos y yo pude mantener un pequeño aparte con mi amigo.

—¿Sabes algo de dos muchachos y una niña que detuvieron hace un par de noches?

—¿Unos que denunció una señora gorda?

—Me imagino que sí. Es mi vecina. Fue mi casa la que forzaron, yo estaba en Toledo.

—Lo siento. ¿Se llevaron mucho?

—No, sólo algo de dinero. En todas las casas hay un ladrillo que se mueve y en la mayoría lo señala la pata de la mesa.

—Yo no estaba de servicio, pero me han contado que la gorda arrastraba personalmente a la muchacha sujeta por el pelo, y hasta que no estuvo en el calabozo no la soltó.

Qué barbaridad, pensé, pues sí que le ha molestado que me robaran, se ha tomado en serio lo de ser la guardiana de la casa.

—¿Se llamaba Venancia? —pregunté por si había algún error.

—No sé, ya te digo que yo no estaba.

—¿Los tenéis abajo?

—Se los llevaron ayer mismo a la cárcel. Ésos van a llevar un juicio rápido. Hablaban de escarmiento, dicen que se ha disparado el número de robos y el pueblo pide sangre.

—¿Pretenden ahorcarlos? La niña tiene unos once años, o así. Y yo, la verdad, aún

no me creo que hayan sido ellos.

—No le des más vueltas. Tal vez se libren, pero ten por seguro que los pasarán por el potro, y si no tienen agallas, o les falta aguante, cantarán lo que no está en los escritos. Muchos dicen que tantas letras tiene un sí como un no, y que es de simples reconocer un delito para que te esparten el gaznate o te envíen a apalear sardinas, pero la verdad es que muy pocos aguantan firmes con un paño mojado metido hasta el galillo. De todos modos, si la muchacha es menor no podrán colgarla.

Eso me tranquilizó. Yo ya había empezado a darle vueltas a la idea de interceder por los chicos ante la justicia, sobre todo por Rosita (la imagen de Venancia arrastrándola por el moño me había impresionado bastante), pero con tantas cosas por hacer no encontraba hueco para pasarme por la cárcel de la villa a ver qué pedía el alcaide por un descuido. Sin mencionar que me habían dejado sin medios de despertar la codicia de ningún funcionario.

—¿Y esa cara? —preguntó señalando mis señales—. Has dicho que estabas en Toledo cuando lo del robo.

—No tiene nada que ver —dije llevándome la mano a la ceja inconscientemente—. Recuerdos de la condesa de Cameros. De hecho hace un rato me venían siguiendo y sospecho que era uno de sus hombres.

—¿A qué se debe tanto interés?

—Cree que tengo algo que ver con la muerte de la marquesa de Hornacho.

—Hombre, esa muerte sí fue mía —afirmó Fadrique con orgullo.

—¿Cómo?

—Estaba de guardia cuando el señor marqués dio aviso, y además acompañé el cortejo fúnebre.

—Un entierro por todo lo alto, supongo.

—Parecía la procesión del Corpus. Los hermanos de San Juan de Dios llevaban el cuerpo, seguidos por el cabildo en pleno, una veintena de niños de la doctrina con velas, otros tantos pobres con hachas de cuatro pabilos, los mayordomos de todas las cofradías a las que pertenecía la señora marquesa con sus mullidores y algunos cofrades y por último la familia encabezada por el marqués, del brazo de su sobrina.

—¿La condesa de Cameros?

—¡Qué mujer! Era imposible apartar de ella la mirada. Iba como un sol, no, como la luna más bien, con un traje de terciopelo negro de tres altos cuajado de bordados de plata y una gola blanca que casi le cubría los hombros.

Tanto detalle y tanta admiración me resultaron desagradables, lo reconozco, y aunque me avergüence debo confesar que sentí un ligero aguijonazo de celos. Bueno, no tan ligero. Ya está dicho.

—Dicen que la marquesa apareció exangüe en la bañera —comenté para cambiar de tema antes de que se notara mi turbación.

—Sí señor, estaba completamente desangrada, más blanca que un cirio pascual.

—¿Apuñalada?

—No. Tenía unas fuentes en los muslos.

No me sorprendió. Es frecuente que enfermos sometidos a sangrías periódicas opten por abrirse una fístula. Para ello, el barbero les hace una incisión en una vena y coloca una fina placa de plata con un nervio en el centro que mantiene separados los labios de la herida hasta que cicatrizan. A partir de entonces, la placa hace las veces de tapón y al retirarla la sangre fluye lentamente.

—Un accidente.

—El médico dijo que ella sabía muy bien que no debía meterse en el baño caliente con las fuentes abiertas.

—¿Suicidio?

—Yo no he dicho eso —protestó.

—¿Entonces?

Miró con prevención hacia la puerta y luego sacó la bolsa donde guardaba el dinero y rebuscó en ella hasta que sacó dos finas placas de plata.

—Las encontré sobre una mesita junto al baño. A su lado estaban las dos cintas de seda. Los nudos habían sido desatados. El cadáver no ofrecía ninguna señal de violencia. Estoy seguro de que se las quitó ella misma, o permitió que alguien se las quitara.

—Según eso, el asesinato está descartado.

—Del todo. Seguro que no fue asesinada. Al menos por el marido. Estuve presente cuando el alcalde habló con él delante del cadáver, y las heridas de la mujer no sangraron en su presencia. Ya sabes que las heridas sangran en presencia del causante —añadió en tono condescendiente. Parecía que le resultaba penoso hablar de detalles técnicos con un lego.

—No, no lo sabía —reconocí—. De todos modos, era difícil que sangrara si no le quedaba sangre.

—Algo siempre puede manar. A nuestro Señor Jesucristo cuando Longinos le abrió el pecho...

—No es lo mismo, Fadrique, no es lo mismo. Por cierto, ¿sabes por qué tenía abiertas esas fuentes?

—Ni idea. Pregúntale a su doncella.

—¿Qué piensas hacer con las placas?

—Yo no las necesito.

—¿Cuánto quieres por ellas?

—Ya te digo que yo no las necesito..., pero son de plata.

—Está bien. Dos ducados.

—Cinco.

—Tres y no te denuncio por robar pruebas.

—De acuerdo, cuatro. Me caes bien, pero recuerda: no es sano amenazar a un alguacil.

Le di el dinero y guardé las placas en mi bolsa. Apenas me quedé con unos cuartos

para una empanada y un barrilete de alcaparras que pensaba regalar a don Luís de Góngora, pero lo di por bien empleado.

—Por cierto, ¿te dice algo el nombre de Juan Blanco de Paz?

Negó con la cabeza.

—¿Y Jerónimo de Pasamonte?

Volvió a negar.

—¿Es posible que estén en la cárcel?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe —dijo al fin—. Las cárceles están atiborradas, pero la gente entra y sale y a veces ni se registran los nombres. Te sería muy caro indagar algo así, más de lo que puedes pagar.

Volví a la calle con aprensión. Antes de abandonar el refugio del cuartel me aseguré de que no había nadie sospechoso por los alrededores. Luego salí decidido a comprar una tinajita de alcaparras y a cumplir con el plan que me había hecho por la mañana.

Sabía, porque había oído a no recordaba quién, que don Luís de Góngora paraba en la posada de la calle de Atocha, un establecimiento para personas distinguidas, limpio, con gabinetes a disposición de los huéspedes, espacioso... Pero eso había sido a principios de verano. Cuando pregunté por él, el mesonero me remitió a otro local de la calle de Postas llamado el mesón del Peine. Era de inferior categoría que el primero, así que pensé que don Luís había decidido hacer economías por si su estancia en la Corte se prolongaba más de lo previsto. Pero ahí no acabó mi peregrinaje. Del mesón del Peine me remitieron al de la calle del Negro, o sea que, al final, después de haber perdido la mañana dando vueltas, descubrí que éramos casi vecinos.

Lo primero que me llamó la atención del mesón de la calle del Negro fue el denso olor a repollo cocido. Nada más franquear la puerta del zaguán se te pegaba a la ropa como la pez. Casi logró que me sintiera como en mi propia casa. El patrón estaba plantado en la puerta, firme y redondo como un miliario romano. Sólo le quedaban dos dientes, la encía de abajo montaba sobre la de arriba y tenía un gesto como de risa forzada que hacía que toda la piel de las mejillas se arremolinara en torno a sus ojos menudos y pitarrosos. Pregunté por don Luís y el hombre me dijo que esperara. Dio un par de pasos dentro del zaguán y voceó el nombre de don Luís como haría un cabrero llamando a un chivo. Decididamente, aquel tipo no respetaba mucho a los que no tenían más remedio que hospedarse en su establecimiento, ni siquiera a un racionero de la catedral de Córdoba.

—¿Quién le ha dicho dónde encontrarme? —me preguntó don Luís con mirada recelosa en cuanto estuvimos cara a cara.

—Don Andrés de Almansa —improvisé, y por si eso no mera suficiente añadí—: y también manda saludos para usted don José de Valdivielso. Es un gran admirador de su obra.

Reconozco que dejar caer el nombre del secretario del arzobispo de Toledo era la zanahoria del burro, pero no conozco a ningún solicitante que no se avenga a tratar con quien parece que puede brindarle la oportunidad de establecer un contacto en el hermético mundo del tráfico de influencias, y más aún cuando la oferta va acompañada de un barrilete de alcaparras.

—Don Andrés es un gran amigo mío —murmuró don Luís dulcificando la expresión de la cara—, y devuelva mis saludos a don José. Siempre he tenido su juicio por claro y honesto.

Don Luís se quedó titubeante, sin saber qué más decir ni cómo actuar. Me sorprendió una actitud tan poco mundana, aunque no había razón para esperar otra cosa. Pese a ser un magnífico poeta (y por favor, no vaya diciendo por ahí que definiendo *Las Soledades* porque lo negaré), don Luís no deja de ser un hidalgo segundón de provincias con poco encanto que hizo los votos a fin de heredar el cargo de racionero que ostentaba su tío. Supongo que vería su entrada en el clero como un mal menor (la fe no le sobraba y la renta no era mucha) y la esperanza de que fuera el inicio de una carrera que en sueños vería meteórica, pero que treinta años después seguía totalmente estancada.

Don Luís es un hombre alto, delgado, de rostro juto, entradas generosas y pelo oscuro pese a haber cumplido con creces los cincuenta. Sus ojos son grandes y negros, la nariz corva y fría y los labios finos. Tiene el lado derecho de la boca medio desolado, lo que facilita que el carrillo se venza levemente sobre las encías. Se diría que tiene la expresión del casado que confía en que el amor sobrevenga con el tiempo, y que al pasar los años acaba por aceptar que ni ha llegado ni llegará nunca.

—Pero acompáñeme, por favor, estoy acabando de comer. Usted habrá comido ya —afirmó sin posibilidad de réplica.

—Sí —mentí. No había caído en que era la hora en la que nunca se debe acudir a una casa si no media invitación.

—Bien, bien —dijo.

Seguí la estela de su loba hasta un cubículo del segundo piso amueblado con una cama sin dosel, una mesita y un par de sillas de anea. Era de las habitaciones buenas del mesón, porque contaba con una ventana diminuta que se abría sobre el patio trasero. Bajo la cama asomaba un orinal de loza con el asa quebrada. De un clavo en la puerta colgaba su capa. En aquel momento me produjo cierta desazón el ver con qué



estrecheces podía vivir un hidalgo a pesar de contar ya con su ejecutoriad

Don Luís retiró unos papeles y un cabo de vela de una de las sillas y me indicó que me sentara. Él hizo lo propio a los pies de la cama y se acercó la mesita sobre la que había una bandeja con un plato que contenía los restos de un amasijo de repollo con tiras de carne hervida, una rebanada de pan, un vaso de vino y un trozo de queso.

—¿Aún sigue trabajando el mismo libro? —pregunté al ver que lo que había retirado de la silla era un ejemplar autógrafo de *Las soledades* lleno de tachaduras y correcciones en letra diminuta.

—Aunque algo sea bueno, siempre es susceptible de mejorar. Yo reviso cada verso, analizo cada palabra.

Estábamos muy cerca uno del otro. Sin quererlo podía percibir el gusto agrio de la col con vinagre y seguir los erráticos círculos en que se movía su mandíbula al intentar masticar sin dientes. Al mínimo movimiento se rozaban nuestras rodillas, lo que me resultaba particularmente incómodo. Góngora debió darse cuenta de lo que pensaba, porque se vio en la obligación de justificarse. Antes de hablar, se limpió meticulosamente la boca con un lienzo.

—La habitación es pequeña, pero tranquila. Aquí puedo trabajar sin el ruido que tenía que soportar en los otros mesones donde he estado, y así no se me hace tan larga la espera del buen fin de mis gestiones. Ya sabe usted cómo es esto, hay que hartarse de paciencia.

Yo asentí gravemente aceptando sus razones y preguntándome a la vez hasta qué punto creería don Luís que yo era tonto.

—Además, mi estancia aquí es temporal, estoy muy bien relacionado. Fíjese que conozco al conde de Villamediana, que por cierto me ha expresado en reiteradas ocasiones su admiración por mi obra, a don Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, soy amigo muy íntimo del padre Félix Hortensio Paravicino, quien precisamente el otro día me presentó al confesor del rey, fray Luís de Aliaga...

Hablaba despacio, escuchándose, con seguridad, y uno se preguntaba qué hacía un tipo con tantas amistades y contactos tan importantes en una pocilga como aquélla.

—¡Qué barbaridad! —exclamé exagerando un poco la nota—, comprendo que confíe ver pronto cumplidos sus deseos —dije, pero por dentro pensé que si de verdad esa gente deseara hacerle merced, ya sería como poco obispo de Calahorra.

—Pero no basta con contar con las influencias adecuadas —me confió—, la Corte está llena de envidias.

—Sabrá que hay quien se dedica a promover esos asuntos.

—Desde luego. He contratado a uno del que me han hablado maravillas.

Entonces comprendí los apuros económicos por los que estaba pasando.

—¿Y ya ha conseguido algo? —pregunté por cortesía.

—Está a punto. Por lo pronto ha logrado acceder al secretario del escribano que lleva los pleitos de jurisdicción del Consejo de Ordenes, quien parece muy dispuesto a propiciar una entrevista con su superior.

Lo miré con lástima. Aquello sonaba a que le estaban dando cera para sacarle un buen bocado. Como el reino es grande, son muchos los que viven a costa de los solicitantes, y hay quien dice que antes prefiere una covachuela junto a las losas de palacio, por mínima que sea, que la misma corona, porque el rey, lo que se dice el oro, ni lo toca, se limita a verlo pasar. Y a veces ni eso.

Recordé entonces las anteriores maniobras cortesanas de don Luís, la vez que intentó hacerse con el puesto de secretario del marqués de Ayamonte, recién nombrado virrey de México, y la que pretendió ser incluido en el séquito del conde de Lemos cuando le nombraron virrey de Nápoles, gestiones ambas rematadas en fracaso, y no le auguré mejor suerte en su intento actual.

—Es tan difícil salir adelante —reflexioné—. No basta la valía personal.

—El país entero parece desquiciado —dijo él rezumando amargura—. Se ve en todas las instancias, falta criterio, inteligencia. ¿Se ha fijado en esos gallos que corren a alistarse para liberar la Mamora? Son todo plumas y encajes, galanes que sólo sirven para abuchear cómicos, son mosqueteros de patio de comedias. Se acabaron los guerreros. Uno se asoma al barandal del puente de Segovia para echar un vistazo a la tela, y ¿qué ve? Un cortejo de pavos reales.

Don Luís refrenó su indignación. Sin darse cuenta había empezado a subir el tono, y el vecino del cuarto de al lado golpeó el muro y reclamó silencio con un mugido ininteligible. Era la hora de la siesta, y aquel tipo debía ser devoto de Morfeo.

La «tela» a la que hacía referencia don Luís no es tal cosa, como puede suponer. Aquí llamamos de ese modo al lienzo hecho a base de tablas contra el que los caballeros lanzan sus jabalinas para entrenarse. El ejercicio se realiza a caballo, al antiguo estilo árabe. Los jinetes cargan contra el muro y en el último momento hacen un quiebro y salen en dirección contraria al tiempo que arrojan los venablos. Es bonito cuando lo realizan jinetes hábiles sobre monturas con nervio y bien adiestradas, aunque tampoco es infrecuente verlos salir despedidos de sus sillas y estamparse contra las tablas, en cuyo caso, gana de cómico lo que pierde de vistoso.

Espero que me disculpe si a veces me excedo en las explicaciones, pero me temo que padezco el mal del cortesano, esa especie de absurdo engreimiento que incita a creer que lo que ocurre en Madrid no se repite en ningún otro sitio. A veces ya es tarde cuando me doy cuenta, como ahora, y entonces me justifico pensando que a lo mejor usted le pasa la gacetilla a otras personas menos informadas o con menos mundo a quienes les pueden venir bien mis comentarios. En fin, espero que así sea, y si no que me perdone.

—Y bien, ¿para qué quería verme? —preguntó don Luís como si de pronto cayera en lo extraño de mi visita.

—Verá, no sé si se ha enterado de que un tal Alonso Fernández de Avellaneda ha editado la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

—Algo he oído.

—Yo intento localizar a ese Avellaneda.

Don Luís se encogió de hombros imperceptiblemente.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Todo el mundo piensa que Avellaneda es un seudónimo...

No acabé la frase. Mientras yo hablaba, él se dedicaba a amontonar con el dedo meñique las miguitas desperdigadas en la bandeja, y cuando dije lo del seudónimo se detuvo. Noté su mirada fija en mí.

—¿Cree que he sido yo? —dijo sonriendo por primera vez. Me sorprendió, porque no pensé que supiera hacerlo.

—No —respondí con rotundidad—, pero hay un detalle que me gustaría que usted me aclarara. Tal vez no sea importante, pero pudiera ayudarme en la búsqueda.

Se quedó callado, esperando. Me fijé en sus manos. Eran blancas, finas y delicadas. Extensas pecas de borde difuso moteaban el dorso de brillos azulados. Sin mirarme, hundió la yema del dedo corazón en el montón de miguitas y se las llevó a la boca.

—Tengo entendido —continué—, que usted escribió hace tiempo una obrita titulada el *Entremés de los romances*, en la que tal vez se inspiró Cervantes para escribir su *Quijote*.

Hice una pausa para ver cómo reaccionaba. Don Luís se recolocó las mangas de la sotana, comprobó que el alzacuellos estaba en su sitio y siguió en silencio. Decidí arriesgar un poco más.

—¿Eso le molestó? —pregunté directamente—. Quiero decir, ¿le importó que Cervantes usara su idea para escribir una novela?

Don Luís me miró, o eso creo. Al menos su cara estaba apuntando en mi dirección, pero tenía los ojos tan guiñados que casi parecían cerrados del todo.

—¿Quién le ha contado a usted ese cuento? —dijo forzando una risita.

—¿No es cierto?

De pronto me sentí ridículo, allí sentado haciendo preguntas que nadie pensaba responder.

—A ver si lo entiendo. Usted busca al autor del segundo *Quijote*, y para hallarlo considera importante conocer mis sentimientos hacia Cervantes. ¿Es eso?

—De acuerdo —dije dispuesto a romper la espiral de desconfianza—, sospecho de usted, comprenda que es una posibilidad que debo considerar. En realidad sospecho de mucha gente, de todos aquellos a los que parece aludir el *Quijote*, hasta del duque de Osuna.

—¿Me cree capaz de escribir semejante basura? ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer? Yo soy un poeta, caballero, no un comediante ni un *novellieri*. Mi obra está por encima de esos libritos. El *Quijote* no pasa de ser una novelita simpática de barbería, cuyo destino natural es acabar en una tienda de especias como una margarita en manos de un enamorado.

Don Luís alzó la nariz y estiró el cuello. Se sacó un lienzo de la manga y se sonó con ruido de cuerno de caza. El vecino volvió a golpear la pared. Aquel tipo tenía un sueño muy ligero. Don Luís hizo como que no lo oía, estudió el contenido del lienzo y

luego lo dobló por sus pliegues marcados.

Pensé que allí estaba de más. Intenté imaginar a aquel hombre que meses después de distribuir sus *Soledades* seguía empeñado en pulir sus versos escribiendo la segunda parte del *Quijote*, y me fue imposible.

—Yo escribo para inteligentes —dijo de pronto, cuando yo ya había desistido de sacarle una sola palabra más—, para los capaces de esforzarse en descifrar la belleza que esconden mis versos.

—Pero no es razonable que para poder leer un libro de poemas se hagan necesarias unas *Advertencias* como las que ha escrito don Andrés —respondí yo, sólo por el gusto de llevarle un poco la contraria.

—Me critican que no soy fácil —dijo volviendo a subir el tono—. Y es cierto. Pero hacen mal en desdeñar el placer que produce desvelar lo oculto, buscar y encontrar, aprender a ver. Yo escribo un poema y después lo envío en busca de sus lectores. Y mire..., mire... —dijo tendiéndome una carta firmada por un tal Tomás Tamayo—. Léala —ordenó.

Obedecí, más o menos. Era una carta alabando *Las Soledades* y que si maestro para arriba, maestro para abajo, ta, ta, ta. Supuse que no recibiría demasiadas, visto que la que agitaba ante mis narices estaba fechada en primavera.

—Así que ya sabe, para versos fáciles y tonterías al uso váyase a hablar con el torreznero.

—¿Con quién?

—El yerno del señor Guardo, el criador de cerdos.

Puse cara de comprensión y fingí una sonrisa. El padre de doña Juana Guardo, segunda esposa de Lope, había hecho fortuna criando cerdos, algo no muy lucido para un yerno que se daba tantos aires. Don Luís ya había usado esa broma en más ocasiones, y como respuesta Lope lo acusaba a él precisamente de lo contrario, de no tener nada que ver con el cerdo, o sea, de judaizante.

—Por lo que he oído, el libro es como él, aburrido y cansado —remachó don Luís.

—Ya, pero no creo que haya sido don Lope. Hay muchos indicios en contra —dije con desgana.

Aquello era inútil, pensé, era como volver a empezar. Decididamente, si Avellaneda quería mantenerse en el anonimato nadie lo iba a descubrir. Góngora apuró su vaso de vino y se secó de nuevo la boca con el borde del lienzo, a golpecitos, sin arrastrar.

—Claro, que a lo mejor ha sido el otro —dijo.

—¿Qué otro?

—El que duerme en español y sueña en griego, el muy ignorante. Ése es suficientemente borracho y mentiroso como para haberlo hecho sólo por el gusto de hacer daño.

—No le entiendo. ¿A quién se refiere?

—¿No sabe quién es el mayor borracho de la Corte? Uno que no sabe escribir si no

es para rehacer los versos de los demás a lo chusco, un poetastro patizambo incapaz de hacer nada si no tiene antes un modelo al que sacar punta, un niñato que no respeta a nada ni a nadie.

—¿Quevedo?

—¿Qué dato le ha hecho llegar a esa conclusión?

—Lo de patizambo —dije sin dudar.

—El más prosaico. Es triste, pero eso es lo que entiende el pueblo —pensó en voz alta, y luego continuó dirigiéndose a mí—. Pues si de verdad sospecha del duque de Osuna, ¿quién mejor que su secretario para ejecutar sus instrucciones? Debe tener en cuenta además que no es sólo su secretario. Son amigos desde muy jovencitos, desde que coincidieron en la Universidad de Alcalá de Henares. Eran famosos allí. Una vez montaron una tan gorda que tuvieron que huir a Sevilla para que no los encerrara la justicia. Creo que hasta hubo un duelo y no sé si un muerto, pero no se extrañe. Osuna se salvó por ser quien era, pero para sacar a Quevedo del apuro tuvo que mediar todo el clan familiar ante la duquesa de Lerma y que ésta lo colocara bajo la tutela directa del rector de la universidad burlando así a la justicia ordinaria. Quevedo es una serpiente de alta escuela. Se crió y creció entre mujeres, todas curtidas en las intrigas de palacio. Ahora pretende medrar al amparo de Osuna. Hágame caso. De él se puede esperar cualquier cosa.

A pesar del juicio desolador sobre don Francisco de Quevedo y su familia, detecté un cierto tono de envidia en sus palabras. Para ser cordobés, don Luís se había portado como un gran gallego. No había contestado a nada ni que sí ni que no, sino todo lo contrario. Por no saber, ni siquiera sabía si era suyo el *Entremés de los romances*.

Sentí un gran alivio cuando dejé atrás el mesón de la calle del Negro. Tenía hambre y la desagradable sensación de haber perdido el tiempo.

Eché a andar con decisión calle abajo, y al doblar por la de las Tres Cruces me topé de golpe con una vacada que caminaba en dirección a los mataderos. El animal que iba en cabeza se asustó y dio una espantada haciendo que la manada se abriera en dos.

—¡Pinta, toma, quieta, tira, tira! —gritó el mozo que las arreaba.

Yo me aparté a un lado y me quedé quieto hasta que se tranquilizaron y reemprendieron la marcha procurando evitarme. Tuve la sensación de que todas las vacas me miraron de reojo al pasar. A su espalda quedó una estela de bosta fresca y una nube de moscas. Pero el parón tuvo una virtud, y es que me permitió distinguir, con total claridad, al tipo del pelo blanco observándome desde un portal. Dudé si irme a él y pedirle que se identificara, pero me pareció demasiado expuesto, máxime cuando aún no sabía si estaba solo.

Reemprendí mi camino y aceleré el paso a ver si lograba despistarlo. Giré a la derecha por la calle de la Abada y a la izquierda por la del Olivo, crucé Preciados casi a la carrera y justo al entrar en la plazuela de Celenque me topé con los dos matones de la condesa que me cerraban el paso. Eché mano a la espada, pero ellos se limitaron a reírse abiertamente de mí y a enseñarme las palmas de sus manos vacías en señal de buena voluntad. Su actitud era la adecuada para mostrarme un poco más altivo de lo que aconsejaba la prudencia.

—Está bien, señores —dije apuntándoles al pecho alternativamente a uno y otro—, no esperen que colabore como en nuestro anterior encuentro. Ya no hay damas delante.

Ambos se miraron risueños, y creo que por un momento dudaron si darme de verdad de cuchilladas. Por si acaso hinché el pecho y volví a la carga con un nuevo argumento.

—Ríanse lo que quieran, pero les advierto que el Concilio de Trento prohíbe ex profeso los desafíos y los castiga con la excomunión, para qué hablar de acuchillar en plena calle a un buen cristiano.

—¿Así que lo que hizo la otra vez fue colaborar? —preguntó el chispeante Cherinos—. ¿A qué exactamente?

—Esas cosas sólo las discuto con su ama. A ustedes estoy dispuesto a enseñarles el noble arte de Carranza y de Pacheco. Ya que no saben leer yo les explicaré en síntesis cómo lanzar un mandoble, parar un altibajo, contraatacar con un revés y rematar con una estocada.

—Oiga —siguió Cherinos ignorando mi verborrea—, ¿hoy ha comido repollo o se lo ha echado por encima?

Asomó en ese momento en la boca de la plazuela la silueta del tipo del pelo blanco,

dudó si seguir adelante pero se quedó plantado apoyado en una de las cantoneras.

—¿Es amigo suyo? —pregunté a los matones de la condesa.

—¿Quién? —preguntó Cherinos.

Señalé hacia la embocadura de la calle, pero el tipo había desaparecido. Me quedé perplejo. Aquello sí que era inesperado.

—Tenemos orden de entregarle esto —dijo Escalante tendiéndome una bolsa de dinero y una nota.

Miré alrededor avergonzado. La gente nos observaba recelosa, sobre todo a mí. Imagino que formábamos un grupito extraño, dos tipos con las manos desnudas que entregan una bolsa a otro que les intimida con la espada. Debía actuar rápido si no quería llevarme el pistoletazo de algún probo ciudadano desde una ventana. Envainé la espada, pero mantuve la mano izquierda en el puño de la vizcaína. Cogí ambas cosas aún desconcertado. Sopesé la bolsa. Despedía un tenue aroma a ámbar. Me olvidé de mi seguridad, solté el lazo y aspiré el olor de las monedas. Efectivamente era ámbar, una bolsa de monedas sahumadas con ámbar. Había oído hablar de la tradición de perfumar las monedas, pero siempre en relación a la devolución de un préstamo o a modo de cumplido muy especial a quien se entregan, pero yo nunca había sido objeto de una atención tan delicada.

—Parece que la condesa quiere disculparse por algo —dije con la nariz aún dentro de la bolsa.

—Una condesa nunca se disculpa —respondió Escalante en tono despectivo—. Lea la nota y haga lo que le pide.

Sólo le faltó añadir que o vendré yo y le arrancaré la cabeza, pero era innecesario gastar tantas palabras cuando la actitud lo decía todo.

Escalante echó a andar hacia Palacio y Cherinos lo siguió risueño.

Me quedé solo con la nota y la bolsa. Metí la segunda bajo el colete y abrí la primera. Creo que todavía la conservo, aunque no voy a ponerme ahora a buscarla. En ella me agradecía el detalle del lienzo (luego mi vecino sí había cumplido el encargo), aunque confesaba no esperar ese gesto de mi doncellez (era la segunda vez que alguien me trataba de doncella en una semana), y confiaba que viera compensados mis sufrimientos con el regalo que adjuntaba a la carta. Aquel comentario no me pareció justo, porque no sólo se hacen regalos a las doncellas cuando las sangran, sino que también a los grandes. Por ejemplo, el duque de Lerma recibe enormes sumas y magníficos regalos de sus allegados cada vez que lo sangran, y nadie se atreve a tratarlo de doncella. De todos modos, en el momento que leí lo del regalo recuerdo que palpé con gusto la bolsa que sentía contra el pecho y seguí leyendo. En el último párrafo me invitaba a reunirme con ella al día siguiente por la noche en la *sala de conversación* de la calle del Nuncio, para lo cual me rogaba que me hiciera con el equipo adecuado, ropa, silla y lacayos.

Personalmente no me gustan las *salas de conversación*, en realidad no son más que garitos, pero de lujo y legales, donde los asistentes pretenden disimular su pasión por el

juego haciendo que se entretienen inventando adivinanzas, participando en rifas, bailando, practicando el galanteo y despellejando a los ausentes. Las salas son lugares públicos, puede acudir cualquiera siempre que tenga el aspecto adecuado, y para eso hace falta dinero. Mucho dinero.

Guardé la carta en el puño del jubón y volví a echar un vistazo a la bolsa. Iba bien provista, de sobra para ropa nueva y el alquiler de una silla, y aún sobraba para mantenerme unos cuantos días, incluso para soltar un incentivo a don César Memelosa.

Muy bien, me dije, la cita es mañana al atardecer, tengo tiempo de sobra para hacer las compras y pensar alguna historia. ¿Qué le voy a decir? ¿Que su tía murió desangrada por torpe?, ¿que tenía unas fuentes y ella misma se las descubrió?, ¿que tal vez alguien le retiró las placas sin que se enterara? Debería empezar por saber algo más de la señora... ¿Qué dijo Fadrique?, «habla con su doncella, lo que ella no sepa...» No es mala idea, pensé, aún es pronto para ir a casa de Lope, y a esta hora, si hay un figón cerca del palacio de Hornacho seguro que encuentro a algún criado almorzando a quien pueda hacer unas preguntas. Qué hambre. Me comería una empanada de burro. ¿Llevará escote mañana la condesa? ¿Quién coño es el del pelo blanco?



Con paso firme me encaminé hacia el palacio de Hornacho, pero hice una parada en la oficina de postas para preguntar si habían recibido algo a mi nombre procedente de Tarragona. La luz del sol llegaba filtrada por nubes de tormenta. El bochorno empezó a ser sofocante. El tipo del mostrador se tomó su tiempo, pero al final volvió con una carta de Federico Velasco. Pagué el cuarto de porte y la abrí sobre la marcha. Empecé a sudar copiosamente.

Federico me contaba que hacía más de un año que la imprenta de Felipe Roberto había cerrado por quiebra y su dueño se había esfumado (siempre es bueno desaparecer cuando las deudas se acumulan). Otro callejón sin salida. Sorprendía la habilidad con la que había actuado el tal Avellaneda borrando sus huellas desde el principio, como si esperara que alguien fuera a ir en su busca. Había falsificado las firmas de licencia y tenido la precaución de utilizar el nombre de un editor que ya ni siquiera existía. Aquello sí que era increíble. ¿Por qué Avellaneda había tomado tantas precauciones para hacer algo que ni siquiera era delito? ¿Acaso había previsto el vendaval que iba a levantar? Hasta el momento todas las pistas acababan en nada, cada sospechoso negaba su implicación e insinuaba la de los demás. Empezaba a sentirme como un juguete en manos de demasiada gente. Sin embargo, una cuestión seguía obsesionándome: fuera quien fuese, ¿por qué había esperado diez años? Ante este interrogante el único sospechoso que tenía alguna razón para seguir en pie era el duque de Osuna o su entorno, y de estar en lo cierto, como decía Góngora, Quevedo no era mal candidato. Pero había un problema. Quevedo estaba en Sicilia con el duque, por mucho que deseara lo contrario el marqués de Barcarrota.

En cuanto llegué al palacio de Hornacho busqué una buena sombra y me aposté ante la puerta de servicio. Había pasado la hora normal de comer de la gente, pero es de sobra conocido que los criados no son gente, son criados y suelen comer más tarde que nadie. Ya sabe que en la Corte está prohibido, y es castigado con multas elevadas, acaparar o almacenar alimentos, así que en los palacios sólo comen los señores. En casi todas las casas se hace la compra a diario calculando escrupulosamente lo que se va a consumir, incluido el aceite de las lámparas, en parte por cumplir la ley, en parte porque todo lo que sobra lo hacen desaparecer los criados. Sea como fuere, lo habitual es que éstos coman tarde, por turnos y en algún local cercano a su lugar de trabajo.

Tuve suerte. Al poco rato un muchacho salió con prisa, lo seguí y lo vi entrar en un figón de la manzana siguiente.

Me acerqué a echar un vistazo.

Estaba bastante oscuro (el local era un semisótano). Pedí un aguardiente al mesonero y me puse a observar a la parroquia. Reconocí al chico entre un grupo de personas, algunas comiendo, otras fumando satisfechos con la barriga llena. Seis en

total. Cuatro hombres, dos mujeres. Uno de ellos tenía una cara extraña, dura, ésa fue la sensación que me dio. Pedí entonces una empanada de salmón para matar el hambre y me puse a pensar el modo de entrarles con naturalidad. Aún no había decidido nada cuando el de la cara extraña me hizo señas de que me acercara. Miré a los lados para asegurarme de que era a mí a quien se dirigía, y al fin me aproximé con paso titubeante. En cuanto estuve lo suficientemente cerca me di cuenta de que aquel tipo llevaba la cara semicubierta por una máscara que le tapaba la nariz y la parte derecha del rostro.

—¿No me recuerdas? —dijo con un tono apagado y lejano al tiempo que me tendía la mano.

Se la estreché por cortesía mientras negaba con la cabeza.

—Soy Domingo. Domingo Hernando.

Me sobresalté. Domingo había sido camarada mío en Ostende hasta que un disparo de arcabuz le arrebató el rostro. Desde entonces no lo había vuelto a ver. De hecho, lo había dado por muerto. Hay heridas a las que es mejor no sobrevivir, pero aquel desgraciado había tenido mala suerte.

—Claro —respondí intentando ser natural.

Nos estrechamos las manos.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas?

—Sigo con lo mío. ¿Recuerdas que en el tercio trabajaba en bastimentos? Ahora soy dispensero del señor marqués de Hornacho. De algo tenían que servirme los números.

—Me alegro mucho, es un buen puesto —dije por decir algo—. He oído que el marqués es muy generoso.

—Lo es. El pagó mi cara. Le caí en gracia.

Observé la talla de cerca. Era un trabajo fino, obra de un artista, nada que ver con las prótesis de carpintero. Aquel rostro había sido tallado y policromado con primor. Claro, que no guardaba parecido alguno con el original. Domingo tenía la nariz ancha y con caballete, y la nueva era recta y fina, más propia de una Verónica que de un mosquetero. Pero eso era lo de menos.

—¿Y qué ha sido de ti?

—Corrijo pruebas de imprenta, escribo gacetillas... Lo que puedo.

—No está mal —murmuró a la espera.

Me sabía descubierto, así que decidí enseñar mi juego. No tenía nada que perder.

—He venido siguiendo al chico.

El muchacho dejó de comer y me miró sobresaltado. Luego miró a los demás dispuesto a defenderse no sabía de qué. Domingo le puso la mano en el hombro y le indicó con un gesto que siguiera a lo suyo y no hiciera caso de mis palabras.

—Vigilaba la casa del señor marqués con la esperanza de hablar con alguien de dentro. Si llego a saber...

—¿Quién te envía?

—Nadie. Lo hago por mi cuenta.

Todos se quedaron en suspenso. Debían de pensar que aún tenía algo que decir.

—La condesa de Cameros cree que yo tuve que ver con la muerte de la señora marquesa —me vi forzado a confesar—, y me gustaría desengañarla —añadí.

—¿Tuviste algo que ver?

—No, nada. Te lo aseguro.

—Está mintiendo —dijo uno de los fumadores—. Es el que regenta el garito de Robles.

Miré hacia la esquina y reconocí, agazapado tras una densa nube de humo, al lacayo que acompañaba a la marquesa el día que la vi por primera vez. Recordaba su cara llena de cicatrices.

En su momento pensé que eran marcas de viruela, pero visto más detenidamente se apreciaba que más que hoyos (como suelen ser las marcas que esa enfermedad deja a sus supervivientes), se trataba de líneas bien definidas. Alguien se había entretenido en acuchillar meticulosamente a aquel tipo.

—Yo regentaba el garito —reconocí—, pero tú la llevaste allí a jugar.

El fulano se encogió de hombros. Mi acusación no le amedrentó en absoluto, así que todos los presentes debían de conocer la afición de la señora por los naipes.

—Yo obedecía órdenes.

—¿De tu señora o de Robles? —pregunté. Tal vez fuera demasiado arriesgado, no tenía ninguna prueba para relacionar una cosa con la otra, en realidad lo dije para molestarlo un poco, nada más, pero el tipo saltó como si de pronto se hubiera incendiado su silla.

—¿Qué quieres decir? —casi gritó, y yo tuve la certeza de haber dado en el blanco.

—Donahue —dije pensando en voz alta—. Yo he visto antes marcas como ésas que llevas en la cara. Son adorno de los *ciertos* a los que se sorprende haciendo trampas. ¿Qué ocurrió? Conocías al irlandés, ¿verdad? Fuiste tú el que le avisó de dónde pensaba ir la marquesa. No fue casualidad que apareciera ni que tú dejaras que la desplumaran.

—¡Eso es mentira! —dijo con desgana.

—Tu cara habla por ti.

—¿Qué sabes tú de mi cara?

—Nadie con esas marcas es admitido en una mesa de juego, pero siempre hay un modo de ser fiel a los antiguos socios, ¿verdad?

El tipo se puso en pie, me miró con desprecio y salió renqueando del bodegón. El resto de los presentes se miraron unos a otros indecisos. Parecía que no habían entendido lo que acababa de pasar.

—¿Ya no trabajas para Robles? —me preguntó entonces Domingo.

—Sí, aunque no en el garito. Debes creerme, no sé lo que ha pasado. Hace más de una semana que no lo piso.

—Si trabajas para Robles, trabajas para Robles. En eso no puede haber medias tintas —dijo otro de los varones.

—¡Ese hijoputa ha matado a mi señora! —gritó de pronto la muchacha con voz chillona.

Las dos mujeres de la mesa estaban tan pegadas una a la otra, que parecían estar dándose calor. Una era de mediana edad, de unos treinta o así, con los pómulos muy marcados y sombra de bigote. La otra no llegaba a los veinte y tenía los ojos claros y la cara redonda.

—¿Te refieres a Robles? ¿Por qué dices eso?

—Está bien claro. Ha sido él y los otros de su calaña —sentenció la mayor.

—Según tengo entendido nadie ha hablado de asesinato.

—Tal vez no la mataran con sus manos, pero la señora ha muerto por su culpa, que a la postre es lo mismo.

—¿Y qué motivos tendría él para matarla?

—A la señora le gustaba jugar.

—Menor motivo. Muerta no le sirve de nada.

—Sabe lo que quiero decir.

—¿Quieres decir que la marquesa se quitó la vida abrumada por las deudas de juego?

—¡Mi señora no se quitó la vida! Fue un accidente —dijo la mayor con un fuerte acento extremeño.

—¿Diría entonces que se despistó por las deudas y se abrió las fuentes en un baño de agua caliente?

—La señora era aficionada al juego —comentó Domingo—, pero durante su estancia en el campo parecía haberse tranquilizado.

—¿Vivía en el campo? —pregunté—. ¿Por gusto propio?

—Más bien por indicación del señor.

—Comprendo. En el campo no tendría con quién jugar.

—¡Oh, sí! Recibíamos visitas casi todas las semanas, y jugaban, pero era otra cosa. Hace un mes volvimos a Madrid. Estuvo diez o quince días sin salir de casa, pero luego no pudo soportarlo más. Dijo que su suerte había cambiado, que ahora todo sería más fácil, que había aprendido mucho.

Esa historia me era de sobra conocida.

—¿Cuando se retiró al campo fue por deudas?

—No lo sé. Nosotras entramos a trabajar entonces. Creo que las antiguas camareras habían enfermado.

—Las envió el señor a su pueblo —puntualizó Domingo.

—¿Las despidió?

—Al contrario. Creo que las dotó para que se casaran y les dio unas granjas en aparcería.

—Entonces, vosotras sólo habéis trabajado para ella durante el último año.

—Sí —respondió la extremeña. La otra se limitó a agitar la cabeza.

—¿Y en este tiempo no habéis observado nada especial que hiciera prever este desenlace?

—No. Bueno, si le digo la verdad, hace una semana pasó algo raro. La señora le regaló un collar de oro —dijo la jovencita señalando a la otra con el pulgar—. Me sorprendió, no es un regalo que se haga a una criada, pero la vi contenta y supuse que celebraba algo.

—Cuéntalo todo —saltó la otra—. A ti te regaló unos pendientes de perlas.

—Natural, yo tenía más trato. Prefería que la vistiera yo —dijo la joven con los ojos llorosos.

—¿Por qué una mujer de su calidad acude a un garito como el de Robles? — pregunté rápidamente temiendo que se enzarzaran en una disputa.

—Le gustaba variar. Iba a muchos —dijo la mayor.

—Y lo de las fuentes... —me aventuré a preguntar—: ¿Estaba enferma la señora marquesa?

—No creo que eso importe ya.

—Tal vez su muerte esté relacionada con su estado de salud —insistí—. Tal vez sufriera dolores insoportables, calambres, úlceras...

—No tenía una salud muy fuerte, pero tampoco padecía grandes sufrimientos. Algunos días tenía mareos, sofocos, náuseas, dolor de estómago. Otros simplemente no se encontraba bien, estaba lánguida y desganada. A veces, cuando me levantaba al amanecer para ir a avivar la candela de su habitación, la encontraba despierta, acurrucada en una silla y liada en mantas. Podía pasarse así horas enteras, con una aplastante sensación de aburrimiento, sin ganas de lavarse la cara ni de peinarse.

—Pero no era siempre igual —intervino la otra—. Había veces en que saltaba a la mínima, no había quien la parara, parecía un rabo de lagartija, irritable, inquieta, agitada, ésas eran las ocasiones en que necesitaba jugar. Jugar la calmaba un poco.

—Perder la calmaba un poco —puntualizó la otra.

—De todos modos por eso volvimos a la ciudad.

—¿Para que jugara?

—Para que estuviera cerca de su médico y que la pudiera visitar todas las semanas.

—¿Quién era su médico?

—Don Gaspar Lanzueta.

A ése lo conocía. Hacía poco le había ayudado a levantar a uno de sus pacientes del suelo. En cuanto me dijeron dónde vivía, llamé al figonero y le pagué la comida de todos sin que ellos hicieran ni amago de detenerme. Lo hubiera pagado igual, pero siempre gusta que te lo peleen un poco. En fin, estreché la mano de mi ex camarada y prometimos encontrarnos pronto los dos solos para recordar nuestro paso por la milicia. Ambos sabíamos que nunca nos volveríamos a ver.

Antes de salir estuve un buen rato mirando calle arriba y abajo desde el umbral del figón en busca del tipo del pelo blanco. No vi nada raro ni a nadie sospechoso o con pinta de esperarme, así que eché a andar. Pero al doblar una esquina, volví a sentir su presencia. Tal vez fuera sólo aprensión, reconozco que no lo vi, pero por si acaso alargué el paso para llegar a casa de Lope cuanto antes. Llamé un par de veces, siempre con un ojo en la calle, en guardia. Me abrió la vieja criada y me dijo que el maestro estaba trabajando y había dado orden de no ser molestado. Aun así, le pedí que me dejara entrar. Ella me observó de arriba abajo, no debía de tener yo muy buena cara, dudaba.

—¿Y Candil? —pregunté—. ¿Tampoco puedo hablar con él? Candil me conoce.

—Salió temprano esta mañana. Quién sabe dónde para.

—Iría a hacer algún encargo para el maestro.

—Es posible.

—Igual que yo —dije muy serio—. Vengo a traerle lo que me encargó.

Volvió a mirarme con desconfianza.

—Démelo a mí. Yo se lo entregaré, pierda cuidado.

—No es posible —dije dándole golpecitos en la cabeza con el índice—, es un asunto personal.

Catalina me miró con hastío.

—Vamos, ¿no me recuerda? Estuve aquí hace un par de días. Le aseguro que lo que vengo a decir a don Lope es de su mayor interés. Déjeme quedarme hasta que salga el maestro, le prometo que no notará mi presencia.

Un bebé empezó a llorar en el piso de arriba. La vieja criada alzó los ojos al cielo, al tableado del techo, mejor dicho, y me indicó con un gesto la banca del zaguán. Yo me senté obedientemente, me puse el sombrero sobre la rodilla y me arrellané preparándome para una larga espera. Tan pronto se fue la vieja cerré los ojos. La cabeza me pesaba. Me hubiera venido de perlas descabezar un sueñecito, pero no encontraba postura. Al contrario. De pronto sentí una quemazón enervante en el sieso, una punzada que se pasó pronto tal y como había venido, pero que me impulsó a ponerme en pie y pasear. Fui de aquí para allá curioseando los rincones, de la puerta del jardincillo a la de la calle y la escalera. Una de las veces que me asomé al jardín vi a don Alonso de Contreras sentado en un banquito con la pared de hiedra de respaldo. Me sorprendió no haberlo visto antes, pero estaba en un rincón en el que era fácil pasar desapercibido. Él tampoco parecía haberse percatado de mi presencia, ensimismado como estaba en la lectura de un manuscrito, pero fue verle yo y alzar él la cabeza.

—¡Don Alonso! —exclamé un poco azorado.

Supongo que es normal que me sintiera cohibido después de nuestro último

encuentro. Procurando aparentar naturalidad, di un paso al frente y doblé el espino al tiempo que barría el suelo con el ala del sombrero. Don Alonso se puso en pie y me devolvió el saludo, aunque con bastante menos ceremonia.

—Don Isidoro... ¿Viene a visitar al maestro? —preguntó en tono neutro.

—Sí. ¿Recuerda lo que hablé con don Lope el otro día? El día que no vine...

Forcé una sonrisa, pero él no me siguió.

—Sobre don Rodrigo Téllez y todo eso —aclaré—. No, usted llegó más tarde... Pues creo que he dado con la solución del problema, una idea magnífica.

—No creo que a don Lope le hagan falta sus ideas.

—Desde luego que no —reconocí con modestia—, pero no le hará mal escucharme un momento. Y si de ahí saca algo...

Nos quedamos unos segundos en suspenso, indecisos sobre cómo actuar a continuación. Don Alonso parecía ansioso de volver a su lectura, lo que quería decir que yo debía retirarme de nuevo al zaguán. Sin embargo, antes de irme se me ocurrió que aquél era el hombre idóneo para aclarar los puntos oscuros de mi conversación con fray Melchor.

—Disculpe, don Alonso —dije en tono respetuoso—, ¿me permite que le haga una pregunta sobre su experiencia de soldado?

Contreras se volvió a sentar, dejó a un lado los papeles y cruzó las piernas. Sin que nadie me invitara, lo imité. Él respiró soplando un poco, casi silbó unas notas. Parecía dispuesto a complacerme resignado, un poco por obligación, pero los ojos le brillaban y yo detecté que en el fondo agradecía la charla.

—Verá, don Alonso, tengo entendido que estuvo usted destinado en Malta y que allí combatió a turcos y berberiscos.

El asintió en silencio.

—Los llamaban *levantes*, creo.

—Yo era capitán de fragata y contaba con licencia y patente de corso concedida por el virrey.

Ahora fui yo el que asintió.

—He oído hablar mucho de los *levantes*.

—Casi todo cierto, se lo aseguro. Éramos la frontera, la plaza más adelantada de la cristiandad, exceptuando Chipre. La vida es difícil en esos puestos. Y corta.

—Salvo para los venecianos. Ellos parecen surcar con naturalidad esos mares.

—Los venecianos son medio turcos. No son de fiar.

—Verá, lo que me gustaría saber es cuál es el trato que dispensan los turcos a los prisioneros.

Contreras pareció confundido. La pregunta le debió de parecer totalmente absurda.

—No sé...

—Me refiero, por ejemplo, a si son frecuentes las torturas o las ejecuciones.

—Hombre... depende de la calidad del preso. A los prisioneros importantes, de los que esperan sacar rescate, los mantienen en puerto guardados en recintos cerrados o en



baños que acondicionan para tal fin. A los otros los meten y sacan a galeras, a trabajos de estiba, o a lo que sea.

—¿Y los que intentan fugarse?

—Se juegan la vida, claro. Pero eso es igual en todas partes. ¿Usted no sirvió en Flandes?

—Sí, sí, pero he oído cosas que no he visto en Flandes.

—¿Como qué?

—Pues la costumbre de arrancar orejas y nariz a la mínima ocasión.

—¡Huy! Y aun a los muertos.

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Una vez echamos el ancla cerca de puerto Solimán para rellenar los barriles de agua, con tan mala suerte que nos vieron y nos prepararon una emboscada. La cala donde paramos era pequeña, así que pudimos hacernos fuertes en un recodo de la playa. Por la noche enterramos a nuestros muertos en la arena, y al amanecer descubrimos que estaban otra vez fuera y que les habían cortado narices, orejas y hasta les habían sacado el corazón.

—¡Dios! ¿Pero qué sentido tiene eso?

Contreras se encogió de hombros.

—Intenté comprarles los despojos, pero no quisieron. Gritaban que iban a Meca, y que era un regalo para su profeta.

—¿Y usted qué hizo?

—En la refriega del día anterior habíamos capturado a dos prisioneros. Los hice alzarse sobre el parapeto y allí, delante de todo el mundo, les corté las orejas y las narices y se las arrojé a sus amigos diciendo que las llevaran también de mi parte. Luego embarcamos, y antes de izar el ancla até a los prisioneros espalda con espalda y los arrojé al mar a la vista de sus familias.

No supe qué decir. Don Alonso sonreía.

—La debilidad se paga —añadió—. Como la pagamos en la Mahometa. Triste jornada aquella.

—¿No fue allí donde murió el Adelantado de Castilla?

—Él y mil doscientos hombres más, la infantería de diez galeras.

—¿Qué ocurrió?

Contreras respiró hondo.

—Saltamos a tierra al amanecer, caímos sobre la ciudad y la tomamos sin problemas. Asaltamos los baluartes, degollamos a los vigías, abrimos las puertas, controlamos la marina. Todo rápido y fácil. Eso hizo que nos confiáramos. Los hombres se desperdigaron en busca de botín, se entregaron al pillaje, alguien tocó retirada, nadie sabía quién ni por qué ni dónde estaban los demás. Entretanto se había levantado un fuerte viento y las galeras se alejaron para impedir que el oleaje las echara contra las escolleras. Con la alegría de la victoria se nos olvidó retirar las escalas de la muralla, y por ellas subió la morisma que estaba en los campos de alrededor y que había sido

alertada del ataque. Los hombres, desperdigados y cargados con el producto del saco, fueron cayendo uno a uno. Casi sin darnos cuenta fueron degollados más de cuatrocientos, y los demás corrimos en desbandada hacia la marina. Tampoco habíamos inutilizado ni desmontado la artillería de los baluartes así que, una vez los recuperaron, la volvieron contra nosotros. Pareció que se abriesen las puertas del infierno. Los que no se desnudaron para llegar a los barcos a nado se los tragó el mar. Los pocos esquifes que habían quedado estaban abarrotados, y en cada uno dos hombres armados con hachas se encargaban de cercenar las manos de los que se asían desesperados a sus bordas. A pesar de esas precauciones uno de ellos zozobró y se fue al fondo con toda su carga. A otro, encallado en un banco de arena, se llegaron seis turcos y degollaron a sus ocupantes sin que ninguno ofreciera la más mínima resistencia. Yo asistía atónito a todo aquello con la sensación de estar sufriendo un castigo divino, una pesadilla de la que no lograba despertar. Nosotros pasábamos del millar y ellos no llegaban al centenar de hombres, pero nos hicieron pedazos. Cogieron treinta o cuarenta prisioneros, nada más. A los muertos los decapitaron. Como la mayoría llevaba el pelo largo a lo soldado, trenzaron las cabezas en ristras y se las colgaron a los vivos. Luego, les pusieron en cada mano una media pica con otra cabeza hincada en la punta, y así los llevaron andando hasta Túnez, donde hicieron Su entrada triunfal. Tragué saliva. La expresión de don Alonso no había cambiado, no era del tipo de hombre que se crece al narrar sus aventuras, al contrario, daba sensación de parquedad en los detalles, de no conceder importancia a los hechos por muy sorprendentes que parecieran a los demás. De tener razón Cervantes, aquél era motivo más que suficiente para que Lope lo tuviera en tan alta estima, un veterano en mil batallas, un digno exponente de todo lo que él hubiera deseado ser.

—¿Y son especialmente crueles con quienes encabezan un intento de fuga?

—La costa de África está llena de empalados que fracasaron en sus intentos de fuga. A veces se les puede ver desde la cubierta de los barcos.

—¿No hay excepciones?

—Siempre hay excepciones. Quién sabe. Unos tienen más suerte que otros. Una vez hicimos una incursión en tierra y raptamos a la quiraca de Solimán de Catania, un renegado que nos hacía bastante daño con sus saqueos en la costa de Nápoles. La mujer era una húngara preciosa, todo hay que decirlo. El tipo aquel pensó que yo había sacado partido de la muchacha, y tenía razón, pero eso él no podía saberlo. Juró que si me atrapaba haría que seis de sus esclavos negros me rompieran el culo y luego me haría empalar. Yo me vine a España y no volví a saber nada de él, pero mi piloto tuvo peor suerte. Un mes después de mi partida su fragata fue abordada por Solimán. Delante de todos ordenó que lo desollaran vivo. El hijo puta no se perdió ni un grito. Luego arrojó el cuerpo a los tiburones, relleno el pellejo de paja y lo llevó colgado del bauprés hasta Estambul. Ya ve. El pagó por mí.

Oímos abrirse una ventana del piso de arriba, la misma por la que me había descolgado yo la otra tarde cuando la visita del duque de Sessa.

—Don Isidoro, qué sorpresa —dijo Lope asomando la cabeza—. Me había parecido oír voces, pero no sabía de quién se trataba.

—Lo siento, no quería molestar. Su criada me ha dicho que estaba trabajando y que no se le podía interrumpir, pero me he tomado la libertad de convencerla de que usted estaría encantado de verme hoy.

Lope alzó las cejas poniendo cara de sorpresa.

—¡No me diga! Venga, suba al despacho. Ando un poco apurado, pero le doy cinco minutos para alegrarme la tarde. Alonso, no te importa que te prive un rato de tan buena compañía, ¿verdad?

—Podré soportarlo —contestó Contreras con un deje socarrón.

—Don Alonso —dije muy convencido antes de abandonar el patio—, debería usted escribir sus memorias.

Subí corriendo las escaleras y me encontré con Lope en el pasillo. Me indicó que entrara en su despacho y tomara asiento mientras él atendía un asunto. Llevaba unos papeles en la mano. Le oí preguntar por Candil y dar órdenes a Casilda. Sobre su mesa había un montón de cartas con anotaciones al margen del duque de Sessa indicando el tono que debían llevar las respuestas. En dos de ellas, junto al encabezamiento, ponía: «Despedida.» En cuanto sentí venir al maestro me senté y me puse a mirar al techo.

—¿Y bien, cuál es la razón por la que debo regocijarme? —preguntó nada más entrar.

—He reflexionado mucho sobre la historia de don Rodrigo Téllez Girón —dije satisfecho.

Lope no contestó. Tenía cara de cansado, y el que yo sacara ese tema pareció desconcertarlo.

—Ésa era mi parte del trato, ¿recuerda?

—¿Qué trato? —preguntó arrugando el ceño.

—El que hicimos hace unos días, que yo le ayudaba con su obra sobre Osuna y usted a mí con Avellaneda.

Lope me miró con desconfianza, pero no lo negó. Tal vez no se acordara de haber hecho un trato conmigo (de hecho fui yo el que lo dije todo), pero debía de estar atascado en el asunto de Osuna porque me pareció dispuesto a escuchar. Desenrosqué el cañón de lata de mi tahalí y saqué los papeles que había preparado en el convento de los mercedarios. Por supuesto ese detalle me lo callé, no fuera a sospechar algún enredo con fray Gabriel y se negara a oír mi propuesta.

—En primer lugar —dije con seguridad—, me gustaría dejar claro el punto de partida. Según he creído entender se trata de neutralizar un posible cargo de traición a la Corona por parte de Rodrigo Téllez Girón, ¿correcto?

Lope asintió.

—Lo cual es difícil porque... ¿puedo hablar con sinceridad?

—Desde luego.

—Pues porque es verdad. Don Rodrigo, gran maestro de la Orden de Calatrava y antepasado de nuestro duque, siguiendo el consejo de sus parientes, el marqués de Villena y el conde de Ureña, cometió el error de tomar partido en la lucha por la corona de Castilla por doña Juana la Beltraneja y su esposo don Alfonso de Portugal en contra de los Reyes Católicos. Y lo que es peor, se significó en la lucha, ya que fue él, al frente de sus caballeros, quien tomó Ciudad Real a sangre y fuego y ordenó la posterior purga de sus enemigos.

—Por suerte para su Casa, se dio cuenta de su equivocación y acabó cambiando de bando —dijo Lope frotándose suavemente los lagrimales.

Ese comentario me hizo sospechar que Lope debía de estar trabajando ese momento concreto de la historia, el retorno del hijo pródigo, más amado en tanto que se había perdido y había sido recuperado. Tal vez fuera buena idea, pero la mía era mejor.

—Para sumarse a los vencedores —dije maliciosamente—. Así contado tampoco parece muy digno. En cualquier caso, tardó en darse cuenta de que estaba en el bando equivocado.

—Al menos murió luchando contra los moros en Loja al servicio de la reina Isabel.

—Eso está bien, pero sucedió mucho después. Lo que preocupa a don Pedro es lo anterior.

Dejé pasar unos segundos antes de proseguir.

—Y yo creo haber encontrado la solución —afirmé rotundo.

Lope me miró tranquilo, sin inmutarse. Su mirada se escapaba una y otra vez hacia el montón de papeles que había sobre la mesa. Era evidente que tenía muchas cosas que hacer, y temí que se impacientara si alargaba más mi preámbulo.

—Lo que hace falta es alguien a quien echar la culpa de todo eso, liberando de responsabilidad a don Rodrigo.

—¿Y lo ha encontrado? —preguntó escéptico.

—He tenido ocasión de consultar la *Crónica de las Tres Órdenes* de Rades y Andrada y he leído con especial interés todo el periodo del mandato de don Rodrigo. Durante el mismo, ocurrió un hecho muy curioso.

—¿La guerra civil le parece un hecho curioso?

—Fuente Ovejuna —dije.

—¿Cómo?

—Fuente Ovejuna. Es un pueblo de Córdoba. En Fuente Ovejuna asesinaron a un comendador de la Orden de Calatrava, un tal Fernán Gómez de Guzmán, al que los naturales acusaban de cometer desmanes.

—¿Qué tipo de desmanes?

Revisé mis papeles para ver si había alguna nota específica, pero no encontré nada.

—Se habla de «agravios», «robo de hacienda», cosas así. El caso es que el pueblo no lo pudo soportar más, asaltó el palacio y lo asesinaron. Lo degollaron. Se ensañaron, en realidad. Primero lo acuchillaron en sus estancias, luego lo arrojaron por la ventana sobre las picas de los que aguardaban abajo, le arrancaron los pelos y los dientes con los pomos de las espadas, lo arrastraron hasta la plaza y luego allí lo despedazaron entre todos, mujeres y niños incluidos.

—Muy grandes debieron de ser sus crímenes.

—No lo creo. Al menos no para merecer semejante castigo. La saña de la chusma... una muerte horrible.

—Seguramente estaría muerto antes de que lo lanzaran por la ventana.

—Según Rades aún estaba vivo mientras lo arrastraban hasta la plaza y un grupo de mujeres empezó a tocar panderos y sonajas para regocijarse de su final.

—¿Cómo acabó todo? —preguntó Lope interesado.

—Eso es lo más interesante. Los reyes mandaron a un pesquisidor a interrogar a los lugareños, pero de ninguno, ni siquiera bajo tormento, sacó otra respuesta que «Fuente Ovejuna lo hizo», y cuando preguntaba quién era Fuente Ovejuna le respondían que todos los vecinos de la villa. Al final los reyes Isabel y Fernando, a quienes se informó de los desmanes del comendador, decidieron dejar el asunto sin averiguar.

—Una historia muy curiosa, procuraré leerla, pero... ¿dónde encaja nuestro don Rodrigo?

—Se me ocurre que bastaría con ajustar un poco los hechos. Estará de acuerdo conmigo en que la historia está al servicio de la poesía, y no al revés.

—Creo haber dicho eso en algún sitio.

—Muy bien. Para exculpar a don Rodrigo alguien tiene que cargar con el mochuelo, y yo creo que el comendador de Fuente Ovejuna es el malo perfecto. En primer lugar hay que dejar muy claro que era un tirano. Tiene que hacerlo odioso al pueblo, y para eso lo mejor es que viole a una muchacha honesta. Usted mismo lo ha dicho, los casos de honra mueven fácilmente a la gente. De hecho, ya lo ha ensayado en Peribáñez y funciona bastante bien. No hay nada que irrite más al vulgo, y eso nos interesa. Pero eso no sería suficiente para que al final los reyes dejaran al pueblo sin castigo.

—Desde luego suena muy raro que los reyes no castiguen el salvaje asesinato de un comendador de la Orden de Calatrava.

—En efecto. Para completar el cuadro de tirano y violador, sus actos deben constituir también una traición a la Corona, y en ese sentido se me ha ocurrido que podría convertirlo en inductor y protagonista de la toma de Ciudad Real. De hecho, una de las acusaciones que se le hacen al comendador es la de mantener en la villa hombres de armas del rey de Portugal.

—¿Son hechos coetáneos?

—No, la toma de Ciudad Real tuvo lugar dos años antes del asunto de Fuente Ovejuna, ¿pero eso quién lo sabe? ¿A quién le importa?

—Es forzar demasiado...

—Fíjese en las ventajas. Si el comendador actúa de inductor, se eliminan de la escena a los familiares de don Rodrigo, que fueron quienes en verdad actuaron como tales, y se hace al comendador traidor a la Corona, lo que posibilita luego que los reyes sean indulgentes con los aldeanos.

—¿Y el maestro? —preguntó interesado.

—Ya lo he pensado. Bastarán un par de detalles. Lo primero es dejar caer que vive en la fortaleza de Calatrava en austera vida conventual en vez de en el cómodo palacio de Almagro. De ese modo queda claro que estaba aislado de sus parientes y por tanto su error es más comprensible, máxime cuando se sepa que era un muchacho de corta edad. No olvidemos que cuando arrasó Ciudad Real, don Rodrigo apenas tenía dieciséis años. Es muy importante recalcar este hecho, que salga en la obra el tema de su extrema juventud, de su inexperiencia, y que al final veamos cómo se da cuenta de que ha sido

utilizado en contra de su verdadero sentir, que era el de apoyar la justa causa de Isabel. De ese modo quedan exonerados él y su familia, y toda la responsabilidad, tanto social como política, recae sobre el comendador.

Lope escuchaba totalmente concentrado, parecía analizar cada palabra, cada gesto. No cabía duda de que había captado su atención.

—El episodio de la muerte es demasiado sangriento —comentó hablando para sí.

—Elimine en lo posible la parte de la fiesta, la celebración, la orgía de sangre. La ejecución del comendador se debe ver como un acto de justicia, no como un esperpento de carnaval. De este modo se puede absolver al pueblo, pero, eso sí, recalcando lo injusto de su proceder porque el poder es patrimonio del rey.

Me callé. Ya estaba todo dicho, no se me ocurría nada más que añadir. Lope se me quedó mirando. Poco a poco asomó una sonrisa a su rostro. Estaba contento.

—Don Isidoro, ¿quiere beber algo? —preguntó en un tono expansivo.

—No, muchas gracias. Debo irme. Aún hay algo que debo hacer antes de que acabe el día. Tengo que encontrar a un médico.

—¿Está enfermo?

—No, es por una amiga.

Me puse en pie. Me sentía satisfecho, Lope me había escuchado hasta el final y además estaba claro que le habían gustado mis ideas. Yo más no podía hacer.

—Entonces, nuestro acuerdo... —me atreví a preguntar.

—Le aseguro que yo no tengo nada que ver con Avellaneda —dijo muy serio—, pero lo indagaré. Cuento con ello.

Le tendí mi mano por encima de la mesa, y él me la estrechó con fuerza.

—De todos modos —añadió medio en serio medio en broma—, no descuide usted en su búsqueda a un esposo o a un padre malhumorado.

—¿Y eso?

—¿No le llama la atención el que algunas obras de Cervantes traten sobre un viejo enamorado de una inalcanzable jovencita? Este don Miguel... aún puede darle una sorpresa.

Don Gaspar Lanzueta vive frente al convento de la Merced, de espaldas al de la Santísima Trinidad. La casa es fácilmente reconocible porque las rejas de sus balcones guardan unas cristalerías emplomadas con vidrios de colores que forman el escudo de Burgos, de donde es natural.

Con estas señas en la cabeza bajaba yo por la calle de Toledo cuando en la esquina de la calle de la Compañía de Jesús, a la sombra de los muros que guardan el Imperial Colegio de los Jesuitas, me encontré al mismísimo don Gaspar manteniendo una discusión con dos tipos que intentaban cargar en un carro a un burro muerto.

—¡Pero qué hacéis insensatos! —decía el científico—. ¿Quiénes os habéis creído que sois para privar a Madrid del beneficio de esa podredumbre?

Don Gaspar estaba subido en su mula y hablaba con el brazo extendido, como si lo hiciera desde un pulpito.

—Oiga, señor médico —respondió uno de los hombres—. Si tiene algo que decir dígaselo a su excelencia el señor duque de Alba, que a él servimos. Su excelencia acaba de pasar por aquí y le ha molestado el olor de esta bestia muerta, ¡qué quiere que le diga!

—Así van los pueblos. ¿Su excelencia ignora que el aire de Madrid es tan puro que si no fuera por esas inmundicias que lo neutralizan moriríamos todos con los pulmones abrasados?

—No soy yo nadie para decir lo que sabe o no sabe su excelencia —dijo el hombre descargando un puntapié en la tripa de uno de los cerdos que rondaban el cadáver.

El animal soltó un gruñido agudo y salió corriendo con el lomo arqueado.

—¡Pues me va a oír! Cuanto mejor es la calidad de la sangre, mayor es también la obligación de velar por la salud del pueblo.

—Si convence a su excelencia de que mande lo contrario... A nosotros...

Don Gaspar espoleó al mulo hacia el palacio del duque que estaba calle abajo mascullando palabras de desagravio. Yo me puse a su altura y, mal que bien, mantuve el paso.

—¿Don Gaspar, se acuerda de mí?

—Es indignante el poco respeto que hay a la salud pública. ¿De qué sirve dar unas normas? Estudios científicos, ¡científicos!, demuestran que Madrid necesita de las inmundicias arrojadas a las calles para ser una ciudad habitable, y ¿qué hacen los grandes? Se ríen de la ciencia. La ignoran. Incluso los hay que apoyan a los charlatanes que tienen el descaro de culpar precisamente a las inmundicias de las infecciones que asolan la ciudad sobre todo en estas fechas. Señor, Señor, pues si no fuera por ellas no sobreviviría nadie. ¿Cómo es posible que no se den cuenta? ¡Charlatanes!

Don Gaspar siguió hablando. A veces parecía que conmigo, pero en realidad lo



hacía solo. Yo creo que ni siquiera había reparado en mí. Llegamos frente a la puerta del palacio del duque de Alba y pasamos de largo sin que don Gaspar hiciera amago de detenerse. No es buena idea llevar la contraria a su excelencia, y don Gaspar, aunque parecía ido, no era tonto. Entonces intenté de nuevo captar su atención.

—Claro que le recuerdo —me dijo—. Usted es...

—Isidoro Montemayor.

—Montemayor. ¿Qué tal don Miguel? ¿Hay algún problema? Hasta mañana no tenía pensado volver a visitarlo.

—No, no. Vengo por otro asunto.

—¿Una consulta?

—No exactamente. Se trata de otro de sus pacientes.

—Si es una consulta tendrá que abonar su importe.

—Por supuesto —dije rebuscando en mi bolsa y tendiéndole dos monedas.

—Un momento. Las cosas como deben ser. Primero veamos al paciente.

—No, el paciente ha muerto.

—¿Entonces? A mí ya no me necesita, vaya a ver a un cura.

—Se trata de la marquesa de Hornacho.

Don Gaspar me miró con renovada atención.

—¿Es usted alguacil? No veo su vara.

—Ayudante —dije, aunque no especificué de qué.

—¿Qué tiene que ver la marquesa con don Miguel?

Empecé a ponerme nervioso. Aquello se estaba embrollando por momentos, y si me descuidaba acabaría por no saber ni para qué había ido a verlo.

—Con don Miguel nada. Mi presencia el otro día en su casa se debía a nuestra relación de amistad. Lo que ahora me trae ante usted es una investigación confidencial.

—Entonces está de más pagar la consulta. Estoy encantado de colaborar con la justicia.

Iba a explicarle que yo no representaba a la justicia, pero decidí hacerlo sólo si era imprescindible.

—Verá, según tengo entendido la marquesa murió desangrada en su bañera.

—Cierto.

—Y al parecer se desangró por unas fuentes que tenía abiertas en los muslos.

—Evidentemente.

—¿Pudo ser un descuido?

El médico miró a ambos lados, saltó de la mula y se puso a caminar a mi lado.

—¿Cree usted en la Providencia?

—Claro.

—Yo también, pero no creo que fuera un descuido. Hacía tiempo que le había abierto las fuentes y le tenía prohibido el baño, y menos con agua caliente.

—Se le pudo olvidar.

—Eso no se olvida. Se ve que es usted joven y no tiene ninguna fuente abierta. Le

aseguro que no se olvida.

—Entonces se suicidó.

El médico se encogió de hombros. Cada vez que se hablaba de suicidio alguien se encogía de hombros.

—¿Por qué le había recomendado usted que se abriera esas fuentes? ¿Qué mal padecía? ¿Era doloroso? ¿Era grave? ¿Algo que pudiera llevarla a tomar la decisión de... descuidarse?

—Caballero, esas cosas forman parte del secreto profesional. Yo no puedo violar la confianza de mis pacientes.

—Pero si está muerta.

—La persona sí, pero no su memoria.

—Mi intención es precisamente engrandecer su memoria.

—No veo en qué la puede beneficiar que se aireen sus males.

—Tal vez así se borre del todo la sospecha del suicidio.

El médico pareció calibrar mi argumento.

—De todos modos no está bien que yo hable de un paciente en particular, en mi profesión hay que ser cuidadoso con esos detalles, la intimidad de una dama, ya me entiende, mi código deontológico me impide...

—Está bien. Déjeme plantearle la cuestión de otro modo: si una mujer acudiera a su consulta aquejada de sofocos, mareos, languidez, dolor de estómago... ¿qué le diagnosticaría?

—¿De qué edad?

—Unos cincuenta.

—Con esos síntomas diría, sin temor a equivocarme, que la interfecta padece un trastorno melancólico. El gran maestro Hipócrates lo definió bien: *melaskhole*, *negrabilis*. Estudios definitivos demuestran que la bilis negra, uno de los cuatro humores cuyo dominio se alterna a lo largo de nuestra vida, es dominante en el periodo de madurez de las personas y se manifiesta con un ánimo sombrío que, en el caso de las mujeres, puede llegar a tener efectos devastadores.

Yo le miraba con admiración, con los ojos muy abiertos y asintiendo ligeramente a cada palabra para animarle a continuar.

—Mire —dijo en tono afectado—. Todos los meses las mujeres generan un exceso de sangre para compartirla con el bebé en el caso de ser fecundadas, y si su cuerpo ve frustradas sus expectativas, la elimina por su vía más próxima y natural.

Yo asentí circunspecto.

—Pero cuando las mujeres son mayores —continuó— se interrumpe ese ciclo. Y entonces, ¿qué pasa?

—¿Que no eliminan la sangre? —aventuré.

—¡Exacto! Y lo que no se elimina, se acumula. Sabemos por una larga experiencia que el exceso de sangre es causa de muchos desarreglos en el organismo, como los sofocos, desmayos, tristezas, melancolías, en fin, que para que el cuerpo retome su

estado natural...

—Es necesario eliminar esa sangre.

—Veo que es usted un joven despierto. Si los nuevos estudiantes de medicina fueran como usted, no habría tanto charlatán por ahí suelto.

Habíamos llegado a la puerta de su casa. El médico entró dejándome en la calle con la siguiente pregunta en la punta de la lengua. Debíó decidir que ya había colaborado bastante, y la verdad es que no me hacía falta saber más.

Le di las gracias por su ayuda, aunque creo que ni siquiera me oyó, y eché a andar diligentemente hacia el mercadillo de ropa de segunda mano donde compré un jubón, una camisa y una gola. A pesar de estar cayendo en desuso, la gola conserva un relevante papel protocolario. Todo el que la usa vocea su rancia estirpe, y a mí me hacía falta ese toque de seguridad y autoestima. Después compré algo de pan y queso en el mercado de la red de San Luís y me fui a casa a descansar. Aunque aún era temprano, no veía el momento de tumbarme y ponerme la última cataplasma de fray Melchor. Llevaba mucho rato deseando dejar de sentir los latidos de mi corazón en lugar tan poco idóneo.

Después de un día tan agitado, me vino bien contemplar el cuadro de paz y armonía que me encontré en el *zaguán* de casa. Casilda, sentada en una banqueta y la espalda contra la pared, daba de mamar a la recién nacida mientras su marido jugaba con el otro pequeño en brazos. El bebé mordía hasta la areola del pezón y hacía unos ruiditos que provocaban cosquillas en el oído. Las tetas de la madre se veían muy llenas y blancas, entreveradas por una madeja de hilos azules.

—¿Y la mayor? —pregunté después de alabar el buen aspecto de la familia.

—Con los rezadores, Dios la bendiga. Trabajo no le falta.

La nena empezó a revolverse incómoda. De pronto soltó su presa y contrajo la cara en una mueca de dolor. Su madre la colocó boca abajo sobre su muslo. La pequeña empezó a restregarse con fuerza, a jadear, a lloriquear. De pronto soltó un eructo tan sonoro que nos cogió a todos por sorpresa. Una densa baba cargada de cuajaronos de leche cayó hasta el suelo desde su boca aún entreabierta.

Subí a mis habitaciones de buen humor, empujé la puerta rota y la cerré asegurándola con una silla. Dejé la comida sobre la mesa y deshice cuidadosamente el hatillo. Estiré bien mis ropas nuevas sobre la cama e imaginé el aspecto que tendría con todo ello puesto. Me sonreí satisfecho. Luego eché agua en el lebrillo y empecé a desnudarme, disfrutando por adelantado del frescor del baño. De pronto sonó en la puerta un rápido repique. El que llamaba se dio cuenta de que la cerradura estaba reventada y no esperó respuesta, se puso a empujar directamente.

—¡Un momento! —grité yo al tiempo que crujía la silla.

El buen humor se volatilizó en cuanto vi la cara de Isabel. Tenía un aspecto macilento, los ojos hundidos en dos discos azulados, las mejillas mortecinas, el pelo desaliñado y sucio.

—¿Te ocurre algo? —pregunté asustado.

—¿Y aún me lo preguntas?

Sentí una punzada de remordimiento. Desde nuestra última conversación antes del viaje a Toledo apenas había pensado en ella ni en lo que me había dicho. Supongo que había sido un método de defensa, la posibilidad de un embarazo era algo a lo que no me había querido enfrentar.

—Estoy preñada —afirmó con rotundidad.

Me pareció ridículo preguntar si estaba segura, así que me quedé callado. En aquel momento la aborrecí y al mismo tiempo me inspiró una profunda ternura. Ella me observaba expectante, pendiente del mínimo cambio de expresión en mi rostro.

—No hay problema —dijo—, como ya habíamos pensado casarnos...

Arrugué el entrecejo.

—No me vengas ahora con que no habíamos hablado de ello —protestó.

—Habíamos hablado, pero yo te había dicho que no era momento.

—Para ti nunca es momento, pero ahora que tienes dinero y vas a ser hidalgo...

—El dinero ya ha volado.

Isabel se mordió los labios. Se la veía inquieta, la frente le brillaba de sudor.

—¡Mentiroso! —dijo arrastrando las sílabas—. ¿Y esa ropa nueva? Es ropa de caballero.

—Es un regalo.

—¡Pues yo también tengo derecho a disfrutar de tus regalos! ¡Que lo sepas! —gritó desafiante.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías?

Sus mejillas grisáceas enrojecieron. Por un momento pensé que iba a marcarme la cara con las uñas, lo que me faltaba, pero se contuvo. En vez de eso cambió radicalmente de tono, se acercó a mí y me abrazó con fuerza.

—Vamos, Isidoro, tú y yo nos queremos —dijo melosa—, no te preocupes por el dinero, deja que yo me encargue de eso. Tienes muy buenos amigos, siempre puedes enviarme a pedirles un préstamo. Mírame, no se negarán. Una mujer guapa es la mejor finca que se puede tener. Y con dinero y tu ejecutoria de hidalguía...

La miré sorprendido. Aquello era un giro inesperado. Lo primero que se me vino a la cabeza fue a Luí Vélz cobrándose la segunda visita, y después las Cervantes, con su posada de italianos. Se me revolvió el estómago. Desde algún punto remoto de mi subconsciente oí la voz de Ximenet diciendo «ten cuidado con la morenita...».

Dudé si ocultarle la verdad, pero dada la situación en la que me encontraba era mejor poner todas las cartas sobre la mesa.

—He hablado con don César Memelosa.

—¿Lo conozco?

—No, no lo conoces. Es el caballero que lleva el asunto de mi ejecutoria... Me ha dejado muy claro que no soy hidalgo.

Isabel se quedó rígida, con la mandíbula ligeramente descolgada.

—¿Me quieres engañar? ¿A qué viene esto? ¿Te quieres deshacer de mí?

—Te aseguro que es cierto. Puedes hablar con él si no me crees.

Isabel aún dudó unos segundos antes de estallar.

—Pues escúchame bien hijo de puta. A mí me has deshecho la vida y tenemos que casarnos ya, porque en cuanto se enteren mis tíos me echan de casa. Pero entérate: antes de que eso suceda todo Madrid sabrá que eres un mentiroso y un estafador, un hipócrita y un cubo de mierda.

Se puso en pie de un salto y se echó la capa por encima. Yo ya empezaba a estar harto de esas salidas, las últimas visitas habían sido todas iguales, Isabel llegaba a casa, soltaba una coz y se largaba dejándome con la palabra en la boca, aunque reconozco que en esa ocasión estaba deseando que lo hiciera.

—Dentro de tres días volveré con los alguaciles para hacerte cumplir la palabra.

Y luego, dulcificando un poco el tono, añadió:

—Y si persistes en tu error, debes saber que tengo un primo al que conozco desde niña que está deseando tomarme por esposa y que se avendría a un acuerdo. Ya me entiendes, debería aportar una dote acorde con el regalito que le llevo en el vientre. Tú verás. Tres días.

Dio una patada a la silla y salió dando un portazo. Yo me quedé embobado viendo cómo la puerta rebotaba en el marco y se abría de nuevo poco a poco acompañada de un quejido agudo.

Por la noche cayó una tromba de agua. Esperaba que el techo se derrumbara sobre mi cabeza en cualquier momento, pero para mi sorpresa no entró ni una gota. Los alarifes habían hecho bien su trabajo, aunque por si acaso no se dejaron ver. Los constructores son gente precavida. De todos modos no dormí a gusto, los truenos me sobresaltaron en un par de ocasiones y al despertar tenía un cierto malestar y un vago dolor de cabeza. Los golpes en la puerta me retumbaron como si me los dieran a mí directamente.

Temí que fuera Isabel, que hubiera decidido acortar el plazo de su ultimátum hasta esa misma mañana, pero se trataba de Casilda abrazada a su bebé. Yo sonreí pensando que era una visita de cortesía a pesar de lo intempestivo de la hora, pero enseguida me di cuenta de que algo iba mal. La hice pasar y se sentó en la silla. Yo estaba en camisa, así que me disculpé, me metí en mi cuarto y empecé a vestirme mientras hablaba sin parar de esto y aquello para ganar tiempo. De pronto la oí sollozar. Salí. Le acaricié el pelo.

—Vamos, Casilda, ánimo.

Había oído hablar de las postraciones melancólicas de las recién paridas, pero nunca había sido testigo de ninguna.

—Ánimo —insistí al ver que no cejaba—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¡Don Isidoro!, no deje que Santiago lo haga —murmuró.

—¿Que no haga qué?

—Que no haga como con los otros.

—¿A qué te refieres?

—No deje que la ciegue.

—¿Pero de qué estás hablando? —pregunté asustado.

Algo me decía que había oído mal.

—A todos los ciega, dice que es mejor para ellos, mírela qué bonita que es mi niña...

—¿Ha hecho eso?

—Dice que se limita a hacer realidad eso de que los niños llegan con un pan debajo del brazo. Somos pobres, don Isidoro, y Santiago piensa que los chicos se ganarán mejor la vida siendo ciegos, por eso de los beneficios de la cofradía, ya sabe usted, y no le falta razón, que la niña ya se saca un jornalito, y a ver qué niño de su edad gana lo mismo, pero esta pequeña, mírela, mírela y dígame si no le da lástima.

Yo no acababa de creer lo que oía, así que le hice repetir la historia desde el principio.

—Los ciega acercándoles a los ojos un hierro al rojo. Se les cuecen los ojos a los pobrecitos.

—¿Los niños lo saben?

—Qué van a saber, criaturas. Nadie lo sabe, y si mi marido se entera de que se lo he dicho es capaz de matarme.

—¿Santiago? Estamos hablando de Santiago, ¿verdad? —insistí todavía incrédulo.

—No tengo otro marido.

—Pero..., no entiendo..., eso debería quemarles también la piel.

—Ya lo creo, pero la quemadura no es profunda, luego les cubre los párpados con manteca de cerdo y ya ve que no les quedan marcas.

Empecé a darme cuenta de que era cierto lo que decía. Hasta ese momento quería pensar que estaba fabulando, gastándome una broma, pero no, la cosa iba en serio, me estaba pidiendo que impidiera a un hijo de puta que dejara ciega a una criatura de días para explotarla después.

—¿Está él abajo?

—No, ha ido a llevar a Mariquilla. La muchacha tiene hoy un entierro. Han pedido tres cieguitos para acompañar a los niños de la doctrina. Parece que últimamente gusta que formen en el séquito un grupo de ciegos y otro de huérfanos. Hacen tierno y bonito entre tanto fraile.

—Está bien, Casilda, yo hablaré con él —dije resuelto—. No te preocupes que nadie va a hacer daño al bebé. ¿Quieres quedarte aquí hasta que vuelva?

—No, no. Que no se entere que yo he dicho nada...

—Pero, Casilda, razona. Lo va a saber. ¿De qué otro modo si no he podido enterarme?

—No sé, díglele cualquier cosa, pero que no piense que yo he hablado —respondió muy agitada.

Se levantó de pronto con la niña que dio un respingo y emitió un vagido. Sin decir nada más salió y bajó disparada las escaleras. De abajo llegó la voz aguda de Venancia gritando: «¡Mírala!, ¡ay!, ¡pero qué bonita!» Casilda debió de seguir de largo porque al poco oí a la otra murmurar: «Anda, la recién parida, que se te ha comido la lengua el gato, qué prisas, ni tiempo para charlar tiene, pues no te digo, que yo también soy madre pero es que a algunas se les sube la leche a la cabeza, y todo para que sea ciega, como los otros. No sé ni para qué sigue pariendo, hay gente que no aprende.»



Era lo que me faltaba. No podía moverme de allí hasta que viera a Santiago, así que decidí aprovechar para ponerme al día con mis escritos. No estaban las cosas como para descuidar ninguna de mis fuentes de ingresos. Ya no sólo necesitaba dinero para vivir, sino que debía juntar una buena cantidad para sobornar a un sacristán y otra para contentar a una joven despechada. Lo mío con el oro es una historia de desencuentros. Gracias a Dios el destino no me ha puesto al mando del galeón de Indias, porque mi sola presencia bastaría para echarlo a pique con todas sus riquezas.

Aquella mañana la indignación nubló mi habitual sentido de la prudencia y escribí más o menos lo siguiente:

*26 de agosto de 1614*

Madrid es un muladar abierto a las sorpresas. Marché unos días de viaje a Toledo y a la vuelta encontré mi casa saqueada por mis propios vecinos. Uno ya no sabe de quién se puede fiar. Ya le hablé en una ocasión de tipos que quiebran brazos y piernas de los niños para despertar compasión, y ahora descubro que otros hay que ciegan a sus propios hijos para sacar ventaja de su falta. Veremos si está en mi mano remediar tanto mal. Encontraron muerta a la marquesa de Hornacho, ya se puede imaginar las versiones que corren del suceso, pero yo creo que ella no fue ajena a su destino. La enterraron con todos los honores y pompas en el cementerio de la Encarnación, donde tiene tumba su familia. El duque de Sessa ha vuelto a Madrid de su destierro y parece que llega con hambre atrasada. Acosa a los covachuelistas en las losas de palacio, a Lerma pide mercedes y a Lope de Vega, versos. Aún no se ha dado cuenta de que ya poco pinta en la Corte. El otro día coincidí con el marqués de Barcarrota y fui testigo de una de sus calaveradas. A punto estuvo de capar a un enano para pasar el rato. Digo yo que mejor servicio al rey haría embarcándose en la flota de Malta, que el suyo es temple para *levantes*. Don Alonso de Contreras está a punto de partir a liberar la Mamora de su asedio. He conocido a don Juan de Tassis, conde de Villamediana, que al parecer hace campaña para el conde de Lemos. Dice que el asunto de Milán está en malas manos, que Hinojosa carece de carácter para frenar las aspiraciones del de Saboya. El tiempo lo dirá. Cervantes está mejor. Pronto saldrá el *Viaje al Parnaso*, su último libro. Don Luís de Góngora está en Madrid. Ha venido a solicitar un puesto en la Corte, aspira a capellán del rey. Muy alto apunta. Como es amigo de don Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, cree que todo está solucionado, pero me parece a mí que el camino se le va a hacer trocha.

Pasé el resto de la mañana atizando ira. Intenté distraerme pensando en la cita de por la tarde, saqué brillo a las hebillas, di humo a las botas y al cinturón, pero a medida que pasaba el tiempo el recuerdo de los niños ciegos empezó a obsesionarme. Comí los

restos de la cena, un poco de queso y la punta del mendrugo de pan, sin moverme de la ventana. Casilda no había dicho que fuera a cegar al bebé de forma inminente, pero yo sentía que así era y que no me podía despistar. Monté la persiana de rafia sobre la barandilla del balcón y me instalé bajo su sombra con vistas a la calle y las obras de Garcilaso en mi regazo. A mediodía el calor era insoportable, sudaba copiosamente y en un par de ocasiones me quedé medio dormido. Al fin, pasadas las cuatro, vi a Santiago doblar la esquina.

Me levanté rápidamente, me puse el jubón nuevo, me ajusté la gola, cogí mis cosas, incluido el Garcilaso, y corrí a colocarme en el zaguán, frente al rellano de la escalera. Por suerte Venancia no estaba por allí en aquel momento. Mejor así. No me apetecía tener público.

—Hombre, don Isidoro, qué elegante, ¿espera a alguien? —me preguntó solícito Santiago en cuanto nos encontramos.

—Al contrario, he bajado a despedir a un amigo mío médico que me ha hecho una visita.

—Estupendo. Vamos a ver si comemos algo —dijo a modo de despedida—, fíjese que hora es y aún no he probado bocado.

Santiago dio un paso para rebasarme, pero en vez de despedirme seguí la conversación.

—Hombre interesante este médico, sabe mucho de quemaduras.

—Buena cosa es ésa, y el bien que hará a los que lo necesiten —dijo y volvió a encarar su escalera.

—Desde luego. Pues fíjate qué casualidad, que cuando salía se ha topado con el pequeño que jugaba en el patio y le ha echado un vistazo a los ojos.

Santiago se quedó quieto de pronto, rígido, alerta.

—¿Qué pequeño? —preguntó a media voz.

—Tu hijo.

Se hizo un silencio incómodo.

—Ha dicho que alguien había quemado a ese niño —dije despacio mirándole a la cara.

—¿Cómo? ¡Qué tontería! —protestó Santiago—. Eso es absurdo.

—Lo sé, pero él estaba muy seguro. Alguien ha quemado los ojos de este niño con un hierro al rojo, me ha dicho.

Tardó en responder. Ambos nos buscamos la mirada, nos observamos, nos medimos.

—Nació ciego —dijo al fin—. Si se hubiese quemado yo me habría dado cuenta.

—Eso mismo le he contestado yo, que los padres se habrían dado cuenta. Pues entonces han sido los padres, me ha dicho. Los padres han cegado a la criatura.

Santiago entrecerró los párpados como si aguzando la mirada pudiera leer detrás de las arrugas de mi frente. No sé si se había creído algo, pero pensaba rápido. El punto débil de mi historia era que un médico se interesase por alguien que no hubiera pagado la consulta.

—Se lo ha contado Casilda, ¿verdad? ¡La muy zorra! —exclamó y se giró para bajar las escaleras de su casa.

En un solo movimiento desenfundé la vizcaína, me abalancé sobre él y lo estrellé contra el muro. Me alejé un par de metros y me quedé esperando con el brazo caído y el arma pegada al costado. Él se soltó la capa teatralmente, se la enredó al brazo con un rápido molinete y se sacó de los riñones una cheira de más de una cuarta. Por su forma de moverse temí estar viéndomelas con un maestro, pero de pronto alzó los brazos de modo que me apuntaba con la navaja al tiempo que él mismo se obstruía la vista con la capa. Me relajé. Reconozco que me dio lástima. Había visto morir a demasiados como él en las calles de Ostende. Aquel pobre desgraciado sólo servía para cegar bebés.

—Si te acercas te mato —amenazó.

—No voy a hacerlo, grandísimo hijo de puta, pero tú vas a desaparecer ahora mismo y no te vas a acercar a la pequeña.

—¡Es mi hija! Todo lo hago por su bien.

—¿Por su bien? —exclamé indignado—. ¿Quieres probarlo? Puedo sacarte un ojo. Será por tu bien. Como buen amigo estoy dispuesto a hacerte el favor...

—No es lo mismo, ellos no echan de menos la luz, no la han conocido... Y además así les proporciono un trabajo, el amparo de un gremio.

En el rellano de abajo se oyó un murmullo, luego un grito ahogado y al final apareció Casilda con el bebé en brazos.

—Don Isidoro, ¡pero qué hace! ¡Lo va a matar!

—Eso debería hacer —dije dedicándole una mirada glacial.

—¡Tú vete a casa, zorra, que ahora te arreglo yo! —gritó él con el rostro congestionado.

—¡Cállate! —grité yo dando un paso hacia delante—. ¡No se te ocurra tocarla!

—¡Ay, pero qué le va a hacer! ¡Déjelo en paz, asesino! —gritó ella, y antes de que pudiera reaccionar dejó a la niña en el suelo y se me echó encima dándome puñadas.

—¡Pero bueno! —protesté yo sacudiéndomela como pude—. ¿A qué viene esto?

—Pobrecito mío —balbucía Casilda volviendo a los brazos de su marido—, no le haga daño, se ha vuelto loco, déjelo en paz, déjelo.

No tenía tiempo ni fuerzas para «tanta mierda, así que arremetí contra la pareja, los empujé violentamente escaleras abajo, levanté a la niña del suelo y me fui decidido estrechándola contra mi pecho.

La situación no hacía más que empeorar. Mi vida no sólo era un desastre, sino que empezaba a parecer hasta ridícula. Sin comerlo ni beberlo, me encontraba con una niña en brazos y ni idea de qué hacer con ella. Pensé dejársela a Ana, la mujer de Chete, pero a mitad de camino me dije que bastantes problemas tenían ya, así que di la vuelta y me fui derecho a Nuestra Señora del Loreto, en la calle de Atocha, al hospicio para niñas huérfanas. Mejor huérfana que con esos padres, me dije, al menos de momento, y allí siempre la podré reclamar si encuentro otra solución. Además, las doncellas que se crían en el hospicio, en caso de tomar estado, son dotadas con 10.000 maravedíes y una cama de ropa, lo que tampoco está mal. No era como dejarla ciega, pero no se quedaría en la calle.

Toqué la campana un par de veces. El torno giró y quedó abierto hacia mi lado.

—Si quiere agua, ponga una frasca —dijo una voz con acento extremeño.

—No, si yo...

—Pues en no habiendo frasca, no hay agua. ¡Estamos buenos! Dos jarras me han robado esta semana. Ya está bien, vamos, me parece a mí. Ande a beber a las fuentes o espere a un aguador.

—Es que yo no quiero agua —dije tímidamente.

—Entonces, ¿por qué discute conmigo?

Para ahorrarme explicaciones metí a la niña en el torno, pero antes de girarlo pensé en alguna señal identificativa por si llegaba el caso de tener que reclamarla. Yo sabía que las monjas anotarían en su registro una descripción minuciosa de la niña y de los objetos que la acompañaban, así que me hurgué los bolsillos en busca de algo significativo. Sólo llevaba encima el mondadientes, dinero y el librito de Garcilaso. Dudé un momento. La voz de la monja sonaba áspera al otro lado, instándome a hablar de una vez o a irme en paz. Ojeé el libro y el maestro respondió por mí: «Cuando me paro a contemplar mi estado, /ya ver los pasos por do me ha traído, / hallo, según por do anduve perdido, / que a mayor mal pudiera haber llegado...»

No seguí leyendo. Arranqué la página con decisión, doblé el soneto y lo metí entre la ropita de la pequeña antes de girar el torno de cara a la hermana portera.

Dejé el hospicio con una desagradable sensación de resaca. Estaba insatisfecho, triste, asqueado. Pasé el resto de la tarde dando vueltas de acá para allá intentando sin éxito quitarme de la cabeza la historia del cerero y su familia. Había ratos en que me encendía animado por un arrebato de justa indignación, y otros en que me encogía temeroso de que los alguaciles me estuvieran buscando para detenerme acusado de rapto y agresión.

A media tarde me fui a afeitarme a la barbería de Ximenet. Agradecí que hubiera varias personas esperando, incluso cedí la vez a los que llegaron después. Se estaba bien allí, no hacía mucho calor y yo prefería quedarme el último para poder charlar un rato con mi amigo. Necesitaba contar a alguien lo que me acababa de suceder porque había perdido toda perspectiva, era incapaz de discernir si había obrado bien.

Ximenet calmó mis temores. Me dijo que en aquel momento ellos estarían más preocupados que yo, que seguro que no los volvía a ver y que a esas horas andarían escondiéndose en algún tabuco lejano. Opinaba que Santiago nunca me llevaría a juicio, sería su palabra contra la mía, la de un hidalgo (en ese momento hice firme propósito de entregar a don César lo que pidiera y cuanto antes), sustentada además por el diagnóstico de un médico. El que el médico fuera inventado le pareció irrelevante, porque, según su razonamiento, a él siempre le cabría la duda y Casilda no hablaría por no quedar al descubierto. En esto último le di la razón. Pensaba sinceramente que ella, a pesar de la escenita de la escalera, prefería perder a la niña a que el otro la cegase.

Poco a poco me fui tranquilizando. Cuando acabó con la barba me repasó la dentadura. Luego me ofreció un enjuague. Lo miré con recelo, a ver si me había puesto un buche de mi propia orina, pero se trataba de vino estíptico al que estaba acostumbrado. Hice mis gargarismos y escupí por la ventana.

La conversación derivó hacia otros temas. Estuve a punto de contarle lo de Isabel, pero no tenía cuerpo para sermones (todo lo que me podía decir Ximenet me lo había dicho yo mismo cien veces), así que le hice un resumen de mis últimas pesquisas en el asunto de Avellaneda y luego comenté que había conocido en Toledo a los cómicos que iban a representar la obra que anunciaban de Ruiz de Alarcón. Ximenet me contó que el acontecimiento prometía ser divertido, que los jefes de la cazuela y los mosqueteros estaban revueltos, que se estaba moviendo bastante dinero para hacer sonado el numerito.

—Parece que hay alguien que quiere reírse del mexicano. Al final el público aplaude o patear lo que se le ordena —reflexionó.

—No siempre —dije yo.

—No, no siempre, es verdad —reconoció él—. No hay cojones para patear a Lope. Cuando ya me iba, Ximenet sacó una cajita de una gaveta y me ofreció una pieza

de almáciga. «La ocasión lo merece», me dijo, y yo estuve de acuerdo. Antes de una cita tan importante había que ahuyentar el fantasma del aliento cansado, porque no es bueno propiciar un aparte con una dama y que se crea acosada por la hidra de Lerna.

Con mi bolita de resina de almáciga en la boca, me dirigí a la plaza de los Herradores, donde se ofrecen los falsos testigos (no andan lejos los despachos de los escribanos) y los lacayos de alquiler. Si quería que me dejaran pasar a la sala de conversación, no me quedaba más remedio que dar el pego de caballero.

En cuanto llegué eché un vistazo de ganadero bajo los soportales tratando de distinguir la paja del trigo, a los tipos que me sacarían de una emboscada de los que esperaban poder meterme en ella. Nada hay más difícil, y me río de quien se precie de conocer a los hombres como a las mulas, de un simple vistazo. Aunque no había mucha oferta, contraté una silla digna, cuatro porteadores de aspecto limpio y un lacayo armado bastante aparente para que me precediera llevando un farol y, mejor aún, un broquel escondido. Acordé pagar una cuarta parte de lo convenido por adelantado, otra al llegar a nuestro destino y el resto al final de la noche. Antes de emprender el viaje me hice limpiar bien las botas. Por un maravedí el chaval las dejó brillando como un espejo.

Me senté en la silla y partimos. Dejamos la plaza de los Herradores, salimos a una silenciosa plaza de Guadalajara con los comercios cerrados, la gente marchando cansinamente a sus casas y sobre sus cabezas la voz quebrada del pregonero cantando por última vez el bando del día:

«... donde serán colgados del cuello hasta que mueran, y la muchacha, por menor de edad, recibirá doscientos azotes y ablación de las orejas...».

Que Dios me perdone, pero reconozco que en aquel momento no supe de quién hablaba. Tenía tantas cosas en la cabeza y estaba tan excitado, que ni se me ocurrió que aquella sentencia fuera la de Rosita.

No se iba mal en la silla. Estaba cerrada por sus cuatro costados y almohadillada con un paño fresco de color burdeos que no supe identificar. Tenía dos cristales estrechos en los laterales y uno más grande en la puerta, todos ellos cubiertos con una fina cortinilla gracias a la cual te podías aislar totalmente del exterior, cerrar los ojos y dejarte mecer por el balanceo. De pronto, los porteadores se detuvieron y me posaron en tierra. Ya me extrañaba a mí que hubieran tardado tanto. El jefe abrió la portezuela y me dijo que deseaban renegociar el precio, que habían pensado que era poco. Yo suspiré, me bajé tranquilamente y eché un vistazo a ver dónde estábamos (en la calle Toledo y cerca de la plaza de Puerta Cerrada, se distinguía bien el hedor de los desperdicios de los puestos de pescado). Supongo que consideraron que estaban suficientemente lejos como para poder presionarme sin miedo a la competencia, pero yo ya me sabía el trámite. Sin mediar palabra, eché a andar de vuelta hacia la plaza de Herradores.

—¡Eh! ¡Oiga! —me gritó el jefe—. ¡Oiga! —insistió.

Yo no me detuve ni contesté, así que echó a correr detrás de mí.

—Pero ¿adonde va?



—A contratar una silla. Y de paso a alguien que maneje bien el hacha.

—¿Para qué?

—Para que haga astillas la suya.

—Hombre, qué decir, no es para eso, pero párese un momento, hombre... Todo se puede hablar.

—Mire, no tenemos nada de qué hablar. Habíamos llegado a un acuerdo. ¿Lo quiere romper? Busco a otros —dije sin interrumpir el paso.

Aguantó unos segundos en silencio. Me estaba probando. Cuando doblé la esquina echó a correr otra vez detrás de mí.

—No, hombre, no, si estamos de acuerdo. Venga, suba, olvidemos el asunto.

Me paré y me di la vuelta. El hombre empezó a andar murmurando, pero al sentir que no le seguía se detuvo y me miro con cara de hastío.

—No pienso moverme —declaré—. He pagado para ser llevado en una silla y no pienso andar ni un paso. Además, se me han ensuciado las botas.

En ocasiones viene bien ser un poco impertinente, aunque no estaba seguro de no haber sacado los pies del tiesto. Por suerte, los que alquilan sillas deben de ser un tipo de gente muy especial y caprichosa, porque al tipo le pareció natural mi demanda. Llegó hasta sus compañeros, cerró la portezuela de golpe y me vinieron a buscar. Me senté de nuevo. El hombre sacó un paño de debajo del asiento y me pulió las botas con dos salivazos. El del hachón lo observaba todo con gesto de aburrimiento. De todos modos, una vez rota la confianza, el resto del viaje y los sucesivos de la noche los hice con las cortinillas descorridas y esperando verme arrojado a cada paso a una rehoya llena de bosta de vaca.

Nada más doblar la esquina de la Cava Baja empezamos a andar entre carruajes y sillas estacionados a ambos lados de la calle, sillas con escudos de grandes casas y carruajes de cuatro muías. Allí había mucha gente importante. Sentí un pequeño mareo, la gola se me cerró en torno al cuello. Reconozco que en aquel momento mis contratados se comportaron con gran profesionalidad. El lacayo alzó el farol para iluminarme, el jefe de la silla me abrió la portezuela y todos inclinaron la cabeza cuando me puse en pie. Dos porteros me miraron de arriba abajo.

—Bienvenido, señor —dijo uno de ellos—. ¿Desea ser anunciado?

Yo lo miré con sorna, le di una propina generosa y le dije que deseaba que mi llegada fuera una sorpresa. Subí diligentemente las escaleras sin mirar atrás, franqué la puerta de doble hoja del salón y me perdí entre el público.

El local era enorme. Estaba compuesto por varios salones unidos entre sí por puertas de doble hoja abiertas de par en par, todos ellos generosamente iluminados con lámparas de vidrio colgadas del techo y hachones en las esquinas. Habría unas diez o doce mesas donde se jugaba a las cartas, una zona de danza y otra donde se juntaba la gente en corros para charlar y desde donde se anunciaban los sorteos. Metidos en una especie de hornacina se amontonaban tres músicos, una guitarra, un clavicémbalo y una vihuela, que tocaban ritmos medrados como pавanas, gallardas y rugeros, aptos para el discreto amoroso pero que no estorbaban la conversación de los que estuvieran a otros negocios.

Como cada noche, la sala estaba llena. Empecé a pasear entre las mesas aparentando indiferencia y un poco de aburrimiento para darme buen tono, pero en cuanto me percaté de quiénes estaban allí reunidos me empezaron a sudar las manos. En una mesa jugaba don Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, secretario del duque de Lerma. Un poco más allá el duque de Sessa compartía mesa con don Diego Gómez de Sandoval, conde de Saldaña, segundo hijo del duque de Lerma, y con su esposa doña Luisa Hurtado de Mendoza. En otra, don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, aquel a quien el rey encargó la expulsión de los moriscos, jugaba con el jovencísimo marqués de Peñafiel, hijo del duque de Osuna y prometido de la hija del de Uceda, primogénito de Lerma.

Cada vez que identificaba a uno de esos personajes daba media vuelta y seguía mi paseo en dirección contraria, tal es la prevención que me inspiran las diversiones y caprichos de los poderosos.

A pesar de lo grande que era la sala, el espacio por el que aún me movía con libertad era cada vez más pequeño, y al final me encontré atrapado junto al cortinaje de la puerta que daba al cuarto de los sorteos, lugar peligroso donde los haya. Las damas, mientras aguardan turno para dejarse las pestañas en el tapete, se suelen reunir en ese

espacio para entregarse a su otra gran afición: saquear a los desgraciados que sorprenden al paso forzándolos a que les regalen dulces y les compren papeletas para la rifa de la fruslería de turno que haya llevado tal o cual caballero. No hay varón que se niegue a satisfacer esos caprichos por gravosos que resulten, ni aunque sus hijos corran riesgo de quedarse sin un mal pedazo de pan que llevarse a la boca.

En aquel momento, un petimetre con el pelo por los hombros y bigotillo afilado con almidón anunciaba que no sé qué doncella iba a proceder a sacar la bola afortunada. El premio eran unos guantes sahumados con ámbar que había regalado para la ocasión el marqués de Sieteiglesias. Todas las presentes parecían tener papeletas y las apretaban excitadas contra el pecho. Una pavisosa salió acompañada de un coro de risitas de entre el grupo de adolescentes y se situó junto al director de la rifa. Cuando tuvo vendados los ojos estiró los brazos y tanteó el aire hasta que dio con la boca del jarrón de porcelana. Las mujeres contuvieron la respiración. A sus espaldas, los hombres se miraban entre sí satisfechos del montón de papeletas con que cada uno había dotado a su favorecida del momento. La muchacha sacó apretada en el puño una bolita de madera, se alzó la venda y cantó el número afortunado.

—¡El veintinueve!

—¡Oh! —gritaron todas con decepción al tiempo que lanzaban al aire sus papeletas hechas pedazos.

En el suelo cuajó una capa de confeti color violeta.

—¡Yo, yo! ¡Lo tengo! —gritó una cuarentona agitando la papeleta premiada por encima de las cabezas.

—Tenemos ganadora —certificó el hombre tras comprobar el número, y el propio marqués de Sieteiglesias irrumpió entonces en el círculo para hacer entrega del regalo a la afortunada, que se inclinó hasta casi rozar el suelo con la frente.

—Me alegro de que se haya decidido a venir —susurró una voz a mis espaldas.

Me quedé mudo, la boca seca, noté que se me erizaba el pelo de la nuca y que al tiempo me invadía una inmensa alegría. Sin embargo, la condesa interpretó mal mi silencio, porque añadió con voz aún más suave:

—Creo que no he sido justa con usted. Le debo una disculpa.

De pronto me sentí fuerte.

—En absoluto —dije envalentonado—. Me enorgullece haber sido sólo yo, de entre todos los subalternos de los acreedores de su tía, el elegido para tener el honor de ser vapuleado por sus esbirros.

—Me alegro de que lo tome como un honor —dijo cogiéndome del brazo y tirando de mí para separarme de mi refugio entre las cortinas.

Ambos nos miramos de frente por primera vez. Ella me sonrió. Creo que le hicieron gracia los moratones que aún tenía en la cara y la costra en el borde del labio. Yo le devolví la sonrisa. Me soltó el brazo, se cruzó las manos a la espalda y yo me asomé a su escote con cierto descaro. Creo que eso también le hizo gracia.

—Tenga usted cuidado, o acabará perdiendo un ojo.

—Disculpe. No era mi intención...

No me escuchó. La seguí hasta una esquina del salón de baile donde la luz era un poco más tenue. Los músicos habían dejado de tocar y se apresuraban a engullir lo más posible en los escasos minutos de descanso de que disponían.

—He hecho algunas averiguaciones, tal como me encargó —dije en tono misterioso.

—Yo no le encargué nada.

—Entonces la entendí mal. Sería porque su sirviente me estaba dando con una pala en el oído.

—¿Eso es lo que le ha movido a interesarse por el caso?

—No exactamente, pero me gusta dar la talla cuando me someten a tortura.

—¿Acaso esperaba que lo volviera a torturar?

—Confiaba en ello. Y no me ha defraudado, le aseguro que esta ocasión es aún más dolorosa que la primera.

—No lo he tocado.

—¿Le parece poca tortura?

Ella me dedicó una sonrisa franca. Sentí que le caía bien, me encontré cómodo y relajado.

—Basta —protesté—, no lo soporto más. Contaré lo que me pida.

—Está bien. ¿Qué ha averiguado de mi tía?

—Que era jugadora compulsiva.

—Está lejos del premio. De eso ya me he enterado yo también. ¿Por qué cree que le he pedido disculpas?

—¿Es que hay premio?

—Donde hay castigo...

—Bien —dije satisfecho. Aquello era prometedor—. ¿Quiere saber lo que pienso?

Ella recorrió la sala de un vistazo, como si comprobara que no había nadie observándonos. Supuse que le inquietaba que sus amigos echaran cuenta del rato que llevaba hablando conmigo.

—Me he enterado de que hace un año su tía protagonizó un proceso parecido, aunque con un desenlace muy distinto. Al parecer jugó fuerte, el marqués intervino, se hizo cargo de las deudas y luego la envió una temporada al campo, una especie de cura lejos de la tentación de los garitos.

—Es posible. Es verdad que el año pasado lo pasó en el campo, pero ¿qué tiene eso que ver con su muerte?

—Seguro... no lo sé, pero además del problema del juego hay otro asunto que habría que considerar —dije mostrándole las placas de plata que le había comprado a Fadrique.

—Pero... ¡Son de mi tía...! —exclamó cogiéndolas de mi mano—. ¿De dónde las ha sacado?

Arqueeé las cejas. A ella se le borró la sonrisa del rostro. Me miró de forma extraña,

como si le molestara que yo conociese esos aspectos de la vida privada de la marquesa.

—Su tía estaba enferma —afirmé en tono serio.

—Nada especial —replicó ella incómoda.

—Señora, si espera que llegue a alguna conclusión debe comprender que esos detalles pueden ser importantes para esclarecer...

—Está bien, llevaba unos días un poco retraída, triste.

—¿Era la primera vez que la veía así?

—No, por eso tampoco me llamó la atención. Había temporadas que se despertaba sintiéndose mal, baja de ánimo, a veces hasta costaba sacarla de la cama y hacer que desayunara y se aseara para ir a misa. Luego mejoraba a lo largo de la tarde y por la noche estaba bien del todo. Pero entonces se iba a jugar, perdía y a la mañana siguiente amanecía otra vez con la losa encima.

—¿Y usted cree que la culpa de todo la tenía el juego?

—¿Qué si no? El día que la fui a buscar al garito de Robles, el día que nos cruzamos en la puerta, me dijo en el coche: «No te preocupes, Micaela, pronto dejaré de ser un problema.»

—¿Por eso piensa que fueron las pérdidas en casa de Robles las que la llevaron a la desesperación?

—Entonces creí que Robles tenía sobre ella algún poder extraño. Ignoraba que antes que el suyo había visitado ya otros garitos.

Medité unos segundos. Había cosas importantes que preguntar, pero se me iban las ideas. Por fin me acordé de algo.

—¿Le hizo algún regalo excepcional en los últimos tiempos?

—¿A qué se refiere?

—Sus camareras me han dicho que a ellas les regaló por sorpresa un collar de oro y unos pendientes de perlas.

La condesa me miró fijamente sopesando la pregunta.

—Hará cosa de un mes me regaló un conjunto de collar, diadema y zarcillos de oro incrustados con piedras preciosas.

—¿Qué tenía para ella de especial?

La pregunta puede parecer ociosa tratándose de semejante conjunto, cualquiera es capaz de ver que era especial, pero dado que era una mujer tan rica no estaba de más revisar los parámetros de lo que entendíamos cada uno por normal.

—Me dijo que había pertenecido a su madre, y que como no tenía descendientes quería que me lo quedara yo.

—De eso hace más de un mes —puntualicé—, mucho antes de que adquiriera su deuda con Robles.

Ella asintió. Ambos nos quedamos en silencio. Por el rabillo del ojo vi a Luís Vélez de Guevara observándonos discretamente. Me pregunté qué demonios haría allí precisamente aquella noche, pero recordé que había visto al conde de Saldaña y a su mujer y que no era raro que un secretario acompañara a su amo allá donde luego hubiera

que liquidar deudas. El, en cuanto se vio descubierto, frunció un poco el ceño y alzó discretamente los hombros como preguntándome por mi presencia. Yo le dediqué una media sonrisa enigmática y volví a centrar mi atención en doña Micaela.

—Dejemos eso por ahora —dijo ella—. Si le he hecho venir ha sido para disculparme por lo del otro día y para presentarle a alguien. Tómelo como una compensación. Venga conmigo.

Volvimos a la sala de juego y la condesa me condujo hasta el ángulo más próximo a la mesa en la que don Juan de Tassis, conde de Villamediana, compartía tapete con tres caballeros.

—Ya conozco a don Juan —le susurré al oído.

—No es a él a quien quiero presentarle, sino al marqués de Hornacho, mi tío.

Aunque no me miró debió de percibir mi sorpresa.

—El otro día estuve en su casa de visita y le hablé de usted y de su búsqueda de Avellaneda. Se mostró muy interesado en conocerle. De hecho, me pidió que organizara este encuentro.

Me sentí decepcionado. No sé por qué ridícula presunción había llegado a creer que la condesa sentía alguna inclinación hacia mí. Ni por lo más remoto se me había ocurrido pensar que pudiera haber otro motivo para aquella cita. Me desinflé, y ella debió de notarlo, porque aprovechó para hacer un poco más de leña.

—Espero que él pueda echarle una mano, porque si no...

—Señora —respondí con dignidad—, sepa que he avanzado mucho en mis investigaciones.

—Chisst... —susurró. Sentí su aliento en el oído, casi podría asegurar que percibí en la oreja el calor de sus labios—. Parece que esta noche el marqués tiene mucha suerte —comentó señalando al caballero que estaba frente al conde de Villamediana. El hombre estaba muy serio, vestía un traje de terciopelo negro y una gola de más de tres dedos de alta. Tenía barba y bigote blancos y el pelo, blanco también, muy corto y recio.

Eché un vistazo a la mesa. El caballero en cuestión se estaba haciendo con un buen montón de dinero. Pensé que debía de ser muy bueno en el juego para ganar tanto a don Juan de Tassis, con la fama de tahúr que tiene...

—No parece ésta la noche de don Juan —comentó ella irónicamente—. Hace poco ha perdido otra buena cantidad con don Andrés Velázquez en otra mesa.

—¿Quién es Andrés Velázquez?

—¿No lo conoce? Es el espía mayor y fiscal de los cohechos. Él se encarga de que cada uno reciba lo suyo. Ya sabe cómo es la Corte, nada se mueve si no es con oro. Oro para Sieteiglesias, para Jerónimo de Villanueva, para Juan de Salazar, para fray Luís de Aliaga...

—¿Pero todo ese dinero es de Villamediana?

—De Lemos. De Nápoles, en realidad. Villamediana lo reparte.

—¿Y Villamediana reparte sobornos aquí, a la vista de todos?

—Cuestión de negocios. Así Osuna se entera de en cuánto está la puja. Todos

saben que don Pedro duplicará lo que dé Lemos.

—Vive el rey como Cristo tuvo a bien morir; entre ladrones.

—Como diría nuestro conde poeta —dijo ella señalando a Villamediana—, duele ver al César súbdito de Seyano.

—Ya veo que no le agrada el duque de Lerma.

—Es el artífice del sistema. Da pena ver lo que se podía haber logrado. Lerma ha conseguido un periodo de paz inusitado, pero ¿para qué ha servido? Para dilapidar la fortuna del Estado en beneficio de unos pocos.

—Por ahí dicen que Osuna puede arreglarlo todo.

—¿El chiquitín? Dios nos libre. Entre usted y yo, si tuviera que apostar, lo haría por Olivares —dijo señalando a un joven de carita redonda que estaba de mirón en la mesa de Sieteiglesias. Era la primera vez que lo veía, aunque había oído hablar de él como protegido de don Baltasar de Zúñiga—. Todos buscan el modo de acercarse al rey. Unos intentan desplazar a Lerma y ocupar su puesto, y los más astutos centran sus esfuerzos en ingresar de gentilhombre de cámara del príncipe. Ésos son los que apuestan por el futuro.

Recordé las palabras de Almansa sobre Sessa, eso de que lo desterraron por intentar acaparar ese puesto.

—Es peligroso acercarse demasiado al rey-comenté—. Me recuerda al mito de Faetón, el que intentó conducir el carro del sol. Pretendió subir demasiado alto y acabó estrellado en tierra.

—Eso le gustaría al conde de Villamediana.

Como si hubiera sentido que hablábamos de él, Villamediana se puso en pie lentamente. Incluso perdiendo era de una elegancia envidiable. Vestía traje de finísima seda blanca bordada con hilos de oro y su porte ejercía tal fascinación que atraía todas las miradas. Don Juan se dirigió hacia nosotros mientras el marqués reclamaba los servicios de un orinalero y se retiraba a aliviarse tras una cortina. Entretanto, su secretario recogió las ganancias y repartió unas monedas entre los mirones y el personal de la casa.

—¡Doña Micaela! —exclamó don Juan sinceramente complacido.

—Don Juan.

—Veo que está acompañada. Ya no hay duda, no es mi día de suerte.

—Permítame que le presente a don Isidoro Montemayor, aunque creo que ya se conocen...

Villamediana me miró con curiosidad mientras se ajustaba el sombrero levemente ladeado. Una cascada de plumas de colores cayó sobre su hombro derecho. Yo me quedé en silencio, aterrado de pronto de no ser reconocido y tener que sumergirme en un fárrago de explicaciones. Le dediqué una mirada de súplica, me llevé una mano al pecho e inicié un saludo. Por suerte, don Juan tenía buena memoria.

—Claro. Don Isidoro. ¿Qué tal anda nuestro común amigo?

Sin darme tiempo a contestar, cambió de tema. No era fácil entablar conversación

con el conde, era hombre más bien propenso a soliloquios y amante de sentencias.

—He leído el libro de Avellaneda, y debo decirle que comprendo la indignación de don Miguel. Ese tipo es un miserable. No hay peor afrenta al honor de un hombre que tildarlo de bujarrón, aunque yo sé de uno que carece de escrúpulos y bien podría haberlo hecho. Su humanidad está a la altura de las alimañas, por supuesto muy por debajo de la de cualquiera de mis caballos.

—¿A quién se refiere?

—A don Francisco de Quevedo —dijo segura doña Micaela.

—¿Hay algo que escape a su percepción? —elogió galante don Juan.

La condesa se infló satisfecha.

—Don Juan, lleva usted un broche muy acorde a su carácter —dijo señalando el que adornaba la cinta de su sombrero. Se trataba de un precioso esmalte en el que se veía a un diablo jugando entre las llamas.

—¿Le gusta? —respondió éste quitándose el sombrero y soltando el prendedor de la joya.

—Muy bonito.

—Suyo es —dijo tendiéndoselo.

—Vuélvalo a su lugar, don Juan, que ahí es donde mejor luce.

—Insisto. Este broche ya no me pertenece, no podría llevarlo. Le ruego que lo acepte si no quiere que lo tome por agravio y me vea obligado de exigir a su acompañante una satisfacción.

Yo me sobresalté, pero a ella le pareció una idea muy graciosa. Durante un instante eterno pensé que lo devolvería, pero en el último momento se apiadó de mí y se prendió el esmalte en la pechera.

—No es justo que corra la sangre por un capricho —dijo.

—¿No es eso por lo que acaba siempre corriendo? —preguntó retóricamente el marqués de Hornacho que acababa de incorporarse a nuestro corrillo—. Usted debe de ser don Isidoro Montemayor.

—Para servirle —dije antes de doblarme en una profunda reverencia.

Me sentí incómodo. Dudé si darle el pésame o pasar por alto la muerte de su esposa. Cuando alguien muere de ese modo lo mejor suele ser esquivar el asunto de puntillas. En cualquier caso, había dejado escapar el momento y ya era tarde para otra cosa que no fuera el silencio.

—He oído hablar de usted. A mi sobrina —aclaró—. Pero no nos quedemos aquí, vayamos a comer algo.

Unos comparan el galanteo con el juego, otros con la guerra, y don Juan de Tassis es mariscal de campo de Nápoles y tahúr en todos los garitos. Digo esto porque llegado ese momento el conde de Villamediana se disculpó, alegó una cita tardía y abandonó la sala para disgusto de unas cuantas damas que lo aguardaban aprestadas con munición de gran calibre. Así es él, cuando se siente acechado, levanta el sitio y se va de putas.

La condesa y yo acompañamos al señor marqués hasta la habitación de la comida.



Ésta estaba presidida por una mesa de castaño de tres piezas cubierta de manteles de hilo, sobre la que habían extendido una gran variedad de platos de los que no reconocí ninguno. La condesa me explicó que esa noche habían contratado a un cocinero toscano para que preparara unas cuantas especialidades de las descritas por Leonardo da Vinci en sus apuntes de cocina, y aquél era el resultado. Había león marino, que es carne maloliente con sabor a pescado, lomos de serpiente, testículos de cordero con miel y nata, crestas de gallo con migas, cabra en gelatina, renacuajos rebozados y otras delicadezas que pido a Dios que nadie me obligue nunca a probar. Por suerte el marqués era de la misma opinión (de otro modo no hubiéramos podido dejarle comer solo), así que pedimos unos vasos de vino de Yepes y un puñado de almendras tostadas.

Para romper el silencio le pregunté por el niño de dos cabezas que se decía que había traído a la Corte, y me aclaró que en realidad lo que tenía eran dos caras y que por suerte para él ya había muerto.

—Al rey le ha encantado —comentó—. Por ahora lo conserva en un gran frasco con alcohol. Disfruta mucho sorprendiendo a sus invitados.

—¿Lo va a incluir usted en su gabinete?

—Ya veremos, ya veremos. Ahora estoy muy ocupado con otras cosas, sobre todo escultura y cerámica. Acabo de recibir un envío de piezas chinas y persas que son una maravilla. Pero lo más difícil ha sido la instalación de la cabeza parlante.

—¿Una cabeza parlante? —intervino la condesa—. He oído hablar de ellas.

—Mi querida sobrina, no creo que haya ninguna como la mía. He conseguido la cabeza parlante de Afrodita que perteneció al mago Escoto.

—¿Por qué es parlante? —pregunté yo—. ¿De qué habla?

—Es un oráculo. Contesta a lo que se le pregunta —susurró el marqués con gran misterio.

—¿Pero es una cabeza de verdad? —pregunté imaginando una cabeza de mujer flotando en otro frasco de alcohol junto a la del niño de dos caras.

—¡No! —respondió el marqués controlando una risita—. Es de bronce. Una cabeza de Afrodita de bronce que tiene la boca entreabierto y los oídos perforados. Preguntas lo que preguntes, ella siempre da una respuesta. Precisamente, el otro día tuve unos invitados en casa e hicimos la prueba definitiva.

—¿Funcionó? —pregunté.

—¿No quiere conocer primero la pregunta?

La condesa y yo asentimos resignados. Empezaba a ponerme nervioso el marqués con su parsimonia.

—Iba a preguntarle sobre la honestidad de tal o cual dama, ya me entiende, en los juegos de salón al final eso es lo que más divierte, cuando recordé que mi sobrina me había hablado de un hombre que estaba haciendo indagaciones sobre un tal Alonso Fernández de Avellaneda, un personaje esquivo, o un seudónimo de alguien que al parecer ha escrito la segunda parte del *Quijote*, y me dije ¿por qué no? Así que susurré al oído de Afrodita: señora, usted que conoce bien a Apolo y no se le ocultan los cisnes

que cantan en su honor, respóndame si sabe ¿quién es don Alonso Fernández de Avellaneda?

Quedó la pregunta en el aire enroscada en su dedo índice que señalaba el techo. El marqués escrutó nuestros rostros, el mío, el de la condesa. Yo no pude soportarlo más y fui el primero en despegar los labios.

—¿Y bien? ¿Le dio alguna respuesta? —pregunté.

—Ciertamente, aunque ya sabe cómo acostumbran a ser estos oráculos.

—No.

—Crípticos, amigo mío.

—Ya.

—Sáquenos de dudas. ¿Qué dijo la cabeza? —le preguntó la condesa que parecía tan intrigada como yo.

El marqués retrasó su respuesta. Torcía la boca en muecas extrañas como si una almendra se resistiera a colocarse entre las pocas muelas que le quedaban.

—Al principio me costó entenderla, hasta que me di cuenta de que hablaba en latín. Dijo: *Cancros orbis fel*.

—*Cancros, orbis, fel* —repitió ella silabeando las palabras.

—¿De quién dijo que era la cabeza? —pregunté.

—De Afrodita.

—Menos mal que era griega, eso le disculpa el no saber latín —comenté—. En esa frase faltan artículos y un verbo. *Cancros orbis fel* —repetí—. *Cancros* ni siquiera es latín.

—Es un sinónimo de cangrejo, ¿no? —dijo la condesa.

—¿Y qué se supone que quiere decir? ¿Cangrejo hiel del mundo? No tiene mucho sentido —comenté.

—Que los cangrejos son una maldición.

—*Cancro* es una variante de chancro, de cáncer. Puede referirse a algún cáncer, a un tumor —señaló el marqués.

—Habla en plural; *cancros*. ¿Tumores hiel del mundo?

—Usted es el investigador —dijo el marqués dándome una palmada en la espalda—. Ya me dirá a qué conclusión llega. Me quedo muy intrigado.

Alzó una mano y dos hombres que había sentados en sillas contra el muro dieron un salto y se aproximaron rápidamente llevándole la capa, los guantes y el sombrero.

—¿Seguro que no dijo nada más? —insistí intentando retenerle, pero él se dirigía ya resueltamente hacia la salida.

—*Cancros orbis fel*. Nada más —dijo a modo de despedida—. Presté mucha atención, se lo aseguro. Pero piense, algo debe de querer decir.

Le vi salir con su séquito. En total habría allí más de una docena de hombres para acompañarle, todos bien armados. Ni siquiera alguien como él podía andar seguro por las calles, quizás él menos que ninguno. *Cancros orbis fel*. Seguramente era una broma, o parte de un juego, pero ¿por qué? Decidí no pensar más en ello, no me gustan las

adivanzas, me parecen una pérdida de tiempo, pero al encarar de nuevo a la condesa le tuve que preguntar:

—¿Por qué una palabra en castellano y dos en latín?

Ella alzó los hombros e hizo una mueca graciosa con la nariz. Los pómulos se le marcaron arrebolados. Los músicos habían reemprendido el concierto y atacaban una pavana con ritmo enérgico. Se veía que habían evitado las delicias toscanas y se habían puesto bien de panceta y queso.

—Yo también tengo una novedad para usted —susurró—. Dudaba si decírsela porque no sé si tiene relación o no con su asunto, pero bueno, usted decidirá.

—¿Sobre Avellaneda? —pregunté un poco cansado.

—Es posible. Dígame: ¿es Cervantes partidario del conde de Lemos?

—Supongo que se puede decir que sí. A él le ha dedicado las *Novelas ejemplares*. En cualquier caso le está muy agradecido por la protección que le dispensa.

—Y por tanto, según están las cosas en este momento, contrario a Osuna.

—El duque ha estado presente desde que empecé mi búsqueda.

—Luego cree posible que Osuna sea su Avellaneda.

—¡Qué sé yo! Por lo que he oído sería capaz de eso y de mucho más. Pero hay un problema. Osuna necesita a alguien que escriba por él.

—¿Algún candidato?

—De hecho, Lope de Vega está escribiendo un encargo suyo, una obra para tapar un borrón en el pasado de los Girones.

—Ya, pero Lope no es su secretario.

—Quevedo es su secretario. ¿Piensa que ha podido ser él? ¿Es ésa la noticia?

—Ya ha oído a Villamediana. Él también lo cree.

—Y don Luís de Góngora. Ayer me insinuó algo parecido.

La condesa asintió con el ceño un poco fruncido. Parecía estar mordiéndose la punta de la lengua.

—No es mala idea —reconocí—, pero tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que es imposible de comprobar. Tanto Osuna como Quevedo están en Sicilia.

—¿Seguro? —preguntó con retintín—. Mire.

La condesa hurgó en su faldriquera y me tendió disimuladamente una moneda de oro. Al principio pensé que era un doblón normal, pero en cuanto me fijé me di cuenta de que aquella moneda tenía la misma efigie por las dos caras, y no era la del rey.

—¡El duque de Osuna! ¡Una moneda de oro con la cara del duque de Osuna por ambos lados! ¿Qué significa esto?

Doña Micaela me miró triunfante.

—El otro día se la gané jugando al *hombre* a doña Ana María Fadrique, la cual lloró su pérdida y deploró lo poco que había durado en su bolsa.

—¿Desde que se la dieron?

—Desde que don Francisco se la incrustó en el escote.

—¿Quiere decir que Quevedo está en Madrid?

Recordé el comentario de Barcarrota en el cigarral, debía de referirse a unos cuantos de esos doblones cuando dijo que esperaba un regalito de Osuna.

—Doña Ana no me lo quiso confirmar, pero yo creo que sí. Además, es lógico, igual que Villamediana intenta ganar adeptos para el partido de su amo...

—Villamediana no tiene amo.

—No hay perro sin amo. Por ahora don Juan se mueve a favor del viento de Lemos. Intenta preparar su vuelta a la Corte. La diferencia entre ambos es que Quevedo parece estar de incógnito y Villamediana es incapaz de esconderse. Puede ser cínico y cruel, pero no taimado. Apostaría a que él sí sabe cómo encontrar a Quevedo.

—Es posible.

Una señora de cara ovalada, boquita de avellana y mejillas mustias se había aproximado hasta nosotros sin que nos diéramos cuenta, y en el momento más inesperado decidió intervenir en nuestra conversación.

—¿Hablan ustedes de don Francisco de Quevedo? —preguntó mientras se llevaba a la boca una loncha de criadilla de cordero bien cargada de miel y nata.

La condesa y yo asentimos.

—Qué hombre tan original. Ayer mismo me contaron de él un cuento graciosísimo. Al parecer hay un recodo en la tapia de San Felipe que la gente usa como letrina, y el párroco de la iglesia, deseoso de acabar con esa costumbre, hizo colocar allí una cruz con un cartel que decía: NO SE ORINA DONDE ESTÁ LA CRUZ. Pues al día siguiente, Quevedo, que por lo que cuentan es un habitual de aquel rincón, cambió el letrero por otro que rezaba: NO SE PONEN CRUCES DONDE SE ORINA. ¡Fíjense que guasón!

Yo no daba crédito a lo que acababa de oír. Por una parte me halagaba que algo que había hecho yo fuera tan gracioso como para andar de boca en boca, pero por otra me molestó que se lo hubieran atribuido a la persona equivocada.

—¿Lo ve? —dijo la condesa aceptando la anécdota como cierta—. Seguro que está en Madrid.

—¡Vaya! —exclamé yo mordiéndome la lengua—. Verdaderamente, muy ingenioso.

—Si aún lo duda, dese una vuelta por la plazuela de San Salvador y hágale una visita a don Juan Santibáñez, a ver qué dice.

—¿Es el párroco de San Felipe?

—Es el escribano de don Francisco.

Me quedé mirando a la condesa y ella se dejó mirar haciendo como que no se daba cuenta, con la vista perdida en la distancia. En aquel momento fui plenamente consciente del inmenso foso que nos separaba. Aquella mujer tan hermosa era amiga y pariente de los grandes, esposa de un hombre rico y objeto de deseo de caballeros como don Juan de Tassis. No tenía nada que hacer.

—Señora —murmuré titubeante—, si de verdad desea librarse del regalo del conde

para no sentirse en deuda, puede modificar el engarce del esmalte y enviárselo. Así no será devolución, sino regalo.

—Buena idea. ¿Cómo lo modificaría usted?

—Puede hacerlo montar como un medallón y añadirle un lema.

—¿Qué lema?

—Algo digno del conde y relacionado con la figura del esmalte.

—«Más penado, menos arrepentido.»

La miré sorprendido. En otras palabras, era la síntesis de la nota que yo había escrito para acompañar al pañuelo ensangrentado.

—¡Sí, magnífico! —exclamó satisfecha de su idea—. «Más penado, menos arrepentido.» Es de un amigo mío —dijo guiñándome un ojo—. Me gusta. Eso alabará su vanidad.

—Puede estar segura, aunque me parece que ese aspecto de su personalidad lo tiene bien cubierto.

Nos quedamos los dos en silencio. Ella parecía tranquila, yo totalmente bloqueado.

—Si no desea otra cosa —dije con apuro—, creo que ha llegado el momento de retirarme.

—Recuerde que está en deuda conmigo —dijo muy seria—. Esta noche le he salvado la vida.

—Se la ha salvado a don Juan —respondí con gran dignidad, pero el efecto que había pretendido conseguir con mi tajante respuesta se desmoronó en cuanto a ella se le escapó una carcajada.

Esa noche no pegué ojo, y no por la hemorroide ni porque temiera una visita de Santiago. Entré en casa con la espada en la mano esperando que el hijoputa se me echara encima a cada momento, atranqué con la mesa la puerta rota, dejé entornadas las hojas del balcón para que corriera el aire pero uní los picaportes con una cadena por si a alguien se le ocurría entrar saltando desde el tejado no tuviera más remedio que hacer ruido. No ocurrió nada, y sin embargo, ya digo, no pegué ojo. Sentía opresión en el pecho, ansiedad, accesos de pánico... Estaba enamorado, vaya. Como un imbécil. Y eso era un problema.

No me molestó el ajetreo de la obra sobre mi cabeza por la mañana, una mañana preciosa en la que todo me parecía más claro. Pensé que sería efecto del amor, como se confirmó un poco más tarde cuando analicé el porqué de mi optimismo sin hallar ningún motivo racional. Objetivamente estaba otra vez en barbecho. Sin pistas ni ideas. El único camino que me quedaba por explorar no sabía ni dónde tomarlo, así que decidí seguir el consejo de la condesa. Volví a ponerme la ropa nueva y salí de casa en ayunas.

—¿Sabe ya las nuevas? —me preguntó Venancia en cuanto asomé la cabeza.

La mujer estaba apostada junto al rellano, cerrando toda posibilidad de escape.

—¿Sobre qué?

—Santiago y Casilda. Han recogido sus cosas y se han marchado.

—¿Ah, sí? —dije aliviado—. ¿Y no han dicho adonde, ni por qué?

—Ni una palabra. ¿Usted no sabe nada?

Negué con la cabeza.

—Y hay más —añadió—. Los ladrones. Los van a ahorcar. Lo tienen bien merecido. Apenas los sentaron en el potro cantaron como jilgueros. Ella también, ¿eh? Y parecía una mosquita muerta.

Recordé a la pobre Rosita, tan joven, tan risueña, y la imaginé atada a una mesa con la cara cubierta por un paño mojado metido hasta el galillo, mientras un alguacil le hacía preguntas y otro vertía más agua cuando no le gustaban las respuestas.

—¡Es increíble! —solté indignado—. Por lo que me robaron a mí no hay para ahorcar a nadie.

—Eso era lo de menos —replicó Venancia molesta—. Han confesado otras muchas cosas.

—No lo dudo. ¿Conoce la historia del trigo griego?

Venancia puso cara de asco y negó con la cabeza.

—Es una historia de corsarios, de *levantes*. Cuentan que una fragata española abordó un caramuzal cargado de trigo con seis o siete griegos a bordo y cuatro o cinco turcos. Ya sabe que los griegos son aliados y la patente del rey no permite asaltar sus naves. Cuando preguntaron de quién era el trigo los griegos contestaron que suyo, pero

ésa no era la respuesta correcta. Uno a uno los fueron pasando por el potro y los apretaron hasta que cantaron que era de los turcos, de modo que los corsarios pudieron requisarlo legítimamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que trae mala suerte caer preso sin dinero ni valedores.

No quise hablar más. Me repugnaba aquella mujer que parecía regodearse con la desgracia de unas personas con las que hasta hacía poco había compartido el pan. Recordé la comida que habíamos tenido en el patio todos juntos y las miradas de Pitu a la muchacha. Sentí como un golpe de viento en el pecho. De pronto lo vi todo claro. Fue como una visión de lo que debía haber ocurrido, sentí el aire viciado que me rodeaba y su hedor de venganza. Pitu y Rosita. Venancia, vieja loca.

Me lancé a la calle. Las tripas me sonaban como si me hubiera tragado una fanfarria. Hice una parada en un figón de San Felipe para apretarme un vasito de aguardiente y unos torreznos, y ya con el aliento templado me fui directo a la calle del Niño a la casa de don Francisco de Quevedo. No había nadie. Las contraventanas estaban cerradas. Llamé a la puerta, esperé y volví a llamar. Nada. La casa parecía abandonada. Una vecina de enfrente asomó la cabeza y preguntó que qué se me ofrecía. Le dije que era amigo de don Francisco y que quería verlo, y ella me contestó que si era tan amigo debería saber que don Francisco estaba en Sicilia y que ella era la encargada de vigilar la casa en su ausencia, así que me rogaba que dejara de aporrear la puerta o haría venir a quien me lo hiciera entender con menos palabras. Yo le dije que era casi imposible que encontrara a alguien más conciso, pero ella me aseguró que conocía a uno que tenía menos estudios que un pavo y que no le hacía falta palabra alguna, y que visto lo visto le daba en la nariz que yo lo quería tratar.

Decliné la oferta y me largué. Volví mis pasos de nuevo hacia la Puerta del Sol y una vez allí encaré con alegría la calle Mayor mientras los mercaderes empezaban a abrir los postigos de las tiendas, sacaban a palos a los cerdos de los zaguanes y comprobaban los vientos de los toldos.

Don Juan Santibáñez y Ceballos, escribano de don Francisco de Quevedo, tenía su despacho junto a los de otros escribanos en la plaza del Salvador, no lejos del de don César Memelosa, por cierto. Los escribanos tienden a hacinarse alrededor de la Casa de la Villa y la cárcel como las moscas en torno a la mierda. Y lucen librea semejante. Al pensar en don César me vino a la cabeza el asunto que teníamos pendiente y que aún tendría que esperar. Apenas me quedaban unas monedas de la bolsa de la condesa. Con un poco de suerte confiaba poder estirarlas hasta que Robles me adelantara otra cantidad por mi trabajo. Lo malo era que seguía sin nada que ofrecer.

A las ocho y media estaba a la puerta del despacho, a las nueve y cuarto llegó el pasante que me dejó entrar y hasta casi las diez no llegó don Juan. Yo ni era cliente suyo ni mi aspecto anunciaba grandes cosas, a pesar de mi digna vestimenta (en algo debió de notar que era de segunda mano), así que me dejaron allí olvidado a ver si me cansaba y me iba por propia voluntad. Un tipo llegó bastante después y fue recibido casi de inmediato. Por suerte yo había tenido la precaución de coger el Garcilaso y me entretuve releendo unos pasajes.

—Don Juan no tardará —tuvo la deferencia de decirme el secretario al repetir la operación con un nuevo visitante.

Estaba a punto de desistir cuando me invitaron a adentrarme por un largo pasillo hasta una sala tan oscura que en pleno día estaba iluminada con candeleros. Eso sí, fresca como una bodega. Don Juan Santibáñez escribía una nota parapetado tras una enorme mesa de castaño repleta de papeles. Apenas se molestó en dedicarme un rápido vistazo.

—¿Y bien? Usted dirá —dijo el escribano alzando al fin la vista tras unos eternos minutos de silencio.

Hablaba calmo, arrastrando las palabras. Pensé que no le vendría mal una gotita de azogue en cada oído, lo que se echa a las caballerías para infundirles un poco de brío de cara al mercado.

—Tengo entendido que es usted el representante legal de don Francisco de Quevedo —dije. Él asintió y yo continué hablando—: Verá, me han dicho que don Francisco está en Madrid y me urge tener una entrevista con él.

—Me temo que eso va a ser imposible.

—Sé que es un hombre muy ocupado, pero...

—No, no. Es que no está en Madrid —dijo recalcando el último no.

—¡Cómo que no está! Le aseguro que...

—No sé qué le han podido decir, ni quién —me cortó—. Don Francisco marchó hace un par de años a Sicilia y aún no ha vuelto.

Me quedé mirándolo con tal cara de irónica incredulidad que se vio impelido a



aportar alguna prueba.

—Mire —dijo sacando una carpeta de entre los expedientes que se amontonaban a su izquierda—. Vamos, eche un vistazo —añadió depositándola en la mesa frente a mí.

Lo miré indeciso. Él mismo abrió la carpeta y señaló el primer documento.

—No hace falta que lo lea entero. Es una contestación con fecha 3 de julio a un pleito iniciado el 23 de mayo por un tal Pedro Pacheco y otros vecinos de Bejorís contra don Francisco de Quevedo. Pero eso no viene al caso. Mire al final. ¿Quién lo firma? Don Juan Díaz de Santibáñez Ceballos. Servidor. Por poderes. ¿Me cree ahora? ¿Piensa que si don Francisco estuviese en Madrid no se ocuparía personalmente de sus asuntos?

—Tal vez haya vuelto de incógnito.

—Por favor. Está usted hablando del secretario del excelentísimo señor duque de Osuna.

«Precisamente», iba a decir yo, pero don Juan no me dio la oportunidad.

—No es alguien que se ponga a jugar tontamente al escondite.

—No, en efecto —murmuré—. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

Don Juan entrecerró los ojos y alzó un poquito las cejas. Aquélla debía de ser su mueca para expresar la enorme paciencia de que estaba dotado para soportar la imbecilidad ajena. Me dieron ganas de tirar por el suelo todas sus carpetas.

—Y ahora, si me lo permite...

La entrevista había acabado. Sin mediar más palabras cogió el primer documento de un montón, se recostó en la silla y se enfrascó en su lectura. O al menos lo simuló.

Yo amagué un gesto de despedida y me fui sin cerrar la puerta.

Ya tenía claro que don Francisco estaba en Madrid, si no a cuento de qué iba un escribano a enseñar tan fácilmente un documento privado de un cliente tan especial. La única justificación era que pretendiese convencerme de lo contrario. Pero encontrarlo no sería fácil, y menos aún hablar con él, estando como estaba de incógnito y ocupado en asuntos graves de gobierno, o, dicho de otro modo, en distribuir sobornos. Sin embargo, alguien había dado ya a mis espaldas los pasos necesarios.

—Buenos días, señor Cherinos —dije al jaque de la condesa que parecía esperarme sentado en una cantonera—. ¿Acaso llego tarde?

—Ha debido de impresionar usted al escribano. Se ha dado prisa en atenderle.

Se incorporó fingiendo un dolor agudo en las posaderas, como si llevara media vida allí sentado.

—Ya sabe lo que ocurre cuando se lleva tiempo sin ver a un viejo amigo, hasta que te pones al día...

—No parece usted alguien que tarde mucho en poner a nadie al día.

—Le disculparé ese comentario porque se ve que no es usted hombre de letras, amigo Cherinos, pero le hago notar que procedo de familia numerosa y el estado de mis parientes era de sumo interés para el bueno de Santibáñez...

—Es usted hijo único y sus padres murieron hace diez años durante la epidemia de peste.

—Si el gobernador de Milán tuviera tan marcado al duque de Saboya como usted a mí, otro gallo nos cantara en Europa. ¿Y qué hay de nuestro buen amigo Escalante?

—Está de visita en el hospital de San Juan.

—Vaya, lamento oír eso. ¿El mal francés?

—No ha ido a tratarse. Es un asunto de la señora.

—¿La condesa padece el mal francés? —pregunté sobresaltado.

—Mire, don Isidoro, no me jalee que no soy hombre paciente. La condesa me ha ordenado que le diese un recado en cuanto saliera de ver al escribano.

—¿Tan segura estaba de que iría a verlo?

Cherinos se encogió de hombros.

—¿Y bien?

—Que se reúna con ella en su palacio. Es importante.

—¿Cuándo?

—Ya.

—Un poco imprecisa —bromeé.

—*Quam primum*.

—Hombre, latín. Creía que era sólo de los del mazo dando.

—Me llevó tres años darme cuenta de que lo mío no era el seminario.

—A decir verdad, últimamente tengo muchos problemas con los latines. Por cierto, no conocerá usted a nadie que se llame *Cancros*, ¿verdad?

—No.

—Lo imaginaba. ¿Algo más?

—Que lleve la ropa nueva.

—¿Otra fiestecita? ¿Y no le ha dado ninguna ayuda de costa para mejora de mi ajuar?

—No.

—Muy bien, Cherinos. Dígale a la condesa que ahora voy. Como verá, la ropa nueva ni me la quito. Y perdone que no le dé propina, pero ando un poco bajo de fondos.

—No se apure, ya tendrá ocasión. Me ha dicho el ama que no me separe de usted.

—¿Y eso?

—Pregúnteselo a ella.

—Por curiosidad. ¿Es para ayudarme o para vigilarme?

—Sus palabras han sido: «Que no le pase nada que yo no ordene.»

La condesa vivía a espaldas de la iglesia de Santa María, cerca de la plaza del Palacio, en la zona más noble de la villa.

Aunque había pasado el periodo agudo del ataque de hemorroides, aún persistían ciertas molestias que se agudizaban al caminar, así que respiré aliviado en cuanto avisté la puerta de la casa. Frente a ella esperaba el coche de la condesa. Aceleré el paso. Escalante estaba apoyado en el estribo y hablaba con el cochero. En cuanto nos vio me dedicó una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa irónica. Pobrecillo, pensé sin rencor, aún no tiene marcas visibles de la enfermedad, es mucho lo que le queda por sufrir.

Entré en el palacio con Cherinos pegado a mi espalda, y ahí se quedó todo el rato que tuve que esperar hasta que llegó la condesa con una camarera. Luego se retiró a una esquina y no se le notó en todo el rato que duró la entrevista.

—He estado dándole vueltas a la historia de la cabeza parlante —dijo doña Micaela en cuanto me vio—. Ya sabe que no es más que una broma, una ilusión para entretener una velada, un truco, vamos. Conocerá el mecanismo.

—Sé que no es buen momento para defraudarla —dije aún con la mirada en el suelo—, ninguno lo es, pero reconozco que no tengo ni idea.

—¡Oh! Vamos, no creerá de verdad que la cabeza habla.

—No lo sé, nunca he visto nada parecido.

Doña Micaela tomó asiento en una silla de tijera y esperó unos segundos mientras la camarera recolocaba el vestido. Molesta, la despidió con un gesto de la mano.

—Yo vi una igual en Milán —dijo—. Se trataba de una escultura hueca de bronce, unida a un tubo que atraviesa la mesa de piedra y el pie de madera, aparentemente macizo, hasta el piso de abajo, donde se sitúa un *cierto*. A través de dicho tubo se escucha lo que se dice en la habitación de arriba, y cuando se utiliza para hablar parece que la voz surge de dentro de la figura. Es sorprendente y divertido, aunque eso en gran medida depende del ingenio del augur.

—¿Quiere decir que lo de *Cancros orbis fel* es un invento del marqués?

—Evidentemente.

—En cuyo caso él sabe de qué se trata.

—Pero mi tío ha preferido transmitirlo en forma de oráculo.

—¿Y qué se le ha ocurrido? —pregunté interesado.

—Que ayer se nos escapó una acepción de la palabra *cancros*. Hablamos de cangrejos, de cánceres y tumores, pero pasamos por alto algo elemental: Cáncer, el signo del zodiaco.

—Los cáncer hiel del mundo —declamé en alta voz—. Tampoco mejora mucho —opiné.

La condesa suspiró.

—Cáncer es la cuarta zona del zodiaco, recorrida por el Sol al principio del verano. Me encogí de hombros.

—Para ser exactos, va del 21-22 de junio al 22-23 de julio. Y dígame, ¿podemos considerar la fecha del nacimiento de un libro aquella en la que se concede la licencia de edición?

—Supongo que sí.

La condesa me tendió mi librito de Avellaneda, aquel que se apropió en el paseo del Prado.

—Mire la fecha.

Abrí el libro y busqué entre las primeras páginas.

—Día 4 de julio de 1614 —leí.

La condesa me dedicó una mirada triunfante, y yo no pude menos que emocionarme, no del hallazgo en sí, cuya utilidad estaba por ver, sino porque el hecho de ayudarme le causara tanta alegría.

—¿Quiere usted decir que *Cancros* se refiere al mismo Avellaneda?

—¿A quién si no?

—No lo sé.

—Al fin y al cabo ésa fue la pregunta del marqués, ¿no?-comentó molesta por mi falta de entusiasmo.

—El marqués dijo que había preguntado a la cabeza quién era Avellaneda, no su opinión sobre el personaje.

—Pues esto es lo que hay-replicó ella con desabrimiento.

—Sea como sea, no entiendo qué le va al marqués en esta historia. Tal vez si lo supiéramos podríamos deducir...

Me quedé pensativo, y sin querer se me escapó una pregunta indiscreta.

—Y usted..., ¿por qué se toma tantas molestias?

La condesa desvió la mirada. La pregunta la había pillado desprevenida.

—Creo que se mueve entre arenas movedizas —confesó.

Aquellas palabras me avivaron una sensación de vacío en el estómago.

—Vaya, se preocupa por mí —dije conteniendo la emoción.

—No diga tonterías. Vigilo a mis informantes. Cuando uno husmea en torno a los intereses de Osuna nunca sabe con qué se puede encontrar.

Noté el calor en mis mejillas. Había bajado la guardia y de resultas me llevaba una bofetada. Tragué saliva y me apresuré a buscar una salida para una situación tan incómoda.

—Le agradezco su interés, de todos modos. ¿Desea algo más de mí? —pregunté con voz neutra.

—He visto esta mañana a Villamediana y le he devuelto su broche.

Debí de poner cara de extrañeza, porque aclaró:

—«Más penado, menos arrepentido.» Le ha entusiasmado el detalle.

—Me alegro —dije sorprendiéndome de la rapidez con que había logrado que un orfebre hiciera el encargo.

—En cuanto dejamos la sala acudí a ver a mi joyero. Ha estado toda la noche trabajando —comentó leyéndome el pensamiento—. No ha sido barato, pero ha merecido la pena. Don Juan está en deuda.

La condesa hizo un pequeño inciso, dando a entender que aún quedaba algo por contar.

—Y usted ha encontrado el medio de cobrarle —aventuré yo.

Doña Micaela sonrió. Tenía los dientes perfectos, alineados y blancos. Muy blancos. Sonreí yo también para mis adentros.

En aquel momento sonó el Ángelus. La condesa clavó la mirada en el suelo y yo guardé un respetuoso silencio. En cuanto se acalló el eco de la última campanada, doña Micaela dijo:

—Le he pedido que organice hoy una comida y una partida de cartas en su palacio y que invite al conde de Peñafiel. A estas horas deben de estar ya todos reunidos.

Yo la miré sin acabar de comprender. El conde de Peñafiel es hijo del duque de Osuna y prometido de la hija del de Uceda, un muchacho estúpido y presuntuoso que vive en casa de su futuro suegro mientras su padre ejerce el cargo de virrey de Sicilia. Su enlace supone una maniobra política evidente para reforzar los lazos de las dos casas de cara a la lucha que se avecina, pero el joven no ha heredado ni un ápice de la energía del padre, y las ganas de vivir de Villamediana son totalmente incompatibles con la apatía del condesito.

—No parece el compañero de juego ideal.

—¿Pero usted no regentaba un garito?

—Sí.

—Entonces sabrá que no hay mejor compañero que el que pierde.

En eso tenía toda la razón, así que me mordí la lengua. Estaba visto que esa mañana andaba bastante torpe. Aun así tuve suficiente tacto como para desechar la tentación de vengarme comentando lo buena compañera que debió de ser su tía.

—¿Y qué tengo que hacer yo? ¿Llevar los orinales? —pregunté procurando sonar sarcástico.

—Nosotros vamos a esperar. Villamediana hará que Peñafiel pierda. Que pierda mucho. Tanto que no pueda evitar ir a donde sabe que hay. ¿Me sigue?

—¿Espera que vaya a ver al secretario de su padre para pedirle dinero?

La condesa asintió.

—Sí, es posible —dije yo pensando en voz alta—. Es lo suficientemente estúpido. Pero también puede acudir a Uceda.

—Entonces habremos perdido unas horas —dijo la condesa mostrando las palmas de las manos.

—¿Por qué hace esto Villamediana?

—Ya se lo he dicho. Me debe un favor, pero lo habría hecho gratis. Ridiculizar al

hijo de Osuna y recaudar para su causa el dinero que el duque ha enviado a Madrid para comprar voluntades es lo que más le puede divertir en este momento.

Sin más palabras la condesa se puso en pie, su doncella le echó por encima un manto y Cherinos empezó a abrir puertas hasta la calle. Yo la seguí a grandes zancadas refrenadas cada poco para no chocar con las sirvientas que acudían a acicalarla en plena marcha. Subimos al coche. Los asientos estaban tapizados de damasco color vino, las ventanas tenían cristales y las cortinillas eran de la misma tela que la tapicería. El cochero lanzó un grito agudo y el látigo restalló por encima de nuestras cabezas. Nuestras rodillas se rozaron con el traqueteo. Hacía un calor infernal, pero no se podían abrir la ventanas, el polvo de la calle sería aún peor. Dejé caer hacia atrás el herreruelo. Notaba la camisa pegada al cuerpo. La condesa empezó a sudar. Bajo sus axilas la seda se riñó de oscuro y el rostro se le cubrió de brillos. Casi podía olerla. Mi imaginación se disparó. Sentí una creciente excitación. Por fortuna estábamos sentados y aún era posible disimularla, pero tenía que controlarme, dejar de imaginar mi rostro hundido entre sus tetas, era prioritario que pensara en cualquier otra cosa. No me iba a resultar fácil, así que pegué la cara al cristal y me cubrí con una cortinilla como si me interesara mucho el paisaje.

—He quedado en que a eso de las cuatro esperaríamos en la puerta —dijo, creo que consciente de mi turbación y disfrutando con ella, para más inri.

Volví a mirarla. Forcé una sonrisa que ella me devolvió divertida. Me encontraba francamente violento, temía que se hicieran patentes mis ensoñaciones. Habría que inventar algo para no vestir prendas tan holgadas.

—Aún falta mucho para las cuatro —dije nervioso—. ¿Adonde se supone que vamos ahora?

Ella sacó un pañuelo de batista y se lo pasó por la frente, el cuello, la nuca. Sus tetas interactuaban sin ruido amenazando con salirse del nido a cada movimiento, pero siempre contenidas. Una angustia.

—Tengo una sorpresa.

—¿Más?

—Esta es de otra índole. No sé si le gustará.

El coche se detuvo delante del hospital de Antón Martín. Escalante saltó del estribo y llamó a la puerta. El hermano portero se asomó solícito para recibir a la señora. Yo me deslicé hasta el borde del asiento para abrir la portezuela, pero antes de que lo hiciera la condesa me retuvo el brazo. La miré turbado. No sabía qué hacíamos allí ni qué se esperaba de mí, así que volví a mi sitio dispuesto a dejarme guiar. Doña Micaela parecía concentrada buscando el modo de decir algo. En un par de ocasiones pareció que iba a hablar, pero cambió de idea. Dudaba, aunque tenía una expresión divertida. Parecía luchar por controlar la risa.

—Don Isidoro —dijo forzándose a hablar con seriedad—, creo que tenemos un conocido común, el barbero Ximenet. El otro día vino a visitarme como acostumbra, charlamos y salió usted en la conversación. Me refiero a su situación personal...

Yo la escuchaba estupefacto y aterrorizado por lo que Ximenet pudiera haberle contado de mí, pero seguía sin comprender el motivo de tanto preámbulo.

—...Y mencionó a una joven.

¡Dios! Ximenet le había contado la historia de Isabel, maldita sea, me dije, y noté que me ponía rojo de vergüenza. Por fortuna el interior del coche estaba oscuro y recé para que no se diera cuenta.

—Isabel, creo que se llama. Isabel Cienfuegos. ¿Es cierto?

Yo asentí con la cabeza. No me salía la voz.

—Y creo que ha llegado a conocer a su familia.

—Sí —dije intentando esta vez que el tono sonara firme.

—¿Le ha dado usted palabra de matrimonio?

Negué con la cabeza. Aquel interrogatorio era absurdo, pero encontraba cierto placer en sincerarme con la condesa y en verla tan interesada por mis cosas, aunque no supiera adonde pretendía llegar.

Escalante abrió la portezuela y colocó en el suelo un escabel.

—Está abajo —dijo el escudero a la condesa.

Seguimos al hermano portero a lo largo de un pasillo que corría paralelo a las salas de los enfermos, hasta un distribuidor en el que se abrían varias puertas. Una de ellas daba a unas escaleras. Bajamos al sótano y después seguimos un tramo más hasta lo que imaginé que era la puerta del infierno, pese al olor a moho y humedad. Entramos en una sala apenas iluminada con tres candiles. El techo era abovedado, y casi todo el revoco de los muros se había desprendido dejando al descubierto su esqueleto de ladrillo. Hacía fresco, aunque el ambiente era denso y pegajoso por la falta de aire.

En el centro de la estancia había una mesa enorme de tablones sobre dos borriquetas. Nada más entrar no se apreciaba bien lo que había encima, pero en cuanto nos hicimos a la penumbra vimos que estaba cubierta de huesos humanos extendidos



sobre paños encerados. A su alrededor se amontonaban cajas de madera llenas también de huesos, unos rotos, triturados, otros enteros.

Una mujer alzó la vista al oírnos llegar, y en cuanto me vio se echó las manos a la boca para ahogar un grito.

Tardé en reconocerla. Llevaba el pelo recogido con un paño tosco y un mandilón de cuero le cubría desde el cuello hasta los pies. Las mangas del vestido las llevaba recogidas por encima de los codos y tenía las manos manchadas de barro. En cuanto se recuperó de la sorpresa, la tía de Isabel fijó la vista en el suelo y le dedicó una reverencia a la condesa. Era evidente que entre los recién llegados ella era la persona de mayor rango.

—¿Es usted la tía Clota? —preguntó la condesa.

Me sorprendió el nombre. Clota era como se llamaba una de las tres parcas y encajaba a la perfección con alguien que trabajara en aquella cripta.

—Así me llaman, sí, pero no en justicia... —se defendió la mujer.

—Nadie la acusa de nada, tía Clota. Esto no es más que una visita de cortesía.

La condesa rodeó lentamente la mesa observando su contenido. Yo acompañé su mirada a lo largo de unos cuantos huesos largos de piernas y brazos, caderas, costillas y un grupo de cuatro calaveras desdentadas.

—Es verdad que la muerte nos iguala a todos —comentó la condesa con la vista fija en las órbitas vacías.

La mujer sonrió. Parecía disfrutar el momento. A fin y al cabo, aquél era su reino y no debía de tener invitados muy a menudo. Al menos no de los que dan conversación.

—¿Qué es lo que hace aquí exactamente, tía Clota? —preguntó doña Micaela.

—Mercurio —murmuró la mujer.

—¿Cómo?

—Recupero el mercurio de los muertos —aclaró alzando la voz.

—¿Los muertos tienen mercurio?

—Éstos sí. Son del camposanto del hospital.

—Muertos de sífilis.

La mujer asintió.

—El mercurio de las unciones y los vapores queda en los huesos. A ellos ya no les sirve de nada —dijo señalando los cráneos.

—Así que se dedica a ordeñar huesos.

—Los frailes lo piden —se justificó—. Al precio que está...

—Está bien, no se disculpe. Ya le he dicho que no venimos a juzgarla.

—Hay otros que necesitan el mercurio —insistió ella—, el hospital está hasta los topes...

—Usted sólo hace su trabajo —comentó la condesa en tono comprensivo, antes de añadir—: pero no se dedica sólo a esto, ¿verdad?

La tía Clota me echó una mirada de reojo que no pasó desapercibida. Doña Micaela hizo una señal a Escalante, que le entregó a la mujer una bolsa con dinero. Ella la

sopesó discretamente y la hizo desaparecer bajo el mandilón de cuero.

—¿Qué otras cosas hace en este hospital, tía Clota? —volvió a preguntar la condesa.

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Si los frailes se enteraran... —dijo aún insegura.

—Aquí no hay ningún fraile. Adelante, cuéntenos.

—Remiendo virgos —dijo con un hilo de voz.

No hizo falta que lo repitiera, todos la habíamos oído perfectamente.

—Y, ¿tiene familia, tía Clota?

—¿Familia, familia? No.

—¿Por qué la llaman tía?

—Cosas de los amigos.

—Entonces, ¿no es usted tía de una muchacha llamada Isabel Cienfuegos?

La tía Clota volvió a hacernos esperar. Supongo que tuvo en cuenta la recompensa que le hubiera prometido Isabel y sopesó la bolsa de la condesa antes de contestar.

—¿La Despeiná? —dijo al fin.

—¿Es así como se hace llamar?

—Así es como yo la conozco.

Calló en espera de que alguien dijera algo, pero todos nos mantuvimos en silencio. Yo había oído antes ese nombre a la sifilítica del bodegón de Lazcano. Todo parecía encajar. Debía de conocer a Isabel de verla taquinar por allí con la tía Clota mientras ella sudaba y tomaba las unciones, pobre mujer, había intentado avisarme, lástima, de no haber estado ya medio loca habría hecho más caso de sus palabras.

—Es una vieja amiga —aclaró la vieja—. Una antigua clienta. Tres veces la he recompuesto.

—Bueno, no hará falta hacérselo otra vez. Al parecer está embarazada.

El corazón me dio un vuelco. ¿Cómo se había enterado de eso la condesa? Por Ximenet no, desde luego, yo no se lo había contado a nadie.

—¿Embarazada? No más que yo —rió la tía.

Me quedé helado. Pensé que no había oído bien.

—¿Está segura? —preguntó la condesa—. Vaya, pues sé de un caballero que lamentará oír eso. ¡Con la ilusión que le hacía un heredero!

Sentí la mirada de la condesa escrutándome, atenta a mis reacciones. Sin darme apenas tiempo a asimilar lo que acababa de oír, siguió charlando de otras cosas como si nada.

Sinceramente, no sé qué me molestó más, si la fina ironía de la condesa o la risita perruna de Escalante.

Lejos de aliviarme, el ver al descubierto el juego de Isabelita me provocó tal ataque de vergüenza que todavía hoy soy incapaz de mirar a la condesa a los ojos sin sentirme perturbado.

Salí como pude de aquella cripta dejando a todos con la suerte de mi progenie en la boca. No sé cómo llegué entero a la calle después de tropicar en tantos escalones, ni cómo se las arregló Cherinos para convencerme de que entrara de nuevo en el coche. Creí que pasaban horas hasta que doña Micaela volvió a sentarse frente a mí. El calor era infernal y las moscas parecían empeñadas en rondarme los ojos y las comisuras de los labios.

El coche arrancó calle Atocha abajo hacia el monasterio y luego se adentró por el paseo del Prado. No cruzamos palabra durante todo el trayecto. La condesa me vigilaba. No me importaba que lo hiciera, pero yo prefería rehuir su mirada. Me mantuve con la vista fija en el camino y la cortinilla echada sobre el rostro como un velo de novia. Cuando el silencio se hizo demasiado pesado saqué mi ejemplar de Garcilaso para hacer como que leía. Curioso destino el de ese libro, cada vez se parecía más a un salvavidas. Recordé a la pequeña que había entregado en el Loreto, a sus padres, y me pregunté por dónde andarían ahora sus hermanos y si su ceguera sería tan absoluta como la mía.

Nos detuvimos entre los árboles. El cochero echó el freno y saltó del pescante. Vi alejarse a Cherinos y a Escalante dejándonos solos a la condesa y a mí. Noté que me empezaba a sudar el labio. Durante un buen rato empecé una y otra vez el mismo soneto. No recuerdo cuál era.

—Don Isidoro —dijo doña Micaela rompiendo el silencio—, disculpe si he metido baza en sus asuntos, pero pensé que le ayudaría.

—¿Y cómo sabe que no ha mentido? —exclamé yo, molesto.

—¿Para qué iba a mentir?

—Para que usted oyera lo que quería. Es para lo que ha pagado, ¿no?

—Si es eso lo que quiere pensar...

La voz de doña Micaela sonó entre resignada y molesta. Se recolocó la falda, alisó unas arrugas, estiró unos encajes. Entonces fue ella la que se puso a mirar el paisaje.

—Pero ¿por qué iba Isabel a mentirme de esa manera? —se me escapó a mí de pronto.

—Los hombres son predecibles, ése es su problema. Limitados y predecibles, demasiado constreñidos por las normas.

—Mire quién fue a hablar —repliqué olvidándome por un momento de todo protocolo—. Casada con un viejo rico por un acuerdo entre familias.

Aquello era un golpe bajo. En el acto me arrepentí de haberlo dado, pero a ella no pareció molestarle lo más mínimo.

—Viuda.

Se mordió el labio inferior. La tarde estaba de descubrimientos y confidencias. La condesa golpeó el cristal de su ventanilla e hizo un gesto a sus lacayos que ocuparon sus puestos a toda prisa.

—¡Al palacio de Oñate! —gritó imponiéndose a los crujidos del carruaje.

Yo aún tardé en reaccionar.

—Lo siento, no sabía...

—No tenía que saberlo. Nadie lo sabe —dijo aparentemente irritada consigo misma. Creo que no tenía previsto hacerme esa confesión—. Sólo mi administrador, y a él le sale a cuenta callar. Y ahora tú.

No me pasó desapercibido el tuteo. Estábamos solos, en una asfixiante intimidad, y el que me tuteara me ayudó a calmar un poco la ansiedad.

Nada más atravesar la Puerta del Sol el cochero buscó amparo bajo una sombra desde la que se veía bien la puerta del palacio de Villamediana.

—Hace años que mi marido murió de unas cuartanas en el Yucatán —aclaró la condesa—. Lo enterraron allí mismo. Su administrador tuvo a bien informarme sólo a mí del suceso. Fue largamente recompensado. Oficialmente sigue de viaje, de un lado para otro. Para una mujer es el estado perfecto, mejor que viuda. Elijo a mis galanes y me ahorro a los pretendientes y el acoso de la familia.

Visto así, todo eran ventajas.

—Señora, es usted una cajita de sorpresas.

La condesa estrechó mi mano entre las suyas. Yo me puse muy nervioso, la cosa no era para menos. Obedeciendo a un impulso me senté a su lado y la rodeé con el brazo libre. Hacía rato que había pasado la hora de comer, pero yo sólo tenía hambre de su boca. Pellizqué sus mejillas con mis labios y ella me correspondió acariciando con los suyos mis heridas. Ambos nos buscábamos con una lentitud enloquecedora. Empezamos a sudar copiosamente. Uno de mis besos resbaló de su cuello al extremo del canalillo. Mi nariz se hundió en una ranura húmeda junto a la que latía un corazón desbocado. Dejé de preocuparme que se notara mi excitación, es más, la misma condesa empezó a buscar sus efectos entre los pliegues de mis valones. La verdad, no sé qué hubiera pasado si Escalante no llega a ver salir del palacio al marquesito de Peñafiel.

El joven echó a andar con decisión hacia la Carrera de San Jerónimo acompañado por sus dos escuderos. Si la velada había transcurrido como estaba previsto, Peñafiel se habría dejado sobre el tapete una suma importante y ahora correría en busca del secretario de su padre para que cubriera las pérdidas. Era una reacción razonable. Al fin y al cabo su padre estaba repartiendo dinero a todo el mundo, ¿por qué no iba a haber algo para él? La condesa y yo dudamos un momento, sofocados y eufóricos.

—Vamos, que no se escape. Corre tras él —dijo ella poniéndome el sombrero sobre la cintura—. Y llévate a Cherinos, puede hacerte falta.

—Prefiero ir solo —contesté saltando de la carroza muy a mi pesar—. Si llega el caso, ni siquiera Cherinos podría ayudarme, y así tengo más posibilidades de pasar

desapercibido.

—De acuerdo. Tú sabrás. Ven a verme mañana a mi casa. Tengo curiosidad por ver en qué acaba todo esto.

—Espéreme a primera hora —dije tratándola de nuevo de usted delante de sus lacayos.

Vi entrar al marquesito en el teatro de la Cruz, donde en aquel momento se representaba *La verdad sospechosa*, de Ruiz de Alarcón, puesta en escena por la inigualable compañía de Juan Granados.

—Poemas de amor, caballero. Cómpreme un poema de amor —me susurró una mujer mayor junto a la puerta.

Tenía aspecto de espantapájaros, con un traje que le quedaba corto, un gorro de lana calado hasta las cejas del que escapaban aquí y allá lacias greñas de color pajizo y unos chapines demasiado altos. Llevaba la cara blanca de pasta de solimán y rojos los pómulos y el piquito central de los labios. Supongo que pretendía mantenerse atractiva, pero conseguía meter miedo. Le di un cuarto para quitármela de encima y ella me entregó un papel garabateado que guardé en la manga sin leer.

Pagué entrada de mosquetero y me acodé en el mostrador de la alojería que había al fondo del patio, junto a la puerta. Pedí un vaso de aguardiente y pregunté al jefe si acababa de ver entrar a alguien. El hombre negó con la cabeza. Recostadas contra uno de los pilares que servía de apoyo al tinglado había dos putas en almoneda que hicieron amago de incorporarse. Les hice seña de que no era buen momento, y se dejaron caer otra vez aprovechando para cambiar el peso de pierna. El patio parecía revuelto. Los actores gritaban más que declamaban para imponerse al murmullo que se había apoderado de la sala. De pronto, sonó un pedo descomunal seguido de una carcajada estruendosa. Los cómicos interrumpieron su discurso mientras el alcalde de Casa y Corte pedía silencio y amenazaba con desalojar. Aquello era un desastre. En un extremo de la sala distinguí a Ximenet y a Luís Vélez. Hablaban entre sí y parecían disfrutar de la velada. Avancé pegado a la tribuna y me aproximé a ellos lo más que pude.

—¡Eh! ¡Ximenet! —grité en medio de la confusión.

Éste volvió la cabeza, me vio y me hizo señas de que me acercara. Una viga a la altura del pecho separaba a los que habían pagado entrada de banco de los demás, y un vigilante se encargaba de que no hubiera trasvases de un lugar a otro. Por suerte coincidió que el hombre era amigo de Luís Vélez y que yo tenía cinco maravedíes sueltos en la bolsa. Crucé la barrera y me senté a su lado como buenamente pude. Total, con el follón que había armado a nadie le importó.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—El patio está sembrado —dijo Luís Vélez—. No se sabe dónde están los mejores cómicos, si en el tablado o abajo.

—Alguien se ha gastado mucho dinero. Han venido todos los reventadores del barrio —aclaró Ximenet.

—Uno a quien no le gusta Ruiz de Alarcón, claro. O que quiere hacerle sufrir.

—Le han llamado de todo. Cheposo, dromedario, camello, don Talegas, yo qué sé. Antes se ha asomado a la cortina y estaba rojo de ira.

—No me extraña.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Ximenet.

—Soy un admirador de la primera actriz —respondí señalando a la joven que estaba en escena—. También busco al marqués de Peñafiel. Acaba de entrar. ¿Lo habéis visto?

Un aullido procedente de la cazuela de las mujeres interrumpió a Ximenet con el no en la boca.

—¡Una rata!, ¡una rata! —gritaban.

Los mosqueteros recibieron los gritos con regocijo. Parecía que los estaban esperando. Las mujeres se agolparon en los extremos de la cazuela con las faldas remangadas para regodeo de los de abajo. Por el claro que iban abriendo se intuían los devaneos del roedor.

—¡Por favor, caballeros! —rogaba Granados desde el borde de la escena intentando restablecer la calma—, aquí estamos intentando trabajar.

Mi mirada se cruzó con la de su joven esposa, de cuyo nombre no me acuerdo, que aguantaba el follón en jarras sobre el escenario intentando aparentar ser una duquesa enfundada en un traje cuajado de lamparones y joyas de cristal de culo de vaso. La mujer me guiñó un ojo y me hizo señas de que me acercara. El lío seguía a mis espaldas. Ella dio un par de pasos hasta el borde del escenario y se inclinó para hablar conmigo. Traía un olor agrio y dulzón, espeso, y el aliento perfumado de aguardiente.

—Qué, don Isidoro; ya veo que se ha animado por fin.

—Te dije que no pensaba perderme el estreno.

Su marido nos miró de reojo y siguió intentando calmar al público. Pienso que fue esa mirada de desconfianza la que me hizo recordar la afición que los grandes tienen a las cómicas y me llevó a sospechar que tal vez ella supiera si había alguien importante viendo la representación.

—¿Algún conocido esta noche? —pregunté con picardía.

El revuelo a nuestra espalda creció de pronto. Dos bravos habían saltado a la cazuela espada en mano para emprenderla a mandobles con la rata.

—Yo no me dedico a esas cosas, don Isidoro —respondió la muchacha con caída de ojos incluida.

—Claro que no, mujer, eso ya lo sé. Me refiero a algún viejo amigo...

Ella sonrió con malicia. Un grito de triunfo nos hizo mirar hacia arriba. Uno de los valientes había conseguido ensartar al roedor y con expresión de triunfo lo arrojó al patio. Empezaron entonces los mosqueteros a jugar con el cadáver lanzándolo de aquí para allá.

—Alguien me ha invitado a tomar un vaso después de la representación.

—¿No tiene nombre?

—No es mi esposo —reconoció.

La muchacha lanzó una mirada hacia las ventanas de los aposentos laterales, me guiñó un ojo y volvió a su puesto en la escena. Yo me senté de nuevo junto a Ximenet. El ambiente pareció relajarse un poco. Las mujeres empezaron a ocupar de nuevo sus asientos.

—Bueno, ¿qué me decís? —pregunté a mis amigos—. ¿Habéis visto a Peñafiel, o no?

Ambos negaron con la cabeza atentos a que la rata no les cayera encima.

Recorrí despacio con la vista las gradas laterales, y luego las ventanas abiertas en la medianera. Pertenecían a aposentos de la posada vecina al corral que se alquilaban por horas a quienes preferían ver las representaciones con cierta intimidad, apartados de la plebe. Todas estaban abiertas salvo una, que mantenía entornados los postigos de celosía. Dentro había luz. Tomé nota mental de su posición, salí del teatro y me metí en la posada. No quería preguntar para no despertar sospechas. No hizo falta. Junto a una puerta estaban apostados los dos hombres que habían salido con Peñafiel de casa de Villamediana, así que me instalé en una mesa, pedí un azumbre de vino y me dispuse a esperar a que el muchacho se largara antes de hacer mi jugada.

En la última hora mi vida había dado un giro asombroso, y me daba miedo pensar hasta dónde podían llegar a complicarse las cosas. No me llamaba a engaño sobre lo que podía esperar de un amorío con una mujer como la condesa. Si no acababa con la cabeza a un metro del tronco podía darme por satisfecho. Pero aun así, por Dios que merecía la pena. Por lo pronto me había librado de un matrimonio nefasto, porque ¿cómo habría sido mi vida con Isabel? ¿De sablista cornudo? Me estremecí. De todos modos, tampoco estaba claro cómo debía comportarme en adelante con doña Micaela. ¿Sería éste otro de sus juegos? Tenía claro que pensamientos de ese estilo no iban a llevarme a ninguna parte, así que intenté concentrarme en el motivo de mi visita a aquel mesón. Si en esa habitación estaba Quevedo intentando pasar desapercibido por orden del duque de Osuna, debía encontrar una buena razón para molestarlo. En fin, no sabía qué hacía allí, dispuesto a hacer una pregunta desafortunada en el momento menos oportuno a la persona equivocada, pero ya no había marcha atrás.

No tuve que esperar demasiado. Apenas quince minutos más tarde salió Peñafiel con cara de pocos amigos. Me aseguré de que todo se quedaba tranquilo y luego llamé a la puerta con resolución.

—¿Y ahora qué? —oí gritar dentro, y antes de que tuviera tiempo de contestar se abrió la puerta de golpe y me encontré cara a cara con don Francisco de Quevedo—. ¿Usted quién es? —me espetó sorprendido.

—Isidoro Montemayor —me presenté, pegando la barbilla al pecho—. Me envía don Lope de Vega.

No sé por qué dije eso. Así de pronto me entró el pánico y fue lo primero que se me ocurrió. Y resultó bien. En principio me miró con extrañeza, supongo que esperaba oír que venía de parte de Andrés Velázquez o de alguno de los que repartían sus sobornos, pero el que me enviara Lope de Vega daba una dimensión distinta a mi visita.

Lo que ignoraba era si para bien. Por de pronto dio un paso atrás y me invitó a entrar con un gesto. Estaba solo.

El cuarto era el clásico de un mesón de calidad, no como el de la calle del Negro donde estiraba sus ahorros don Luís de Góngora. Contaba con una cama con dosel, una mesa, un par de sillas y un candelabro de cinco picos. Sobre la mesa había un bufete abierto, un montón de hojas de papel y varias plumas blancas. A su lado, una bandeja con una jarra de vino y un par de vasos. A la izquierda de la puerta humeaba un pebetero que desprendía un tenue aroma de romero.

Entré y me quedé junto a la puerta. Él se llegó renqueante a la ventana y se colocó las antiparras para echar un vistazo al patio. Parecía que había vuelto la calma.

Antes de que me hablara de nuevo tuve tiempo de observarlo con detenimiento. Don Francisco anda por los treinta y tantos y tiene aspecto débil y apocado, a pesar de contar con una melena negra y crespa que le cae hasta los hombros y de brotarle de las cejas y el bigote pelos rojos y duros como cerdas. Supongo que en la primera impresión manda mucho el que sea tan miope, que vaya cargado de espaldas y que ande metiendo los pies. Cojo, cojo, no sé si es, apenas lo vi moverse, pero por si sí o por si no, yo haría caso de los que recomiendan evitar ponerse al alcance de su espada.

De cualquier modo, creo que fue precisamente su forma de andar lo que me hizo recordar la frasecita de la cabeza parlante, ese *cancros* o cangrejo que parecía tener tantos significados. ¿Y si *cancros* se refería a Quevedo? Quevedo hiel del mundo. ¿Por qué no? Había quien decía cosas peores de él.

—¿Cómo ha dado conmigo? —preguntó don Francisco dirigiéndome una mirada penetrante con sus ojos rasgados y turbios.

Le enseñé la moneda de dos caras. Él la cogió, la sopesó y me la tendió de nuevo.

—¿Cómo ha llegado a sus manos?

—La gané en el juego.

—¿No puede ser más explícito? He repartido muchas últimamente.

—Eso he oído. Pero ya ve, en la Corte es tan difícil retener una moneda de oro como guardar un secreto.

—Tal vez. Ya sabe lo que dicen —dijo señalando mi bolsa—: el dinero es como las mujeres, amigo de andar y de que lo manoseen y enemigo de que lo guarden.

—Pero al final deja a todos con dolor de alma.

Quevedo sonrió. Su rostro se dulcificó por un instante.

—¿Y bien? ¿Qué desea de mí? No habrá venido sólo a enseñarme esa moneda.

—Verá, intento localizar a don Alonso Fernández de Avellaneda.

Me miró con cara de extrañeza.

—El autor de la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* —aclaré.

—Algo he oído hablar de eso. ¿Para qué lo busca?

—Mi jefe quiere hablar con él. Está muy disgustado con el uso que ha hecho del *Quijote*. Comprendo que le parezca raro, pero me han dicho que tal vez usted supiera...



—¿Lope le ha dicho eso?

—No exactamente... —dije sintiéndome pillado.

—Entonces, ¿quién?

—Cervantes... —aventuré.

—Tengo la vaga sensación de que pretende tomarme el pelo. ¿A Cervantes le molesta que alguien haya hecho uso de su obra? Es ridículo. Sé de uno que se ha apoderado de un texto mío y lejos de enfadarme me he sentido halagado.

—¿Quién?

—¿No ha leído el *Guzmán de Alfarache*?

—Sí.

—¿De dónde cree que sacó Mateo Alemán las *Premáticas y aranceles generales*?

—Supuse que serían suyos.

—Pues no señor. Son míos. Y no me importa que los haya usado, aunque no es ése mi estilo, yo nunca me apropiaría de nada de otro.

—Eso tiene gracia. Precisamente ayer oí comentar a una señora una anécdota muy graciosa. Resulta que un cura de San Felipe puso una cruz en un rincón donde la gente suele orinar con un cartel que rezaba: NO SE ORINA DONDE ESTÁ LA CRUZ, y dicen que usted cambió el cartel por otro que decía: NO SE PONEN CRUCES DONDE SE ORINA.

—Ja, ja. Vaya... así que eso dicen... —Se quedó pensativo con una sonrisa clavada en el rostro y la mirada perdida.

—Sí, lo oí en una sala de conversación. Y es curioso que...

—A veces se me ocurren esas cosas —me interrumpió—. Pero no entiendo adonde quiere ir a parar.

Me quedé atónito. Le había gustado la anécdota y se la había apropiado como si tal cosa, como un personaje de comedia que eligiera para sí las frases más sonoras.

Del patio se alzó de pronto un rugido que salvó mi desconcierto, las tripas de un dragón quejándose de hambre. Quevedo se asomó a la ventana. Yo le seguí atraído por el escándalo. Se oían voces, insultos, risas. Un penetrante olor a podrido se extendió por la habitación. Alguien había vertido un aceite pestífero en las lamparillas de la escena y el teatro entero olía a cloaca. Quevedo prorrumpió en una carcajada abierta. Me acerqué un poco más. En el escenario, un jorobado vestido de negro (que supuse que sería el autor) insultaba impotente a los reventadores que se agolpaban a las puertas sujetándose las tripas de risa. Quevedo cerró la ventana, pero del mal olor ya no había quien se librara.

—Venga, déjese de rodeos —dijo con cara seria—. Sé bien quién es usted, Isidoro Montemayor. ¿Con quién cree que está hablando? Hace días que oigo el lío que ha montando Robles con esta historia, y no me gusta. Los libreros son gentuza de la peor calaña que viven de exprimir a los escritores, de engañarlos, cualquier cosa que les pase les está bien empleado. Si por eso fuera, no le habría dejado cruzar esa puerta.

Yo le escuchaba un poco sorprendido de su franqueza. De un político no esperaba

más que divagaciones y circunloquios. Puede que estuviese cansado de artimañas cortesanas, o puede que en mi caso simplemente no le mereciera la pena el esfuerzo.

—Pero también he oído hablar de usted por otras causas —continuó—, más lúdicas, si me permite decirlo, algo relacionado con una dama.

Imaginé a quién se refería y me puse en guardia.

—Eso no viene al caso —respondí. Me temo que sonó demasiado cortante.

—¿Cuál es el caso? Dígame, ¿es cierto que mantiene una estrecha amistad con la condesa de Cameros?

—Es posible —reconocí.

—Entonces tiene algo que ofrecer —dijo sonriente—. Empiece otra vez por ahí. Ahora que sabe que yo sé que puede hacer algo por mí, hágame de nuevo la pregunta. ¿Quién es Avellaneda?

—Mi relación con esa señora no...

—No se haga el ofendido, don Isidoro. Si lo entiendo. Es una mujer hermosa...

—Ya le digo que yo no...

—Pero tenga cuidado. Es hidalgo, ¿verdad? Claro, debe de serlo, si no no habría alzado tanto los ojos. Pero aun así parece la cosa un poco desigual, ¿verdad?

—Don Francisco...

—Amigo mío, la mujer es un animal al que hacen poderoso nuestras necesidades. Yo es algo que tengo muy controlado, a Dios gracias. Cuando alguna me gusta demasiado, la imagino padeciendo sus meses, o recién parida, y entonces consigo que me repugne, que me dé horror lo que antes me enamoraba. Es un buen ejercicio mental y los beneficios son inmensos. He logrado llegar hasta aquí libre como el viento, y ya ve, no me va mal. Pero usted tiene cara de bobo, y disculpe mi sinceridad, cualquier desgraciada lo manejaría como a un pelele, excuso decirle la condesa de Cameros. En fin, está avisado. Pero podría hacerme un gran favor —añadió, y sin esperar respuesta se llegó hasta el bufete y se puso a escribir una nota.

El escándalo del corral había cedido por completo. Sólo se oían las voces sueltas de los limpiadores y algunas notas de una canción. El que cantaba parecía estancado siempre en el mismo verso. Me asomé a la ventana. Habían apagado las lámparas del escenario y el corral estaba prácticamente a oscuras, iluminado sólo por los hachones laterales. El rasgar de los escobones de mimbre se unía al de la pluma de don Francisco. A pesar de que el patio estaba al aire libre todavía permanecía en el ambiente el olor a podrido.

—Ya está —dijo don Francisco entregándome una carta sellada dirigida al marqués de Hornacho—. Sólo tiene que dársela a la condesa —añadió, y esperó a que yo la guardase en el jubón para comentar—. ¿Qué quiere que le diga? Yo ni soy ni conozco al tal Avellaneda. ¿Qué le ha hecho pensar que yo haya podido escribir un libro tan aburrido?

Lo miré fijamente.

—Sí. Aburrido. Pero el haberlo leído no me convierte en su autor. También he

leído *Las soledades* del judío.

—A Góngora le gustará saberlo.

—No olvide hacerle notar el lugar de honor que ocupan junto a mi bacinilla.

En ese jueguecito de ironías tenía todas las de perder, así que decidí ir directamente al grano a ver si tenía suerte.

—Tengo entendido que usted es el secretario del duque de Osuna. —Quevedo pareció estirar las orejas, alerta como un potro—. Y he oído comentar que don Pedro se sintió dolido por algunas alusiones que hacía Cervantes a su vida privada en la primera parte del *Ingenioso hidalgo*.

Quevedo sonrió.

—Tonterías. El duque está muy por encima de todo eso. Además, si se tratara de desagraviar a su excelencia, ¿cómo se explica que el libro no le dedique ninguna loa, ningún recuerdo?

Podía ser parte de una estrategia, pensé, para que nadie pudiera acusar a don Pedro de las injurias vertidas sobre Cervantes. De todos modos era absurdo tensar más la cuerda innecesariamente, así que no dije nada.

—¿Qué lee? —me preguntó de pronto don Francisco señalando el librito que se marcaba en el jubón.

Yo saqué mi Garcilaso y se lo tendí.

—¡Garcilaso! Buena elección. Temía que fuera el tal Avellaneda.

—¿Le dice algo la frase *Cancros orbis fel*?

Me miró sin comprender.

—*Cancros orbis fel* —repetí.

—Nada —dijo apoyando la negación con la cabeza—. Que el que la haya formulado no sabe latín. ¿De dónde sale?

—Del marqués de Hornacho. Me temo que es una broma.

—El marqués tiene muchas virtudes, pero carece de sentido del humor. Sin embargo, le gustan los juegos. ¿Con qué motivo se lo dijo?

—Según él ésa fue la contestación de un oráculo a la pregunta de quién es Avellaneda.

—¡Vaya! Una adivinanza. Pero no, el marqués habla latín perfectamente, y esa frase...

Por suerte llamaron a la puerta. Digo por suerte porque así me ahorré la disertación sobre las incorrecciones de la frasecita. El que llamaba era Juanín, el chaval de la compañía. Quevedo entreabrió la puerta y habló con él en voz queda, pero como el chico estaba tan excitado oí toda la conversación. Al principio dijo que le enviaba ella, luego el marido, se disculpaba por no poder cumplir y le pedía ayuda. Don Francisco le rogó que se tranquilizara y le contara qué había sucedido. Yo en aquel momento sospeché de alguna jugada de Ruiz de Alarcón despechado por las burlas, pero qué va, resultó que el marqués de Barcarrota había irrumpido en camerinos y se había encerrado con la comedianta aún vestida de honesta Jacinta (al parecer al marqués le gusta gozar

entre bastidores a las que en escena hacen de virtuosas). El marido había intentado interponerse y el marqués se había limitado a arrojarle una bolsa de monedas y a recomendarle paciencia. «Jodido Barcarrota!», exclamó don Francisco antes de preguntar al muchacho si nadie más había intervenido. El chico dijo que sí, que el alcalde de Casa y Corte había acudido a los gritos con sus corchetes y habían amenazado al marqués con derribar la puerta a golpes. Entonces el marqués, espada en mano, había obligado a la chica a mostrarse desnuda de cintura para abajo delante de la ronda para que todos vieran que tenía el cono rapado, y luego los había echado con amenaza de atravesar al que lo interrumpiera mientras no obtuviese lo que había ido a buscar, y otro tanto le dijo a ella, porque si una puta no servía para darle gusto, mejor estaría muerta. «Y ya ve, al final el ama le ha intentado razonar que había quedado con usted, pero él ha contestado que por eso no tuviera pesar, que usted es ducho en protocolos y sabe cuidar a los amigos.»

Don Francisco dijo que enseguida bajaba y cerró la puerta. Estaba congestionado, la frente húmeda, las venas palpitándole en las sienes. Se quedó pensativo con mi libro en la mano, casi parecía un predicador con su breviario. La decisión que debía tomar no era fácil, y al final ganó la prudencia. Se relajó para darle tiempo al marqués.

—Tal vez no sea una adivinanza, sino un anagrama —dijo retomando nuestra conversación como si nada hubiera ocurrido—. Piense en ello.

Y en tono más festivo, añadió:

—¿No huele la fetidez de los versos de ese Ruiz de Alarcón?

Sin esperar respuesta, abrió el Garcilaso al azar y leyó:

—«Entre las armas del sangriento Marte, do apenas hay quien su furor contraste, hurté de tiempo aquesta breve suma, tomando, ora la espada, ora la pluma» —recitó—. ¡Magnífico! —exclamó, y acto seguido arrancó la página y la echó al pebetero—. Maestro —añadió entrecerrando los ojos como si hablara con el espíritu de Garcilaso—, que tus efluvios limpien el aire de las emanaciones de los malos poetas.

Yo me quedé mudo, inmovilizado pero sintiendo crecer en mi interior el deseo de matarlo. Había que ser hijo de puta para hacer eso con el libro de otro.

—No me mire así, el libro ya estaba falto —dijo devolviéndome el Garcilaso y empujándome hacia la puerta—. Adiós, señor mío, no olvide mi recado y salude de mi parte a don Miguel. Está bien, ¿verdad?

—No, no del todo —dije yo conteniendo la ira—. Don Miguel está enfermo.

—Siento oír eso. ¿Qué tiene?

—El médico ha dicho que mal de orina.

—Y pagará a ese médico, claro.

—Supongo.

—Ahí está el problema. Lo tengo dicho. El que paga al médico estando enfermo difícilmente se curará. A esos hay que pagarlos cuando se está sano, y así se desvivirán para que no enfermes. De la otra forma, cuanto más tiempo dura la enfermedad mejor para sus bolsas. ¿No lo entiende? Hágame caso. Dígale que no pague al médico. Pero

como cosa suya, ¿eh? A mí no me ha visto —dijo cerrando la puerta a mis espaldas.

Necesitaba descansar un poco y estar un rato solo. Supuse que el bodegón de Lazcano estaría cerrado todavía, así que compré una botella de aguardiente en una covachuela de San Felipe y me fui a casa a echarme una siesta de perro. No había comido nada, pero tampoco tenía hambre. Al entrar, escuché el eco de mis pasos en la escalera. El tiempo me pareció denso y caliente. A lo lejos se oía la voz desgarrada de Venancia, aunque no se entendían las palabras. Me acordé de Rosita en la cárcel, de la pequeña depositada en el Loreto, de los muchachos condenados a la horca, de la cripta del hospital de Antón Martín, de los labios de Micaela...

Me quedé dormido. Una hora más tarde oí una voz que me llamaba desde la calle. Me asomé a la ventana y vi a Candil. El lacayo de Lope me miró con alivio.

—Pues me ha dicho don Lope que le entregue este libro de su parte —dijo agitando un librito sobre su cabeza.

—¡Sube!

No me molesté en abrir la puerta. Antes de acostarme me había limitado a sujetarla con una bota, así que el hombre se plantó en mi cuarto antes de que yo acabara de llenar dos vasos de aguardiente. Sin decir una palabra me entregó el librito y una carta de puño y letra de su amo. El libro en cuestión era una edición manuscrita de una obra titulada *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. En la nota, Lope decía: «¿Quién mató al comendador? Le espero tras la puesta de sol. No falte.» Vaya, me dije, por fin Lope da visos de echarme una mano. Así que Jerónimo de Pasamonte, ¿eh? ¿Se tratará del mismo Pasamonte de Cervantes? ¿Será él Avellaneda?

—Pues se diría que alguien ha entrado sin permiso —comentó Candil interrumpiendo mis pensamientos.

—Eres muy observador —dije dejando el libro y la nota sobre la mesa—. ¿Quieres un trago?

—Pues se lo agradezco.

Cogió el vaso que le ofrecía y lo vació de golpe. Yo me limité a besar el borde del mío.

—Tienes sed. ¿Otro?

—Pues... no, gracias. Tengo que llegar a la posta antes de que salgan los jinetes —dijo enseñando un montón de cartas que llevaba bajo el jubón—. Gracias de todos modos.

Intentó Candil cerrar la puerta, pero la hoja se fue abriendo poco a poco. Le di un empujón y volví a poner la bota de tope.

Cogí el libro. Me acordaba del Ginés de Pasamonte del *Quijote*, el personaje condenado a galeras que el caballero libera de una cuerda de presos y que luego reaparece para robar el burro a Sancho y la espada a su benefactor. Hojeé el manuscrito con dejadez, la letra era torpe y confusa, se veía que el copista era bastante malo. Me dio una tremenda pereza leerlo. Me vinieron entonces a la cabeza las palabras de Quevedo, el comentario del anagrama, así que rebusqué un trozo de papel, escribí

*Cancros orbis fel* y empecé a puntear las letras, pero no logré componer nada ni remotamente parecido a Jerónimo ni a Ginés de Pasamonte. Tampoco debía extrañarme. Incluso en el supuesto de que se tratara de un anagrama no tenía por qué ocultar un nombre. Podía ser cualquier cosa: un animal, un lugar, un apodo.

Arrojé la pluma sobre la mesa haciendo saltar un salpicón de tinta. Puede que al marqués le gustaran los jueguecitos, pero a mí no me hacían maldita la gracia. Si tenía algo que decir, que lo hiciera a las claras. Me entró hambre. Cogí un mendrugo de pan, lo eché en vino con un poco de azúcar y me hice unas sopas. Luego, saciado, me tumbé de nuevo en la cama y me volví a dormir.

Fui a casa de don Lope de Vega con el libro de Pasamonte bajo el brazo. Las mujeres regaban a manotazos las puertas de sus casas. Bandadas de vencejos bajaban a beber a los charcos y regatos haciendo piruetas a velocidad de vértigo para no chocar entre ellos ni contra los muros de los edificios.

El mensaje no había sido muy preciso en lo referente a la hora, así que fui antes de cenar por si había suerte. En cuanto llegué, Catalina me llevó directamente al despacho donde estaba reunido el maestro con don Alonso de Contreras, quien seguía instalado allí como en su propia casa, y otro tipo cuyo aspecto me resultó vagamente familiar. Se trataba de un hombre grande, viejo, de rostro seco y atezado y un ojo cubierto con un paño. Tenía el labio partido por una cicatriz, causada seguramente por el mismo golpe que le había roto el diente cuyo raigón asomaba solitario de la encía superior.

Al entrar hice una profunda reverencia que abarcó a todos los presentes.

—Don Isidoro, me alegra verlo —dijo Lope jovial—. No sabía que tuviese tan buenos amigos: la condesa de Cameros, el marqués de Hornacho...

—Los conozco, pero sería osado por mi parte decir que son mis amigos —dije sorprendido del recibimiento.

Esa entrada tan directa me hizo sentirme incómodo, así que agucé los sentidos dispuesto a extremar las precauciones. El que estuviera allí don Alonso no contribuyó precisamente a tranquilizarme.

—No sea modesto —insistió Lope afectuoso—. Ellos lo tienen en gran estima.

¿Ellos?, pensé. No era imposible que a Lope le hubiese llegado algún elogio hacia mi persona por parte de la condesa, pero... ¿el marqués? Lo único que sabía de él era que su mujer se había quitado la vida por no estaba claro qué motivo y que era un coleccionista con pocos escrúpulos y muchas ganas de tomarme el pelo. Claro que, visto el trato que recibía él de su bien amado duque de Sessa, no era raro que pensase que eso era tenerme estima. De todos modos recibí con satisfacción su cambio de actitud, da gusto que los demás crean que pueden sacar algo de tu aprecio.

—Le aseguro que no es modestia. Me limito a servirles lo mejor que sé —dije lo más ambiguamente que pude.

Contreras y el tuerto me miraron con complacencia. Se mascaba en el ambiente cierto aire de festejo, una tensión eufórica que yo no acababa de entender y mucho menos de compartir.

—Por cierto —comentó Lope—, he estado reflexionando sobre su idea de Fuente Ovejuna. Creo que la voy a utilizar. Al fin y al cabo tenía usted razón, el tema de fondo ya lo traté en Peribáñez y tuvo muy buena acogida...

—Me alegro —respondí todavía inseguro.

—Si no recuerdo mal, habíamos hecho un trato.

Yo asentí. Aquello sí que era totalmente inesperado. De pronto tuve una visión de Contreras saltando sobre mí y cosiéndome a puñaladas, una mala pasada de la imaginación que no hubiera resultado más sorprendente que el discursito feliz y conciliador del maestro.

—Don Isidoro —dijo Lope entonces—, disculpe mi despiste, me parece que no le he presentado a don Jerónimo de Pasamonte.

El tuerto se puso en pie y me dedicó un saludo breve y afectado. Seguía teniendo la sensación de haberlo visto antes aunque no sabía dónde, y creo que a él le ocurría otro tanto.

—No he tenido tiempo de leer su libro —confesé poniendo cara de circunstancias...

Le tendí el manuscrito, pero Pasamonte lo rechazó con un gesto.

—No importa, ya lo leerá. Consérvelo. Es un regalo —dijo.

Su voz sonó profunda y quebrada, directamente del estómago.

—Es una obra magnífica —opinó Lope—, llena de aventuras. ¡Para que luego critiquen lo que yo escribo! La realidad da mil vueltas a cualquier fantasía.

Todos estuvieron de acuerdo. Yo me agité nervioso.

—Bien, señor Montemayor, le alegrará saber que al final ha logrado su propósito —añadió Lope.

Lo miré sin comprender.

—Tiene ante usted a don Alonso Fernández de Avellaneda.

Me quedé en suspenso, como si Lope no hubiera acabado la frase. Luego, al ver que callaba pensé que se trataba de una broma, era imposible que de repente me fuera a encontrar de cara con alguien que dijera: «Hola, soy Alonso Fernández de Avellaneda.» No digo que la realidad no supere a la ficción, pero esas cosas simplemente no suceden.

Jerónimo de Pasamonte me dedicó una media sonrisa un tanto burlona. De pronto me acordé de dónde lo había visto antes, era el tipo del mono adivino a quien vi preparando su tingladillo de marionetas en el mesón de Chete.

—Maese Pedro —dije despacio—. Me da la sensación de que tiene usted demasiados nombres para que alguno sea cierto.

—Mi nombre es Jerónimo de Pasamonte —respondió él con aplomo—. Lo de maese Pedro es circunstancial, por motivos de trabajo y ciertos malentendidos con la justicia. Lo de Avellaneda no fue cosa mía.

—¿De quién entonces?

—Del que publicó el libro.

—¡Ja! Felipe Roberto también es un fantasma.

—Me refiero al que pagó la edición.

—¿No fue usted?

Me miró sorprendido.

—Yo no tengo donde caerme muerto —dijo muy serio—. Si hubiese tenido dinero para editar ese libro, ¿cree usted que me dedicaría a recorrer los caminos con un cajón de marionetas?

El argumento era de peso, pero el tal Pasamonte tenía cara de mentiroso. Su ojo bueno brillaba húmedo y la cicatriz del labio le torcía la boca como anunciando una risita socarrona.

—Pero los insultos y las injurias sí son cosa suya —afirmé rotundo.

Pasamonte meditó la repuesta.

—No —dijo con voz reposada—. La historia ya estaba trazada. A mí me contrató un tal Blanco de Paz, un tipo que estaba demenciado y que decía que había compartido cautiverio con Cervantes. Tenía que haber visto el borrador original —comentó dirigiéndose a Lope—, ese sí que daba miedo. Yo intenté suprimir los insultos, pero él exigía que constaran. De insultos nada, decía él, esto es la verdad, sólo la verdad. Al final, poco antes de acabar el encargo, Blanco de Paz desapareció y yo decidí por mi cuenta eliminar la mayor parte.

—Alguno quedó.

—Es posible. Mire, no le voy a engañar. A mí Cervantes no me cae nada bien, me parece un hipócrita egoísta, pero nunca he pretendido injurarlo.

—Entonces, Blanco de Paz tampoco es el editor.

—No. Ése estaba a sueldo como yo.

—¿Y no sabe quién ni por qué les hizo ese encargo?

Pasamonte se encogió de hombros. Se hizo un silencio incómodo.

—No me haga mucho caso, pero creo que la intención era picar a Cervantes, estimularlo, por eso yo no acababa de entender lo de los insultos, pero Blanco de Paz lo odiaba de verdad. Lo llamaba el bujarrón hijoputa y cosas así.

—¿Había motivo para tanta inquina?

Lope se agitó inquieto en su silla. Sabía que era probable que aquella conversación trascendiera y le resultaba incómodo tratar ciertas cosas.

—¿Qué quiere saber? —preguntó de pronto el maestro. Parecía tener prisa por dejar el asunto zanjado—. ¿Si Cervantes era el bujarrón que decía el otro?

—Todo el mundo sabe que un turco prefiere un mancebo a una mujer —murmuró Contreras.

—¿Y cómo lo voy a saber? —dijo Pasamonte ignorando el comentario de don Alonso—. Yo también fui prisionero de los turcos, dieciocho años, para ser preciso, más que Cervantes y Blanco de Paz juntos, pero no llegué a conocerlos en Argel. A ninguno de los dos.

—Don Miguel me contó que hubo una investigación cuando lo liberaron —comenté yo—, que Blanco de Paz lo acusó de inmoralidad y que lo declararon inocente.



Pasamonte buscó mi mirada. Una legaña blanca parecía tallada en el lagrimal de su único ojo como una perla diminuta.

—Blanco de Paz me habló de ello. Es raro, sí —reconoció a regañadientes.

—¿No se conocen casos similares?

—Yo mismo estoy aquí entero e intenté fugarme tres veces, y eso que a muchos de mis compañeros los mataron o los mutilaron. Pero también es verdad que yo nunca me presenté como cabecilla ante Hasán Bajá.

—¿Nunca recibió ningún castigo? —pregunté con curiosidad.

—Una vez me dieron 500 azotes que me pusieron a las puertas de la muerte, y otras varias 200, e innumerables pequeñas palizas. Tenga en cuenta que la mayor parte de esos 18 años los pasé apaleando sardinas encadenado en una galera.

—Pues para no conocerlo personalmente parece que Cervantes sabe mucho de usted, porque en su *Quijote* lo saca como condenado a galeras.

—Cervantes sí ha leído mi biografía —dijo forzando una media sonrisa. Yo me di por aludido, pero no hice ningún comentario—. Eso seguro. Lo de la condena es una broma sin gracia, porque yo estuve de galeoto por soldado y buen cristiano, y no por ladrón, como dice él en su novelita. Parece mentira que don Miguel trate así a un compañero de Lepanto.

Lope cabeceó con expresión resignada, pero no abrió la boca.

—¿Por eso se animó usted a escribir la segunda parte?

—Desde luego. Aquello fue indigno. Además —añadió bajando el tono—, la soldada era buena.

—¿Y por qué se anima ahora a contarme todo esto?

Pasamonte lanzó una mirada a Lope de Vega, quien asintió imperceptiblemente.

—La soldada también es buena.

—¿Le pagan para que hable?

Pasamonte calló dubitativo.

—El marqués de Hornacho —dijo Lope con autoridad—, nos ha rogado que le echemos una mano en su búsqueda.

—¿Hornacho?

—Por lo que he entendido —dijo Lope—, es su forma de agradecer su interés en aclarar la muerte de su esposa.

Yo miré a Lope con desilusión. No sé por qué estúpido motivo había creído que iba en serio lo de cumplir con su parte de nuestro pequeño acuerdo. En fin, hay gente a la que sólo es posible acercarse blandiendo una bolsa de oro. De todos modos, el marqués de Hornacho demostraba tener mejores fuentes de información que las mías, y si había logrado dar con el autor material del segundo *Quijote* y lo había sobornado para que hablara conmigo, seguramente habría llegado más lejos y conocería también al inductor.

—¿Les dice algo el nombre de *Cancros*? —pregunté esperanzado.

Se miraron unos a otros con extrañeza.

—No —respondió Lope por los tres.

—¿Seguro? *Cancros orbis fel.* ¿No les dice nada?

Los dos soldados callaron y Lope inició una protesta por mezclar una palabra en romance con otras en latín, pero interrumpió a medias su discurso. Claramente no venía al caso.

—¿Qué significa? —preguntó Pasamonte.

—Lo ignoro. Es un juego de palabras del marqués. Por cierto, ¿a qué se dedicaba Blanco de Paz?

Pasamonte meditó unos instantes antes de responder.

—Nunca lo tuve muy claro, la verdad. Vestía hábito de dominico, aunque dudo que lo fuera. Demasiado ajado para ser real. Para mí que era una especie de disfraz.

—¿Y lo de la defensa de don Lope?

—Eso fue idea mía, porque admiro al maestro —dijo dedicándole a éste una cortés zalema.

Lope se llevó la mano al pecho para agradecer el repentino homenaje.

—¿Y seguro que no sabe de quién partió la idea?

—No.

—¡Cómo que no lo sabe! —exclamé indignado. Empezaba a estar harto de tantas medias palabras—. Alguien le pagaría cuando entregó el original.

—Un chaval vino a buscarlo. Me entregó una bolsa con escudos y yo le di el manuscrito. Fin del acto.

Jerónimo de Pasamonte entrecerró un poco su ojo sano e hizo un gesto con los hombros como para recolocarse los correajes. De su tahalí colgaba un tubo de plomo similar al mío, un tubo de soldado donde debía de llevar los documentos que acreditaban su pasado militar, su redención como cautivo, los certificados de sus confesiones generales al volver de tierra de turcos. Supuse que estaba todo dicho, así que pensé avisarle de las consecuencias de su confesión.

—¿Sabe para quién trabajo, verdad?

Pasamonte asintió en silencio.

—Pudiera tener problemas cuando Robles sepa...

—No se preocupe por eso. El señor marqués me ha pagado muy bien. Sólo necesito unas horas para poner tierra de por medio. Me iré una temporada a Aragón, a Barcelona, y puede que vuelva a Nápoles. Echo de menos Nápoles, ciudad divina.

Estaba a punto de cumplir mi encargo, y sin embargo me sentía vacío. Me había creado demasiadas expectativas para encontrarme al final con que Avellaneda era una hidra con una cabeza de monje medio demenciado y otra de titiritero. ¿Era posible que no me quedara nada por hacer? ¿Ir a ver a Robles y darle los nombres de Blanco de Paz y de Jerónimo de Pasamonte? Supongo que eso hubiera sido lo inteligente, cobrar lo prometido y dejar que el jefe hiciera lo que le pareciese oportuno, que no sería mucho. Uno de los sujetos había desaparecido incluso antes de acabar la novela y el otro se esfumaría en cuestión de horas. Sólo yo sabía que faltaba lo más importante, descubrir quién los había contratado y, sobre todo, aunque eso era ya más una cuestión personal,

averiguar por qué.

Un pensamiento empezó a pesar más que cualquier sensación de derrota. En cuanto informara a Robles del resultado de mis pesquisas tendría dinero para pagar a don César mi ejecutoria de hidalguía, y eso dio alas a mis pies camino a casa. A Pasamonte le había prometido el plazo de esa noche para cubrir su huida, y estaba dispuesto a cumplirlo.

La calle de la Montera volvía a vestirse de estrellas. Llevaba todo el día prácticamente en ayunas, así que compré un par de empanadas de a cuarto en el bodegón de Lazcano y las fui comiendo camino a casa. Al entrar en la calle de la Flor alcé los ojos hacia el balcón de Rosita con la vana ilusión de ver su pañuelo atado a la baranda. Esa noche sus hermanos no harían tiempo dando vueltas a la manzana. Pero algo más había cambiado en el paisaje. Dos cerdos rondaban un poste clavado frente a la puerta, hozaban en torno suyo y se alzaban sobre sus patas traseras intentando alcanzar algo que colgaba de la punta. Me acerqué a echar un vistazo. Del extremo de aquella pica colgaban dos manos atravesadas por un garfio, despojos de ladrones expuestos en el lugar de su delito para escarmiento del pueblo. De inmediato pensé en los hermanos de Rosita, recordé la pena de muerte que pesaba sobre ellos y me estremecí al pensar que esas manos estaban allí para que yo viese cumplida mi venganza.

Entré en la casa apesadumbrado. Antes de subir me metí en el corral a echar una meada. Oí un ruido extraño. Algo o alguien se agitaba en un esquinazo cerca de los jaulones. Lo primero que se me ocurrió fue que otro cerdo se había colado en casa y hozaba en el patio comistrajeando restos de la comida de las gallinas. Luego, de pronto, pensé que podía ser Santiago esperándome, así que desenfundé la vizcaína y di un par de pasos hacia la sombra.

—Soy yo, don Isidoro —dijo Pitu con voz entrecortada.

—¿Pero qué hace aquí, hombre de Dios? —pregunté alarmado.

No me contestó. Sollozaba lenta y pesadamente, como el ulular de un mochuelo.

—¿Le ocurre algo?

—La han matado —balbució.

—Cómo que la han matado —dije—. ¿A quién?

—A Ro-ro-sita.

Fue un cubo de agua fría.

—No diga tonterías —reaccioné—. Han colgado a sus hermanos. He visto las manos, pero Rosita es menor de edad.

—¡La han matado, don Isidoro! —gritó, y luego añadió otra vez entre sollozos—, yo lo he visto. La he visto morir.

Guardé la vizcaína. Pitu estaba sentado en un cajón de madera, las piernas separadas y los brazos extendidos y apoyados en las rodillas. Tenía la vista fija en la botella de aguardiente que sostenía con la mano derecha y lloraba, lloraba sin descanso.

—Los sacaron a la vergüenza —dijo después de sorberse los mocos y pasarse la

manga por la nariz— montados en tres asnos, sin camisa. Ella iba la última. En cabeza de la comitiva un pregonero chillaba los delitos, «¡a la mujer por ladrona!», decía, y detrás de cada uno un alguacil con una vara les iba abriendo las espaldas. Daba pena ver a la muchacha con esos pechitos como ciruelas maduras. No levantaba la vista del suelo, la pobre, la cara descubierta, ni para gritar le quedaban fuerzas. Un alguacil marchaba a su lado para que no cayera del asno a cada golpe del verdugo. Doscientos azotes le dieron antes de llegar al cadalso.

—Pero no podían ahorcarla —protesté.

—No la han ahorcado, aunque quizás hubiera sido mejor. En cuanto acabaron con los muchachos, a ella..., a ella le cortaron las... orejas, ¡Dios mío, aún puedo oír sus gritos!, y..., y la colgaron del pelo para que toda la plaza pudiera verla.

Una arcada de angustia me oprimió los pulmones hasta el último hálito. Sentí un dolor profundo, húmedo y visceral.

—Intenté evitarlo, pero no me dio. Cuarenta reales de a ocho me pidió el alguacil para ahorrarle el suplicio a la chiquilla y no los pude juntar. Le estuve buscando, don Isidoro, pero no lo hallé por ninguna parte..., no lo hallé..., todo el mundo la ha abandonado... Cuando he llegado esta noche la he descolgado ya muerta.

Un suave halo de luz nos envolvió. En la puerta del patio estaba Venancia con el brazo en alto sosteniendo un candil.

—¿Entrarás de una vez, medio hombre? —escupió la mujer—. Buenas noches, don Isidoro —añadió cambiando de tono en cuanto me vio—. No pierda el tiempo con ese mandria que no se merece ni el pan que come.

Pitu no contestó. La mujer lo miró con desprecio y se dio la vuelta. Volvimos a quedarnos a oscuras, más que antes mientras se volvían a acostumbrar nuestros ojos a la noche. Del interior del zaguán nos llegó nítida la voz de Venancia camino de su casa.

—Ya te enseñaré yo a respetarme —decía la mujer—, claro que sí, aunque sea a palos, pero vas a aprender...

—Yo robé su casa —dijo Pitu de pronto—. ¡Deténgame, máteme, ensárteme con su cuchillo! —suplicó—. Quí... te... me la vi...da —repitió entre sollozos.

—Vamos, Pitu, no digas tonterías —respondí yo.

—¿No me cree? Fui yo, fui yo. ¡Fui yo! —gritó... y ella lo sabía.

—¿A quién se refiere? ¿A Rosita?

—Mi mujer..., ella lo sabía. Me descubrió... yo decía que me robaban en el mercado para despistar el dinero de las ventas y poder pagar las atenciones de la muchacha, pero Venancia se acabó dando cuenta, era demasiado..., era demasiado... Pero yo no podía dejar de ver a Rosita, así que cuando usted se fue a Toledo entré en su casa. Venancia me sorprendió y llamó a los alguaciles, creo que quería denunciarme pero al final debió pensar en Nicolasete, en el escándalo, y optó por entregar a los muchachos.

Pitu se cubrió la cara con las manos. La botella cayó al suelo y dio un par de vueltas hasta chocar con su pie.

—Yo no dije nada —murmuró Pitu en cuanto recuperó el resuello—, dejé que los sacaran a golpes de la casa. Ellos decían que los dejaran, que eran inocentes, pero mi mujer gritaba más alto y más fuerte: ¡ladrones!, ¡ladrones!, ¡asesinos!... De nada les valieron las súplicas. Ella misma llevó a Rosita del pelo hasta el cuartel. Por venganza... Por venganza... Por venganza...

Oí las campanadas de la media noche sentado en mi mesa a la luz tenue y titilante de un candil. Apenas me quedaba aceite. Muy lejana me parecía la ocasión en que encendí las cuatro piqueras para estrenar mi recién nacida buena estrella. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una semana, diez días? Estaba cansado. Los ojos me escocían como si me los hubiesen espolvoreado con sal. Sin embargo, no quería irme a la cama. Por un lado la mirada atónita de Rosita se había instalado ya en mi imaginación, y por otro no dejaba de dar vueltas a los sucesos de los últimos días, sobre todo los vividos a lo largo de esa tarde tan intensa, las mentiras, los comentarios, las revelaciones...

De pronto tuve una iluminación. Revolví entre los papeles de la mesa y recuperé el papelito con la frase del oráculo de Afrodita: *Cancros orbis fel*. No es posible, me dije intentando ahuyentar por absurda la idea que se me acababa de ocurrir. Todo el cansancio desapareció de golpe. Empecé a puntear las letras una y otra vez en busca del error, pero no lo había. Cogí el trocito de papel, que aún conservo, y salí de casa sin preocuparme siquiera de atrancar la puerta. Corrí por las calles silenciosas. Los animales de la noche, los que salen a devorar la carroña de las calles al amparo de la oscuridad, huían ante mí espantados. Muchas casas permanecían aún abiertas y a sus puertas los vecinos formaban tertulias sentados en círculo en sus sillitas de anea para aliviarse del calor del día. Unos y otros enmudecían al verme correr de aquella manera y miraban a mi espalda en busca de mi perseguidor. Al no verlo, imagino que se dirigirían miradas de inteligencia y se señalarían la sien con el dedo. A mí poco me importaba. En aquel momento había perdido toda relación con el mundo.

Llegué al palacio de la condesa empapado en sudor. Después de haber corrido tanto, me demoré en la puerta indeciso. Acaricié la aldaba, una cabeza de león labrada en bronce que sujetaba una anilla en la boca. Cuando me decidí, sus golpes metálicos resonaron en la calle. Un criado de mal humor me franqueó la entrada. Pedí ser recibido por la condesa en el acto, así era de grave mi mensaje. No tuve que esperar mucho. En vez del portero salió a buscarme una camarera para conducirme hasta las habitaciones de su señora.

Doña Micaela me esperaba en el estrado vestida de noche, sentada sobre una colorida alfombra persa y medio recostada en almohadones de seda. En los cuatro ángulos de la estancia había búcaros rellenos de agua perfumada que no lograban tapar el lejano olor a cal de los muros recién enlucidos. Un zócalo de esterilla de palma rodeaba la habitación, y por encima de éste se alternaban espejos y cuadros. Sobre el sitio que ocupaba la anfitriona destacaba uno bastante atrevido de Diana cazadora.

—Pues sí que es usted impetuoso, don Isidoro, cuando le dije que viniera a verme «mañana» no me refería a la madrugada —dijo doña Micaela sonriente señalándome

una silla baja.

Estaba preciosa. Intenté recordar los consejos de Quevedo para librarme de su embrujo, pero ni así logré dejar de temblar.

Una criada arrodillada a su espalda le cepillaba el pelo lentamente. Envidié la soltura con que hundía sus dedos en esa preciosa maraña de seda.

—Discúlpeme, señora, pero traigo novedades que quisiera comentar con usted —dije yo aún de pie.

—¿Urgentes?

—Me queman la garganta.

Doña Micaela me miró preocupada, hizo un gesto a la peinadora y la muchacha abandonó la habitación. Luego se desplazó un poco hacia mí, se apoyó en la barandilla y me hizo señas de que me acercara. Yo me dejé caer en el borde del estrado.

—Tú dirás —dijo volviendo al tuteo.

—¿Le contaste al marqués nuestro primer encuentro?

—Sí, aquel mismo día, o al día siguiente, no recuerdo. A raíz de eso me contó algunas cosas de mi tía que sirvieron para darme cuenta de mi error. ¿Es importante?

Respiré hondo.

—¿Y tienes algo que ver con don Lope de Vega y Carpio?

—Disfruto mucho con sus comedias.

—Me refiero a si lo conoces.

—Claro. He coincidido con él muchas veces.

—¿Lo has visto últimamente? —insistí visiblemente alterado.

—Isidoro, ya es suficiente —dijo ella molesta—. ¿Me quieres explicar a qué viene este interrogatorio?

Procuré calmarme un poco antes de responder.

—Don Lope de Vega me ha invitado a su casa para presentarme a un amigo suyo: Jerónimo de Pasamonte —dije observando su reacción.

La condesa me escuchaba intrigada, pero no hizo ningún gesto que me hiciera sospechar que sabía de qué le estaba hablando.

—Pasamonte ha reconocido que él es Alonso Fernández de Avellaneda.

—¡Vaya! —exclamó con una gran sonrisa en el rostro—, eso sí que es una sorpresa. Pero no estés tan serio, ya has conseguido lo que querías, ¿no?, deberíamos celebrarlo.

—Espera —dije alzando la mano—. Pasamonte me ha dicho que él escribió la segunda parte del Quijote junto a un tal Juan Blanco de Paz, quien por cierto desapareció a mitad de la redacción. Pero la idea no fue suya. El trabajo fue encargado por un tercero, un personaje secreto y desconocido.

La condesa me miraba la boca mientras hablaba, parecía muy interesada en el movimiento de mi bigote.

—Y al preguntarle por qué me lo contaba me contestó que porque el marqués de Hornacho le había pagado para que lo hiciera.

—¿Mi tío? ¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

—Lope dijo que era una muestra de agradecimiento por haberme interesado en la muerte de su esposa. ¿Tiene eso sentido?

Micaela me miró en silencio. Parecía tan despistada como yo.

—¿Recuerdas la frase de la cabeza parlante? —pregunté.

La condesa asintió.

—*Cancros orbis fel* —dije repitiendo las palabras como si no me hubiera contestado.

—Lo recuerdo —insistió—. ¿Dónde quieres ir a parar?

—¿Hasta cuándo piensas seguir burlándote de mí?

La condesa abrió los ojos con expresión de sorpresa.

—Te aseguro que no sé de qué me hablas —dijo ella pasmada por mi repentino ataque.

Apenas unos dedos separaban nuestros rostros. Iniciamos al unísono una breve aproximación, los labios se rozaron, casi llego a atrapar la punta de su lengua. Aquello era peor que el suplicio de Tántalo.

—Francisco Robles —dije, incapaz de aguantar la tensión.

En cuanto solté el nombre me quedé mirándola.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—*Cancros orbis fel* es un anagrama de Francisco Robles. Lo he comprobado letra por letra.

—¿Y eso qué significa? ¿No fue Robles quien te encargó buscar a Avellaneda?

—Sí, él fue. Esperaba que tú me lo aclarases.

La condesa se puso en pie de un salto.

—Francisco Robles —musitó—. Creo que tenemos que ver a mi tío.

Su voz sonó firme y decidida, sus órdenes claras y escuetas. Apenas comunicó sus deseos un morillero corrió hacia el palacio del marqués para dar aviso de nuestra visita. Poco más tarde marchamos los dos en su coche dispuestos a no cejar hasta obtener todas las respuestas.

—Querida sobrina, adelante. Señor Montemayor, hace tiempo que lo esperaba.

El marqués de Hornacho estaba instalado en un balcón abierto de par en par, mirando el cielo a través de lo que me pareció un tubo de bronce. Sobre una mesita a su derecha ardía una pequeña lamparilla con que iluminaba las páginas de un libro.

Nos habían conducido hasta él a través de una enorme sala rectangular cubierta por una bóveda de cañón acristalada. En el trayecto, el repiqueteo de las pisadas quedó amortiguado por el murmullo acuoso del traje de doña Micaela. A medida que avanzábamos, el jirón de luz parecía despertar a las figuras de los cuadros que corrían a esconderse entre las sombras.

—Este aparato es asombroso —dijo el marqués moviendo un poco una ruedecita—. Lo he recibido esta misma tarde. Acércate, Micaela, ven a echar un vistazo —añadió sin apartar el ojo del agujero. La condesa no se movió—. Cuando leí el libro no podía

creerlo. Ahí dice que la Luna no es totalmente esférica y que además su superficie no es regular como se cree, sino desigual, escabrosa, con cavidades y protuberancias. Si no lo veo no lo creo.

Alzó la vista hacia mí.

—Se preguntará qué importancia puede tener eso. Pues que de ser cierto, demostraría que las características de la Tierra no son únicas en el universo, en contra de lo que dice la Biblia. Asombroso, ¿verdad? Mire, mire —dijo tendiéndome el librito—. Y además, este tal Galileo afirma que la luz de la Luna se debe a la reflexión de la luz procedente de la Tierra iluminada por el Sol...

Cogí el libro que me ofrecía y lo incliné en dirección a la llama para leer la portada. *Sidereus nuncius*, se titulaba, *El mensajero sideral*, escrito por quien acababa de citar, un italiano llamado Galileo.

Dos golpes firmes en la puerta interrumpieron la perorata astrológica del marqués. Se abrió una de las hojas y el corazón me dio un vuelco. Allí firme, con un hachón en la mano, estaba el hombre de pelo blanco que había sorprendido siguiéndome un par de días antes, el que se esfumó en cuanto me encontré con los lacayos de la condesa.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento —dijo el tipo hincando una rodilla en el suelo.

—Por siempre alabado sea —respondimos al unísono.

Se apartó entonces para dejar franco el paso a una docena de pajes, unos con grandes candelabros, otros con velones de fino aceite de oliva, de ese que arde sin humo, y en un momento convirtieron la noche en día. En ese instante tuvimos conciencia de dónde nos encontrábamos, una sala enorme con todas las paredes cubiertas del suelo al techo de estanterías llenas de libros. No he vuelto a ver una biblioteca como aquella, y eso que la de doña Micaela tampoco está mal surtida.

Los portadores de lámparas desaparecieron en cuanto dejaron su carga de luz. El del hachón, como corresponde a un sirviente de alto rango, lo hizo en último lugar cerrando la puerta tras de sí. Por un momento estuve tentado de preguntarle por qué me seguía la otra tarde, pero intuí que sería mejor tener un poco de paciencia.

Antes de nada saqué la carta de Quevedo y se la entregué al marqués en propia mano.

—No lleva remite, pero creo que usted sabe quién la envía —le dije en tono confidencial—. Tenía instrucciones de hacérsela llegar a través de doña Micaela, pero ya que estoy aquí...

El marqués de Hornacho sonrió. Con lentitud enervante, inspiró una pulgarada de tabaco en polvo que extrajo de una diminuta tabaquera. Al instante se le contrajo la cara y estampó un sonoro estornudo contra un lienzo que se sacó del pecho.

—Dejemos esto ahora —dijo atusándose el bigote. Dudó un instante antes de guardarse la carta de Quevedo en el puño del jubón—, y vayamos a lo nuestro. Usted no ha venido aquí a hablar de astronomía ni a traerme cartas, ¿verdad?

—*Cancros orbis fel*—dije yo, y después de unos segundos añadí—: Francisco



Robles.

—¡Enhorabuena! —exclamó el marqués sinceramente complacido—. Aunque le ha costado más de lo que yo esperaba. Pensé que los errores sintácticos hacían evidente que el oráculo no se podía tratar como una frase en sí...

—He hecho lo que he podido —me disculpé un poco molesto—. Lo descubrí en cuanto tuve un motivo para sospechar.

—¿Cuál fue ese motivo?

—Un comentario de Jerónimo de Pasamonte. Dijo que el que lo contrató no parecía que deseara hundir o humillar a Cervantes, sino estimularlo, y recordé que ésa había sido la obsesión de Robles en los últimos años, incitar a don Miguel a escribir la segunda parte de su *Quijote*.

El marqués asintió en silencio.

—Pero el que ésa sea la respuesta a su adivinanza no quiere decir que sea verdad —dije desafiante—. ¿Tiene alguna prueba de que Robles haya pagado a Blanco de Paz y a Pasamonte para que escribieran el segundo *Quijote*?

—¡Oh!, sí, de eso puede estar seguro. ¿Necesita pruebas? Se las puedo facilitar, empezando por el testimonio de los autores materiales.

—Pasamonte no sabía nada de Robles..., al menos eso me dijo.

—Don Isidoro, hace tiempo que conozco a Lope. Al igual que usted supuse que él sabría quién era el autor, y como ha podido comprobar puedo ser muy persuasivo.

—¿Por qué Lope y Pasamonte se han callado ese detalle?

—Yo se lo pedí. Usted ya disponía de las claves para desvelar el resto. Era mi modo de asegurar su visita —dijo tras una pequeña pausa.

Tardé un poco en asimilar lo que acababa de oír. Todo parecía encajar, pero faltaba un último detalle en esa historia: ¿por qué había planeado el marqués mi visita? ¿Que quería de mí?

—¿Quiere decir que Robles ha montado este circo para incitar a Cervantes a escribir su aplazada segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*? —pregunté para comprobar que había entendido bien el asunto.

—Sí —respondió tajante el marqués de Hornacho—. Robles encargó escribir otro *Quijote* a un par de desgraciados y de paso les sugirió que se metieran un poco con don Miguel para ver si así lograba despertarlo de su letargo.

—Pues acertó con los sujetos.

—Y luego le puso a usted a remover el cieno.

—Creo que eso también lo ha conseguido. Pero ¿por qué me cuenta todo esto? —pregunté inquieto—. Y si me permite preguntarlo, ¿qué le va a usted en esta historia?

La condesa se acercó un poco a mí. En mi fuero interno agradecí su presencia, no me hubiera gustado estar allí solo.

—Sentémonos un momento —propuso pensativo su tío—. Quiero contarle algo.

El marqués tiró de un cordón disimulado tras una cortina y luego nos condujo hacia un rincón en el que había una mesa baja y varias sillas fraileras con mullidos

almohadones de pluma. Al instante apareció el hombre del pelo gris con un refrigerio. Sin mediar palabra escanció tres vasos de vino y se retiró.

—En primer lugar —dijo el marqués—, debo confesar que no me sorprendió la muerte de mi esposa. Me temo que no era la primera vez que intentaba suicidarse.

Aquella declaración me cogió desprevenido, no veía relación alguna con el tema que estábamos tratando. Además, me extrañó la naturalidad con que el marqués usó la palabra «suicidio» y que los criados no me hubieran dicho nada. Lancé una mirada de reproche a la condesa por habérmelo ocultado, pero descubrí que tenía la misma cara de sorpresa que yo.

—Nadie lo sabe —aclaró Hornacho dirigiéndose a la condesa en tono de disculpa—. Ni siquiera tú, querida mía, ni sus camareras, a quienes sé que estuvo usted interrogando el otro día. Todas son nuevas. Las de entonces las envié a sus pueblos con una buena dote. No se puede tener en el servicio a personas que conocen tus debilidades.

Los tres nos quedamos en silencio. A través de las ventanas abiertas oímos el toque de maitines de un convento cercano. Los grillos cantaban intermitentemente en la oscuridad y el aire se cargó de olor a dondiego.

—Usted sabía que jugaba —dije yo para ayudarle a retomar la narración.

—Desde luego... —dijo él—, pero su muerte no tuvo nada que ver con el juego. Si acaso puede que sirviera de detonante, pero nada más. Por desgracia, mi mujer padecía otros males. Era una mujer enferma. El juego la ayudaba, la distraía. Desde luego que se disgustaba cuando yo me enteraba de sus pérdidas, pero claro, no es fácil ocultar una cosa así, ¿verdad?

—Entonces sabe lo de las fuentes...

—Señor mío, ¿debo aclararle de qué cariz es la unión que mantienen unos esposos?

—Disculpe —respondí avergonzado—. Prosiga, por favor.

—El mismo día de su muerte yo había saldado todas sus deudas. Robles no era el único, ni siquiera el más importante de sus acreedores, pero no me gustó la forma en que abusó de ella. No es elegante exponer a una dama al saqueo de un *cierto* como el irlandés.

—¿Conoce a Drake?

—No personalmente, pero me he informado de todo. Claro que la responsabilidad no fue sólo suya.

Tragué saliva y apreté los labios. Empecé a temer una encerrona, en cualquier momento aquello podía ponerse en mi contra. Lo primero que se me vino a la mente fue la paliza del Juego de Pelota, y creo que a la condesa le ocurrió otro tanto porque noté que me miraba de reojo.

—Luego mi sobrina me habló de las sospechas que albergaba respecto a usted y a su participación en la muerte de su tía —el marqués miró con dulzura a doña Micaela—, y reconozco que lo que sucedió a continuación fue culpa mía. En aquel mismo instante debí haberla puesto al corriente de la verdad, pero un erróneo deseo de mantener

incólume la memoria de mi esposa me hizo callar. No tuve fuerzas para sincerarme. Me dio pereza hacer daño a mi sobrina descubriéndole una faceta de su tía que hubiera preferido que nunca llegara a conocer. Pero ya ve —me confesó a mí como si ella no estuviera presente—, es una mujer maravillosa, generosa y muy vehemente...

—Eso a la vista está —dije señalando mi propia cara aún con sombras amarillo-verdosas.

—...y decidió actuar por su cuenta. Habrá notado que adoro a mi sobrina, así que tan pronto supe de su pequeño desencuentro, por llamarlo de algún modo, me preocupé. Conozco a los jaques que trabajan para Robles y no es gente a la que se pueda vapulear alegremente sin esperar consecuencias —dijo muy serio—. Por eso lo hice vigilar.

En aquel momento no tuve ninguna duda de que mi vida había pendido de un hilo. Habría sido uno más de esos casos en que a uno lo ofenden y luego lo hacen asesinar para no dar lugar a la venganza. Por suerte no debió de ver peligro alguno en mí. Anoté en mi memoria que debía darle las gracias al del pelo blanco.

—Lo curioso es que gracias a usted me he enterado de que uno de mis propios criados le sirvió a mi esposa en bandeja al irlandés. Eso no lo puedo perdonar.

El marqués hizo un pequeño inciso. Antes de que siguiera hablando tuve el tiempo justo de recordar al lacayo de la cara picada y de alegrarme de no estar en su pellejo.

—Entonces decidí echarle una mano. Micaela me había hablado de su búsqueda de Avellaneda, así que hablé con Lope de Vega y lo demás ya lo sabe.

—¿Por qué el acertijo? ¿Por qué no me dijo directamente quién era?

—Quería estar seguro de que usted era inocente, de que estaba siendo utilizado por Robles y de que en ningún modo tomó parte en la estafa de mi mujer.

Un par de polillas revolotearon por la habitación atraídas por la luz. Seguí unos instantes su vuelo errático hasta que se posaron en el canto de uno de los anaqueles.

—Le devuelvo un favor con otro. No espero nada, si es eso lo que teme —añadió—. Aun sin saberlo, ya me ha pagado.

El marqués acarició la mano de la condesa que acogió cariñosa el gesto.

—Además, me divierte perjudicar a Robles —reconoció—. Es una pequeña revancha que le debo a mi mujer.

Me quedé mudo, con la mirada perdida en los libros. Por desgracia, todo lo que había contado el marqués tenía sentido, era evidente que Robles me había utilizado para sus fines. Superado el estupor inicial, empezaba a sentir cómo crecía la ira en mi interior. Aquel descubrimiento daba al traste con todos mis sueños. Por lo que parecía, el muy hijo de puta me había hecho ir de un lado para otro removiendo la mierda. ¿Para qué? Para que todo el mundo supiera de Avellaneda y forzar a Cervantes a contestar. Yo era el tercer hombre necesario para culminar su plan; Pasamonte? Blanco de Paz y Montemayor, tres patas de una banqueta que acabaría en el fuego. Noté cómo la sangre se calentaba cada vez más en mis venas, pero procuré mantenerme ecuánime. ¿Y ahora qué?, me pregunté. ¿Podía ir a su casa a decirle que el juego se había acabado, que tenía a su culpable, que él mismo era Avellaneda? ¿Qué respondería? Muy bien, Isidoro, lo

has descubierto, y ahora a callar, que te conviene.

—¿Usted sabía algo de todo esto? —le pregunté a la condesa como en un sueño.

Ella negó con la cabeza. Era lo único que necesitaba saber.

—¿Qué se supone que debo hacer yo ahora? —pregunté retóricamente.

—Eso no se lo puedo decir yo —respondió el marqués—. He hecho lo que estaba en mi mano. Usted decidirá si le parece bien el modo en que lo han utilizado y si puede o quiere devolver el golpe.

—No puedo decirle a Robles que conozco el engaño. ¿Y si decide deshacerse de mí? —pensé en voz alta.

Me quedé en silencio, concentrado. Se me acababa de pasar por la cabeza una cosa que me dijo don César Memelosa, casi una broma pero que rápidamente empezó a tomar forma. Me esforcé en recordar a mis amigos cómicos y su aventura con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, y con todo aún poco claro pregunté:

—¿Por quién no contarían nunca a nadie que han sido detenidos?

La condesa me miró con cara de extrañeza. El marqués lo hizo con curiosidad.

—No entiendo la pregunta —dijo Hornacho.

—Hay una institución cuya sola presencia en un pleito hace temblar a la parte contraria. Incluso he oído que hay familias que pagan fortunas a los genealogistas para que eliminen de su árbol a cualquier antepasado que haya tenido algún encuentro con ella.

—¿La Inquisición? —aventuró la condesa.

La miré con orgullo.

—¡Exacto! La Inquisición. Cualquiera que sea detenido por la Inquisición se guardará muy mucho de divulgarlo. Es casi peor el vacío social que genera un hecho así que el periodo de detención en los calabozos.

—Tenga cuidado, don Isidoro, eso es jugar con fuego —comentó el marqués.

—Lo sé. Pero puede ser la solución perfecta para poner a Robles en su sitio y seguir viviendo sin esperar una puñalada a la vuelta de cada esquina.

—¿Está pensando en denunciar a Robles a la Inquisición?

—Estoy pensando en que él lo crea.

El marqués de Hornacho se sonrió. Seguramente estaba sopesando las posibilidades de éxito de algo así y recordando a los inquisidores y familiares del Santo Oficio que contaba entre sus amigos.

—Es sólo cuestión de dinero —dije con aplomo—. Vamos, sé cómo hacerlo. Necesitaría un préstamo, pero les aseguro que será el propio Robles el que acabará corriendo con todos los gastos.

—¿Y luego? No podrá seguir trabajando para él —dijo el marqués.

—¿Por qué no? Nunca sospechará de mí.

—Porque no debe trabajar para alguien de quien no se puede fiar —dijo muy seria la condesa.

—Ya veré lo que hago.

—Yo necesito un secretario —apuntó doña Micaela—. O un hidalgo escudero para que me acompañe a misa y me sirva de protección en la calle.

Yo pensé que en esto último estaba bien servida con los dos lobos que la acompañaban, no era ése terreno de mi competencia.

—Un secretario es imprescindible, señora —opiné—, y yo, aunque no sea vizcaíno, tengo título de bachiller.

—Deberemos trabajar juntos a menudo —comentó irónica.

—Lo que el buen gobierno requiera —afirmé yo encantado.

Dicen que la venganza es plato que se sirve frío, pero yo creo más bien que es un plato raro, reservado a contados paladares, porque ¿cuándo puede un infeliz vengar la afrenta de un poderoso? Calle, no conteste, no es mi intención ponerlo en un compromiso. Sólo espero que comprenda el verdadero valor de lo que sigue y se haga una idea de cómo me siento en ésta mi última noche en la calle de la Flor, cuando ya casi clarea el cielo sobre los tejados de Madrid y estoy a punto de acabar mi relato. Unas páginas más y habré cumplido mi propósito, le habré contado toda la historia tal y como sucedió, o al menos tal y como yo la viví.

Estoy cansado, pero es un cansancio físico y agradable el que experimento, no la extenuación emocional con que tomé la pluma al empezar. Creo que voy a conseguir el fin que buscaba, ojalá que encuentre también el modo de domar el recuerdo de Rosita y logre cerrar los ojos sin temor al sueño.

Más de veinte días han transcurrido desde que todo mi entorno se desmoronó como un castillo de naipes, y en ese tiempo han pasado tantas cosas...

Aquella noche de finales de agosto no me llegué a acostar. Del palacio del marqués me fui directo al mentidero de los artistas y me pateé la calle y los burdeles del entorno hasta que di con Juan Granados. En cuanto le conté mi plan soltó una carcajada. Luego, claro está, se negó en redondo, opinó que era una aventura demasiado peligrosa, hasta que una bolsa de ducados acabó por disparar su creatividad. Con aquel dinero y protectores como los que yo decía tener, era difícil que saliera mal. Sobre la marcha hicimos una lista de todo lo necesario. Los siguientes días los dedicamos a darle forma a la idea: compramos ropas adecuadas; recreamos una mazmorra en una alquería camino de Toledo propiedad del marqués; marcamos los tiempos, las campanadas y los golpes de carraca para que el preso creyera en todo momento encontrarse en un centro regido por dominicos; decoramos otra sala alejada y sin ventanas para los interrogatorios, tapices en los muros, una mesa de madera con dos velas, un cristo, tintero y salvadera, y delante, solitario, un potro con los cantos lamidos por años de sufrimiento. Granados, en un rasgo de genialidad, asperjó el suelo con sangre de pollo para que todo tuviera ese toque de industria de la muerte que se espera encontrar en una audiencia de la Santa Inquisición. Del reparto de papeles se encargó también él, y debo decir que con gran acierto. Yo escribí un esquema de la trama, y entre los dos le dimos forma dramática. Se veía que estaba acostumbrado a adaptar comedias, un verdadero profesional. Cuando todo estuvo preparado, me dirigí a casa de Robles a interpretar mi parte.

Estaba a punto de empezar el otoño, el día había sido ventoso y por la noche hacía un poco de frío. A eso de la una y media de la madrugada llegué al garito envuelto en mi capa, con el sombrero calado hasta los ojos y la muñeca apoyada displicentemente en la cazoleta de la espada. Manfred estaba sentado en la banqueta frente a la escalera de la vivienda acariciando a un gato. Sé que no me reconoció al instante porque al verme soltó al animal y se incorporó. Imaginé que Rafael seguiría ocupando mi puesto entre las mesas, ya para siempre. El gato se quedó a un par de metros hecho una bola, mirándome con la misma desconfianza que su dueño. «¿Está Robles arriba?», pregunté. Manfred se relajó al instante y asintió con la cabeza, señaló la escalera y luego me siguió. A mitad de pasillo me adelantó echándome contra la pared sin miramientos, llamó a la puerta y anunció mi visita.

Robles me saludó bastante afectuoso, me dijo que ya era hora de que me pasara por allí, que dudaba si darme por muerto. Hablaba con una sonrisa forzada porque sufría los preliminares de uno de sus ataques agudos de gota. Estaba sentado de medio lado tras la mesa y tenía el pie derecho descalzo y puesto sobre un escabel con un almohadón de seda. Yo me disculpé como pude, alegué que su encargo no había sido nada fácil. Él me preguntó entonces si ya sabía algo, y se sorprendió cuando le dije que sí, que por eso había ido, para darle noticias. Prolongué ese momento de incertidumbre todo lo que pude, era un pequeño placer que tenía que aprovechar, vete tú a saber qué cono pasaría por su cabeza durante aquel rato, pero disimuló de maravilla, era un tahúr redomado, ni un gesto asomó a su cara. Luego solté la sorpresa: «Avellaneda es don Pedro Téllez Girón», dije en tono dramático. «¿El duque de Osuna?», exclamó Robles. Parecía totalmente confundido, creo que era lo último que esperaba oír, pero yo insistí en que no se trataba de una apreciación mía, que estaba en boca de todos que el señor duque era capaz de eso y de mucho más. Robles estaba encantado, y entre quejidos por la gota y risitas que pretendía hacer pasar por ataques de tos, preguntó que por qué se decía eso del duque. Yo lo miré con una mezcla de prepotencia y lástima, y me avine a explicar sucintamente los complejos vericuetos que sigue la política en los últimos tiempos y las aspiraciones de Osuna al virreinato de Nápoles. Hablaba del proyecto de ampliar la flota cuando oímos barullo en la puerta y pasos agitados subiendo la escalera. Manfred se puso en guardia, pero empalideció cuando vio venir por el pasillo a dos alguaciles de la Santa Inquisición con las cruces al pecho.

—¡Don Francisco de Robles. Dese preso en nombre del Santo Oficio!

Robles se olvidó de su gota y se puso en pie de un salto. Intentó hilar una protesta, pero los alguaciles lo conminaron a callar hasta que estuviera en presencia de sus jueces. Tan pronto cerró la boca le ordenaron abrir la caja fuerte para proceder al registro e inventario de su contenido. Robles accedió de mala gana y se sorprendió al ver que lo que buscaban era la caja de *sangre de buey* que contenía el precioso Corán de Lepanto. Los alguaciles se miraron entre sí satisfechos por el éxito de su misión y farfullaron un par de veces las palabras morisco, traidor y hereje mientras empujaban al desconcertado Robles hacia el carro negro y sin ventanas que aguardaba a pie de calle. Manfred miraba

indeciso, sin saber qué hacer, como esperando alguna indicación de su jefe. Uno de los alguaciles se dio cuenta, se plantó ante él con descaro y le preguntó directamente que de dónde era. El otro dijo que de Ratisbona, y entonces el alguacil, mirándolo con absoluto desprecio, le escupió a la cara que aún peor que los moriscos eran los protestantes, y que nada reconfortaba más al alma de un buen cristiano que los gritos de una bestia luterana asándose a fuego lento. Manfred se puso lívido y empezó a repetir yo católico, yo católico, como si fuese una jaculatoria.

No he querido enterarme de los detalles del interrogatorio. Perdón. ¿A quién quiero engañar? Sé lo sucedido minuto a minuto, pero no creo que sea necesario relatarlo aquí. Aunque tengo fe ciega en su discreción, nadie puede garantizar en manos de quién acabará lo escrito, y son pruebas de este cariz las que más gustan a los pesquisidores. Además, estoy cansado. Bástele saber que no hizo falta tocarlo, se derrumbó a las seis horas de oír gritos de dos que le hicieron creer que le precedían en el potro. Confesó que la caja era suya, pero que no había tocado el libro, y que dé haber sabido de qué se trataba nunca lo habría aceptado como pago de una deuda. De hecho tenía mucho gusto en entregárselo a ellos que sabrían qué uso darle. El juez le dijo que dejara de decir sandeces porque la caja era una prueba retenida por el tribunal y que no estaba en su mano disponer de ella. Entonces Robles empezó a ofrecer limosnas y donaciones. Creo que no hubo fundación u obra de caridad para la que no firmara una letra a cobrar por los paladines de la fe. A cambio, mis dominicos, satisfechos con la colaboración del reo y convencidos de su propósito de enmienda, accedieron a hacer una excepción y borraron su nombre de la lista de detenidos. La denuncia original (en realidad un papel en blanco que siempre se le mostró de lejos) fue quemada en su presencia y calificada de improcedente. Para su tranquilidad, le aseguraron que nadie sabría nunca que había sido detenido por el Santo Oficio, salvo que él mismo decidiera contarlo. De su voluntad dependía que se olvidara el incidente.

Ahora bien, si don Miguel pretende publicar sus obras de teatro tendrá que buscar otro editor, porque Robles va a estar sin blanca una larga temporada. Creo que mis socios cómicos no tendrán queja a este respecto, la mayor parte de las ganancias fue a sus bolsillos. No voy a negar que se lo ganaron a pulso.

La caja de *sangre de buey* se la entregamos al marqués de Hornacho. Tanto la caja como su contenido son demasiado preciosos para andar en el hato de unos cómicos, pero pasarán desapercibidos entre las maravillas de su gabinete. Un bosque sigue siendo el mejor sitio para esconder un árbol. Al marqués le entusiasmó el detalle, más aún por conocer su procedencia y los medios utilizados para conseguirlo.

En cuanto a mi escote, debo decir que duró poco. La mayor parte fue a la gaveta de don César Memelosa para darle un empujón definitivo a mi expediente, y con el resto pagué a Chete la comida del último mes, le adelanté la del siguiente y compré una tumba a Rosita en tierra sagrada en un lugar que sólo Pitu y yo conocemos, lejos de Madrid y sus bosques de cipreses. El último pico lo deposité en el torno del Loreto con una nota que rezaba: «Para ayuda de costa de la ahijada de Garcilaso.» No sé por qué,

pero me siento obligado con esa chiquilla.

Por otra parte, ayer por la tarde me enfrenté a un dilema diferente. Después de pensarlo mucho, me acerqué a casa de Cervantes dispuesto a contarle lo sucedido. Pensaba que era justo que al menos él supiera la verdad de la historia, pero no fui capaz. Como lo oye. Se le veía tan animado por ser el centro y la comidilla de todas las conversaciones, que me dio pena desairarlo. Creo que había descubierto cierta grandeza en eso de ser el blanco de la envidia de otros. Después de haberlo visto tan enfermo era agradable descubrir que trabajaba de nuevo con ilusión, cosa que habría perdido en el mismo instante de saber la verdad. Él tenía muy claro que su imitador era dominico y aragonés (al parecer había identificado giros de esa tierra en el libro), y yo le di la razón. Creo que en el fondo Cervantes no quiere saber, prefiere el anonimato de su enemigo.

De todos modos pasé con él toda la tarde. Fue una velada muy agradable en la que yo llevé el peso de la conversación. Él no hacía más que sonreír y tirarme de la lengua. Le conté casi todas las peripecias que había vivido en mi búsqueda de Avellaneda, le hablé de mis hemorroides (más me hubiera valido hacer el viaje a Toledo en una burra preñada que en un mulo tan brioso), le conté que el marqués de Hornacho tenía una cabeza de bronce que respondía a las preguntas que se le hacían, le informé de la muerte de la marquesa y de las fuentes que tenía en los muslos, le dije que había conocido a Jerónimo de Pasamonte, que ahora se hacía llamar maese Pedro y estaba tuerto y andaba de aquí para allá medio escondido con un espectáculo de títeres y un mono sabio.

Superadas su segunda jarra de limonada y mi tercer vaso de aguardiente, me comentó que el don Quijote de Avellaneda resultaba patético porque era un loco, y que él estaba decidido a que el suyo no lo fuera, al menos no en toda la extensión de la palabra. Luego me enseñó unas notas que tenía preparadas para contestar a Avellaneda en el prólogo de su *Segunda parte*, y yo le dije que donde mejor podía hacerlo era en el mismo texto de la obra, que fuesen el verdadero don Quijote y Sancho quienes juzgaran a sus imitadores y desmintieran esas historias como obra de un pobre demente. «¿Cuál es el personaje más importante del *Quijote* de Avellaneda? —le pregunté—. ¿Don Álvaro Tarfe? Pues si Avellaneda ha hecho uso de Quijote y de Sancho, bien puede usted utilizar a don Álvaro para levantar acta de su perfidia.» Ya le digo, don Miguel pasó un buen rato con mis ocurrencias, aunque seguro que caen todas en saco roto.

Escribo en mi cuarto como si lo hiciera en una cripta rodeado de fantasmas. La casa se encuentra vacía de vida, sólo resuenan entre sus muros los gritos cada vez más agudos de Venancia y los hipidos de Pitu, quien todavía no ha logrado controlar los accesos de angustia que lo doblan en dos como si le golpearan el estómago.

Creo que ya estoy listo. He soltado todo mi lastre. No veo el momento de salir de aquí, y eso que lo que me espera no será un camino de rosas. Un secretario enamorado de su ama es una quimera imposible, aunque ella le corresponda. Tendría que hablar con don César Memelosa para ver en cuánto se me pondría tener un padre marqués. Tiene gracia. La próxima vez que vea a don Lope le contaré mi historia, a lo mejor le da pie a una comedia a la que su genio encuentre el modo de dar un final feliz.



¡Maldita sea! Ahora veo que no voy a tener tiempo de cumplir mi promesa. Ayer a última hora me preguntó don Miguel por el soneto del *Viaje al Parnaso*, y yo, que lo había olvidado por completo, respondí que podía estar tranquilo, que hacía mucho que lo había retirado. Cervantes se alegró tanto, el pobre, que me prometí que esta misma mañana pasaría por la imprenta para dejar solucionado ese asunto de una vez por todas. Por desgracia no había contado con que me iba a llevar tanto tiempo acabar este relato, así que ahora me encuentro con que dentro de poco vendrá el carro de la condesa para llevarme definitivamente a su casa y aún no tengo preparado el equipaje. Ya está. Esta vez es definitivo, y lo escribo aquí para que conste. Mañana por la mañana, en cuanto me levante, voy a la imprenta de Cuesta y le doy la carta de Cervantes para que retire de una vez el maldito soneto. De verdad. Lo prometo. A primera hora sin falta. O por la tarde, si la condesa manda otra cosa.

*This file was created*

*with BookDesigner program*

*bookdesigner@the-ebook.org*

*25/05/2010*